ROBERT LUDLUM

Un audaz empresario y congresista norteamericano se enfrenta a un complejo entramado de intereses político-económicos internacionales.

La agenda de ÍCARO

BESTSELLER ★MUNDIAL

En la polvorienta ciudad árabe de Masqat, una banda de terroristas fanáticos ha ocupado la embajada norteamericana y promete una sangrienta masacre si no se cumplen sus imposibles demandas. En el Departamento de Estado de Washington, un hombre del Congreso que conoce los íntimos mecanismos del mundo árabe hace una oferta secreta de ayuda: la última esperanza mientras el plazo límite de los terroristas se acorta. Llena de sorpresas, cambios y revelaciones, «La agenda de Ícaro» es el suspenso más poderoso que Ludlum haya imaginado hasta ahora y, con absoluta seguridad, apasionará a sus millones de lectores en todo el mundo.

Lectulandia

Robert Ludlum

La agenda de Ícaro

ePub r1.0
mnemosine 15-12-17

Título original: *The Icarus agenda*
Robert Ludlum, 1988
Traducción: César Armando Gómez
Diseño de cubierta: Hans Romberg (foto AGE y realización de Jordi Royo)

Editor digital: mnemosine
ePub base r1.2

A James Robert Ludlum.
Bien venido, amigo;
que la vida te sea propicia

PRÓLOGO

La silueta que se recortaba en el dintel entró precipitadamente en aquella habitación sin ventanas. Cerró la puerta y cruzó rápidamente a oscuras, sobre el suelo de vinilo negro, hasta la lámpara de mesa metálica que había a su izquierda. La encendió, y una bombilla de escasos vatios pobló de sombras el estudio, cerrado y forrado de madera. El cuarto, aunque pequeño y un tanto sofocante, no carecía de decoración, pero sus elementos no procedían ni de la antigüedad ni de las sucesivas etapas de la historia del arte. Por el contrario, representaban el equipo de alta tecnología más contemporáneo imaginable.

La pared de la derecha relucía con el reflejo del acero inoxidable, y el apagado zumbido de un acondicionador de aire, que evitaba y eliminaba el polvo, aseguraba la continuidad de la limpieza. El propietario y único ocupante de la habitación fue hasta una silla situada frente a un procesador de textos y se sentó. Hizo girar un conmutador, y cuando la pantalla se animó comenzó a escribir en clave. Al instante, las letras, de un verde brillante, respondieron:

Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda

El hombre se inclinó sobre el teclado, presa de una ansiedad febril, y empezó a registrar sus datos.

Doy comienzo a este diario porque creo que se avecinan acontecimientos que van a cambiar el rumbo de una nación. Ha llegado un hombre, al parecer salido de la nada, una especie de mesías natural sin la menor idea del destino que le aguarda. Ha sido elegido para cosas que exceden a su comprensión y, si lo que pienso es acertado, esta va a ser la historia de su viaje… Solo puedo imaginar cómo empezó, pero sé que fue en el caos.

LIBRO PRIMERO

1

Mascate (Omán). Sudoeste de Asia
Martes, 10 de agosto, 6.30 a.m.

Las aguas furiosas del golfo de Omán eran el preludio a la tormenta que por el estrecho de Ormuz se precipitaba hacia el mar Arábigo. Desde los minaretes de las mezquitas de la ciudad portuaria, barbados almuédanos salpicaban el crepúsculo con el soniquete nasal de sus estridentes plegarias. El cielo iba oscureciéndose bajo los negros nubarrones que se arremolinaban amenazadores como enormes bestias contra la más tenue oscuridad del anochecer. Hacia oriente, los relámpagos encendían de cuando en cuando el horizonte por encima de los montes Makran de Turbat, doscientas millas más allá a través del mar, en Pakistán. Hacia el norte, detrás de las fronteras de Afganistán, proseguía una guerra brutal y sin sentido, y hacia el oeste ardía otra aún más insensata, en la que combatían niños llevados a la muerte por un viejo iraní, loco y enfermo, empeñado en expandir su malignidad. Y hacia el sur estaba el Líbano, donde los hombres mataban sin escrúpulos y cada facción, henchida de fervor religioso, llamaba terroristas a las demás, cuando todas ellas se entregaban al terrorismo más atroz.

Oriente Medio, y en especial el Asia sudoccidental, estaba en llamas, y donde esas llamas habían sido hasta entonces contenidas no lo serían por mucho tiempo. Mientras las aguas del golfo de Omán se agitaban furiosas ese anochecer y los cielos prometían hacer estragos, las calles de Mascate, la capital del sultanato de Omán, no tenían nada que envidiar a la inminente tormenta. Terminados los rezos, la muchedumbre volvía a la carga con antorchas encendidas y, desembocando de calles y callejones, formaba una columna de histérica protesta cuyo blanco eran las puertas metálicas, bañadas por la luna de los focos, de la embajada norteamericana. La fachada de estuco rosa estaba vigilada por chiquillos desaliñados de largas pelambreras que sostenían torpemente sus armas automáticas. El gatillo significaba muerte, pero en su fanatismo eran incapaces de entender lo que eso suponía, porque les habían dicho que la muerte no existía, a pesar de cuanto veían sus ojos. La recompensa del martirio lo era todo, cuanto más penoso el sacrificio más glorioso el mártir, y el dolor de los enemigos carecía de importancia. ¡Qué ceguera! ¡Cuánta locura!

Veintidós días duraba ya aquello, veintiuno desde que el mundo civilizado se había visto obligado una vez más a aceptar la existencia, ya monótona, de una furia incoherente. La fanática oleada de Mascate había brotado no se sabía de dónde, y de pronto estaba por todas partes y nadie sabía por qué. Nadie salvo los analistas de las más oscuras artes de la insurrección, hombres y mujeres que pasaban los días y las noches sondeando, diseccionando, hasta dar con las raíces de aquella revuelta

orquestada. Porque la clave estaba ahí. ¿Orquestada por quién? ¿Y por qué? ¿Qué es lo que realmente pretenden y cómo podemos detenerlos?

Hechos: Doscientos cuarenta y siete norteamericanos habían sido capturados a punta de fusil y tomados como rehenes. Once habían sido ya asesinados, y sus cadáveres arrojados por las ventanas de la embajada con acompañamiento de cristales rotos, cada muerto por una ventana diferente. Alguien había dicho a aquellos chiquillos cómo acompañar cada ejecución de una sorpresa que fuese una auténtica sacudida. Más allá de las puertas de hierro, una multitud chillona, enloquecida y fascinada por la sangre, cruzaba continuas apuestas. ¿Qué ventana sería la siguiente? Y el cadáver, ¿sería de hombre o de mujer? ¿Qué te apuestas? ¡Vale!

Arriba, en la terraza, estaba la lujosa piscina de la embajada, detrás de una celosía árabe poco apropiada para proteger a nadie de las balas. Era alrededor de la piscina donde se alineaban los rehenes, arrodillados en filas, mientras grupos de asesinos iban y venían, apuntándoles a la cabeza con sus metralletas. Doscientos treinta y seis norteamericanos asustados y exhaustos esperaban su turno para la ejecución.

¡Cuánta locura!

Decisiones: A pesar de lo bien intencionado de las ofertas israelíes, había que rechazarlas. Aquello no era Entebbe, y, no obstante su gran experiencia, la sangre que Israel había derramado en el Líbano haría que, ante los ojos de los árabes, cualquier intento resultase abominable: Estados Unidos habría empleado a terroristas para combatir a los terroristas. Inaceptable. ¿Una fuerza de despliegue rápido? ¿Quién podía detener las ejecuciones escalando cuatro pisos y dejándose caer desde helicópteros en la terraza cuando los ejecutores estaban ansiosos de morir como mártires? ¿Un bloqueo naval con un batallón de marines preparado para invadir Omán? Aparte la demostración de fuerza, ¿de qué serviría? El sultán y sus ministros eran los últimos en querer lo que sucedía en la embajada. La pacífica policía real trataba de contener la histeria, pero no era enemigo para las ubicuas y salvajes bandas de agitadores. Años de quietud en la ciudad no los habían preparado para semejante caos, y hacer que acudiera el ejército real de las fronteras yemeníes podría provocar problemas impensables. Las fuerzas armadas que patrullaban los límites de aquel refugio de asesinos internacionales eran tan salvajes como sus enemigos. Aparte el hecho inevitable de que con su regreso a la capital, las fronteras se derrumbarían en medio de una auténtica carnicería, seguramente correría la sangre por las calles de Mascate e inocentes y culpables atascarían las alcantarillas con sus cuerpos.

Jaque mate.

Soluciones: ¿Ceder a las exigencias? Imposible, como bien sabían los responsables, aunque no sus marionetas, aquellos chiquillos convencidos de lo que cantaban y gritaban. No había modo de que los gobiernos de toda Europa y de Oriente Medio pusieran en libertad a más de ocho mil terroristas de organizaciones tales como las Brigadas Rojas, la OLP, la banda Baader-Meinhof, el IRA y algunos de sus sórdidos retoños. ¿Seguir tolerando la desbordada cobertura periodística, los

cientos de cámaras y los rimeros de cuartillas que mantenían clavada la atención del mundo en aquellos fanáticos ansiosos de publicidad? ¿Y por qué no? Era sin duda aquella constante publicidad la que impedía que fueran asesinados nuevos rehenes, dado que las ejecuciones habían sido «suspendidas temporalmente» a fin de que las «naciones opresoras» pudieran sopesar sus opciones. Poner fin a la cobertura periodística solo serviría para inflamar a aquellos buscadores del martirio. El silencio haría nacer la necesidad de llamar la atención, y nada la llamaba tanto, nada llegaba mejor a las primeras planas que matar.

¿Quién?

¿Qué?

¿Cómo?

¿Quién…? Esa era la pregunta esencial cuya respuesta conduciría a la solución, una solución que había que encontrar antes de cinco días. Las ejecuciones habían sido suspendidas durante una semana, y ya habían pasado dos días, frenéticamente desperdiciados mientras los más expertos jefes de los servicios de Inteligencia de seis naciones se reunían en Londres. Habían llegado en aviones supersónicos a pocas horas de la decisión para poner en común sus recursos, pues sabían que su embajada podía ser la siguiente, y después de trabajar sin descanso durante cuarenta y ocho horas el resultado era que Omán seguía siendo un enigma. Y eso en un país considerado como un baluarte de la estabilidad en el Asia sudoccidental, un sultanato con un régimen culto e ilustrado, tan cercano al gobierno representativo como podían permitírselo las familias que regían las tierras del Islam. Sus gobernantes pertenecían a una casta privilegiada que, ya en la segunda mitad del siglo XX, parecía respetar lo que le había dado Alá no simplemente como un derecho innato, sino como una responsabilidad.

Conclusiones: La insurrección había sido programada desde el exterior. Apenas una veintena de los más de doscientos jovenzuelos despeinados y gritadores habían sido identificados como omaníes. En consecuencia, agentes de operaciones encubiertas que disponían de fuentes en todas las facciones extremistas del eje arábigo-mediterráneo se pusieron inmediatamente a trabajar, exprimiendo a sus contactos, sobornando, amenazando.

—¿Quiénes son, Aziz? Apenas hay gente de Omán, y la mayor parte de ellos parecen retrasados mentales. Vamos, Aziz. Anímate a vivir como un sultán, di un precio. ¡Ponme a prueba!

—¡Seis segundos, Mahmet! ¡Seis segundos y verás tu mano derecha rodando por el suelo! Después le tocará a la izquierda. Ha empezado la cuenta atrás, *ladrón*. ¡Dame esa información! *Seis, cinco, cuatro… Sangre*.

Nada. Cero. *Locura*.

Y de pronto un progreso. Llegó de un anciano muecín, un hombre santo cuyas palabras y cuya memoria eran tan inseguras como podía serlo su escuálida humanidad en medio de los vientos que ahora soplaban de Ormuz.

—No miréis a donde la lógica os haría mirar. Buscad en otra parte.

—¿Dónde?

—Donde las quejas no son hijas de la pobreza y el abandono. Donde Alá ha prodigado sus favores en este mundo, aunque quizá no en el otro.

—Sé más claro, por favor, reverendo almuecín.

—Alá no desea esa aclaración, hágase su voluntad. Será que Él no toma partido, así sea.

—¡Pero tendrás un motivo para decir lo que dices!

—El motivo me lo ha dado Alá, hágase su voluntad.

—Explícate.

—Rumores oídos en los rincones de la mezquita. Susurros destinados a que los oyesen estos viejos oídos. Estoy tan sordo que no los hubiera oído de no haberlo querido así Alá.

—¡Debe de haber algo más!

—Los rumores hablan de quiénes se beneficiarán con el derramamiento de sangre.

—¿Quiénes?

—No se dicen nombres, no se menciona a nadie importante.

—¿Algún grupo u organización? ¡Por favor! ¿Una secta, un país, un pueblo? ¿Los chiitas, los saudíes… los iraquíes, los iraníes… los soviéticos?

—No. No se habla de creyentes ni de incrédulos, solo de «ellos».

—¿Ellos?

—Eso es lo que oigo murmurar en los oscuros rincones de la mezquita, lo que Alá quiere que oiga, hágase su voluntad. Solo «ellos».

—¿Sabes quién era alguno de los que oíste?

—Estoy casi ciego, y hay siempre muy escasa luz cuando esos pocos entre tantos hablan. No puedo identificar a ninguno. Solo sé que debo transmitir lo que oigo, porque esa es la voluntad de Alá.

—¿Por qué, almuecín? ¿Por qué es esa la voluntad de Alá?

—El derramamiento de sangre debe terminar. El Corán dice que cuando la juventud apasionada derrama sangre y lo justifica, hay que examinar esas pasiones, porque la juventud…

—¡Olvídalo! Enviaremos un par de hombres contigo a la mezquita. ¡Haznos una seña cuando oigas algo!

—Dentro de un mes, *ya shaikh*. Estoy a punto de emprender mi última peregrinación a La Meca. Tú eres simplemente parte de mi viaje. Es la voluntad de…

—¡Maldita sea!

—Es tu Dios, *ya shaikh*. No el mío, no el nuestro.

2

Washington, D.C.
Miércoles, 11 de agosto, 11.50 a.m.

El sol de mediodía caía sobre el pavimento de la capital. El aire de mediados del verano seguía cargado de un calor opresivo, y los peatones caminaban con una especie de decisión incómoda, los hombres con el cuello abierto y la corbata floja. Carteras y bolsos colgaban como pesos muertos mientras sus dueños aguardaban impasibles en los cruces a que cambiasen los semáforos. Aunque muchos de esos hombres y mujeres —en su mayoría servidores del gobierno y por tanto del pueblo— podían tener asuntos urgentes en la cabeza, esa urgencia era difícil de asumir en las calles. Un manto de torpor había descendido sobre la ciudad, paralizando a quienes se aventuraban fuera de las habitaciones, los despachos y los automóviles con aire acondicionado.

Había habido un accidente de tráfico en la esquina de la calle Veintitrés y la avenida de Virginia. Los daños eran poca cosa, pero no podía decirse otro tanto del genio de los afectados. Un taxi había chocado con una limusina oficial que salía de un aparcamiento subterráneo del Departamento de Estado, y ambos conductores —cumplidores, acalorados y temerosos de sus superiores— estaban junto a sus vehículos intercambiando acusaciones y chillando en medio del aplastante calor mientras esperaban la llegada de la policía, avisada por un funcionario que pasaba por el lugar. A los pocos momentos el tráfico estaba congestionado, aullaban las bocinas y de las ventanillas abiertas a regañadientes salían gritos furiosos.

El pasajero del taxi se apeó, impaciente. Era un hombre alto y delgado de cuarenta y pocos años, y parecía fuera de lugar en una zona en la que abundaban los trajes veraniegos, los vestidos estampados y los portafolios de ejecutivo. Llevaba unos pantalones caqui arrugados, botas y una sahariana sucia que hacía las veces de camisa. Parecía alguien totalmente ajeno a la ciudad, tal vez un guía profesional, llegado de las montañas más altas y vírgenes. Sin embargo, su rostro desmentía su indumentaria. Estaba recién afeitado, tenía rasgos fuertes y claramente delineados y sus ojos azul claro recorrían alertados las inmediaciones, examinando la situación mientras se decidía. Puso la mano en el hombro del taxista, que no cesaba de discutir, y cuando el hombre se volvió le dio dos billetes de veinte dólares.

—Tengo que marcharme —dijo.

—¡Eh, vamos, señor! ¡Usted lo vio! ¡Ese hijo de perra salió sin siquiera tocar el claxon!

—Lo siento. No podría ayudarle. No vi ni oí nada hasta que sentí el choque.

—¡Venga, hombre! ¡Ahora resulta que no vio ni oyó nada! ¿No quiere meterse en líos, verdad?

—Ya lo estoy —replicó tranquilamente el viajero, cogiendo un tercer billete de veinte dólares y metiéndolo en el bolsillo del taxista—. Pero no aquí.

El hombre de la extraña indumentaria se escabulló entre la gente y fue a lo largo de la manzana hacia la calle Treinta y tres, camino de las imponentes puertas de cristal del Departamento de Estado. Era el único de toda la acera que corría.

La sala designada como *situation room* y el complejo subterráneo del Departamento de Estado tenía una placa que decía *OHIO-Cuatro-Cero*, lo que traducido significaba «Omán, alerta máxima». Más allá de las puertas metálicas, hileras de computadoras que sonaban sin cesar, y de vez en cuando una de ellas —tras haber hecho instantáneamente la comprobación con el banco de datos central— emitía una señal breve y aguda anunciando información nueva o no transmitida con anterioridad. Hombres y mujeres absorbidos por su trabajo estudiaban los *printouts*, tratando de valorar lo que leían.

Nada. Cero. ¡*Locura*!

Dentro de aquella gran sala llena de actividad había otra puerta metálica, más pequeña que la de entrada y sin acceso al pasillo. Era el despacho del funcionario encargado de la crisis de Mascate, que tenía al alcance de la mano una consola telefónica conectada con todas las sedes de poder y las fuentes de información de Washington. Su actual ocupante era un director adjunto de Operaciones Consulares, la poco conocida rama de actividades encubiertas del Departamento de Estado. Se llamaba Frank Swann, y en ese momento —un mediodía sin sol para él— tenía la cabeza, de pelo prematuramente gris, apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa. Hacía casi una semana que pasaba las noches en blanco, y se las arreglaba a base de breves siestas como aquella.

El brusco zumbido de la consola lo despertó, y su mano derecha se disparó hacia ella. Oprimió el botón encendido y cogió el teléfono.

—¿Sí…? ¿Qué hay?

Swann sacudió la cabeza y tragó aire, solo en parte aliviado al ver que era su secretaria quien le llamaba desde cinco pisos más arriba. Escuchó, y después habló cansinamente.

—¿*Quién*? Congresista… ¿Un congresista? Era lo que me faltaba. ¿Cómo diablos consiguió mi nombre…? No importa; quítemelo de encima. Dígale que estoy reunido… con Dios, aunque sea… o, mejor, dígale que con la secretaria.

—Ya lo he preparado para algo así. Por eso llamo desde su despacho. Le he dicho que solo puedo comunicarme con usted por este teléfono.

Swann pestañeó.

—Eso supone alejarse de mi guardia pretoriana, Ivy la terrible. ¿Por qué tan lejos?

—Es lo que él dijo, Frank. Y también lo que tuve que escribir porque no

conseguía entenderle.

—Veamos las dos cosas.

—Dijo que su asunto concernía al problema que tiene usted entre manos.

—Nadie sabe lo que tengo… Olvídelo. ¿Qué más?

—Lo escribí fonéticamente. Me pidió que le dijese lo siguiente: *Ma efham zain*. ¿Tiene algún sentido para usted, Frank?

El director adjunto Swann volvió a sacudir la cabeza, estupefacto, tratando de aclararse la mente, aunque no necesitaba mayor claridad en cuanto al visitante de cinco pisos más arriba. El desconocido congresista le había hecho saber en árabe que podía ser de gran ayuda.

—Mándemelo.

Siete minutos después, un sargento de marines abría la puerta del despacho. El visitante entró e hizo un saludo con la cabeza a su escolta, mientras este cerraba la puerta. Swann se levantó lleno de aprensión. El «congresista» difícilmente respondía a la imagen de un miembro de la Cámara de Representantes, al menos de los que circulaban por Washington. Llevaba botas, pantalones caqui y una prenda de caza veraniega en la que habían dejado abundantes trazas las salpicaduras de las sartenes de campamento. ¿Sería una broma inoportuna?

—¿Congresista…? —dijo el director adjunto, y dejó sin terminar la frase en espera de un nombre mientras le tendía la mano.

—Evan Kendrick, señor Swann —dijo el visitante, acercándose a la mesa y estrechándole la mano—. Soy el representante recién elegido del distrito noveno de Colorado.

—Sí, claro, el noveno de Colorado. Siento no haber…

—No necesita disculparse, aunque quizá yo sí debiera hacerlo por mi aspecto. No hay razón para que sepa usted quién soy.

—Permítame añadir algo a eso —le interrumpió Swann—. Tampoco hay razón para que sepa usted quién soy yo, congresista.

—Lo comprendo, pero no fue difícil. Incluso los representantes novatos tienen acceso a ciertos sitios, o al menos lo tiene la secretaria que heredé. Yo sabía bien lo que buscaba; solo necesitaba afinar la puntería. Alguien de Operaciones Consulares del Departamento de Estado…

—Que no es precisamente un apellido familiar, señor Kendrick —le interrumpió de nuevo Swann.

—En mi caso lo fue… por poco tiempo. Aparte de eso, yo no buscaba a un simple peón de Oriente Medio, sino a un experto en asuntos del sudoeste árabe, alguien que conociese bien la lengua y una docena de dialectos. El hombre que yo necesitaba tenía que ser alguien así… y ahí estaba usted, señor Swann.

—Ha estado usted muy ocupado.

—Y usted también —dijo el congresista, señalando la puerta y la enorme oficina llena de filas de computadoras—. Supongo que comprendió mi mensaje, o de lo

contrario yo no estaría aquí.

—Sí. Decía usted que podría ayudarnos. ¿Es cierto eso?

—No lo sé. Solo sabía que tenía que ofrecerme.

—¿Ofrecerse? ¿Basándose en qué?

—¿Puedo sentarme?

—Se lo ruego. No trato de ser descortés, solo es que estoy cansado. —Kendrick se sentó y Swann hizo lo propio, sin dejar de mirar de un modo extraño al político novato—. Adelante, congresista. El tiempo es precioso, cada minuto, y llevamos preocupados por este «problema», como dijo usted a mi secretaria, unas cuantas semanas. Ignoro lo que tiene que decirme y si es o no importante; pero, si lo es, me gustaría saber por qué ha tardado tanto en venir.

—No había oído nada de lo que ha ocurrido en Omán, de lo que está ocurriendo.

—No puedo creerlo. ¿Es que el congresista del distrito noveno de Colorado aprovecha las vacaciones de la Cámara para recluirse en una abadía benedictina?

—No exactamente.

—¿O es que un congresista nuevo y ambicioso, que habla algo de árabe y se ha puesto a fantasear sobre los rumores acerca de cierta sección, ha decidido meter la nariz en busca de una posible renta política? No sería la primera vez.

Kendrick estaba sentado inmóvil, con la cara inexpresiva, pero no así los ojos, en los que asomaba la rabia.

—Eso es ofensivo —dijo.

—Soy yo quien se ofende con facilidad, dadas las circunstancias. Han matado a once compatriotas nuestros, tres de ellos mujeres, y otros doscientos treinta y seis pueden correr igual suerte. Y cuando le pregunto si puede realmente ayudarnos, usted me dice que no lo sabe, ¡pero que tiene algo que ofrecer! A mí eso me suena a silbido de serpiente, de modo que ando con cuidado. Entra usted aquí empleando un lenguaje que probablemente aprendió mientras hacía dinero con una compañía petrolera y se figura que eso le da derecho a un trato especial. A lo mejor es usted un «asesor»; la cosa suena a eso. Un graduado reciente que de pronto se ve convertido en asesor del Departamento de Estado durante una crisis nacional. Vayan como vayan las cosas, usted siempre gana. Eso haría que más de uno se quitase el sombrero en el distrito noveno de Colorado, ¿verdad?

—Me imagino que así sería si alguien lo supiese.

—¿Cómo?

Una vez más el director adjunto se quedó mirando fijamente al congresista, ahora no tanto por irritación como por otra causa. ¿Lo conocía?

—Está usted muy cansado, de modo que no insistiré en el tema. Pero si lo que está pensando es un obstáculo, saltémoslo. Si decide que puedo ser de algún valor para usted, solo accederé con una garantía de anonimato por escrito. Nadie debe saber que he estado aquí. Nunca hablé con usted ni con nadie más.

Swann, asombrado, se echó hacia atrás en su asiento y se llevó la mano a la

barbilla.

—Yo a usted lo conozco —dijo suavemente.

—No nos hemos visto nunca.

—Diga lo que tenga que decir, congresista. Empiece por donde quiera.

—Empezaré hace ocho horas. Llevo casi un mes por los rápidos del Colorado, en Arizona: ese es el retiro benedictino del que usted hablaba. Atravesé Lava Falls y llegué a un campamento base. Había gente, como es natural, y fue la primera vez que escuché una radio en casi cuatro semanas.

—¿Cuatro semanas? ¿Ha estado usted ilocalizable todo ese tiempo? ¿Hace cosas así a menudo?

—Casi todos los años. Se ha convertido en una especie de ritual. Voy solo, aunque eso no viene a cuento.

—Vaya un político —dijo Swann, cogiendo un lápiz con aire ausente—. Puede olvidarse del mundo, congresista, pero sigue teniendo un distrito.

—No soy político —replicó Evan Kendrick, permitiéndose una leve sonrisa—. Y lo de mi distrito es accidental, créame. Sea como sea, oí las noticias y me puse en movimiento lo más rápidamente que pude. Alquilé un hidroavión fluvial para ir a Flagstaff y allí traté de contratar un reactor hasta Washington. Era ya entrada la noche, demasiado tarde para que autorizasen un vuelo, de modo que seguí hasta Phoenix y vine en el primer avión. Esos teléfonos en vuelo son una maravilla. Me temo que monopolicé uno de ellos para hablar con una experimentada secretaria y algunas otras personas. Disculpe mi aspecto; la compañía aérea proporcionaba máquina de afeitar, pero no quise perder tiempo yendo a casa a cambiarme de ropa. Aquí estoy, señor Swann, y es usted el hombre a quien quería ver. Quizá no le sea de gran ayuda, y estoy seguro de que en tal caso me lo dirá. Pero, le repito, tengo algo que ofrecer.

Mientras su visitante hablaba, el director adjunto había escrito el nombre de Kendrick en el bloc que tenía enfrente. En realidad lo había escrito varias veces, subrayado. *Kendrick. Kendrick. Kendrick.*

—¿Ofrecer qué? —preguntó, frunciendo el entrecejo y clavando los ojos en el extraño intruso—. ¿Qué, congresista?

—Lo que sé sobre la zona y las diversas facciones que allí operan: Omán, los Emiratos, Baréin, Qatar, Mascate, Dubai, Abu Dabi, hasta Kuwait por el norte y Riyad por el sur. He vivido en todos esos sitios. Trabajé allí y los conozco bien.

—¿Que vivió usted, que trabajó, en el territorio del sudoeste?

—Sí. Solo en Mascate pasé dieciocho meses, contratado por la familia.

—¿La del sultán?

—La del difunto sultán; murió hace dos o tres años, creo. Pero sí, contratado por él y sus ministros. Eran gente de cuidado. Había que conocer el oficio.

—Entonces trabajaba usted para una empresa —dijo Swann, afirmando más que preguntando.

—Sí.

—¿Cuál?

—La mía.

—¿La suya?

—Eso es.

El director adjunto se quedó mirando a su visitante y después leyó el nombre que había escrito repetidamente en el bloc.

—Dios mío… —susurró—. ¡El grupo Kendrick! Esa es la relación, pero no la veía. Hace cuatro o cinco años, quizá seis, que no he oído su nombre.

—Acertó a la primera. Han sido cuatro.

—Sabía que algo había. Ya le dije…

—Sí, lo dijo, pero no nos habíamos visto nunca.

—Construían ustedes de todo, desde traídas de agua a puentes, hipódromos, urbanizaciones, clubs de campo, aeródromos… todo.

—Construíamos lo que contratábamos.

—Lo recuerdo. Fue hace diez o doce años. Eran ustedes los *wonder boys* norteamericanos de los Emiratos, y lo de *boys* iba en serio. Docenas de hombres de entre veintitantos y treinta y tantos años, rebosantes de *high tech* y ganas de trabajar.

—No todos éramos tan jóvenes…

—No —le interrumpió Swann, frunciendo el entrecejo para pensar—. Tenían un arma secreta, un viejo mago de la arquitectura, un israelí, por Dios bendito, capaz de proyectarlo todo al estilo islámico y de alternar con todos los árabes ricos del contorno.

—Se llamaba, se llama, Emmanuel Weingrass, Manny Weingrass, y vivía en la calle Garden, en el Bronx de Nueva York. Se fue a Israel para evitarse problemas legales con su segunda o tercera mujer. Ahora tiene cerca de ochenta años y vive en París. Bastante bien, según colijo por sus llamadas telefónicas.

—Eso es —dijo el director adjunto—. Vendió usted a Bechtel o a alguien así, por treinta o cuarenta millones.

—No fue a Bechtel; fue a la Trans-International, y no por treinta o cuarenta, sino por veinticinco. Ellos hicieron un buen negocio y yo me libré de aquello. Todo salió a pedir de boca.

Swann estudió la cara de Kendrick, en especial sus ojos azul claro, en los que uno iba descubriendo a medida que los miraba círculos de una enigmática reserva.

—No, no fue así —dijo en tono suave e incluso amable, desvanecida ya su hostilidad—. Ahora lo recuerdo. Hubo un accidente en una de sus obras cercana a Riyad, un derrumbamiento debido a la explosión de una tubería de gas defectuosa, y murieron más de setenta personas, entre ellos sus socios, todo su personal y algunos niños.

—Sus hijos. Todos, esposas e hijos. Celebrábamos la terminación de la tercera fase y estábamos todos allí, el personal, mis socios y las esposas e hijos de todos

ellos. El armazón entero se derrumbó mientras estaban dentro… y Manny y yo fuera, poniéndonos unos ridículos disfraces de payasos.

—Hubo una investigación que exculpó por completo al grupo Kendrick. La empresa de servicio público que atendía a la obra había instalado tuberías de mala calidad, etiquetadas falsamente como homologadas.

—A grandes rasgos, así fue.

—Y a raíz de eso usted lo dejó todo, ¿verdad?

—Olvídelo; no viene a cuento —dijo simplemente el congresista—. Estamos perdiendo el tiempo. Puesto que sabe quién soy, o al menos quién fui, ¿hay algo que yo pueda hacer?

—¿Le importa si le hago una pregunta? No creo que sea perder el tiempo y la considero pertinente. Le repito lo que ya le dije. En la Colina hay gente que trata continuamente de explotarnos en su provecho.

—¿Qué pregunta es esa?

—¿Por qué es usted congresista, Kendrick? Con su dinero y su reputación profesional, no lo necesita. Y no me imagino qué beneficio puede sacar; desde luego ninguno comparado con lo que podría conseguir en el sector privado.

—¿Es que todos los que aspiran a un cargo electivo lo hacen únicamente para beneficiarse?

—No, por supuesto que no. —Swann hizo una pausa, y después sacudió la cabeza—. Perdóneme, pero eso es demasiado fácil. Es una respuesta tópica a una pregunta tópica y sesgada. Sí, congresista; en mi opinión, parcial, desde luego, la mayor parte de los hombres y mujeres ambiciosos que se presentan a esos cargos lo hacen por figurar y, si ganan, por la influencia que supone. La combinación de ambas cosas los hace muy rentables. Le pido disculpas otra vez, estoy hablando como un cínico, pero llevo mucho tiempo en esta ciudad y no veo razones para pensar de otro modo. Además, no entiendo lo suyo. Nunca he oído hablar del distrito noveno de Colorado. Seguro que no es Denver.

—Apenas figura en el mapa. Está en la falda de las Rocosas del sudoeste, dedicado a lo suyo. Por eso construyo allí. Queda fuera de los caminos trillados.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué la política? ¿Es que el *wonder boy* de los Emiratos Árabes encontró un distrito que podría servirle de base, tal vez de trampolín político?

—Nada más lejos de mi ánimo.

—Eso es una declaración, no una respuesta.

Evan Kendrick guardó silencio un momento, sosteniendo la mirada de su interlocutor. Al fin se encogió de hombros. Swann se sentía un tanto violento.

—Está bien —dijo con firmeza—. Vamos a considerarlo una aberración que no volverá a ocurrir. Había allí un tipo vacío y autoritario que estaba forrándose en un distrito al que no prestaba la menor atención. Yo estaba sobrado de tiempo y de labia, y tenía también el dinero necesario para enterrarlo. No me siento particularmente orgulloso de lo que hice y de cómo lo hice, pero el tipo se fue, y yo haré otro tanto

antes de dos años. Para entonces ya habré encontrado a alguien mejor calificado para ocupar mi puesto.

—¿Dos años? El próximo noviembre hará un año de su elección, si no me equivoco.

—En efecto.

—Y empezó usted a desempeñar su cargo en enero pasado.

—Así es.

—Bueno, no quiero desengañarlo, pero como su cargo dura dos años le quedan o bien un año más o tres, pero no menos de dos.

—En mi distrito no hay un verdadero partido de oposición, pero para estar seguro de que el escaño no vuelve a caer en manos del viejo aparato político accedí a presentarme a la reelección y después renunciar.

—¡Menudo acuerdo!

—Me considero obligado por él. Quiero dejarlo.

—Muy categórico, pero no tiene en cuenta un posible efecto secundario.

—No le comprendo.

—Suponga que durante los próximos veintitantos meses decide que le gusta esto. ¿Qué ocurrirá entonces?

—No es posible y no puede ocurrir, señor Swann. Volvamos a lo de Mascate. Es un follón de mucho cuidado. ¿O no estoy autorizado para hacer esa observación?

—Lo está porque las autorizaciones las doy yo. —El director adjunto sacudió la cabeza—. Un follón de mucho cuidado, congresista, y estamos convencidos que programado desde fuera.

—Creo que de eso no hay la menor duda.

—¿Tiene alguna idea?

—Unas cuantas. La primera de la lista es la desestabilización total, cerrar el país y no dejar entrar a nadie.

—¿Una toma del poder? ¿Un golpe al estilo de Jomeini? No resultaría; la situación es diferente. No hay trono del Pavo Real, ni rencores enconados, ni la SAVAK. —Swann hizo una pausa, para añadir, pensativo—: Ni un sha con un ejército de ladrones ni un ayatollah con otro de fanáticos. No es lo mismo.

—No he querido decir que lo fuese. Omán es solo el principio. Quienquiera que esté detrás de lo ocurrido, no quiere apoderarse del país; él, o ellos, quieren únicamente impedir que otros se hagan con el dinero.

—¿Cómo? ¿Qué dinero?

—Miles de millones. Proyectos de largo alcance que están ahora en los tableros de dibujo del golfo Pérsico, Arabia Saudí y toda el Asia sudoccidental, las únicas zonas de esa parte del mundo que pueden ser relativamente estabilizadas porque incluso los gobiernos hostiles lo piden. Lo que está ocurriendo ahora en Omán no es muy diferente de paralizar aquí el transporte y la construcción, o cerrar los muelles de Nueva York y Nueva Orleans, Los Ángeles y San Francisco. No se debe a las huelgas

o la negociación colectiva; es solo terror y la amenaza de más terror a cargo de fanáticos instigados. Todo se detiene, y la gente de los tableros de dibujo y la que está en el campo con los equipos topográficos o al cuidado de los parques de maquinaria solo quiere largarse lo antes posible.

—Y cuando se vayan —se apresuró a añadir Swann—, los que están detrás de los terroristas intervienen y el terror acaba, se esfuma. ¡Parece una operación de la mafia en los muelles!

—Sí, solo que al estilo árabe. No sería la primera vez.

—¿Está seguro?

—Sí. Nuestra compañía fue amenazada muchas veces, pero, para emplear sus propias palabras, teníamos un arma secreta. Emmanuel Weingrass.

—¿*Weingrass*? ¿Qué diablos podía hacer él?

—Mentir con una convicción extraordinaria. Tan pronto era un general de la reserva del ejército israelí que podía pedir un ataque aéreo sobre cualquier grupo árabe que nos molestase o nos reemplazase, como un miembro de alta graduación del Mossad que enviaría escuadrones de la muerte a eliminar incluso a quienes nos aconsejasen marcharnos. Como muchos tipos geniales de cierta edad, Manny era con frecuencia excéntrico y casi siempre teatral. Disfrutaba consigo mismo. Desgraciadamente, sus varias esposas rara vez disfrutaron de él mucho tiempo. En cualquier caso, nadie quería líos con un israelí loco. Es una táctica que me resulta de lo más familiar.

—¿Está sugiriéndome que lo reclutemos?

—No. Aparte la edad, está rematando su vida en París rodeado de las más bellas mujeres que puede alquilar, y por supuesto bebiendo el *brandy* más caro que encuentra. No podría ayudarnos. Pero hay algo que usted sí puede hacer.

—¿De qué se trata?

—Escúcheme. —Kendrick se acercó más—. Llevo pensando en ello ocho horas y cada vez estoy más convencido de que es una posible explicación. El problema es que hay tan pocos hechos… En realidad, casi ninguno, pero veo una pauta, y resulta coherente con cosas que oímos hace cuatro años.

—¿Qué cosas? ¿De qué pauta se trata?

—Al principio fueron solo rumores. Después vinieron las amenazas, amenazas reales. Allí nadie bromeaba.

—Adelante. Le escucho.

—Mientras se dedicaba a desactivar esas amenazas a su manera, casi siempre valiéndose del pecaminoso *whisky*, Weingrass oyó algo que tenía demasiado sentido para ser desdeñado como cosas de borrachos. Le dijeron que se estaba formando sigilosamente un consorcio, un cártel industrial, si lo prefiere, que estaba consiguiendo sin ruido el control de docenas de empresas con crecientes recursos en personal, tecnología y equipo. El objetivo era obvio entonces, y si la información resulta cierta, ahora lo es aún más. Intentaban hacerse cargo del desarrollo industrial

del Asia sudoccidental. Por lo que pudo saber Weingrass, esa federación secreta tenía su base en Baréin, lo que no es nada sorprendente; pero lo más chocante y lo que divirtió mucho a Manny fue que en el desconocido consejo de dirección figuraba un hombre que se hacía llamar «el Mahdí», como el fanático musulmán que echó a los británicos de Jartum hace cien años.

—¿El Mahdí? ¿Jartum?

—Exactamente. El símbolo es de lo más obvio. Excepto que a este nuevo Mahdí le importa un rábano el Islam, y mucho menos sus gritones fanáticos. Está utilizándolos para expulsar a la competencia y mantenerla a distancia. Quiere que contratos y beneficios vayan a parar a manos árabes, concretamente a las suyas.

—Un momento. —Swann le interrumpió, pensativo, mientras cogía el teléfono y oprimía uno de los botones de la consola—. Eso enlaza con algo que llegó anoche del MI-Seis de Mascate —continuó apresuradamente, mirando a Kendrick—. No pudimos seguirlo porque no había nada que seguir, ninguna pista, pero era de lo más raro… Con Gerald Bryce, por favor… ¿Gerry? Anoche, a eso de las dos, nos llegó un nada-cero de los Brits de Ohio. Quiero que lo busques y me lo leas despacio, porque voy a tomarlo al pie de la letra. —El director adjunto tapó el micrófono para hablar con su visitante, súbitamente alerta—. Si algo de lo que me ha dicho tiene sentido, puede ser la primera pista concreta de que dispongamos.

—Por eso estoy aquí, probablemente apestando a pescado ahumado.

Swann asintió con el gesto mientras esperaba impaciente a que el tal Bryce volviese al teléfono.

—No le vendría mal una ducha, congresista… Sí, adelante, Gerry… «No miréis donde la lógica os haría mirar. Buscad en otra parte». Sí, ya lo tengo. Lo recuerdo. Venía inmediatamente después, creo… «Donde las quejas no son hijas de la pobreza y el abandono». ¡Eso es! Y algo más, por ahí… «Donde Alá ha prodigado sus favores en este mundo, aunque quizá no en el otro…» ¡*Ahí*! Eso es. Repítemelo… «Los rumores hablan de quiénes se beneficiarán con el derramamiento de sangre…» Está bien, Gerry, es lo que necesitaba. El resto era negativo, si no recuerdo mal. Ni nombres, ni organizaciones… Es lo que yo pensé… Todavía no lo sé. Si sale algo, serás el primero en saberlo. Entretanto, engrasa el equipo y trabaja en una lista de todas las empresas constructoras de Baréin. Y si hay otra de los que llamamos contratistas generales o industriales, la quiero también… ¿Para cuándo? ¡Para ayer, por el amor de Dios! —Swann colgó el teléfono y miró las frases que había escrito, y después a Kendrick—. Ya lo ha oído, congresista. ¿Quiere que se lo repita?

—No hace falta. No es *kalam-faregh*, ¿verdad?

—No, señor Kendrick; nada de esto es basura. Es todo muy pertinente y me gustaría mucho saber qué hacer.

—Reclúteme, señor Swann. Envíeme a Mascate en el transporte más rápido que pueda encontrar.

—¿Por qué? —El director adjunto estudiaba a su visitante—. ¿Qué puede hacer

usted que no puedan hacer los hombres experimentados que tenemos allí? No solo dominan el árabe, sino que la mayoría de ellos son árabes.

—Y trabajan para Operaciones Consulares.

—¿Y?

—Que están marcados. Lo estaban hace cuatro años y lo están ahora. Un movimiento equivocado y puede encontrarse con una docena de ejecuciones.

—Esa es una afirmación muy alarmante —dijo lentamente Swann, que entornó los ojos mientras miraba a su visitante a la cara—. Dice usted que están marcados. ¿Le importaría explicármelo?

—Hace un momento le he dicho que sus Operaciones Consulares se convirtieron allí en un nombre muy familiar. Usted hizo entonces la observación gratuita de que yo fantaseaba sobre los rumores que oía en el Congreso, pero no era así. Hablaba en serio.

—¿Un nombre muy familiar?

—Le diré más, si quiere: en un chiste familiar. Un exingeniero del ejército y Manny Weingrass montaron incluso un número con ello.

—¿Un número?

—Estoy seguro de que está en sus archivos, por alguna parte. Gente de Hussein entró en contacto con nosotros para que presentásemos el proyecto de un nuevo aeródromo apenas terminamos otro en Qatar, en Arabia Saudí. Al día siguiente vinieron a vernos dos de sus hombres, señor Swann, haciendo preguntas técnicas y asegurándonos que, como norteamericanos, estábamos obligados a comunicar esa información, dado que Hussein trataba frecuentemente con los soviéticos, lo que, por supuesto, carecía de importancia. Un aeródromo es un aeródromo, y hasta el más estúpido puede volar sobre las obras y ver lo que es.

—¿Qué número fue ese?

—Manny y el ingeniero les dijeron que las dos pistas principales tenían diez kilómetros de largo y estaban destinadas sin duda a un equipo de vuelo muy especial. Los tipos salieron corriendo de la oficina como si tuvieran un ataque de diarrea.

—¿Y?

Swann se echó hacia adelante.

—Al día siguiente, los de Hussein llamaron y nos dijeron que nos olvidásemos del proyecto. Habíamos tenido visitantes de Operaciones Consulares, y eso no les gustaba.

El director adjunto se echó atrás en su asiento, con una sonrisa cansada que era la imagen misma de la futilidad.

—A veces es todo bastante estúpido, ¿verdad?

—No creo que ahora lo sea.

—No, claro que no. —Swann se enderezó instantáneamente en su asiento—. De modo que, en su opinión, todo este maldito asunto es cuestión de dinero. ¡Cochino dinero!

—Y si no se le pone fin, irá a peor, a mucho peor.

—Pero ¿por qué?

—Porque se trata de una receta comprobada para la toma del poder económico. Una vez hayan paralizado el gobierno en Omán, utilizarán la misma táctica en otro sitio; los Emiratos, Baréin, Qatar, incluso los saudies. Quien controla a los fanáticos consigue los contratos, y con todas esas grandes operaciones a cargo de una misma entidad, con independencia del nombre que use en cada país, hay en la zona una peligrosa fuerza política que amenaza puntos vitales.

—¿Ha pensado todo eso?

—No he hecho otra cosa durante las últimas ocho horas.

—Supongamos que lo envío allí. ¿Qué podría usted hacer?

—No lo sabré hasta que llegue, pero tengo algunas ideas. Conozco a personas influyentes, omaníes poderosos que saben lo que pasa allí y no quieren tener nada que ver con esa locura. Por diversas razones, probablemente la misma desconfianza que nosotros sentíamos cada vez que aparecían sus agentes de Operaciones Consulares, pueden no querer hablar con extraños, pero hablarán conmigo, confían en mí. He pasado días enteros, fines de semana con sus familias. He visto a sus esposas sin velo, y a sus hijos.

—Las esposas sin velo y los hijos —repitió Swann, interrumpiéndole—. El último *shordet* del vocabulario árabe. El caldo de la amistad.

—Una armoniosa mezcla de ingredientes —asintió el congresista por Colorado —. Conmigo darán resultado, con ustedes lo dudo. También estoy familiarizado con la mayor parte de los proveedores de los muelles y de las principales oficinas, incluidas personas que evitan todo lo oficial porque ganan dinero con lo que ustedes no pueden saber oficialmente. Quiero seguir el rastro del dinero y de las instrucciones que llegan con él y acaban dentro de la embajada. Alguien en algún sitio está enviando ambas cosas.

—¿Proveedores? —se extrañó Swann arqueando las cejas—. ¿Se refiere a alimentos, medicinas y cosas así?

—Eso es solo…

—¿Está loco? ¡Esos rehenes son compatriotas nuestros! ¡Les suministramos todo lo que necesitan, todo lo que podemos hacerles llegar!

—¿Como balas, armas y piezas de repuesto para ellas?

—¡Por supuesto que no!

—Por lo que he leído, lo que cayó en mis manos en los puestos de periódicos de Flagstaff y Phoenix, todas las noches, después de *el Maghreb*, hay cuatro o cinco horas de fuegos artificiales. Disparan miles de cargadores y rocían zonas enteras de la embajada con fuego de fusil y ametralladora.

—¡Eso forma parte de su maldito error! —estalló Swann—. ¿Se imagina cómo estarán dentro? Alineados contra una pared bajo los focos mientras a su alrededor todo es barrido por las balas, y pensando que van a morir en cualquier momento. Si

alguna vez conseguimos sacar a esos desgraciados, van a pasarse años en el diván tratando de librarse de sus pesadillas.

Kendrick dejó que pasara la emoción del momento.

—Esos tipos no tienen allí dentro un arsenal, señor Swann. No creo que los que los manejan lo permitiesen. Reciben suministros. Lo mismo que les suministran multicopistas, porque no saben manejar las fotocopiadoras y los procesadores de textos para hacer los boletines diarios que imprimen para las cámaras de televisión. Por favor, trate de comprenderlo. No sé si habrá ni un cinco por ciento de esos locos con un mínimo de inteligencia, y mucho menos con una postura ideológica clara. Son solo hez manipulada a la que se le conceden unos momentos históricos al sol. Tal vez sea culpa nuestra, no lo sé, pero sí sé que están siendo programados, y usted también lo sabe. Y detrás de esa programación hay un hombre que quiere todo el Asia del sudoeste para él.

—¿Ese Mahdí?

—Sí, quienquiera que sea.

—¿Cree que podrá encontrarlo?

—Necesitaré ayuda. Tengo que conseguir salir del aeropuerto; deberé vestirme de árabe… Haré una lista.

El director adjunto volvió a echarse hacia atrás en su asiento, mientras se llevaba los dedos a la barbilla.

—¿Por qué, congresista? ¿Quién le empuja a hacer esto? ¿Por qué quiere Evan Kendrick, un empresario multimillonario, poner su vida en juego? Allí ya no hay nada para usted.

—Supongo que la respuesta más simple y honrada es que puedo ayudar. Como usted ha dicho, gané allí un montón de dinero. Tal vez sea el momento de corresponder con algo.

—Si es solo con dinero o con «algo» de usted mismo no es cosa que me preocupe. Pero si le dejo ir, estará metiéndose en un campo de minas sin el menor entrenamiento para sobrevivir. ¿No se le ha ocurrido pensarlo, congresista? Debería hacerlo.

—No pretendo asaltar la embajada.

—Basta con que pregunte lo que no debe a quien no debe y el resultado podría ser el mismo.

—También puedo ir en coche este mediodía por el cruce de la calle Veintitrés y la avenida de Virginia y tener un accidente.

—Supongo que eso quiere decir que lo tuvo.

—Lo importante es que no era yo quien conducía. Iba en taxi. Soy cuidadoso, señor Swann, y en Mascate estoy habituado al tráfico, que no es tan peligroso como en Washington.

—¿Estuvo alguna vez en el Ejército?

—No.

—Creo que estaba usted en edad de ir a Vietnam. ¿Alguna explicación?

—Prórroga por estudios.

—¿Ha manejado alguna vez un arma?

—He tenido una experiencia limitada.

—Lo que quiere decir que sabe dónde está el gatillo y con qué extremo debe apuntar.

—He dicho limitada, no estúpida. Al principio, en los Emiratos, íbamos siempre armados en las obras. Y a veces también más tarde.

—¿Tuvo que disparar alguna vez contra alguien?

—Desde luego. Así pude aprender dónde estaba el gatillo y con qué extremo apuntar.

—Muy divertido, pero me refiero a si tuvo alguna vez que disparar un arma contra otro ser humano.

—¿Es necesario esto?

—Sí, lo es. Necesito hacerme una idea.

—Está bien; entonces, sí, lo hice.

—¿Cuándo?

—Varias veces. Entre mis socios y nuestro personal norteamericano había un geólogo, un encargado del equipo y la logística y varios refugiados del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, que nos servían de capataces. Hacíamos frecuentes viajes a posibles emplazamientos de obras para estudiar el terreno y buscar sitios donde instalar los parques de maquinaria. Acampábamos, y en una ocasión fuimos atacados por bandidos, grupos de nómadas en busca de botín. Han sido un problema durante años; las autoridades aconsejan a todo el que va al interior que tome precauciones. No es muy diferente de cualquiera de nuestras grandes ciudades. Entonces yo llevaba pistola.

—¿Para asustar o para matar, señor Kendrick?

—En general para asustar, señor Swann. Sin embargo, hubo ocasiones en que tuvimos que matar para que no nos matasen. Siempre dábamos cuenta de esos incidentes a las autoridades.

—Comprendo —dijo el director adjunto de Operaciones Consulares—. ¿Qué tal está de forma?

Su visitante sacudió la cabeza con exasperación.

—A veces fumo un cigarro o un cigarrillo después de comer, *doctor*, y bebo moderadamente. Pero no hago pesas ni corro maratones. No obstante, siempre que puedo me echo la mochila a la espalda y voy a andar por las montañas y a navegar por rápidos de dificultad cinco. Y creo que todo esto es una bobada.

—Crea lo que quiera, señor Kendrick, pero el tiempo apremia. Preguntas sencillas y directas pueden ayudarnos a conocer a una persona con tanta precisión como un complicado informe psiquiátrico de una de nuestras clínicas de Virginia.

—La culpa es de los psiquiatras.

—¡A mí me lo va usted a decir!

—Y a mí. ¿Se acabaron los juegos? ¿Voy a ir o no? Y si es que no, ¿por qué?

—Irá, congresista. No porque sea la elección ideal, sino porque no tengo otra. Voy a probarlo todo, incluso a un arrogante hijo de perra, cosa que, bajo ese exterior frío, pienso que usted probablemente es.

—Seguramente tiene razón. ¿Puede darme la información que ha conseguido?

—Le será entregada en el avión antes de que despegue de la base de las Fuerzas Aéreas en Andrews. Pero no puede salir de ese avión, y usted no puede tomar notas. Habrá alguien vigilándolo.

—Comprendido.

—¿Seguro? Le daremos cuanta ayuda encubierta podamos, a pesar de las restricciones, pero es usted un particular que actúa por su cuenta, pese a su puesto político. En pocas palabras, si cae en manos de elementos hostiles, no lo conocemos. En ese caso no podremos ayudarlo; no arriesgaremos las vidas de doscientos treinta y seis rehenes. ¿Lo ha entendido?

—Sí, porque coincide con lo que le dije al entrar. Quiero por escrito una garantía de anonimato. Nunca estuve aquí. No le he visto ni he hablado con usted. Envíe un memorándum a la Secretaría de Estado. Diga que recibió una llamada telefónica de un colega político de Colorado que mencionaba mi nombre y le decía que, dado mi pasado, debería ponerse en contacto conmigo. Usted lo rechazó, creyendo que era solo otro político que trataba de aprovecharse del Departamento de Estado; eso no debería serle difícil. —Kendrick sacó un bloc del bolsillo de la chaqueta y se lo alargó, a la vez que cogía el lápiz de Swann—. Aquí tiene la dirección de mi abogado en Washington. Haga que le envíen con urgencia una copia antes de que yo suba al avión de Andrews. Cuando él me diga que la tiene, subiré.

—Nuestro objetivo mutuo en este caso es tan claro y tan limpio que debería estar felicitándome a mí mismo —dijo Swann—. Entonces, ¿por qué no lo hago? ¿Por qué sigo pensando que hay algo que usted no me ha dicho?

—Porque es suspicaz por naturaleza y profesión. No estaría ahí sentado si no lo fuese.

—Ese secreto en el que tanto insiste…

—Tengo la impresión de que no tanto como usted.

—Ya le he dicho por qué. Hay por medio la vida de doscientas treinta y seis personas y no vamos a dar a nadie la menor excusa para apretar el gatillo. Por otra parte, a usted, si no lo matan, esto le puede venir muy bien. ¿Cuál es su motivo para desear que quede en secreto?

—Se parece bastante al suyo. Hice muchos amigos en toda esa zona y he seguido en contacto con algunos de ellos. Nos escribimos y me visitan con frecuencia; nuestras relaciones no son ningún secreto. Si saliera a relucir mi nombre, algunos fanáticos podrían pensar en un *jaremat thaár*.

—Castigo por amistad —tradujo Swann.

—El ambiente es apropiado para ello.

—Supongo que tiene razón —dijo el director adjunto, que no parecía muy convencido—. ¿Cuándo quiere salir?

—Lo antes posible. No hay nada pendiente aquí. Voy a coger un taxi, iré a casa y me cambiaré de ropa…

—Nada de taxi, congresista. De aquí en adelante, hasta que llegue a Mascate, figurará como un enlace del gobierno que viaja bajo nombre supuesto en transportes militares. Está usted sometido al secreto más absoluto. —Swann alcanzó el teléfono —. Lo escoltarán hasta la salida, donde un coche camuflado lo llevará a casa y después a Andrews. Durante las próximas doce horas es usted propiedad del gobierno y tendrá que hacer lo que nosotros le digamos.

Evan Kendrick iba en el asiento trasero de un coche camuflado del Departamento de Estado, contemplando por la ventanilla la espesa vegetación de las riberas del Potomac. El conductor no tardaría en girar a la izquierda y entrar en un largo pasillo boscoso, a cinco minutos de su casa. Una casa aislada, pensó, tan solitaria a pesar del matrimonio de antiguos amigos que vivía con él y el discreto desfile de mujeres, amigas también, que compartían su cama.

Cuatro años y nada permanente. Para él, lo permanente estaba a medio mundo de allí, donde nada lo era, salvo la constante necesidad de ir de un trabajo a otro, encontrar la mejor vivienda disponible y asegurarse de que había quien enseñase a los hijos de sus colaboradores, que a veces hubiera deseado que fuesen propios. Para él, sin embargo, no había llegado el momento de casarse y tenerlos; estaba casado con las ideas y su prole eran los proyectos. Tal vez por eso se había erigido en jefe; carecía de distracciones domésticas. Las mujeres con las que hacía el amor eran en su mayoría como él. También buscaban el goce temporal, e incluso la comodidad, de las aventuras breves; pero lo decisivo era la provisionalidad. En aquellos años maravillosos había también la emoción y la risa, las horas de temor y los momentos jubilosos cuando el resultado de un proyecto superaba sus esperanzas. Estaban construyendo un imperio, pequeño, desde luego, pero ya crecería, y con el tiempo, como repetía Weingrass, los hijos del grupo Kendrick irían a los mejores colegios de Suiza, que estaban a solo unas horas de avión.

—Menudo consejo de administración van a formar estos —rugía Manny— con esa exquisita educación y todos esos idiomas. ¡Estamos criando la mayor colección de estadistas de ambos sexos desde Israel y Golda!

—Tío Manny, ¿podemos ir a pescar? —imploraba invariablemente un joven portavoz, rodeado de conspiradores de ojos muy abiertos.

—Pues claro, David. ¡Qué nombre tan glorioso! El río está solo a unos cuantos kilómetros. ¡Pescaremos ballenas, te lo prometo!

—Manny, por favor —objetaba invariablemente una de las madres—. Tienen

deberes.

—Y este es un deber. ¡A por las ballenas!

Todo eso era lo permanente para Evan Kendrick. Y de pronto todo se había derrumbado, mil espejos rotos bajo el sol, y en cada fragmento de cristal ensangrentado una imagen de feliz realidad y maravillosas esperanzas. Los espejos se habían vuelto negros; se acabaron las imágenes. Muerte.

—¡No hagas eso! —exclamó Emmanuel Weingrass—. Me duele tanto como a ti, pero ¿no te das cuenta de que es lo que quieren que hagas, lo que esperan que hagas? ¡No les des esa satisfacción! ¡Lucha contra ellos, contra él! Yo lucharé a tu lado.

—¿Por quién, Manny? ¿Contra quién?

—¡Lo sabes tan bien como yo! Solo hemos sido los primeros; nos seguirán otros. Habrá otros «accidentes», más seres queridos muertos, más proyectos abandonados. ¿Vas a permitirlo?

—No me importa, simplemente.

—Entonces, ¿vas a dejar que se salga con la suya?

—¿Quién?

—¡El Mahdí!

—Es solo un rumor de borrachos.

—¡Él lo hizo! ¡Él los mató! ¡Lo sé!

—Aquí no hay nada para mí, viejo amigo, y no puedo dedicarme a perseguir sombras. Se acabó la diversión. Olvídalo, Manny; te haré rico.

—¡No quiero tu cobarde dinero!

—¿No vas a cogerlo?

—Claro que lo cogeré. Es simplemente que ya no te quiero.

Siguieron cuatro años de ansiedad, futilidad y aburrimiento, de preguntarse cuándo volvería a soplar sobre las brasas que aún humeaban en su interior el viento cálido del amor o el frío viento del odio. Se había dicho una y otra vez que cuando al fin brotaran las llamas, por la razón que fuese, habría llegado el momento y él estaría preparado. Ahora lo estaba, y nadie podría detenerlo. Odio.

El Mahdí.

Quitaste la vida a mis mejores amigos con igual certeza que si tú mismo hubieses instalado aquella tubería. Tuve que identificar tantos cadáveres, los cuerpos rotos, retorcidos, sangrantes de personas que significaban mucho para mí… El odio sigue vivo, y es profundo y frío y no se irá y me dejará vivir mi vida hasta que hayas muerto. Tengo que regresar, volver a ser yo mismo y terminar lo que estábamos construyendo juntos. Manny tenía razón. Escapé de allí, olvidándome de mi mismo, olvidando los sueños que teníamos. Ahora volveré y terminaré. Voy a por ti, Mahdí, quienquiera que seas y dondequiera que estés. Y nadie sabrá que estuve allí.

—¿Señor? Hemos llegado.

—¿Cómo?

—Esta es su casa —dijo el marine que conducía—. Creo que estaba usted echando una siestecita, pero no hay más remedio que atenerse al horario.

—Nada de siestas, cabo, pero tiene razón. —Kendrick abrió la puerta—. Tardaré unos veinte minutos. ¿Por qué no entra? La muchacha le preparará algo de comer o un café mientras espera.

—No puedo salir del coche, señor.

—¿Por qué no?

—Está usted con OHIO. Probablemente me pegarían un tiro.

Asombrado, y a medio apearse, Evan Kendrick se volvió y miró hacia atrás. Al final de la calle, una calle desierta bordeada de árboles y sin más casas a la vista, había un coche solitario aparcado junto al bordillo, y dentro, en el asiento delantero, dos siluetas inmóviles.

Durante las próximas doce horas es usted propiedad del gobierno y hará lo que le digamos.

La silueta oscura penetró rápidamente en el cuarto estéril y sin ventanas, cerró la puerta y, en medio de la oscuridad, siguió hasta la mesa sobre la que había una pequeña lámpara metálica. La encendió y fue directamente a su equipo, que cubría la pared de la derecha. Se sentó frente al procesador, tocó el conmutador que animaba la pantalla y tecleó la clave.

```
Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda
```

Continuó el diario, mientras sus dedos temblaban de júbilo.

```
Ya está todo en marcha. El sujeto se halla en camino, ha empezado el viaje. Naturalmente, no puedo imaginar los obstáculos que le esperan, y mucho menos si triunfará o fracasará; solo sé, gracias a mis altamente perfeccionados «utensilios», que está cualificado como nadie. Algún día podremos calcular con mayor precisión el cociente humano, pero esos tiempos no han llegado. No obstante, si sobrevive, sé que el rayo golpeará; mis proyecciones lo aseguran partiendo de un centenar de opciones calculadas con éxito. Los pocos funcionarios que deben estar al corriente han sido ya alertados a través de comunicaciones ultramodernas. Es un juego de niños para mis utensilios.
```

3

El tiempo de vuelo calculado desde Andrews a la base de las Fuerzas Aéreas norteamericanas en Sicilia era de algo más de siete horas. La llegada estaba prevista para las 5.00 a.m., hora de Roma, las ocho de la mañana en Omán, lo que quería decir dentro de cuatro o cinco horas, según los vientos dominantes en el Mediterráneo y las rutas seguras disponibles. El despegue hacia las tinieblas del Atlántico había sido rápido en el reactor militar, un F-106 Delta transformado, con una cabina en cuya parte de atrás había dos asientos contiguos con mesas-bandeja que servían a la vez para trabajar y para comer y beber. En el techo había luces giratorias que permitían a quienes leían concentrarlas en las zonas deseadas, ya se tratase de manuscritos, fotografías o mapas. El hombre sentado a la izquierda de Kendrick iba pasándole las páginas de OHIO-Cuatro-Cero una por una, a medida que este le devolvía la anterior. Dos horas y doce minutos tardó Evan en leer el expediente completo.

Estaba a punto de volver a empezar cuando el apuesto miembro de OHIO-Cuatro-Cero, un joven de ojos oscuros que se había presentado simplemente como un ayudante del Departamento de Estado, levantó la mano.

—¿No podríamos hacer una pausa para comer algo, señor? —preguntó.

—¿Cómo? Ah, sí, desde luego. —Kendrick se enderezó en su asiento—. Francamente, aquí no hay mucho que pueda ser de utilidad.

—Nunca pensé que lo hubiese —dijo el muchacho del pelo al rape.

Evan miró a su compañero de asiento, estudiándolo por primera vez.

—Sabe, no lo digo en sentido despectivo, de veras que no, pero para tratarse de una operación ultrasecreta del Departamento de Estado me parece usted algo joven. Apuesto a que no ha cumplido los treinta.

—Me falta poco. Pero soy bastante bueno en lo mío.

—¿Y qué es lo suyo?

—Lo siento, señor; sin comentarios. Y ahora, ¿qué le parece ese tentempié? Es un vuelo muy largo.

—¿Qué tal nos vendría un trago?

—Hemos hecho provisiones especiales para los paisanos. —El joven del pelo y las cejas oscuros sonrió e hizo una seña al auxiliar de vuelo de las Fuerzas Aéreas, un cabo que iba sentado contra una mampara, de espaldas a la marcha. El sirviente se levantó y se acercó.

—Un vaso de vino tinto y un canadiense con hielo, por favor.

—Un canadiense…

—Es lo que suele beber, ¿no?

—Han estado muy ocupados.

—No paramos. —El ayudante hizo una seña al cabo, que se retiró a la diminuta cocina—. Me temo que la comida sea de lo más vulgar —continuó el muchacho de OHIO—. La culpa es del recorte de gastos en el Pentágono… y de las presiones de

ciertas industrias cárnicas. *Filet mignon* con espárragos a la holandesa y patatas cocidas.

—Menudo recorte.

—Y menudas presiones —añadió el compañero de asiento de Evan, sonriente—. De postre hay Alaska al horno.

—¿Cómo?

—Tampoco los lecheros son mancos. —Llegaron las bebidas, y el auxiliar de vuelo fue después al teléfono que había en la mampara, en la que se veían destellos de luz blanca. El ayudante levantó su copa—. A su salud.

—A la suya. ¿Tiene usted nombre?

—Elija uno.

—¿Le parece bien Joe?

—Estupendo. Encantado de conocerlo, señor.

—Puesto que es evidente que usted sabe quién soy, tiene ventaja. Puede usar mi nombre.

—No en este vuelo.

—Entonces, ¿quién soy?

—Un criptoanalista llamado Axelrod a quien llevamos a la embajada de Jidda, en Arabia Saudí. El nombre no importa gran cosa; es sobre todo para el diario de a bordo. Si alguien quiere hablarle dirá solo «señor». Los nombres están de más en estos viajes.

—¿Doctor Axelrod?

La intrusión del cabo hizo palidecer al ayudante del Departamento de Estado.

—¿Doctor? —dijo Evan, un tanto asombrado y mirando a «Joe».

—En Filosofía, supongo —dijo por lo bajo el ayudante.

—Magnífico —susurró Kendrick, alzando la vista hacia el auxiliar—. Dígame.

—Al piloto le gustaría hablar con usted, señor. Si es tan amable de seguirme…

—Desde luego. —Evan levantó la mesa-bandeja mientras daba su vaso a «Joe»—. Al menos acertó usted en una cosa, Júnior. Ha dicho «señor».

—Y no me gusta. Todas las comunicaciones que tienen que ver con usted deben pasar por mí.

—¿No irá a hacerle una escena?

—Es un ataque de amor propio. Ese quiere curiosear el cargamento especial.

—¿El qué?

—Olvídelo. Solo recuerde que ninguna decisión va a tomarse sin mi aprobación.

—Es usted un tipo duro.

—El que más, congr… doctor Axelrod. Y de «Júnior» nada, al menos en lo que tenga que ver con usted.

—¿Debo darle recuerdos suyos al piloto?

—Puede decirle que voy a cortarle las alas y las pelotas si vuelve a hacer esto.

—Como fui el último en subir a bordo, no he podido verlo, pero deduzco que es

un general de brigada.

—Para mí es un mierda de brigada.

—¡Dios mío! Rivalidad entre armas a cuarenta mil pies de altitud. No me parece nada bien.

—¿Señor?

El auxiliar de las Fuerzas Aéreas parecía ansioso.

—Ya voy, cabo.

La pequeña cabina del piloto del F-106 Delta relucía con profusión de diminutas luces verdes y rojas, esferas y números por todas partes. El piloto y el copiloto iban delante, sujetos por sus cinturones, y el navegante a la derecha, con un auricular acolchado sujeto a la oreja izquierda y los ojos fijos en una pantalla de computadora cuadriculada. Evan tuvo que agacharse para avanzar los pocos pasos que pudo dar en el pequeño recinto.

—¿Quería verme, general?

—Ni siquiera mirarlo, doctor —respondió el piloto, atento al instrumental que tenía enfrente—. Solo voy a leerle un mensaje de alguien llamado S. ¿Conoce a alguien llamado S?

—Creo que sí —dijo Kendrick, suponiendo que provendría de Swann, el del Departamento de Estado—. ¿De qué se trata?

—¡De una buena cabronada, de eso se trata! —gritó el general—. ¡Nunca he aterrizado allí! ¡No conozco el campo, y me han dicho que a esos puñeteros italianos se les da mejoría salsa de espaguetis que las instrucciones para la aproximación!

—Es una base nuestra —protestó Evan.

—¡De eso nada! —exclamó el piloto, mientras su compañero sacudía la cabeza en una negativa enfática—. ¡Ahora vamos a Cerdeña! ¡No a Sicilia, a Cerdeña! Tendré que reventar los motores para frenar en esta pista… ¡si la encontramos!

—¿Qué dice el mensaje, general? —preguntó con calma Kendrick—. Cuando se cambia de planes suele haber un motivo.

—Entonces explíquemelo usted… No, no me lo explique. Ya estoy bastante harto y preocupado. ¡Los muy fantasmas…!

—El mensaje, por favor.

—Aquí está. —El furioso piloto leyó una hoja de papel perforada—. *Necesario cambio. Jidda excluida. A. M. permitidos vigilados…*

—¿Qué significa eso? —se apresuró a interrumpirle Evan—. A. M. vigilados.

—Lo que dice.

—En inglés, por favor.

—Perdone, me olvidaba. Quienquiera que sea usted, no es el que dice el diario de a bordo. Significa que todos los aviones militares de Sicilia y Jidda están siendo espiados, así como todos los aeródromos en los que aterrizamos. Esos bastardos árabes esperan algo y han apostado a sus mugrientos psicópatas para que les avisen si ven algo o a alguien que se salga de lo corriente.

—No todos los árabes son bastardos, ni mugrientos, ni psicópatas, general.

—En mi libro sí.

—Entonces es impublicable.

—¿Qué es impublicable?

—Su libro. El resto del mensaje, por favor.

El piloto hizo un gesto obsceno con el brazo derecho, sin soltar el papel perforado.

—Léalo usted mismo, amante de los árabes. Pero no saldrá de esta cabina.

Kendrick cogió el papel, lo volvió hacia la luz del navegante y leyó: *Necesario cambio. Jidda excluida. A. M. permitidos vigilados. Cambie a auxiliar civil isla sur. Ruta por Chipre y Riyad hasta el blanco. Todo dispuesto. ETA hacia Segunda Columna el Maghreb. Lo siento. S.* Evan extendió el brazo, pasó el mensaje por encima del hombro del general de brigada y lo dejó caer.

—Supongo que la «isla sur» es Cerdeña.

—Acertó.

—Entonces sospecho que voy a pasarme unas diez horas más en avión, o en aviones, y a tocar en Chipre y Arabia Saudí camino de Mascate.

—Le diré una cosa, amante de los árabes —continuó el piloto—. Me alegro de que sea usted y no yo quien vuele en esos cacharros de juguete. Y un consejo: siéntese cerca de una salida de emergencia, y si puede comprar un paracaídas, gástese el dinero. Y una máscara de gas. Me han dicho que esos aviones apestan.

—Trataré de recordar su generoso consejo.

—Ahora dígame usted algo. ¿Qué diablos es eso de la «Segunda Columna»?

—¿Va usted a la iglesia?

—Pues claro. Cuando estoy en casa hago que vaya toda la familia; en eso soy muy cumplidor. Al menos una vez al mes; es una norma.

—Lo mismo hacen los árabes, pero no una vez al mes: cinco veces al día. Creen por lo menos tanto como usted, ¿no le parece? La Segunda Columna de *el Maghreb* se refiere a las oraciones islámicas al ponerse el sol. Qué lata, ¿verdad? Se matan todo el día trabajando, casi siempre por nada, y después, al oscurecer, ni hablar de cócteles, solo plegarias a su dios. Bueno, a lo mejor es lo único que tienen; algo así como los *spirituals* que cantaban los negros en las plantaciones.

El piloto se volvió lentamente en su asiento. En medio de las sombras de la cubierta de vuelo, su cara sobresaltó a Kendrick. El general de brigada era negro.

—Me harta usted —dijo secamente.

—Perdóneme. En serio; no me había dado cuenta. Además, fue usted quien empezó. Me llamó amante de los árabes.

Puesta del sol en Mascate. El viejo turborreactor golpeó la pista con tal fuerza que algunos viajeros gritaron, alertados por sus instintos del desierto a la posibilidad de

pasar a otra vida entre llamas. Después, al darse cuenta de que habían llegado, de que estaban a salvo, y en una tierra donde había empleos disponibles, empezaron a cantar excitados. ¡Gracias sean dadas a Alá por su benevolencia! Les habían prometido dinero a cambio de una sujeción que los omaníes no estaban dispuestos a aceptar. Así sea. Era mucho mejor que lo que habían dejado atrás.

Los hombres de negocios —bien vestidos— que iban en la parte delantera del avión, con el pañuelo en la nariz, tomaron sus maletines y se precipitaron hacia la puerta de salida, ansiosos por respirar el aire de Omán. Kendrick, de pie en el pasillo, el último de la fila, se preguntó en qué estaría pensando el tal Swann cuando escribió que estaba «todo dispuesto».

—¡Venga conmigo! —gritó un árabe desde la muchedumbre que había frente al terminal para inmigrantes—. Hay otra salida, doctor Axelrod.

—Mi pasaporte no dice nada de *Axelrod*.

—Precisamente. Por eso va a venir conmigo.

—¿Y los de inmigración?

—Deje quietos sus documentos. Nadie quiere verlos. ¡Yo no quiero verlos!

—¿Entonces cómo…?

—Basta, *ya shaikh*. Deme su equipaje y sígame de cerca. ¡Vamos!

Evan dio su maletín blando al excitado contacto y le siguió. Fueron hacia la derecha, hasta el final de la terminal, de una sola planta y pintada de blanco y marrón, e inmediatamente torcieron a la izquierda, hacia la alta cerca anticiclón más allá de la cual teñían el aire sofocante los humos de docenas de taxis, autobuses y camiones. La gente que había frente a la cerca del aeropuerto corría de un lado para otro entre los congestionados vehículos, túnica al viento, gritando advertencias y chillando para llamar la atención. A lo largo de la alambrada, otros oprimían la cara contra los eslabones metálicos, atisbando un mundo ajeno de suaves pistas de asfalto y lustrosos aviones que no formaban parte de su vida y concibiendo fantasías que excedían a su comprensión. Enfrente, Kendrick pudo ver un edificio metálico. Era el almacén del aeródromo, y recordó las horas que Manny Weingrass y él habían pasado allí dentro, esperando el equipo largamente retrasado que les habían prometido llegaría en alguno de los vuelos, y a menudo furiosos con los funcionarios de aduanas, que muchas veces eran incapaces de entender los impresos que debían rellenar para que les entregasen el equipo… si de verdad había llegado.

Las puertas tipo hangar del almacén estaban abiertas para recibir la fila de contenedores llenos de cajas descargadas de los aviones. Guardas con perros vigilaban la cinta transportadora que de las aduanas llevaba las mercancías al interior, a los ansiosos proveedores y detallistas y los siempre frustrados capataces de las empresas constructoras. La mirada de los guardas recorría constantemente aquella frenética actividad, con la metralleta preparada. Estaban allí no solo para mantener un remedo de orden en medio del caos y respaldar a los funcionarios de aduanas en caso de disputa violenta, sino sobre todo para tratar de descubrir las armas y la droga que

entraban de contrabando en el sultanato. Cada bulto era examinado por los perros a medida que eran puestos sobre la cinta.

El contacto de Evan se detuvo y él hizo otro tanto. El árabe se volvió y señaló con la cabeza hacia una pequeña puerta lateral que tenía encima un letrero en árabe. *Alto. Solo personal autorizado. Se disparará contra los infractores*. Era una salida para los guardas y demás funcionarios. La puerta tenía también una gran placa metálica donde debería estar la cerradura. Y estaba, pensó Kendrick; un cerrojo que se abría electrónicamente desde algún lugar del almacén. El contacto hizo dos movimientos de cabeza más, indicándole que cuando le hiciera una señal debería dirigirse a la puerta donde se disparaba contra «los infractores». Kendrick frunció el entrecejo, interrogante, mientras iba formándosele en el estómago un vacío doloroso. Con Mascate en estado de sitio, no haría falta gran cosa para que alguien empezase a disparar. El árabe vio la duda en sus ojos y movió la cabeza por cuarta vez, de un modo lento y tranquilizador. Después se volvió y miró hacia su derecha, a lo largo de la fila de contenedores. De un modo casi imperceptible, levantó la mano derecha.

Y de pronto estalló una pelea junto a uno de los contenedores. Se oían maldiciones mientras los brazos se movían como aspas y los puños golpeaban.

—*¡Contrabando!*

—*¡Mentiroso!*

—*¡Tu madre es una cabra, una sucia cabra!*

—*¡Tu padre se acuesta con putas, y de ahí vienes tú!*

Volaba el polvo mientras los cuerpos abrazados rodaban por el suelo, donde iban a unírseles otros que tomaban partido. Los perros empezaron a ladrar furiosamente, tirando de las correas, y sus cuidadores se acercaron al tumulto. Todos menos uno; y fue entonces cuando el contacto de Evan dio la señal. Juntos corrieron hacia la abandonada salida de personal.

—Buena suerte, señor —dijo el único guarda que no había acudido a poner paz. Mientras el perro husmeaba amenazadoramente los pantalones de Kendrick, el hombre dio una serie de golpes con su arma en la chapa metálica. Sonó un zumbador y la puerta giró hacia atrás. Kendrick y su contacto entraron y corrieron a lo largo de la pared de metal del almacén.

En el aparcamiento al que fueron a dar había un viejo camión con las ruedas medio desinfladas. El motor rugió mientras petardeaba el tubo de escape.

—*Besuraa!* —gritó el contacto árabe, diciendo a Evan que se diese prisa—. Ahí está su transporte.

—Eso espero —farfulló Kendrick, cada vez más lleno de dudas.

—Bien venido a Mascate, *shaikh* quien sea.

—De sobra sabe quién soy —dijo enfadado Evan—. ¡Me distinguió entre la gente! ¿Cuántos podrían hacer eso?

—Muy pocos, señor. Y no sé quién es, se lo juro por Alá.

—Entonces, ¿tengo que creerle?

—Nunca usaría el nombre de Alá en vano. Por favor. *Besuraa!*

—Gracias —dijo Evan, cogiendo su maletín y corriendo hacia la cabina del camión. De pronto vio al conductor haciéndole gestos por la ventanilla para que subiese atrás, bajo la lona que cubría la caja del viejo vehículo. El camión arrancó traqueteante y un par de manos lo izaron al interior.

Tumbado en las tablas del suelo, Kendrick alzó la vista hacia el árabe que se erguía frente a él. El hombre sonrió y señaló los largos faldones del *aba* y la camisa por el tobillo conocida como *thobe* que estaban colgados de una percha, en la parte delantera del remolque cubierto de lona. Junto a ellos, colgado de un clavo, estaban el *ghotra* para la cabeza y unos pantalones blancos muy anchos, la ropa de calle de un árabe, lo último que Evan había pedido a Frank Swann, el del Departamento de Estado. Eso y otra cosa más pequeña, pero vital.

El árabe lo levantó. Era un tubo de gel oscurecedor que, generosamente aplicado, convertía la cara y las manos de un occidental blanco en las de un semita de Oriente Medio, cuya piel quemaba día tras día aquel sol ardiente, abrasador, casi ecuatorial. El pigmento seguiría oscuro durante diez días antes de borrarse. Diez días. Toda una vida, para él o para el monstruo que se hacía llamar el Mahdí.

La mujer estaba de pie dentro de la cerca del aeropuerto, a pocos centímetros de los eslabones metálicos. Llevaba un pantalón blanco ligeramente acampanado y una blusa de seda gris oscuro ajustada, algo arrugada por la correa del bolso. Le encuadraba la cara una larga melena oscura; bajo el amplio sombrero con una cinta de seda verde en torno a la copa, unas grandes gafas de sol velaban sus rasgos, marcados y atractivos. Al principio parecía una de tantas viajeras de las ricas Roma o París, Londres o Nueva York, pero un examen más atento revelaba una sutil diferencia con el estereotipo. Su piel, de tonos oliváceos, ni blancos ni negros, sugería el norte de África. Confirmaba esa diferencia algo que tenía en sus manos y que solo hacía unos segundos había puesto contra la cerca: una cámara en miniatura, de apenas cinco centímetros de largo y con un diminuto objetivo saliente, convexo, prismático, apropiado para la fotografía telescópica; un equipo característico del personal de Inteligencia. El viejo camión había abandonado ya renqueante el aparcamiento del almacén; ya no hacía falta la cámara. Cogió el bolso que llevaba al costado y lo guardó en él.

—¡Kalila! —gritó un tipo calvo y obeso corriendo hacia ella y pronunciando su nombre «Kalaila». Llevaba torpemente dos maletas y el sudor le empapaba la camisa y llegaba hasta el traje negro a rayas cortado en Savile Row—. Por el amor de Dios, ¿por qué te has ido?

—La cola era demasiado aburrida, cariño —replicó la mujer, con un acento que era una mezcla inexplicable de inglés e italiano, o quizá griego—. Pensé que era mejor dar una vuelta.

—Por Dios, Kalila; no puedes hacer eso. ¿Es que no lo comprendes? ¡Este lugar es ahora un verdadero infierno! —El inglés se detuvo ante ella, con la cara arrebolada y goteante de sudor—. Me tocaba ya hablar con ese imbécil de inmigración, y cuando miré resulta que no estabas. Eché a correr para buscarte, pero tres locos con pistolas, ¡con pistolas, figúrate!, me llevaron a una habitación y registraron nuestro equipaje.

—Espero que no tuvieses nada ilegal, Tony.

—¡Esos bastardos me confiscaron el *whisky*!

—¡Ah, lo que cuesta ser un triunfador! No importa, cariño, haré que lo reemplacen.

Los ojos del hombre de negocios británico recorrieron la cara y la figura de Kalila.

—Bueno, ya ha pasado. Vamos a volver y acabar con esto. —El tipo obeso pestañeó, un ojo después de otro—. He conseguido un alojamiento estupendo. Te gustará mucho, querida.

—¿Alojamiento? ¿Contigo, cariño?

—Sí, por supuesto.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso.

—¿Cómo? Dijiste…

—¿Que yo dije? —le interrumpió Kalila, con sus oscuras cejas arqueadas por encima de las gafas de sol.

—Bueno, diste a entender, con bastante énfasis, puedo añadir, que si conseguía meterte en ese avión íbamos a pasarlo muy bien en Mascate.

—Pasarlo bien, desde luego. Copas en el Gulf, tal vez las carreras, cena en El Quanan… Todas esas cosas. Pero ¿en tu habitación?

—Bueno, bueno… Ciertos detalles no hace falta… detallarlos.

—Mi buen Tony, ¿cómo puedo pedirte disculpas por semejante malentendido? La encargada inglesa de mi antigua residencia universitaria de El Cairo me sugirió que hablase contigo. Es una de las mejores amigas de tu esposa. La verdad, no podría.

—¡Mierda! —estalló el floreciente hombre de negocios llamado Tony.

—*Miraya!* —gritó Kendrick por encima del ruido ensordecedor del camión, mientras este daba saltos por una perdida carretera, camino de Mascate.

—Usted no pidió espejo, *ya shaikh* —chilló el árabe, en un inglés con mucho acento pero comprensible.

—Entonces arranca uno de los retrovisores de las puertas. Díselo al conductor.

—No puede oírme, *ya shaikh*. Este es un camión viejo que pasará inadvertido. No puedo hablar con el conductor.

—¡Maldita sea! —exclamó Evan, con el tubo de gel en la mano—. Entonces sírveme de ojos, *ya sahbee* —añadió, llamando amigo al árabe—. Acércate y observa. Dime cuándo está bien. Abre la lona.

El hombre echó hacia atrás parte de la cubierta trasera, dejando que entrase el sol, y cautelosamente, agarrándose a las barras del techo, avanzó hasta quedar apenas a unos centímetros de Kendrick.

—¿Es eso el *iddahwa*, señor? —preguntó, refiriéndose al tubo.

—*Iwah* —dijo Evan cuando vio que el gel era realmente la medicina que necesitaba. Empezó por untarse las manos. Ambos hombres observaban; el tiempo de espera era de menos de tres minutos.

—*Arma!* —exclamó el árabe, extendiendo la mano derecha. El color de la piel era casi como el suyo.

—*Kwiyis* —asintió Kendrick, tratando de igualar la proporción de gel que se había dado en las manos para darse la misma en la cara. Lo hizo, y observó ansiosamente los ojos del árabe.

—*Mahool!* —gritó su reciente compañero, con una sonrisa de triunfo—. *Delwatee anzur!*

Lo había conseguido. Su carne tenía ahora el color de la de un árabe tostado por el sol.

—Ayúdame a ponerme el *thobe* y el *aba*, por favor —pidió Evan, mientras empezaba a desnudarse entre las violentas sacudidas del camión.

—Cómo no —dijo el árabe, de pronto en un inglés mucho más claro del que había empleado hasta entonces—. Pero usted y yo hemos terminado. Perdóneme por hacerme el ingenuo, pero aquí no se puede confiar en nadie, ni siquiera en el Departamento de Estado norteamericano. Está usted corriendo riesgos, *ya shaikh*, mucho más que yo; pero eso es asunto suyo, no mío. Lo dejarán en el centro de Mascate y el resto será ya por su cuenta.

—Gracias por llevarme allí —dijo Evan.

—Gracias a usted por venir, *ya shaikh*. Pero no intente encontrar a quienes le hemos ayudado. Le aseguro que lo mataríamos antes de que el enemigo tuviese ocasión de programar su ejecución. Estamos callados, pero vivos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Creyentes, *ya shaikh*. No necesita saber más.

—*Alfshukre* —dijo Evan, dando al empleado las gracias y una propina por la confidencialidad que le había garantizado. Firmó en el registro con un nombre árabe y le dieron la llave de su *suite*. No necesitaba al botones. Tomó el ascensor hasta un piso que no era y esperó al final del pasillo para ver si lo habían seguido. Luego bajó por la escalera hasta su planta y se dirigió a su *suite*.

Tiempo. El tiempo es precioso, cada minuto: Frank Swann, Departamento de Estado. Las plegarias nocturnas de *el Maghreb* habían terminado; caía la oscuridad, y podía oírse a lo lejos la locura de la embajada. Evan tiró su pequeña bolsa de mano a un rincón de la sala de estar, sacó su cartera y extrajo un papel doblado en el que

había escrito los nombres y los números de teléfono —unos números con ya casi cinco años de antigüedad— de las personas con quienes quería ponerse en contacto. Fue a la mesita del teléfono, se sentó y desdobló el papel.

Treinta y cinco minutos después, tras los saludos, efusivos pero extrañamente cortados, de tres amigos de otros tiempos, el encuentro quedó concertado. Había elegido siete nombres, todos ellos entre los hombres más influyentes que recordaba de sus tiempos en Mascate. Dos habían muerto; otro estaba fuera del país, y el cuarto le dijo francamente que no era el mejor momento para que un omaní se viese con un norteamericano. Los tres que habían accedido, con mayor o menor resistencia, llegarían por separado antes de una hora. Irían directamente a su *suite*, sin molestar a los de recepción.

Transcurrieron treinta y ocho minutos, durante los cuales Kendrick desempaquetó las pocas cosas que había traído y pidió marcas concretas de *whisky* al servicio de habitaciones. El mayor homenaje que podía hacerse a la abstinencia que exigía la tradición islámica era quebrantarla, y junto a cada nombre figuraba la libación que el invitado prefería; era una lección que Evan había aprendido del irascible Emmanuel Weingrass. *Es el mejor lubricante de la industria, hijo mío. Si recuerdas el nombre de su esposa, le agrada. Pero si recuerdas su marca de whisky preferida, eso ya es otra cosa. ¡Quiere decir que le das importancia!*

Unos golpes suaves en la puerta rompieron el silencio de la habitación como los chasquidos de un rayo. Kendrick respiró hondo varias veces, cruzó el cuarto e hizo entrar al primer visitante.

—¿Eres tú, Evan? ¡Dios mío, no te habrás convertido!

—Pasa, Mustafá. Me alegra volver a verte.

—Y yo ¿estoy viéndote a ti? —dijo el tal Mustafá, que vestía un traje marrón oscuro—. ¡Y tu piel! Estás tan moreno como yo, si no más.

—Te lo explicaré todo. —Kendrick cerró la puerta e hizo seña a su amigo de que se acomodase—. Tengo tu marca de escocés. ¿Qué tal un trago?

—El bueno de Manny Weingrass nunca anda muy lejos, ¿verdad? —dijo Mustafá, yendo hasta el largo sofá de brocado y sentándose—. El viejo ladrón…

—Vamos, Musty —protestó Evan, riendo y encaminándose al pequeño bar de la habitación—. Nunca te engañó.

—No, no lo hizo. Ni él, ni tú, ni vuestros otros socios nos engañasteis nunca a ninguno. ¿Cómo te ha ido sin ellos? Muchos de nosotros todavía os recordamos después de tantos años.

—A veces no ha sido fácil —se sinceró Kendrick mientras servía las bebidas—. Pero uno lo acepta, se las arregla. —Llevó a Mustafá su *scotch* y se sentó en uno de los tres sillones que había frente al sofá—. Te deseo lo mejor, Musty —dijo alzando el vaso.

—No, viejo amigo; es lo peor, la peor de las épocas, como dijo el inglés Dickens.

—Esperaremos a que lleguen los demás.

—No vendrán.

Mustafá tomó un trago de su *scotch*.

—¿Cómo?

—Hemos hablado. Como se dice en las reuniones de negocios, represento ciertos intereses. También, como único ministro del gabinete del sultán, pensaban que podría lograr el consentimiento del gobierno.

—¿Para qué? No te des tanta prisa.

—Tú sí que te la diste, Evan, al venir aquí y llamarnos. Uno de nosotros, dos tal vez, incluso, en caso extremo, tres; pero siete… Fue una imprudencia por tu parte, viejo amigo, muy peligrosa para todos.

—¿Por qué?

—¿Cómo se te ocurrió pensar que ni siquiera tres hombres de posición y conocidos, y no digamos ya siete, podían coincidir en un hotel, con pocos minutos de diferencia, para reunirse con un extraño sin que lo supiese la dirección? Es ridículo.

Evan estudió a Mustafá antes de hablar, mientras se miraban a los ojos.

—¿Qué pasa, Musty? ¿Qué tratas de decirme? Esto no es la embajada, y las barbaridades que allí ocurren no tienen nada que ver con los hombres de negocios ni con el gobierno de Omán.

—No, es evidente que no. Pero lo que trato de decirte es que aquí las cosas han cambiado de un modo que muchos de nosotros no entendemos.

—Eso es también obvio. No sois terroristas.

—No, no lo somos; pero ¿quieres saber lo que dice la gente, gente responsable?

—Adelante.

—«Esto pasará», dicen. «No os metáis; solo serviría para excitarlos aún más».

—¿No os metáis? —repitió Evan, incrédulo.

—Sí; y «dejad que lo arreglen los políticos».

—¡Los políticos no pueden arreglarlo!

—Pero hay más, Evan. «Su rabia tiene cierta base», dicen. «No las matanzas, naturalmente; pero, teniendo en cuenta las cosas que pasan…», etcétera, etcétera. He oído también eso.

—¿Las cosas que pasan? ¿Qué cosas?

—La historia reciente, viejo amigo. «Reaccionan a una política nada equitativa de Estados Unidos en Oriente Medio». Ese es el estribillo. «A los israelíes se lo dan todo y a ellos nada», dice la gente. «Se ven expulsados de sus tierras y sus hogares y obligados a vivir en sucios y atestados campos de refugiados, mientras en Cisjordania sufren el desprecio de los judíos». Eso es lo que oigo.

—¡Pero son estupideces! —estalló Kendrick—. ¡Aparte el hecho de que esa moneda tiene otra cara no menos penosa, no tiene nada que ver con esos doscientos treinta y seis rehenes, ni con los once que ya han sido asesinados! Ellos no hacen política, ni justa ni injusta. Son seres humanos inocentes, maltratados y aterrorizados por unas auténticas bestias. ¿Cómo diablos unas personas responsables pueden decir

tales cosas? Los que están ahí no son el gabinete del presidente, ni los halcones del Knesset. Son funcionarios civiles, turistas y familias de trabajadores de la construcción. Lo repito, ¡estupideces!

El llamado Mustafá estaba sentado rígidamente en el sofá, sin quitar ojo a Evan.

—Tú y yo lo sabemos —dijo sin alzar la voz—, y ellos también.

—Entonces, ¿por qué?

—La verdad —continuó el árabe, en el mismo tono—, es que ha habido dos incidentes que han dado lugar a un consenso temible, si puedo utilizar aquí esa palabra. La razón de que se digan tales cosas es que ninguno de nosotros quiere sufrir en carne propia.

—¿En carne… propia?

—Dos hombres, a uno lo llamaré Mahmoud y al otro Abdul. Por supuesto, no son sus nombres verdaderos, pero es mejor que no los sepas. A la hija de Mahmoud la violaron y le hicieron cortes en la cara. Al hijo de Abdul lo degollaron en un callejón, debajo de la oficina que su padre tiene en los muelles. «¡Criminales, violadores, asesinos!», dicen las autoridades. Pero todos sabemos la verdad. Y es que Abdul y Mahmoud trataban de reunir una oposición. «¡Armas!», gritaban. «Recuperemos la embajada nosotros mismos», insistían. «¡No dejéis que Mascate se convierta en otro Teherán!»… Pero no fueron ellos los que sufrieron, sino sus seres queridos, su bien más precioso. Esas son sus advertencias, Evan. Perdóname, pero, si tuvieses mujer e hijos, ¿los someterías a un riesgo así? Creo que no. Las joyas más preciadas no están hechas de piedras preciosas, sino de carne, son nuestras familias. Un verdadero héroe vencería su miedo y arriesgaría la vida por aquello en lo que cree, pero retrocedería si el precio son las vidas de sus seres queridos. ¿No es así, viejo amigo?

—Dios mío —susurró Evan—. No vas a ayudarme… no puedes.

—A pesar de todo, hay alguien que te verá y oirá lo que tengas que decir. Pero el encuentro debe hacerse con todo tipo de precauciones, a muchos kilómetros de aquí, en el desierto que hay antes de las montañas de Jabal Sham.

—¿De quién se trata?

—Del sultán.

Kendrick guardó silencio, contemplando su vaso. Tras una larga pausa, miró a Mustafá.

—No tengo ni voy a tener la menor vinculación oficial —dijo—. No hablo en nombre de mi gobierno; eso debe quedar bien claro.

—¿Quieres decir que no te importa encontrarte con él?

—Lo estoy deseando. Solo quiero que quede clara mi posición. No tengo nada que ver con los servicios de Inteligencia, ni con el Departamento de Estado o la Casa Blanca. Bien sabe Dios que con la Casa Blanca aún menos.

—Creo que eso está perfectamente claro; lo confirman tu ropa y el color de tu piel. Tampoco el sultán quiere tener nada que ver contigo, menos todavía que Washington.

—No estoy muy al día —dijo Evan; bebió—. Tengo entendido que el viejo sultán murió un año y pico después de irme yo, ¿no es así? Temo no haber estado al corriente de las cosas de aquí, creo que por una natural aversión.

—Es muy comprensible. Nuestro sultán actual es su hijo. Está más cerca de tu edad que de la mía; es incluso más joven que tú. Fue al colegio en Inglaterra y completó sus estudios en tu país. En Dartmouth y Harvard, para ser exactos.

—Se llama Ahmat —dijo Kendrick, recordando—. Lo vi un par de veces. —Frunció la frente—. Economía y… Relaciones internacionales.

—¿Qué?

—Era eso lo que estudiaba.

—Es educado e inteligente, pero muy joven. Demasiado para lo que le ha caído encima.

—¿Cuándo puedo verlo?

—Esta noche. Antes de que otros se percaten de tu presencia aquí. —Mustafá miró su reloj—. Dentro de media hora, sal del hotel y camina cuatro manzanas hacia el norte. Habrá un vehículo militar en la esquina. Súbete a él y te llevará a los arenales de Jabal Sham.

El árabe delgado de la *aba* sucia se internó en las sombras del escaparate apagado que había frente al hotel y permaneció en silencio junto a la mujer llamada Kalila, ahora vestida con un traje de chaqueta negro, del tipo preferido por las ejecutivas y que resultaba invisible con la escasa luz. Estaba colocando torpemente un objetivo en el soporte de su pequeña cámara. De repente llenaron el escaparate dos bruscos y agudos pitidos.

—De prisa —dijo el árabe—. Está en camino. Ha llegado al vestíbulo.

—Todo lo de prisa que puedo —replicó la mujer, jurando por lo bajo mientras manipulaba el objetivo—. Pido muy poco a mis superiores, pero una de las cosas es un equipo decente y que funcione… Ya está.

—¡Aquí viene!

Kalila levantó su cámara, provista de un objetivo infrarrojo telescópico para fotografías nocturnas, y tomó rápidamente tres instantáneas del «árabe» Evan Kendrick.

—Me pregunto cuánto tiempo van a permitirle vivir —dijo—. Tengo que encontrar un teléfono.

```
Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda
```

El diario prosiguió.

```
Los informes que llegan de Mascate son asombrosos. El sujeto se ha transformado en un
omaní, con indumentaria árabe y piel oscura. Se mueve por la ciudad como un nativo, al
```

parecer viendo a viejos amigos y contactos de su vida anterior. No obstante, los informes son muy esquemáticos, dado que la sombra del sujeto lo manda todo a través de Langley y todavía no he conseguido introducirme en las claves de acceso a la CIA desde las naciones del Golfo. Quién sabe lo que ocultará Langley. He dado instrucciones a mis utensilios para que trabajen más duro. Por supuesto, el Departamento de Estado es pan comido. Cómo no.

4

El vasto y árido desierto parecía infinito en medio de la noche, mientras a lo lejos la luna silueteaba a ratos los montes de Jabal Sham, que se alzaban en la oscuridad del horizonte como una frontera inalcanzable y amenazadora. El lugar parecía una mezcla reseca de tierra y arena, una llanura sin viento y desprovista por tanto de esas colinas movedizas, las dunas, que todos asociamos a las imágenes del gran Sahara. La carretera, dura y serpenteante, apenas era transitable, y el sedán militar color marrón daba bandazos y patinaba al tomar las curvas cubiertas de arena, camino del lugar del encuentro. Siguiendo las instrucciones recibidas, Kendrick iba sentado junto al conductor armado y uniformado. Detrás iba otro hombre, un oficial, también armado. La seguridad empezó cuando lo recogieron. Al menor movimiento equivocado por su parte ya los tenía a su lado. Tras los saludos de cortesía, ninguno de los soldados habló.

—Este es un país desierto —dijo Kendrick en árabe—. ¿Por qué hay tantas curvas?

—Hay muchas ramificaciones, señor —respondió el oficial que iba detrás—. Una carretera recta en estas arenas resultaría demasiado visible.

Seguridad real, pensó Evan sin hacer comentarios.

Tomaron una «ramificación», al cabo de veinticinco minutos de ir a buena velocidad hacia el oeste. Unos kilómetros más allá, a la derecha, relucía una hoguera. Cuando se acercaron, Kendrick vio a un pelotón de guardias uniformados rodeando la hoguera, de espaldas a ella, cubriendo todos los puntos de la rosa de los vientos. A lo lejos se divisaban las oscuras siluetas de dos camiones militares. El coche se detuvo; el oficial se apeó de un salto y abrió la puerta al norteamericano.

—Vaya delante de mí, señor —dijo en inglés.

—Muy bien.

Evan trató de distinguir al joven sultán a la luz de la hoguera. No había trazas de él, ni de nadie que no llevase uniforme. Intentó recordar la cara del hombre-niño al que había visto hacía más de cuatro años, del estudiante que había vuelto a Omán durante una Navidades, o unas vacaciones de primavera, no recordaba qué; solo que el hijo del sultán era un chico simpático, tan conocedor como entusiasta de los deportes norteamericanos. Pero eso era todo. No recordaba ninguna cara; solo el nombre, Ahmat, que Mustafá le había confirmado. Los tres soldados que tenían enfrente les abrieron paso y pudieron atravesar el círculo protector.

—¿Me permite, señor? —dijo un segundo oficial, que de pronto se plantó frente a Kendrick.

—¿Si le permito qué?

—Es costumbre en estas circunstancias registrar a todos los visitantes.

—Adelante.

El soldado palpó rápida y eficientemente los faldones de la *aba* y levantó la

manga derecha más allá de la zona donde Evan se había embadurnado con el gel oscurecedor. Al ver la carne blanca, dejó la tela en su sitio y miró fijamente a Kendrick.

—¿Tiene documentos, *ya shaikh*?

—Ni documentos ni ninguna identificación.

—Comprendo. —El militar dejó caer la manga—. Tampoco lleva armas.

—Naturalmente que no.

—Usted lo asegura y nosotros lo comprobaremos, señor. —El oficial extrajo de su cinturón una cajita negra no mayor que un paquete de cigarrillos y oprimió lo que parecía un botón rojo o anaranjado—. Espere aquí, por favor.

—No pienso moverme —dijo Evan, sin dejar de observar a los guardias que le apuntaban con sus fusiles.

—Desde luego, *ya shaikh* —confirmó el militar, volviendo hacia la hoguera.

Kendrick miró al oficial angloparlante que le había acompañado en el asiento de atrás desde Mascate.

—No corren riesgos, ¿verdad? —dijo por decir algo.

—Así lo quiere el todopoderoso Alá. El sultán es nuestra luz, nuestro sol. Usted es *Aurobbi*, un hombre blanco. ¿No protegería a su intercesor ante el Cielo?

—Si creyese que podía garantizarme la admisión, desde luego.

—Es un hombre bueno, *ya shaikh*. Joven, tal vez, pero sabio en muchos aspectos. Nos hemos dado cuenta.

—Entonces ¿va a venir?

—Ya ha llegado, señor.

El grave ronroneo de una potente limusina se impuso al crepitar de la hoguera. El vehículo, con las ventanillas oscurecidas, giró frente al círculo de guardias y se detuvo bruscamente. Antes de que pudiese aparecer el conductor, se abrió la puerta trasera y se apeó el sultán. Llevaba los atavíos de su cargo, pero con la puerta todavía abierta procedió a quitárselos, arrojando el *aba* al interior del coche, aunque conservó el *ghotra* en la cabeza. Después atravesó el círculo que formaba su guardia real. Era un hombre esbelto y musculoso, de mediana estatura y amplios hombros. A excepción del *ghotra*, sus ropas eran occidentales. Llevaba pantalones de gabardina color tabaco y una camiseta con un personaje de dibujos animados, tocado con un tricornio de revolucionario norteamericano, saliendo de un balón ovalado. Debajo se leía *New England Patriots*.

—Ha pasado mucho tiempo, Evan Kendrick, *ya shaikh* —dijo el muchacho, con acento levemente británico, sonriendo y tendiéndole la mano—. Me gusta su traje, aunque no es precisamente de Brooks Brothers.

—Tampoco el suyo, a menos que los hermanos Brooks hagan ahora camisetas. —Se estrecharon la mano, y Kendrick pudo notar la fuerza del sultán—. Gracias por recibirme, Ahmat… Perdóneme, debería decir alteza real. Le pido disculpas.

—Me conoció como Ahmat, y yo a usted como *shaikh*, *sir*. ¿Debo seguir

llamándole *sir*?

—Creo que no pegaría mucho.

—Bien. Nos comprendemos.

—Parece diferente a como lo recuerdo.

—Me vi obligado a crecer muy de prisa, y no por mi gusto. De estudiante a maestro, me temo que sin méritos para ello.

—Es usted respetado, me he dado cuenta.

—Eso es cosa del cargo, no del hombre. Debo aprender a estar a la altura del puesto. Vamos. Hablaremos… lejos de aquí.

El sultán Ahmat tomó a Kendrick del brazo, y se disponía a atravesar el círculo de guardias cuando lo detuvo el oficial que había registrado a Evan.

—¡Alteza! —exclamó—. ¡Vuestra seguridad es nuestra vida! Por favor, debéis quedaros dentro del cordón.

—¿Y convertirme en blanco a la luz de la hoguera?

—Os rodeamos nosotros, señor, y los hombres darán continuamente vueltas alrededor. Por aquí el terreno es muy llano.

—Será mejor que apuntéis algo más lejos, *ya sahbee* —dijo Ahmat, llamando amigo al oficial—. Estaremos a tan solo unos metros de aquí.

—Con gran dolor de nuestros corazones, alteza.

—Pasará. —Ahmat condujo a Kendrick a través del cordón—. Mis paisanos son dados a un melodramatismo de lo más trivial.

—No parece tan trivial cuando están dispuestos a formar un anillo en constante movimiento y recibir las balas destinadas a usted.

—No tiene nada de especial, Evan, y, francamente, no conozco a todos esos hombres. Lo que podamos decirnos quizá no deba ser oído por nadie más.

—No lo había pensado. —Kendrick se quedó mirando al joven sultán de Omán mientras caminaban hacia la oscuridad—. ¿Sus propios guardias?

—Todo es posible durante esta locura. Uno puede ver los ojos de un soldado profesional, pero no los rencores o las tentaciones que hay detrás. Aquí; ya es suficiente.

Se detuvieron en medio de la arena.

—La locura —dijo Evan a la mortecina claridad del fuego y de la intermitente luz lunar—. Hablemos de eso.

—Es por lo que está usted aquí, naturalmente.

—Es por lo que estoy aquí.

—¿Qué diablos quiere que haga yo? —exclamó Ahmat sin apenas alzar la voz—. ¡Al menor movimiento por mi parte puede morir otro rehén, ser arrojado por una ventana un nuevo cuerpo acribillado a balazos! Sé que usted y mi padre trabajaban bien juntos, y yo mismo tuve ocasión de hablar con usted de algunos proyectos durante un par de cenas. Pero no creo que se acuerde.

—Lo recuerdo. Había vuelto de Harvard; creo que era su segundo curso como

graduado. Se sentaba siempre a la izquierda de su padre, el sitio que corresponde al heredero.

—Se lo agradezco mucho, Evan. Pude haber tenido un puesto estupendo en E. F. Hutton.

—El que tiene aquí no está nada mal.

—Lo sé. Y por eso tengo que asegurarme de que lo hago como es debido. Desde luego, puedo traer al ejército de la frontera del Yemen y tomar la embajada después de hacerla pedazos, con lo que garantizo la muerte de doscientos treinta y seis norteamericanos. Ya veo sus titulares: «Sultán árabe mata…», etcétera, etcétera. *Árabe*. ¡El Knesset de Jerusalén estaría de fiesta! De ninguna manera, amigo. No soy un vaquero de gatillo fácil que arriesga vidas inocentes y en la confusión consigue que vuestra prensa lo clasifique como antisemita. ¡Washington e Israel parecen haber olvidado que todos somos semitas, y que no todos los árabes son palestinos ni todos los palestinos terroristas! ¡Y no pienso dar a esos pontificantes y arrogantes bastardos israelíes un nuevo motivo para enviar a sus F-14 a matar más árabes tan inocentes como sus rehenes! ¿Me sigue, Evan *shaikh*?

—Le sigo. Y ahora, ¿quiere calmarse y escucharme?

El agitado joven sultán suspiró ruidosamente mientras afirmaba con la cabeza.

—Claro que le escucharé, pero escuchar no quiere decir asentir.

—De acuerdo. —Evan hizo una pausa mirándole intensamente, deseando ser comprendido a pesar de lo extraño y oscuro de la información que estaba a punto de comunicarle—. ¿Ha oído hablar del Mahdí?

—Jartum, allá por los años ochenta.

—No. Baréin en los ochenta.

—¿Qué?

Kendrick repitió lo que había dicho Frank Swann en el Departamento de Estado, la historia de un financiero desconocido y obseso que se hacía llamar el Mahdí y cuyo propósito era echar a los occidentales de Oriente Medio y el sudoeste asiático para mantener la inmensa riqueza de la expansión industrial en manos árabes, y más concretamente en las suyas. Contó cómo ese hombre, que había predicado su evangelio de pureza islámica a todos los grupos de fanáticos marginales, había formado una red, un cártel secreto, con quizá centenares de empresas y corporaciones unidas bajo la égida de su organización en la sombra. Después explicó cómo su viejo arquitecto israelí, Emmanuel Weingrass, había percibido las líneas generales de esa increíble conspiración económica, al principio a través de las amenazas dirigidas contra el grupo Kendrick —amenazas que había contrarrestado con otras de tremendas venganzas—, y cómo, cuanto más sabía Manny, más convencido estaba de que la conspiración era real, crecía sin cesar y había que denunciarla.

—Al mirar atrás, no me siento orgulloso de lo que hice —continuó Evan a la débil claridad de la hoguera y de la incierta luna del desierto—. Lo justifiqué con lo que había sucedido. Tenía que salir de esta parte del mundo, y en consecuencia

renuncié a los negocios, abandoné la lucha que Manny decía que teníamos que afrontar. Le aseguré que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, que estaba dando crédito a idiotas irresponsables, y a menudo borrachos. Recuerdo muy bien lo que él me dijo. «¿Podrían mis fantasías más locas, y no digamos ya las de ellos, inventar un *Mahdí*? Esos asesinos no lo hicieron, ¡fue *él* quien lo hizo!» Tenía razón entonces y la tiene ahora. La embajada ha sido asaltada, unos locos homicidas matan a inocentes, y la advertencia ya está clara: «No intervengas, occidental. Si apareces por aquí, no serás más que otro cadáver arrojado por la ventana». ¿Se da cuenta, Ahmat? Hay un Mahdí, y está expulsando sistemáticamente a cuantos le estorban mediante el terror manipulado.

—Lo veo muy convencido —dijo con escepticismo el joven sultán.

—No soy el único aquí en Mascate. Solo que ellos no lo entienden. No logran encontrar una pauta, una explicación, pero están tan asustados que se niegan a verme. A mí, un amigo de tantos años, un hombre con quien trabajaron y en quien confiaban.

—El terror engendra ansiedad. ¿Qué esperaba? Pero hay algo más. Es usted un norteamericano disfrazado de árabe. Basta eso para asustarlos.

—No sabían cómo iba vestido ni el aspecto que tenía. Era solo una voz por teléfono.

—Una voz norteamericana. Eso asusta todavía más.

—¿Un occidental?

—Hay muchos occidentales aquí. Pero el gobierno de Estados Unidos, y es comprensible, ha ordenado a sus compatriotas que se vayan y ha prohibido los vuelos comerciales al país. Sus amigos se preguntan cómo llegó aquí y por qué. Con esos locos por la calle, tal vez, también muy comprensiblemente, no quieran verse mezclados en la crisis de la embajada.

—En efecto. No quieren porque han muerto niños, los hijos de unos hombres que sí querían intervenir.

Ahmat estaba rígido, con los oscuros ojos llenos de una mezcla de perplejidad y rabia.

—Ha habido crímenes, sí, y la policía hace lo que puede, pero no he oído nada de eso, de que hayan matado niños.

—Pues es cierto. Una joven fue violada y su cara desfigurada, y un muchacho asesinado, degollado.

—¡Maldito sea si miente! ¡Puedo estar inerme en lo de la embajada, pero no fuera de ella! ¿Quiénes fueron? ¡Deme los nombres!

—No me los dijeron, al menos los auténticos. No debían decírmelos.

—Tuvo que ser Mustafá. No hubo nadie más.

—Sí.

—¡Pues me los dirá, puede apostar a que sí!

—Entonces lo comprende, ¿verdad? —Kendrick casi suplicaba—. Está ahí, Ahmat. Se está formando una red clandestina. El tal Mahdí y los suyos utilizan a

terroristas para expulsar a cualquier competencia real o potencial. Aspiran a un control total; quieren que todo el dinero vaya a sus manos.

El joven sultán dilató su respuesta, y después sacudió la cabeza.

—Lo siento, Evan; no puedo aceptar eso porque no se atreverían a intentarlo.

—¿Por qué no?

—Porque las computadoras detectarían los pagos al centro de la red, por eso. ¿Cómo cree que cayeron Cornfeld y Vesco? En algún lugar tiene que haber una conexión, una convergencia.

—No le entiendo.

—Porque no está al día en análisis por computadora. Usted puede tener cien mil dispersiones de veinte mil proyectos diferentes, y lo que antes llevaría meses, incluso años, encontrar los lazos ocultos entre, por ejemplo, quinientas empresas, auténticas o no, esos discos pueden hacerlo en un par de horas.

—Muy ilustrativo, pero olvida algo.

—¿Qué?

—Encontrar esas conexiones. Es algo que tendría lugar *a posteriori*. Para entonces la red estará ya montada y el zorro habrá cazado un montón de gallinas. Si me perdona un par de metáforas, dadas las circunstancias no habrá demasiada gente interesada en ponerle trampas o azuzarle los perros. ¿A quién le importaría? Los trenes llegan a la hora y nadie los vuela. Por supuesto, habrá también un nuevo gobierno en la sombra que tiene sus propias normas, y si usted y sus ministros no les gustan pueden, simplemente, reemplazarlos. Pero, repito, ¿a quién le importa? El sol sale todas las mañanas y la gente puede ir a su trabajo.

—Lo dice de un modo que suena casi atractivo.

—Siempre lo es al principio. Mussolini hizo que los trenes llegasen a su hora, y no cabe duda de que el Tercer Reich revitalizó la industria.

—Comprendo a qué se refiere, excepto que está usted diciendo que aquí ocurre todo lo contrario. Un monopolio industrial podría llenar un vacío y apoderarse de mi gobierno, porque representa la estabilidad y el desarrollo.

—Premio para el sultán. Le ha tocado una nueva joya para su harén.

—Dígaselo a mi mujer. Es una presbiteriana de New Bedford, en Massachusetts.

—¿Cómo lo consiguió?

—Mi padre murió y ella tiene un gran sentido del humor.

—Tampoco ahora le entiendo.

—En otra ocasión. Supongamos que tiene razón y esta es solo una operación de prueba para ver si sus tácticas resisten el contacto con la realidad. Washington quiere que sigamos hablando mientras llega su gente con un plan que sin duda combina algún tipo de penetración seguido por una fuerza Delta. Pero, reconozcámoslo, Norteamérica y sus aliados confían en un arreglo diplomático porque cualquier estrategia que dependa de la fuerza podría ser desastrosa. Han hablado con todos los gobernantes de Oriente Medio y, salvo nombrar a Arafat alcalde de Nueva York,

están dispuestos a tratar con quien sea, a pesar de las acusaciones mutuas. ¿Qué piensa usted?

—Lo mismo que cuando me dijo lo que esas computadoras suyas podrían hacer de aquí a un par de años, cuando ya sería demasiado tarde. Busque el origen de lo que está siendo enviado a la embajada. No la comida, ni las medicinas, sino la munición y las armas, y entre todo ello las instrucciones que alguien está enviando al interior. En otras palabras, encuentre a ese manipulador que se hace llamar el Mahdí y hágalo pedazos.

El sultán, en camiseta, miró a Evan a la vacilante claridad del lugar.

—Sabe que buena parte de la prensa occidental ha hablado de que yo mismo podría estar detrás de esto. Que me disgusta la influencia occidental que va extendiéndose por el país. «Si no», dicen, «¿por qué no hace algo?»

—Lo sé, pero, al igual que el Departamento de Estado, creo que es una tontería. Nadie con un mínimo de cerebro da el menor crédito a tales especulaciones.

—Su Departamento de Estado… —dijo Ahmat pensativo, sin quitar ojo de Kendrick—. Vinieron a mí en 1979, cuando el estallido en Teherán. Yo era entonces un estudiante, y no sé lo que aquellos dos tipos esperaban encontrar; pero, fuera lo que fuese, no era yo. Probablemente a un beduino con un largo *aba* flotante, sentado con las piernas cruzadas y fumando un narguile de hachís. Tal vez si me hubiese vestido para el papel me hubieran tomado en serio.

—Otra vez me he perdido.

—Lo siento. Cuando se dieron cuenta de que ni mi padre ni la familia podían hacer nada, de que no teníamos verdaderas conexiones con los movimientos fundamentalistas, había que verlos. Uno de ellos casi me suplicó, asegurándome que yo parecía un árabe razonable, lo que quería decir que mi inglés era bueno a pesar de los rastros de mi temprana escolaridad británica, y me preguntó qué haría si tuviese las cosas a mi cargo en Washington. Se referían a qué consejo les daría si me lo pidiesen…

—¿Y qué les dijo?

—Lo recuerdo muy bien. Les dije: «Eso es lo primero que deberían haber hecho. Ahora podría ser demasiado tarde, pero todavía pueden conseguirlo». Que reuniesen la fuerza antiinsurrección más eficaz que pudiesen montar y la enviasen no a Teherán, sino a Qum, el cuartel general de Jomeini en el norte. Que mandasen por delante a exagentes de la SAVAK; esos bastardos encontrarían el modo de hacerlo si les garantizaban la potencia de fuego y la recompensa. «Cojan a Jomeini en Qum», les dije. «Cojan a los *mullahs* analfabetos que lo rodean, sáquenlos vivos de allí y hagan que el mundo entero los vea por televisión». Él sería una buena baza para negociar, y los fanáticos peludos que forman su corte servirán para poner de relieve lo ridículos que son todos ellos. Pudo haberse hecho un trato.

Evan estudió al furioso joven.

—Sí, pudo haber funcionado —dijo—. Pero ¿y si Jomeini había decidido resistir

y morir como un mártir?

—No lo hubiera hecho, créame. Se hubiese avenido; hubiera habido un compromiso, ofrecido por otros, desde luego, pero idea suya. No desea ir tan pronto a ese cielo que alaba, ni optar a un martirio al que suele enviar a niños de doce años haciéndolos entrar en los campos de minas.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó Kendrick, que no lo estaba en absoluto.

—Conocí a ese tonto en París; no lo digo para justificar a Pahlevi, a su SAVAK o a los ladrones de sus parientes, no podría hacerlo, pero Jomeini es un fanático senil que quiere creer en su inmortalidad y está dispuesto a hacer cualquier cosa para fomentarla. Le oí decir a un grupo de imbéciles aduladores que en vez de dos o tres hijos, él tenía veinte o treinta, quizá cuarenta. «He esparcido mi semilla y continuaré haciéndolo», clamaba. «Es voluntad de Alá que mi semilla llegue a todas partes.» ¡Estupideces! Es solo un viejo babeante y sucio y un caso clásico de manicomio. ¿Se imagina poblar este mundo con pequeños ayatollahs? Dije a su gente que cuando pudiesen lo tomasen en vídeo con la guardia baja, sermoneando a sus clérigos paletos; que usasen un espejo de esos que solo lo son por un lado, o algo parecido. Su santa Persona se hubiese venido abajo entre las carcajadas del mundo entero.

—Está usted trazando un paralelo entre Jomeini y ese Mahdí del que le he hablado.

—No lo sé, aunque lo sospecho, si su Mahdí existe, cosa que dudo. Pero si está en lo cierto y existe, procede del polo opuesto, de uno muy práctico y nada religioso. Aun así, alguien que en estos tiempos cree que debe propagar el fantasma del Mahdí tiene algún peligroso tornillo suelto. Todavía no estoy convencido, Evan, pero es usted muy persuasivo y voy a hacer cuanto pueda para ayudarlo, para ayudarnos a todos. Pero ha de ser de lejos, desde una distancia insalvable. Le daré un número de teléfono para que me llame; es secreto, en realidad ni existe, y solo lo tienen otras dos personas. Podrá hablar conmigo, pero solo conmigo. ¿Sabe, *shaikh* Kendrick? No puedo permitirme conocerlo.

—Soy de lo más popular. Tampoco Washington quiere saber nada de mí.

—Naturalmente. Ninguno de nosotros quiere tener sangre de los rehenes norteamericanos en sus manos.

—Necesitaré documentación, y probablemente listas de expedidores aéreos y marítimos de las zonas que le diré.

—De palabra, nada por escrito, excepto la documentación. Le darán un nombre y una dirección; recoja sus documentos allí.

—Gracias. A propósito, el Departamento de Estado dijo lo mismo. Nada de lo que me diesen podía ser por escrito.

—Por las mismas razones.

—No se preocupe por ello. Todo coincide con lo que yo pensaba. ¿Sabe, Ahmat? Tampoco yo quiero conocerlo.

—¿De veras?

—Ese es el trato que hice con el Estado. No existo en sus libros y tampoco quiero existir en los de usted.

El joven sultán frunció el entrecejo, pensativo, con los ojos clavados en los de Evan.

—Lo acepto, pero no puedo decir que lo entienda. Si pierde la vida, pase; pero ¿y si tiene éxito? Me dicen que ahora anda metido en política, que es congresista.

—Voy a dejar la política y volver aquí, a trabajar donde mejor he trabajado en mi vida, y no quiero conmigo ningún exceso de equipaje que pueda convertirme en un blanco fácil, ni a mí ni a quienes están a mi lado.

—Mi padre aseguraba que usted y su gente eran los mejores. Recuerdo que una vez me dijo: «Esos camellos atrasados mentales nunca cobran un dólar de más». Por supuesto, lo decía con cariño.

—Y, naturalmente, solíamos conseguir el proyecto siguiente, de modo que al parecer no éramos tan atrasados. Nuestra idea era trabajar con márgenes razonables, y éramos unos ases controlando los costes. Ahmat, solo nos quedan cuatro días antes de que empiecen otra vez las ejecuciones. Debí saber que si necesitaba ayuda podía acudir a usted, y ahora lo sé. Acepto sus condiciones y usted las mías. Por favor, no puedo perder ni una hora. ¿Qué número es ese al que puedo llamarle?

—No puede escribirse.

—Comprendido.

El sultán dijo a Kendrick el número. En vez del acostumbrado prefijo 745 de Mascate, era el 555, seguido de tres ceros y un cuarto cinco.

—¿Podrá recordarlo?

—No es difícil. ¿Pasa por una centralita de palacio?

—No. Es una línea directa a dos teléfonos encerrados en cajones de acero, uno en mi despacho y el otro en el dormitorio. En vez de sonar, dan pequeños destellos rojos. En el despacho la luz está incorporada a la pata trasera derecha de mi mesa, y en el dormitorio en un hueco de la mesilla de noche. Los dos contestan después de la décima llamada.

—¿La décima?

—Para darme tiempo a librarme de la gente y hablar en privado. Cuando estoy fuera de palacio llevo conmigo un zumbador que me dice cuándo llaman a ese número. En el momento apropiado utilizo el mando a distancia y oigo el mensaje, a través de un distorsionador, por supuesto.

—Me ha dicho que solo otras dos personas tienen ese número. ¿Debería saber quiénes son o eso no es de mi incumbencia?

—No importa —dijo Ahmat, con sus ojos castaño oscuro clavados en el norteamericano—. Uno es mi ministro de Seguridad y el otro mi esposa.

—Gracias por su confianza.

Con la mirada todavía clavada en Kendrick, el joven sultán continuó:

—Evan, le ocurrió una cosa terrible en esta parte del mundo. Tantos muertos,

tantos amigos íntimos, una tragedia horrible y absurda, que lo fue aún más por la codicia que había tras ella. Debo hacerle una pregunta: ¿Esta locura que ahora tiene lugar en Mascate ha desenterrado recuerdos tan penosos que se engaña a sí mismo y busca teorías inverosímiles, aunque solo sea para luchar contra sus fantasmas?

—No son fantasmas, Ahmat, y espero demostrárselo.

—Tal vez lo haga… si vive.

—Le diré lo que dije al Departamento de Estado: no tengo la menor intención de organizar un asalto personal a la embajada.

—Si hiciera algo así, podría ser considerado lo bastante loco para que su vida no importase. La locura es contagiosa.

—Ahora es usted el inverosímil.

—Sin duda —reconoció el sultán de Omán, sin apartar la mirada del congresista por Colorado—. ¿Ha considerado lo que podría ocurrir, no si le descubren y capturan los terroristas, en cuyo caso no viviría lo bastante para especular, sino si las mismas personas con las que dice querría encontrarse se le enfrentan y quieren saber a qué ha venido? ¿Qué va a decirles?

—La verdad, en la medida de lo posible. Estoy actuando por mi cuenta, como un ciudadano privado sin la menor relación con mi gobierno, y hay pruebas. Puedo ganar mucho dinero aquí y he vuelto. Si consigo ayudar de algún modo, lo hago por mi propio interés.

—De modo que le mueve el egoísmo. Piensa volver, y si esta loca matanza puede ser detenida será infinitamente más provechoso para usted. Si no, no tendrá motivos para volver.

—Así es, poco más o menos.

—Tenga cuidado, Evan. Muy pocos le creerán, y si, como dice, el miedo cunde entre sus amigos, puede no ser el enemigo quien trate de matarlo.

—Ya me han prevenido.

—¿Sí?

—Un hombre que iba en un camión, un *sahbee* que me ayudó.

Kendrick estaba tumbado en la cama con los ojos de par en par mientras sus pensamientos daban vueltas yendo de una posibilidad a otra, de un nombre vagamente recordado a otro, a una cara, un despacho, a los *docks*, desde el sur de Mascate hasta Al Qurayyat y Ras al Hadd. ¿Por qué?

Después algo le refrescó la memoria y supo por qué. ¿Cuántas veces Manny Weingrass y él habían hecho gestiones para que les trajesen equipo de Baréin y los Emiratos del Norte en cargueros con espacio sobrante? Tantas que resultaban incontables. Aquel trecho de ciento cincuenta kilómetros de costa, al sur de Mascate y su puerto hermano de Matrah, era territorio abierto, y aún más pasado Ras al Hadd. Pero desde allí hasta que uno llegaba al corto estrecho de Masirah las carreteras eran

peor que primitivas, y los viajeros que se dirigían al interior se exponían a ser atacados por los jinetes *haramaya*, ladrones en busca de unas presas que solían ser otros ladrones que transportaban contrabando. Considerando el volumen y la intensidad de los esfuerzos combinados de los servicios de Inteligencia de al menos seis naciones occidentales concentrados en Mascate, la costa meridional de Omán era una zona lógica para ser sometida a un examen a fondo. No es que norteamericanos, británicos, franceses, italianos, alemanes occidentales y cualesquiera otros que estuviesen cooperando para analizar y resolver la crisis de los rehenes hubiesen descuidado ese pedazo de costa omaní, pero la realidad era que muy pocas lanchas patrulleras norteamericanas, esa especie de proyectiles sobre el agua, se movían por el Golfo. Los demás no rehuían sus deberes, pero carecían de la furia que empuja a quienes saben que los suyos están siendo asesinados. Incluso podía haber una cierta resistencia a enfrentarse a los terroristas, por miedo a ser hechos responsables de nuevas ejecuciones de personas inocentes… que, además, no eran compatriotas suyos. Quizá valiera la pena echar una ojeada a esa costa meridional de Omán.

El ruido brotó tan discordante como si una sirena de alarma hubiese roto el aire seco y cálido de la habitación del hotel. Clamaba el teléfono, y lo cogió.

—¿Sí?

—Salga de su hotel —dijo una voz queda y tensa.

—¿Ahmat?

Evan echó las piernas al suelo.

—¡Sí! Estamos hablando por un distorsionador directo. Si tiene el teléfono intervenido, no oirán más que un galimatías.

—Acabo de decir su nombre.

—Es de lo más corriente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mustafá. A causa de los jóvenes de que usted me habló, le llamé y le ordené venir inmediatamente a palacio. Desgraciadamente, en mi cólera hablé de lo que me preocupaba. Debe de haber telefoneado a alguien, de habérselo contado a alguien más.

—¿Por qué lo dice?

—Cuando venía lo acribillaron en su coche.

—¡Dios mío!

—Si estoy equivocado, el otro motivo para matarlo era la entrevista con usted. Abandone inmediatamente el hotel y no deje la menor identificación. Podría ser peligroso. Verá a dos policías; le seguirán para protegerlo, y en algún momento uno de ellos le dará el nombre de la persona que le va a proporcionar la documentación.

—Allá voy —dijo Kendrick, poniéndose de pie y concentrándose en recoger cosas tales como su pasaporte, el cinturón del dinero, los billetes de avión y todas las prendas de vestir que podían dar la imagen de un norteamericano llegado en avión desde Riyad.

—Evan *shaikh*. —La voz de Ahmat al teléfono fue queda y firme—. Ahora estoy convencido. El Mahdí existe, y su gente también. Vaya tras ellos. Vaya tras él.

5

—*Hasib!*

La advertencia vino de atrás, diciéndole que tuviese cuidado. Se volvió y fue empujado contra la pared de un edificio de la concurrida calleja por uno de los dos policías que lo seguían. Con la cara contra la piedra y el *ghotra* protegiéndole la carne, volvió la cabeza y pudo ver a dos jóvenes barbudos y desarrapados, con uniformes paramilitares de campaña, que avanzaban por entre aquella especie de bazar portando pesadas y feas armas negras de repetición en la mano, dando patadas a los puestos y frotando sus pesadas botas contra las alfombras tejidas a mano que vendían hombres en cuclillas.

—¡Mire, señor! —susurró en inglés el policía, enfadado pero en cierto modo contento—. ¡No nos ven!

—No comprendo…

Los terroristas, jóvenes y arrogantes, se acercaban.

—¡Siga contra la pared! —ordenó el árabe, empujando de nuevo a Kendrick hacia las sombras mientras lo protegía con su cuerpo.

—¿Por qué…?

Pasaron los matones armados, empujando amenazadoramente con los cañones de sus fusiles a quienes encontraban enfrente.

—¡No se mueva, señor! Están borrachos, no sé si de alcohol o de la sangre que han derramado. Pero, gracias sean dadas a Alá, están fuera de la embajada.

—¿Qué quiere decir?

—Los que llevamos uniforme no podemos acercarnos por allí, pero si salen ellos la cosa cambia. Tenemos las manos libres.

—¿Qué ocurre?

Enfrente, uno de los terroristas dio un culatazo en la cabeza a un omaní menos sumiso, mientras su compañero hacía girar su fusil en redondo para contener a los demás.

—¡O se enfrentan a la cólera de Alá, al que desprecian —dijo susurrando el policía, con los ojos llenos de rabia ante la escena—, o irán a reunirse con los otros cerdos! Quédese aquí, *ya shaikh*. Quédese en este pequeño bazar. Volveré; tengo que darle un nombre.

—¿Los otros… cerdos? ¿Qué otros?

Las palabras de Evan se perdieron. El agente de policía del sultán se separó de la pared y fue a unirse con su pareja, que acababa de surgir de entre el sombrío y turbulento mar de *abas*. Kendrick tiró del *ghotra* para taparse más la cara y corrió tras ellos.

Lo que siguió fue tan desconcertante y tan rápido para ojos no entrenados como el escalpelo de un cirujano hundiéndose en un órgano en plena hemorragia. El segundo policía miró atrás, a su compañero, se hicieron una seña y los dos se lanzaron hacia

donde estaban los jactanciosos terroristas. Había un callejón más adelante, a la derecha, y, como si una señal inaudible hubiese recorrido el estrecho bazar, la muchedumbre de vendedores y compradores se dispersó en todas direcciones. Casi al instante, el callejón quedó vacío, convertido en una especie de túnel oscuro y desierto.

Los cuchillos de los policías se hundieron de pronto en el brazo derecho de los arrogantes asesinos. Gritos, ahogados por la intensa y creciente algarabía del gentío en movimiento, siguieron a la suelta involuntaria de las armas, mientras brotaba la sangre de la carne desgarrada y la arrogancia se convertía en debilidad furiosa, que quizá prefería la muerte a la deshonra y miraba con ojos saltones e incrédulos.

Los terroristas fueron empujados al oscuro callejón por los dos policías de Ahmat, y manos invisibles arrojaron las enormes y letales armas tras ellos. Kendrick apartó a los que tenía enfrente y se internó a la carrera en el desierto túnel. Pocos metros más allá, los jóvenes asesinos de ojos desencajados estaban boca arriba sobre el empedrado, con los cuchillos de los policías en sus gargantas.

—*La!* —gritó el protector de Evan diciéndole *¡No!*—. ¡Váyase! —continuó en inglés, por miedo a que Kendrick no le entendiese—. ¡Esconda la cara y no hable!

—¡Debo preguntarle algo! —exclamó Kendrick, obedeciendo solo a medias la orden—. Además, seguramente no hablan inglés.

—Probablemente lo hablan, *ya shaikh* —intervino el otro policía—. ¡Lo que tenga que decir, dígalo más tarde! Como portavoz, mis instrucciones son que debo ser obedecido sin preguntas. ¿Entendido, señor?

—Entendido.

Evan asintió rápidamente con la cabeza y volvió hacia el arco que daba entrada al bazar.

—Volveré, *ya shaikh* —dijo su protector—. Vamos a llevar a estos cerdos a la otra punta y volveremos a por usted…

Sus palabras fueron interrumpidas por un violento grito de desafío. Evan volvió la cara sin pensarlo, pero al momento deseó no haberlo hecho, y se preguntó si alguna vez olvidaría aquella imagen. El terrorista de la izquierda había agarrado el largo cuchillo del policía que lo amenazaba y, tirando de él hacia abajo, lo clavó en su propia garganta. A Kendrick se le revolvió el estómago y pensó que iba a vomitar.

—¡Insensato! —rugió el segundo policía, menos furioso que angustiado—. ¡Era solo un niño… y un cerdo! ¿Por qué ha hecho esto? ¿Y por qué a mí?

Era inútil protestar; el terrorista había muerto, con su joven cara barbada cubierta de sangre. Evan pensó que había sido testigo de un microcosmos de la mezcla de violencia, dolor y futilidad que era el mundo de Oriente Medio y el Asia sudoccidental.

—Todo ha cambiado —dijo el primer agente, con el cuchillo alzado sobre su prisionero, boquiabierto e incrédulo, y tocando el hombro de su camarada.

Este sacudió la cabeza, como tratando de librar a sus ojos y su mente del cadáver

juvenil y ensangrentado que tenía a sus pies, y después hizo un rápido gesto de asentimiento, para indicar a su compañero que había comprendido. El que había hablado se acercó a Kendrick.

—Este incidente no debe trascender a las otras calles, de modo que hemos de actuar rápidamente. El hombre al que busca, el que le espera, es conocido por El-Baz. Lo encontrará en el mercado, pasada la vieja fortaleza del sur, en el puerto. Hay una panadería que vende *baklava* de naranja. Pregunte allí.

—¿La fortaleza del sur… en el puerto?

—Hay dos fortalezas de piedra construidas por los portugueses hace muchos siglos, el Mirani y el Jalili…

—Sí, lo recuerdo —le interrumpió Evan, que iba recuperando parte de su cordura mientras evitaba mirar la herida mortal del cuerpo mutilado que yacía en el suelo del oscuro callejón—. Dos fuertes construidos para proteger el puerto de las incursiones de los piratas. Ahora están en ruinas… y la panadería vende *baklava* de naranja.

—¡No hay tiempo, señor! ¡Váyase! Corra y salga por el otro lado. No pueden seguir viéndolo aquí. ¡De prisa!

—Primero responda a mi pregunta —replicó Kendrick, desesperando al policía con su inmovilidad—. O me quedo aquí y tendrá que responder ante el sultán.

—¿Qué pregunta? ¡Váyase!

—Dijo usted que esos dos podían ir a unirse a «los otros cerdos», esas fueron sus palabras. ¿Qué otros? ¿Dónde?

—¡No hay tiempo!

—¡Contésteme!

El policía resopló.

—Está bien. No es la primera vez que ocurren incidentes como el de esta noche. Hemos hecho un cierto número de prisioneros, que están siendo interrogados por muchas personas. Pero no hay que hablar de ello.

—¿Cuántos?

—Treinta, cuarenta, quizá ya cincuenta. Desaparecen de la embajada, ¡pero siempre hay otros que ocupan su lugar!

—¿Dónde?

El agente miró fijamente a Evan y sacudió la cabeza.

—No, *ya shaikh*—, eso no se lo voy a decir. ¡Váyase!

—Comprendo. Gracias.

El congresista por Colorado agarró la tela de su *aba* y corrió callejón abajo hacia la salida, volviendo la cara al otro lado al pasar junto al terrorista muerto, cuyos regueros de sangre iban llenando las grietas entre los adoquines.

Desembocó en la calle, miró al cielo y se orientó. Hacia el mar, hacia las ruinas de las antiguas fortalezas, en la zona sur del puerto. Encontraría al hombre llamado El-Baz y conseguiría la documentación; pero su mente no estaba ahora en eso. Lo que le consumía era lo que acababa de oír: *treinta, cuarenta, quizá ya cincuenta*. Entre

treinta y cincuenta terroristas presos en algún recinto aislado, dentro o fuera de la ciudad, estaban siendo interrogados por las unidades de Inteligencia combinadas. Si era acertada su teoría, la de que esos pequeños carniceros estaban siendo manipulados por un rey del delito financiero con sede en Baréin, todas las técnicas de interrogatorio, desde los faraones hasta los campos de Hoa Binh, pasando por la Inquisición, serían inútiles. A menos —a *menos*— que un nombre que hacía brotar las pasiones de esos fanáticos llegase a oídos de uno de los prisioneros, persuadiéndolo a divulgar lo que normalmente no diría ni aunque lo matasen. Eso suponía dar con un fanático muy especial, pero era posible. Evan había dicho a Frank Swann que quizá uno de cada veinte terroristas podía ser lo bastante inteligente para responder a esa descripción. Uno de cada veinte, o sea diez o doce del total de asesinos de la embajada. ¿Podría haber alguno entre los treinta o cuarenta prisioneros de ese lugar aislado y secreto? Las probabilidades eran escasas, pero unas cuantas horas dentro, una noche a lo sumo, le permitirían averiguarlo. Valía la pena perder ese tiempo si se lo consentían. Para empezar la caza necesitaba algunas palabras; un nombre, un lugar, un sitio a lo largo de la costa, una clave de acceso que de nuevo apuntase a Baréin. ¡Algo! Tenía que entrar en el recinto esa misma noche. Las ejecuciones iban a continuar dentro de tres días, a las diez de la mañana.

Primero los papeles, de manos de un hombre llamado El-Baz.

Las ruinas de la vieja fortaleza portuguesa se alzaban fantasmales contra la oscuridad del cielo, y su silueta carcomida hablaba de la fuerza y la audacia de los marinos aventureros de otros siglos. Evan cruzó rápidamente la zona de la ciudad conocida como Harat Waljat, camino del mercado de Sabat Aynub, un nombre que podría traducirse libremente por «el cesto de uvas». Era un mercado mucho más organizado que el típico bazar, con tiendas cuidadas en torno a la plaza, de arquitectura desconcertante, pues era una amalgama de antiguas formas árabes, persas e indias con las más modernas influencias occidentales. Todo aquello, pensaba Kendrick, se desvanecería algún día y sería restaurada la presencia omaní, confirmando una vez más lo pasajero de los conquistadores, ya fuesen militares, políticos o terroristas. Pero lo que le preocupaba ahora era el Mahdí.

Entró en la gran plaza. Una fuente romana enviaba sus surtidores por encima de una oscura plataforma circular, en cuyo centro se alzaba una estatua que respondía al concepto que algún escultor italiano tenía de un jeque del desierto cabalgando, vestiduras al viento, hacia ninguna parte. Pero fue el gentío lo que atrajo la atención de Evan. La mayoría eran árabes, vendedores atentos a los ricos y temerarios europeos, los turistas indiferentes al caos de la embajada, distinguibles por sus atuendos occidentales y la profusión de pulseras y cadenas de oro, símbolos radiantes de desafío en una ciudad que se había vuelto loca. Los omaníes eran como robots animados que se obligaban a sí mismos a concentrarse en menudencias, cerrando los oídos al constante retumbar de las armas que llegaba de la embajada norteamericana, situada apenas a medio kilómetro de allí. Pestañeaban y miraban de reojo a cada

paso, y sus cejas se fruncían en un gesto de incredulidad y distanciamiento. Lo que estaba ocurriendo en su pacífica Mascate excedía a su comprensión; ellos no formaban parte de aquella locura, en absoluto, de modo que hacían lo posible por no verla.

Allí estaba. *Balava bohrtooan, «baklava* de naranja», la especialidad de la panadería. La pequeña tienda marrón al estilo turco, con una serie de minaretes pintados en lo alto del cristal del escaparate, estaba apretujada entre una gran joyería brillantemente iluminada y una *boutique* no menos a la moda, dedicada a la marroquinería y cuyo nombre, París, se esparcía en letras negras y doradas detrás del cristal, frente a montones de artículos de viaje y accesorios. Kendrick cruzó en diagonal la plaza, pasando junto a la fuente, y se acercó a la puerta de la panadería-confitería.

—Su gente tenía razón —dijo la mujer del pelo oscuro y el traje de chaqueta negro, saliendo de las sombras del Harat Waljat con la diminuta cámara en la mano. La levantó, oprimió el disparador y el avance automático tomó sucesivas fotos de Evan mientras entraba en la panadería—. ¿Lo vieron en el bazar? —preguntó la mujer, volviendo a guardar la cámara en el bolso y dirigiéndose al árabe de baja estatura y mediana edad que permanecía cautelosamente tras ella.

—Hablaron de un hombre que entró corriendo en el callejón detrás de la policía —dijo el informador, sin quitar ojo a la panadería—. Se les aseguró que no era cierto, de modo convincente, creo.

—¿Cómo, si lo habían visto?

—Pero, en medio de su excitación, no lo vieron salir corriendo agarrado a su cartera, que seguramente le habían quitado los cerdos. Esa fue la información que nuestro hombre proclamó enfáticamente a los presentes. Naturalmente, no faltaron quienes la corroboraran con entusiasmo, porque la gente histérica siempre se agarra a cualquier cosa que no sepan los demás. Eso les da importancia.

—Eres un as —comentó la mujer, riendo por lo bajo—. Y también tu gente.

—Más nos vale, *ya anisa* Kalila —dijo el árabe, utilizando el título de respeto omaní—. De lo contrario, se nos presentan alternativas en las que preferimos no pensar.

—¿Por qué la panadería? —preguntó Kalila—. ¿Alguna idea?

—Ninguna. Detesto la *baklava*. La miel no gotea, chorrea. A los judíos les encanta, ya lo sabes.

—Y a mí también.

—Entonces, tanto ellos como tú olvidáis lo que os hicieron los turcos.

—No creo que nuestro hombre haya entrado en esa panadería ni por *baklava* ni a comprar un tratado sobre el enfrentamiento de los turcos con las tribus de Egipto e Israel.

—¿Había una hija de Cleopatra?

El informador sonreía.

—Esta hija de Cleopatra no sabe de qué diablos estás hablando. Solo trato de averiguar cosas.

—Entonces empieza por el sedán militar que recogió a tu hombre varias manzanas al norte de su hotel, tras las plegarias de *el Maghreb*. Parece importante.

—Tendrá amigos en el Ejército.

—En Mascate no está más que la guarnición del sultán.

—¿Entonces?

—Los oficiales se turnan cada dos meses entre la ciudad, los puestos de Jidda y Marmul y una docena de guarniciones a lo largo de las fronteras de Yemen del Sur.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo hacerte dos sugerencias. La primera es que me parece una coincidencia inverosímil que, al cabo de cinco años, conozca tan oportunamente a uno de los pocos mandos de servicio esta quincena en Mascate dentro de un cuerpo de oficiales que cambia con los años.

—Es una coincidencia extraña, lo concedo, pero sin duda posible. ¿Cuál es tu segunda sugerencia?

—En realidad, hace innecesaria la primera. En estos momentos ningún vehículo de la guarnición de Mascate recogería a un extranjero del modo en que lo recogieron a él, y con el disfraz que él llevaba, sin que mediase una autoridad suprema.

—¿El sultán?

—¿Quién si no?

—¡No se atrevería! Está contra la pared. Un movimiento en falso y lo harían responsable de las ejecuciones que puedan producirse. Si eso ocurre, los norteamericanos arrasarían Mascate, y él lo sabe.

—Tal vez sepa también que lo hacen responsable tanto de lo que hace como de lo que no hace. En semejante situación es mejor saber lo que están haciendo los demás, aunque solo sea para orientarlos… o para abortar alguna actividad inconveniente con una ejecución más.

Kalila miró con dureza al informador en la penumbra de la periferia de la plaza.

—Si ese vehículo militar llevó al sujeto a un encuentro con el sultán, lo traería también de vuelta.

—Sí, así fue —asintió el árabe, como si comprendiese lo que eso significaba.

—Lo que quiere decir que, fuera lo que fuese lo que el tipo propuso, no fue rechazado de entrada.

—Eso parece, *ya anisa* Kalila.

—Y tenemos que saber lo que propuso, ¿no es así?

—Sería muy peligroso para todos nosotros no saberlo. Se trata de algo más que de la muerte de doscientos treinta y seis norteamericanos. Está en juego el destino de una nación, de mi nación, debería añadir, y he de hacer cuanto pueda para procurar

que siga siendo nuestra. ¿Me comprendes, mi querida Kalila?

—Te comprendo, *ya sahib el Aumer*.

—Es preferible que siga viviendo sin peso ni influencia a que sufra una sacudida catastrófica.

—Lo comprendo.

—¿De veras? Vosotros tenéis más ventajas en vuestro Mediterráneo de las que tuvimos nunca en nuestro Golfo. Ahora es nuestra ocasión. No permitiremos que nadie nos detenga.

—Quiero que tengáis vuestra ocasión, querido amigo, queremos que la tengáis.

—Entonces haz lo que debes, *ya sahbitee* Kalila.

—Lo haré.

La mujer bien vestida metió la mano en el bolso y sacó una automática de cañón corto. Sosteniéndola en la mano izquierda, volvió a buscar y sacó un cargador. Con un acusado ruido metálico, lo insertó en la base de la culata y tiró hacia atrás de la recámara. El arma estaba lista para disparar.

—Ahora vete, *adeem sahbee* —dijo la mujer, afirmando el bolso en su hombro con la mano dentro, empuñando la automática—. Nos comprendemos, y tú debes estar en otro sitio, en algún lugar donde otros puedan verte, no aquí.

—*Salaam aleikum*, Kalila. Queda con Alá.

—A él es a quien voy a mandar con Alá, para que le cuente su caso… Rápido. ¡Va a salir! Lo seguiré y haré lo que hay que hacer. Tienes de diez a quince minutos para reunirte con alguien, lejos de aquí.

—Cómo nos proteges; eres un tesoro. Ten cuidado, querida Kalila.

—Eso díselo a él. Es quien se entromete.

—Iré a la mezquita de Zawadi y hablaré con los viejos mullahs y almuecines. Nadie duda de unos ojos santos. Está cerca, a menos de cinco minutos.

—Aleikum salaam.

La mujer echó a andar hacia su izquierda cruzando la plaza, con la mirada fija en el norteamericano con ropas árabes que acababa de pasar junto a la fuente y se dirigía con paso rápido a las oscuras callejas que desde el mercado de Sabat Aynub iban hacia el este. «¿Qué está haciendo ese loco?», pensó mientras se quitaba el sombrero, lo arrugaba con la mano izquierda y lo metía en el bolso, junto al arma que empuñaba febrilmente con la derecha. «Va a *el Shari el Mishkwiyis*», concluyó, mezclando sus pensamientos en árabe e inglés y refiriéndose a la que se considera en Occidente la zona más peligrosa de la ciudad, que quienes no viven en ella evitan. «Tenían razón. Es un aficionado, y no puedo entrar ahí vestida de este modo. Pero no hay más remedio. ¡Dios mío, va a hacer que nos maten a los dos!»

Evan Kendrick caminaba apresuradamente por las losas desiguales de la estrecha calle, pasando junto a edificios y semiedificios bajos, ruinosos y congestionados, con

las ventanas rotas tapadas con lonas y pieles de animales. Las que permanecían intactas estaban protegidas por persianas de listones, en su mayoría también rotas. Por todas partes asomaban cables desnudos, pues las cajas de empalme municipales habían sido abiertas para robar la corriente. Los punzantes olores de la cocina árabe se entremezclaban con otros más fuertes e inconfundibles, los del hachís, o las hojas de coca llegadas de contrabando a las calas sin vigilancia del Golfo, y las bolsas de basura. Los habitantes de aquel tramo de gueto se movían lenta, cautelosa, suspicazmente por las cavernas mal iluminadas de su mundo, a gusto con su degradación, cómodos en su peligroso aislamiento, complaciéndose en su condición colectiva de náufragos, como confirmaban las repentinas carcajadas que se oían tras las discretas celosías. El código indumentario de aquel *el Shari el Mishkwiyis* no era muy coherente. *Abas* y *ghotras* coexistían con vaqueros rotos, prohibidas minifaldas y los uniformes de marinos y soldados de una docena de naciones, uniformes sucios pertenecientes a hombres en filas, aunque se decía que muchos oficiales tomaban prestada la ropa de sus subordinados para aventurarse por allí y gustar los placeres prohibidos del barrio.

Había hombres amontonados en los quicios, con gran disgusto de Evan, pues tapaban los números apenas legibles en las paredes de arenisca. Todavía le fastidiaban más los sucios callejones que inexplicablemente hacían que la numeración saltase de un tramo de la calle al siguiente. *El-Baz. Número* 77 *de Shari el Balah*, la calle de los dátiles. ¿Dónde estaría?

Allí. Una pesada puerta profundamente hundida, con gruesos barrotes de hierro protegiendo una abertura practicada a la altura de la vista. Un tipo desarrapado, en cuclillas y apoyado en diagonal contra la piedra, bloqueaba el lado derecho de aquella entrada en túnel.

—*Esmalhee?* —dijo Kendrick, disculpándose y disponiéndose a pasar.

—*Lay?* —replicó el hombre, preguntándole por qué.

—Tengo una cita —continuó Evan en árabe—. Me esperan.

—¿Quién lo envía? —preguntó el hombre sin moverse.

—Eso no es asunto suyo.

—No estoy aquí para recibir esa respuesta. —El árabe enderezó la espalda, poniéndola contra la puerta, y cuando los faldones de su *aba* se separaron ligeramente dejaron al descubierto la culata de una pistola—. Repito, ¿quién lo envía?

Evan se preguntaba si el policía del sultán habría olvidado darle un nombre, una clave o consigna que le permitiese entrar. ¡Hubo tan poco tiempo! Pero había que arreglar aquello y buscó una respuesta.

—Estuve en una panadería del Sabat Aynub —dijo rápidamente—. Hablé…

—¿Una panadería? —le interrumpió el hombre, arqueando las cejas—. Hay al menos tres en el Sabat Aynub.

—¡Maldita sea! *Baklava!* —escupió Kendrick, con creciente frustración y los ojos fijos en la culata del arma—. Una cosa de naranja…

—Es suficiente —dijo el guardián, poniéndose bruscamente en pie y arreglándose la ropa—. Era una respuesta sencilla a una pregunta sencilla. Le envía un panadero, ¿se da cuenta?

—Está bien. ¡Estupendo! ¿Puedo entrar, por favor?

—Primero debemos saber a quién va a visitar. ¿A quién va a visitar, señor?

—¡Por el amor de Dios! Al hombre que vive aquí… que trabaja aquí.

—¿Es que no tiene nombre?

—¿Tiene usted derecho a saberlo?

El susurro de Evan fue lo bastante fuerte para ser oído sobre los crecientes ruidos de la calle.

—Es una pregunta justa, señor —dijo el árabe, asintiendo con gesto pensativo—. No obstante, dado que yo sabía lo del panadero del Sabat Aynub…

—¡Cristo en balsa! —estalló Kendrick—. Está bien. ¡Se llama El-Baz! Y ahora, ¿va a dejarme entrar? ¡Tengo prisa!

—Será un placer avisar a esa persona, señor. Él le dejará entrar si le place. Supongo que comprenderá la necesidad de…

Hasta ahí llegó el escrupuloso guardián antes de volver bruscamente la cabeza. El ronroneo de los ruidos procedentes de la oscura calle había entrado de pronto en erupción. Un hombre gritaba, otros rugían, y voces estridentes retumbaban en la piedra circundante.

—*Elhahoonai!*

—*Udam!*

A continuación atravesó el coro de insultos una voz femenina.

—*Siboni fihalee!* —gritó frenéticamente, pidiendo que la dejasen en paz y antes de decir en un inglés perfecto—: ¡Bastardos!

Evan y el guardián se asomaron precipitadamente, mientras dos disparos se mezclaban con la cacofonía humana, haciéndola llegar al frenesí, y el sonido amenazador de las balas al rebotar se perdía en la cavernosa lejanía. El guardián árabe giró en redondo y se precipitó sobre la dura piedra del umbral. Kendrick se limitó a acurrucarse. ¡Necesitaba saber! Pasaron corriendo tres siluetas con ropas árabes acompañadas por un muchacho y una muchacha vestidos desaliñadamente con ropas occidentales, él con los pantalones caqui rotos y agarrándose un brazo sangrante. Evan se levantó, se asomó cautelosamente y lo que vio lo dejó asombrado.

Entre las sombras de la estrecha calleja había una mujer sin nada a la cabeza que empuñaba un cuchillo de hoja corta con la mano izquierda y una pistola con la derecha. Kendrick pisó el desigual empedrado y los ojos de ambos se encontraron. La mujer levantó el arma y Evan se quedó helado, tratando desesperadamente de decidir qué hacer y cuándo hacerlo, sabiendo que al menor movimiento ella dispararía. Pero en vez de eso, para mayor asombro todavía, la mujer empezó a retroceder hacia lo más oscuro de las sombras, sin dejar de apuntarle, y de pronto, mientras se acercaban voces excitadas, salpicadas por repetidos y penetrantes toques de silbato, se dio

media vuelta y se alejó corriendo por la estrecha y oscura calleja. A los pocos segundos había desaparecido. ¡Había venido siguiéndolo! ¿Para matarlo? ¿Por qué? ¿Quién era?

—¡Aquí!

El guardián lo llamaba con un susurro lleno de pánico, y Evan volvió la cabeza. El árabe le hacía gestos desesperados para que volviese.

—¡Rápido, señor! Le dejan entrar. Dese prisa. ¡No deben verlo aquí!

Se abrió la puerta y Evan entró corriendo; al momento fue arrastrado hacia la izquierda por la fuerte mano de un hombrecillo que gritó al guardián, que seguía en la entrada:

—¡Vete de ahí! ¡De prisa!

El diminuto árabe cerró la puerta de golpe y corrió dos cerrojos, mientras Kendrick se esforzaba por ver en la penumbra. Estaban en una especie de vestíbulo, un pasillo amplio y ruinoso con puertas cerradas a ambos lados. Pequeñas alfombras persas cubrían la tosca madera del suelo —alfombras, pensó Kendrick, que alcanzarían precios muy decentes en cualquier subasta occidental—, y de las paredes colgaban otras mayores que Evan sabía costarían pequeñas fortunas. El hombre llamado El-Baz invertía sus ganancias en tesoros intrincadamente tejidos. Quienes sabían de tales cosas tendrían inmediatamente la impresión de estar tratando con alguien importante. Los demás, que incluían a la mayor parte de la policía y otras autoridades, pensarían sin duda que aquel hombre tan recatado ocultaba sus suelos y paredes con telas para los turistas a fin de no tener que reparar los desperfectos. El-Baz era un artista que entendía de técnicas de mercado.

—Soy El-Baz —dijo en inglés el árabe pequeño y levemente jorobado, mientras le tendía una mano grande y surcada de venas—. Usted es quien me diga que es y estoy encantado de conocerlo, preferiblemente no por el nombre que le pusieron sus venerados padres. Por favor, venga por aquí; la segunda puerta a la derecha. Es lo primero y lo más vital que nos queda por hacer. En realidad, el resto ya está terminado.

—¿Terminado? ¿Qué es lo que está terminado?

—Lo esencial. Los documentos ya están listos, de acuerdo con la información que me dieron.

—¿Qué información?

—Quién puede ser usted, qué puede ser, de dónde puede venir. Es cuanto necesitaba.

—¿Quién le dio esa información?

—No tengo la menor idea —dijo el árabe, tocando a Kendrick en el brazo para invitarle a seguirlo—. Una persona desconocida me dio instrucciones por teléfono, ignoro desde dónde. No obstante, la mujer utilizó las palabras debidas y supe que debía obedecer.

—¿La mujer?

—El género carecía de importancia, *ya shaikh*. Lo importante eran las palabras. Venga, entre. —El-Baz abrió la puerta que daba acceso a un pequeño estudio fotográfico. El equipo parecía anticuado, y el rápido examen de Evan no pasó inadvertido para el árabe—. La cámara de la izquierda imita el granulado de los documentos de identidad oficiales —le explicó—, que, por supuesto, se debe tanto al revelado como al objetivo. Aquí. Siéntese en el taburete, frente a la pantalla. Será indoloro y rápido.

El-Baz trabajó velozmente, y como la película era instantánea, sin negativo, no tuvo dificultad para seleccionar una de ellas. Quemó las otras, se calzó unos finos guantes de cirujano, cogió la foto e hizo un gesto hacia una zona tapada por una cortina que había más allá de la tela gris extendida que servía de pantalla. Se acercó, apartó el pesado cortinaje y dejó al descubierto una pared vacía y miserable. El aspecto no podía ser más decepcionante. El-Baz colocó el pie derecho junto a una mancha que había en la desconchada moldura del suelo, llevó su mano derecha enguantada a otro lugar más alto e hizo presión simultáneamente en ambos. Una de las grietas de la pared se abrió lentamente y el lado derecho desapareció tras la cortina, dejando una abertura de unos setenta centímetros de ancho. El pequeño proveedor de documentos falsos entró e hizo seña a Kendrick de que le siguiera.

Lo que Evan vio era tan moderno como cualquiera de las máquinas de su oficina en Washington, e incluso de mejor calidad. Había dos grandes ordenadores, cada uno con su correspondiente impresora, y cuatro teléfonos de colores diferentes, todos con su modulador y situados sobre una larga mesa blanca de inmaculada limpieza, frente a cuatro asientos de mecanógrafa.

—Aquí —dijo El-Baz, señalando el ordenador de la izquierda, cuya oscura pantalla animaban brillantes letras verdes—. Vea lo privilegiado que es, *ya shaikh*. Me dijeron que le proporcionase información completa y sus fuentes, pero ningún documento escrito, aparte sus papeles. Siéntese y estúdiese.

—¿Que me estudie?

—Es usted un saudí de Riyad llamado Amal Bahrudi, ingeniero de la construcción y con algo de sangre europea en sus venas, un abuelo, creo. Está escrito en la pantalla.

—¿Sangre europea?

—Eso explica sus rasgos un tanto irregulares, por si a alguien se le ocurre comentarlo.

—Un momento. —Evan se inclinó para examinar más de cerca la pantalla—. ¿Se trata de una persona real?

—Lo fue. Murió anoche en Berlín Este. El teléfono verde.

—¿Que murió? ¿Anoche?

—El servicio de información de la Alemania Oriental, controlado, naturalmente, por los soviéticos, ocultará su muerte durante días, tal vez semanas, mientras sus burócratas lo examinan todo para ver qué provecho puede sacar la KGB. Entretanto,

la llegada del señor Bahrudi aquí ha sido debidamente registrada en nuestras listas de inmigración (eso es cosa del teléfono azul), con un visado valedero para treinta días.

—De modo que si alguien investiga, el tal Bahrudi está legalmente aquí y no muerto en Berlín Este.

—Exactamente.

—¿Y qué pasa si me capturan?

—Eso no debe preocuparle. Sería cadáver inmediatamente.

—Pero los soviéticos podrían armarnos un lío. Sabrían que no soy Bahrudi.

—¿Usted cree? —El viejo árabe se encogió de hombros—. Nunca desperdicie una ocasión de confundir o poner en un aprieto a la KGB, *ya shaikh*.

Evan hizo una pausa, con el entrecejo fruncido.

—Creo que entiendo lo que quiere decir. ¿Cómo consiguió todo esto? ¡Por el amor de Dios! Un saudí muerto en secreto en Berlín Este, su historial, e incluso lo del abuelo, un abuelo europeo. Es increíble.

—Créalo, mi joven amigo, a quien no conozco ni he visto nunca. Por supuesto, los hombres como yo deben tener cómplices en muchos sitios, pero tampoco eso es asunto suyo. Limítese a estudiar los datos más importantes: nombre de sus amados padres, colegios, universidades… dos, creo, una de ellas en Estados Unidos, como es costumbre entre los saudíes. No necesitará nada más. Y si lo necesita, dará igual. Estará muerto.

Kendrick salió de aquella ciudad oculta dentro de otra ciudad pasando junto a los terrenos del hospital Waljat, en la zona norte de Mascate, a menos de ciento cincuenta metros de la embajada norteamericana. Las antorchas y las ráfagas de disparos en torno a la embajada creaban la ilusión de una multitud mucho mayor y más histérica de lo que era en realidad. A aquellos testigos del terror les interesaba solo la diversión, y sus filas iban mermando a medida que los ganaba el sueño. Más allá, a menos de cuatrocientos metros del Harat Waljat, estaba el palacio de Ahmat, la mansión junto al mar del joven sultán. Evan consultó su reloj. La hora y el sitio eran una ventaja; tenía poco tiempo y Ahmat debía actuar rápidamente. Buscó un teléfono público, recordando vagamente, otra vez gracias a Manny Weingrass, que había varios cerca del hospital. Por dos veces el viejo y malvado arquitecto había asegurado que su coñac estaba envenenado, y una de ellas una mujer le había mordido tan fuerte la mano con la que protestaba que tuvieron que darle siete puntos.

Las blancas conchas de plástico de tres teléfonos públicos reflejaban a lo lejos la luz de las farolas. Sujetándose el bolsillo interior, donde había puesto los documentos falsos, Evan echó a correr, pero inmediatamente acortó el paso. El instinto le decía que no debía llamar la atención ni hacer nada que alguien pudiese interpretar como amenazador. Llegó a la primera cabina, metió una moneda de valor superior al necesario y marcó el extraño número impreso indeleblemente en su cabeza. 555-

0005.

Le brotaron gotas de sudor en la raíz del pelo cuando los timbrazos, cada vez más lentos, llegaron a ocho. ¡Dos más y un contestador reemplazaría a la voz humana! ¡Por favor!

—*Ivah!* —fue el sencillo saludo, un ¿Sí?

—En inglés —dijo Evan.

—¿Tan de prisa? —replicó Ahmat, asombrado—. ¿Qué pasa?

—Vayamos por orden. Me siguió una mujer. Había poca luz, pero por lo que pude ver era de mediana estatura, con el pelo largo y vestida con lo que parecían ropas occidentales caras. Además, domina tanto el árabe como el inglés. ¿Se le ocurre alguien?

—Si se refiere a alguien capaz de seguirle a donde vive El-Baz, absolutamente nadie. ¿Por qué?

—Creo que quería matarme.

—¿Qué?

—Y fue una mujer quien dio a El-Baz la información sobre mí… por teléfono, claro.

—Eso ya lo sé.

—¿Puede haber alguna relación?

—¿Cómo?

—Alguien que interviene, que trata de robar los documentos falsos.

—Espero que no —dijo con firmeza Ahmat—. La mujer que habló con El-Baz era mi esposa. No le hablaría de su presencia aquí a nadie más.

—Se lo agradezco, pero alguien más sabe que estoy aquí.

—Habló usted con cuatro hombres, Evan, y uno de ellos, nuestro mutuo amigo Mustafá, fue asesinado. Estoy de acuerdo en que alguien más sabe que está aquí. Por eso los otros tres están constantemente vigilados. Tal vez debiera pasar escondido todo un día al menos. Puedo arreglarlo, y quizá nos enteremos de algo. Además hay una cosa que quiero tratar con usted. Se refiere a ese Amal Bahrudi. Escóndase durante un día. Creo que seria lo mejor, ¿no le parece?

—No. Fuera de la vista, sí, pero no escondido.

—No le entiendo.

—Quiero que me detengan, que me capturen como terrorista. Quiero que me metan en ese sitio que tiene usted en alguna parte. ¡Tengo que entrar allí esta noche!

6

El árabe corría por en medio de la amplia avenida conocida como Wadi Al Kabir. Había surgido de la oscuridad, de detrás de la maciza Puerta Mathaib, a unos cientos de metros del muelle, al oeste de la antigua fortaleza portuguesa llamada Mirani. Tenía la ropa mojada y sucia del aceite y las porquerías que flotaban en el puerto, y el tocado le colgaba del pelo húmedo de la nuca. Para quien lo viese —y había todavía mucha gente en la calle a esa hora tan tardía—, el hombre que corría desesperadamente era uno más de aquellos «perros del mar», un extranjero que había saltado de un barco para entrar ilegalmente en el un día pacífico sultanato. Un fugitivo, o un terrorista.

Los gritos estridentes de una sirena de dos notas aumentaron cuando un coche patrulla entró en Al Kabir volviendo la esquina de Wadi Al Uwar. La persecución se incrementó. Un soplón de la policía había comunicado el lugar de entrada, y las autoridades estaban alerta. En estos tiempos lo estaban siempre, alertas, ansiosas y frenéticas. Una luz cegadora barrió la calle escasamente alumbrada, un haz procedente de una lámpara móvil montada en el coche patrulla. El potente foco cayó sobre el que huía presa del pánico, y que giró a la izquierda, dando frente a una serie de tiendas con los escaparates a oscuras y protegidos por persianas metálicas, algo en lo que no hubieran pensado hacía apenas tres semanas. El hombre torció a la derecha, dando tumbos, para cruzar Al Kabir, pero de pronto se vio bloqueado por un grupo de paseantes nocturnos que se habían reunido y siguieron juntos, con cierto temor en la mirada pero diciéndose que ya estaban hartos. Querían volver a ser dueños de su ciudad. Un hombre de baja estatura, vestido a la manera occidental pero con tocado árabe, se adelantó, con cautela desde luego, pero decidido. Otros dos de mayor envergadura, quizá más cautelosos pero no menos decididos, se le unieron, seguidos de manera vacilante por algunos más. Al Kabir abajo, hacia el sur, se había juntado gente que poco a poco fue formando una línea, una muralla humana de hombres de largas túnicas y mujeres veladas, poseídos de un valor nacido con esfuerzo de la exasperación y la rabia. ¡Aquello tenía que acabar!

—¡Váyanse! ¡Sepárense! ¡Puede tener granadas!

Un agente de policía se había apeado de un salto del coche patrulla y se acercaba a la carrera, apuntando con el arma a su presa.

—¡Dispérsense! —rugió un segundo agente, corriendo por el lado izquierdo de la calle—. ¡No vayamos a darles!

Los cautelosos paseantes y la gente que más allá dudaba se dispersaron en todas direcciones, corriendo a protegerse en la lejanía o a refugiarse en los portales. Como respondiendo a una señal, el que huía separó sus ropas mojadas y metió amenazadoramente la mano en los pliegues. Una ráfaga de disparos conmocionó Al Kabir. El fugitivo gritó, clamando a los poderes de un colérico Alá y una vengadora Al Fatah, mientras se agarraba el hombro, arqueaba el cuello y caía al suelo. Parecía

muerto, pero en aquella penumbra era imposible calcular la importancia de sus heridas. Volvió a gritar, a rugir, llamando a las furias de todo el Islam para que cayesen sobre las hordas de impuros incrédulos. Los dos policías se lanzaron sobre él, mientras el coche patrulla se detenía, patinando y rechinando sus cubiertas. Un tercer policía saltó gritando de la puerta trasera abierta.

—¡Desarmadlo! ¡Registradlo! —Sus dos subordinados se habían anticipado ya a ambas órdenes—. ¡Podría ser él! —añadió el suboficial, agachándose para examinar más de cerca al fugitivo—. ¡Ahí! —continuó, sin dejar de gritar—. Atado al muslo, un paquete. ¡Dádmelo!

Los mirones iban saliendo lentamente de sus escondrijos, arrastrados de nuevo por la curiosidad hacia lo que ocurría en mitad de Al Kabir bajo la pobre luz de las farolas callejeras.

—¡Creo que ha acertado, señor! —chilló el policía que estaba a la izquierda del prisionero—. ¡Aquí, esta marca! ¡Podría ser lo que queda de la cicatriz del cuello!

—¡Bahrudi! —rugió el jefe con aire triunfal, mientras estudiaba la documentación que contenía el paquete envuelto en hule—. ¡Amal Bahrudi! ¡El justiciero! ¡Estaba últimamente en Berlín Este y, por Alá, aquí lo tenemos!

—¡Todos ustedes! —aulló el policía arrodillándose a la derecha del fugitivo y dirigiéndose al hipnotizado gentío—. ¡Fuera! ¡Váyanse! Este cerdo puede tener cómplices. ¡Es el infame Bahrudi, el terrorista del Este de Europa! Hemos pedido por radio soldados de la guarnición del sultán. ¡Váyanse si no quieren que los maten!

Los testigos huyeron, se dispersaron en una estampida que corría hacia el sur por Al Kabir. A pesar del valor que habían conseguido reunir, la perspectiva de una lucha a balazos los llenaba de pánico. Todo era incertidumbre, esmaltada de muerte; de lo único que estaban seguros era de que un famoso terrorista internacional llamado Amal Bahrudi había sido capturado.

—En nuestra pequeña ciudad no tardará en correr la voz —dijo en perfecto inglés el sargento de policía mientras ayudaba al «prisionero» a incorporarse—. Por supuesto, le ayudaremos si es necesario.

—Tengo un par de preguntas que hacer, quizá tres. —Evan se quitó el *ghotra* y miró fijamente al suboficial de policía—. ¿Qué era toda esa historia del «justiciero», del líder islámico que no sé qué del Este europeo?

—Al parecer, la verdad, señor.

—No le sigo.

—En el coche, por favor. El tiempo es vital. Tenemos que irnos de aquí.

—¡Quiero respuestas! —Los otros dos policías se situaron detrás del congresista por Colorado, lo cogieron de los brazos y lo escoltaron hasta la puerta trasera del coche patrulla—. Hice esa pequeña escena como me dijeron —continuó Evan subiendo al sedán verde de la policía—, ¡pero alguien olvidó mencionar que esa persona auténtica cuyo nombre he tomado es un asesino que está sembrando Europa de bombas!

—Solo puedo decirle lo que me han dicho que le diga, y que, se lo aseguro, es lo único que sé —replicó el sargento, instalándose junto a Kendrick—. Se lo explicarán todo en el laboratorio.

—Sé lo del laboratorio, pero no sé una palabra de ese Bahrudi.

—Existe, señor.

—Eso ya lo sé, pero no el resto. De…

—¡Conductor, dese prisa! —dijo el suboficial—. Los otros dos se quedarán aquí.

El sedán verde dio marcha atrás, giró en sentido contrario y volvió a toda velocidad hacia Wadi Al Uwar.

—Está bien, es real, eso lo comprendo —le acució Kendrick entrecortadamente —; pero lo repito, ¡nadie me dijo nada de que fuese un terrorista!

—En el laboratorio, señor.

El sargento encendió un oscuro cigarrillo árabe, espiró profundamente echando el humo por la nariz, aliviado. Su papel en la extraña misión había terminado.

—Hubo muchas cosas que el ordenador de El-Baz no imprimió para usted —dijo el médico omaní mientras examinaba el hombro desnudo de Evan. Estaban solos en la sala de reconocimiento del laboratorio, Kendrick sentado en la larga mesa acolchada, con los pies descansando en un taburete y el cinturón del dinero al lado—. Como médico personal de Ahmat, perdón, del gran sultán, al que he atendido desde que tenía ocho años, ahora soy su único contacto con él en caso de que por alguna razón no puedan comunicarse directamente. ¿Comprendido?

—¿Y cómo me comunico con usted?

—En el hospital o en mi número privado, que le daré cuando acabemos. Tiene que quitarse los pantalones y la ropa interior y aplicarse el tinte, *ya shaikh*. En este sitio los registros sin ropa son diarios, y a veces cada hora. Tiene que tener el mismo color en todo el cuerpo, y desde luego nada de cinturón lleno de dinero.

—¿Me lo guardará?

—Por supuesto…

—Volvamos a ese Bahrudi, por favor —dijo Kendrick mientras se aplicaba el gel oscurecedor en los muslos y otras partes bajas, en tanto que el doctor omaní hacía lo mismo con sus brazos, pecho y espalda—. ¿Por qué no me lo dijo El-Baz?

—Instrucciones de Ahmat. Pensó que usted podía poner objeciones y quería explicárselo en persona.

—He hablado con él hace menos de una hora. Solo me dijo que quería hablarme del tal Bahrudi; eso fue todo.

—Tenía usted mucha prisa, y él mucho que organizar para su supuesta captura. Por eso delegó en mí la explicación. Levante más el brazo, por favor.

—¿Y qué explicación es esa? —inquirió Evan, ya menos enfadado.

—Muy simple: si fuese capturado por los terroristas tendría una defensa, al menos

durante algún tiempo, que con un poco de suerte sería suficiente para ayudarle… si es posible.

—¿Qué defensa?

—Lo considerarían uno de ellos, hasta que supiesen que no era así.

—Bahrudi ha muerto…

—Su cadáver está en manos del KGB —se apresuró a añadir el médico, pasando por alto lo que fuera a decir Kendrick—. Y el Komitet es de lo más indeciso, teme meterse en líos.

—El-Baz mencionó algo de eso.

—Si alguien en Mascate lo sabe, es él.

—De modo que si Bahrudi es aceptado aquí en Omán, si soy aceptado como el tal Bahrudi, puedo tener alguna influencia. Eso si los soviéticos no se van de la lengua y cuentan lo que saben.

—Lo pensarán dos veces. No pueden estar seguros; temerán una trampa, una trampa que los ponga en evidencia, claro, y esperarán a ver qué pasa. El otro brazo, por favor. Levántelo bien derecho.

—Una pregunta —dijo con firmeza Evan—. Si se supone que Amal Bahrudi pasó por inmigración, ¿por qué no lo detectaron? Tienen ustedes un montón de gente dedicada a esa tarea.

—¿Cuántos John Smith hay en su país, *ya shaikh*?

—¿Y qué?

—Bahrudi es un apellido árabe muy común, quizá más en El Cairo que en Riyad, pero en todo caso nada raro. Y Amal equivale a su «Joe» o su «Bill», y hasta puede que a su «John».

—Aun así, El-Baz lo introdujo en las computadoras de inmigración. Eso hará saltar los *flags*…

—Que en seguida volverán a su sitio —le interrumpió el omaní—, porque los funcionarios quedarán satisfechos después de verlo y someterlo a un interrogatorio duro, aunque de rutina.

—¿Quizá porque no tengo cicatriz en el cuello? Uno de los policías de Al Kabir parecía dar gran importancia a una cicatriz que me cruzaba el cuello, el de Bahrudi.

—Esa es una información de la que no sé nada, aunque supongo que es posible; usted no tiene esa cicatriz. Pero hay razones más fundamentales.

—¿Por ejemplo?

—Un terrorista no anuncia su llegada a un país extranjero, y mucho menos a uno en el que hay disturbios. Utiliza documentación falsa. Y eso es lo que buscan las autoridades, no la coincidencia de que un tal John W. Booth, farmacéutico de Filadelfia, se viese maldecido con el mismo nombre que el asesino del Ford's Theater.

—Está usted muy versado en las cosas de Norteamérica.

—Facultad de Medicina Johns Hopkins, señor *Bahrudi*. Cortesía del padre de

nuestro sultán, que encontró a un niño beduino ansioso de algo más que la vida en una tribu nómada.

—¿Cómo fue eso?

—Es otra historia. Baje ya el brazo.

Evan se quedó mirando al médico.

—Parece que quiere usted mucho al sultán.

El médico omaní le devolvió la mirada.

—Sería capaz de matar por esa familia, *ya shaikh* —dijo sin alzar la voz—. Por supuesto el método no sería violento. Quizá veneno, o enfermedad crítica mal diagnosticada, o un escalpelo imprudente, algo con que pagar mi deuda en especie, pero lo haría.

—Estoy seguro. Entonces, por extensión, está de mi parte.

—Evidentemente. La prueba que voy a darle, y que no conocía hasta ahora, es numérica. Cinco, cinco, cinco… cero, cero, cero, cinco.

—Es suficiente. ¿Cómo se llama?

—Faisal. Doctor Amal Faisal.

—Ya veo… «John Smith».

Kendrick se bajó de la mesa y fue desnudo hasta el pequeño lavabo que había enfrente. Se lavó las manos, frotándoselas con un jabón fuerte para quitar las manchas sobrantes de los dedos, y se miró en el espejo que habla encima del lavabo. Su piel iba volviéndose morena; dentro de un momento estaría lo suficientemente oscuro para el encierro de los terroristas. Miró al médico a través del espejo.

—¿Cómo es ese sitio?

—No es lugar para usted.

—No es eso lo que le pregunto. Quiero saber cómo es. ¿Hay algún ritual por el que hagan pasar a los nuevos prisioneros? Supongo que tendrán ustedes todo aquello lleno de micrófonos; serían tontos si no lo hiciesen.

—Lo está, y debemos suponer que ellos lo saben. Se reúnen junto a la puerta donde están los micrófonos principales y hacen todo el ruido que pueden. El techo es demasiado alto para una transmisión audible, y el resto de los micrófonos están en las cisternas de los retretes, una reforma civilizadora instituida por Ahmat hace varios años para reemplazar a los agujeros en el suelo. Han sido inútiles, como si los encerrados hubiesen intuido que están colocados allí; aunque no lo sabemos. Aun así, lo poco que oímos no es agradable. Los prisioneros, como todos los extremistas, compiten continuamente en fanatismo, y como las llegadas son constantes, muchos no se conocen entre sí. El resultado es que los asan a preguntas y sus métodos de interrogatorio son a veces brutales. Son unos fanáticos, pero no unos locos en el sentido corriente, ya shaikh. Deben estar siempre alerta contra posibles infiltraciones.

—Entonces ese será mi credo. —Kendrick volvió a la mesa de reconocimiento, donde estaban las ropas de preso que le habían proporcionado—. Siempre alerta y tan fanático como cualquiera de los que están allí. —Se volvió al omaní—. Necesito los

nombres de los líderes de los que están en la embajada. No se me permitió tomar notas de la información que me dieron, pero recuerdo dos porque se repetían varias veces. Uno era Abu Nassir; el otro, Abbas Zaher. ¿Tiene alguno más?

—Nassir no ha sido visto desde hace más de una semana; se cree que ha huido; Zaher, más que un jefe, es un tipo que presume de ello. Últimamente el más destacado parece ser una mujer, Zaya Yateem. Habla bien el inglés y es la que lee los boletines televisados.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Y quién lo sabe? Lleva velo.

—¿Alguien más?

—Un joven que suele estar detrás de ella. Parece ser su compañero y lleva un arma rusa, no sé de qué tipo.

—¿Su nombre?

—Lo llaman simplemente Azra.

—¿Azul? ¿El color azul?

—Sí. Y, hablando de colores, hay otro, un tipo con canas prematuras, lo que es muy raro entre nosotros. Lo llaman Habyahd.

—Blanco.

—Sí. Ha sido identificado como uno de los secuestradores del avión de la TWA en Beirut. Solo por fotografías; no se averiguó ningún nombre.

—Nassir, la tal Yateem, Azul y Blanco. Eso debería bastar.

—¿Para qué?

—Para lo que voy a hacer.

—Piénselo bien —dijo el médico mientras veía a Evan sujetarse los amplios pantalones de preso con el cinturón elástico—. Ahmat está preocupado porque podemos enterarnos de muchas cosas gracias a su sacrificio, pero usted debe comprender que lo del sacrificio podría ser en serio. Quiere que lo sepa.

—Tampoco yo soy ningún loco. —Kendrick se puso la camisa verde de la prisión y se calzó las duras sandalias de cuero, comunes en las cárceles árabes—. Si me siento amenazado, gritaré pidiendo ayuda.

—Hágalo y caerán sobre usted como animales enloquecidos. No viviría ni diez segundos; nadie podría llegar a tiempo.

—Está bien. Una clave. —Evan se abotonó la basta camisa mientras recorría con la mirada el laboratorio de la policía hasta que vio unas radiografías colgadas de una cuerda—. Si los encargados de los micrófonos me oyen decir que de la embajada han salido películas a escondidas, que entren y me saquen. ¿Comprendido?

—Películas sacadas a escondidas de la embajada.

—Eso es. No lo diré, o lo gritaré, a menos que crea que están a punto de caer sobre mí… Y ahora, que corra la voz dentro. Digan a los guardias que se burlen de los presos porque Amal Bahrudi, jefe de los terroristas islámicos de la Europa del Este, ha sido capturado aquí, en Omán. La inteligente estrategia de su joven sultán

para protegerme por algún tiempo puede dar un gran salto adelante. Es mi pasaporte en ese mundo podrido.

—No fue pensada para eso.

—Pero resulta de lo más apropiado, ¿no le parece? Es casi como si a Ahmat se le hubiese ocurrido antes que a mí. Y, bien pensado, puede haber sido así. ¿Por qué no?

—¡Eso es ridículo! —protestó el médico—. Escúcheme. Todos podemos teorizar y dar por sentado lo que queramos, pero no garantizamos nada. Ese lugar está guardado por soldados, y no podemos ver dentro del alma de cada hombre. Suponga que hay simpatizantes. Mire las calles. ¡Animales enloquecidos esperando la próxima ejecución, cruzando apuestas! Norteamérica no es precisamente amada por cada ciudadano que viste un *aba* o un uniforme. Hay demasiadas historias, se habla mucho de la parcialidad antiárabe de su país.

—Ahmat me dijo lo mismo de su propia guarnición aquí en Mascate. Solo que él lo llamó mirarlos a los ojos.

—Los ojos guardan los secretos del alma, *ya shaikh*, y el sultán tenía razón. Aquí dentro vivimos con un temor constante a la debilidad y la traición. Esos soldados son jóvenes, impresionables, y están siempre dispuestos a ver insultos reales o imaginarios. Suponga, suponga nada más, que el KGB decide enviar un mensaje para desestabilizar aún más la situación: «¡Amal Bahrudi ha muerto; el hombre que dice ser él es un impostor!» No habría tiempo para claves ni para gritos de ayuda. Y el modo en que usted moriría no es para tomarlo a la ligera.

—Ahmat debería haberlo previsto.

—¡Eso es injusto! ¡Le atribuye cosas en las que nunca pensó! Ese nombre, Bahrudi, iba a ser usado únicamente como una táctica de diversión en último extremo, no para nada más. El hecho de que ciudadanos ordinarios pudiesen afirmar públicamente que habían presenciado la captura de un terrorista, incluso hasta el punto de saber su nombre, crearía confusión. Era la estrategia prevista. Confusión, desconcierto, indecisión. Aunque eso solo aplazase su ejecución por unas horas, podían ser utilizadas para liberarlo. Esa era la intención de Ahmat, no la infiltración.

Evan se apoyó en la mesa con los brazos cruzados, estudiando al omaní.

—Entonces no lo entiendo, y hablo en serio, doctor. No busco fantasmas, pero creo que en su explicación hay una laguna.

—¿Cuál?

—Si el buscarme el nombre de un terrorista, de un terrorista muerto, iba a ser mi defensa, como usted la llamó…

—El modo de protegerlo por algún tiempo, como dijo usted tan acertadamente.

—Entonces suponga, solo suponga, que yo no hubiera estado presente esta noche para actuar en ese pequeño melodrama de Al Kabir.

—Nunca se pensó que estuviese —replicó con calma el médico—. Simplemente, intervino usted antes de tiempo. La cosa iba a tener lugar, no a medianoche, sino a primeras horas de la mañana, antes de la oración, cerca de la mezquita de Khor. La

noticia de la captura de Bahrudi se hubiese extendido por los mercados como la de un cargamento de contrabando barato por los muelles. Sería otro quien hiciera el papel del impostor. Ese era el plan, y no otro.

—Entonces, como diría un abogado, hay una oportuna convergencia de objetivos, reajustados en tiempo y fin para que conviniesen a todas las partes y evitar conflictos. En Washington oigo frases así a cada paso. Muy agudo.

—Yo soy médico, *ya shaikh*, no abogado.

—Por supuesto —dijo Evan, sonriendo débilmente—. Pero pienso en nuestro joven amigo de palacio. Quería «hablar» de Amal Bahrudi. Me pregunto a dónde nos hubiese llevado esa conversación.

—Tampoco él es abogado.

—Tiene que ser de todo para gobernar un sitio como este —dijo con rudeza Kendrick—. Tiene que pensar. Sobre todo ahora. Estamos perdiendo el tiempo, doctor. Embadúrneme un poco. No los ojos ni la boca, sino alrededor de los pómulos y la barbilla. Después hágame un corte en el hombro y véndelo. Pero no restañe la sangre.

—¿Cómo dice?

—¡Por el amor de Dios! ¡No querrá que lo haga yo mismo!

La pesada puerta de acero se abrió, movida por dos soldados que inmediatamente plantaron sus brazos contra la chapa de hierro como si esperasen un asalto. Un tercer guardián empujó al preso herido y todavía sangrante hacia la enorme nave de cemento que servía de celda colectiva. Allí la luz era muy tenue, y procedía de unas cuantas bombillas de pocos vatios envueltas en tela metálica y sujetas al techo. Inmediatamente, un grupo de internos convergió sobre el recién llegado, que había caído de rodillas, y algunos agarraron por los hombros al tipo sangrante y desfigurado que trataba torpemente de incorporarse. Otros se reunieron en torno a la imponente puerta de metal hablando en voz muy alta —en realidad casi gritando—, al parecer para ahogar cuanto se dijese dentro del recinto.

—*Khalibalak!* —rugió el recién llegado, lanzando hacia arriba el brazo derecho para liberarse y golpeando después con el puño apretado la cara de un joven prisionero, cuya mueca descubrió sus dientes podridos—. ¡Por Alá, le romperé la cabeza al primer imbécil que me toque! —continuó Kendrick, gritando en árabe y alzándose en toda su estatura, que excedía en varios centímetros a la de cuantos lo rodeaban.

—¡Somos muchos y tú uno solo! —amenazó con voz sibilante el jovenzuelo ofendido, cogiéndose la nariz para detener la hemorragia.

—¿Y de qué os vale ser muchos? ¡Sois unos estúpidos! ¡Apartaos de mí! ¡Tengo que pensar!

Evan lanzó el brazo izquierdo contra los tres que lo sujetaban y al instante lo

recogió y clavó el codo en la garganta al más cercano. Después aprovechó que tenía todavía el puño derecho cerrado para darle en los ojos con los nudillos.

No podía recordar cuándo había sido la última vez que había golpeado a otra persona, que había atacado físicamente a otro ser humano. Si sus recuerdos volanderos no le engañaban, se remontaba a los tiempos de la escuela. Un chico llamado Peter No Sé Cuántos había escondido a su mejor amigo la caja de la comida —una caja de hojalata con dibujos de personajes de Walt Disney—, y como su amigo era pequeño y Peter No Sé Cuántos mayor, él lo había desafiado. Desgraciadamente, en su rabia golpeó al tal Peter con tanta fuerza que el director llamó a su padre y entre ambos le explicaron estaba tremendamente equivocado, que un chico de su tamaño no debía meterse en peleas, no era justo… ¡Pero, señor! ¡Papá! —No hubo apelación. Tuvo que cargar con veinte puntos negativos. Aunque después su padre le dijo que si volvía a ocurrir, hiciese lo mismo.

¡Y volvió a ocurrir! Alguien lo agarró del cuello por detrás. Salvamento y socorrismo. ¿Por qué lo recordó? ¡Pellizca el nervio que hay debajo del codo! ¡Eso hace que el que está ahogándote te suelte! *Certificado de socorrista de la Cruz Roja. Curso de verano en el lago*. Lleno de pánico, deslizó la mano bajo aquel brazo, alcanzó la carne blanda del codo y apretó con todas sus fuerzas. El terrorista gritó. Era suficiente. Kendrick encogió los hombros y envió al tipo por encima de su espalda, estrellándolo contra el suelo de cemento.

—¿Alguien quiere más? —susurró el nuevo preso encorvándose y volviéndose, sin dejar de mostrar su estatura—. ¡Sois unos estúpidos! ¡De no haber sido por vosotros, idiotas, no me hubieran cogido! ¡Os desprecio a todos! ¡Y ahora dejadme en paz! ¡Ya os lo he dicho, tengo que pensar!

—¿Quién eres tú para insultarnos y darnos órdenes? —chilló un adolescente de mirada febril a quien su labio leporino dificultaba la dicción. Era toda una escena kafkiana, presos medio enloquecidos al borde de la violencia, pero conscientes de un posible castigo brutal por parte de los guardias. Los susurros se hicieron órdenes tajantes, insultos ahogados, gritos de desafío, mientras quienes hablaban miraban continuamente hacia la puerta, asegurándose de que el vocerío tapaba cuanto decían, ocultándolo a la escucha enemiga.

—Yo soy quien soy, y eso es suficiente para unos…

—¡Los guardias nos dijeron tu nombre! —tartamudeó otro de los presos, como de unos treinta años, con la barba descuidada y el pelo largo y sucio. Hablaba con las manos en torno a la boca, como para que ahogasen sus palabras—. «¡Amal Bahrudi!», gritaron. «¡El justiciero de Berlín Este, y lo hemos capturado!»… ¿Y qué? ¿Quién eres tú para nosotros? ¡Ni siquiera me gusta tu aspecto! ¡Te encuentro muy extraño! ¿Quién es Amal Bahrudi? ¿Por qué tiene que importarnos?

Kendrick miró hacia la puerta donde el grupo de presos hablaba sin parar a voz en cuello. Avanzó un paso y volvió a susurrar ásperamente:

—Porque fui enviado por otros mucho más importantes que nadie de aquí o de la

embajada. Mucho más. Y ahora os digo por última vez que me dejéis pensar. Tengo que enviar información fuera de aquí.

—¡Inténtalo y nos mandarás a todos ante un pelotón de ejecución! —exclamó entre dientes otro de los presos. Era bajo y extrañamente atildado, excepto por los inexplicables lamparones de orín que esmaltaban sus pantalones de preso.

—¿Eso os preocupa? —*Era el momento de afirmarse aún más*—. Dime, muchachito, ¿tienes miedo a morir?

—¡Solo porque ya no podría servir a nuestra causa! —dijo a la defensiva el hombre-niño, mientras miraba a todas partes buscando una justificación. Algunos de los que lo rodeaban asintieron. Eran simples reacciones emocionales, movimientos reflejos de quienes estaban lo bastante cerca para oírle, nacidos de sus temores. Kendrick se preguntaba hasta dónde había calado esa desviación del fanatismo.

—¡No levantes la voz, estúpido! —dijo fríamente—. Tu martirio es ya suficiente servicio.

Se volvió y fue, por entre los cuerpos que vacilaban en acercársele, hasta la pared de piedra de la inmensa celda, donde había una ventana rectangular abierta, con barrotes incrustados en el cemento.

—¡No tan de prisa, tío raro!

La voz áspera y apenas audible con el ruido, procedía del borde exterior de la masa. Se adelantó un tipo fornido y con barba, y quienes estaban enfrente de él abrieron paso como lo hacen los hombres en presencia del sargento o del capataz, no de un coronel o del vicepresidente de la compañía. ¿Habría alguien con mayor autoridad en aquel recinto, se preguntaba Evan, alguien más observando de cerca, dando órdenes?

—¿Qué pasa? —inquirió en tono tranquilo y agresivo.

—¡Tampoco a mí me gusta tu aspecto! ¡Ni tu cara! Con eso me basta.

—¿A quién le basta? —dijo Evan con desprecio, desdeñando al tipo con un encogimiento de hombros mientras se asía a los barrotes de la pequeña ventana y contemplaba el exterior, bañado por la luz.

—¡Date la vuelta! —ordenó el imaginario capataz-sargento a sus espaldas.

—Me volveré cuando quiera —masculló Kendrick, preguntándose si le oirían los demás.

—Ahora —dijo el hombre en voz no más alta que la de Evan, preludio a la mano de hierro que de pronto cayó sobre el hombro derecho de Kendrick, asiendo la carne en torno a la herida sangrante.

—¡No me toques, es una orden! —gritó Evan sin moverse y apretando con todas sus fuerzas los barrotes para no dejar ver el dolor que sentía, mientras sus antenas seguían alertas a lo que quería saber. Y ocurrió. Los dedos que agarraban su hombro se separaron; la mano se apartó a la orden de Evan, para volver vacilante momentos después. No hacía falta saber más: aquel tipo daba órdenes, pero las recibía y ejecutaba sin dudar cuando le eran dadas por una voz autoritaria. Suficiente. No era el

hombre de aquel recinto. Estaba muy arriba en la pirámide, pero no lo suficiente. ¿Habría realmente otro? Hacía falta una nueva prueba.

Kendrick se mantuvo rígido, y después, sin ningún movimiento previo que delatase su intención, se volvió súbitamente hacia la derecha, quitándose la mano de encima mientras hacía perder ignominiosamente el equilibrio al tipo fornido.

—¡Está bien! —escupió, con un susurro que era una acusación—. ¿Qué es lo que no te gusta de mí? Trasladaré tu opinión a otros. Estoy seguro de que les interesará, de que les gustará saber quién decide lo que es bueno o malo aquí en Mascate. —Hizo una pausa y de repente continuó, alzando la voz en un desafío personal—. Muchos consideran que esos juicios huelen a leche de burra. ¿Qué pasa, imbécil? ¿Qué es lo que no te gusta de mí?

—¡Yo no juzgo a nadie! —gritó el musculoso terrorista, tan a la defensiva como el hombre-niño que temía al pelotón de fusilamiento. Después, tan bruscamente como había saltado, el precavido sargento-capataz, temeroso de que sus palabras pudieran haber sido oídas por encima del griterío, recuperó una compostura llena de suspicacia—. Tienes la lengua muy suelta —susurró—, pero lo que dices no significa nada para nosotros. ¿Cómo sabemos quién eres y de dónde vienes? Ni siquiera pareces de los nuestros. Tienes otro aspecto.

—Me muevo en círculos en los que vosotros no podéis moveros. Yo sí.

—¡Tiene los ojos claros! —El grito ahogado procedía del preso más viejo y barbudo, al que le asomaba el cabello largo y sucio—. ¡Es un espía! ¡Ha venido a espiarnos!

Acudieron otros, que empezaron a examinar al extraño, al que de pronto encontraban más amenazador.

Kendrick volvió lentamente la cabeza hacia su acusador.

—También tú podrías tenerlos así si tu abuelo fuese europeo. Si hubiese querido cambiármelos, unas cuantas gotas de líquido hubieran bastado para una semana. Naturalmente, vosotros no tenéis ni idea de esas técnicas.

—Palabras no te faltan, ¿verdad? —dijo el capataz-sargento—. Los mentirosos hablan mucho, porque eso no cuesta.

—Solo la vida —replicó Evan, clavando su mirada en las caras, una por una—, que no tengo intención de perder.

—Entonces, ¿es que te da miedo morir? —le desafió el jovenzuelo de los pantalones manchados.

—Tú mismo has respondido a esa pregunta por mí. No tengo miedo a la muerte, ninguno de nosotros debería tenerlo, pero sí temo no poder hacer lo que me han enviado a hacer aquí. Lo temo por nuestra santa causa.

—¡Otra vez palabras! —le cortó el fornido y supuesto líder, fastidiado al ver que algunos de los presos escuchaban atentamente al extraño euroárabe de la lengua fácil—. ¿Qué es eso que tienes que hacer aquí, en Mascate? Si somos tan estúpidos, ¿por qué no nos lo dices, no nos ilustras?

—Solo hablaré con aquellos a quienes me dijeron que buscase. Con nadie más.

—Creo que deberías hablar conmigo —dijo el forzudo, ahora más sargento que capataz, mientras daba un paso amenazador hacia el rígido congresista norteamericano—. No te conocemos, pero tú puedes conocernos a nosotros. Eso te da una ventaja que no me gusta.

—Y a mí no me gusta tu estupidez —dijo Kendrick, haciendo inmediatamente un gesto con ambas manos, una señalando a su oído derecho, la otra a los que se movían y parloteaban junto a la puerta—. ¿No lo comprendes? —exclamó, con un susurro que fue como un grito en la cara de aquel hombre—. ¡Podrían oírte! Debes admitir que sois unos estúpidos.

—Claro que lo somos, señor. —El sargento, ahora definitivamente tal, volvió la cabeza, mirando hacia alguien invisible en algún lugar de la enorme celda de cemento. Evan trató de seguir su mirada. Con su estatura, veía una hilera de retretes al final de la nave; algunos estaban siendo usados, y sus ocupantes no perdían de vista la explicación. Otros presos, curiosos, y muchos de ellos frenéticos, iban y venían entre el grupo que chillaba junto a la pesada puerta y los reunidos en torno al preso nuevo—. Pero, oh gran señor —continuó burlonamente el terrorista—, tenemos métodos para superar nuestra estupidez. Es algo que deberías reconocer a la gente inferior.

—Lo reconozco cuando hay motivo…

—¡Para lo nuestro lo hay ahora!

De repente, el tipo musculoso alzó el brazo izquierdo. Era una señal, y con ella se alzaron voces que entonaban un canto islámico, seguidas al instante por otras y otras, hasta que el recinto entero resonó con los ecos de cincuenta y tantos fanáticos gritando las plegarias de las oscuras estaciones que conducen a los brazos de Alá. Y sucedió. Se había iniciado el sacrificio.

Cayeron cuerpos sobre él y se estrellaron puños en su cara y su abdomen. No podía gritar, porque tenía los labios sujetos por unos dedos como garras, que le estiraban la carne hasta el punto que pensó que iban a desgarrarle la boca. El dolor era insoportable. Después, repentinamente, sintió los labios libres y la boca casi en su sitio.

—¡Dinos! —gritó el terrorista-sargento al oído de Kendrick, con palabras que se perdieron para los micrófonos gracias a la salvaje aceleración del canto islámico—. ¿Quién eres? ¿De qué lugar del infierno vienes?

—¡Yo soy quien soy! —gritó Evan, haciendo muecas y tratando de aguantar al máximo, convencido de que conocía la mentalidad árabe y pensando que llegaría un momento en que el respeto por la muerte de un enemigo provocaría unos segundos de silencio antes de que le fuese administrado el golpe; con eso bastaría. La muerte era algo reverencial en el Islam, tanto la del amigo como la del adversario. ¡Necesitaba esos segundos! ¡Tenía que hacer que los guardias lo supiesen! ¡Lo estaban matando! Un puño apretado le golpeó los testículos… ¿Cuándo, cuándo terminaría aquello para

que empezasen esos escasos y preciosos momentos?

De repente, una figura borrosa se irguió ante él y se inclinó, examinándolo. Otro puño vino a estrellarse en su riñón izquierdo, pero el grito interior no llegó a salir de su boca, no podía permitírselo.

—¡Quietos! —gritó la voz de la vaga silueta inclinada sobre él—. Quitadle la camisa, dejadme ver su cuello. Dicen que tiene una mancha que no puede borrar.

Evan notó cómo arrancaban la tela de su pecho mientras contenía la respiración, sabiendo que lo peor estaba a punto de ocurrir. No tenía cicatriz en el cuello.

—Es Amal Bahrudi —dijo aquel hombre. Kendrick, apenas consciente, oyó sus palabras lleno de asombro.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó el desconcertado sargento-capataz, furioso.

—Algo que no hay —dijo la voz—. Para toda Europa, Amal Bahrudi está marcado por la cicatriz de su garganta. Circuló una fotografía que se aseguraba era de él, con la cara oscurecida pero no el cuello desnudo, donde se veía claramente la cicatriz de una cuchillada. Ha sido su mejor tapadera, un ingenioso procedimiento para ocultarse.

—Me confundes —exclamó el fortachón, ahora en cuclillas, con palabras casi ahogadas por la cacofónica salmodia—. ¿De qué ocultación hablas, de qué cicatriz?

—Una cicatriz que nunca tuvo, una marca que nunca existió. Todos buscan una mentira. Este es Bahrudi, el hombre de ojos azules que puede soportar el dolor en silencio, el justiciero que se mueve por las capitales occidentales sin ser notado gracias a los genes de un abuelo europeo. Sin duda llegó a Omán la noticia de que venía hacia aquí, pero a pesar de ello lo soltarán por la mañana, con toda clase de disculpas. Ya lo ves, no hay ninguna cicatriz en su cuello.

En medio del atontamiento y el terrible dolor, Evan sabía que era el momento de reaccionar. Sonrió forzadamente por entre los labios, que le ardían, mientras centraba sus ojos azul claro en la borrosa silueta.

—Al fin un hombre cuerdo —dijo entre un doloroso ataque de tos—. Por favor, ayúdame a levantarme y apártalos de mí antes de que los vea a todos en el infierno.

—¿Habla Amal Bahrudi? —preguntó el desconocido, tendiéndole la mano—. Dejad que se levante.

—¡No! —rugió el sargento-terrorista, lanzándose a sujetar a Kendrick por los hombros—. ¡Lo que dices no tiene sentido! ¿Es quien dice ser a causa de una cicatriz que no existe? ¿Qué sentido tiene eso?

—Sabré si miente —replicó el hombre, mientras iba haciéndose más visible para Kendrick. Parecía tener poco más de treinta años. Unos pómulos salientes y unos ojos oscuros, intensos e inteligentes, flanqueaban una nariz recta y afilada. El cuerpo era esbelto, más bien delgado, pero había una fuerza flexible en el modo como se agachaba y sostenía la cabeza sobre el haz de músculos del cuello—. Que se levante —repitió el terrorista, en un tono tranquilo que no dejaba de ser una orden—. Y decir a los otros que vayan dejando de cantar poco a poco, ya sabéis, pero que sigan

hablando. Todo debe parecer normal, incluso las discusiones, para las que no hace falta animarlos.

El subordinado, molesto, dio a Evan un último empujón que ensanchó el corte de su hombro de tal modo que volvió a caer sangre al suelo. Malhumorado, se puso en pie y fue hacia los grupos a comentarles las órdenes.

—Gracias —dijo Evan sin aliento, temblando y poniéndose de rodillas, estremecido por los dolores que sentía en todo el cuerpo, consciente de los hematomas que lo cubrían y sintiendo los desgarrones de su carne, que parecía tener también por todas partes—. Hubiera ido a reunirme con Alá antes de un minuto.

—Todavía puedes, y por eso no me molestaré en cortarte la sangre. —El joven palestino empujó a Kendrick contra la pared, donde quedó sentado con las piernas extendidas en el suelo—. En realidad no tengo la menor idea de si eres o no Amal Bahrudi. Obré por instinto. Por las descripciones que he oído, podrías ser él, y hablas un árabe educado, lo que también encaja. Además, aguantaste un castigo severo cuando un gesto de sumisión por tu parte hubiese querido decir que estabas dispuesto a contestar a lo que te preguntaban. En vez de eso, reaccionaste con desafío, y eso que sin duda sabías que en cualquier momento podían haberte estrangulado. Esa no es la conducta de un infiltrado que tiene apego a su vida aquí en la tierra. Es la de uno de nosotros, que por nada del mundo haría daño a la causa porque, como bien dijiste, es santa. Más que santa.

¡Dios mío!, pensó Kendrick, adoptando la fría expresión de un ferviente seguidor. *¡Qué equivocados estáis! Si hubiese pensado… si hubiera sido capaz de pensar… ¡Olvídalo*!

—¿Qué bastaría para convencerte? Te aseguro que no voy a revelar nada que no deba… —Evan hizo una pausa, disimulando con la mano que tragaba saliva—… aunque podáis reanudar el castigo y estrangularme si queréis.

—Son dos afirmaciones que ya esperaba —dijo el terrorista, agachándose para ponerse en cuclillas enfrente de Evan—. Pero sí puedes decirme a qué has venido. ¿Por qué te enviaron a Mascate? ¿A quién te dijeron que buscases? Tu vida depende de las respuestas, Amal Bahrudi, y soy el único que puede tomar esa decisión.

Había acertado. ¡A pesar de las escasas probabilidades, había acertado!

Huir. Tenía que huir con aquel joven asesino por una santa causa.

7

Kendrick miraba fijamente al palestino, como si los ojos fuesen de verdad el espejo del alma, aunque los de Evan estaban demasiado hinchados para dejar ver otra cosa que un dolor físico insoportable. *Los micrófonos que quedan están en las cisternas de los retretes: Doctor Amal Faisal, su contacto con el sultán*.

—Me enviaron para deciros que entre vuestra gente de la embajada hay traidores.

—¿*Traidores*? —El terrorista permaneció inmóvil frente a Evan. Aparte un leve frunce en la frente, no hubo la menor reacción—. Eso es imposible —dijo al cabo de unos momentos de estudiar intensamente la cara de «Amal Bahrudi».

—Me temo que no. Vi la prueba.

—¿En qué consistía?

Evan se estremeció de pronto y se agarró el hombro herido con una mano, que inmediatamente se cubrió de sangre.

—¡Si no quieres detener esta hemorragia, yo sí!

Empezó a incorporarse apoyándose en la pared.

—¡Estate quieto! —ordenó el joven asesino.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Cómo sé que no eres uno de los traidores, que no estás ganando dinero con nuestro trabajo?

—¿Dinero? ¿Qué dinero?

—No lo sabrás hasta que yo sepa que tienes derecho a que se te diga. —Evan se apretó contra la pared y apoyó las manos en el suelo, tratando de incorporarse—. Hablas como un hombre, pero no eres más que un chiquillo.

—He crecido de prisa —dijo el terrorista, empujando de nuevo hacia abajo a su extraño prisionero—. Como casi todos aquí.

—Pues demuéstramelo. El que yo muera desangrado no va a decirnos nada a ninguno. —Kendrick se arrancó del hombro la camisa empapada de sangre—. Está sucia —dijo, señalando la herida—. Está llena de tierra, gracias a los bestias de tus amigos.

—No son ni bestias ni amigos. Son mis hermanos.

—Escribe poesía en tu tiempo libre; el mío es demasiado valioso. ¿Hay agua por aquí, agua limpia?

—En los retretes. Hay un lavabo a la derecha.

—Ayúdame a levantarme.

—No. ¿Qué prueba es esa? ¿A quién te mandaron buscar?

—¡Idiota! —estalló Evan—. Está bien. ¿Dónde está Nassir? Todo el mundo pregunta dónde está Nassir.

—Muerto —replicó el joven, con expresión exenta de comentario.

—¿Qué?

—Uno de los marines de guardia en la embajada saltó sobre él, le quitó el arma y lo mató. El marine murió en el acto.

—No dijeron nada…

—¿Qué podíamos decir que fuese útil? ¿Íbamos a convertir en mártir a un soldado norteamericano, a publicar que uno de los nuestros había sido superado? No exhibimos nuestras debilidades.

—¿Nassir? —preguntó Kendrick, al notar cierto tono de pesar en la voz del joven asesino—. ¿Nassir era débil?

—Era un teórico nada apropiado para este trabajo.

—¿Un teórico? —Evan arqueó las cejas—. A que va a resultar que nuestro estudiante es todo un analista.

—Este estudiante puede decidir los momentos en que la implicación activa debe reemplazar al debate pasivo, cuándo la fuerza importa más que las palabras. Nassir hablaba demasiado, justificaba demasiadas cosas.

—¿Y tú no?

—No se trata de mí sino de ti. ¿Qué pruebas tienes de la traición?

—Esa Yateem —replicó Kendrick—. Zaya Yateem. Me dijeron que era…

—¿Yateem una traidora? —exclamó el terrorista, mirándolo furioso.

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué has dicho?

—Me dijeron que era de confianza.

—¡Mucho más que eso, Amal Bahrudi! —El joven agarró lo que quedaba de la camisa de Evan—. Es una devota de nuestra causa y una trabajadora incansable que hace más que cualquiera de nosotros en la embajada.

—Además habla inglés —añadió Kendrick, al notar nuevamente algo extraño en la voz del terrorista.

—¡También yo! —dijo el colérico «estudiante», soltando a Evan.

—Y yo —dijo en voz baja este, mirando más allá, hacia los numerosos grupos de presos, muchos de los cuales los observaban—. ¿Podemos hablar inglés ahora? —preguntó, examinando una vez más su hombro sangrante—. Dices que quieres pruebas, lo que, por supuesto, no está en mi mano, pero puedo decirte lo que vi en Berlín. Tú mismo podrás decidir si estoy o no diciéndote la verdad, ya que eres tan aficionado a decidir cosas. Pero no quiero que ninguno de los bestias de tus hermanos entiendan lo que digo.

—Eres un hombre arrogante, en circunstancias poco apropiadas para la arrogancia.

—Soy quien soy…

—Eso ya lo has dicho. —El terrorista asintió con la cabeza—. Inglés —accedió, dejando el árabe—. Hablas de Yateem. ¿Qué pasa con ella?

—Supusiste que yo quería decir que era ella la traidora.

—¿Quién se atreve…?

—Lo que iba a decirte era todo lo contrario —insistió Kendrick, estremeciéndose y agarrándose con mayor fuerza al hombro—. Confían en ella, e incluso la alaban;

está haciendo brillantemente su trabajo. Después de Nassir, era a ella a quien debía buscar. —Evan dio una boqueada de dolor y habló entre toses—. Si la habían matado… debía buscar al hombre a quien llaman Azra, y si también había muerto, a otro de pelo gris conocido por Ahbyahd.

—¡Yo soy Azra! —exclamó el estudiante de ojos oscuros—. ¡Soy ese al que llaman Azul!

Bingo, pensó Kendrick, clavando sus ojos interrogadores en el joven terrorista.

—Pero estás aquí, no en la embajada…

—Es una decisión de nuestro consejo de operaciones, que encabeza Yateem.

—No comprendo.

—Supimos que habían cogido prisioneros y los habían aislado, torturado, comprado, convencido por uno u otro medio para que revelasen lo que sabían. Se decidió que el más fuerte de nosotros los del consejo debería caer también, para que tuviesen una dirección, para ayudarlos a resistir.

—¿Y te eligieron a ti? ¿Te eligió *ella*?

—Zaya sabía lo que hacía. Es mi hermana, y yo su hermano de sangre. Está tan segura de mí como yo de ella. Luchamos juntos hasta la muerte, porque la muerte es nuestro pasado.

¡*El premio gordo*! Evan arqueó el cuello, con la cabeza contra la dura pared de cemento y los ojos doloridos vagando por el techo de bombillas desnudas rodeadas de alambre.

—De manera que encuentro a mi contacto vital en el sitio más imposible. Después de todo, puede que Alá no nos haya abandonado.

—¡Al infierno con Alá! —exclamó Azra, asombrando a Kendrick—. Te soltarán por la mañana. No tienes ninguna cicatriz en la garganta. Quedarás libre.

—No estés tan seguro. —Evan volvió a estremecerse y a agarrarse el hombro—. Como bien dijiste, a esa foto mía le siguieron la pista hasta una célula de la *jihad* en Roma, y ahora dudan de lo de la cicatriz. Están investigando en Riyad y Manama, en busca de mi historial dental y médico. Si hemos pasado algo por alto, y lo encuentran, me veré frente a un verdugo israelí. Aunque eso a ti no te preocupa, ni tampoco a mí por el momento, francamente.

—Al menos tu valor hace juego con tu arrogancia.

—Ya te he dicho que escribas poemas en tu tiempo libre. Si eres Azra, el hermano de Yateem, necesitas información. Debes saber lo que vi en Berlín.

—¿Las pruebas de la traición?

—Si no traición, sí una completa estupidez, o de lo contrario una codicia imperdonable, que equivale a una traición. —Evan empezó una vez más a incorporarse, apoyando la espalda en la pared y las manos en el suelo. El terrorista ya no se lo impidió—. ¡Maldito seas, ayúdame! Así no puedo pensar. Tengo que lavar la sangre y aclararme los ojos.

—Muy bien —dijo el llamado Azra, con una expresión que demostraba su gran

curiosidad—. Apóyate en mí —añadió sin entusiasmo.

—Solo quería que me ayudases a levantarme —dijo Kendrick, apartándole el brazo cuando se vio de pie—. Puedo andar solo, gracias. No necesito la ayuda de niños ignorantes.

—Puedes necesitar más de la que estoy dispuesto a ofrecerte…

—Lo olvidé —le interrumpió Evan, yendo torpemente hacia la fila de los cuatro retretes y el lavabo—. ¡El estudiante es a la vez juez y jurado, como la mano derecha de Alá, a quien manda al diablo!

—Entiende esto, hombre de fe —dijo con firmeza Azra—. Mi guerra no es a favor ni en contra de Alá, de Abraham o de Cristo. Es una lucha por sobrevivir y por vivir como un ser humano a pesar de quienes quieren destruirme con sus balas y sus leyes. Hablo en nombre de muchos cuando digo: disfruta tu fe, practícala, pero no me cargues a mí con ello. Ya tengo suficiente con tratar de seguir vivo, aunque solo sea para luchar un día más.

Kendrick se le quedó mirando mientras se acercaban al lavabo.

—Me pregunto si debería estar hablando contigo —dijo, entornando sus ojos hinchados—. Me pregunto si quizá no eres el Azra que me enviaron a buscar.

—Créelo —replicó el terrorista—. En este trabajo se hacen arreglos entre personas de muchas clases con muchos fines diferentes, y todos tomamos unos de otros por motivos egoístas. Juntos podemos hacer más por nuestras causas respectivas que separados.

—Nos comprendemos —dijo Kendrick en tono neutro.

Llegaron al lavabo de metal oxidado. Evan abrió al máximo el único grifo de agua fría y, como hacía mucho ruido, redujo el chorro mientras hundía manos y cara en la corriente. Se mojó la cabeza y el pecho y se echó repetidamente agua en torno a la herida sangrante del hombro. Prolongó el baño al notar la creciente impaciencia de Azra, sabiendo que llegaría el momento. *Los restantes micrófonos están en las cisternas de los retretes*. Y llegó.

—¡Basta! —estalló el terrorista, cogiendo a Kendrick por el hombro sano y haciéndole volverse—. ¡Dame esa información, lo que viste en Berlín! ¡*Ahora*! ¿Cuál es esa prueba de traición… o de estupidez o de codicia? ¿De qué se trata?

—Tiene que haber más de una persona implicada —empezó Evan, tosiendo cada vez más fuerte, con mayor violencia, mientras le temblaba todo el cuerpo—. Las sacan cuando salen… —De repente se echó hacia adelante agarrándose la garganta y fue dando tumbos hasta el primer retrete, a la izquierda del lavabo—. ¡Tengo náuseas! —exclamó, agarrándose al borde de la taza con ambas manos.

—¿Qué es lo que sacan?

—¡Películas! —gritó Evan, dirigiendo la voz hacia la zona en torno al tirador de la cisterna—. ¡Sacan películas de la embajada…! ¡Para venderlas!

—¿Películas? ¿*Fotografías*?

—Dos rollos. ¡Yo los intercepté, los compré! Identidades, métodos…

Ya no pudo oírse nada más en la enorme celda de cemento para terroristas. Brotaron timbres ensordecedores, y los ruidos que señalaban una emergencia retumbaron en las paredes cuando irrumpió un grupo de guardias uniformados, apuntando con sus armas mientras sus miradas buscaban frenéticamente. A los pocos segundos dieron con el objeto de su búsqueda; seis soldados se abalanzaron hacia la fila de retretes.

—¡Nunca! —gritó el prisionero conocido como Amal Bahrudi—. ¡Matadme si queréis, pero no sabréis nada, porque no sois nada!

Los dos primeros guardias se aproximaron, y Kendrick se abalanzó sobre ellos, lanzando su cuerpo contra los sorprendidos soldados, que creían ir a rescatar a un infiltrado al que estaban a punto de matar. Alargó los brazos y estrelló sus puños contra unas caras que eran un poema de confusión.

El culatazo de un tercer soldado en la cabeza de Amal Bahrudi puso un fin compasivo a la escena.

Estaba todo oscuro, pero sabía que se hallaba sobre la mesa de reconocimiento del laboratorio de la cárcel. Notaba las compresas frías en los ojos y las bolsas de hielo sobre diversas partes del cuerpo. Alargó la mano y apartó las gruesas compresas húmedas. Entonces pudo ver las caras que había sobre él, rostros desconcertados, furiosos. ¡No tenía tiempo para ellos!

—¡Faisal! —dijo ahogadamente, hablando en árabe—. ¿Dónde está Faisal, el médico?

—Aquí, junto a su pie izquierdo —respondió en inglés el omaní—. Estoy limpiando una herida un tanto extraña. Me temo que alguien le mordió.

—Recuerdo bien sus dientes —dijo Evan, hablando también inglés—. Eran como los de un pez de dientes de sierra… solo que amarillos.

—Hay muchas carencias en la dieta de esta parte del mundo.

—Déjelo todo, doctor —le interrumpió Kendrick—. Ahora. Tenemos que hablar en seguida.

—Después de lo que hizo ahí dentro dudo que quiera irse, y que yo se lo permita. ¿Está loco? Vienen a salvarle la vida y se lanza contra ellos, le rompe la nariz a uno, le salta un puente a otro…

—Tenía que ser convincente. Dígales que… No, no lo haga, todavía no. Haga que se vayan. Cuénteles lo que quiera, pero tenemos que hablar. Después tiene que ir a ver a Ahmat en mi nombre. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cerca de una hora.

—¡Cristo! ¿Qué hora es?

—Las cuatro y cuarto de la mañana.

—¡De prisa! ¡Por el amor de Dios! ¡Dese prisa!

Faisal despachó a los soldados, los tranquilizó explicándoles que había cosas que

no podía decirles. El último, al salir, hizo una pausa, desenfundó su pistola y se la dio al médico.

—¿Debería estar apuntándole con esto mientras hablamos? —preguntó el omaní cuando se fue el soldado.

—Antes de la puesta del sol —dijo Kendrick, apartando las bolsas de hielo y sentándose. Le dolieron las piernas al bajarlas de la mesa—. Necesito que me apunten algunas armas, pero sin demasiada puntería.

—¿Qué está diciendo? No puede hablar en serio.

—Una fuga. Ahmat tiene que organizar una fuga.

—¿Qué? ¡Está loco!

—Nunca estuve más cuerdo, doctor, ni hablé más en serio.

—Elijan a dos o tres de sus mejores hombres, quiero decir personas de su absoluta confianza, y organicen un traslado…

—¿Un traslado?

Evan sacudió la cabeza y parpadeó, con los ojos todavía hinchados a pesar de las compresas frías. Trataba de encontrar palabras para convencer al asombrado médico.

—Digámoslo de otro modo: alguien ha decidido trasladar a unos cuantos presos a otro sitio.

—¿Quién iba a hacer eso? ¿Y por qué?

—¡Nadie! Usted lo organiza y lo hace, sin explicaciones. ¿Tiene fotos de los encerrados?

—Por supuesto. El sistema de detención es el normal, aunque los nombres no quieren decir nada. Cuando nos lo dan, siempre es falso.

—Déjemelas todas. Yo le diré a quién debe elegir.

—¿Elegir para qué?

—Para el traslado. Los que van a llevarse de aquí.

—¿A dónde? Lo que dice no tiene sentido.

—Es que no me escucha. Por el camino, en un sitio apropiado, una calle apartada o una carretera oscura fuera de la ciudad, desarmaremos a los que nos vigilan y huiremos.

—¿Desarmaremos?

—Yo formo parte del grupo, de la fuga. Voy a volver ahí dentro.

—¡Es una completa locura!

—Todo lo contrario. Ahí dentro hay un hombre que puede llevarme adonde quiero ir, ¡adonde queremos ir! Déjeme las fotos de la policía y llame a Ahmat al número de los tres cincos. Dígale lo que le he dicho; comprenderá. ¡Vaya si comprenderá! ¡Es lo que ese granuja tenía *in mente* desde el principio!

—Pienso que usted también, *ya shaikh ya Amrikani*.

—Es posible. Tal vez solo quiero poder echarle la culpa a otro. No va con mi carácter.

—Entonces algo dentro de usted está impulsándolo, rehaciendo al hombre que fue

un día. Ocurre a veces.

Kendrick miró a los suaves ojos color castaño del médico omaní.

—Sí, ocurre.

De pronto tenía la mente llena de los perfiles de una oscura silueta; la figura de un hombre emergió de las llamas de un infierno en la tierra. Remolinos de humo envolvían a la aparición, mientras a su alrededor caían escombros que ahogaban los gritos de las víctimas. El asesino de mujeres y niños, de amigos muy queridos, de visionarios como él… Su familia, la única que siempre quiso. Todos desaparecidos, todos muertos. La visión se unió al humo de la destrucción y fue desapareciendo en los vapores que se alzaban, hasta que no quedaron más que el frío y la oscuridad. ¡*El Mahdí*!

—Ocurre —repitió suavemente Kendrick, pasándose la mano por la frente—. Deme las fotos y llame a Ahmat. Quiero estar otra vez ahí en seguida, y que me saquen diez minutos después. ¡Por Dios, muévase!

Ahmat, sultán de Omán, todavía con la camiseta de los Patriotas de Nueva Inglaterra, estaba sentado en el sillón de alto respaldo con la luz roja de su teléfono privado brillando allá abajo, en la pata derecha del escritorio. Con el aparato en la oreja, escuchaba intensamente.

—De modo que ocurrió, Faisal —dijo en voz baja—. ¡Gracias a Alá, ocurrió!

—Me dijo que usted lo esperaba —dijo Faisal al otro extremo de la línea.

—«Esperaba» es demasiado fuerte, viejo amigo. Que tenía esperanzas sería más apropiado.

—Os extirpé las amígdalas, gran sultán, y atendí a lo largo de estos años vuestros pequeños males, incluido un gran miedo que pasasteis y que resultó sin fundamento.

Ahmat se echó a reír, más para sí que al teléfono.

—Una semana loca en Los Ángeles, Faisal. ¿Quién sabía lo que podía haber pasado?

—Teníamos un pacto. Nunca se lo dije a vuestro padre.

—Lo que quiere decir que crees que ahora te estoy ocultando algo.

—Se me ocurrió la idea.

—Muy bien, viejo amigo.

De pronto, el sultán alzó la cabeza mientras se abría la puerta de su despacho. Entraron dos mujeres. La primera, obviamente embarazada, era una occidental de New Bedford (Massachusetts), rubia y en bata. Su esposa. Después apareció otra de piel olivácea y pelo oscuro, vestida a la última moda con ropa de calle. La familia la conocía simplemente por Kalila.

—Era de sentido común, mi buen doctor —continuó Ahmat al teléfono—. Tengo ciertas fuentes. Nuestro conocido necesitaba ayuda, y ¿quién mejor para prestársela que el soberano de Omán? Filtramos información a esos animales de la embajada.

Les dijimos que estaban llevando a los presos a alguna parte y sometiéndolos a un interrogatorio brutal. Alguien tenía que ir allí para mantener la disciplina, el orden, y Kendrick lo descubrió. Dad a nuestro norteamericano cuanto necesite, pero retrasad su horario en unos quince o veinte minutos, hasta que lleguen mis dos agentes de policía.

—¿Los Al Kabir? ¿Vuestros primos?

—Con dos policías especiales bastará, amigo mío.

Hubo un breve silencio, el de una voz que buscaba las palabras.

—Son ciertos los rumores, ¿verdad, Ahmat?

—No tengo ni idea de qué quieres decir. Los rumores son habladurías, y ni unos ni otras me interesan.

—Dicen que sois mucho más sabio de lo que corresponde a vuestra edad…

—Pues no saben lo que dicen —le interrumpió el sultán.

—Y él dijo que teníais que serlo para… «gobernar un sitio así». Resulta difícil para alguien que os trató de paperas.

—No insistas, doctor. Limítate a mantenerme informado. —Ahmat alargó la mano hacia el cajón donde guardaba su teléfono privado y marcó una serie de números. A los pocos segundos, habló—: Lo siento; mi familia. Sé que estás durmiendo, pero tengo que molestarte una vez más. Vete a la prisión inmediatamente. Amal Bahrudi quiere huir. Con su pesca.

Colgó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la esposa del joven sultán acercándose rápidamente.

—Por favor —dijo Ahmat, con la vista clavada en el vientre de su ya torpe esposa —. Solo te faltan seis semanas, Bobbie. Anda despacio.

—No exageres —dijo Roberta Aldridge Yamenni, volviendo la cabeza para hablar con Kalila, a quien tenía al lado—. Este marido mío entró hacia el dos mil en la maratón de Boston y quiere aconsejarme cómo andar con un niño.

—Es simiente real, Bobbie —dijo Kalila sonriendo.

—¡Narices real! Los pañales son un gran igualador. Pregunta a mi madre, que tuvo cuatro hijos en seis años… De verdad, cariño, ¿qué ha pasado?

—Nuestro congresista estableció contacto en su encierro. Vamos a fingir una fuga.

—¡Funcionó! —exclamó Kalila acercándose a la mesa.

—La idea fue tuya —dijo Ahmat.

—Por favor, olvídalo. Estoy fuera de lugar aquí.

—Nadie lo está —dijo con firmeza el sultán—. A pesar de las apariencias, a pesar de los riesgos, necesitamos cuanta ayuda podamos conseguir, cuantos consejos podamos recabar. Discúlpame, Kalila; ni siquiera te he saludado. Lo mismo que con mis primos, mis modestos policías, siento hacerte venir a estas horas, pero sabía que querrías estar aquí.

—Por supuesto.

—¿Cómo te las arreglaste? Me refiero a salir del hotel a las cuatro de la madrugada.

—Gracias a Bobbie. Pero he de añadir que ni su buena fama ni la mía han ganado nada con ello.

El sultán se quedó mirando a su mujer.

—Gran Señor —entonó Bobbie, juntando las palmas, inclinando la cabeza y hablando con su acento bostoniano—, esta encantadora dama es una cortesana de El Cairo… ¿Suena bien, verdad? Dadas las circunstancias… —Aquí la real esposa recorrió con las manos su vientre hinchado—. El privilegio del rango tiene sus ventajas. De acuerdo con la gran historia de Radcliffe, según puede atestiguar mi antigua compañera de cuarto, Enrique VIII de Inglaterra lo llamaba «cabalgar en la silla de montar». Ocurría cuando Ana Bolena estaba demasiado indispuesta para complacer al monarca.

—Por favor, Roberta; esto no es *El rey y yo*, ni yo soy Yul Brynner.

—¡Ahora sí, amigo! —Riendo, la mujer de Ahmat miró a Kalila—. Por supuesto, si lo tocas te saco los ojos.

—No temas, querida —dijo Kalila con burlona seriedad—. Después de lo que me has contado…

—Ya está bien, vosotras —cortó Ahmat. Su breve mirada expresó la gratitud que sentía hacia ambas mujeres.

—Tenemos que reírnos de vez en cuando —dijo su esposa—. De lo contrario creo que nos volveríamos locos.

—Medio locos —asintió en voz baja Ahmat, posando su mirada en la mujer de El Cairo—. ¿Cómo está tu hombre de negocios británico?

—Medio borracho. La última vez fue visto en el bar americano del hotel, todavía nombrándome.

—No es lo peor que le pudo ocurrir.

—Desde luego. Evidentemente, soy del mejor postor.

—¿Y qué hay de nuestros superpatriotas, los viejos príncipes comerciantes que me han visto tan pronto huir a Occidente como quedarme aquí? ¿Siguen creyendo que trabajas para ellos?

—Sí. Mi «amigo» me dijo en el mercado de Sabat Aynub que están convencidos de que te viste con Kendrick. Su lógica era tal que tuve que estar de acuerdo con él y convenir en que eras un condenado estúpido que estabas buscándote la peor clase de problemas. Lo siento.

—¿La lógica era esa?

—Saben que un coche de la guarnición recogió al norteamericano a pocas manzanas de su hotel. No podía discutírselo; estuve allí.

—Entonces buscaban precisamente ese coche. Hay vehículos de la guarnición por todo Mascate.

—Te pido disculpas otra vez; fue un movimiento erróneo. Pude habértelo dicho si hubiera sido capaz de hablar contigo. Ya ves que el círculo se había roto; sabían que Kendrick estaba aquí…

—¡Mustafá! —interrumpió furioso el joven sultán—. Siento que haya muerto, pero no el ver cerrada de una vez su bocaza.

—Puede que fuese él y puede que no. El responsable podría ser el propio Washington. Intervino demasiada gente en la llegada de Kendrick. Tengo la impresión de que fue cosa del Departamento de Estado; otros lo hacen mejor.

—¡No sabemos quién es el enemigo, ni dónde buscar! —Ahmat apretó el puño y se llevó los nudillos a los dientes—. Podría ser cualquiera en cualquier parte, delante de nuestros mismos ojos. Maldita sea, ¿qué hacemos?

—Lo que te ha dicho —opinó la mujer de El Cairo—. Déjalo marchar. Ha hecho contacto. Espera a que se ponga en comunicación contigo.

—¿Es todo lo que puedo hacer, esperar?

—No; hay algo más. Dame la ruta de huida y uno de tus coches más rápidos. He traído mi equipo de cortesana, está en una maleta ahí fuera, en el vestíbulo, y mientras me cambio puedes coordinar los detalles con tus primos y con ese médico al que llamas viejo amigo.

—¡Eh, vamos! —protestó Ahmat—. Sé que tú y Bobbie sois amigas desde hace mucho tiempo, pero eso no te da derecho a ordenarme que ponga en peligro tu vida. Ni hablar.

—No se trata de mi vida —dijo fríamente Kalila, fijando sus ojos castaños en Ahmat—. Ni de la tuya, francamente. Estamos hablando de un terrorismo salvaje y de la supervivencia de esta parte de Asia. Puede que no saquemos nada en claro de esta noche, pero mi trabajo consiste en tratar de averiguarlo, y el tuyo en permitírmelo. ¿No es para eso para lo que nos han entrenado?

—Y dale también el número donde puede encontrarte —dijo tranquilamente Roberta Yamenni—. Encontrarnos.

—Vete a cambiarte —musitó el joven sultán de Omán, sacudiendo la cabeza con los ojos cerrados.

—Gracias, Ahmat. Me daré prisa, pero antes debo ver a mi gente. No tengo mucho que decirles, de modo que será rápido.

El borracho calvo vestido con un arrugado traje a rayas de Savile Row salió del ascensor escoltado por dos compatriotas. La gordura y el peso de su embriagada carga era tal que ambos luchaban por sostener su parte del cuerpo.

—¡Una desgracia, eso es lo que es! —dijo el hombre que iba a la izquierda, echando una torpe ojeada a la llave que colgaba de los dedos de su mano derecha, empeñada a la vez, y todavía más torpemente, en sostener al borracho por el sobaco.

—Vamos, Dickie —dijo su compañero—, que todos hemos tomado unos tragos

de más alguna vez.

—¡No en un condenado país que arde en manos de unos bárbaros negros! ¡Podría organizar un jaleo y nos colgarían de una farola! ¿Dónde está esa maldita habitación?

—Pasillo adelante. ¡Cómo pesa el muy cabrón!

—No tiene más que grasa y *whisky*.

—No sé. Parecía un tipo bastante agradable al que había enredado la labia de una fulana. Le pasa a cualquiera estando borracho, bien lo sabes. ¿Te enteraste de para quién trabaja?

—Para una empresa textil de Manchester. Twillingame o Burlingame, algo así.

—No me suena —dijo el que iba a la derecha, arqueando las cejas—. Aquí, dame la llave. Es esa puerta.

—Nos limitaremos a echarlo sobre la cama sin más miramientos.

—¿Crees que ese tipo tendrá el bar abierto para nosotros? Me refiero a que, mientras estamos cumpliendo con nuestros deberes cristianos, el muy cabrito podría cerrarnos las puertas, ya sabes.

—¡Más le vale que no lo haga! —exclamó el llamado Dickie mientras los tres entraban dando bandazos en la habitación a oscuras, donde la luz que llegaba del pasillo dejaba entrever la cama—. Le di veinte libras para que tuviese abierto, aunque solo fuera para nosotros. Si crees que voy a cerrar los ojos ni un segundo hasta que suba mañana a ese avión, estás para que te encierren. A mí no me corta el cuello ningún mono con complejo mesiánico, te lo aseguro. ¡Vamos, levántate!

—Buenas noches, gordo —dijo su compañero—. Y ojalá veas murciélagos negros.

El hombretón del traje a rayas alzó la cabeza de la cama y la volvió hacia la puerta. En el pasillo, las pisadas iban ya alejándose, y con un movimiento nada elegante hizo rodar su masa y se puso de pie. A la escasa claridad de las luces de la calle que entraba por la ventana, se quitó la chaqueta y la colgó cuidadosamente en el armario abierto, alisando las arrugas. Después procedió a deshacer el nudo de su corbata del regimiento y se la quitó. A continuación se desabrochó la sucia camisa, que olía a *whisky*, se la quitó también y la echó a una papelera. Fue al cuarto de baño, abrió los dos grifos y se lavó la parte superior del cuerpo. Satisfecho, cogió una botella de colonia y se salpicó generosamente la piel. Después de secarse, volvió al dormitorio, a la maleta que tenía sobre un soporte para equipajes en un rincón. La abrió, eligió una camisa de seda negra y se la puso. Mientras se la abrochaba y la remetía bajo el cinturón en torno a su grueso estómago, fue hasta una ventana y sacó las cerillas del bolsillo del pantalón. Encendió una, esperó a que se asentase la llama y describió tres semicírculos frente al cristal. Aguardó diez segundos, fue hasta la mesa que había en el centro de la pared de la izquierda y encendió la lámpara. Después abrió el cerrojo automático de la puerta y volvió a la cama, donde sacó meticulosamente las dos

almohadas de debajo de la ropa, las mulló antes de ponerlas de respaldo y se acomodó en ellas. Miró su reloj y esperó.

Los arañazos en la puerta sonaron tres veces, y si uno se fijaba bien procedían de movimientos semicirculares sobre la madera.

—Entra —dijo desde la cama el hombre de la camisa de seda negra.

Un árabe de piel oscura entró vacilante, al parecer por una mezcla de temor y respeto a lo que le rodeaba y a la persona que allí estaba. Sus ropas eran limpias, si no nuevas, y el *ghotra* inmaculado. La suya era una misión privilegiada. Habló en voz baja y reverente.

—Me hizo el santo signo de la media luna, señor, y aquí estoy.

—Muchas gracias —dijo el inglés—. Entra y cierra la puerta, por favor.

—En seguida, *effendi*.

El árabe hizo lo que le decían, pero siguió a la misma distancia.

—¿Me has traído lo que necesitaba?

—Sí, señor. El equipo y la información.

—Primero el equipo, por favor.

—Desde luego. —El árabe buscó debajo de sus ropas y extrajo una gran pistola, cuyo extraño aspecto se debía al cilindro perforado unido al cañón. Era un silenciador. Con la otra mano, el mensajero sacó una cajita gris. Contenía veintisiete cartuchos. Anduvo hasta la cama y tendió la culata del arma—. Está cargada, señor. Nueve balas. Treinta y seis en total.

—Gracias —dijo el obeso inglés, tomando la pistola. El árabe retrocedió obsequiosamente—. Ahora la información, por favor.

—Sí, señor. Pero primero debería decirle que a la mujer la llevaron hace poco a palacio desde su hotel, en la calle de al lado.

—¿Cómo? —Asombrado, el hombre de negocios británico se incorporó de un salto y sus pesadas piernas voltearon y fueron a dar contra el suelo—. ¿Estás seguro?

—Sí, señor. La recogió una limusina real.

—¿Cuándo?

—Hará unos diez o doce minutos. Naturalmente, fui informado al momento. Ahora está allí.

—¿Pero qué hay de los viejos, de los comerciantes? —La voz del gordo era baja y tensa. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por dominarse—. La mujer estableció contacto, ¿no es así?

—Sí, señor —dijo trémulamente el árabe, como temiendo una paliza si su respuesta era negativa—. Tomó café con un importador llamado Hajazzi en el Dakhil, y después, mucho más tarde, se encontró con él en el mercado de Sabat. Estaba tomando fotografías, siguiendo a alguien…

—¿A quién?

—No lo sé, señor. El Sabat estaba atestado y huyó. No pude seguirla.

—¿El palacio…? —susurró roncamente el hombre de negocios mientras se ponía

en pie con lentitud—. Increíble.

—Es cierto, señor. La información es segura o no se la daría a un personaje tan augusto como usted… ¡Le juro, *effendi*, que alabaré a Alá con todo mi corazón en mis plegarias por haber encontrado a un verdadero discípulo del Mahdí!

Los ojos del inglés fueron perezosamente hasta el mensajero.

—Te han dicho eso, ¿verdad? —dijo suavemente.

—Fui bendecido con el regalo de ese saber, distinguido entre mis hermanos para ese privilegio.

—¿Quién más lo sabe?

—¡Nadie más, señor, por mi vida! La suya es una peregrinación sagrada que ha de ser hecha en silencio y sin ser vista. Me iré a la tumba con el secreto de su presencia en Mascate.

—Es una idea espléndida —dijo entre las sombras el hombretón, mientras levantaba la pistola.

Los dos disparos fueron como toses rápidas y ahogadas, pero su potencia no respondía al sonido. Al otro lado de la habitación, el árabe fue lanzado contra la pared y sus ropas impolutas se tiñeron repentinamente de sangre.

El bar americano del hotel estaba oscuro, excepto por el pálido resplandor de los tubos fluorescentes de debajo del mostrador. El dependiente con delantal que lo atendía dormitaba en un rincón de sus dominios, lanzando de vez en cuando una mirada cansina a los dos tipos sentados en un reservado junto a uno de los ventanales, en los que persianas semicerradas bloqueaban parcialmente la vista del exterior. Los ingleses son estúpidos, pensaba el barman. No es que debieran desechar sus temores. ¿Quién vivía sin ellos en estos tiempos de locura, ya fuese un extranjero o un omaní cuerdo? Pero aquellos dos estarían mucho más a salvo de un ataque detrás de las puertas cerradas de sus habitaciones del hotel, sin ser vistos ni oídos. ¿O no?, pensó el barman, reconsiderándolo. Él mismo había dicho a la dirección que se empeñaban en seguir donde estaban, y la dirección, no sabiendo lo que los extranjeros llevaban encima o quién más podía saberlo y andar buscándolos, había apostado tres vigilantes armados en el vestíbulo, junto a la única entrada del bar. A pesar de ello, concluyó el barman, bostezando, listos o tontos, necios o inteligentes, eran de lo más generoso, y eso era lo único que importaba. Eso y la visión de su propia arma, cubierta por una toalla detrás de la barra. Irónicamente, se trataba de una mortífera metralleta israelí que había comprado a un servicial judío en los muelles. Ahora sí que los judíos actuaban con inteligencia. Desde que había empezado aquella locura, estaban armando a medio Mascate.

—¡Mira, Dickie! —susurró el más tolerante de los dos ingleses, separando con la mano dos de las lamas de la persiana bajada que cubría la ventana.

—¿Qué, Jack?

Dickie levantó la cabeza pestañeando; estaba echando una cabezadita.

—¿No es ese de ahí fuera nuestro paisano trompa?

—¿Quién? ¿Dónde? ¡Dios mío, tienes razón!

Fuera, en la calle desierta y mal iluminada, el hombretón —erguido, agitado, caminando por el bordillo mientras miraba rápidamente atrás y adelante— encendió rápidamente varias cerillas, una tras otra. Parecía levantar y bajar las llamas, y lanzaba furioso cada cerilla contra el pavimento antes de encender la siguiente. No habían pasado ni noventa segundos cuando apareció un sedán negro a toda velocidad. Frenó con los faros ya apagados, y Dickie y su compañero vieron asombrados, por entre las lamas de la persiana, cómo el hombre gordo, con una agilidad y una decisión sorprendentes, daba la vuelta en torno al capó del automóvil. Cuando se acercó a la portezuela, saltó fuera un árabe con *ghotra* pero vestido con un traje occidental oscuro. Al momento, el pesado británico empezó a hablar atropelladamente, metiendo el índice en la cara del hombre que tenía enfrente. Por último, señaló hacia las plantas superiores del hotel. El árabe se volvió y echó a correr. Después, claramente visible, el obeso hombre de negocios sacó una gran pistola de su cinturón mientras abría más la puerta del coche y rápidamente, y otra vez enfadado, se dejaba caer dentro.

—Dios mío, ¿has visto eso? —exclamó Dickie.

—Sí. Se ha cambiado de ropa.

—¿De ropa?

—Desde luego. La luz es mala, pero a mí me basta. Ya no lleva ni la camisa blanca ni el traje a rayas. Ahora lleva una camisa oscura, y la chaqueta y los pantalones son de una lana gorda y ordinaria que no va nada con este clima.

—¿De qué estás hablando? —exclamó el sorprendido Dickie—. ¡Me refiero a la pistola!

—Bueno, sí. Tú trabajas en metales y yo en textiles.

—¡Te aseguro que me dejas de una pieza! De repente vemos a un tipo gordo como un tonel, que hace quince minutos estaba tan borracho que tuvimos que llevarlo escaleras arriba, corriendo por ahí tan sereno, dando órdenes y empuñando un arma mientras se introduce en un coche conducido a lo loco, al que obviamente acaba de parar, ¡y lo único que ves es su ropa!

—Bueno, en realidad hay algo más. Vi el arma, por supuesto, y al árabe, y ese coche que parecía conducido por un loco, y lo que me preocupa de todo ello es por qué sus ropas me parecieron tan extrañas. ¿No te das cuenta?

—¡Ni por asomo!

—Quizá «extrañas» no sea la palabra adecuada.

—Prueba a encontrarla, Jack.

—Está bien, lo intentaré. Ese tipo gordo estaría o no borracho, pero era un *dandy* en toda regla: estambre a rayas de primera calidad y ligero como una pluma, una camisa Angelo de East Bond, la mejor corbata de *foulard* que hay en Harrods y zapatos Benedictine, hechos de encargo en Italia. Se ha vestido para matar, pensé

para mí, y está todo a punto para el momento culminante.

—¿Y qué? —preguntó el exasperado Dickie.

—Que en este momento viste una chaqueta y un pantalón de lo más ordinario, que le sientan mal y son demasiado gruesos para este tiempo, y desde luego no llamarían la atención entre la gente, ni son lo más apropiado para una reunión o un desayuno en Ascot. Y ya que estoy en ello, no hay una firma textil en Manchester que no me sea familiar, y ninguna se llama ni Tillingame, ni Burlingame, ni nada remotamente parecido.

—¡No me digas!

—Como lo oyes.

—¡Qué barbaridad!

—También digo que no deberíamos tomar el avión esta mañana.

—¿Por qué?

—Creo que deberíamos ir a nuestra embajada y despertar a alguien.

—¿Que deberíamos…?

—Dickie, supón que de verdad ese tipo se ha vestido para matar.

```
Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda
```

El diario continuó.

```
El último informe es preocupante, y, dado que mis utensilios no han descubierto las claves de acceso a Langley, ni siquiera sé si han sido retenidos los datos. El sujeto ha establecido contacto. La sombra habla de una opción de alto riesgo que era «inevitable» —¡inevitable!—, pero extremadamente peligrosa.
```

¿Qué está haciendo y cómo lo está haciendo? ¿Cuáles son sus métodos y quiénes sus contactos? ¡Necesito detalles! Si sobrevive, me serán imprescindibles, porque son los detalles los que dan credibilidad a una hazaña extraordinaria, y es esa hazaña la que hará que el sujeto se imponga a la conciencia de la nación.

Pero ¿sobrevivirá o será solo otra estadística enterrada en una serie de acontecimientos no revelados? Mis utensilios no pueden decírmelo; solo pueden dar fe de sus posibilidades, lo que no significa nada si está muerto. Entonces todo mi trabajo habrá sido inútil.

8

Los cuatro terroristas presos iban esposados, dos sentados en el lado derecho de la furgoneta policial, que traqueteaba violentamente lanzada a toda velocidad, y los otros dos frente a ellos, a la izquierda. Según lo convenido, Kendrick iba sentado junto al joven fanático a quien el labio leporino impedía gritar todo lo que le pedía el cuerpo, y Azra enfrente, con el brusco asesino de más edad que había desafiado y atacado a Evan, el tipo con aire de sargento-capataz. Junto a la puerta de acero de la furgoneta iba de pie un policía, que, con la mano izquierda agarrada a una de las barras del techo, trataba de mantenerse erguido. Al costado derecho, sujeta al hombro por una correa, llevaba una pistola ametralladora MAC-10. Una sola ráfaga de aquel chisme convertiría a los cuatro presos en cadáveres ensangrentados cosidos a las paredes del vehículo. Pero también, según lo convenido, del cinturón del guardián colgaba un surtido de llaves, las mismas que habían servido para cerrar las esposas de los presos. Había sido todo una carrera contra el tiempo, un tiempo precioso. Los minutos parecían horas y las horas traerían un nuevo día.

—Está loco, lo sabe, ¿no?

—Doctor, no tenemos elección. Ese hombre es Azra, Azul.

—¡Es un error! Azra tiene perilla y el pelo largo; todos lo hemos visto en televisión.

—Se afeitó y se cortó el pelo.

—Dígame, ¿es usted Amal Bahrudi?

—Ahora sí.

—¡No, no lo es! ¡Lo mismo que él Azra! A ese hombre lo trajeron hace cinco horas de un bazar del Waljat. Es un estúpido borracho, un fanfarrón. ¡Su compañero se degolló con el cuchillo de un policía!

—Yo estaba allí, Faisal. Es Azra, el hermano de Zaya Yateem.

—¿Porque él lo dice?

—No; porque he hablado con él, le he escuchado. Su guerra santa no es en favor ni en contra de Alá, de Abraham o de Cristo, sino para sobrevivir en esta vida, en esta tierra.

—¡Qué locura! ¡Todo lo que nos rodea no es más que locura!

—¿Qué dijo Ahmat?

—Que hiciéramos lo que usted dijese; pero debe esperar a que llegue su policía especial. Son dos hombres en los que confía totalmente; creo que esas fueron las instrucciones que usted dio.

—¿Tweedledum y Tweedldee? ¿Los dos tipos de uniforme que me acompañaron desde el bazar hasta Al Kabir?

—Uno conducirá el vehículo de la policía y el otro será su guardián.

—Bien pensado. En realidad estoy representando el guión de Ahmat, ¿no es así?

—Es usted injusto, señor Kendrick.

—Tampoco él juega muy limpio. Aquí están los otros dos prisioneros que quiero que vayan en el traslado, en el furgón, con Azra y conmigo.

—¿Por qué? ¿Quiénes son?

—Uno es un loco capaz de espantar a insultos a su propio pelotón de ejecución, pero el otro… El otro es la sombra de Azra. Hace todo lo que le dice Azul. Llévense a esos dos y no habrá nadie que mantenga la unión en esa cárcel.

—Es usted muy críptico.

—Los demás son manejables, doctor. En realidad, no saben nada, pero hablarán. Sugiero que los vayan sacando de tres en tres, los pongan en celdas más pequeñas y después disparen donde todos lo oigan. Quizá encuentren a unos cuantos fanáticos a los que no les vuelve locos de contento que los ejecuten.

—Está usted mudando de piel, dejando la auténtica, shaikh Kendrick. Va a ir a un mundo del que no sabe nada.

—Aprenderé, doctor. Para eso estoy aquí.

¡La señal! El guardián que iba junto a la puerta del furgón bajó por un instante la mano izquierda, la sacudió para restablecer la circulación e inmediatamente volvió a levantarla para agarrar la barra. Repetiría el gesto antes de un minuto, y entonces sería para Evan el momento de actuar. La coreografía había sido decidida a toda prisa en el laboratorio de la cárcel; el ataque sería rápido y sencillo, y la clave de su éxito la reacción de la policía. Veintidós segundos después, la mano izquierda del guardián volvió a descender, en un gesto de cansancio.

Kendrick saltó del banco, con su cuerpo convertido en un proyectil que fue a dar contra el policía, cuya cabeza se estrelló en la puerta con tal fuerza que su expresión histérica se hizo de pronto pasiva al desplomarse.

—¡Rápido! —ordenó Evan, volviéndose a Azra—. ¡Ayúdame! ¡Cógele las llaves!

El palestino se precipitó hacia adelante, seguido por el sargento-capataz. Juntos, sus manos esposadas quitaron de en medio la MAC-10 y arrancaron las llaves del cinturón del policía.

—¡Voy a matarlo! —chilló el fanático del labio leporino, agarrando el arma y avanzando a trompicones por la oscilante furgoneta, mientras apuntaba a la cabeza del guardia.

—¡Detenlo! —ordenó Azra.

—¡Estúpido! —rugió el sargento-capataz, arrancándole el arma—. ¡El conductor oiría los disparos!

—¡Es nuestro enemigo!

—¡Es nuestro camino para salir de aquí, pobre idiota! —dijo Azra, abriendo las esposas a Kendrick y dándole la llave para que hiciese lo mismo con las suyas. El

congresista por Colorado lo hizo así, y después se volvió hacia las muñecas extendidas del sargento-capataz.

—Me llamo Yosef —dijo el más viejo—. Es un nombre hebreo, porque mi madre lo era, pero no formamos parte de los judíos de Israel… y tú eres un valiente, Amal Bahrudi.

—No me gustan los pelotones de fusilamiento en el desierto —dijo Kendrick, tirando sus esposas al suelo y volviéndose hacia el joven terrorista que había estado a punto de matar al guardián inconsciente—. No sé si soltarte o no.

—¿Por qué? —chilló el muchacho—. ¿Porque quiero matar por nuestra guerra santa, por nuestra noble causa?

—No; porque puedes matarnos y somos más valiosos que tú.

—¡Amal! —exclamó Azra, agarrando del brazo a Evan, tanto para guardar el equilibrio como para llamar su atención—. Estoy de acuerdo en que es un idiota, pero hay circunstancias especiales. Los colonos de Cisjordania volaron la casa de su familia y la tienda de ropa de su padre. El padre murió en la explosión, y la Comisión de Custodia de Israel vendió ambas Propiedades a nuevos colonos, casi de balde. —Azul bajó la voz y habló a Kendrick al oído—. Es un enfermo mental, pero no tiene a nadie más que a nosotros. Yosef y yo lo vigilaremos.

—Suéltalo.

—Sobre tu cabeza, poeta —dijo Evan con brusquedad, friendo las esposas del joven terrorista.

—¿Por qué hablas de una ejecución en el desierto? —preguntó Yosef.

—Porque la carretera por la que vamos es medio de aren ¿no lo notas? —dijo Kendrick, sabiendo de sobra por dónde iban—. Simplemente desapareceremos, quemados o enterrados en el desierto.

—¿Por qué nosotros? —le apremió el terrorista de más edad.

—Lo mío me lo explico mejor que lo vuestro. No saben qué hacer conmigo, de modo que por qué no matarme sin más. Si soy peligroso o influyente, el peligro y la influencia desaparecen conmigo. —Evan hizo una pausa, seguida por gestos de asentimiento—. Ahora que lo pienso —añadió—, eso probablemente explica lo de Yosef y el muchacho; eran los que más chillaban allí dentro, y probablemente identificaron sus voces. Son inconfundibles.

—¿Y yo? —preguntó Azra, mirando fijamente a Kendrick.

—Me parece que puedes contestar sin mi ayuda —replicó Kendrick, devolviendo la mirada al palestino con un cierto desprecio—. Traté de separarme de ti cuando vinieron a por mí junto a los retretes, pero fuiste demasiado lento.

—¿Quieres decir que nos vieron juntos?

—Aprobado por los pelos. No solo juntos, sino apartados de los demás. Fue durante tu conferencia, pez gordo.

—¡El furgón está reduciendo la marcha! —exclamó Yosef cuando el vehículo frenó ligeramente al entrar en una curva descendente.

—Tenemos que salir —dijo Evan—. ¡Ahora! Si baja a un valle, habrá soldados. ¡Rápido! Necesitamos el terreno alto. Nunca conseguiríamos volver a él.

—¡La puerta! —gritó Azra—. Debe de estar cerrada por fuera.

—No tengo la menor idea —mintió Kendrick, siguiendo el guión tal como había sido confeccionado a toda prisa en el laboratorio de la prisión. Habían quitado los remaches y aflojado dos de los paneles—. Nunca he estado preso aquí, pero no importa. Es una chapa de aleación de acero con juntas. Si empujamos los cuatro, podemos hacer saltar una de las secciones. La del centro; es la más débil. —Evan agarró al del labio leporino por el hombro y lo puso a su izquierda—. Está bien, extremista. Piensa que estás derribando el Muro de las Lamentaciones. ¡Todos a una! ¡Ahora!

—¡Espera! —Azra cruzó la furgoneta dando bandazos—. ¡El arma! —Recogió la metralleta y se la colgó al hombro, con el cañón hacia el suelo—. Ya está —dijo, yendo a reunirse con los demás.

—¡Ya! —gritó Kendrick.

Los cuatro presos se estrellaron contra el panel central de la puerta, mientras la furgoneta saltaba sobre las piedras de la curva, colina abajo. La chapa cedió, curvándose por las junturas, y la luz de la luna penetró por las amplias separaciones.

—¡Otra vez! —rugió Yosef, con ojos inflamados.

—¡Recordad! —ordenó el hombre ahora aceptado como Amal Bahrudi—. Si salimos, doblad las rodillas al tocar el suelo. No podemos cargar con heridos.

Volvieron a lanzarse contra el panel medio caído. Los remaches del fondo saltaron, el metal voló a la luz de la luna y las cuatro siluetas saltaron a la carretera sinuosa que conducía a un valle desierto. Dentro del furgón, el policía rodó con la inclinación causada por el descenso del vehículo, la cara cubierta de sudor por el miedo a morir. Se puso de rodillas y golpeó repetidamente en la pared de la cabina. La respuesta fue un solo golpe ahogado. Su misión de esa noche estaba a punto de concluir.

Los fugitivos rodaron también, pero contra el sentido del descenso, al detener bruscamente la gravedad sus movimientos e invertirlos, mientras pugnaban por recuperar el equilibrio. Azra y Yosef fueron los primeros en ponerse en pie, haciendo girar el cuello, sacudiendo la cabeza y tocándose instintivamente los golpes en busca de señales de algo peor. Los siguió Kendrick, con el hombro ardiendo, las piernas presa de un dolor momentáneo y las manos arañadas, pero en conjunto agradecido a las duras marchas mochila al hombro por la montaña y la navegación por los rápidos; le dolía pero no estaba herido. El palestino del labio leporino había sido el peor librado, y gemía sobre la tierra pedregosa cubierta por la yerba del desierto, retorciéndose furioso mientras trataba de ponerse en pie sin conseguirlo. Yosef corrió hacia él, y, mientras Evan y Azra estudiaban el valle que tenían a sus pies, dio su diagnóstico.

—Este chico se ha roto la pierna.

—¡Entonces matadme ahora! —chilló el muchacho—. ¡Yo iré con Alá y vosotros seguiréis luchando!

—Cállate —dijo Azra, empuñando la MAC-10 y yendo con Kendrick hacia el herido—. Tu afán de morir resulta ya aburrido, y a los que vas a matarnos es a nosotros si sigues chillando. Haz tiras de su camisa, átale las manos y los pies y ponlo en la carretera. El furgón volverá a toda prisa en cuanto llegue al campamento de abajo y esos estúpidos se den cuenta de lo que ha pasado. Lo encontrarán.

—¿Me entregas a mis enemigos? —gritó el adolescente.

—¡Tranquilo! —replicó Azra enfadado, echándose al hombro la correa de la metralleta—. Té llevarán a un hospital donde te cuidarán. A los niños solo los matan las bombas y los misiles… con demasiada frecuencia. Pero eso no pasa ni aquí ni allí.

—¡No diré nada!

—No sabes nada —dijo el llamado Azul—. Átalo, Yosef Ponle la pierna lo más cómoda posible. —Se inclinó sobre el muchacho—. Hay mejores modos de luchar que morir sin necesidad. Deja que el enemigo te cure para que puedas seguir peleando. Vuelve con nosotros, mi tozudo luchador por la libertad; te necesitamos… ¡Date prisa, Yosef!

Mientras el terrorista cumplía sus órdenes, Azra y Kendrick volvieron a la carretera, sembrada de piedras. Allá abajo empezaban las blancas arenas, que se extendían sin fin bajo la luna, como un vasto suelo de alabastro que tenía por techo la oscuridad del cielo. A lo lejos, ya dentro de la blanca sábana, había una pequeña y palpitante erupción amarilla. Era una hoguera en el desierto, el lugar de cita que formaba parte de la «fuga». Estaba demasiado lejos para poder ver con claridad las oscuras siluetas, pero debían de ser soldados o policías omaníes, no los ejecutores que los compañeros de Amal Bahrudi imaginaban.

—Conoces mucho mejor el terreno que yo —dijo Evan en inglés—. ¿A qué distancia calculas que estará el campamento?

—A unos diez kilómetros, tal vez doce, no más. Ahí abajo la carretera es recta; estarán allí pronto.

—Entonces vámonos.

Kendrick se volvió y vio cómo Yosef llevaba al adolescente herido a la carretera. Fue hacia ellos.

Sin embargo, Azra no se movió.

—¿Adónde, Amal Bahrudi? —dijo—. ¿Adónde vamos a ir?

Evan volvió bruscamente la cabeza.

—¿Adónde? —repitió en tono despectivo—. Para empezar, lejos de aquí. Pronto amanecerá, y si sé de qué hablo, y lo sé, habrá una docena de helicópteros volando a baja altura en busca nuestra. Podemos desaparecer en la ciudad, no aquí.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Adónde vamos?

Kendrick no podía ver con claridad a la luz de la luna, pero sentía la intensa e interrogante mirada clavada en él. Estaba siendo puesto a prueba.

—Hay que avisar a la embajada. A tu hermana, Yateem, o al que llaman Ahbyahd. Que detengan las fotos y maten a los implicados.

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Avisar a la embajada? ¿Te dijeron eso los tuyos, Amal Bahrudi?

Evan estaba preparado; era la pregunta inevitable.

—Francamente, no estaban seguros de cuál era la vía, y suponían que si alguno de vosotros tenía un poco de cerebro cambiaría a diario. Yo debía haceros llegar una nota dirigida a vuestro consejo de operaciones para que me dejasen entrar… a través de esa vía, dondequiera que estuviese en ese momento.

—Muchas de esas notas podían ser una trampa. ¿Por qué iban a aceptar la tuya?

Kendrick hizo una pausa, y cuando respondió su voz fue baja, tranquila y cargada de sentido.

—Porque estaba firmada por el Mahdí.

Los ojos de Azra se dilataron. Asintió lentamente con la cabeza y levantó la mano.

—¿Quién es?

—El sobre estaba sellado con cera y no debía ser abierto. Era un insulto que me costó aceptar; pero incluso yo sigo las órdenes de quienes pagan, ya sabes a qué me refiero.

—Quienes nos dan el dinero para hacer lo que hacemos…

—Si había una clave de autenticidad, debíais saberla vosotros, los del consejo, no yo.

—Dame la nota.

—¡Idiota! —chilló el congresista por el distrito noveno de Colorado—. ¡Cuando vi que la policía iba a caer sobre mí, la hice pedazos y los sembré por Al Kabir! ¿No hubieses hecho tú lo mismo?

El palestino permaneció inmóvil.

—Sí, desde luego que sí —dijo—. De todos modos, no nos hará falta. Yo haré que entremos en la embajada. La vía, como tú la llamas, está bien organizada, tanto dentro como fuera.

—Tan bien organizada que están sacando las películas en las mismísimas narices de vuestros bien organizados guardianes. Avisa a tu hermana. Cambiadlos a todos, y empezad inmediatamente a buscar la cámara. Cuando la encontréis, matad al propietario y a cualquiera que parezca ser amigo suyo. Matadlos a todos.

—¿Solo por indicios? —protestó Azra—. Nos arriesgamos a desperdiciar vidas inocentes, combatientes valiosos.

—No seamos hipócritas —rio Amal Bahrudi—. No tenemos tales contemplaciones con el enemigo. No estamos matando a «combatientes valiosos», sino a inocentes muy a propósito para hacer que nos escuche el mundo, un mundo ciego y sordo a nuestras luchas, a nuestra misma supervivencia.

—¡Por tu todopoderoso Alá, ahora eres tú el ciego y el sordo! —exclamó Azra—.

Crees a la prensa occidental; no se puede dudar de ella. De los once muertos, cuatro lo estaban ya, incluidas dos de las mujeres, una de ellas por su propia mano, porque la volvió paranoica que la violaran, que la violaran *árabes*. La otra, una mujer mucho más fuerte, parecida al marine que atacó a Nassir, se lanzó contra un estúpido cuya única reacción fue disparar su arma. Los dos hombres eran viejos, estaban enfermos y murieron de fallo cardíaco. Eso no nos absuelve de causar la muerte a inocentes, pero no usamos las armas contra ellos. Todo eso ya lo explicó Zaya y nadie nos creyó. ¡Nunca nos creerán!

—No es que importe, pero ¿qué me dices de los otros? Siete, creo.

—Fueron condenados por nuestro consejo y con toda razón. Eran oficiales de Inteligencia que están montando redes contra nosotros por todo el Golfo y el Mediterráneo; miembro de esas infames Operaciones Consulares, e incluso dos árabes que vendieron sus almas a los sionistas y sus títeres norteamericanos. Merecían la muerte, porque nos hubieran visto morir a todos, pero no antes de que fuésemos deshonrados convertidos en caricaturas del mal, cuando en nosotros no hay mal alguno, solo el deseo de vivir en nuestra propia tierra…

—Ya está bien, poeta —le interrumpió Kendrick, mirando más allá, hacia Yosef y el pequeño terrorista que ansiaba verse en brazos de Alá—. No hay tiempo para tus sermones; tenemos que salir de aquí.

—A la embajada —asintió Azra—. A través de la vía.

Kendrick se volvió hacia el palestino y se acercó lentamente a él.

—A la embajada, sí —dijo—. Pero no por la vía; por las puertas. Allí enviarás el mensaje a tu hermana explicándoselo todo bien. Con esas órdenes, mi trabajo aquí ha terminado; y también el tuyo, al menos durante un par de días.

—¿De qué hablas? —preguntó desconcertado Azul.

—Mis instrucciones son llevar a uno de vosotros a Baréin lo más pronto posible, y ese eres tú. Me capturaron, me escapé y no puedo correr más riesgos. ¡Ahora no!

—¿A Baréin?

—A ver al Mahdí. Solo serán unas horas, pero es urgente. Tiene nuevas órdenes para ti, órdenes que solo confiará a un miembro del consejo. Y tú perteneces a él y estamos los dos fuera, no dentro.

—El aeropuerto está vigilado, patrullado por guardias y perros; nadie puede entrar ni salir sin ser interrogado. No lo conseguiríamos. Y lo mismo ocurre en los muelles. Todos los barcos son detenidos y registrados, aunque sea a cañonazos.

—Nada de eso ha impedido a tu gente ir y venir a través de la «vía». Vi los resultados en Berlín.

—Pero has dicho que es urgente, y la vía supone de veinticuatro a cuarenta y ocho horas.

—¿Por qué tanto?

—Solo viajamos hacia el sur de noche y en uniforme de las guarniciones de la frontera del Yemen. Si nos paran, decimos que estamos patrullando la costa. Después

acudimos a la cita con las lanchas rápidas de altura, suministradas por Baréin, claro.

—Claro. —*Estaba en lo cierto*, pensó Evan. *La costa meridional, hasta Ras al Hadd y aún más allá, hasta el estrecho de Masirah, era territorio abierto, un baldío cruel de playas pedregosas e interiores inhóspitos, paraíso de ladrones y contrabandistas y, sobre todo, de los terroristas. ¿Y qué mejor protección que el uniforme de las guarniciones fronterizas, de aquellos soldados elegidos por su lealtad y sobre todo por su brutalidad, que igualaba e incluso superaba la de los forajidos internacionales a quienes daban cobijo en el Yemen?*—. Eso está muy bien —continuó Amal Bahrudi, en tono profesional—. ¿Dónde, en nombre de Alá, conseguisteis los uniformes? Tengo entendido que no son los corrientes, sino más claros y con otras hombreras, y botas para el desierto y el agua…

—Los mandé hacer —le interrumpió Azra, con la mirada fija en el fondo del valle —. En Baréin, por supuesto. Están todos controlados y bajo llave cuando no se usan… Tienes razón, debemos irnos. Ese furgón llegará al campamento antes de dos minutos. Hablaremos por el camino. ¡Vamos!

Yosef había puesto al joven terrorista herido atravesado en la carretera, y estaba tranquilizándolo y dándole instrucciones firmes, aunque en voz baja. Azra y Kendrick se acercaron y Evan habló:

—Iremos más de prisa por la carretera. Seguiremos por ella hasta que veamos venir los faros. ¡De prisa!

Tras unas últimas palabras de ánimo a su colega caído, los tres fugitivos echaron a correr por la curva hasta el llano que había unos doscientos metros más arriba. El terreno se componía de maleza baja y reseca que crecía sobre una tierra árida en su mayor parte, y de árboles pequeños y retorcidos que medraban a duras penas gracias a la humedad nocturna que llegaba del mar, para ser absorbida por un calor abrasador y sin mezcla de brisa durante el día. En todo lo que alcanzaban a ver sus ojos a la luz de la luna, la carretera era recta.

—Tres o cuatro kilómetros al norte hay más árboles y más altos, mucho más follaje donde ocultarse —dijo Yosef, jadeante.

—¿Conoces esto? —preguntó Kendrick, desagradablemente sorprendido, pues pensaba que solo él sabía dónde estaban.

—No precisamente esta carretera, pero son todas lo mismo. Desde las arenas hacia el Golfo la tierra cambia; está todo más verde y hay pequeñas colinas, hasta que de repente uno se ve en Mascate.

—Yosef formó parte del equipo de exploración que mandaba Ahbyahd —le explicó Azra—. Vinieron aquí cinco días antes de que ocupásemos la embajada.

—Entiendo. Pero también sé que ni toda la Selva Negra podría ayudarnos cuando amanezca, y Omán no es precisamente Schwarzwald. Habrá soldados, policías y helicópteros peinando cada palmo de terreno. El único sitio donde podemos escondernos es Mascate. —Las siguientes palabras de Evan fueron para Azul—. Sin duda tú tienes contactos en la ciudad.

—Bastantes.

—¿Qué quiere decir eso?

—Entre diez y veinte, algunos muy bien situados. Esos llegan y se van en avión, por supuesto.

—Reúnelos en Mascate y llévame hasta ellos. Yo elegiré a uno.

—¿Que *elegirás…*?

—Solo necesitamos a uno, pero debe ser el apropiado. Llevará un mensaje mío y te pondré en Baréin en menos de tres horas.

—¿Al Mahdí?

—Sí.

—Pero tú dijiste, diste a entender, que no sabes quién es.

—Y no lo sé.

—¿Y sin embargo sabes cómo llegar hasta él?

—No —respondió Kendrick, sintiendo de pronto un dolor en el pecho—. Es otro insulto, pero resulta más fácil comprenderlo. Mis operaciones tienen lugar en Europa, no aquí. Simplemente, suponía que tú sabías dónde encontrarlo en Baréin.

—Quizá estaba en la nota que destruíste en Al Kabir; alguna clave…

—¡Siempre hay procedimientos de emergencia! —le interrumpió con rudeza Evan, mientras trataba de dominar su ansiedad.

—Sí, los hay —dijo Azra, pensativo—, pero ninguno que tenga que ver con el Mahdí. Como sin duda sabes, su nombre es algo que solo se dice en voz baja a unos pocos.

—No lo sé. Ya te he dicho que no opero en esta parte del mundo, y precisamente por eso me eligieron.

—Sí, sin duda —asintió Azul—. Estás muy lejos de tu base; eres un mensajero inesperado.

—¡No lo creo! —explotó Kendrick—. Vosotros recibís instrucciones, supongo que a diario, ¿no es así?

—Efectivamente. —Azra lanzó una rápida mirada a Yosef—. Pero, lo mismo que tú, soy solo un mensajero.

—¿Qué?

—Soy miembro del consejo, y joven y fuerte, y no soy mujer; pero tampoco soy un jefe; mi edad no lo permite. Nassir, mi hermana Zaya y Ahbyahd fueron nombrados jefes del consejo. Hasta la muerte de Nassir ellos tres compartían la responsabilidad de la operación. Cuando llegaban instrucciones selladas, yo se las entregaba, pero no rompía los sellos Solo Zaya y Ahbyahd saben cómo llegar al Mahdí; no personalmente, por supuesto, sino mediante una serie de contactos que conducen a él, que le dan el aviso.

—¿Puedes hablar por radio con tu hermana por una frecuencia segura, o usar un teléfono estéril? Ella te daría la información.

—Imposible. El equipo de escuchas del enemigo es demasiado bueno. Nunca

decimos por radio o por teléfono algo que no diríamos en público: una cosa equivale a la otra.

—¡Vuestra gente de Mascate! —dijo enfáticamente Evan, sintiendo las gotas de sudor en la frente—. ¿Podría entrar uno de ellos y traerlo?

—¿Información sobre el Mahdí, por remota que sea? Mi hermana ejecutaría a quien lo intentase.

—¡La necesitamos! Voy a llevarte a Baréin, a él, durante esta noche, y no voy a jugarme nuestras fuentes de financiación en Europa porque se me haga responsable de un fracaso aquí que no es mío.

—Solo hay una solución —dijo Azra—, de la que ya te hablé. Vamos a la embajada, al interior de la embajada.

—¡No hay tiempo para tantas complicaciones! —insistió desesperadamente Kendrick—. Conozco Baréin. Elegiré un sitio y llamaremos a uno de los tuyos aquí para que pase el recado a tu hermana. Ella o Ahbyahd encontrarán el modo de hablar con uno de los contactos del Mahdí. Por supuesto, no pueden mencionar para nada a ninguno de nosotros; que digan que ha surgido una emergencia. ¡Eso es, una emergencia; sabrán lo que significa! Yo designaré el lugar de encuentro. Una calle, una mezquita, una zona de los muelles o de los alrededores del aeropuerto. Alguien vendrá. ¡Tiene que venir!

El joven terrorista guardó silencio una vez más, mientras examinaba el rostro del hombre que creía era su doble en la lejana Europa.

—Una pregunta, Bahrudi —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Te tomarías tantas libertades con tus fuentes financieras de Berlín? ¿Tolerarían Moscú, o los bancos de Sofía, o el dinero invisible de Zagreb, que te comunicases con ellos así por las buenas?

—En una emergencia, lo comprenderían.

—¡Si permitieses una emergencia así, te cortarían el cuello y te reemplazarían!

—Tú cuida de tus fuentes, que yo cuidaré de las mías.

—De las mías voy a ocuparme aquí y ahora. ¡Vamos a la embajada!

Los vientos del golfo de Omán soplaban sobre las entecas Hierbas y los árboles enanos y retorcidos, pero no podían borrar el sonido de la persistente sirena de dos notas que se acercaba desde el valle del desierto. *Era la señal*. ¡Escondeos! Kendrick la esperaba.

—¡Corred! —rugió Yosef, cogiendo a Azra por el hombro y empujándolo carretera adelante—. ¡Corred, hermanos, como no habéis corrido en vuestra vida!

—¡La embajada! —exclamó el hombre a quien llamaban Azul—. ¡Antes de que amanezca!

Para Evan Kendrick, diputado por el distrito noveno de Colorado, la pesadilla que no olvidaría mientras viviera estaba a punto de comenzar.

9

Kalila se quedó boquiabierta. Sus ojos habían sido súbitamente atraídos por el espejo retrovisor. Una mancha de luz, una imagen negra sobre otro negro más oscuro, *algo*. Y de pronto allí estaba. ¡A lo lejos, sobre la colina que dominaba Mascate, un coche iba siguiéndola! No había faros, solo una oscura sombra moviéndose a lo lejos. Estaba tomando una curva de la carretera desierta que conducía al sinuoso descenso hacia el valle, al comienzo de las arenas de Jabal Sham, donde iba a tener lugar la «fuga». Solo había una entrada y una salida al valle del desierto, y la estrategia de Kalila había consistido en dejar el coche fuera de la carretera, escondido, y seguir a pie a Evan Kendrick y sus compañeros de fuga cuando escaparon del furgón. Pero ya era inútil.

¡Dios mío, no pueden capturarme! ¡Matarán a todos los rehenes! ¿Qué he hecho? ¡Sal de aquí!

Kalila dio vuelta al volante y el poderoso vehículo giró en redondo sobre la tierra blanda y arenosa, saltando sobre las rodadas de la primitiva carretera, y cambió de dirección. Apretó el pie hasta el fondo y a los pocos momentos, con los faros de carretera puestos, adelantó al sedán que corría hacia ella. La silueta que iba junto al asombrado conductor trató de agacharse, pero le fue imposible. ¡Y Kalila no pudo creer lo que veía!

Aunque después no tuvo más remedio. En un instante de claridad total, se dio cuenta de que aquello era tan de esperar, tan perfecto, tan inconfundiblemente perfecto… ¡Tony! El torpe, el calamidad de Anthony MacDonald, que tenía el puesto seguro porque la empresa pertenecía a su suegro, pero a quien no obstante enviaron a El Cairo, donde menos daño podía hacer. Un representante sin cartera, sin otra tarea que organizar cenas en las que tanto él como su no menos inepta y aburrida mujer acababan siempre borrachos. Era como si se hubiesen tatuado en la frente un memorándum de la empresa *Prohibida estancia en el Reino Unido excepto para obligatorios funerales de familia. Imprescindible billete de ida y vuelta…*

¡Qué ingenioso! El tipo gordo, descuidado y sin dos dedos de frente, cuyos excesos no podían disimular ni los mejores sastres. Ni la Pimpinela Escarlata hubiese podido igualar su disfraz Porque era un disfraz; Kalila estaba convencida. Al adoptar ella otro, había obligado a todo un maestro a descubrirse.

Trató de pensar, de reconstruir cómo se había burlado de ella, pero los pasos eran borrosos, porque no lo había pensado cuando era el momento. No tenía motivos para dudar de que a Tony MacDonald, un don nadie alcohólico, le aterrase la idea de viajar a Omán solo, sin alguien que conociese el ambiente. Se había quejado varias veces, casi temblando, de que su firma tenía asuntos en Mascate y esperaban que él se ocupase de ellos a pesar de los sucesos que estaban teniendo lugar allí. Ella le había consolado siempre diciéndole que aquello era básicamente un problema norteamericano-israelí, no británico, de manera que nadie iba a hacerle daño. Era

como si él esperase que la enviasen allí; y cuando llegaron las órdenes, Kalila recordó sus temores y le telefoneó, pensando que sería el acompañante perfecto. ¡Y tan perfecto!

¡Dios mío, qué organización debía de tener! Hacía poco más de una hora estaba supuestamente paralizado por el alcohol, haciendo el ridículo en el bar de un hotel, y allí lo tenía a las cinco de la mañana, siguiéndola en un gran sedán con los faros apagados. Era inevitable dar por supuesto que la había sometido a una vigilancia continua y la había seguido tras su salida de palacio, lo que quería decir que sus espías habían descubierto su relación con el sultán de Omán. Pero ¿para quién estaba el inteligente MacDonald haciendo su papel, con una cobertura que le daba acceso a una eficiente red omaní de informadores y conductores de potentes automóviles a cualquier hora del día y de la noche, en un país sitiado donde a cualquier extranjero se le miraba con microscopio? ¿De qué lado estaba? Y si era del otro, ¿cuántos años llevaba el ubicuo Tony MacDonald practicando su juego asesino?

¿Quién estaría tras él? ¿Tendría algo que ver con Evan Kendrick la visita a Omán de aquel inglés contradictorio? Ahmat había hablado con cautela, de un modo abstracto, del objetivo oculto del diputado norteamericano en Mascate, pero solo había dicho que no había que pasar por alto ninguna teoría por inverosímil que pudiese parecer. Solo reveló que el exingeniero de la construcción en el Asia sudoccidental creía que la sangrienta ocupación de la embajada podía tener su origen en un hombre y una conspiración de tipo industrial cuyo nacimiento se había hecho notar hacía cinco años en Arabia Saudí, aunque no hubo pruebas. Era mucho más de lo que a ella le había dicho su propia gente. Sin embargo, un norteamericano inteligente y triunfador no se arriesgaba a Meterse entre terroristas sin estar plenamente convencido de algo. Para Ahmat, sultán de Omán e hincha de los Patriotas de Nueva Inglaterra, eso bastaba.

Aparte de colocarlo allí, Washington no querría saber nada de él, ni movería un dedo para ayudarlo. «¡Pero nosotros podemos hacerlo, yo puedo!», había exclamado Ahmat. Y ahora Anthony MacDonald venía a ser un factor profundamente perturbador dentro de la ecuación terrorista.

A Kalila, su instinto profesional le exigía marcharse, huir pero no podía hacerlo. Algo había ocurrido, alguien había alterado el delicado equilibrio de la violencia pasada y por venir. No llamaría para que un pequeño avión a reacción la recogiese en una pequeña meseta desconocida para llevarla a El Cairo. Todavía no. ¡Ahora no! Había mucho que saber y ¡tan poco tiempo! ¡No podía detenerse!

—¡No pares! —rugió el obeso MacDonald, agarrando el asa de cuero que había encima de su asiento para enderezarse en el sedán—. Andaba en coche por aquí por algún motivo, y desde luego a estas horas no sería por gusto.

—Puede haberlo visto, *effendi*.

—No es probable; pero si me vio, no soy más que un cliente borracho a quien ha embaucado una puta. Sigue adelante y conecta las luces. Puede haber alguien esperándolos y tenemos que saber quién es.

—Quienquiera que sea, puede no ser amigo, señor.

—En cuyo caso yo no soy más que otro infiel borracho a quien la empresa te ha encargado de proteger de su propia conducta. Igual que otras veces, viejo amigo.

—Como desee, *effendi*.

El conductor encendió los faros.

—¿Qué diablos es eso?

—El comienzo del desierto. Acaba en las lejanas montañas que sirven de frontera a los saudíes.

—¿Hay otras carreteras?

—Unos cuantos kilómetros al este, y peores. Muy difíciles.

—Cuando dices que ahí enfrente no hay nada, ¿qué quieres decir exactamente?

—Lo que he dicho, señor. Solo la carretera que va al Jabal Sham.

—Pero esta carretera en la que estamos —le apremió el inglés—, ¿adónde va?

—A ninguna parte, señor. Tuerce a la izquierda y va a dar a la carretera de…

—Ese Jabal como se llame. Entiendo. De modo que no estamos hablando de dos carreteras, sino de una sola que tuerce a la izquierda para ir a dar a tu condenado desierto.

—Sí, señor.

—Una cita… —murmuró el conductor del Mahdí, hablando para sí mismo—. He cambiado de opinión, muchacho —continuó rápidamente—. Apaga esos condenados faros. Hay suficiente luna para que veas.

—¡Desde luego! —replicó satisfecho el chófer mientras apagaba las luces—. Conozco muy bien esta carretera. Conozco muy, pero que muy bien todas las carreteras de Mascate y Matrah, incluso esas horribles que van hacia el este y el sur, pero debo decirle, *effendi*, que no comprendo.

—Es muy sencillo, muchacho. Si nuestra atareada putilla no llega adonde pensaba llegar, alguien vendrá aquí, antes de que amanezca, espero, para lo que ya no falta mucho.

—El cielo está aclarando muy de prisa, señor.

—Muy de prisa.

MacDonald dejó la pistola sobre el salpicadero y sacó del bolsillo unos pequeños gemelos de lentes abultadas. Se los llevó a los ojos y escrutó a través del parabrisas la zona que tenía enfrente.

—Está todavía demasiado oscuro para ver, *effendi*.

—No para estos amigos —le explicó el inglés mientras se acercaban a otra curva a la incierta claridad de la luna—. Con el cielo a oscuras puedo decirte cuántos de esos árboles canijos hay a mil metros de aquí.

Tomaron la cerrada curva, el conductor esforzándose por ver y frenando el gran

sedán. La carretera era ahora recta y plana, y desaparecía a lo lejos en la oscuridad.

—Otros dos kilómetros y estaremos en el descenso hacia el Jabal Sham, señor. Tendré que ir muy despacio porque hay muchas curvas, muchas piedras…

—¡Cristo! —rugió MacDonald atisbando por los gemelos infrarrojos—. ¡Sal de la carretera! ¡Rápido!

—¿Qué, señor?

—¡Haz lo que te digo! ¡Apaga el motor!

—¿Señor?

—¡Apártate! ¡Métete por la hierba lo más lejos que puedas!

El conductor torció hacia la derecha, dando saltos sobre el suelo duro y lleno de rodadas y haciendo girar repentinamente el volante para evitar los pequeños árboles apenas visibles. El sedán se detuvo a unos veinte metros dando un respingo. Se había montado sobre un árbol retorcido que apenas sobresalía del suelo.

—¿Señor…?

—¡Cállate! —susurró el obeso inglés, volviendo a echarse los gemelos al bolsillo y cogiendo su arma del salpicadero. Con la mano libre agarró la manija de la puerta, pero se detuvo—. ¿Se encienden las luces al abrir la puerta? —preguntó.

—Sí, señor. La del techo.

MacDonald estrelló la culata de su pistola contra el cristal de la luz del techo.

—Voy a salir —dijo sin alzar la voz—. Quédate aquí; no te muevas y, por todos los diablos, no vayas a tropezar con el claxon. Si oigo el menor ruido eres hombre muerto, ¿entiendes?

—Con toda claridad, señor. Sin embargo, y para un caso de emergencia, ¿puedo preguntar por qué?

—Hay unos hombres en la carretera, ahí delante, no sé si tres o cuatro. Solo he visto bultos, pero vienen hacia aquí, y corriendo.

El inglés abrió silenciosamente la puerta y se apeó con esfuerzo. Permaneciendo lo más cerca posible del suelo, avanzó rápidamente por la hierba hasta llegar a pocos metros de la carretera. Con su traje oscuro y su camisa de seda negra, se acurrucó junto al tocón de un árbol enano, puso su arma a la derecha del retorcido tronco y volvió a sacar los gemelos de infrarrojos, que enfocó hacia la carretera, en el camino de las siluetas que se acercaban. De repente, allí estaban.

¡*Azul*! Era Azra. ¡Sin la barba, pero inconfundible! El miembro más joven del consejo, el hermano de Zaya Yateem, y el único que, como ella, discurría. Y el que iba a su izquierda… MacDonald no recordaba el nombre, pero había estudiado las fotos como si fuesen su pasaporte a la riqueza —lo que eran sin duda— y sabía que era *él*, un nombre judío, un tipo más maduro. Terrorista durante casi veinte años… ¿Yosef? ¡Sí, Yosef! Entrenado en las fuerzas libias tras escapar de las alturas del Golán. Pero el hombre que iba a la derecha de Azra lo dejó perplejo. Por su aspecto, pensó que debía conocerlo, pero cuando enfocó las lentes infrarrojas sobre la cara que daba saltos al correr vio que era casi tan viejo como Yosef, y las pocas personas de la

embajada que tenían más de treinta años estaban allí sobre todo por una razón que Baréin conocía. El resto eran estúpidos y cabezas calientes, fanáticos fundamentalistas fáciles de manejar. Después MacDonald advirtió lo primero que debiera haber visto: los tres hombres llevaban ropas de preso, eran presos fugados. ¡Nada tenía sentido! ¿Eran esos los hombres a cuyo encuentro corría Kalila, la puta? En tal caso, resultaba todo doblemente incomprensible. Aquella tipeja trabajaba para el enemigo desde El Cairo. La información había sido confirmada en Baréin, ¡era irrefutable! Por eso él la había cultivado, hablándole repetidamente de los intereses que tenía su empresa en Omán, del miedo que le daba ir allí en aquellas circunstancias y lo que agradecería una compañía experta. Ella había mordido el anzuelo, aceptando su oferta hasta el punto de insistir en que no podía dejar El Cairo hasta una fecha y una hora determinadas, lo que significaba un vuelo muy concreto, de los que solo habla uno al día. Él había telefoneado a Baréin y le habían dicho que aceptase. Y que la vigilase, cosa que hizo. No se encontró con nadie; ni siquiera hubo asomos de contacto visual. Pero en el caos del servicio de inmigración de Mascate, tan obsesionado por la seguridad, la había perdido. ¡Maldición! Ella había andado vagando —vagando— por allí, y cuando la encontró estaba sola. ¿Habría hecho contacto con alguien? ¿Habría pasado instrucciones al enemigo? Y en tal caso, ¿tendría eso algo que ver con los presos escapados que ahora subían corriendo por la carretera?

Que había alguna relación parecía seguro, ¡y totalmente fuera de lugar!

Cuando las tres siluetas pasaron frente a él, un sudoroso Anthony MacDonald se incorporó, entre gruñidos. A regañadientes —muy a regañadientes—, y dándose cuenta de cuántos millones podían depender de las horas siguientes, llegó a una conclusión: el repentino enigma que era Kalila tenía que ser resuelto, y las respuestas que tan desesperadamente necesitaba estaban dentro de la embajada. Sin ellas, no solo podían perderse los millones, sino que si aquella mujer era la clave de algún odioso golpe y no conseguía detenerla, era muy posible que Baréin ordenase su ejecución. El Mahdí no soportaba los fracasos.

Tenía que entrar en la embajada y averiguar qué significaba todo aquello.

El Lockheed C-130 Hércules con insignia israelí volaba a treinta y un mil pies por encima del desierto saudí, al este de Al Ubaylah. El plan de vuelo desde Hebrón era puramente evasivo; hacia el sur cruzando el Néguev hasta el golfo de Aqaba y el mar Rojo, y de nuevo al sur, por una ruta equidistante de las costas de Egipto, Sudán y Arabia Saudí. En Hamdana el cambio de rumbo era a norte-noreste, la línea media entre las redes de radar de los aeropuertos de La Meca y Qal Bishah, y después hacia el este en Al Jurmah para penetrar en el desierto de Rub Al Jali, en la Arabia meridional. El avión había repostado en vuelo al salir de Sudán, al oeste de Jidda, sobre el mar Rojo, y lo volvería a hacer en el vuelo de regreso, aunque sin sus cinco

pasajeros.

Estos iban sentados en la bodega de carga, cinco soldados vestidos con ropas de paisano baratas, todos ellos voluntarios de la poco conocida brigada de élite Masada, una fuerza de choque especializada en el rescate, el sabotaje y el asesinato. Ninguno de ellos tenía más de treinta y dos años, y todos hablaban con fluidez hebreo, yiddish, árabe e inglés. Eran soberbios ejemplares físicos, bronceados por el entrenamiento en el desierto, e imbuidos de una disciplina que exigía tomar en una fracción de segundo decisiones basadas en reacciones instantáneas. Tenían todos un alto cociente intelectual y estaban motivados en extremo porque todos habían sufrido lo indecible, en sus personas o en las de sus familiares más cercanos. Aunque capaces de reír, lo eran mucho más de odiar.

Iban sentados, inclinados hacia adelante, en un banco de la parte derecha del avión, tabaleando distraídamente con los dedos en las correas de los paracaídas, que hacía poco les habían sido puestos a la espalda. Hablaban en voz baja. Es decir, hablaban cuatro; uno no. El hombre silencioso era el jefe; iba sentado en cabeza y contemplaba inexpresivamente la mampara opuesta. Andaría ya cerca de los treinta y un sol inclemente había vuelto su cabello y sus cejas pelirrojas de un blanco amarillento. Los ojos eran grandes y de un color castaño oscuro, y los salientes pómulos parecían proteger una afilada nariz semítica sobre unos labios finos y de trazo firme. No era ni el mayor ni el más joven de los cinco, pero *era* su jefe; lo llevaba escrito en la cara, en los ojos.

Su misión en Omán había sido ordenada por las más altas esferas del Ministerio de Defensa israelí. Las probabilidades de éxito eran mínimas, mucho menores que las de fracasar y morir, pero había que intentarlo, porque entre los doscientos treinta y seis rehenes que seguían dentro de la embajada norteamericana en Mascate había un director de operaciones del Mossad, el incomparable servicio de inteligencia de Israel. Si era descubierto, lo trasladarían a alguna de entre la docena de «clínicas» de gobiernos amigos o enemigos, donde productos químicos administrados por vía intravenosa resultarían mucho más eficaces que la tortura. De esa manera podrían trascender mil secretos capaces de poner en peligro al estado de Israel y castrar al Mossad en Oriente Medio. El objetivo: *Sacarlo, si podéis; si no, matadlo*.

El jefe de este equipo de la brigada Masada se llamaba Yaakov. El agente del Mossad retenido como rehén en Mascate era su padre.

—*Adonin* —dijo la voz en hebreo por el altavoz del avión, una voz tranquila y respetuosa que trataba a los pasajeros de «caballeros»—. Estamos iniciando el descenso. Llegaremos al blanco dentro de seis minutos y treinta y cuatro segundos, a menos que encontremos sobre las montañas vientos de proa inesperados que alarguen nuestro tiempo a seis minutos cuarenta y ocho, o incluso cincuenta y cinco segundos; pero ¿quién los cuenta? —Cuatro de los hombres rieron; Yaakov pestañeó, con los ojos todavía fijos en la mampara opuesta. El piloto continuó—. Describiremos un círculo sobre el blanco a ocho mil pies; de modo que si tienen que hacer algún ajuste

mental o físico con respecto a esas sábanas locas que tienen sobre sus aletas dorsales, háganlo ahora. Personalmente, no tengo el menor deseo de salir y dar un paseo a ocho mil pies; claro que no sé leer y escribir… —Yaakov sonrió; los otros rieron más fuerte que antes. La voz volvió a interrumpirlos—. La escotilla será abierta a ocho mil quinientos por nuestro hermano Jonathan Levy, que, como todo portero de Tel Aviv que se estime, espera una generosa propina de cada uno de ustedes por sus servicios. No se aceptan pagarés. La luz roja significará que deben abandonar este lujoso hotel celestial; y siento decirles que, dadas las circunstancias, los botones del aparcamiento de ahí abajo se niegan a devolverles sus automóviles. También ellos saben leer y escribir y han sido considerados mentalmente sanos, al contrario que ciertos turistas de este crucero aerotransportado de quienes no diré el nombre. —Ahora la risa retumbó en las paredes del avión. Yaakov ahogó la suya. El piloto intervino una vez más, con voz más suave y en otro tono—. Que nuestra amada Israel viva por toda la eternidad gracias al valor de sus hijos e hijas. Y que Dios todopoderoso os acompañe, mis queridos amigos. Fuera.

Uno a uno restallaron los paracaídas en el cielo nocturno, encima del desierto, y uno tras otro los cinco comandos de la brigada Masada aterrizaron dentro de un radio de ciento cincuenta metros en torno a una luz ámbar que parecía brotar de la arena. Llevaban cada uno de ellos una radio en miniatura que los mantendría en contacto con los demás en caso de emergencia. Cada uno cavó un hoyo en el lugar de la caída y enterró en él su paracaídas, dejando la pala de hoja ancha junto a la tela y la lona. Después todos convergieron hacia la luz, ahora apagada y reemplazada por la simple linterna que sostenía un hombre llegado de Mascate, un agente del Mossad.

—Dejad que os mire —dijo, iluminándolos sucesivamente—. No está mal. Parecéis rufianes de los muelles.

—Creo que esas fueron tus instrucciones —dijo Yaakov.

—No siempre las siguen. Debéis de ser…

—No tenemos nombre —le interrumpió secamente Yaakov.

—A decir verdad, solo sé el tuyo, lo que me parece comprensible.

—Pues olvídalo.

—¿Cómo debo llamaros?

—Somos colores, solo colores. De derecha a izquierda, Naranja, Gris, Negro y Rojo.

—Encantado de conoceros —dijo el agente, recorriéndolos con la luz de la linterna—. ¿Y tú? —preguntó a Yaakov.

—Yo soy Azul.

—Naturalmente. Por la bandera.

—No —dijo el hijo del rehén de Mascate—. Azul es el color del fuego más caliente; es todo lo que tienes que entender.

—También el del hielo más frío, muchacho, pero no importa. Mi vehículo está unos centenares de metros al norte. Me temo que debo pediros que caminéis, después

de vuestro estimulante paseo por el cielo.

—Ya era hora de que hiciésemos algo agradable —dijo Gris, avanzando un paso —. Odio esos saltos. Puede uno hacerse daño, ¿sabes?

El vehículo era una versión japonesa del Land Rover, sin sus comodidades, y lo suficientemente viejo y rayado para pasar inadvertido en un país donde la velocidad era más bien una abstracción y los choques frecuentes. Sin embargo el viaje de más de una hora hasta Mascate se vio bruscamente interrumpido. Una pequeña luz ámbar destelló repetidamente en la carretera, a pocos kilómetros de la ciudad.

—No contaba con esto —dijo el agente del Mossad a Yaakov, que iba a su lado en el asiento delantero—, y no me gusta. No iba a haber ninguna parada cuando nos acercásemos a Mascate. El sultán tiene patrullas por todas partes. Coge tu arma, muchacho. Nunca se sabe quién puede haberse ido de la lengua.

—¿Quién iba a hacerlo? —preguntó enfadado Yaakov, cuya arma salió instantáneamente de debajo de su chaqueta—. Nadie sabe nada de nosotros. ¡Incluso mi mujer cree que estoy de maniobras en el Néguev!

—Las líneas secretas de comunicación tienen que estar siempre abiertas, Azul, y a veces nuestros enemigos cavan demasiado hondo… Avisa a tus camaradas. Preparaos para disparar.

Así lo hizo Yaakov. Sacaron las armas y cada hombre se situó en una ventanilla. Sin embargo, los preparativos resultaron innecesarios.

—¡Es Ben-Ami! —exclamó el hombre del Mossad deteniendo el vehículo, cuyas cubiertas chirriaron al patinar sobre las grietas de la mal pavimentada carretera—. ¡Abrid la puerta!

Un hombre bajo y delgado en vaqueros, camisa de algodón blanca suelta y el *ghotra* a la cabeza saltó al interior, haciendo a Yaakov apretarse en el asiento.

—Sigue —ordenó—. Despacio. Por aquí no hay patrullas y disponemos de diez minutos al menos antes de que puedan pararnos. ¿Tienes una linterna?

El conductor del Mossad le alargó la suya, y el intruso la cogió y procedió a inspeccionar el cargamento humano que iba a su espalda y el que tenía al lado.

—¡Estupendo! Parecéis escoria de los muelles. Si nos paran, chapurrad vuestro árabe y llenaros la boca con vuestras fornicaciones. ¿Comprendido?

—*Amén* —entonaron tres voces. El cuarto, Naranja, no estaba de acuerdo.

—El Talmud exige que digamos la verdad. Buscadme una *hurí* de grandes pechos y estaré de acuerdo.

—¡Cállate! —le gritó Yaakov, a quien no parecía hacerle gracia.

—¿Qué ha ocurrido para que vengas aquí? —preguntó el agente del Mossad.

—Una locura —respondió el recién llegado—. Uno de los nuestros en Washington llamó una hora después de que salieseis de Hebrón. Su información se refería a un norteamericano, un congresista, nada menos. Está aquí, y entrometiéndose, actuando en secreto. ¿Te imaginas?

—Es increíble. Eso confirma lo que he pensado siempre sobre la incompetencia

de sus servicios de información. Si lo cogen, se convertirán en el hazmerreír del mundo civilizado. No se puede correr ese riesgo.

—Pues lo han corrido. Está aquí.

—¿Dónde?

—No lo sabemos.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —objetó Yaakov—. Un norteamericano, un estúpido. ¿Qué credenciales tiene?

—Lamento decir que considerables —respondió Ben-Ami—. Y vamos a darle cuanta ayuda podamos.

—¿*Cómo*? —se revolvió el joven jefe de la brigada Masada—. ¿Por qué?

—Porque, a pesar de lo que dice mi colega, Washington se da plena cuenta de los riesgos, de lo potencialmente trágico de las consecuencias, y por tanto se ha desentendido de él. Actúa por su cuenta. Si es capturado no podrá apelar a su gobierno, porque no lo reconocerá, no puede hacerlo. Está actuando como un particular.

—Entonces he de repetir la pregunta. Si los norteamericanos no quieren saber nada de él, ¿por qué nosotros sí?

—Porque, para empezar, nunca le hubiesen permitido venir aquí a menos que alguien situado muy arriba pensase que lo que estaba haciendo era muy importante.

—Pero, ¿por qué nosotros? Tenemos que hacer nuestro propio trabajo. Repito, ¿por qué *nosotros*?

—Quizá porque nosotros podemos… y ellos no.

—¡Políticamente eso es desastroso! —enfatizó el conductor—. Washington pone lo que sea en movimiento, y después se larga y nos lo endosa. Una decisión así la habrán tomado los arabistas del Departamento de Estado. Si fracasamos, es decir, si fracasa mientras estamos con él, cuantas ejecuciones tengan lugar serán culpa de los judíos. ¡Una vez más lo habrán hecho los que mataron a Jesús!

—Corrijamos —le interrumpió Ben-Ami—. Washington no nos endosó esto porque en Washington nadie tiene la menor idea de que estemos al tanto, y si hacemos bien nuestro trabajo no nos pondremos en evidencia. Solo le echaremos una mano invisible, si es necesario.

—¡No me has contestado! —se encrespó Yaakov—. Te he preguntado por qué.

—Lo que pasa es que no me escuchas, joven amigo; tienes otras cosas en la cabeza. Dije que quizá hagamos esto porque podemos. Quizá; no tenemos la menor garantía. Hay doscientos treinta y seis seres humanos en ese horrible lugar, sufriendo de un modo que nosotros, como pueblo, conocemos demasiado bien. Entre ellos está tu padre, uno de los hombres más valiosos de Israel. Si ese hombre, ese congresista, tiene aunque solo sea la sombra de una solución, debemos hacer cuanto podamos, aunque no sea más que para saber lo que hay de verdad en ello. Pero antes tenemos que encontrarlo.

—¿Quién es? —preguntó despectivamente el conductor del Mossad—. ¿Tiene

nombre, o también enterraron eso los norteamericanos?

—Se llama Kendrick…

El cacharro en el que iban hizo un extraño, cortando las palabras de Ben-Ami. El hombre del Mossad había reaccionado de tal modo ante el nombre, que estuvo a punto de sacarlos de la carretera.

—¿*Evan* Kendrick? —dijo con ojos de asombro, enderezando el volante.

—Sí.

—¡El grupo Kendrick!

—¿El qué? —preguntó Yaakov, sin quitar ojo de la cara del conductor.

—La empresa que tuvo aquí.

—Su informe nos lo mandan esta noche de Washington —dijo Ben-Ami—. Lo tendremos por la mañana.

—¡No lo necesitáis! —exclamó el agente del Mossad—. Tenemos sobre él una carpeta más gorda que las tablas de Moisés. También tenemos a Emmanuel Weingrass… ¡a quien a menudo preferiríamos no tener!

—Vas demasiado de prisa para mí.

—Ahora no, Ben-Ami. Harían falta varias horas y un montón de vino… ¡Maldito Weingrass; él tiene la culpa de que haya dicho eso!

—¿Te importaría ser más claro, por favor? —Más breve, amigo mío, no necesariamente más claro. Si Kendrick ha vuelto, es que se trae algo entre manos y está aquí para saldar una cuenta de hace cinco años, una explosión que quitó la vida a setenta y tantos hombres, mujeres y niños. Eran su familia. Tendrías que conocerlo para entenderlo.

—¿Tú lo conociste? —preguntó Ben-Ami, echándose hacia adelante—. ¿Lo conoces?

—No mucho, pero sí lo bastante para comprender. Quien lo conocía mejor, como figura paterna, compañero de libaciones, confesor, consejero, genio y amigo, era Emmanuel Weingrass.

—Un tipo que evidentemente no te gusta nada —apostilló Yaakov.

—No lo puedo ver —asintió el funcionario de la Inteligencia israelí—. Pero no por eso deja de ser valioso. Ojalá no lo fuese, pero lo es.

—¿Para el Mossad? —preguntó Ben-Ami.

Fue como si el agente que iba al volante se sintiese de pronto totalmente avergonzado. Bajó la voz para contestar.

—Lo hemos utilizado en París —dijo, tragando saliva—. Se mueve en círculos extraños. Tiene contactos con marginados. En realidad, debo admitirlo, ha sido bastante eficaz. A través de él dimos con los terroristas que volaron el restaurante *kosher* de la rué du Bac. Lo hubiésemos resuelto nosotros, pero algún maldito imbécil lo tuvo al tanto del asunto. ¡El muy estúpido! Y he de decir en su favor —añadió a regañadientes, agarrando con fuerza el volante— que nos llamó a Tel-Aviv con información que abortó otros cinco incidentes de esa naturaleza.

—Salvó muchas vidas —dijo Yaakov—. Vidas judías. ¿Y aun así te cae mal?

—¡Tú no lo conoces! Nadie presta mucha atención a un *bon vivant* de setenta y ocho años, un *boulevardier* que se pavonea por el Montaigne con una, cuando no dos, «modelos» parisinas a las que ha equipado en el Saint-Honoré con los fondos que recibió del grupo Kendrick.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Ben-Ami.

—¡Nos pasa la factura de sus cenas en La Tour d'Argent! ¡Tres mil, cuatro mil *shekels*! ¿Y cómo vamos a negarnos? Fue testigo de un suceso particularmente violento del que nos ocupamos, y que de vez en cuando nos lo recuerda si se atrasan los pagos.

—Yo diría que tiene derecho. Es un agente del Mossad en un país extranjero y debe mantener su disfraz.

—Nos tiene cogidos por los mismísimos testículos —susurró para sí el conductor —. Y todavía falta lo peor.

—¿Perdón? —dijo Yaakov.

—Si alguien puede encontrar a Evan Kendrick en Omán es Emmanuel Weingrass. Cuando lleguemos a Mascate, a nuestra sede, haré una llamada a París. ¡Maldita sea!

—*Je regrette* —dijo la telefonista de la centralita del hotel Pont Royal de París—. Monsieur Weingrass está fuera por unos días. Pero ha dejado un número de teléfono de Montecarlo…

—*Je suis désolée* —dijo la telefonista de L'Hermitage de Montecarlo—. Monsieur Weingrass no está en su *suite*. Esta noche iba a cenar en el Hotel de París, frente al casino.

—¿Tiene el número, por favor?

—Por supuesto —dijo la entusiasta empleada—. Monsieur Weingrass es una persona encantadora. Esta noche nos trajo flores a todas. ¡Ha llenado la oficina! Qué estupenda persona. El número es…

—Désolé —entonó el telefonista del Hotel de Paris con untuosa cortesía—. El comedor está cerrado, pero el muy generoso monsieur Weingrass nos informó de que estaría en la mesa once del casino durante al menos las próximas dos horas. Si alguien le llama, sugirió que telefonease a Armand al casino. El número es…

—*Je suis tres désolé* —gorgoteó Armand, oscuro factótum del Casino de Paris de Montecarlo—. El delicioso monsieur Weingrass y su encantadora acompañante no tuvieron suerte en nuestra ruleta esta noche, de modo que decidió ir al salón de juego del Loew, abajo, en la costa; un establecimiento inferior, por supuesto, pero con *croupiers* competentes; los franceses, naturalmente, no los italianos. Pregunte por Luigi; es un cretense que apenas sabe leer, pero él le encontrará a monsieur

Weingrass. Dele recuerdos míos. Dígale que lo espero aquí mañana; ya verá cómo cambia su suerte. El número es…

—¡*Naturalmente*! —rugió el desconocido Luigi con aire triunfal—. ¡El mejor amigo que he tenido nunca! El *signor* Weingrass, mi hermano hebreo que habla la lengua de Como y el lago de Garda como un nativo, no la de la bota ni siquiera el *napoletano*, esos bárbaros, ¿comprende? ¡Lo tengo enfrente!

—¿Quiere rogarle por favor que se ponga al teléfono?

—Está muy ocupado, *signore*. Su dama está ganando un montón de dinero. No trae buena fortuna entrometerse.

—¡Dígale a ese bastardo que venga ahora mismo o le van a hervir sus huevos hebreos en leche de cabra árabe!

—*Che cosa?*

—¡Haga lo que le digo! ¡Dígale que el nombre es Mossad!

—*Pazzo!* —dijo Luigi a nadie, dejando el teléfono sobre su atril—. *Instabile!* —añadió, avanzando cautelosamente hacia la algarabía de la mesa de dados.

Emmanuel Weingrass, con su mostacho perfectamente atusado bajo la nariz aquilina, que hablaba de un pasado aristocrático, y su pelo blanco y bien cuidado, ondulado en torno a una cabeza escultórica, estaba tranquilamente de pie entre el rebullir de los cuerpos de los frenéticos jugadores. Embutido en una chaqueta amarillo canario y con una corbata de lazo a cuadros rojos, observaba la mesa, más interesado en los clientes que en el juego y dándose cuenta de que de vez en cuando un jugador ocioso o alguien de la excitada multitud de curiosos se le quedaba mirando fijamente. Lo comprendía, como comprendía la mayor parte de las cosas que ocurrían a su alrededor, de las que aprobaba algunas y desaprobaba muchas más. Miraban su rostro, algo más terso de lo que parecía normal, la cara de un viejo que no había perdido sus rasgos infantiles, todavía joven a pesar de los años y con ayuda de un atuendo a la moda, aunque algo extravagante. Quienes lo conocían veían también otras cosas. Veían que sus ojos eran verdes y vivaces, incluso en reposo; los ojos de un nómada, tanto en lo intelectual como en lo geográfico, nunca satisfecho, nunca en paz, siempre vagando por los paisajes que quería explorar o crear. A la primera ojeada, uno sabía que se trataba de un excéntrico, pero no el alcance de esa excentricidad. Era un artista y un hombre de negocios, animal y babélico. Sobre todo, era él mismo, y en su favor había que decir que había aceptado su genio arquitectónico como parte del juego infinitamente descabellado de la vida, un juego que pronto terminaría para él contra su voluntad, esperaba que mientras estuviese dormido. Pero había cosas que vivir, que experimentar mientras seguía vivo. Cercano ya a los ochenta, según su personalísimo cálculo, tenía que ser realista, por mucho que eso lo aburriese y asustase. Miró a la muchacha llamativamente voluptuosa que estaba junto a él en la mesa, tan vibrante, tan vacía. Se la llevaría a la cama; quizá le acariciase los pechos… y a dormir. *Mea culpa*.

—*Signore*? —susurró el italiano de esmoquin al oído de Weingrass—. Le llaman

al teléfono; es alguien por quien jamás podría yo sentir el menor respeto.

—Es extraño eso que dices, Luigi.

—Le ha insultado, mi querido amigo y muy considerado huésped. Si quiere, lo despacho en el lenguaje que se merece.

—No todos me quieren tanto como tú, Luigi. ¿Qué ha dicho?

—Lo que ha dicho no puedo repetirlo delante de ese zafio *croupier* francés.

—Eres muy leal, amigo mío. ¿Te dijo su nombre?

—Sí, un tal *signor* Mossad. ¡Y le aseguro que está loco *pazzo*!

—La mayoría de ellos lo están —dijo Weingrass mientras se apresuraba a acudir al teléfono.

10

El amanecer era una amenaza cada vez más cercana. Azra miró al cielo, maldiciéndose —e incluyendo en sus maldiciones al tosco Yosef— por haber hecho un giro equivocado en la torre Kabritta, perdiendo así unos minutos preciosos. Los tres fugitivos habían cortado sus pantalones carcelarios muy por encima de los tobillos, a media pantorrilla, y se habían arrancado las mangas. Sin luz solar, podían pasar por trabajadores llegados del Líbano o de los suburbios de Abu Dhabi que gastaban sus riales en la única diversión accesible para ellos: las putas y el *whisky* conseguibles en el Shari el Mishkwiyis, aquella especie de isla en la ciudad.

Estaban en la entrada de empleados del hospital Waljat, a menos de doscientos metros de las puertas de la embajada norteamericana. A la derecha había una calle estrecha perpendicular a la ancha vía y a la vuelta de la esquina una fila de tiendas, ocultas detrás de sus persianas metálicas. Los negocios estaban en suspenso mientras durase aquella locura. A lo lejos, tras las puertas de la embajada, escuadras andrajosas de jóvenes aletargados daban vueltas lentamente, con los brazos y los hombros caídos bajo el peso de sus armas, haciendo lo que les habían ordenado hacer por su *jihad*, su guerra santa. Pero ese letargo se desvanecería con los primeros rayos de sol, y una energía maniática brotaría con la primera oleada de curiosos, y sobre todo con la presencia de los equipos de la radio y la televisión. Los coléricos chiquillos estaban a punto de salir a escena.

Azra estudió la gran plaza que había enfrente de las puertas. En el lado norte se alzaban tres edificios de oficinas blancos, de dos plantas, muy cerca uno de otro. Las ventanas encortinadas estaban a oscuras, no había ni rastro de luz en parte alguna, lo que por lo demás carecía de importancia. Si había alguien dentro vigilando, estaría demasiado lejos de las puertas para oír lo que él iba a decir en voz baja a través de la verja, y la luz era todavía demasiado tenue para que pudiesen identificarlo… si es que la noticia de su fuga había llegado al puesto. Incluso en este caso, el enemigo no iba a improvisar un ataque basándose en vagas posibilidades; las consecuencias podían ser demasiado graves. En realidad la plaza estaba desierta, salvo por una hilera de mendigos harapientos, en cuclillas frente a las paredes de piedra arenisca de la embajada, con el platillo para las limosnas ante ellos, y algunos rodeados de sus propios excrementos. Los más asquerosos de esos parias no eran agentes del sultán o de gobiernos extranjeros, pero otros sí podían serlo. Se fijó, uno por uno, en estos últimos, espiando posibles movimientos repentinos, bruscos, que traicionasen a alguien no acostumbrado a estar inmóvil, en cuclillas. Solo alguien cuyos músculos estaban entrenados para soportar el interminable esfuerzo de la clásica postura del mendigo podía permanecer en ella hora tras hora. Ninguno se movió, nadie intentó estirar una pierna. No era una prueba, pero tampoco podía pedir más. Azra chascó los dedos hacia Yosef, y sacando la MAC-10 de debajo de la camisa se la tendió al viejo terrorista.

—Me voy a acercar —dijo en árabe—. Cúbreme. Si alguno de esos mendigos hace algo raro, espero que estés atento.

—Adelante. Saldré detrás de ti e iré por la derecha, de portal en portal. Tiro como nadie, de modo que si alguno de esos pobres se porta como si no lo fuese, ¡adiós pobre!

—No te precipites. No vayas a equivocarte y disparar cuando no debas. Tengo que hablar con uno de esos imbéciles de ahí dentro. Iré dando traspiés, como quien tiene una mala mañana. —El joven palestino se volvió a Kendrick, que estaba acurrucado entre el espeso follaje que había junto a la pared del hospital—. Tú, Bahrudi —susurró en inglés—. Cuando Yosef llegue al primero de aquellos edificios, sal despacio y síguelo; pero, por favor, ¡no llames la atención! Párate de vez en cuando a rascarte, escupe con frecuencia y recuerda que tu aspecto no es precisamente el de un tipo apuesto.

—¡Qué me vas a decir! —Evan mintió enfáticamente, impresionado por lo que estaba aprendiendo acerca de los terroristas—. ¿Crees que no he utilizado esos métodos mil veces más que tú?

—No sé qué pensar. Solo sé que no me gustó cómo pasaste frente a la mezquita de Zawawi, con todos los mullahs y los almuédanos allí reunidos… Quizá seas mejor en las refinadas capitales europeas.

—Te aseguro que sé lo que hago —dijo con voz helada Kendrick, sabiendo que debía atenerse a la versión árabe de la fuerza, que iba unida a la fría contención. Sin embargo, su actuación se desinfló muy pronto al ver sonreír al joven terrorista. Era una verdadera sonrisa, la primera que había visto en quien se hacía llamar Azul.

—Estoy seguro —dijo Azra—. Estoy aquí en vez de ser un cadáver en el desierto, y te lo agradezco, Amal Bahrudi. Ahora, no me pierdas de vista. Vete a donde te he dicho.

Girando bruscamente, Azul se levantó y cruzó vacilante el corto trecho de césped del hospital hasta la amplia vía que conducía a la plaza propiamente dicha. A los pocos segundos Yosef salió corriendo, noventa grados a la derecha de su superior, y cruzó la calleja a unos metros de la esquina, arrimado al costado del edificio para ampararse en su sombra. Cuando la solitaria figura de Azra estuvo a la vista, camino de las puertas de la embajada, Yosef volvió la esquina. Lo último que vio Evan fue la mortífera metralleta MAC-10, que mantenía en su mano izquierda caída el brusco sargento-capataz. Kendrick sabía que era el momento de ponerse en movimiento, y de pronto una parte de él deseó estar de vuelta en Colorado, al sudoeste de Telluride, al pie de las montañas y en paz temporal con el mundo. Después volvieron las imágenes, que llenaron su pantalla interior: *truenos*. Una serie de explosiones ensordecedoras. *Humo*. Paredes derrumbándose por todas partes entre los gritos de niños aterrorizados. *¡Niños!* Y mujeres, jóvenes madres, lanzando gritos de horror y de protesta mientras toneladas de escombros caían en cascada sobre ellas. Y hombres inermes —amigos, maridos, padres— rugiendo desafiantes contra aquel infierno que

sabían iba a ser su tumba… ¡El Mahdí!

Evan se incorporó, respiró hondo y salió hacia la plaza. Llegó a la acera del lado norte, frente a las tiendas cerradas, con los hombros caídos. Con frecuencia hacía una pausa para rascarse y escupir.

—La mujer tenía razón —susurró el árabe de piel oscura y atuendo occidental que espiaba a través de la lama suelta de la persiana de una tienda cerrada con tablas que hacía solo veintidós días era un atractivo establecimiento dedicado a vender café de cardamomo, pasteles y fruta—. El cerdo más viejo estaba tan cerca que pude haberlo tocado al pasar. Te aseguro que ni respiré.

—¡Chist! —le previno el hombre que estaba a su lado, vestido de árabe de pies a cabeza—. Aquí viene. El norteamericano. Lo traiciona su estatura.

—Otros lo traicionarán también. No sobrevivirá.

—¿Quiénes?

—Eso no es cosa nuestra. Lo único que importa es que arriesga la vida por nosotros. Escuchemos a la mujer; las órdenes son esas.

Fuera, la figura encorvada pasó junto a la tienda, deteniéndose a rascarse la ingle mientras escupía en el bordillo. Más allá, al otro lado de la plaza, otra figura, borrosa por la escasa luz, se acercaba a las puertas de la embajada.

—Fue la mujer —continuó el árabe vestido de occidental, todavía atibando por entre las tablas —quien nos dijo que los buscásemos en los muelles, vigilando los pequeños barcos, y en las carreteras del norte y el sur, e incluso aquí, donde menos se les esperaba. Bien; habla con ella y dile que lo inesperado ha ocurrido. Después llama a los otros, los del Kalbah y Bustafi Wadis, y diles que ya no necesitan seguir vigilando.

—Por supuesto —dijo el que iba vestido de árabe yendo hacia la trasera del desierto y oscuro café, lleno de sillas encaramadas fantasmalmente sobre las mesas, como si la dirección esperase a clientes de otro mundo que desdeñasen el suelo. Se detuvo y se volvió bruscamente hacia su colega—. ¿Y después qué hacemos?

—La mujer te lo dirá. ¡Date prisa! El cerdo que está junto a las puertas está haciendo señas a alguien de dentro. ¡Ahí es adonde van! ¡A dentro!

Azra se agarró a las verjas y miró al cielo. Hacia el este, la luz se hacía cada vez más intensa. Pronto el gris de la plaza sería reemplazado por el sol cegador de Mascate. Ocurriría en cualquier momento, como todos los amaneceres, verdaderas explosiones de una luz que de repente era total, que lo envolvía todo. *¡De prisa! ¡Prestadme atención, idiotas, perros callejeros! El enemigo está en todas partes, vigilando, escudriñando, esperando el momento de abalanzarse, y yo soy ahora una presa de un valor extraordinario. ¡Uno de nosotros debe llegar a Baréin, llegar hasta el Mahdí!*

Por el amor de vuestro maldito Alá, ¿quiere venir alguien? ¡No puedo hablar más alto!

¡Y vino alguien! Un jovenzuelo con un sucio uniforme de campaña se alejó vacilante de su escuadra de cinco hombres, atraído por la visión de alguien extraño en la parte izquierda de la enorme doble puerta cerrada con cadenas. Mientras se acercaba, apresuró el paso, y su expresión fue cambiando de la curiosidad al asombro.

—¡Azra! —exclamó—. ¿Eres tú?

—¡Habla bajo! —susurró Azul, mientras le saludaba pasando ambas manos por entre los barrotes. El adolescente era uno entre las docenas de reclutas a quienes habían instruido en el uso de las armas de repetición, y, si no recordaba mal, no precisamente de sus alumnos más destacados.

—¡Decían que habías ido a una misión secreta, una misión tan santa que debíamos dar gracias al todopoderoso Alá por tu entereza!

—Fui capturado…

—¡Alá sea alabado!

—¿Por qué?

—¡Porque has matado a esos infieles! De lo contrario, estarlas en los benditos brazos de Alá.

—Me escapé.

—¿Sin matarlos? —preguntó con voz triste el jovenzuelo.

—¡Están todos muertos! —replicó Azul en un tono exasperado que no admitía réplica—. Y ahora escucha…

—¡Alá sea alabado!

—Alá guarda silencio… ¡Estate tú callado y escucha! Tengo que entrar, en seguida. Vete a ver a Yateem o Abyahd; corre como si tu vida dependiese de ello.

—¡Mi vida no tiene importancia!

—¡La mía sí, maldita sea! Consigue que alguien venga a con instrucciones. ¡Corre!

La espera provocó un golpeteo en el pecho y en las sienes de Azul mientras observaba el cielo. Veía por el este la luz a punto de inflamar aquella parte infinitesimal de la tierra sabiendo que cuando lo hiciese, él estaría acabado, muerto no podría seguir luchando contra los bastardos que habían robado su vida, borrado su niñez a fuerza de sangre; que a Zaya a él les habían arrebatado a sus padres con una ráfaga de disparos respaldados por los asesinos israelíes.

Lo recordaba todo tan claro, tan penosamente. Su padre un hombre bueno e inteligente que había sido estudiante de medicina en Tel Aviv hasta que, cuando estaba en tercero, las autoridades decidieron que le convenía más ser farmacéutico a fin de hacer sitio en la facultad para un judío inmigrante. Era la costumbre. Los israelíes querían eliminar a los árabes de las profesiones más prestigiosas. A pesar de ello, con el correr de los años su padre se convirtió en el único médico de su aldea de

Cisjordania. Los médicos visitantes del gobierno que venían de Be'er Sheva eran incompetentes que se habían visto obligados a ganarse sus shekels en las pequeñas ciudades y el medio rural. Uno de esos médicos se quejó, y fue como si sus palabras estuviesen estampadas en el Muro de las Lamentaciones. La farmacia fue cerrada.

—¿Cuándo van a dejarnos vivir tranquilos? —había gritado él buen hombre.

La respuesta llegó para una hija llamada Zaya y un hijo que llegaría a ser Azra el terrorista. La Comisión de Asuntos Árabes israelí de Cisjordania volvió a pronunciarse. Su padre era un revolucionario. Se ordenó a la familia abandonar el pueblo.

Marcharon al norte, hacia el Líbano, a cualquier sitio donde los aceptasen, y en medio de su éxodo se detuvieron en un campo de refugiados llamado Shatila.

Mientras el hermano y la hermana observaban escondidos detrás de la vieja pared de piedra de un huerto, vieron cómo mataban a su padre y a su madre, como a tantos otros, abatidos sus cuerpos por descargas que los clavaron al suelo, mientras echaban sangre por los ojos y la boca. Allá en las alturas el súbito tronar de la artillería israelí fue para los oídos de los niños la celebración de un impío triunfo. A alguien había encantado la operación.

Así nacieron Zaya Yateem, transformada de encantadora niña en fría estratega, y su hermano, conocido en el mundo como Azra, el más reciente príncipe heredero de los terroristas.

Los recuerdos se detuvieron al ver a un hombre que corría tras las puertas de la embajada.

—¡Azul! —gritó Ahbyahd, con las hebras blancas de su pelo visibles a la luz creciente y su voz en un susurro áspero y asombrado mientras atravesaba a la carrera el patio—. En el nombre de Alá, ¿qué ha ocurrido? Tu hermana está fuera de si, pero comprende que no puede salir de mujer y a estas horas, y mucho menos estando tú aquí. Hay ojos por todas partes. ¿Qué te pasó?

—Te lo diré cuando estemos dentro. Ahora no hay tiempo. ¡Date prisa!

—¿Estemos?

—Yosef, yo y un hombre llamado Bahrudi… ¡Viene de parte del Mahdí! ¡Abre! ¡De prisa! Ya casi ha amanecido. ¿Adónde vamos?

—¡Dios todopoderoso… el Mahdí!

—¡Por favor, Ahbyahd!

—La pared del este, a unos cuarenta metros de la esquina sur. Hay una antigua tubería del alcantarillado…

—¡La conozco! Estuvimos trabajando en ella. ¿Está libre ahora?

—Hay que agacharse mucho y subir despacio; pero, sí, está despejada. Hay una abertura…

—Debajo de las tres grandes piedras que hay en el agua, lo sé. Ten a alguien allí.

¡Esto es una carrera contra la luz!

El terrorista llamado Azul se apartó de las puertas encadenadas y, con creciente velocidad, abandonando poco a poco su postura anterior, rodeó rápidamente el borde sur de la pared. Se detuvo apretando la espalda contra la piedra y recorriendo con la vista la fila de tiendas cerradas. Yosef se asomó en un portal protegido por tablas; había estado vigilando a Azra y quería que su joven jefe lo supiese. El viejo silbó y a los pocos segundos apareció «Amal Bahrudi», saliendo de un estrecho callejón entre las casas. Sin abandonar las sombras, corrió por la acera, yendo a reunirse con Yosef en el portal. Azra señaló hacia su izquierda, indicándoles frente a él una calle apenas pavimentada que corría paralela a la pared de la embajada. Estaba más allá del tramo de tiendas de la plaza, y enfrente solo había un solar con escombros y hierbajos. A lo lejos, hacia el encendido horizonte, se extendía la costa pedregosa del golfo de Omán. Uno tras otro, los fugitivos corrieron calle abajo con sus trajes rotos de la prisión y sus duras sandalias de cuero, hasta llegar, más allá de los muros de la embajada, a la súbita claridad del sol. Con Azra en cabeza alcanzaron un pequeño promontorio por encima de donde rompían las olas. El nuevo príncipe heredero de los asesinos del mundo comenzó a bajar ágilmente por los enormes peñascos deteniéndose de vez en cuando para hacer una seña a los que le seguían, señalándoles las zonas de verde musgo marino donde uno podía matarse si resbalaba y caía sobre las dentadas rocas de abajo. En menos de un minuto llegaron a una extraña hendidura en el fondo del acantilado, donde las enormes rocas llegaban hasta el agua. Había tres grandes piedras que formaban un extraño triángulo, en la base del cual se veía una abertura en forma de cueva de apenas un metro de ancho y continuaba batida por las rompientes.

—¡Ahí está! —exclamó Azra, jubiloso y aliviado—. Sabía que la encontraría.

—¿Qué es? —gritó Kendrick, tratando de hacerse oír sobre el estruendo de las olas.

—Una vieja alcantarilla construida hace cientos de años; un retrete colectivo limpiado continuamente con el agua del mar que subían los esclavos.

—¿Perforaron la roca?

—No. Marcaron la zona y colocaron las rocas de encima; la naturaleza hizo el resto. Es una especie de acueducto a la inversa. La subida es muy pendiente; pero, como alguien tenía que hacerlo, hay apoyos para los pies, pies de esclavos, como nuestros pies palestinos.

—¿Cómo entramos ahí?

—Caminando por el agua. Si el profeta Jesús pudo andar sobre ella, lo menos que podemos hacer nosotros es andar entre ella. Vamos. ¡A la embajada!

Sudando a mares, Anthony MacDonald subió la escalera del muelle, al costado del viejo almacén. El crujido de los escalones bajo su peso se mezclaba con los ruidos de madera y cuerda procedentes de los espigones, donde cascos y drizas chirriantes

arañaban las gradas a lo largo de los muelles. Los primeros rayos amarillentos del sol brillaban sobre las aguas del puerto, rotos por los esquifes y las viejas barcas de arrastre que salían a la pesca diaria pasando ante los atentos patrulleros de la Marina, que de vez en cuando hacían señales a alguno de ellos para que se detuviese a fin de inspeccionarlo. Tony había ordenado al conductor volver despacio a Mascate por la desierta carretera, sin encender los faros hasta que llegaron a una calle apartada del Masada que atravesaba la ciudad en dirección a los muelles. Solo cuando encontraron alumbrado público mandó MacDonald al conductor que encendiese las luces. No tenía la menor idea de hacia dónde corrían los tres fugitivos o dónde pensaban esconderse, en pleno día y con un ejército de policías buscándolos, pero suponía que sería en casa de uno de los menos conspicuos agentes del Mahdí en la ciudad. Los evitaría; había demasiado que averiguar, demasiadas cosas contradictorias que entender antes de una posible confrontación con el joven y ambicioso Azra. Pero tenía un sitio donde ir, un hombre al que podía ver sin temor a ser visto; un asesino a sueldo que cumplía ciegamente órdenes por dinero, una basura humana que solo entraba en contacto con sus potenciales clientes en los sucios callejones de el Shari El Mishkwiyis. Solo sabían dónde vivía quienes debían saberlo.

Tony subió jadeante el último tramo de escalera, hasta la corta y gruesa puerta que a su final llevaba al hombre a quien había venido a ver. Cuando llegó al último peldaño, boqueando y con los ojos saltones, de repente, sin ruidos previos, la puerta se abrió de golpe sobre sus engrasadas bisagras y el asesino apareció medio desnudo en el descansillo empuñando con la mano izquierda un cuchillo cuya larga hoja, como de navaja de afeitar, relucía al sol, y con la derecha una pequeña pistola calibre 22. MacDonald sintió la hoja sobre su garganta mientras el cañón de la pistola iba a posársele en la sien. Incapaz de respirar, el obeso inglés se agarró a ambas barandillas para no rodar por la escalera.

—¿Es usted? —dijo el tipo de cara demacrada, retirando la pistola pero manteniendo el cuchillo en su sitio—. No tiene que venir aquí. ¡No debe aparecer por aquí nunca!

Tragando aire y con el inmenso cuerpo rígido, MacDonald habló con voz ronca, mientras sentía el cuchillo del psicópata en su garganta.

—De no tratarse de una emergencia nunca lo hubiera hecho, de sobra lo sabes.

—¡Lo que sé es que me engañaron! Maté al hijo de aquel importador lo mismo que podría matarlo a usted ahora. Señalé la cara a aquella chica y la dejé en la calle con las faldas por encima de la cabeza, y me estafaron.

—Nadie tenía la intención…

—¡Pues alguien lo hizo!

—Yo te compensaré. Tenemos que hablar. Como ya te he dicho, es una emergencia.

—Hable aquí. No va a pasar. ¡Ahí no entra nadie!

—Muy bien. Si eres tan amable de permitirme ponerme en pie en vez de estar

colgado jugándome la vida en esta escalera…

—Hable.

Tony asentó los pies en el tercer escalón contando desde arriba, sacó el pañuelo y se limpió el sudor de la frente, sin perder de vista el cuchillo.

—Es imprescindible que hable con los que mandan en la embajada. Ya que ellos no pueden salir, debo entrar yo.

—Es demasiado peligroso, sobre todo para el que lo meta allí, porque él se quedará fuera. —El asesino de cara huesuda apartó la hoja del cuello de MacDonald, solo para reajustarla con un giro de muñeca, de modo que ahora la punta descansaba en la base del cuello del inglés—. Puede hablar con ellos por teléfono; la gente lo hace continuamente.

—Lo que yo tengo que decir, lo que debo preguntarles, no puede ser dicho por teléfono. Es vital que solo los jefes oigan mis palabras y yo las suyas.

—Puedo venderle un número que no está en la lista.

—Estará en otra parte, y si lo tienes tú también lo tendrán otros. No puedo correr ese riesgo. Tengo que entrar.

—Es usted difícil —dijo el psicópata, con el párpado izquierdo bailándole y las pupilas dilatadas—. ¿Por qué es tan difícil?

—Porque soy inmensamente rico y tú no. Necesitas dinero para tus extravagancias… para tus hábitos.

—¡Me insulta! —le escupió el asesino a sueldo, en voz estridente pero no alta, pues aunque medio loco no se olvidaba de los pescadores y los obreros del muelle que iban a sus tareas mañaneras tres pisos más abajo.

—Solo estoy siendo realista. ¿Cuánto por meterme?

El asesino tosió en la cara de MacDonald, apartó la hoja y dirigió una mirada catarrosa a su benefactor pasado y presente.

—Eso costará mucho dinero. Más de lo que me ha pagado nunca.

—Estoy dispuesto a aceptar un aumento razonable. No exorbitante, tenlo en cuenta, pero sí razonable. Siempre tendremos trabajo para ti…

—Hay una conferencia de prensa en la embajada a las diez, esta mañana —le interrumpió el tipo medio drogado—, como de costumbre, los periodistas y los de televisión serán seleccionados en el último momento, y vocearán sus nombres en la puerta. Estese allí, y deme un número de teléfono para que pueda decirle un nombre antes de dos horas.

Tony se lo dio: su hotel y su habitación.

—¿Cuánto, muchacho? —añadió.

El asesino bajó el cuchillo y dijo la cifra en riales omaníes: era el equivalente de tres mil libras inglesas, más o menos unos cinco mil dólares.

—Tengo gastos —le explicó—. Los sobornos hay que pagarlos o si no el que soborna es hombre muerto.

—¡Es un abuso! —exclamó MacDonald.

—Pues olvídelo.

—Aceptado —dijo el inglés.

Kalila paseaba arriba y abajo por su habitación del hotel, y, aunque había dejado los cigarrillos por sexta vez en sus treinta y dos años, fumaba uno tras otro, mientras lanzaba constantes miradas al teléfono. Bajo ningún pretexto podría operar desde palacio. Esa conexión estaba ya suficientemente quemada. ¡Maldito fuera aquel hijo de perra!

Anthony MacDonald —un don nadie, un borracho… y el agente extraordinario de no sabía quién— tenía su eficiente red en Mascate, pero tampoco a ella le faltaban recursos, gracias a una compañera de cuarto en Radcliffe que era ahora la esposa de un sultán… porque Kalila le había presentado a cierto árabe hacía años en Cambridge (Massachusetts). ¡Dios mío, en qué círculos tan reducidos, tan rápidos y tan… familiares se movía el mundo! Su madre, californiana, había conocido a su padre, un estudiante de Port Said que hacía un intercambio, mientras estaban ambos en la escuela para graduados de Berkeley, ella como egiptóloga y él como candidato al doctorado en Civilización occidental, y los dos decididos a seguir en el mundo académico. Se enamoraron y se casaron. Sí, la rubia muchacha de California y el egipcio de piel olivácea.

Con el tiempo, al nacer Kalila, los estupefactos y racialmente intolerantes abuelos de ambos descubrieron que en los niños había algo más importante que un pedigrí puro, y las barreras se desplomaron en un súbito arrebato de amor. Cuatro personas maduras, dos parejas predispuestas a odiarse, hablan salvado los abismos de la cultura, la piel y las creencias al encontrar deleite en una niña y en otros placeres compartidos. El banquero de San Diego y su mujer y el acaudalado exportador de Port Said y su única esposa árabe se hicieron inseparables.

—¿Qué estoy haciendo? —exclamó para sí Kalila. No era momento de pensar en el pasado. Después se dio cuenta de por qué divagaba su mente; en realidad por dos motivos. Por un lado, las presiones se habían hecho demasiado grandes y necesitaba unos minutos para ella, pensar en sí misma y en aquellos a quienes amaba, aunque solo fuese para tratar de comprender el odio que reinaba en todas partes. Pero había una segunda razón, más importante. Los rostros y las palabras de una cena de hacía mucho tiempo habían estado rondándola, especialmente las palabras, que resonaban quedamente en las paredes de su cerebro. Entonces causaron una gran impresión en una chica de dieciocho años a punto de salir para Norteamérica.

—No hay mucho que alabar en los monarcas del pasado —había dicho su padre aquella noche en El Cairo, estando toda la familia reunida, incluso las dos parejas de abuelos— pero ellos entendían algo que nuestros gobernantes actuar no toman en consideración. En realidad no pueden tomarlo. A menos que traten de convertirse en reyes, lo que no sería propio de estos tiempos, por mucho que algunos se empeña en ello.

—¿Qué dices, muchacho? —intervino el banquero californiano—. Yo no tengo

nada contra la monarquía. Republicana por supuesto.

—Lo cierto es que, empezando con nuestros faraones y pasando por los sumos sacerdotes de Grecia, los emperadores romanos y todos los reyes y reinas de Europa y Rusia, concertaban los matrimonios de modo que uniesen a las diversas naciones en torno a unas pocas familias. Cuando una persona conoce a otra en esas circunstancias, cenando, bailando, cazando, incluso contando chistes, es difícil mantener unos prejuicios estereotipados, ¿no os parece?

—Sin embargo, en esos círculos —dijo el exportador de Port Said— las cosas no ocurrían siempre tan felizmente. No tengo nada de erudito, pero sé que había guerras, familias que luchaban entre sí, ambiciones frustradas…

—Es cierto; pero ¿cómo hubieran ido las cosas sin esos matrimonios concertados? Mucho peor, me temo.

—¡Me niego a ser utilizada como instrumento geopolítico! —había exclamado entre risas la madre de Kalila.

—En realidad, querida, entre nosotros todo fue arreglado por estos tortuosos señores que aquí ves. ¿Tienes idea del provecho que le han sacado a nuestra alianza?

—El único que yo he visto es la encantadora damita que tengo por nieta —dijo el banquero.

—Se va a Norteamérica, amigo mío. Los beneficios pueden evaporarse.

—¿Cómo te sientes, cariño? Para ti es toda una aventura.

—No es la primera vez, abuela. Os hemos visitado a ti y al abuelo un montón de veces, y he estado en unas cuantas ciudades.

—Ahora es diferente. —Kalila había olvidado quién había dicho esas palabras, pero fueron el comienzo de uno de los capítulos más extraños de su vida—. Vas a vivir allí —añadió quienquiera que fuese.

—Estoy deseándolo. Son todos tan amables, te sientes tan acompañada, tan querida…

Los que estaban alrededor de la mesa se miraron, y fue el banquero quien rompió el silencio.

—Quizá no te sientas siempre así —dijo—. Habrá ocasiones en que no serás ni deseada ni querida, y eso te llenará de confusión, y desde luego te causará una gran pena.

—Es difícil de creer, abuelo —dijo una Kalila joven y entusiasta que ya era solo un vago recuerdo.

El californiano había lanzado una ojeada a su yerno, con gesto apenado.

—Cuando miro atrás, también a mí me cuesta trabajo creerlo. No olvides nunca, jovencita, que si surgen problemas o las cosas se ponen difíciles debes coger el teléfono y llegaré en el primer avión.

—¡Abuelo! No me imagino haciéndolo.

Y no lo había hecho, aunque hubo momentos en que estuvo a punto, y solo el orgullo y todas las fuerzas que pudo reunir la detuvieron. *Shvartzeh arviyah!*…

«¡Árabe negro!», fue su primera introducción al odio personal. No el odio ciego e irracional de las muchedumbres que enloquecen en las calles, blandiendo pancartas y maldiciendo a un enemigo invisible detrás de fronteras lejanas, sino jóvenes como ella, miembros de una comunidad de saber pluralista, que compartía aulas y cafeterías y donde primaba el valor del individuo, desde el ingreso, pasando por la evaluación constante, hasta la graduación. Todos contribuían al conjunto, pero como él o ella, no como robots institucionales, excepto tal vez en los campos de deporte, e incluso en ellos se reconocían los logros individuales, a menudo más en la derrota que en la victoria.

Sin embargo, durante mucho tiempo ella no había sido una persona, había perdido su yo, erradicado, transferido a un abstracto e insidioso colectivo racial llamado simplemente árabe. Sucio árabe, árabe traidor, árabe criminal, árabe, árabe, árabe… hasta que ya no pudo soportarlo. Se quedaba sola en su habitación, rechazando las ofertas de sus conocidas del dormitorio para ir a los bares del campus; con dos veces había sido suficiente.

Debería haber bastado la primera. Cuando fue a los servicios de señoras, los encontró bloqueados por dos estudiantes. Eran judíos, ni que decir tiene, pero eran también estudiantes norteamericanos.

—¡Creíamos que los árabes no bebíais! —gritó el joven borracho de su izquierda.

—Eso es algo que decide cada uno —había replicado ella.

—¡Me han dicho que vosotros los *arviyah* meáis en el suelo de vuestras tiendas! —gritó el otro.

—Te informaron mal. Somos de lo más remilgado. Por favor, ¿me dejáis pasar?

—Aquí no, árabe. No sabemos lo que dejarías en el asiento del retrete y tenemos a un par de *yehudiyah* con nosotros. ¿Lo has entendido, árabe?

Sin embargo, al punto de ruptura llegó al final del segundo semestre. Había trabajado muy bien en un curso que daba un famoso profesor judío, lo suficiente para ser elegida por él como la estudiante más destacada. El premio, un acontecimiento anual en la clase, fue un ejemplar dedicado de un sus obras. Muchos de sus compañeros, judíos y no judíos la habían rodeado para felicitarla; pero cuando salió del edificio otros tres, con la cara cubierta con medias, la habían detenido en un camino rodeado de espesa vegetación, detrás de su dormitorio.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó uno—. ¿Le amenazaste con volar esta casa?

—¿O con acuchillar a sus hijos?

—¡Qué va! ¡Le diría que iba a llamar a Arafat!

—¡Vamos a darte una lección, *shvartze arabiyah*!

—¡Si el libro significa tanto para vosotros, tomadlo!

—¡No, árabe, la que va a tomar vas a ser tú!

La habían violado.

—¡Esto por Munich!

—¡Esto por los niños del *kibbutz* del Golán!

—¡Esto por mi primo al que matasteis en las playas de Ashdod!

Ni siquiera habían disfrutado; era solo la rabia de infligir un castigo al árabe.

Kalila había vuelto medio arrastrándose medio tambaleándose a su dormitorio, y fue entonces cuando entró en su vida una persona muy importante, una tal Roberta Aldridge, la inestimable Bobbie Aldridge, la hija iconoclasta de los Aldridge de Nueva Inglaterra.

—¡Escoria! —había gritado a los árboles de Cambridge, en Massachusetts.

—¡No digas eso! —le rogó la joven egipcia—. ¡Tú no lo entiendes!

—No te preocupes, querida. En Boston tenemos una frase que significa lo mismo desde Southie hasta Beacon Hill: «¡Donde las dan las toman!» ¡Y esos cabrones van a tener lo suyo, te doy mi palabra!

—¡No! Vendrán a por mí… no comprenderán. Yo no odio a los judíos… Mi mejor amiga desde pequeña ha sido la hija de un rabino, gran amigo de mi padre. No odio a los judíos. Ellos dirán que sí, porque para ellos no soy más que una sucia árabe, pero no es verdad. Mi familia no es así. Nosotros no odiamos.

—Tranquila, chica. Yo no he dicho nada de los judíos, has sido tú. Yo dije «cabrones», que es, como si dijésemos, un término general.

—Esto se acabó. *Yo* estoy acabada. Me marcharé.

—¡Ni hablar! Vas a ir a ver a mi médico, y después vienes a vivir conmigo. ¡Cristo, no he tenido una causa que defender desde hace por lo menos dos años! *Benditos sean Dios y Alá, y todas las demás deidades del cielo. Tengo una amiga. Y sin saber cómo, en medio del dolor y el odio de aquellos tiempos, nació una idea que se convirtió en un compromiso. Una chica de dieciocho años supo a qué iba a dedicar el resto de su vida.*

Sonó un timbre. El pasado había terminado, solo era eso, pasado; ¡lo que importaba era el presente! Corrió al teléfono de la mesilla y lo cogió.

—¿Sí?

—Está aquí.

—¿Dónde?

—En la embajada.

—¡Dios mío! ¿Qué está pasando? ¿Qué hace?

—Está con otros dos…

—¿Son tres, no cuatro?

—Solo hemos visto a tres. Uno está en la puerta, entre los mendigos. Ha estado hablando con los terroristas de dentro.

—¡El norteamericano! ¿Dónde está?

—Con el tercer hombre. Están los dos entre las sombras. Solo se deja ver el primero. Es él quien toma las decisiones, no el norteamericano.

—¿Qué quieres decir?

—Creemos que está organizándolo todo para poder entrar.

—¡No! —gritó Kalila—. ¡No pueden… él no puede, no debe! ¡Detenlos, detenlos!

—Esas órdenes deberían venir de palacio.

—¡Esas órdenes vienen de mí! ¡Ya te lo han dicho! La prisión era una cosa, pero la embajada no, la embajada nunca. ¡Él no! Sal y cógelos. Detenlos. Mátalos si es preciso. ¡Mátalo!

—¡De prisa! —gritó el que iba vestido de árabe, mientras corría hacia donde estaba su colega, en frente del restaurante cerrado con tablas, y poniendo de un golpe el cerrojo de su metralleta en posición de disparo—. Las órdenes son cogerlos ahora, detenerlos, detener al norteamericano. Matarlo, si no hay otro remedio.

—¿Matarlo? —preguntó el asombrado funcionario de palacio.

—Esas son las órdenes. ¡Matarlo!

—Pues han llegado demasiado tarde. Se han ido.

```
Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda
```

La sombra que se movía por el oscuro cuarto estéril las letras del teclado con colérica precisión.

```
He conseguido las claves de acceso a Langley y es la locura. No por la CIA, porque el enlace no está reteniendo nada. La locura es lo del sujeto. ¡Ha entrado en la embajada! No puede sobrevivir. Lo descubrirán, en el retrete, en la manera de comer, por la simple reacción a una frase. ¡Ha estado lejos demasiado tiempo! He calculado todas las posibilidades y mis utensilios ofrecen pocas esperanzas. Tal vez ellos y yo nos apresuramos al juzgarlo. Puede que nuestro mesías nacional no sea más que un insensato. Pero todos los mesías han sido considerados locos e insensatos hasta que se demostró lo contrario. Esa es mi esperanza, mi ruego.
```

11

Los tres presos fugados se arrastraron en la oscuridad, trepando por la antigua alcantarilla cubierta de musgo, hasta llegar a una rejilla en el piso de piedra del patio este de la embajada. Tras un forcejeo, y con las manos y los pies arañados y sangrando, salieron a una luz cegadora, donde se encontraron con una escena que Evan Kendrick deseó con todo su ser que hubiese permanecido en tinieblas. Más de sesenta rehenes habían sido sacados al patio para tomar su escasa comida de la mañana. Había una letrina, consistente en tablas con agujeros circulares encima de unas latas. Los hombres estaban separados de las mujeres por una gran cortina transparente arrancada de uno de los ventanales de la embajada. La degradación era completa, ya que los guardianes, masculinos y femeninos, paseaban frente a los rehenes, hombres y mujeres, riéndose y haciendo chistes en voz alta sobre las dificultades funcionales que experimentaban sus cautivos. El papel higiénico, mantenido fuera del alcance de las manos temblorosas hasta que finalmente le era entregado, era el que salía de las computadoras de la embajada.

Enfrente, totalmente a la vista de los asustados y humillados ocupantes de las tablas, los rehenes habían formado una cola que conducía a tres mesas largas y estrechas donde había filas de platos metálicos con pan seco y pequeños trozos de un queso bastante sospechoso. Espaciadas entre ellos había sucias jarras llenas de un líquido grisáceo, seguramente leche de cabra diluida, que servían con cicatería en los cuencos de madera de los prisioneros los terroristas armados que estaban detrás de las mesas. De vez en cuando a uno de los rehenes le negaban el plato o el cazo de leche. Era inútil rogar. Solo se conseguía una bofetada, un puñetazo o que le estampasen a uno el cazo en la cara si se había excedido en la protesta.

De repente, cuando los ojos de Kendrick estaban todavía acomodándose a la crudeza de la luz, un rehén joven, un chico de unos catorce o quince años, con las lágrimas corriéndole por la cara de rasgos contorsionados, gritó desafiante:

—¡Maldito bastardo! ¡Mi madre está enferma! ¡No hace más que vomitar esta porquería! ¡Dadle algo decente, hijos de perra!

Las palabras del muchacho fueron interrumpidas por el cañón de un fusil que se estrelló en su cara, desgarrándole la mejilla. En vez de hacer callar al muchacho, el golpe lo puso furioso. Agarró la camisa del tipo del fusil y se la arrancó, a la vez que tiraba platos y jarras de la mesa. A los pocos segundos le habían arrancado del barbudo con el que peleaba en el suelo y estaba retorciéndose sobre las piedras del patio entre culatazos y patadas. Algunos otros rehenes, despertados su rabia y su valor por la acción del muchacho, se precipitaron sobre ellos gritando con voces débiles y roncas, mientras esgrimían patéticamente sus brazos contra la fuerza y la arrogancia de sus enemigos. Lo que siguió fue una represión brutal de la pequeña revuelta, en la que, cuando los rehenes caían, eran golpeados hasta dejarlos inconscientes y tratados como animales en un matadero.

—¡Bestias! —rugió un viejo, sujetándose los pantalones mientras se apartaba con paso inseguro de las tablas de la letrina, con su resolución y su dignidad intactas—. ¡Bestias árabes! ¡Salvajes árabes! ¿Es que ninguno de vosotros tiene un adarme de decencia civilizada? ¿Acaso el matar a golpes a hombres inermes os convierte en héroes del Islam? Si es así, aquí me tenéis para que podáis ganar más medallas; pero, en nombre de Dios, ¡deteneos!

—¿De qué Dios? —exclamó un terrorista sobre el cuerpo de un muchacho inconsciente—. ¿De un Jesús cristiano cuyos seguidores arman a nuestros enemigos para que puedan matar a nuestros hijos con bombas y cañones? ¿O de un mesías vagabundo cuyo pueblo roba nuestros campos y mata a nuestros padres? ¡Primero tenéis que hacer entrar en vereda a vuestros dioses!

—¡Basta! —ordenó Azra, adelantándose con paso rápido. Kendrick le siguió, incapaz de dominarse, y pensando que había estado a punto de coger la MAC-10 del hombro de Azul y disparar contra los terroristas. De pie junto al muchacho ensangrentado, Azra continuó, como si aquello no tuviera importancia—: Ya les habéis dado una lección; no os paséis, o vais a atontarlos en vez de instruirlos. Llevad a esa gente abajo, a la enfermería, al médico de los rehenes… y buscad a la madre de este chico. Llevadla también allí y dadle de comer.

—¿Por qué, Azra? —protestó el palestino—. ¡No tuviste tanta consideración con la mía! A ella le…

—Ni con la mía —le interrumpió con firmeza Azul y míranos ahora. Lleva a este chico abajo y déjalo estar con madre. Que alguien les hable sobre los inconvenientes del exceso de cariño.

Kendrick observaba asqueado mientras se llevaban los cuerpos cojeantes y sangrantes.

—Hiciste lo que debías —dijo a Azra en inglés, con palabras fríamente no comprometedoras, las propias de un técnico—. Aunque a veces resulte difícil, uno debe saber cuándo detenerse.

El nuevo príncipe de los terroristas estudió a Evan con mirada opaca.

—Hablaba en serio. Míranos a nosotros ahora. La muerte de los nuestros nos hace diferentes. Tan pronto somos niños como nos convertimos en adultos, no importa la edad, y en expertos en muerte, porque nunca nos abandonan los recuerdos.

—Lo comprendo.

—No, tú no lo comprendes, Amal Bahrudi. La tuya es una guerra ideológica. Para ti la muerte es un acto político. Estoy seguro de que eres un creyente apasionado, pero en lo que crees es en la política. Esa no es mi guerra. Mi única ideología es la supervivencia, de modo que pueda hacerles pagar ojo por ojo, muerte por muerte… y seguir vivo.

—¿Para qué? —preguntó Kendrick, de pronto terriblemente interesado.

—Por extraño que parezca, para vivir en paz, lo que no pudieron hacer mis padres. Para que todos nosotros podamos vivir en nuestra tierra, que nos fue robada,

entregada a nuestros enemigos y pagada por naciones ricas para mitigar sus culpas en los crímenes cometidos contra un pueblo, crímenes en los que no tuvimos nada que ver. Y ahora las víctimas somos nosotros. ¿Qué menos podemos hacer que luchar?

—Si crees que eso no es política, será mejor que recapacites. Sigues siendo un poeta, Azra.

—Con el cuchillo y el fusil tanto como con mis pensamientos, Bahrudi.

Hubo una nueva conmoción al otro lado del patio, esta vez menos violenta. Dos personas salieron corriendo de una puerta, una de ellas una mujer con velo, la otra un hombre con hebras blancas en el pelo. Zaya Yateem y Ahbyahd, el llamado Blanco, pensó Evan, que adoptó una actitud rígida, reservada. El saludo entre hermano y hermana fue extraño. Se dieron ceremoniosamente la mano, mirándose, y después se fundieron en un abrazo. La universal tutela de la hermana mayor sobre el hermano más joven —este a menudo torpe e impulsivo a los ojos de quien era mayor y más sabia— saltaba sobre e ideologías. El hijo menor se haría inevitablemente más fuerte, sería el brazo musculoso de la familia, pero la hermana mayor estaría siempre allí para guiarlo. Ahbyahd fue menos protocolario, y rodeó con sus brazos al componente más joven y fuerte del consejo de operaciones y lo besó en ambas mejillas.

—¡Tienes mucho que contarnos! —exclamó el terrorista al que llamaban Blanco.

—Es verdad —asintió Azra, volviéndose a Evan Kendrick—, a causa de este hombre. Es Amal Bahrudi, de Berlín Este, y nos lo envía el Mahdí.

Por encima del velo, la mirada urgente, incluso violenta, de Zaya buscó la cara de Evan.

—Amal Bahrudi —repitió—. He oído el nombre, por supuesto. El brazo del Mahdí es muy largo. Estás lejos de tu trabajo.

—Y me siento incómodo por ello —dijo Kendrick, en el dialecto culto de Riyad —. Pero los demás están vigilados; controlan todos sus movimientos. Se pensó que debía venir alguien inesperado, y Berlín Este era un buen lugar de procedencia. Habrá quienes juren que sigo allí. Cuando llamó el Mahdí, respondí. En realidad, fui yo quien primero hizo contacto con su gente acerca de un problema que tenéis aquí, y que tu hermano te explicará. Podemos tener objetivos diferentes, pero la mejor forma de avanzar es cooperando, sobre todo cuando alguien paga la factura.

—Pero a ti —dijo Ahbyahd, frunciendo el entrecejo—, el Bahrudi de Berlín Este, el qué se mueve por todas partes, ¿te descubrieron?

—Es cierto que tengo fama de escurridizo, pero no va a mejorarla lo que me ha ocurrido aquí.

—Entonces, ¿te traicionaron? —preguntó Zaya Yateem.

—Sí. Sé quién es y daré con él. Encontrarán su cuerpo flotando en el puerto.

—Fue Bahrudi quien nos sacó —intervino Azra—. Mientras yo pensaba, él hacía. Merece la fama que tiene.

—Vamos a dentro, hermano. Hablaremos allí.

—Querida hermana —dijo Azul—, tenemos traidores aquí, eso es lo que Amal

vino a decirnos; eso y otra cosa. ¡Están tomando fotos y sacándolas a escondidas, vendiéndolas! Si vivimos, nos darán caza durante años, habrá constancia de lo que hacemos para que todo el mundo pueda verlo.

Ahora la hermana estudiaba al hermano, y sus oscuros ojos asomaban interrogantes por encima del velo.

—¿Fotos tomadas por cámaras ocultas? ¿Es que tenemos estudiantes de fotografía tan adelantados entre estos hermanos y hermanas, que en su mayoría apenas saben leer?

—¡Vi esas fotos! ¡En Berlín Este! —Hablaremos dentro.

Los dos ingleses estaban sentados frente a la gran mesad la embajada británica, y el agregado, todavía en bata, hacía esfuerzos por seguir despierto.

—Sí —dijo bostezando—. Llegarán en cualquier momento y me permitirán que les diga que espero que lo que nos han contado tenga algún fundamento. El MI-Seis tiene mucho trabajo aquí, y no les va a sentar muy bien que una pareja de compatriotas les robe unas preciosas horas de sueño.

—¡Mi amigo Dickie estuvo en granaderos! Si él cree que hay algo que debe decirles, les conviene prestarle atención Después de todo, ¿para qué estamos aquí?

—¿Para ganar dinero para sus empresas? —aventuró el agregado.

—Sí, desde luego, eso también. Pero primero somos ingleses, no lo olvide. No veremos al Imperio hundirse en el olvido. ¿No es verdad, Dickie?

—Ya se ha hundido —dijo el agregado, ahogando un bostezo—. Hace cuarenta años.

—Mi amigo Jack —le explicó Dickie— está en metales férricos, pero yo trabajo en textiles, y le aseguro que el modo como iba vestido ese tipo, tan diferente a como vestía antes, no es para nada bueno. El traje no solo hace al hombre, sino que corresponde a sus actividades; así ha sido desde el primero que tejió el lino, probablemente en esta parte del mundo, ahora que lo pienso.

—El MI-Seis tiene ya la información —le interrumpió el agregado, en el tono apagado de alguien entumecido por la repetición—. Pronto estarán aquí.

Y estuvieron. No habían transcurrido cinco segundos desde la observación del agregado cuando los hombres en camisa abierta, ambos necesitados de un afeitado y ninguno de ellos con aspecto muy agradable, irrumpieron en el despacho. El segundo traía un gran sobre, y fue el primero quien habló.

—¿Son ustedes, caballeros, el motivo de que estemos aquí? —preguntó, dirigiéndose a Dickie y Jack.

—A mi izquierda Richard Harding —dijo el agregado—, y a la derecha John Preston. ¿Puedo irme ya?

—Lo siento, amigo —dijo el segundo de los recién llegados, acercándose a la mesa y abriendo el sobre—. Estamos aquí porque usted nos llamó. Eso le da derecho

a quedarse.

—Es usted demasiado amable —dijo con cara de pocos amigos el diplomático—. Sin embargo, yo no los llamé; me limité a comunicarles la información que dos ciudadanos británicos insistían en que les comunicara. Eso me da derecho a dormir un poco, teniendo en cuenta que no puedo ayudarles en su trabajo.

—En realidad —dijo Jack Preston— fue Dickie quien insistió; pero yo he creído siempre que en épocas de crisis no se debe pasar nada por alto, y Dickie Harding, que fue granadero lo olviden, ha tenido siempre mucho instinto.

—Maldita sea, Jack, esto no tiene nada que ver con el instinto; es lo que llevaba puesto. Me refiero a que un tipo podría sudar en los Highlands en invierno con ese tejido; y si el brillo de su camisa quiere decir que era de seda o de poliéster, seguro que se asfixiaría. Algodón, algodón puro, que respira es la única tela para este clima. ¡Y la confección! Bueno, les digo que…

—¿Le importa, señor? —Extraviando por un momento la mirada en el techo, el segundo hombre sacó un montón de fotografías del sobre y las arrojó entre Preston y Harding, cortando el diálogo—. ¿Quieren mirarlas y ver si reconocen a alguien?

Once segundos después, la tarea había concluido.

—¡Es él! —exclamó Dickie.

—Creo que sí —asintió Jack.

—Y ustedes son un par de insensatos —dijo el primer hombre del MI-Seis—. Se llama MacDonald y es un borrachín de la buena sociedad de El Cairo. El padre de su mujer es el dueño de la empresa para la que trabaja, una firma de recambios de automóvil, y lo han destinado aquí porque es un perfecto borrico y el que lo lleva todo es el segundo de a bordo de la sucursal de El Cairo. Me río yo del instinto a estas horas de la mañana. ¿Dónde pasaron la noche ustedes dos?

—¿Lo ves, Dickie? Ya te dije que podías estar reaccionando exageradamente por motivos un tanto superficiales…

—Un momento, por favor —interrumpió el segundo hombre del MI-Seis, cogiendo la foto de pasaporte ampliada y estudiándola—. Hace cosa de un año, uno de nuestros militares destinados aquí se puso en contacto con nosotros y quiso concertar una entrevista a propósito de un problema EE que creía que se estaba cociendo.

—¿Un qué? —preguntó el agregado.

—«Evaluación de equipo»… traducible por espionaje. No Pudo decir gran cosa por teléfono, como es natural, pero sí que nos asombraría saber quién era el sospechoso, «un inglés borracho y gordinflón que trabaja en El Cairo», o algo parecido. ¿Podría ser ese el hombre?

—Ya le dije yo a Dickie que siguiera, que no lo dejase.

—La verdad, muchacho, es que no fuiste tan entusiasta, ¿sabes?, todavía podríamos coger ese avión que tanto te preocupaba.

—¿Qué ocurrió en la reunión? —preguntó el agregado los ojos fijos en el

segundo hombre del MI-Seis.

—No llegó a celebrarse. A nuestro militar lo mataron los muelles, lo degollaron frente a un almacén. Se supuso que para robarlo, porque no se le encontró nada en los bolsillos.

—Creo que deberíamos coger ese avión, Dickie.

—¿El Mahdí? —exclamó Zaya Yateem, sentándose detrás de la mesa en el que había sido hasta hacía tres semanas el despacho del embajador norteamericano—. ¿Que tienes que llevar a uno de nosotros hasta él en Baréin? ¿*Esta noche*?

—Ya se lo dije a tu hermano —corroboró Kendrick, sentado junto a Ahbyahd y enfrente de la mujer—. Las instrucciones estaban probablemente en la carta que iba a entregaros…

—Sí, sí. —Zaya hablaba rápida, impacientemente—. Me lo explicó durante los pocos momentos que estuvimos juntos. Pero te equivocas, Bahrudi. No tengo medios para llegar directamente hasta el Mahdí; nadie sabe quién es.

—Supongo que hablaréis con alguien que a su vez habla con él.

—Naturalmente, pero eso podría llevar un día e incluso dos. Los caminos hacia él son muy complicados. Se hacen cinco llamadas, y diez veces cinco van a parar a números de Baréin que no figuran en la lista. Solo una de ellas puede llegar hasta el Mahdí.

—¿Qué ocurre en caso de emergencia?

—No están permitidas —intervino Azra, apoyado contra la pared junto a una ventana catedralicia iluminada por el sol—. Ya te lo dije.

—Eso, mi joven amigo, es ridículo. No podemos hacer eficazmente nuestro trabajo sin tener en cuenta lo inesperado.

—Estoy de acuerdo. —Zaya Yateem asintió con la cabeza y después la movió lentamente—. Sin embargo, mi hermano tiene razón. Se espera que seamos capaces de hacer frente a cualquier emergencia durante semanas, si llega el caso. De lo contrario no tendríamos derecho a ocupar este puesto.

—Muy bien —dijo el diputado por el distrito noveno de Colorado, sintiendo cómo le caía el sudor cuello abajo a pesar de la fresca brisa mañanera que se colaba por las ventanas abiertas—. Entonces le explicaréis vosotros al Mahdí por qué no estamos esta noche en Baréin. Yo ya he hecho mi parte, incluido, creo, salvar la vida de tu hermano.

—Tiene razón en eso, Zaya —asintió Azra, separándose de la pared—. De lo contrario yo sería ahora un cadáver en el desierto.

—Y te estoy agradecida por ello, Bahrudi, pero no puedo hacer lo imposible.

—Creo que será mejor que lo intentes. —Kendrick miró a Ahbyahd, que seguía a su lado, y se volvió otra vez a la hermana—. Vuestro Mahdí ha tenido un montón de problemas y de gastos para traerme aquí, y supongo que eso significa que es él quien

tiene una emergencia.

—La noticia de tu captura le explicará lo sucedido —dijo Ahbyahd.

—¿De veras crees que las fuerzas de seguridad de Omán un a hacer saber que me detuvieron solo para tener que admitir que me escapé?

—Desde luego que no —dijo Zaya Yateem.

—Es el Mahdí quien tiene las cuerdas de vuestra bolsa —añadió Kendrick—, y también podría influir en la mía, lo que no me gusta un pelo.

—Nuestros suministros son más bien escasos —intervino Ahbyahd—. Necesitamos las lanchas rápidas de los Emiratos, o cuanto hemos hecho no servirá para nada. En vez de sitiadores, seremos nosotros los sitiados.

—Puede haber un medio —dijo Zaya levantándose de pronto, con las manos sobre la mesa y los oscuros ojos mirando sin ver por encima del velo mientras pensaba—. Hemos convocado una conferencia de prensa para esta mañana; será vista en todas partes, y desde luego por el propio Mahdí. En algún momento de mi charla mencionaré que hemos enviado un mensaje urgente a nuestros amigos, un mensaje que exige respuesta inmediata.

—¿De qué serviría eso? —preguntó Azra—. Todas las comunicaciones están intervenidas, lo sabemos. Nadie de la gente del Mahdí se arriesgará a ponerse en contacto con nosotros.

—No lo necesitan —dijo Evan—. Comprendo lo que dice tu hermana. La respuesta no necesita ser de palabra, no hace falta comunicarse. No estamos pidiendo instrucciones, sino dándolas. Es de lo que hablamos tú y yo hace unas horas. Conozco Baréin. Elegiré un sitio apropiado, y haced que uno de vuestros contactos aquí en Mascate lo transmita, diciéndole que es el mensaje urgente de que habló tu hermana durante la conferencia de prensa. —Kendrick se volvió a Yateem—. ¿No era eso lo que pensabas?

—Aún no lo he perfilado —admitió Zaya—, pero puede hacerse. Mi idea era simplemente acelerar el modo de llegar basta el Mahdí. Es posible.

—¡Es la solución! —exclamó Ahbyahd—. ¡Bahrudi la ha encontrado!

—Todavía no hay nada —dijo la mujer velada volviendo a sentarse—. Queda el problema de hacer llegar a mi hermano ya Bahrudi a Baréin. ¿Cómo podríamos?

—Ya se han ocupado de eso —respondió Evan mientras se aceleraba el golpeteo en su pecho, asombrado de su autodominio, del tono relajado de su voz. Estaba más cerca. ¡Más cerca del Mahdí!—. Ya le dije a Azra que tengo un número de teléfono, que no os daré, no puedo dároslo, pero bastarán Unas palabras para conseguir un avión.

—¿Así, sin más? —exclamó Ahbyahd.

—Vuestro benefactor aquí en Omán tiene métodos que no podéis ni imaginar.

—Todas las llamadas telefónicas son interceptadas —objetó Azra.

—Lo que yo diga pueden oírlo, pero no lo que diga la persona a la que voy a llamar. Me aseguré de ello.

—¿Con uno de esos distorsionadores? —preguntó Yateem.

—Forman parte de nuestros equipos en Europa. Basta un cono que haga presión sobre el micrófono. La distorsión es absoluta, excepto en la conexión directa.

—Haz la llamada —dijo Zaya, levantándose y dando rápidamente la vuelta alrededor de la mesa mientras Kendrick hacía lo mismo para reemplazarla en la silla. Sin quitar la mano de los números, marcó.

—¿Sí? —se oyó la voz de Ahmat antes del segundo timbrazo.

—Un avión. Dos pasajeros. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—¡Dios mío! —estalló el joven sultán de Omán—. Déjame pensar… En el aeropuerto, naturalmente. Hay una curva en la carretera, aproximadamente un cuarto de milla antes de llegar a la zona de carga. Alguien lo recogerá en un coche de la guarnición. Dígales que lo robaron para pasarlo a usted por delante de los guardias.

—¿Cuándo?

—Llevará tiempo. Es preciso disponerlo todo y hay mucha vigilancia en todas partes. ¿Puede darme un destino?

—La letra veintidós partido por la mitad.

—V… partida… una I tumbada… ¿Irán?

—No. Por los números.

—Veintidós… dos… ¿La B?

—Sí.

—¡Baréin!

—Sí.

—Eso ayuda. Voy a hacer unas llamadas. ¿Para cuándo lo necesita?

—Cuando la fiesta esté en su apogeo. Tenemos que salir aprovechando la confusión.

—Eso sería hacia mediodía.

—Cuando usted diga. A propósito: hay un médico… Tiene algo que puede ser bueno para mi salud.

—El cinturón del dinero, no me diga más. Haré que se lo den.

—Bien.

—La curva antes de la zona de carga. Estén allí.

—Estaremos. —Evan colgó el teléfono—. Tenemos que estar en el aeropuerto a mediodía.

—¿El aeropuerto? —exclamó Azra—. ¡Nos cogerán!

—En la carretera, antes de llegar al aeropuerto. Alguien robará un coche militar y nos recogerá.

—Haré que uno de nuestros contactos aquí en la ciudad os lleve —dijo Zaya Yateem—. Le daré a él la dirección de Baréin y el lugar de encuentro. Faltan al menos cinco horas para la marcha.

—Necesitaremos ropa, una ducha y algún descanso —dijo Azra—. Ya no recuerdo cuándo dormí por última vez.

—Me gustaría echar un vistazo a la operación —dijo Kendrick, levantándose—. Puedo aprender algo.

—Lo que quieras, Amal Bahrudi —dijo Zaya Yateem, acercándose a él—. Salvaste la vida a mi querido hermano y no tengo palabras para expresarte mi agradecimiento.

—Basta con que me lleves a ese aeropuerto a mediodía —replicó Kendrick, en tono más bien seco—. Francamente, quiero volver a Alemania lo antes posible.

—A mediodía —asintió la terrorista.

—¡Weingrass estará aquí a mediodía! —exclamó el funcionario del Mossad ante Ben-Ami y la unidad de cinco hombres de la brigada Masada. Estaban en el sótano de una casa del Jabal Sa'ali, a pocos minutos de las hileras de tumbas donde montones de soldados ingleses fueron sepultados hacía siglos. El primitivo sótano de piedra había sido convertido en centro de control de la Inteligencia israelí.

—¿Cómo va a llegar? —preguntó Ben-Ami, que se había quitado el *ghotra* y quedaba mucho más natural con los vaqueros y la camisa oscura suelta—. Su pasaporte fue expedido en Jerusalén y no resulta un documento bien visto aquí.

—Nunca hay que dudar de Emmanuel Weingrass. Sin duda tiene más pasaportes que panes hay en la plaza Jabotinsky de Tel Aviv. Dice que no hagamos nada hasta que llegue. «Absolutamente nada», fueron sus palabras textuales.

—Parece que ya no te cae tan mal como antes —dijo Yaakov, por nombre en clave Azul, hijo de un rehén y jefe de la unidad de la brigada Masada.

—¡Porque no tendré que firmar sus notas de gastos! No las habrá. Me bastó mencionar el nombre de Kendrick y dijo que ya estaba en camino.

—Eso no parece querer decir que no vaya a pasar factura —dijo Ben-Ami, riendo.

—No; fue muy concreto. Le pregunté cuánto iba a costarme su ayuda y me dijo muy claramente: «¡Esto es por recuenta!»

—¿No estamos perdiendo el tiempo? —se impacientó Yaakov—. Deberíamos estar explorando la embajada. Hemos estudiado los planos; hay media docena de maneras de entrar en ella y salir con mi padre.

Hubo cabezas repentinamente vueltas y miradas fijas en el joven jefe llamado Azul.

—Lo comprendemos —dijo el funcionario del Mossad.

—Lo siento. No quería decir eso.

—Eres el único que tiene derecho a decirlo —afirmó Ben-Ami.

—No debería haberlo hecho. Os pido disculpas de nuevo Pero ¿por qué tenemos que esperar a ese Weingrass?

—Porque sin él no podemos.

—¡Comprendo! Vosotros los del Mossad habéis cambiado de opinión. Ahora es al norteamericano al que queréis ayudar, no a nuestro objetivo original… ¡Maldita sea,

sí, a mi padre!

—El resultado podría ser el mismo, Yaakov…

—¡Yo no soy Yaakov! —rugió el joven jefe—. Para vosotros soy solo Azul, el hijo de un hombre que vio cómo separaban a su padre y a su madre en Auschwitz cuando querían abrazarse antes de que los llevasen a las duchas de gas. ¡Quiero a mi padre fuera y a salvo y puedo hacerlo! ¿Cuánto más puede sufrir ese hombre? Una infancia de horror, viendo cómo niños de su edad eran ahorcados por robar basura para comer, sodomizados por los cerdos de la Wehrmacht, escondiéndose, muriendo de hambre en los bosques por toda Polonia hasta que llegaron los Aliados. Más tarde, la bendición de tres hijos, solo para que a dos de ellos los matasen, los asesinasen en Sidón esos sucios cerdos… ¡terroristas árabes! ¿Y ahora tengo que preocuparme por un *cowboy* norteamericano, por un político que quiere convertirse en héroe para poder salir en las películas y ver su retrato en los envases de cereales para el desayuno?

—Por lo que me han dicho —objetó con calma Ben-Ami—, eso no es verdad. Ese norteamericano arriesga su vida sin ayuda de los suyos y sin la menor perspectiva de recompensa si vive. Como dice aquí nuestro amigo, lo hace por una razón muy diferente de la nuestra, para vengar algo terrible que le hicieron, a su familia, como si dijésemos.

—¡Al infierno con él! ¡Eso fue a una familia, no a un pueblo! ¡Digo que debemos ir a la embajada!

—Y yo digo que no vais. —El agente dejó su pistola sobre la mesa—. Ahora estáis a las órdenes del Mossad y las cumpliréis.

—¡Cerdos! —gritó Yaakov—. ¡Sois unos cerdos, todos!

—Lo somos —dijo Ben-Ami—. Todos nosotros.

10.48 a.m., hora de Omán.

La controlada conferencia de prensa había terminado. Los reporteros y los equipos de televisión recogían sus blocs de notas y su equipo, preparándose para ser conducidos por los pasillos de la embajada hasta las puertas de entrada, patrulladas por un centenar de hombres jóvenes y mujeres veladas que iban y venían con las armas listas para hacer fuego. Sin embargo, dentro de la sala donde se había celebrado la conferencia, un hombre gordo se abrió paso por entre los guardias con palabras untuosas y se acercó a la mesa donde estaba sentada Zaya Yateem. Con los fusiles apuntándole a la cabeza, habló.

—Vengo de parte del Mahdí —susurró—, el que paga cada chelín que recibís.

—¿Tú también? La emergencia de Baréin debe ser seria.

—¿Cómo?

—¿Lo habéis registrado? —preguntó Zaya a los guardianes, que hicieron gestos de asentimiento—. Dejadlo.

—Gracias, madame. ¿De qué emergencia en Baréin habla?

—Por supuesto no lo sabemos. Uno de los nuestros va a ir allí esta noche para que se lo cuenten y volverá con las noticias.

MacDonald clavó su mirada en los ojos que asomaban por encima del velo mientras iba formándosele en el enorme pecho un dolor agudo y vacío. *¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Baréin lo dejaba de lado? ¿Qué decisiones habían sido tomadas que lo excluían? ¿Y por qué? ¿Qué había hecho aquella sucia puta árabe?*

—Madame —continuó el inglés, despacio, midiendo las palabras—, lo de la emergencia en Baréin es algo nuevo, mientras que lo mío es otro asunto no menos serio. A nuestro benefactor le gustaría que se aclarase, de manera inmediata, la presencia de una mujer llamada Kalila aquí en Mascate.

—¿Kalila? No hay ninguna mujer de ese nombre entre nosotros, aunque los nombres no significan nada.

—No aquí dentro, pero sí fuera y en contacto con su gente, de hecho con su propio hermano.

—¿Mi hermano?

—Exactamente. Tres prisioneros huidos iban a toda marcha a encontrarse con ella en la carretera de Jabal Sham, ¡a encontrarse con el enemigo!

—¿Qué está diciendo?

—No estoy diciendo, madame, estoy preguntando. Estamos pidiendo una explicación. El Mahdí insiste en ello de la manera más taxativa.

—¡No tengo la menor idea de lo que está diciendo! Es verdad que tres presos se escaparon, uno de ellos mi hermano, junto con Yosef y otro emisario de nuestro benefactor u hombre llamado Bahrudi, de Berlín Este.

—¿*Berlín…*? Madame, va usted demasiado de prisa para mí.

—Si realmente viene usted de parte del Mahdí, me asombra que no lo sepa. —Yateem se detuvo, y sus ojos grandes y penetrantes recorrieron la cara de MacDonald —. Por otro lado usted podría venir de parte de cualquiera de cualquier sitio.

—¡Mientras esté en Mascate soy la única voz del Mahdí! Llame a Baréin y entérese personalmente, madame.

—Sabe muy bien que tales llamadas no están permitidas. —Zaya chascó los dedos en dirección a los guardianes, que se precipitaron hacia la mesa—. Coged a este hombre y llevadlo a la sala del consejo. Después despertad a mi hermano y a Yosef y buscad a Amal Bahrudi. Va a haber otra reunión. ¡De prisa!

La ropa que eligió Evan era una mezcla del código indumentario terrorista; pantalones caqui sin planchar, una sahariana de estilo norteamericano y una camisa oscura abierta hasta la mitad del pecho. Salvo por la edad y el color de los ojos, su aspecto era muy parecido al de la mayoría de los fanáticos que habían ocupado la embajada. Incluso los años quedaban disimulados por su piel ahora oscura, y sus ojos

velados por la visera de una gorra de tela. Para completar la imagen que quería dar, añadió a la sahariana un cuchillo en su funda y el bulto de un revólver en el bolsillo derecho. Había salvado la vida de Azra, príncipe de los terroristas, y pudo moverse libremente por la embajada, de una repugnante escena a otra, de un grupo de gente asustadiza, agotada, desesperanzada, a otro.

Esperanza. Era lo único que les podía dar, sabiendo que en última instancia probablemente sería falsa; pero tenía que dársela, tenía que proporcionarles algo a lo que agarrarse, o al menos en lo que pensar en las horas oscuras y aterradoras de la noche.

—¡Soy norteamericano! —susurraba a los asombrados rehenes cada vez que se encontraba a tres o más juntos, sin perder de vista a los terroristas que se movían por allí y que pensaban que estaba insultando a sus prisioneros con repentinos y audibles estallidos de rabia—. ¡Nadie os ha olvidado! ¡Estamos haciendo cuanto podemos! No os importe que os grite, tengo que hacerlo.

—¡Gracias a Dios! —era la respuesta constante, seguida de lágrimas y descripciones de horrores que, invariablemente, incluían la ejecución pública de los siete rehenes condenados.

—¡Nos matarán a todos! ¡No les importa! A esos sucios animales les trae sin cuidado la muerte, la nuestra y la de ellos

—*¡Haced cuanto podáis para permanecer en calma, es muy importante! Procurad no mostrar miedo; eso es de extrema, importancia. No os enfrentéis a ellos, pero tampoco os arrastréis a sus pies. Veros asustados es como una droga para ellos. Recordadlo*.

De repente Kendrick se incorporó y prorrumpió en insultos contra un grupo de cinco norteamericanos. Sus ojos siempre alerta habían divisado a uno de los guardias personales de Zaya Yateem que se acercaba rápidamente a él.

—¡Tú! ¡Bahrudi!

—Sí.

—Zaya quiere verte en seguida. ¡Ven a la sala del consejo!

Siguiendo al guardia, Evan cruzó la terraza y bajó tres tramos de escalera hasta un largo corredor. Se quitó la gorra, ahora empapada en sudor, y fue conducido ante la puerta abierta de un gran despacho de la embajada. Entró, y cuatro segundos después su mundo se vio sacudido por las últimas palabras que esperaba oír.

—¡Dios mío! ¡Tú eres Evan Kendrick!

12

—*Meen ir ráh-gill da?* —preguntó Evan, con la mente y el cuerpo paralizados, tratando de actuar con naturalidad mientras preguntaba a Zaya quién era aquel tipo obeso que acababa de hablar en inglés.

—Asegura que lo envía el Mahdí —le explicó Azra, de pie entre Yosef y Ahbyahd.

—¿Y qué ha querido decir?

—Lo que has oído. Que eres un tal Kendrick.

—¿Quién es ese? —preguntó Evan en inglés, dirigiéndose a Anthony MacDonald e intentando desesperadamente guardar la compostura mientras encajaba, no solo la visión de un hombre a quien hacía cinco años que no veía, sino su presencia en aquel lugar. ¡MacDonald! ¡El borracho de buena familia de El Cairo!

—Me llamo Amal Bahrudi. ¿Y usted?

—¡De sobra sabes quién soy! —se engalló el inglés moviendo el índice en el aire y mirando sucesivamente a los cuatro consejeros árabes, sobre todo a Zaya Yateem —. ¡No es Amal nosequé y no viene de parte del Mahdí! ¡Es norteamericano y se llama Evan Kendrick!

—Estudié en dos universidades norteamericanas —dijo Evan, sonriente—, pero nadie me llamó nunca Kendrick. Otras cosas sí, pero no Kendrick.

—¡Estás mintiendo!

—Por el contrario, tendría que decir que el mentiroso es usted si afirma que trabaja para el Mahdí. Me enseñaron fotos de todos los europeos que forman parte de su, digamos personal confidencial y usted no estaba. Lo recuerdo muy bien porque tiene una cara y un aspecto, digamos… muy particulares.

—¡Mentiroso! ¡Impostor! ¡Trabajas con Kalila la puta, con el enemigo! ¡Esta mañana, antes de amanecer, ella fue a encontrarse contigo!

—¿De qué está hablando? —Kendrick miró a Azra y a Yosef—. Nunca he oído hablar de ninguna Kalila, ni como enemiga ni como puta, y lo que hacíamos antes de amanecer era huir para salvar la vida. No teníamos tiempo para frivolidades, se lo aseguro.

—Les digo que está mintiendo. ¡Yo estaba allí y la vi! ¡Os vi a todos!

—¿Que nos vio? ¿Cómo?

—Me aparté de la carretera…

—¿Nos vio y no nos ayudó? —le interrumpió colérico Kendrick—. ¿Y dice que viene de parte del Mahdí?

—Tiene razón, inglés —dijo Zaya—. ¿Por qué no los ayudó?

—¡Porque tenía cosas que averiguar! Y ahora las sé. ¡Kalila… y él!

—Tiene usted mucha fantasía, eso es lo que tiene, cualquiera que sea su nombre, que no lo sé. Pero nos va a ser fácil saber la verdad. Estamos camino de Baréin para ver al Mahdí. Lo llevaremos con nosotros. Al gran hombre le encantará sin duda

volver a verlo, ya que es usted tan importante para él.

—Estoy de acuerdo —dijo Azra con firmeza.

—¿Baréin? —rugió MacDonald—. ¿Cómo diablos van a conseguir llegar hasta allí?

—¿Quiere decir que no lo sabe? —se extrañó maliciosamente Kendrick.

Emmanuel Weingrass, con el pecho jadeante de dolor a causa del último ataque de tos, se apeó de la limusina frente al cementerio de Jabal Sa'ali. Se volvió al conductor, que sostenía la puerta, y habló con tono reverente y un exagerado acento británico.

—Voy a rezar por mis antepasados ingleses. Son tan pocos los que lo hacen… ya sabe. Vuelvo dentro de una hora.

—¿Cuánto? —preguntó el hombre, levantando un dedo—. *Iss'a?* —repitió en árabe, utilizando la palabra que significa «hora».

—Sí, mi amigo islámico. Es una peregrinación que hago todos los años. ¿Lo comprende?

—*Sí, sí, el sallah. Allahoo Akbar!* —respondió el conductor, asintiendo rápidamente con la cabeza mientras decía que comprendía las plegarias y que Dios era grande. Además, tenía dinero en la mano, más del que esperaba, y sabía que podría tener todavía más cuando volviese dentro de una hora.

—Ahora déjeme —dijo Weingrass—. Quiero estar solo… *sibni ihahlee.*

—¡Sí, sí!

El hombre cerró la puerta, volvió corriendo a su asiento y arrancó. Manny se permitió un breve espasmo, una tos vibrante que completaba la anterior, y miró alrededor para orientarse. Después echó a andar por el cementerio hasta la casa de piedra que se alzaba en un campo, unos cientos de metros más allá. Diez minutos después fue conducido al sótano donde la Inteligencia israelí había establecido su puesto de mando.

—¡Weingrass! —exclamó el agente del Mossad—. ¡Me alegro de volver a verlo!

—No, no se alegra. Nunca le hace feliz verme ni oírme. No sabe nada del trabajo que hace; no es más que un contable… y tacaño.

—Vamos, Manny, no empecemos…

—Ya lo creo que vamos a empezar —le interrumpió Weingrass, mirando a Ben-Ami y a los cinco miembros de la brigada Masada—. ¿Alguno de vosotros tiene *whisky*? Ya sé que este *zohlah* no lo tiene —añadió, dando a entender que el hombre del Mossad era un agarrado.

—Ni siquiera vino —repuso Ben-Ami—. No estaba incluido en nuestras provisiones.

—Seguro que las preparó ese. Está bien, contable; dime todo lo que sepas. ¿Dónde está mi hijo, Evan Kendrick?

—Aquí, pero es lo único que sabemos.

—Era de esperar. Siempre vais con retraso.

—Manny…

—Cálmate; vas a tener un paro cardíaco y no quiero que Israel pierda a su peor contable. ¿Quién puede decirme algo más?

—¡Yo! —gritó Yaakov, Azul en clave—. En este momento, qué digo, hace horas que deberíamos estar estudiando la embajada. ¡Tenemos un trabajo que hacer que no tiene nada que ver con tu norteamericano!

—De modo que además de un contable tenéis un lanzado. ¿Alguien más?

—Kendrick está aquí sin respaldo —dijo Ben-Ami—. Lo han traído en secreto, pero ahora tiene que arreglárselas por cuenta. Si lo cogen no querrán saber nada.

—¿Dónde conseguiste esa información?

—De uno de nuestros hombres en Washington. Ignoro quién o de qué departamento o agencia.

—Necesitaríais una guía —dijo Weingrass, sentándose a la mesa—. ¿Es seguro este teléfono?

—No hay garantía. Fue instalado a toda prisa.

—Gastando lo menos posible, como si lo viese.

—¡Manny!

—Bah, cállate.

Weingrass sacó una libretita del bolsillo, la hojeó y se detuvo en un nombre y un número. Cogió el teléfono y marcó a los pocos segundos habló.

—Gracias, mi querido amigo de palacio, por ser tan cortés. Me llamo Weingrass, un nombre que por supuesto no significa nada para usted pero sí para el gran sultán Ahmat. Naturalmente, no querría molestar a su ilustre persona, pero si pudiese hacerle saber que he llamado, quizá pueda devolverme un gran favor. Permítame que le dé un número, ¿puedo? —Manny dictó las cifras, esforzándose por verlas—. Gracias, querido amigo; se trata de un asunto muy urgente y el sultán puede agradecer su diligencia. Le repito las gracias.

El que fuera un día famoso arquitecto colgó el teléfono y se repantigó en su asiento, respirando profundamente para tratar de serenar los ruidos que le brotaban del pecho.

—Y ahora a esperar —dijo, mirando al agente del Mossad—. Y ojalá nuestro sultán tenga más sesera y más dinero que tú. ¡Dios mío, ha vuelto! ¡Después de cuatro años mi hijo me ha hecho caso, ha vuelto!

—¿Por qué? —preguntó Yaakov.

—El Mahdí —dijo con voz baja y colérica Weingrass, mirando al suelo.

—¿Quién?

—Ya lo sabrás, lanzado.

—En realidad no es su hijo, Manny.

—Es el único que quise tener.

Sonó el teléfono y Weingrass se apresuró a llevárselo a la oreja.

—¿Sí?

—¿Emmanuel?

—En otros tiempos, cuando nos veíamos en Los Ángeles, eras mucho menos etiquetero.

—Alá sea alabado; nunca lo olvidaré. Me hice un chequeo al volver aquí.

—Dime, mal bicho, ¿llegaste a graduarte con aquella tesis de economía?

—Solo me dieron una B, Manny. Debería haberte hecho caso. Me dijiste que la hiciera mucho más complicada, que las complicaciones les encantaban.

—¿Puedes hablar? —preguntó Weingrass, en tono súbitamente serio.

—Yo sí, pero tú no. Desde aquí todo son interferencias. ¿Comprendes?

—Sí. Nuestro conocido. ¿Dónde está?

—Camino de Baréin con otras dos personas de la embajada. Se suponía que iba a ser solo otra, pero hubo un cambio en el último momento, no sé por qué.

—Probablemente porque hay un hilo que conduce a alguien más. ¿Son todos?

Ahmat hizo una breve pausa.

—No, Manny —dijo—. Hay otro en cuyo camino no debes interponerte y a quien no debes reconocer de ningún modo. Es una mujer y se llama Kalila. Te lo digo porque confío en ti y debes saber que está ahí, pero nadie más debe saberlo nunca. Su presencia aquí debe ser mantenida tan en secreto como la de nuestro amigo; si se supiera sería una catástrofe.

—Bien dicho, joven amigo. ¿Y cómo reconoceré a ese… problema?

—Espero que no haya motivo para que lo hagas. Está escondida en la cabina del piloto, que permanecerá cerrada hasta que lleguen a Baréin.

—¿Es todo lo que vas a decirme?

—Sobre ella, sí.

—Tengo que moverme. ¿Qué puedes hacer por mí?

—Mandarte en otro avión. Tan pronto como pueda, nuestro amigo llamará y me dirá lo que ocurre. Cuando llegues allí, llámame; voy a decirte cómo.

Ahmat dio a Weingrass el número de su teléfono privado provisto de distorsionador.

—Debe de ser una central nueva —dijo Manny.

—No es ninguna central. ¿Estarás en ese número?

—Sí.

—Volveré a llamarte cuando esté todo preparado. Si sale pronto un vuelo comercial, lo más fácil será que vayas en él.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué?

—Todo tiene que ser ciego y sordo. Tengo siete pavos reales conmigo.

—¿Siete…?

—Sí, y si crees que vas a tener problemas, alguna catástrofe, llama a estos pájaros

tan inteligentes, de plumaje azul y blanco.

Ahmat, sultán de Omán, se quedó boquiabierto.

—¿El Mossad? —susurró.

—Más o menos.

—¡Mierda santa!

El pequeño reactor Rockwell de seis plazas volaba rumbo noroeste a treinta y cuatro mil pies sobre los Emiratos Árabes Unidos, camino del golfo Pérsico en su viaje de mil doscientos kilómetros hasta Baréin. Un Anthony MacDonald increíblemente tranquilo y confiado iba solo en la primera fila de dos asientos, y Azra y Kendrick en la última. La puerta de la cabina del piloto estaba cerrada, y, según el hombre que los había recogido con el vehículo militar «robado» y conducid a través de la zona de carga hasta el extremo más lejano del aeropuerto de Mascate, donde estaba el avión, seguiría cerra da hasta que se apeasen los viajeros. Nadie iba a verlos; en el aeropuerto internacional de Muharraq, en Baréin, los recibiría alguien que los acompañaría para pasar el control de inmigración.

Evan y Azra habían repasado el horario varias, veces, y como el terrorista no había estado nunca en Baréin, tomaba notas, sobre todo de los lugares y sus nombres. Era imprescindible para Kendrick que él y Azra se separasen, al menos durante una hora. El motivo era Anthony MacDonald, el más inverosímil de los agentes del Mahdí. El inglés podía ser un atajo para llegar hasta él, y si lo era, Evan abandonaría al príncipe heredero de los terroristas.

—Recuerda: escapamos juntos del Jabal Sham; y, teniendo en cuenta a la Interpol, por no hablar de las unidades de Inteligencia combinadas de Europa y América, habrá alertas en todas partes, y con nuestras fotografías. No podemos correr el riesgo de que nos vean juntos a plena luz del día. Después de oscurecer el riesgo es menor, pero incluso entonces debemos tomar precauciones.

—¿Cuáles?

—Para empezar, comprar otra ropa; esta es propia de matones de tres al cuarto, muy apropiada para Mascate, pero no aquí. Toma un taxi hasta Manama, es la ciudad que está al otro lado del terraplén, en la gran isla, y coge una habitación en el hotel Aradous, sobre el Wadi al Ahd. En el vestíbulo hay una tienda para hombres; cómprate un traje de calle occidental y córtate el pelo en la peluquería. ¡Escríbelo todo!

—Eso hago.

Azra aceleró su caligrafía.

—Regístrate con el nombre de… Yateem es un apellido común en Baréin, pero no debemos correr ese riesgo.

—¿Con el nombre de mi madre, Ishaad?

—Sus computadoras están demasiado bien alimentadas Utiliza Farouk; todo el

mundo lo hace. T. Farouk. Te veré dentro de un par de horas.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? —Kendrick estuvo a punto de decirle la verdad—. Quedarme con ese inglés mentiroso que asegura que trabaja para el Mahdí. Si por casualidad es así será fácil concertar la reunión de esta noche. Pero, francamente no le creo; y si es el mentiroso que pienso, tengo que saber para quién trabaja.

Azra miró al hombre a quien conocía como Amal Bahrudi y le habló en voz baja.

—Vives en un mundo más complicado que el mío. Nosotros conocemos a nuestros enemigos; les apuntamos con nuestras armas y tratamos de matarlos porque si no ellos nos matarían a nosotros. En cambio me parece que vosotros no estáis nunca seguros, que en vez de limitaros a disparar tenéis que preocuparos antes de saber quién es el enemigo.

—Vosotros habéis tenido que infiltraros y considerar la posibilidad de que haya traidores; las precauciones no son tan diferentes.

—La infiltración no es difícil cuando hay millares que visten y hablan como nosotros. Es una cuestión de actitud; adoptamos la del enemigo. En cuanto a los traidores, en Mascate fallamos, tú nos lo has dicho.

—¿Yo?

—Las fotografías, Bahrudi.

—Por supuesto; perdona. Tengo la cabeza en otras cosas. —*La tenía, pero podría volver a ocurrirle. El joven terrorista lo miraba de un modo extraño. Tenía que alejar cualquier duda. ¡Cuanto antes!*—. Pero, hablando de esas fotografías, tu hermana tendrá que aportar pruebas de que ha terminado de raíz con esa traición. Sugiero otras fotos. Cadáveres junto a una cámara aplastada, declaraciones grabadas que puedan hacerse circular… Me refiero a confesiones, por supuesto.

—Zaya sabe lo que debe hacer; es la más fuerte de todos nosotros, la más consagrada. No descansará hasta que haya destripado cada habitación, registrado a cada hermano y hermana, metódicamente.

—¡Palabras, poeta! —le amonestó Evan—. Quizá no lo comprendas. Lo ocurrido en Mascate, lo que por descuido se permitió que ocurriese, podría afectar a nuestras operaciones en otros lugares. Si trasciende y queda sin castigo, en todas partes habrá agentes dispuestos a infiltrarse, a conseguir películas y grabaciones.

—Está bien, está bien. —Azra no quería seguir oyendo críticas—. Mi hermana se ocupará de todo. Creo que no estaba convencida hasta que comprendió lo que hiciste por nosotros en el Jabal Sham, y vio lo que podías hacer por teléfono. Ahora se apresurará a tomar las medidas que debe, te lo aseguro.

—¡Muy bien! Descansa, colérico poeta. Tenemos por delante una tarde y una noche muy largas.

Kendrick se recostó en su asiento, como disponiéndose a dormir, con sus ojos medio cerrados fijos en la nuca de MacDonald. Había tanto en que pensar, tantas cosas a tomar en cuenta, que no había tenido tiempo de analizar, ni siquiera de

intentarlo. Y sin embargo, por encima de todo, estaba un Mahdí, ¡el Mahdí!, no rodeando y matando de hambre en Jartum a George Gordon a mediados del siglo pasado, sino vivo y manipulando el terror cien años más tarde en Baréin. Y había una compleja cadena que llevaba hasta el monstruo. Oculta enterrada, montada con toda profesionalidad, ¡pero allí estaba! Había dado con un apéndice, solo un tentáculo quizá pero que formaba parte del cuerpo. El asesino que tenía al lado podía llevarlo hasta el conducto principal, como cada cable de un edificio lleva en última instancia a la fuente de energía central. *Se hacen cinco llamadas, diez veces cinco a teléfonos de Baréin que no figuran en la lista, y solo una puede llegar hasta el Mahdí*: Zaya Yateem, que sabía de lo que hablaba. Cincuenta llamadas, cincuenta números de teléfono y uno solo entre cincuenta hombres o mujeres desconocidos sabía dónde estaba el Mahdí, quién era.

Se había inventado una emergencia, del modo que Manny Weingrass le había dicho siempre que inventase emergencias cuando trataba con posibles clientes que no pensaban o no podían comunicarse entre sí. *Di al primero que tienes que tener una respuesta el miércoles o nos iremos a Riyad, y al segundo que no podemos aguardar más que hasta el jueves porque nos espera un montón de trabajo en Abu Dhabi*.

Esto no era lo mismo, por supuesto, pero se trataba solo de una variación en la técnica. Los jefes terroristas de la embajada de Mascate estaban convencidos de que su benefactor, el Mahdí, tenía una emergencia, puesto que lo había organizado todo para que «Amal Bahrudi», el de Berlín Este, llevase a uno de ellos a Baréin. A la inversa, a las fuerzas del Mahdí les habían dicho por la televisión internacional que un «mensaje urgente» había sido enviado «a los amigos» y precisaba una «respuesta inmediata». ¡Emergencia!

Manny, ¿hice bien? Tengo que encontrarlo, que pelear contra él… ¡Tengo que matarlo por lo que nos hizo a todos!

Emmanuel Weingrass, musitó Evan, mientras los ojos empezaban a cerrársele y caía sobre él el peso muerto del sueño. Sin embargo no pudo evitarlo; una risa silenciosa resonó en su garganta. Recordaba su primer viaje a Baréin.

Ahora, por el amor de Dios, no olvides que estamos tratando con una gente que gobierna un archipiélago, no una masa de tierra fronteriza con otra y a la que ambas partes convienen en llamar un país. Te hablo de más de treinta islas del golfo Pérsico gobernadas por un jeque. No es algo que una vaya a medir en acres, ni te dejan nunca que lo hagas. Esa es su fuerza.

—¿A dónde quieres ir a parar, Manny?

—Trata de comprenderme, mecánico iletrado. Esto es un Estado independiente, un conjunto de erupciones marinas que protegen los puertos de las tormentas del Golfo y están convenientemente situadas entre la península de Qatar y la costa de Al Hasa, en Arabia Saudí, muy importante por la gran influencia de los saudies.

—¿Qué diablos tiene que ver eso con un maldito campo de golf en una isla? ¿Tú juegas al golf, Manny? Yo nunca pude permitírmelo.

—Perseguir a una pelotita blanca por cien acres de hierba mientras te mata la artritis y se te salta el corazón a cada fallo nunca ha sido mi idea de una actividad civilizada. Pero sí sé lo que vamos a poner en ese campo de golf.

—¿Qué?

—Recuerdos de cosas pasadas. Porque también será un recordatorio constante de su presente, un recordatorio para todos. Su fuerza.

—¿Quieres bajar de la órbita, por favor?

—Lee las crónicas históricas de Asiría, Persia, los griegos y los romanos. Echa una ojeada a los dibujos de los antiguos cartógrafos portugueses y a los libros de a bordo de Vasco da Gama. En una u otra época, todos ellos lucharon por dominar el archipiélago, y los portugueses lo consiguieron durante un siglo. ¿Por qué?

—Seguro que vas a decírmelo.

—A causa de su situación, de su importancia estratégica. Durante siglos ha sido un codiciado centro comercial y de las fuentes de financiación del comercio…

Fue en ese momento cuando el mucho más joven Evan Kendrick intervino, comprendiendo al fin a dónde iba a parar el excéntrico arquitecto.

—Eso es lo que está ocurriendo ahora. Está acudiendo dinero de todo el mundo a pasos agigantados.

—Como Estado independiente sin peligro de ser conquistado en el mundo actual —le aclaró Weingrass—. Baréin sirve igual a aliados y enemigos. De modo que la magnífica casa-club de ese recorrido de golf debe reflejar su historia. Lo haremos mediante murales. Cuando un hombre de negocios contemple las pinturas de encima del bar y vea todas esas cosas reflejadas, pensará: ¡Este sitio no es ninguna bobada! ¡Todo el mundo lo quería! ¡Mira el dinero que gastaron!, y estará incluso más ansioso que antes por operar aquí. Es del dominio público que los tratos se hacen en los campos de golf, joven ignorante. ¿Por qué crees que quieren construir uno?

Cuando el grupo Kendrick terminó la un tanto grotesca casa-club de aquel campo de golf de segunda categoría, les Pusieron a la firma contratos para construir tres bancos y dos edificios oficiales. Y Manny Weingrass fue perdonado por uno de los ministros más importantes en persona por perturbar la paz en un café de la calle Al Zubara.

El zumbido del reactor perforaba el cerebro de Evan, que seguía con los ojos cerrados.

—Me opongo a esta operación secundaria y quiero que conste en acta —dijo Yaakov, de nombre en clave Azul, de la brigada Masada, mientras los siete hombres subían al reactor en el extremo este del aeródromo de Mascate. Emmanuel Weingrass fue inmediatamente junto al piloto, se instaló en el asiento contiguo y soltó su tos cavernosa mientras se sujetaba el cinturón. El agente del Mossad se había quedado; tenía trabajo en Omán. Su pistola estaba ahora en poder del flaco Ben-Ami, que la

mantuvo desenfundada hasta que la unidad de cinco hombres hubo ocupado sus plazas en el avión.

—Constará en acta, amigo mío —dijo, mientras el avión empezaba a rodar por la pista—. Por favor, trata de comprender que hay cosas que no pueden decirnos, por el bien de todos. Nosotros somos los activistas, los soldados, y quien toma las decisiones es el alto mando. Ellos hacen su trabajo y nosotros el nuestro, que consiste en cumplir órdenes.

—En ese caso debo oponerme a una comparación odiosa —dijo el miembro de la unidad que respondía al nombre en clave Gris—. «Cumplir órdenes» no es una frase que me parezca muy aceptable.

—Le recuerdo, señor Ben-Ami —añadió Naranja—, que durante las últimas tres semanas hemos sido entrenados para una única misión, que todos nosotros nos creemos capaces de llevar a cabo a pesar de las muchas dudas que tienen en nuestro país. Estamos preparados, se nos ha informado a fondo de la misión, y de pronto es abortada sin explicación y nos vemos camino de Baréin persiguiendo a un hombre a quien no conocemos, con arreglo a un plan que nunca hemos visto.

—Si es que hay un plan —dijo Negro—, y no simplemente una deuda del Mossad con un viejo desagradable que quiere encontrar a un norteamericano, a un «hijo» gentil que encima no es suyo.

Weingrass giró en redondo. El avión subía rápidamente, con el ruido de los motores ahogado en parte por el rápido ascenso.

—¡Escuchadme, mentecatos! —gritó—. Si ese norteamericano ha ido a Baréin con un terrorista árabe, eso quiere decir que ha tenido muy buenas razones para hacerlo. Probablemente no se os ha ocurrido, pedazos de músculo, pero de Mascate no fue planeado por esos yoyós infrahumanos que juegan con armas. Los cerebros, si me permitís emplear un término tan oscuro para vosotros, están en Baréin, y es detrás de eso de lo que él va, ¡de *quien* él va!

—Su explicación, si es cierta —dijo Blanco—, no incluye un plan, señor Weingrass. ¿O lo echamos a los dados?

—No seria tan mala idea, listo; pero no, no lo echaremos a los dados. Cuando hayamos aterrizado y nos hayamos instalado, llamaré a Mascate cada quince minutos hasta que consigamos la información que necesitamos. Después, tenemos un plan.

—¿*Cómo*? —se extrañó Azul, furioso y suspicaz.

—Ya lo haremos, lanzado.

El corpulento inglés vio con un asomo de incredulidad cómo el terrorista Azra echaba a andar en compañía del oficial bareiní, un callado tipo de uniforme que había ido a recibir al Rockwell más allá del último hangar de mantenimiento del aeropuerto de Muharraq.

—Espere —gritó, mirando con ojos extraviados a Evan Kendrick, de pie junto a

él—. ¡Deténgase! No puede dejarme con este hombre. ¡Ya les dije que no es quien dice ser! ¡No es de los nuestros!

—No, no lo es —asintió el palestino, deteniéndose y mirando por encima del hombro—. Es de Berlín Este y me salvó la vida. Y si está usted diciendo la verdad, le aseguro que salvará la suya.

—No puede…

—Debo hacerlo —dijo Azra, volviéndose hacia el oficial.

El bareiní, sin el menor comentario ni en sus palabras ni en su expresión, se dirigió a Kendrick.

—Como puede ver, mi compañero está saliendo del hangar. Él nos hará pasar por otro sitio. Bien venidos a nuestro país.

—¡Azra! —gritó MacDonald, pero su voz fue ahogada por el rugido de los motores.

—Tranquilo, Tony —dijo Evan, mientras el segundo oficial bareiní se acercaba a ellos—. Estamos entrando ilegalmente y podrías hacer que nos fusilasen.

—¡Tú! ¡Sabía que eras tú! ¡Eres Kendrick!

—Claro que lo soy, y si alguien de nuestra gente aquí en Baréin supiese que utilizabas mi nombre, tu amada y embrutecida Cecilia, ¿es Cecilia, no?, seria viuda antes de que pudieses ni pedir otro trago.

—¡Por Cristo, no puedo creerlo! Vendiste tu empresa y viviste a Norteamérica. ¡Me dijeron que te habías convertido en una especie de político!

—Con ayuda del Mahdí, puedo llegar incluso a presidente.

—¡Dios santo!

—Sonríe, Tony. A ese hombre no le gusta lo que está haciendo y no querría que pensase que somos desagradecidos. ¡Sonríe, gordo hijo de perra!

Kalila, en pantalones color tabaco, cazadora de vuelo una gorra de oficial con visera, estaba junto a la cola del Harrier observando lo que ocurría a cien metros de allí a joven asesino palestino llamado Azul lo habían llevado fuera el diputado norteamericano y el increíble MacDonald salían en compañía de otro hombre uniformado, que los condujo por un laberinto de callejones de carga para eludir el paso por inmigración. Aquel Kendrick, aquel aparente conformista al servicio de alguna causa terrible, era mejor de lo que ella pensaba. No solo había sobrevivido a los horrores de la embajada —algo que ella creía imposible hacía nueve horas y que le había producido pánico—, sino que ahora había separado al terrorista del agente de los terroristas. *¿Qué tendría en la cabeza? ¿Qué estaba tramando?*

—¡De prisa! —dijo al piloto, que hablaba con un mecánico junto al ala de estribor —. ¡Vámonos!

El piloto asintió con la cabeza, no sin antes levantar los brazos con desesperación, y ambos se dirigieron a la salida reservada al personal de vuelo, previamente

despejada. Ahmat, el joven sultán de Omán, había pulsado todos los botones de su considerable mando en Mascate. Los tres pasajeros del reactor iban a ser llevados a un tramo del vestíbulo inferior del aeropuerto, muy por detrás de la fila de coches de alquiler de la terminal principal, donde habían improvisado señales de parada y había taxis conducidos por miembros de la policía secreta de Baréin. A ninguno se le había dado la menor explicación, solo una orden: informe del destino de cada pasajero.

Kalila y el piloto se despidieron y marcharon por caminos separados, él, hacia el Centro de Control de Vuelo, para recibir las instrucciones de regreso a Mascate; ella, a la zona del vestíbulo prevista, donde encontraría al norteamericano y lo seguiría. Iba a necesitar toda su habilidad para no ser vista mientras seguía a Kendrick y MacDonald. Tony la descubriría en seguida, y el norteamericano, naturalmente alerta, podía fijarse y recordar una oscura y sucia calleja del Shari el Misnk wiyis y a una mujer con una pistola en la mano. La verdad —que no lo apuntaba a él sino a cuatro individuos que aquella calleja llena de basura habían tratado de robarla o algo peor— no era fácil de creer para un hombre que vivía a borde de un peligro muy real. La determinación y la paranoia convergían en los laberintos de una mente sometida a un fuer te estrés. Iba armado, y la repentina explosión de una imagen podría acarrear una respuesta violenta. Kalila no temía por su vida. Ocho años de entrenamiento, de ellos cuatro en el violento Oriente Medio, la habían enseñado a anticiparse, a matar antes de que la matasen. Lo que la entristecía no era que un tipo honrado como aquel debiera morir por lo que estaba haciendo, sino que fuese ella su verdugo, posibilidad que iba en aumento a cada minuto que pasaba.

Llegó a la zona antes que los viajeros del reactor de Omán. El tráfico ante la puerta de Llegadas era tremendo: limusinas con los cristales de las ventanillas velados, taxis, coches corrientes y camiones de todas clases. El ruido y el humo eran insoportables y la algarabía ensordecedora bajo el techo de cemento. Kalila encontró un sitio a la sombra entre dos cajones y esperó.

El primero en aparecer fue el terrorista llamado Azra, acompañado por un funcionario de uniforme. Este hizo seña a un taxi, que acudió rápidamente, y el joven toscamente vestido subió al coche y leyó un trozo de papel que llevaba en la mano para dar las instrucciones al taxista.

Minutos después aparecieron en la zona el extraño norteamericano y el increíble Anthony MacDonald. ¡Algo iba mal!, se dijo al instante Kalila sin pensar realmente, solo observando. ¡Tony estaba comportándose como en sus tiempos de El Cairo! Su enorme cuerpo no dejaba de agitarse, malgastaba energía tratando de llamar la atención, mientras sus ojos saltones y el continuo cambio de expresión de su cara eran los de un borracho que trata de parecer respetable; todo ello en contradicción con el enorme dominio de sí mismo que necesita un agente secreto dotado de una red de informadores en medio de una situación tan movediza y de alcance mundial. Todo iba mal.

¡Y ocurrió! Mientras el taxi se aproximaba a ellos, de repente MacDonald lanzó

su enorme torso contra el norteamericano, quien fue a dar a la calle, frente al coche. Kendrick dio un salto para esquivar el capó y su cuerpo fue a caer en medio del tráfico. Chirriaron los frenos, sonaron los claxon y el diputado por el distrito noveno de Colorado fue alcanzado y se encontró pegado al parabrisas de un pequeño sedán japonés. *¡Dios mío, está muerto!*, pensó Kalila, echando a correr. Después, Kendrick se movió, movió ambos brazos mientras trataba de incorporarse, aunque se derrumbó al hacerlo.

Kalila corrió hacia el coche, cruzó por entre el barullo de guardias y policías secretos de Baréin que habían convergido en el lugar, remediando con un preciso puñetazo la cachaza de uno de ellos que no se apartaba, y se lanzó sobre un Kendrick presa de movimientos espasmódicos, mientras sacaba la pistola de su cazadora de vuelo. Apuntó a la cabeza del uniformado más cercano.

—Me llamo Kalila, y es lo único que necesitas saber. Este hombre es de mi propiedad y va conmigo. Pasa el aviso sácanos de aquí o te mato.

La sombra irrumpió en la habitación estéril, tan agitada que cerró de un portazo y estuvo a punto de tropezar en la oscuridad, camino de su equipo. Con manos temblorosas, puso en marcha sus aparatos.

Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda

¡Ha ocurrido algo! Éxito o fracaso, cazador o cazado. El último informe habla de Baréin, pero sin dar detalles; solo que el sujeto se hallaba en un estado de extrema ansiedad, pidiendo que lo llevasen inmediatamente allí. Naturalmente, esto supone que o escapó de la embajada o fue llevado fuera mediante algún subterfugio o no llegó a entrar. Pero, ¿por qué Baréin? Es todo demasiado incompleto, como si la sombra del sujeto estuviese ocultando hechos por motivos personales, posibilidad no improbable teniendo en cuenta lo ocurrido estos últimos años y el poder para ordenar comparecencias que tienen el Congreso y varios fiscales especiales.
¿Qué ha sucedido? ¿Qué está ocurriendo ahora? ¡Mis utensilios claman pidiendo información, pero no puedo darles nada! Suministrarles un nombre sin una referencia especifica solo sirve para que escupan datos históricos de enciclopedia. A veces pienso que mis propias facultades me derrotan, porque veo más allá de los factores y las ecuaciones, soy un visionario.
¡Sin embargo, él es el hombre! Mis utensilios me lo dicen, y yo les creo.

13

Evan luchaba contra el esparadrapo demasiado apretado que le rodeaba el hombro izquierdo, y después notó una sensación punzante que se extendía por toda la parte superior del pecho, acompañada por el olor a friegas con alcohol. Abrió los ojos, y le sorprendió verse sentado en una cama, con varias almohadas por respaldo. Estaba en el dormitorio de una mujer. A su izquierda tenía un tocador, con una silla baja de borde dorado. Frente a un gran espejo de tres cuerpos, bordeado de bombillas diminutas, había todo un surtido de lociones y perfumes en pequeños frascos de fantasía. Altas ventanas con vidrieras flanqueaban la mesa, y los cortinajes color melocotón hechos de un tejido traslúcido, hablaban a voces —lo mismo que el resto del mobiliario rococó— de un decorador caro. Enfrente de la ventana más lejana había una tumbona de raso, y junto a ella una pequeña mesa para el teléfono, con rejilla para revistas y cubierta de mármol rosa. La pared situada enfrente de la cama, a unos seis o siete metros, consistía en una larga fila de armarios de luna. A su derecha, más allá de la mesilla de noche, había un escritorio color marfil con otra silla de borde dorado, y a continuación la cómoda más larga que había visto nunca; tenía un lacado color melocotón —*péche*, hubiese insistido Manny Weingrass— y se extendía a todo lo largo de la pared. El suelo estaba cubierto de alfombras blancas, que formaban un montón capaz de dar masaje a los pies descalzos de quien anduviese por ellas, si alguien se atrevía. Solo faltaba un espejo encima de la cama.

La puerta, tallada, estaba cerrada, pero pudo oír voces al otro lado, las de un hombre y una mujer. Giró la muñeca para ver su reloj. No lo tenía. *¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado allí? ¡Cristo! El vestíbulo del aeropuerto… El golpe contra el coche y la gente a su alrededor hasta que, cojeando, se lo llevaron. ¡Azra! ¡Lo estaba esperando en el hotel Aradous…! ¡Y dónde andaría a esas horas MacDonald! ¡Dios mío! Todo se ha estropeado*. A punto de dejarse ganar por el pánico, y solo vagamente consciente del sol ya en declive que entraba por las ventanas, apartó la ropa y se bajó de la cama, tambaleante, estremeciéndose y rechinando los dientes a cada movimiento. Pero podía moverse, y eso era lo único que importaba. Además, estaba desnudo, y de pronto se abrió la puerta.

—Me alegra que pueda levantarse —dijo la mujer de piel olivácea mientras Kendrick se apresuraba a volver a la cama y refugiarse en las sábanas *péche*. Ella cerró la puerta—. Eso confirma el diagnóstico del médico. Acaba de irse. Dijo que el golpe había sido fuerte, pero los rayos X no mostraban ningún hueso roto.

—¿Rayos X? ¿Dónde estamos y quién diablos es usted, señora?

—Entonces, ¿no me recuerda?

—Si esto —exclamó furioso Evan, paseando la mano alrededores su modesto apeadero en Baréin, le aseguro que es la primera vez que lo veo. No es un sitio que uno olvide fácilmente.

—No es mío —dijo Kalila, sacudiendo la cabeza con un asomo de sonrisa y

acercándose a los pies de la cama—. Pertenece a un miembro de la familia real, un primo del emir, un viejo con una mujer joven, la más joven de las suyas, y están las dos en Londres. Él está muy enfermo, lo que explica el equipo médico que hay en el sótano, un gran equipo. El rango y el dinero tienen sus privilegios en todas partes, pero especialmente aquí en Baréin. Su amigo el sultán de Omán hizo esto posible para usted.

—Pero alguien tuvo que hacer posible para él saber lo que ocurría… ¡para que él lo hiciese posible!

—Esa fui yo, por supuesto…

—Yo la conozco —cortó Kendrick, frunciendo el entrecejo—, pero no puedo recordar dónde ni cómo.

—No estaba vestida como ahora, y nos vimos en circunstancias igualmente desagradables para ambos. En Mascate en un callejón oscuro y sucio que…

—¡En aquel barrio! —exclamó Evan, con ojos muy abiertos y la cabeza rígida—. El-Baz. Usted es la mujer de la pisto, la. Trató de matarme.

—No, no es cierto. Estaba protegiéndome de cuatro granujas, tres hombres y una muchacha.

Kendrick cerró un momento los ojos.

—Lo recuerdo. Un joven con pantalones caqui…

—No era un joven —objetó Kalila—. Era un drogota tan en las últimas como su amiga, y los dos me hubiesen matado para pagar a sus camellos árabes lo que necesitaban. Yo lo estaba siguiendo a usted, ni más ni menos. La información, ese es mi oficio.

—¿Por cuenta de quién?

—De la gente para la que trabajo.

—¿Cómo supo de mí?

—A eso no voy a contestar.

—¿Para quién trabaja?

—En un sentido amplio, para una organización que quiere encontrar soluciones a los múltiples horrores de Oriente Medio.

—¿Israelí?

—No —replicó con calma Kalila—. Mis raíces son árabes.

—Eso no me dice maldita la cosa, pero por supuesto me asusta.

—¿Por qué? ¿Es tan imposible para un norteamericano pensar que nosotros los árabes podemos querer encontrar soluciones justas?

—Vengo de la embajada de Mascate, y lo que vi allí no fue muy… agradable.

—Ni para nosotros. Sin embargo, puedo citar a un congresista norteamericano que dijo en la Cámara que «el terrorista no nace, se hace».

Evan, asombrado, miró con dureza a la mujer.

—Fue el único comentario que hice para el Diario de Sesiones. El único.

—Lo hizo después de un discurso particularmente rencoroso de un congresista de

California que prácticamente preconizaba la muerte de cuantos palestinos viven en lo que él llamaba Eretz Israel.

—¡Ese no distinguía Eretz de Biarritz! Era un WASP que creía estar perdiendo el voto judío de Los Ángeles. Me lo dijo él mismo el día anterior. Me tomó por un aliado y pensó que me parecería bien. ¡Maldita sea, si hasta me guiñó el ojo!

—¿Sigue creyendo lo que dijo?

—Sí —dijo Kendrick vacilante, como dudando qué responder—. Nadie que haya caminado por entre la mugre de los campos de refugiados puede creer que algo ni remotamente normal puede salir de ellos. Pero lo que vi en Mascate iba demasiado lejos. Olvídese del griterío y los cánticos salvajes. Allí había algo frío, una brutalidad metódica que se alimentaba de sí misma. Aquellos bestias estaban disfrutando.

—La mayoría de esos bestias nunca tuvo un hogar. Sus primeros recuerdos son los de andar vagando por entre la suciedad de los campos tratando de encontrar algo que comer, o ropa para sus hermanos y hermanas pequeños. Solo unos pocos saben algo, han ido al menos a la escuela. Esas cosas no estaban a su alcance. Eran náufragos en su propia tierra.

—¡Vaya a decirles eso a los niños de Auschwitz y Dachau! —exclamó Evan, acometido por una furia tranquila, fría—. Al menos ellos están vivos, forman parte de la raza humana.

—Jaque mate, señor Kendrick. No tengo respuesta; solo siento vergüenza.

—No quiero que se avergüence. Solo quiero salir de aquí.

—No está en condiciones de continuar lo que estaba haciendo. Mírese. Está agotado, y además ha sufrido lesiones de importancia.

Con la sábana por el pecho, Kendrick se sostuvo en el borde de la cama y habló lentamente.

—Tenía una pistola, un cuchillo y un reloj, entre otras varias cosas de valor. Me gustaría recuperarlos, por favor.

—Pensé que deberíamos discutir la situación…

—No hay nada que discutir. Absolutamente nada.

—Suponga que le digo que hemos encontrado a Tony MacDonald.

—¿Tony?

—Mi base es El Cairo. Ojalá pudiese decir que estábamos detrás de él desde hace meses, o años, pero no sería verdad. En realidad, el primer indicio que tuve fue esta mañana temprano, antes de amanecer. Me seguía en un coche con los faros apagados.

—¿En la carretera de Jabal Sham? —preguntó Evan, interrumpiéndola.

—Sí.

—Entonces es usted Cawley o algo parecido. Cawley la enemiga, y algunas otras cosas más.

—Me llamo Kalila y desde luego soy su enemiga, pero no las demás cosas, que no me resulta difícil imaginar.

—Y estaba siguiéndome.

—Sí.

—Luego sabía lo de la «fuga».

—También.

—¿Ahmat?

—Confía en mí. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—En ese caso debe confiar en la gente para la que usted trabaja.

—No puedo responder a eso. Le he dicho que confía en *mí*.

—Esa es una afirmación bastante retorcida, dos para ser exacto.

—La situación lo es.

—¿Dónde está Tony?

—Escondido en una habitación del hotel Tylos, en Government Road, bajo el nombre de Strickland.

—¿Cómo lo encontró?

—Por la empresa de taxis. De camino se detuvo en una tienda de deportes que se sospecha vende armas ilegalmente. Está armado. Digamos que el taxista se prestó a cooperar.

—¿Digamos?

—Eso bastará. Si MacDonald hace algún movimiento, será usted informado inmediatamente. Ya ha hecho once llamadas.

—¿A quién?

—Los números no figuran en la lista. Un hombre irá a la central dentro de una hora, más o menos, cuando haya menos trabajo, y conseguirá los nombres. Se los dará a usted tan pronto como los tenga y pueda hablar con un funcionario o por un teléfono público.

—Gracias. Necesito esos números.

Kalila cogió la pequeña silla rococó del tocador y se sentó frente a Kendrick.

—Dígame lo que está haciendo, congresista. Permítame ayudarle.

—¿Por qué iba a hacerlo? Usted no va a darme mi pistola, mi cuchillo y mi reloj… ni cierto trozo de tela, que probablemente ya ha vendido. Ni siquiera va a decirme para quién trabaja.

—En cuanto a su pistola, su cuchillo, su reloj y su cartera, y un cinturón con unos cincuenta mil dólares, y un encendedor de oro, y un paquete aplastado de cigarrillos norteamericanos «No para la exportación», lo que fue muy insensato por su parte, podrá tenerlo todo solo con que me convenza de que lo que está haciendo no tendrá como resultado la matanza de doscientos treinta y seis norteamericanos en Mascate. Los árabes no podemos tolerar esa posibilidad; ya somos despreciados lo bastante por las cosas horribles que no podemos controlar. En cuanto a para quién trabajo, ¿por qué iba a importarle a usted más que a nuestro común amigo Ahmat? Usted confía en él y él en mí, de modo que usted puede confiar también en mí. A es igual a B y B igual a ; en consecuencia, A es igual a C. Le diré de paso que su ropa ha sido fumigada, lavada y planchada. Está en el primer armario de la izquierda.

Evan, encaramado torpemente en el borde de la cama, la miraba fijamente, con los labios ligeramente entreabiertos.

—Eso es hablar, señora. Tendré que pensar en su lógica alfabética.

—No sé cuál es su horario, pero sospecho que no le queda mucho tiempo.

—Entre las once y media y las doce de esta noche —precisó Kendrick, sin la menor intención de revelar más que un plazo temporal—. En el avión vino conmigo un muchacho. Es uno de los terroristas de la embajada de Mascate.

—Se registró en el hotel Aradous, en el Wadi Al Ahd, como T. Farouk.

—¿Cómo…?

—Otro amable taxista. —Esta vez Kalila se permitió una sonrisa más amplia—. Digamos —añadió.

—Esos para quienes trabaja tienen mucha influencia en un montón de sitios.

—Por extraño que parezca, la gente para la que trabajo no tiene nada que ver con ello. No llegarían tan lejos.

—Pero usted sí.

—Tenía que hacerlo. Razones personales; también ellos están fuera.

—No es usted ninguna bobada, Cawley.

—Kalila… Kahlaila. ¿Por qué no llama a su amigo al Aradous? Compró ropa en el hotel y se cortó el pelo; supongo que esas fueron sus instrucciones; llámelo, tranquilícelo.

—Es usted casi tan servicial como los taxistas.

—Porque no soy enemiga suya y pretendo ayudarlo. Llame a Ahmat, si quiere. Él le dirá lo mismo. A propósito: también yo tengo el número del triple cinco.

Era como si un velo invisible hubiera desaparecido del rostro de la mujer árabe, una cara encantadora e impresionable, pensó Evan mientras estudiaba los grandes ojos castaño, tan llenos de atención y curiosidad. Una vez más se maldijo en silencio por ser solo un aficionado, por no saber lo que había de real y de falso. *¡Entre las once y media y las doce!* Esa era la hora cero, el plazo de treinta minutos en que iba a dar con un eslabón, *el eslabón* que conducía hasta el Mahdí. ¿Podría confiar en aquella mujer tan sumamente eficiente que no lo le dejaba saber hasta donde quería y no más? Pero, si no, ¿podría hacerlo él? Tenía también el número del triple cinco… ¿Lomo lo habría conseguido? De pronto la habitación empezó a dar vueltas, y el sol que entraba por las ventanas se convirtió en una ráfaga anaranjada. Las ventanas… ¿Dónde estaban?

—¡No, Kendrick! —gritó Kalila—. ¡Ahora no! ¡NO se desmaye ahora! ¡Haga esa llamada, yo le ayudaré! ¡Su a debe saber que todo va bien! Es un terrorista, en Baréin tiene adonde ir… ¡Debe hacer esa llamada!

Evan sintió las bofetadas en la cara, los golpes que hicieron volver la sangre a su cabeza, su cabeza de pronto acunada en el brazo derecho de Kalila mientras la mano izquierda de la joven alcanzaba el vaso que había en la mesilla.

—¡Beba esto! —ordenó, acercándole el vaso a los labios Bebió, ¡y el líquido le

estalló en la garganta!

—¡Jesús!

—Vodka de cuarenta y ocho grados y coñac —dijo Kalila sonriendo, sin dejar de sostenerlo—. Me dio la receta un tal Melvyn, del MI-Seis británico. «Consigue que alguien se tome tres de estos y podrás venderle lo que quieras sin verlo», me dijo. ¿Puedo venderle algo, congresista? Por ejemplo, ¿una llamada telefónica?

—No compro. No tengo dinero. Lo tiene usted.

—Haga esa llamada, por favor. —Kalila liberó a su prisionero y se retiró a la silla de borde dorado—. Creo que es de extrema importancia.

Kendrick sacudió la cabeza, tratando de ver con claridad el teléfono.

—No sé el número.

—Aquí lo tengo. —Kalila metió la mano en el bolsillo de su cazadora de vuelo y sacó un papel—. Es el cinco-nueve-cinco-nueve-uno.

—Gracias, amable secretaria.

Evan alcanzó el teléfono, sintiendo dolores por todo el cuerpo al inclinarse para cogerlo y ponérselo en las rodillas. Estaba invadiéndolo el cansancio; apenas podía moverse, marcar.

—¿Azra? —dijo al oír la voz del terrorista—. ¿Has estudiado el plano de Manama? Bien. Te recogeré en el hotel a las diez. —Hizo una pausa, mirando a Kalila—. Si me retraso por algún motivo, nos encontraremos en la calle que hay en la parte norte de la mezquita de Juma, en la esquina con Al Khalifa. Yo te buscaré, ¿comprendido…? Está bien.

Colgó el teléfono, temblando.

—Todavía tiene que hacer otra llamada, congresista.

—Deme un par de minutos.

Volvió a recostarse en las almohadas. ¡Dios, qué cansado estaba!

—Debería hacerla ahora. Tiene que decir a Ahmat dónde está, lo que ha hecho, lo que está pasando. Él lo espera. Merece oírlo de sus labios, no de los míos.

—Está bien, está bien. —Haciendo un enorme esfuerzo, Evan se incorporó y cogió el teléfono, que seguía sobre la cama—. Aquí en Baréin se marca directamente. Lo había olvidado. ¿Cuál es el prefijo para Mascate?

—Nueve-seis-ocho. Marque primero el cero-cero-uno.

—Debería llamar a cobro revertido.

Marcó sin poder apenas ver los números.

—¿Cuándo durmió por última vez?

—Hace dos… hace tres días.

—¿Y comer?

—Ya no me acuerdo. ¿Y qué me dice de usted? Porque ha estado también muy ocupada, madame No-Tan-Butterfly.

—Tampoco yo me acuerdo… Ah, sí, comí. Al salir del Shari el Mishkwiyis, me detuve en aquella horrible panadería de la plaza y tomé algo de baklava de naranja.

Más por saber lo que era que por otra cosa.

Evan levantó la mano. La línea privada del sultán estaba sonando.

—*Iwah?*

—Ahmat, soy Kendrick.

—¡Qué alivio!

—Estoy furioso.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—¿Por qué no me hablaste de ella?

—¿De ella? ¿De quién?

Evan pasó el teléfono a la sorprendida Kalila.

—Soy yo, Ahmat —dijo ella, cortada. Ocho segundos después, en los que la voz del perplejo y enfurecido joven sultán pudo oírse en toda la habitación, continuó—. Era esto o que toda la prensa supiese que un congresista norteamericano, armado y con cincuenta mil dólares, había llegado en avión a Baréin y entrado sin pasar por la aduana. ¿Cuánto tardaría en saberse que había llegado en un avión fletado por la casa real de Omán? ¿Y cuánto, después de eso, en desatarse las especulaciones sobre su misión en Mascate?

—Utilicé tu nombre con un hermano del emir a quien conozco hace años, y él nos proporcionó este sitio… Gracias, Ahmat. Aquí está.

Kendrick cogió el teléfono.

—Menuda alhaja, mi joven viejo amigo; pero supongo que estoy mejor aquí que donde podía estar. Aunque, por favor, no me des más sorpresas, ¿de acuerdo…? ¿Por qué estás tan callado…? Olvídalo. Aquí tengo el horario; y, recuerda, nada de intromisiones a menos que yo lo pida. He hablado con nuestro muchacho de la embajada en el hotel Aradous; y la situación de MacDonald, que supongo conoces… —Kalila asintió con un gesto y Evan continuó rápidamente—: Parece que sí. Está bajo vigilancia en el Tylos. Van a darnos una lista de sus llamadas cuando acabe de hacerlas. De paso te diré los dos van armados. —Kendrick, exhausto, añadió los detalles del lugar de encuentro tal como habían sido facilitados por los agentes del Mahdí—. Solo necesitamos a uno, Ahmat, un hombre que pueda llevarnos hasta él. Le apretaré las clavijas personalmente hasta que consigamos la información, porqués no podría obtenerla de ningún otro modo.

Colgó el auricular y volvió a dejarse caer en las almohadas.

—Necesita comer —dijo Kalila.

—Mande a alguien a un chino. Es usted quien tiene los cincuenta mil, no yo.

—Haré que le preparen algo en la cocina.

—¿A mí? —Con los párpados medio cerrados, Kendrick contempló a la mujer de piel olivácea sentada en la silla de borde dorado, ridículamente rococó. Tenía el blanco de sus ojos castaño oscuro inyectado en sangre, estaba ojerosa del cansancio, y las líneas de su cara eran mucho más pronunciadas de lo que correspondía a su edad —. ¿Y usted qué?

—Yo no importo, usted sí.

—Está a punto de caerse del trono, reina madre.

—Lo soportaré, gracias —dijo ella, enderezándose y pestañeando con aire de desafío.

—Ya que no va a darme mi reloj, ¿qué hora es?

—Las cuatro y diez.

—Todo está en su sitio —dijo Evan, poniendo los pies en el suelo bajo la sábana—, y estoy seguro de que en este establecimiento tan chillonamente civilizado pueden despertarnos a la hora que les digamos. «El descanso es un arma», he leído en algún sitio. Las batallas han sido ganadas y perdidas más por el sueño o la falta de él que por la potencia de fuego. Si no le importa volverse pudorosamente a otro lado, cogeré una toalla de lo que supongo es el mayor cuarto de baño de Baréin y me buscaré otra cama.

—Solo podemos abandonar esta habitación cuando nos vayamos de la casa.

—¿Por qué?

—Así se acordó. Al emir no le importa nada la joven esposa de su primo; en consecuencia, la profanación que la presencia de usted implica está limitada a las habitaciones de ella. Hay guardias fuera para hacer cumplir la orden.

—¡Es increíble!

—Yo no hice las normas; me limité a conseguirle un sitio donde pudiera estar.

Luchando por mantener los ojos abiertos, Kendrick volvió a tumbarse en la cama y rodó hasta el lado más lejano, sujetando la sábana para franquear la distancia.

—Está bien, miss Cairo. A menos que quiera seguir resbalándose en ese estúpido asiento y darse de bruces en el suelo, aquí tiene una colchoneta para echar la siesta. Y antes de que se duerma, dos cosas: no ronque, y asegúrese de que me levanto a las ocho y media.

Veinte atormentadores minutos después, incapaz de mantener los ojos abiertos y tras haberse caído por dos veces de su asiento, Kalila se arrastró hasta la cama.

Sucedió lo increíble. Increíble porque ninguno de los dos lo esperaba ni lo deseaba, ni había considerado siquiera remotamente tal posibilidad. Dos personas asustadas y agotadas sintieron cada una la presencia de la otra y, más dormidas que despiertas, fueron acercándose, al principio palpando; después, de un modo lento, vacilante, intentado alcanzarse; finalmente, abrazándose mientras sus labios hinchados y separados se buscaban necesitando desesperadamente el contacto húmedo que prometía un alivio a sus pesares. Hicieron el amor con frenesí, no como dos extraños que imitan a los animales, sino como un hombre y una mujer que se habían comunicado y sabían que de algún modo tenía que haber un poco de calor, de bienestar, en un mundo que se había vuelto loco.

—Supongo que debería decir que lo lamento —musitó Evan, con la cabeza

apoyada en las almohadas y el pecho jadeante como si estuviese tragando su última bocanada de aire.

—No lo hagas, por favor —dijo, susurrante, Kalila—. Yo no lo lamento. A veces… a veces todos necesitamos que nos recuerden que formamos parte de la raza humana. ¿No fueron esas tus palabras?

—En un contexto diferente, creo.

—No tanto, si lo piensas bien… Duérmete, Evan Kendrick. No volveré a decir tu nombre.

—¿Qué significa eso?

—Duérmete.

Tres horas más tarde, casi al minuto, Kalila se levantó, recogió su ropa de la alfombra blanca y, mientras contemplaba al norteamericano inconsciente, se vistió en silencio. Escribió una nota en el papel de cartas real y la colocó en la mesilla de noche, junto al teléfono. Después fue al tocador, abrió un cajón y sacó las pertenencias de Kendrick, incluidos la pistola, el cuchillo, el reloj y el cinturón del dinero. Lo puso todo en el suelo, junto a la cama, excepto el paquete de cigarrillos norteamericanos medio vacío, que arrugó y se echó al bolsillo; fue silenciosamente a la puerta y salió.

—*Esmah!* —susurró al guardia uniformado, diciéndole con una sola palabra que prestase atención a sus órdenes—. Hay que despertarlo a las ocho y media en punto. Vendré aquí en persona para comprobar que se ha hecho así. ¿Me entiendes?

— *Iwah, iwah!* —dijo el guardia, con el cuello rígido y asintiendo con la cabeza en señal de obediencia.

—Quizá llamen por teléfono preguntando por «el visitante». Hay que tomar nota de lo que digan, ponerlo en un sobre y meterlo por debajo de la puerta. Son solo nombres y números de teléfono de personas que hacen negocios con su empresa. ¿Comprendido?

—*Iwah, iwah!*

—Está bien.

Kalila puso suavemente dinares bareiníes por valor de cincuenta dólares en el bolsillo del guardia. Sería suyo de por vida, o al menos durante cinco horas. Descendió por la escalera, curva y decorada, hasta el enorme vestíbulo y la puerta de entrada tallada, que le abrió otro guardia inclinándose obsequiosamente. Ya en la bulliciosa acera, donde se mezclaban las indumentarias árabes y occidentales de la gente que se apresuraba en ambas direcciones, buscó con la vista un teléfono público. Vio uno en la esquina y corrió hacia él.

—Esta llamada será aceptada, se lo aseguro, telefonista —dijo, tras haber dado los números que le habían proporcionado para un caso de extrema urgencia.

—¿Sí?

La voz, a ocho mil kilómetros de distancia, fue áspera y brusca.

—Me llamo Kalila. Creo que es usted la persona con la que debía hablar.

—La misma. La telefonista dijo «Baréin». ¿Lo confirma?

—Sí. Está aquí. He pasado varias horas con él.

—¿Y ahora?

—Hay una reunión entre las once y media y las doce de esta noche cerca de la mezquita de Juam y la calle Al Khalifa. Yo debería estar allí, señor. Él no está en condiciones, no puede hacerlo.

—¡De ningún modo!

—¡Es como un niño entre esa gente! ¡Puedo ayudarlo!

—¡También puede implicarnos, cosa que queda fuera de cuestión, y lo sabe tan bien como yo! Váyase de ahí.

—Sabía que me diría eso… señor. Pero, ¿puedo, por favor, explicarle lo que considero son los aspectos negativos de la ecuación en esta operación en concreto?

—¡Déjese de fantasmadas! ¡Váyase de ahí!

Kalila se estremeció cuando Frank Swann, en Washington. DC, posó de golpe el teléfono.

—El Aradous y el Tylos, conozco los dos —dijo Emmanuel Weingrass, al teléfono en el pequeño y seguro despacho del puerto de Muharraq—. T. Farouk y Strickland. ¡Dios mío, no puedo creerlo! ¿Ese borracho de El Cairo…? Lo siento, Stinker, lo olvidé. Me refiero a ese francés de Argel; eso es lo que quería decir. Continúa. —Weingrass tomó nota de la información de Mascate, que le daba un joven por el que estaba Empezando a sentir un enorme respeto. Conocía a hombres 011 el doble de años y el triple de experiencia que Ahmat que se hubiesen arrugado bajo una tensión como la que el sultán de Omán estaba soportando, sin excluir a la indignante prensa occidental, que no tenía la menor idea de su valor, del valor para afrontar riesgos que podían acarrear su caída y su muerte—. Muy bien, ya lo tengo todo… Eh, Stinker, estás hecho un tío. Naciste para eso. Claro que probablemente lo aprendiste todo de mí.

—De ti aprendí una cosa, Manny, una verdad muy importante, que fue hacer frente a las cosas tal como son sin inventarme excusas. Me dijiste que una persona podía vivir con el fracaso, pero no con las excusas que le quitaban su derecho a fracasar. Me costó mucho tiempo comprenderlo.

—Eso es muy amable por tu parte, joven amigo. Transmíteselo al niño que según he leído estás esperando. Puedes llamarlo el añadido de Weingrass a los diez mandamientos.

—Pero, Manny…

—¿Sí?

—Por favor, no te pongas una de esas corbatas de lazo amarillas o con lunares rojos en Baréin. Son algo llamativas. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Ahora eres mi sastre…? Estaré en contacto, tío. Deséanos a todos buena caza.

—Os la deseo. Y sobre todo desearía poder estar con vosotros.

—Lo sé. No estaría aquí si no lo supiese… si nuestro amigo no lo supiese.

Weingrass colgó el teléfono y se volvió a los seis hombres que tenía a su espalda. Estaban encaramados en mesas y sillas, algunos empuñando sus armas cortas, otros comprobando la carga de las baterías de sus radios portátiles, y todos observando y escuchando atentamente al viejo.

—Nos separaremos —dijo este—. Ben-Ami y Gris vendrán conmigo al Tylos. Azul, tú lleva a los demás al hotel Aradous…

Se detuvo, acometido por un súbito ataque de tos. La cara se le puso roja y su delgada humanidad experimentó violentas sacudidas. Ben-Ami y los miembros de la unidad de la Masada se miraron, pero ninguno se movió, porque sabían instintivamente que Weingrass rechazaría su ayuda. Una cosa sí estaba clara para todos ellos: tenían delante a un moribundo.

—¿Agua? —preguntó Ben-Ami.

—No —replicó secamente Manny, mientras iba remitiendo la tos—. Es este maldito catarro de pecho; en Francia hace un tiempo asqueroso… Arreglado. ¿Dónde estábamos?

—Yo iba a llevar a los demás al hotel Aradous —dijo Yaakov, Azul por nombre en clave.

—Conseguíos ropa decente, no vayan a echarnos del vestíbulo. Aquí en el aeropuerto hay tiendas; bastará con unas chaquetas limpias.

—Esta es nuestra ropa de trabajo —objetó Negro.

—Metedla en bolsas de papel.

—¿Qué tenemos que hacer en el Aradous? —preguntó Azul apeándose de la mesa en que estaba sentado.

Manny consultó sus notas y miró al joven jefe.

—En la habitación Dos-cero-uno hay un hombre a quien llaman Azra.

—Es «azul» en árabe —dijo Rojo, mirando a Yaakov.

—Forma parte del consejo terrorista de Mascate —intervino Naranja—. Dicen que mandaba el equipo que asaltó el *kibbutz* Teverya cerca de Galilea y mató a treinta y dos personas, entre ellas nueve niños.

—Puso bombas en tres colonias de Cisjordania —añadió Gris— y voló una farmacia, tras pintar con *spray* el nombre «Azra» en una pared. Después de la explosión juntaron los trozos de la pared como si fuesen los de un rompecabezas y allí estaba. Lo vi en televisión.

—Cerdo —murmuró Yaakov, ajustándose bajo la sahariana las correas de su arma —. Cuando lleguemos al Aradous, ¿qué tenemos que hacer? ¿Ofrecerle té y pastas o solo una medalla al humanitarismo?

—¡Tened cuidado de que no os vea! —replicó ásperamente Weingrass—. Pero no lo perdáis de vista. Dos de vosotros tomad habitaciones junto a la suya y vigilad la

puerta. No bebáis ni un vaso de agua ni vayáis al retrete; limitaos a vigilar su puerta minuto a minuto. Los otros dos tomad posiciones en la calle, uno enfrente y el otro junto a la salida de empleados. Permaneced en contacto por radio. Utilizad claves sencillas, de una sola palabra… en árabe. Si se mueve, id con él, pero no permitáis que sospeche ni por un momento que estáis allí. Recordad que es tan bueno como vosotros; también él ha tenido que sobrevivir.

—¿Vamos a escoltarlo en silencio a una cena privada? —preguntó sarcásticamente Azul—. ¿Y eso es un plan?

—El plan vendrá de Kendrick —dijo Manny, por una vez sin llegar al insulto—. Si de verdad lo tiene —murmuró, preocupado.

—¿Qué? —saltó Ben-Ami, no con rabia sino lleno de asombro.

—Si todo transcurre según el horario —continuó Weingrass— recogerá al árabe a las diez en punto. Con su terrorista de Mascate a cuestas, espera hacer contacto con uno de los agentes del Mahdí, alguien que pueda llevarlos a los dos hasta el mismo Mahdí o hasta alguien con acceso a él.

—¿En qué se basa? —preguntó el incrédulo Ben-Ami, del Mossad.

—En realidad, no está tan mal. La gente del Mahdí cree que hay una emergencia, pero no saben de qué se trata.

—¡Un aficionado! —exclamó Rojo—. Habrá apoyos, y gente teledirigida, y quien la respalde. ¿Qué diablos estamos haciendo aquí?

—¡Estáis aquí para eliminar a los apoyos, a los teledirigidos y a quienes estén detrás de ellos! —exclamó Weingrass—. Si tengo que deciros lo que debéis buscar, será mejor que os volváis y empecéis de nuevo con los *boy-scouts* de Tel Aviv. Tenéis que seguirlo, protegerlo, apartarle a esa escoria. Vais a limpiar el camino para ese aficionado que está jugándose la vida en el empeño. El tal Mahdí es la clave, y si a estas alturas no lo habéis comprendido, yo nada puedo hacer. Una palabra suya, a poder ser con una pistola apuntándole a la cabeza, y en Omán acabará todo.

—Tiene su mérito —dijo Ben-Ami.

—¡Pero ningún sentido! —gritó Yaakov—. Supongamos que ese Kendrick llega hasta tu famoso Mahdí. ¿Qué hace, qué le dice? —Azul pasó a imitar exageradamente el acento norteamericano—: «Oye, socio, tengo un trato de primera para ti, tío. Tú retiras a tus terroristas y yo te doy mis botas de cuero nuevas». ¡Ridículo! Le volarán la cabeza en cuanto le pregunten cuál es esa emergencia.

—También eso tiene mérito —repitió Ben-Ami.

—¡Menuda pandilla de abogados! —chilló Manny—. ¿Creéis que mi hijo es estúpido? ¿Que levantó un imperio de la construcción a base de *mishegoss*? En el momento en que tenga algo concreto, un nombre, un lugar, una empresa, irá a Mascate, y nuestro amigo el sultán llamará a los norteamericanos, los británicos, los franceses y otros en quien confíe y tengan negocios en Omán, y se pondrán a trabajar juntos. Su gente aquí en Baréin los cercará.

—Mucho mérito —repitió Ben-Ami.

—No está mal —asintió Negro.

—¿Y usted qué hará? —preguntó un Yaakov un tanto desinflado, pero todavía desafiante.

—Enjaular a un zorro muy gordo que ha estado devorando un montón de gallinas en un gallinero del que nadie sabía nada —dijo Weingrass.

Los ojos de Kendrick se abrieron de golpe. Un ruido como de arañar… Una intrusión en el silencio del dormitorio que no tenía nada que ver con el tráfico que discurría al otro lado de las ventanas catedralicias. Era algo más cercano, más personal, en cierto modo íntimo. Sin embargo no se trataba de la mujer, de Kalila; se había ido. Pestañeó por un momento con templando las almohadas aplastadas que tenía al lado, y a pesar de todo lo que se amontonaba en su cerebro, sintió una repentina tristeza. Aquellas pocas horas con ella habían sido importantes, lo había sido el sentir entre ellos un calor que era solo una parte de su frenético deseo, un deseo que no hubiera estallado sin aquella calidez.

¿Qué hora era? Giró la muñeca y… su reloj no estaba. ¡Maldita sea, esa perra lo tiene todavía! Rodó por la cama y bajó las piernas sin preocuparse de taparse con la sábana. Las plantas de sus pies aterrizaron sobre objetos duros. Miró abajo, a la blanca alfombra de oso polar, y volvió a pestañear. Cuanto había tenido en sus bolsillos estaba allí… menos el paquete de cigarrillos, que tanto necesitaba en aquel momento. Después atrajo su mirada una hoja con el canto dorado que había en la mesilla. La cogió.

Creo que los dos fuimos cariñosos cuando los dos necesitábamos un poco de cariño. Solo lamento una cosa: no volveré a verte. Adiós.

Ni nombre, ni dirección futura; solo *ciao, amigo*. El saludo de dos barcos que se cruzan en el golfo Pérsico, o de dos personas tensas y dolidas en un atardecer de Baréin. Pero el atardecer había pasado; se dio cuenta porque apenas podía leer la nota de Kalila. Ya no entraban por las ventanas más que los últimos fulgores anaranjados del sol poniente. Alcanzó el reloj; las siete y cincuenta y cinco. Llevaba casi cuatro horas durmiendo. Estaba muerto de hambre, y sus años en los desiertos, las montañas y los rápidos le habían enseñado a no viajar con el estómago vacío. «Un guardia», había dicho Kalila. «Fuera», le había explicado. Evan arrancó la ropa de la cama, se envolvió en ella y cruzó la habitación. Se detuvo; en el suelo había un sobre. Ese era el ruido que había oído, el de meter un sobre por debajo de la puerta, operación bastan te trabajosa a causa de la gruesa alfombra. Lo cogió, lo rasgo y leyó. Contenía una lista de dieciséis nombres, direcciones y números de teléfono. ¡*MacDonald*! La lista de las llamadas que había hecho en Baréin. ¡Otro paso más hacia el Mahdí!

Abrió la puerta. Los saludos con el guardia uniformado fueron despachados con rapidez en árabe.

—¿Ya está despierto, señor? No debíamos molestarlo hasta las ocho y media en

punto.

—Le estaría muy agradecido si me molestase ahora mismo con algo de comer. La mujer dijo que podría conseguir algo en la cocina.

—Sí; lo que desee, señor.

—Cualquier cosa que encuentre. Carne, arroz, pan… Y lene me gustaría un poco de leche. Lo más pronto posible, por favor.

—¡En seguida, señor!

El guardia se volvió y marchó precipitadamente por el pasillo hacia la escalera. Evan cerró la puerta y se detuvo un momento a orientarse en la habitación, ahora oscura. Encendió una lámpara que había en el borde de la interminable cómoda y echó a andar por la gruesa alfombra hasta otra puerta que daba entrada a uno de los cuartos de baño más opulentos de Baréin.

Diez minutos más tarde reapareció. Duchado y afeitado, vestido con una bata corta de felpa, fue hasta el armario de luna donde según Kalila estaba su ropa «fumigada, lavada y planchada». Abrió la puerta y le costó trabajo reconocer el extraño conjunto de prendas que había reunido en la embajada de Mascate. Parecía un uniforme paramilitar. Tras colocarlo todo en las perchas, puso la ropa almidonada sobre la silla, volvió a la cama y se sentó a contemplar sus pertenencias en el suelo. Estuvo tentado de mirar el cinturón del dinero para ver si faltaban algunos de los grandes billetes, pero al fin decidió no hacerlo. Si Kalila era una ladrona, no quería saberlo, al menos por el momento.

Sonó el teléfono, un timbre que era más bien un prolongado chillido metálico, y se quedó mirando al aparato preguntándose… *¿quién?* Tenía la lista de MacDonald, y esa era la única llamada que según Kalila podía esperar. ¿Kalila? ¿Habría cambiado de opinión? Sintiendo una oleada de algo con lo que no contaba, alcanzó el teléfono y se lo llevó a la oreja. Ocho segundos más tarde deseó con toda su alma no haberlo hecho.

—*Amrikani* —dijo una voz masculina, en un tono monótono que respiraba odio —. Si sales de esa mansión real antes de amanecer, eres hombre muerto. Y mañana vuélvete sin ruido. Por donde has venido, a tu tierra.

14

Emmanuel Weingrass se llevó la radio de Gris a los labios y habló.

—Adelante, y recuerda que debes mantener la línea abierta ¡Tengo que oírlo todo!

—Con perdón, Weingrass —replicó Ben-Ami desde las sombras del otro lado de Government Road—, me sentiría algo más seguro si nuestro colega Gris escuchase también. Tú y yo no somos tan expertos en estas situaciones como esos jóvenes.

—No tienen ni un solo cerebro en su cabeza colectiva. En cambio nosotros tenemos dos.

—Esto no es la *shul*, Emmanuel; esto es lo que llaman campaña, y puede resultar muy desagradable.

—Tengo plena confianza en ti, Benny, siempre que me garantices que estas radios de juguete pueden oírse a través del acero.

—Son tan claras como el mejor micrófono electrónico, con la ventaja de que sirven para transmitir. Uno no tiene más que apretar los botones adecuados.

—Uno no. Tú. Adelante; os seguiremos cuando oigamos lo que dice ese MacDonald-Strickland.

—Antes dale la radio a Gris, por favor.

Surgiendo de las sombras cercanas a la marquesina del hotel Tylos, Ben-Ami se mezcló con los que entraban y salían, en su mayoría hombres, casi ninguno con ropas árabes, junto con algunas mujeres, esas sí exclusivamente con atuendo occidental. Los taxis se vaciaban y volvían a llenarse inmediatamente, entre propinas apresuradas a un portero cuyo único trabajo consistía precisamente en abrir y cerrar puertas, y de vez en cuando en hacer sonar un silbato estridente para que un azacaneado botones llevase el equipaje. Ben-Ami se mezcló con todo aquel jaleo y entró. Momentos después, entre el ruido de fondo del vestíbulo, se le oyó marcar. Manny, irritado, sostuvo la radio entre él y el mucho más alto y musculado Gris. Las primeras palabras de la habitación 202 fueron ininteligibles; después habló el agente del Mossad:

—*¿Shaikh Strickland?*

—*¿Quién es?*

El cauteloso susurro del inglés se hizo más audible. Ben-Ami había ajustado la radio.

—*Estoy abajo… Anah hénah littee gáhrah…*

—*¡Maldito negro estúpido! —chilló MacDonald—. ¡Yo no hablo ese galimatías! ¿Por qué llamas desde el vestíbulo?*

—*Estaba probándolo, señor Strickland —se apresuró a interrumpirle Ben-Ami—. Sometido a presión, cualquiera se va de la lengua. Podía haberme preguntado a dónde iba a ser esta vez mi viaje de negocios, y entonces yo hubiera sabido que no era usted el hombre…*

—*¡Sí, sí, comprendido! ¡Gracias a Dios que está ahí! Ha tardado lo suyo. Lo*

esperaba hace media hora. Iba a decirme algo… ¡dígalo!

—No por teléfono —respondió con firmeza el infiltrado del Mossad—. Por teléfono nunca, debería saberlo.

—Si cree que voy a dejarlo entrar en mi habitación…

—Yo en su lugar no lo haría. Sabemos que está armado.

—¿Lo saben?

—No se nos escapa ni un arma vendida de tapadillo.

—Si… sí, claro.

—Abra la puerta con la cadena puesta. Si mis palabras no las debidas, máteme.

—Muy bien. Estoy seguro de que no será necesario. Pero entiéndame, quienquiera que sea: ¡una sílaba fuera de su sitio y es usted cadáver!

—Practicaré mi inglés, shaikh Strickland.

De pronto, en la pequeña radio que tenía en la mano Weingrass empezó a parpadear una diminuta luz verde.

—¿Qué diablos es esto?

—Transmisión directa —dijo Gris—. Démelo. —El comando de la brigada Masada cogió el aparato y apretó un botón—. ¡Adelante!

—¡Está solo! —dijo la voz de Ben-Ami—. ¡Tenemos que actuar rápidamente para cogerlo ahora!

—¡No vamos a movernos, imbécil del Mossad! —replicó Weingrass, apoderándose de la radio—. Incluso esos mutantes de Operaciones Consulares del Departamento de Estado pueden oír lo que acaba de decirles, pero no el santo Mossad. Solo escuchan sus propias voces, y quizá la de Abraham, si le ha entrado un anillo para hablar en clave en una bolsa de palomitas.

—Manny, no tengo por qué… —dijo lenta y penosamente Ben-Ami por la radio.

—¡Necesitas orejas, eso es lo que necesitas, *ganza macher*! Ese tipo espera a un contacto del Mahdí en cualquier momento, alguien que no va a llamar desde el vestíbulo, sino que irá directamente a su habitación. Tiene las palabras que harán que MacDonald abra la puerta, que es cuando nosotros nos unimos a la fiesta y los cogemos a los dos. ¿Qué habías pensado? ¿Echar la puerta abajo con ayuda del neanderthal que tengo aquí al lado?

—Bueno, sí…

—Tampoco yo tengo por qué… —murmuró Gris.

—No me extraña que lo echaseis todo a perder en Washington. ¡Creíais que Contraseña era una consigna del Mossad en vez de un programa de televisión!

—¡Manny!

—¡Subid a la segunda planta! Estaremos allí dentro de dos minutos. ¿De acuerdo, Campanita?

—Señor Weingrass —dijo Gris, con su enjuta y musculosa mandíbula trabajando furiosamente mientras apagaba de golpe la radio—. Es usted probablemente el hombre más irritantemente molesto que he conocido.

—¡Qué vocabulario! En el Bronx te hubieran dado paliza por eso… si es que diez o doce de mis amigotes irlandeses o italianos podían contigo. ¡Vamos!

Manny empezó a cruzar Government Road, seguido por Gris, que seguía meneando la cabeza, no para mostrar desacuerdo, sino para limpiarla de lo que estaba pensando.

El pasillo del hotel era largo y la alfombra gastada. Era la hora de cenar, y la mayoría de los huéspedes estaban fuera Weingrass, de pie en un extremo, había tratado de fumar un Gauloise, pero lo había arrugado y tirado, quemando la alfombra, de ahí el ruido sordo y arrollador que se había iniciado en su pecho. Ben-Ami estaba junto al ascensor más lejano; era ese huésped irritado que nunca falta en los hoteles, esperando un ascensor que nunca llega. Gris era el que estaba más cerca de la habitación 202, apoyado como quien no quiere la cosa en la pared cercana a una puerta situada a unos cinco metros en diagonal de la de «mister Strickland». Era un profesional y adoptaba la postura del joven que esperaba ansioso a una mujer a quien tal vez no debería ver, hasta el punto de que parecía hablar a través de la puerta.

Ocurrió, y Weingrass quedó impresionado. De pronto el portero uniformado de la entrada del Tylos salió de un ascensor, con su gorra galoneada de oro en la mano, y se acercó a la habitación 202. Se detuvo, llamó, esperó a que la puerta estuviese entreabierta y habló. Quitaron la cadena, y de repente, con la velocidad y la agresiva determinación de un atleta olímpico. Gris salió catapultado de la pared contra las dos siluetas del umbral, y se las arregló para sacar una pistola de algún sitio invisible mientras se estrellaba contra sus dos enemigos, y sus pies y sus manos, tampoco se supo cómo, los juntaban como si fuesen uno solo, enviándolos al suelo. Brotaron dos disparos ahogados de la pistola del comando, y la automática que tenía en la mano Anthony MacDonald voló por los aires, junto con dos de sus dedos.

Weingrass y Ben-Ami convergieron en la puerta y se precipitaron dentro, cerrándola de golpe tras ellos.

—¡Dios mío, fíjese! —gritó el inglés, en el suelo y agarrándose la mano ensangrentada—. No tengo…

—Trae una toalla del baño —ordenó tranquilamente Gris, dirigiéndose a Ben-Ami. El agente del Mossad hizo lo que el joven le decía.

—¡Yo solo soy un mensajero! —aulló el portero, temblando de miedo junto a la cama—. ¡Solo tenía que entregar un mensaje!

—Tú tienes de mensajero lo que yo de cura —dijo Emmanuel Weingrass, de pie junto a él—. Eres perfecto, hijo de perra. Ves quien va y quien viene, les sirves de ojos. ¡Quiero hablar contigo!

—¡No tengo mano! —chilló el gordo MacDonald, mientras la sangre le corría en riachuelos diminutos por el brazo.

—¡Toma! —dijo Ben-Ami, arrodillándose y envolviendo en una toalla los muñones del inglés.

—No hagas eso —ordenó Gris, agarrando la toalla y tirándola a un lado.

—Me dijiste que la trajera —protestó Ben-Ami, desconcertado.

—He cambiado de opinión —dijo Gris, manteniendo colgando el brazo de MacDonald mientras corría la sangre de sus ledos cortados—. Tu sangre —continuó el comando de la brigada Masada, hablando con calma al inglés—, sobre todo la del brazo derecho, la de la aorta, que la saca del corazón, no puede ir más que a este suelo. ¿Me comprendes, Khanzeer? ¿Entiendes, cerdo? Dinos lo que necesitamos saber o desángrate. ¿Dónde está ese Mahdí? ¿Quién es?

—¡No lo sé! —exclamó Tony MacDonald, tosiendo mientras le rodaban las lágrimas por la cara—. Yo también llamo a unos números y alguien me llama a mí. ¡Es todo lo que sé!

El comando levantó la cabeza y prestó atención. Estaba entrenado para oír cosas y sentir vibraciones que otros no oían ni sentían.

—¡Al suelo! —susurró a Ben-Ami y Weingrass—. ¡Rueden hacia las paredes! ¡Detrás de las sillas, de cualquier cosa!

La puerta de la habitación se abrió de golpe, y tres árabes con ropas blancas y la cara tapada atravesaron el espacio vacío con sus metralletas vomitando fuego. No hizo falta preguntar contra quién: MacDonald y el portero del Tylos, cuyos cuerpos caídos y vociferantes saltaron como marionetas bajo la lluvia de plomo hasta que sus bocas ensangrentadas quedaron mudas. De pronto, los asesinos se dieron cuenta de que había alguien más en la habitación y se volvieron, con el hocico de sus armas olfateando nuevos blancos; pero no eran enemigo para el mortífero Gris, de la brigada Masada. El comando había corrido hacia la izquierda de la puerta, ahora abierta, con la espalda contra la pared y su Uzi en las manos tras haberla arrancado del correaje que la sujetaba bajo la chaqueta. Con una prolongada ráfaga, segó instantáneamente a los tres verdugos. No hubo ni los habituales movimientos reflejos tras la muerte. Los tres cráneos quedaron destrozados.

—¡Fuera! —gritó Gris, agarrando a Weingrass y poniéndolo en pie de un tirón—. ¡A la escalera que hay junto a los ascensores!

—Si nos paran —añadió Ben-Ami, corriendo hacia la puerta—, somos gente que huye asustada de los disparos.

Fuera, en Government Road, mientras descansaban en un callejón que daba al bulevar Shaikh Hamad, de pronto Gris maldijo por lo bajo, más para sí que para sus compañeros.

—¡Maldición, maldición, maldición! ¡Tuve que matarlos!

—No tenías elección —dijo el agente del Mossad—, uno de sus dedos en el gatillo y podíamos estar todos muertos, o por lo menos uno de nosotros.

—Pero con al menos uno de ellos vivo podíamos habernos enterado de tantas cosas…

—Algo aprendimos, Campanita —dijo Weingrass.

—¡Deje ya eso!

—En realidad es un término cariñoso, muchacho…

—¿Qué aprendimos, Manny?
—MacDonald hablaba demasiado. En su pánico, ese inglés dijo por teléfono cosas que no debiera haber dicho, de modo que tenían que matarlo por charlatán.
—¿Cómo explica eso lo del portero? —preguntó Gris.
—Podían prescindir de él. Sirvió para abrir la puerta de MacDonald al pelotón de fusilamiento del Mahdí. Vuestras armas hicieron ruido, las de ellos no… Y ahora que sabemos lo del bocazas de MacDonald y su ejecución, podemos dar por supuestos dos hechos vitales, como los factores de esfuerzo cuando estás proyectando un voladizo en un edificio y una carga descentrada la compensas con otra.
—¿De qué demonios hablas, Manny?
—Mi chico, Kendrick, hizo un trabajo mejor de lo que probablemente cree, y el Mahdí se asustó. En realidad no sabe lo que está pasando, y, al haber matado al charlatán, ya nadie puede decírselo. Cometió un error, ¿no es eso importante? El Mahdí cometió un error.
—Si sus proyectos arquitectónicos son tan abstrusos como usted, señor Weingrass —dijo Gris—, espero que ninguno sea para construir en Israel.
—¡Pero qué palabras sabe este muchacho! ¿Seguro que no fuiste a la High School of Science del Bronx? No importa. Vamos a averiguar lo de la mezquita. Dime, Campanita, ¿cometiste alguna vez un error?
—Creo que lo cometí viniendo a Baréin.
Emmanuel Weingrass no pudo oír la respuesta. Un ataque de tos lo tenía doblado contra la pared del oscuro callejón.

Kendrick, estupefacto, contemplaba el teléfono que tenía en la mano, y después lo posó furioso, lleno de rabia, frustración y temor. *Si sales de esa mansión real antes de amanecer, eres hombre muerto… Vuélvete por donde has venido, a tu tierra*.
Si necesitaba una última confirmación de que estaba acercándose al Mahdí, ya la tenía. Era virtualmente un prisionero; un solo paso fuera de la elegante residencia y sería muerto en el acto por quienes esperaban su aparición. Incluso sus ropas «fumigadas, lavadas y planchadas», no serian tomadas más por que eran: el atavío más limpio, de un terrorista. En cuanto a la orden de volverse por donde había venido, nenas podía ser tomada en serio. Aceptaba el hecho de que habría cierto reparo en matar a un congresista norteamericano aunque fuese alguien cuya presencia en Baréin podía ser fácilmente relacionada con los horrores de Mascate, donde un día había trabajado. El Omán borrado del mapa, deshecho a bombazos, que cada vez pedía con más fuerza una parte importante del pueblo norteamericano no era algo que interesase al Mahdí, pero tampoco podía este permitir al congresista regresar a Washington. A pesar de la falta de pruebas, sabía demasiadas cosas que otros más experimentados en la magia negra podrían aprovechar. La solución del Mahdí era obvia: el curioso y entrometido norteamericano sería una víctima más de estos

tiempos terribles… junto con otras, claro está. Una carnicería en la terminal de un aeropuerto; un avión derribado; una bomba en un café… Había tantas posibilidades, con tal de que entre los muertos figurase un hombre que sabía demasiado.

Al final todo era como lo pensó en un principio. El Mahdí y él. Él o el Mahdí. Y ahora él había perdido, tan seguro como si le hubiesen caído encima las mil toneladas de hormigón y acero de un edificio.

Hubo unos golpes bruscos en la puerta.

—Odkhul —dijo Evan en árabe, indicando al visitante que pasara, mientras cogía instintivamente su arma de la blanca alfombra. Entró el guardia, balanceando expertamente una gran bandeja en la palma de su mano izquierda, y Evan escondió la pistola bajo una almohada y se levantó, mientras el soldado llevaba la comida a la mesa, también blanca.

—¡Todo listo, señor! —exclamó, con no poco triunfo en su voz—. Lo he seleccionado personalmente para que sea convenientemente exquisito. Mi mujer me dice que debería haber sido cocinero en vez de soldado…

Kendrick no oyó el resto del canto a sí mismo del militar.

Lo que de pronto lo dejó hipnotizado fue el ver a aquel hombre. Tendría un metro ochenta de estatura, centímetro más o menos, unos hombros respetables y una cintura de una apostura envidiable. Salvo por aquella irritante cintura, su tamaño era el de Evan o muy parecido. Kendrick contempló la ropa limpia y almidonada que estaba en la silla y después el pintoresco uniforme rojo y azul del frustrado. Casi sin pensarlo, alcanzó el arma oculta, mientras el soldado, tarareando como un soldado-cocinero *cuciniere* supremo italiano, ponía los platos humeantes sobre la mesa. La única idea que seguía rondando por la mente de Kendrick era que una limpia indumentaria de terrorista sería un buen blanco para una descarga, pero no el uniforme de un guardia real bareiní mucho menos si salía de una mansión real. En realidad no había alternativa. Si no hacía nada, moriría por la mañana algún sitio, de algún modo. Tenía que hacer algo, de manera que lo hizo. Rodeó la enorme cama, se situó detrás del guardia y estrelló con todas sus fuerzas la culata de la pistola contra su cabeza oscilante y tarareante.

El soldado cayó al suelo, inconsciente, y, de nuevo casi sin pensarlo, Evan se sentó a la mesa y comió más de prisa que nunca. Doce minutos después, el guardia estaba atado y amordazado en la cama mientras Kendrick se pasaba revista frente a la luna de uno de los armarios. El arrugado uniforme rojo y azul podría haber sido mejorado en manos de un sastre, pero tal como estaba y entre las sombras del anochecer resultaba aceptable.

Recorrió la fila de armarios hasta encontrar una bolsa de plástico; metió en ella su ropa de Mascate. Miró hacia el teléfono. Sabía que no debía utilizarlo, que no podía hacerlo. Si sobrevivía fuera, en la calle, llamaría a Azra desde otro.

Sin chaqueta y con la sobaquera puesta, Azra recorría furioso la habitación del hotel Aradous, mientras negras ideas de traición cruzaban por su mente. ¿Dónde estaba Amal Bahrudi, aquel hombre de ojos azules que se hacía llamar Bahru di? ¿Era en realidad otra persona, alguien como aquel insensato y envanecido inglés llamado «Kendrick»? ¿Sería todo una trampa, un cepo para capturar a un miembro del consejo de la organización en Mascate, para coger al terrorista conocido como el Azul árabe? Terrorista… ¡Qué típico de los asesinos sionistas del Irgun Zvai Leumi y la Haganah! ¡Con qué facilidad borraban las masacres de «Jephthah» y Deir Yasin, para no hablar de sus verdugos por delegación de Sabra y Chatila! Roban un país, venden lo que no es suyo, matan a un niño por llevar la bandera palestina —un «exceso», lo llaman—, ¡y sin embargo los terroristas somos nosotros! Si el hotel Aradous era una trampa, no podía seguir enjaulado en la habitación; pero si no lo era, tenía que estar donde pudieran ponerse en contacto con él. El Mahdí lo era todo, y sus llamadas una orden, porque era él quien les daba los medios para la esperanza, para extender su mensaje de legitimidad. ¿Cuándo los comprendería el mundo? ¿Cuándo dejarían de ser importantes todos los Mahdís de este mundo?

Sonó el teléfono y Azra se precipitó a cogerlo.

—¿Sí?

—Me he retrasado, pero estoy en camino. Me encontraron estuvieron a punto de matarme en el aeropuerto, pero me escapé. A estas alturas pueden incluso haber dado contigo.

—¿Qué?

—Fugas en el sistema. Sal de ahí, pero no pases por el vestíbulo. Hay una escalera de incendios. Está en el extremo del pasillo, creo; al norte o al sur, una cosa u otra. Úsala pasa por la cocina del restaurante hasta la salida de empleados. Irás a dar al Wasi Al Ahd. Cruza la calle; te encontraré allí.

—¿De verdad eres tú, Amal Bahrudi? ¿Puedo confiar en ti?

—Ninguno de los dos tenemos elección.

—Esa no es una respuesta.

—No soy enemigo tuyo —mintió Evan Kendrick—. Nunca seremos amigos, pero no soy tu enemigo. No puedo permitírmelo. Y estás malgastando un tiempo precioso, poeta, que en parte es mío. Estaré allí dentro de cinco minutos. ¡Date prisa!

—Voy.

—Ten cuidado.

Azra colgó el auricular y fue hacia sus armas, que había limpiado repetidamente y colocado en una pulcra fila sobre la cómoda. Cogió el pequeño Heckler y la automática Koch P9S, se arrodilló, se remangó la pernera izquierda del pantalón e insertó el arma en las correas sujetas a la pantorrilla. De nuevo en pie, cogió la pistola Mauser Parabellum, más larga y potente, y se la metió en la sobaquera, seguida por el

cuchillo de caza enfundado que descansaba a lo largo de ella. Fue hasta una silla donde había dejado la chaqueta del traje recién comprado, se la puso y salió rápidamente al pasillo.

Nada le hubiese parecido extraño a no ser por lo concentrado que iba en dónde estaría la escalera y el deseo de ganar tiempo, un tiempo que ahora se medía en minutos y segundos. Echó a andar hacia la derecha, hacia el extremo sur del pasillo, y solo tuvo la vaga impresión de que cerraban una puerta, no abierta sino meramente entornada. No tenía importancia; un huésped descuidado; una mujer occidental que volvía con demasiados paquetes de sus compras. Después, al no poder encontrar ningún letrero de salida que indicase la escalera, se volvió rápidamente para mirar al lado contrario, al extremo norte del pasillo. Una segunda puerta, esta apenas abierta cinco centímetros, se cerró rápidamente y en silencio. La primera ya había dejado de tener importancia, y por supuesto esta segunda la tenía y mucha. ¡Lo habían encontrado! Vigilaban su habitación. ¿Quiénes? ¿Dónde estaban? Azra continuó andando, ahora hacia el extremo norte, pero en el momento en que pasó ante la segunda puerta se volvió y se puso contra la pared, sacó el largo cuchillo de caza y esperó. A los pocos segundos se abrió la puerta, y Azra giró instantáneamente y quedó frente a un hombre que sabía era su enemigo, un tipo musculoso y quemado por el sol, de aproximadamente su misma edad, que llevaba escrito en todo su cuerpo el entrenamiento en el desierto. ¡Un comando israelí! En vez de un arma, el sorprendido judío tenía en la mano una radio. ¡Iba desarmado!

Azra lanzó una cuchillada contra la garganta del israelí que en un movimiento relampagueante desvió la hoja. El terrorista la inclinó entonces hacia abajo e hizo un corte en la muñeca del hebreo. La radio cayó al enmoquetado suelo mientras Azra cerraba la puerta de una patada. Se oyó el clic del cerrojo automático.

Sujetándose la muñeca, el israelí disparó su pie derecho que fue expertamente a golpear la rótula izquierda del palestino. Azra se tambaleó, mientras otra puntera de acero lo alcanzaba en un lado del cuello y otra más iba a estrellarse en sus costillas. Pero el ángulo era bueno. ¡El israelí había perdido el equilibrio! El terrorista se lanzó a fondo, con el cuchillo convertido en una extensión de su brazo, y lo envió directamente al estómago del comando. Brotó la sangre, cubriendo la cara de Azra, y el israelí de la brigada Masada que, en clave, respondía al nombre de Naranja cayó de espaldas.

El palestino luchó por incorporarse, sintiendo agudos dolores en las costillas y la rodilla y los tendones del cuello casi paralizados. De repente, sin que se hubiese oído ni un arañazo ni una pisada, se abrió de golpe la puerta mientras saltaba la cerradura. El segundo comando —más joven, con los gruesos brazos desnudos en tensión y los ojos contemplando furiosos la escena que tenía enfrente— se llevó la mano a la cadera izquierda para desenfundar su arma. Azra se lanzó sobre él y lo estrelló contra la puerta, que se cerró, mientras la pistola de Azul caía al suelo, liberando su mano derecha para interceptar el brazo del palestino cuando ya descendía empuñando el

cuchillo manchado de sangre. El israelí clavó una rodilla en la caja torácica del terrorista mientras tiraba del brazo que tenía agarrado, obligando a Azra a inclinarse hacia el suelo. ¡Aun así el palestino no soltaba el cuchillo! Se separaron, agazapados, y cruzaron miradas cargadas de odio y de desprecio.

—¿Quieres matar judíos? ¡Pues intenta matarme a mí, cerdo! —gritó Yaakov.

—¿Por qué no? —replicó Azra, lanzándole una cuchilla da—. ¡Vosotros matáis árabes! ¡Mataste a mi madre y a mi padre como si tú mismo hubieses apretado el gatillo!

—¡Y tú a mis dos hermanos en las patrullas de Sidón!

—¡A lo mejor! ¡Ojalá estuve allí!

—¡Tú eres Azra!

Como dos animales enloquecidos, ambos jóvenes se lanzaron uno contra el otro cual si arrebatar vidas —vidas odiadas— fuese su única razón para estar en la tierra. Brotó la sangre de la carne herida, entre un fragor de ligamentos desgarrados y huesos rotos, entre gritos ahogados de odio y venganza. Y al fin ocurrió; el final fue tan volcánico como la erupción inicial. La vencedora fue la pura fuerza bruta.

El cuchillo fue a alojarse en la garganta del terrorista, invertido y obligado a volver a su punto de partida por el comando de la brigada Masada.

Agotado y cubierto de sangre, Yaakov se apartó con esfuerzo del cuerpo de su enemigo. Contempló a su camarada muerto, Naranja, y cerró los ojos.

—Shalom —susurró—. Que encuentres la paz que todos buscamos, amigo mío.

No había tiempo para duelos, pensó. El cuerpo de su camarada, como el de su enemigo, tenían que desaparecer de allí, y él tenía que estar dispuesto para lo que vendría a continuación; tenía que reunirse con los demás. ¡El asesino Azra había muerto! Ahora podrían volar de vuelta a Mascate, tenían que hacerlo. ¡A buscar a su padre! Dolorido, Azul fue cojeando hasta la cama y echó hacia atrás la ropa, dejando al descubierto la metralleta Uzi de su camarada muerto. La cogió, se la colgó torpemente del hombro y fue a la puerta para otear el pasillo.

Entre las lejanas sombras del Wadi Al Ahd, Kendrick sabía que no podía esperar más, ni tampoco arriesgarse a usar un teléfono. Pero a la vez no podía seguir entre el follaje que había enfrente del Aradous sin hacer nada. El tiempo iba agotándose y el contacto del Mahdí esperaba encontrar a la marioneta Azra, recién coronada príncipe de los terroristas, en su lugar de cita. Ahora se daba cuenta de lo claro que estaba todo. Lo habían descubierto, gracias a lo ocurrido en el aeropuerto o por una filtración en Mascate, una indiscreción de los hombres asustados con los que había hablado y que, a diferencia de Mustafá, se negaron a verlo y podían haberlo traicionado por su propia seguridad, igual que uno de ellos había matado al pobre Musty por la misma razón. ¡No podemos vernos implicados! ¡Es una locura! ¡Matarán a nuestras familias! ¡Nuestros hijos e hijas serán violados, desfigurados,

muertos!

La estrategia del Mahdí era transparente. Aislar al norteamericano y esperar a que el terrorista se acercase solo al lugar de encuentro. Capturar al joven asesino, haciendo abortar así la trampa, porque sin el norteamericano no la había, solo un palestino suelto a quien se podía suprimir sin problemas. Matarlo, pero primero averiguar lo que había ocurrido en Mascate.

¿Dónde estaba Azra? Habían pasado treinta y siete minutos desde su conversación. ¡El árabe llamado Azul llevaba un retraso de treinta y dos minutos! Evan miró su reloj por enésima vez y maldijo silenciosa, furiosamente, con palabras no dichas, que eran a la vez una petición de ayuda y un arrebaté de cólera. Tenía que moverse, hacer algo, averiguar dónde estaba Azra, porque sin el terrorista no había tampoco trampa para el Mahdí. El contacto de este no se dejaría ver por alguien a quien no conocía, no reconocía. ¡Qué cerca y qué lejos en la realidad!

Kendrick tiró la bolsa de plástico que contenía sus ropas almidonadas de Mascate entre los arbustos que bordeaban la acera del Wadi Al Ahd y cruzó el bulevar camino de la entra, da de empleados, convertido en un arrogante guardia real que cumplía con alguno de los cometidos que le eran propios. Mientras recorría con paso rápido el callejón empedrado que conducía a la entrada de servicio, los empleados que se iban le hacían obsequiosas reverencias, sin duda esperando no ser detenidos y registrados en busca de los pequeños tesoros que solían robar del hotel: jabón, papel higiénico y platos de comida sustraídos de las cenas de los occidentales afectados por el cambio de hora, o demasiado borrachos para comer. Era un procedimiento muy socorrido; Evan lo había utilizado ya y por eso había elegido ese hotel. De nuevo, cómo no, Emmanuel Weingrass. Evan y el impredecible Manny habían escapado del Aradous pasando por las cocinas porque un hermanastro del emir se había enterado de que Weingrass había prometido a una hermanastra suya la ciudadanía norteamericana si se acostaba con él, un privilegio que Manny estaba lejos de poder proporcionarle.

Kendrick pasó por las cocinas, llegó a la escalera sur y subió cautelosamente hasta la segunda planta. Sacó la pistola de debajo de su guerrera escarlata y abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. Efectivamente, era la hora en que los ricos visitantes de Baréin estaban fuera, en los cafés y en los escondidos casinos. Anduvo a lo largo de la pared izquierda hasta la habitación 202, caminando con precaución sobre la gastada alfombra, y escuchó. No se oía nada, por lo que llamó quedamente.

—Odkhúloo —dijo una voz en árabe, dirigiéndose no a uno, sino a varios para que entrasen.

Extraño, pensó Evan mientras llevaba la mano al pomo. ¿Por qué el plural, por qué más de uno? Lo hizo girar, se volvió hasta quedar de espaldas a la pared y abrió la puerta de una patada.

Silencio, como si la habitación fuese una cueva vacía y la voz fantasmal una grabación. Empuñando con fuerza el arma, tan extraña y molesta pero tan necesaria, Kendrick se deslizó en torno al marco y entró. Entonces vio a Azra caído contra la

pared, con un cuchillo clavado en el cuello, los ojos muy abiertos y la sangre corriéndole todavía por el pecho.

—Su amigo el cerdo ha muerto —dijo la voz a su espalda. Evan giró en redondo y se encontró frente a un joven tan ensangrentado como Azra. El herido estaba apoyado contra la pared, sin poder apenas ponerse en pie, y tenía en las manos una metralleta Uzi.

—¿Quién es usted? —masculló Kendrick—. ¿Qué diablos ha hecho? —añadió, ya gritando.

El hombre fue cojeando hasta la puerta y la cerró, sin dejar de apuntar a Evan.

—Maté a un hombre que hubiese matado a los míos tan pronto hubiera podido dar con ellos, que me hubiera matado a mí.

—¡Es usted israelí!

—Y usted el norteamericano.

—¿Por qué lo hizo? ¿Qué está haciendo aquí?

—No lo elegí yo.

—¡Eso no es una respuesta!

—Tengo orden de no darlas.

—¡Y tenía que matarlo! —gritó Kendrick, volviéndose y estremeciéndose ante la visión del palestino muerto y mutilado.

—Para usar sus mismas palabras, ¿por qué no? Ellos matan a nuestros niños en los colegios, vuelan aviones y autobuses llenos de compatriotas nuestros, ejecutan a nuestros inocentes atletas en Munich y matan a viejos de un tiro en la cabeza simplemente porque todos ellos son judíos. Aparecen en las playas y asesinan a nuestros jóvenes, a nuestros hermanos y hermanas. ¿Por qué? Porque somos judíos que vivimos por fin sobre una pequeña franja de tierra árida que nosotros mismos domamos. ¡Nosotros, no otros!

—Él nunca tuvo la oportunidad…

—¡Ahórrese el comentario! Sé lo que va a decir, y me asquea. Al final es lo mismo de siempre. El mundo disimula, pero quiere seguir echando la culpa a los judíos. Después de cuanto nos han hecho, somos todavía los molestos aguafiestas. Pues bien, escuche esto, aficionado entrometido: no queremos ni sus comentarios, ni su sentimiento de culpa, ni su compasión. ¡Solo queremos lo que nos pertenece! Hemos salido de los campos, los hornos y las cámaras de gas para reclamar lo que es nuestro.

—¡Maldito seas! —rugió Evan, señalando colérico al cadáver sangrante del terrorista—. ¡Hablas como él! ¡Lo mismo que él! ¿Cuándo pararéis todos?

—¿Y a usted qué más le da? Vuelva a su tranquilo apartamento y su bonito club de campo. Déjenos en paz. Vuélvase a su tierra.

Si fueron las mismas palabras que había oído por teléfono hacía apenas una hora, o las repentinas imágenes de los bloques de hormigón desplomándose en cascada sobre setenta y ocho seres queridos que gritaban inermes, o el darse cuenta de que el

odiado Mahdí estaba escurriéndosele de entre los dedos, nunca lo sabría. Lo único que supo en ese momento es que se fue hacia el sorprendido y herido israelí, mientras brotaban lágrimas de rabia.

—¡Bastardo arrogante! —gritó, arrancando al muchacho la Uzi de las manos, lanzándola al otro extremo de la habitación y empujando al debilitado comando contra la pared—. ¿Qué derecho tienes a decirme lo que debo hacer o adonde he de ir? ¡Lleváis años matándoos y haciéndoos saltar por los aires, a vosotros y a todo lo que se os pone por delante, en nombre de ciegas doctrinas! ¡Quemamos vidas y dinero y agotamos cerebros y energías tratando de instalar en vosotros un poco de razón, pero no, ninguno cederéis un centímetro! ¡Tal vez debiéramos dejaros solos y que os exterminéis, dejar a los fanáticos que se hagan pedazos, a ver si los que queden tienen algo más de sentido! —De repente, Kendrick cruzó corriendo la habitación, cogió la Uzi y se volvió hacia el israelí, apuntándole amenazadoramente con el arma—. ¿Quién eres y porqué estás aquí?

—Mi nombre en clave es Azul. Esa es mi respuesta y no daré ninguna otra.

—¿Que tu nombre en clave es *qué*?

—Azul.

—Dios mío… —susurró Evan, mirando a Azra muerto. Se volvió otra vez hacia el israelí y entregó la metralleta al asombrado comando—. Adelante —dijo en voz baja—. Acaba con el mundo. Me importa un rábano.

Fue hacia la puerta y salió.

Yaakov siguió con la vista al norteamericano antes de volver a contemplar el cadáver tirado en el suelo contra la pared. Con la mano izquierda dirigió el arma hacia abajo y con la derecha sacó la potente radio en miniatura de su cinturón. Apretó un botón.

—*Itklem* —dijo la voz de Negro desde fuera del hotel.

—¿Hablaste con los otros?

—Habló *R*. Están aquí… yo diría que los veo llegar por el Al Ahd. Nuestro colega maduro está con *R; G* está con el viejo, a quien por cierto le pasa algo. Veo cómo *G* lo sostiene. ¿Y tu qué?

—Yo no os sirvo de nada ahora; tal vez más tarde.

—¿Y Naranja?

—Muerto…

—¿Cómo?

—No hay tiempo. También murió el cerdo. El sujeto va a salir; viste un uniforme rojo y azul. Seguidlo. Está fuera de sí. Llamadme a mi habitación; allí estaré.

Evan cruzó el Wadi Al Ahd como aturdido y fue directamente hacia los arbustos donde había tirado la bolsa de plástico. Si estaba aún allí no importaba realmente mucho; era solo que se sentiría más cómodo, podría moverse con mayor rapidez y llamar menos la atención con la ropa de Mascate. Además, había llegado hasta allí y ya no podía retroceder. Un solo hombre, se repetía sin cesar. Si podía dar con él

dentro de los parámetros del lugar de la cita… ¡El Mahdí! ¡Tenía que encontrarlo!

La bolsa estaba donde la había dejado, y las sombras de la vegetación eran muy adecuadas para lo que se proponía. Acurrucado en la parte más espesa, fue poco a poco, prenda por prenda, cambiándose de ropa. Salió a la acera y echó a andar hacia el oeste, hacia la calle Shaikh Isa y la mezquita de Juma.

—Itklem —dijo Yaakov por la radio, tumbado en la cama de su habitación impoluta, con las heridas envueltas apretadamente en toallas y toallitas cálidas y tibiamente húmedas esparcidas por la colcha.

—Aquí *G* —dijo Gris—. ¿Cómo estás?

—Son cortes, sobre todo, y algo de pérdida de sangre. Lo superaré.

—En ese caso, ¿te parece bien que me haga cargo hasta entonces?

—Es tu obligación.

—Quería oírlo de tus labios.

—Ya lo has oído.

—Necesito oír algo más. Con el cerdo eliminado, ¿quieres que dé por concluida la operación y volvamos a Mascate? Si tu respuesta es que sí, puedo hacer fuerza para conseguirlo.

Yaakov se quedó mirando al cielo, hecho un puro conflicto en su interior y con las cáusticas palabras del norteamericano quemándole todavía los oídos.

—No —dijo, vacilante—. Ha ido demasiado lejos, se arriesga demasiado. Quédate con él.

—Sobre W. Me gustaría dejarlo. Contigo, tal vez…

—Nunca lo consentiría. Está su «hijo» ahí fuera, ¿recuerdas?

—Tienes razón; olvídalo. Puedo añadir que es un tipo imposible.

—Dime algo que no sepa.

—Lo haré. El sujeto dejó el uniforme y acaba de pasar frente a nosotros. Lo vio W. Anda como un muerto.

—Probablemente lo es ya.

—Corto.

Kendrick cambió de opinión y tomó otra ruta hacia Juma. El instinto le decía que en su camino hacia la mezquita siguiese mezclado con la gente. Después de dirigirse al norte por la amplia Bab Al Baréin, cruzaría la enorme plaza Bab Al hacia la calle Al Khalifa. Lo asaltaban mil pensamientos, pero dispersos, inconexos, confusos. Caminaba hacia un laberinto lo sabía, pero también sabía que dentro de ese laberinto habría uno o más hombres acechando la aparición del ya muerto Azra. Era su única ventaja, pero considerable. Él sabía a quién y qué buscaba, mientras que ellos no lo conocían. Describiría círculos en torno al lugar de la cita, como un halcón hasta que

viese a alguien, el alguien que importaba, y que sabía podía perder la vida si fracasaba en llevar al príncipe heredero de los terroristas ante el Mahdí. Ese hombre se traicionaría a sí mismo, quizá llegase incluso a parar a los que pasaban para verles mejor la cara, con una ansiedad que iría creciendo minuto a minuto. Evan encontraría a ese alguien y lo aislaría; se apoderaría de él y le haría hablar… ¿O estaba engañándose, cegado por su obsesión? Ya no importaba, nada importaba: solo sus pasos sobre el duro pavimento, tejiendo su camino por entre la muchedumbre nocturna de Baréin.

La muchedumbre. Lo notó. Hombres reuniéndose a su alrededor. ¡Una mano sobre su hombro! Giró en redondo y levantó el brazo para quitársela de encima. Y de pronto sintió la aguda punta de una aguja penetrando en su carne, cerca de la base de la espina dorsal. Después la oscuridad. Total.

El teléfono hizo a Yaakov despertarse sobresaltado.

—¿Sí?

—¡Han cogido al norteamericano! —dijo la voz de Gris—. O, lo que es más importante, ¡*existen*!

—¿Dónde ocurrió? ¿Cómo?

—Qué más da; no conozco las calles. ¡Lo que interesa es que sabemos a dónde lo han llevado!

—¿Y vosotros qué? ¿Cómo? ¡Y no me digas que eso no importa!

—Fue Weingrass. ¡Maldita sea, fue él! Sabía que no podría resistir más tiempo a pie, de modo que dio a un árabe delirante diez mil dólares por su viejo taxi. ¡Ese *al harmmee* va a pasarse seis meses borracho! Nos amontonamos dentro, seguimos al sujeto y lo vimos todo. ¡Fue Weingrass, maldita sea!

—Controla tus tendencias homicidas —ordenó Yaakov, sin poder reprimir una sonrisa que se desvaneció rápidamente—. ¿Donde tienen al sujeto… ¡mierda…! a Kendrick?

—En un edificio que llaman Sahalhuddin, en la calle Tujjar.

—¿De quién es?

—Danos tiempo, Azul. Dale tiempo a Weingrass. Está cobrándose todas las deudas que tienen con él en Baréin, y no quiero pensar lo que diría la Comisión de Moral y Buenas Costumbres de Jerusalén si consiguen relacionarnos con él.

—¡Respóndeme!

—Al parecer ese edificio lo ocupan seis empresas. Es solo cuestión de irlas eliminando…

—Que venga alguien a buscarme —ordenó Yaakov.

—De modo que ha encontrado al Mahdí, congresista —dijo el árabe de piel

oscura, vestido con una túnica de un blanco inmaculado y un tocado de seda blanca coronado por un grupo de zafiros. Estaban en una gran sala, con el techo en forma de cúpula cubierto de mosaico. Las ventanas eran altas y estrechas, los muebles escasos y todos de madera oscura, y la enorme mesa de ébano parecía más un altar o un trono que un instrumento de trabajo. La estancia tenía algo de mezquita, parecía la morada del sumo sacerdote de una orden extraña pero poderosa en un país apartado del resto del mundo—. ¿Está satisfecho? —continuó el Mahdí desde la mesa—. ¿O quizá desilusionado al ver que soy un hombre como usted…? No, no como usted ni como ningún otro; pero, aun así, un hombre.

—¡Lo que es usted es un asesino, hijo de perra! —Evan saltó de la gran silla de respaldo recto, solo para ser obligado a volver a sentarse por los dos guardianes que tenía a los lados—. ¡Asesinó a setenta y ocho personas inocentes, hombres, mujeres y niños que gritaban mientras el edificio se desplomaba sobre ellos! ¡Es usted basura!

—Fue el comienzo de una guerra, Kendrick. En todas las guerras hay bajas, no limitadas a los combatientes. Y le recuerdo que gané aquella importantísima batalla. Desapareció usted durante cuatro años, y en ese tiempo hice progresos extraordinarios, progresos que no podría haber hecho con usted aquí. O con ese abominable judío, Weingrass, y su boca flatulenta.

—¿Manny? No hacía más que hablarnos de usted; nos previno.

—¡Yo silencio a esa clase de bocas con una espada de terrible filo! Puede interpretarlo como una bala en la cabeza. Pero cuando oí hablar de usted, supe que volvía a causa de esa primera batalla, hace cuatro años. Me ha traído usted, como dicen, al retortero hasta hace nueve horas, *Amal Bahrudi*.

—¿Eh?

—Los soviéticos también tienen hombres que prefieren estar en varias nóminas. Bahrudi, el euroárabe, fue muerto hace unos días en Berlín Este. Entonces surge el nombre de Kendrick; un árabe muerto, con ojos azules y pronunciados rasgos occidentales, aparece de pronto en Mascate. La ecuación era de lo más imaginativo, casi increíble, pero cuadraba. Debe de haber tenido usted ayuda; no es tan experto en esta clase de asuntos.

Evan clavó los ojos en aquella cara de pómulos salientes y aquellos ojos de fuego que le devolvían la mirada.

—Sus ojos —dijo Kendrick, sacudiendo la cabeza para disipar los últimos efectos de la droga que le habían administrado en la calle—, esa cara que parece una máscara… Yo lo he visto antes.

—Pues claro, Evan. Piense.

El Mahdí se quitó lentamente el *ghotra*, dejando al descubierto un negro cabello de rizos apretados y con vetas grises. La frente, alta y lisa, quedaba ahora subrayada por el oscuro arco de las cejas. Era el rostro de un hombre dado a la obsesión, capaz de caer en ella para cualquier fin.

—¿Me recuerda en una tienda iraquí? ¿O quizá sobre un podio, en algún lugar del

Medio Oeste?

—¡Claro! —susurró Kendrick, mientras acudían a él las imágenes—. Vino a vernos en Basora hace siete u ocho años y nos dijo que nos haría ricos si abandonábamos las obras. Dijo que había planes para subvertir Irán, para derribar al Sha, y no quería aeródromos modernos en Iraq.

—Y ocurrió. Ahora es una auténtica sociedad islámica.

—¡Tonterías! A estas alturas debe usted de administrar sus campos petrolíferos, y es usted tan islámica o como mi abuelo escocés. Usted es de Chicago, ese es el lugar del Medio Oeste, y lo expulsaron de allí hace veinte años porque ni siquiera su distrito negro, que usted sangró a conciencia, podía soportar sus discursos fascistas. Los limpió y vino aquí, a propagar su basura y hacer más millones. Weingrass sabía bien quién era usted y le dijo que se largase. ¡Le dijo que era un bicho asqueroso, asqueroso y rastrero, si no recuerdo mal, y que si no salía en seguida de aquella tienda de Basora iba a perder los estribos y le tiraría lejía a la cara, para poder decir que solo mataba a un nazi blanco!

—Weingrass es, o era, judío —dijo con calma el Mahdí—. Me difamaba porque la grandeza que él esperaba y que no podía conseguir había empezado a florecer para mí. Los judíos odian el éxito en cualquiera que no sea de los suyos. Por eso son los grandes agitadores del mundo…

—¿A quién diablos trata de engañar? Lo llamó shvartze, y eso no tiene nada que ver con ser blanco, negro o amarillo. No es usted más que pus y odio, Al Faifa, o como se llame, y el color de su piel carece de importancia. Después de Riyad, su gran batalla, ¿a cuántos otros mató, exterminó?

—Solo los necesarios, en nuestra guerra santa, para mantener la pureza de la raza, la cultura y la fe en esta parte del mundo.

Los labios del Mahdí de Chicago se curvaron en una lenta y fría sonrisa.

—¡Maldito hipócrita! —rugió Kendrick. Incapaz de dominarse, Evan volvió a saltar de la silla y sus manos, como garras, volaron a través de la mesa, hacia aquel asesino falsario. Otras manos lo alcanzaron antes de que pudiese tocar al Mahdí y, ya en el suelo, recibió una lluvia de puntapiés en el vientre y en la espina dorsal. Tosiendo, trató de incorporarse y, mientras estaba de rodillas, el guardián de su izquierda le agarró por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás mientras el de la derecha sostenía un cuchillo de través en su garganta.

—Sus gestos son tan patéticos como sus palabras —dijo el Mahdí, levantándose de detrás de la mesa—. Llevamos muy adelantada la construcción de un reino aquí y no hay nada que un Occidente paralizado pueda hacer para evitarlo. Lanzamos a unos pueblos contra otros con fuerzas que no pueden controlar; dividimos a fondo, y vencemos sin tener que disparar ni un tiro. Y usted, Evan Kendrick, nos ha prestado un gran servicio. Tenemos fotos suyas, tomadas en el aeropuerto cuando llegó de Omán, y también de sus armas, sus documentos falsos y un cinturón con dinero, que en la foto parece que son centenares de miles de dólares. Tenemos pruebas

documentadas de que usted, un congresista norteamericano que utiliza el nombre de Amal Bahrudi, consiguió entrar en la embajada de Mascate, donde mató a un elocuente líder llamado Nassir y después a un joven luchador por la libertad llamado Azra; todo ello durante los días de tregua. ¿Era usted un agente de su brutal gobierno? ¿Cómo podría ser de otro modo? Una oleada de repulsa se extenderá por las llamadas democracias: el gigante torpe y belicoso ha vuelto a actuar como suele, sin la menor consideración ni tan siquiera por la vida de su propia gente.

—¡Usted…!

Evan se levantó de un salto y agarró la muñeca del que sostenía el cuchillo, mientras se libraba de la mano que lo agarraba por el pelo. Un golpe en la nuca lo mandó de nuevo al suelo.

—Las ejecuciones han sido adelantadas —continuó el Mahdí—. Se reanudarán mañana por la mañana… a causa de sus insidiosas actividades, que serán hechas públicas. El resultado será más caos y derramamiento de sangre, por culpa de los temerarios y despreciables norteamericanos, hasta que encuentre una solución, la nuestra… la mía. Pero nada de eso le afectará, congresista. Usted habrá desaparecido de la faz de la tierra, gracias sin duda a la postura tan desairada que se verá su gobierno, que es muy capaz de castigar el fracaso para el que es fácil encontrar culpable mientras se le llena la boca con febriles negativas. No habrá *Corpus delicti* ni el menor rastro de su paradero. Mañana, al amanecer, será llevado en avión a alta mar, con un cerdo sangrante y despellejado atado a su cuerpo desnudo, y arrojado a los bajíos infestados de tiburones de Qatar.

15

—¡Aquí no hay nada! —gritó Weingrass, de pie e inclinado sobre los papeles extendidos sobre la mesa del comedor de un funcionario bareiní al que conocía desde que el grupo Kendrick había construido un club de campo en una isla del archipiélago, hacía años—. Después de todo lo que hice por ti, Hassan, de todas las pequeñas y no tan pequeñas gratificaciones que recibiste, ¿es esto lo que me das?

—Habrá más, Emmanuel —replicó, nervioso, el árabe. Nervioso porque las palabras de Weingrass eran escuchadas por Ben-Ami y los cuatro comandos, sentados a pocos metros de allí, en la sala de estilo occidental de su casa de las afueras de la ciudad. Habían llamado a un médico para que atendiera a Yaakov, que se negaba a acostarse y estaba sentado en un sillón. El llamado Hassan lo miró y dijo, aunque solo fuese para hacer olvidar el tema de su pasado con el viejo arquitecto:

—Ese muchacho no tiene buen aspecto, Manny.

—Siempre anda metiéndose en peleas, ¿qué puedo decirte? Alguien trató de robarle los patines. ¿Qué es lo que vas a darme y cuándo? Esas empresas y los productos o servicios que venden. ¡Necesito nombres, personas!

—Es lo que espero. No resulta fácil convencer al ministro de Industria de que abandone su casa a las dos de la madrugada y vaya a su despacho para cometer un acto ilegal.

—Industria y legalidad son en Baréin palabras que se excluyen mutuamente.

—¡Se trata de documentos secretos!

—¿Y qué no es secreto aquí?

—¡Eso no es verdad, Manny!

—Bah, cállate, y dame un *whisky*.

—Eres incorregible, mi viejo amigo.

—Qué me vas a contar.

Se oía en la sala la voz de Gris. Acababa de volver del teléfono, que había estado utilizando, con permiso pero sin que nadie le hiciese preguntas, cada quince minutos.

—¿Puedo servirles algo, caballeros? —preguntó Hassan, pasando bajo el arco que daba entrada al comedor.

—El café de cardamomo es más que suficiente —respondió Ben-Ami—. Además es delicioso.

—Hay licores, si lo desean… como, por supuesto, acaban de saber por el señor Weingrass. Esta es una casa religiosa, pero no imponemos nuestras creencias a los demás.

—¿Quiere ponerme eso por escrito? —dijo Negro, estallando de risa—. Se lo daré a mi mujer y le diré que es usted un mullah. Tengo que atravesar toda la ciudad para poder tomar bacon con los huevos.

—Gracias, pero nada de licores, señor Hassan —terció Gris, dando a Negro una palmada en la rodilla—. Con un poco de suerte tendremos trabajo esta noche.

—Pues a mí, con mucha, no me cortarán las manos —masculló el árabe, yendo hacia la cocina. Se detuvo al oír el timbre de la puerta. El correo había llegado.

Cuarenta y ocho minutos después, inclinado sobre los textos de computadora esparcidos sobre la mesa del comedor, Weingrass estudiaba dos páginas en concreto, yendo de una a la otra.

—Háblame de esta Zareeba, sociedad limitada.

—El nombre procede del sudanés —respondió el funcionario de atuendo árabe que se había negado a ser presentado a nadie—. Puede traducirse por campamento rodeado de rocas o espesa vegetación.

—¿El Sudán…?

—Es una nación de Africa.

—Sé lo que es. Jartum.

—Esa es la capital…

—¡Cielos, creí que era Buffalo! —le interrumpió secamente Weingrass—. ¿Cómo tienen tantas filiales?

—Se trata de un *holding* importante. Si una compañía necesita licencias del gobierno para operaciones múltiples de importación y exportación, las consigue más fácilmente siendo miembro de una firma muy sólida.

—¡Cagajones!

—¿Qué?

—Es como dicen en el Bronx «¡madre mía!». ¿Quién está al frente?

—Hay un consejo de administración…

—Siempre lo hay. Le preguntaba quién manda ahí.

—La verdad es que nadie lo sabe. El director es un tipo muy agradable, he tomado café con él, pero no parece persona muy emprendedora, ya sabe a lo que me refiero.

—Entonces hay alguien más.

—No sabría…

—¿Dónde está la lista de los consejeros?

—La tiene delante. Debajo de esa hoja de la derecha.

Weingrass levantó la hoja y cogió la que había debajo por primera vez en dos horas se sentó, mientras recorría u otra vez la lista de nombres. *Zareeba… Jartum…* repetía en voz baja, cerrando de vez en cuando apretadamente los ojos mientras su cara se arrugaba en muecas repetidas, como si estuviese tratando desesperadamente de recordar algo. Al fin cogió un lápiz y trazó un círculo alrededor de uno de los nombres. Después empujó la hoja hasta el rígido funcionario bareiní, que seguía de pie.

—Es un negro —dijo el insólito correo.

—¿Quién es blanco y quién es negro por aquí?

—Solemos guiarnos por los rasgos. Por supuesto, siglos de mescolanza afro-árabe oscurecen a menudo el problema.

—¿Es un problema?

—Para algunos, no para la mayoría.

—¿De dónde vino?

—Se trata de un inmigrante; su país de origen figura ahí.

—Pone «reservado».

—Eso suele querer decir que esa persona ha huido de un régimen autoritario, generalmente fascista o comunista. Los protegemos si aportan algo a nuestra sociedad. Obviamente, él lo hace.

—*Sahibe al Farrahkhaliffe* —dijo Weingrass, subrayando cada parte del nombre—. ¿Qué nacionalidad es esa?

—No tengo ni idea. En parte africana, es evidente, y en parte árabe, más evidente aún. Tiene sentido.

—¡Vaya si lo tiene! —exclamó Manny, sobresaltando a cuantos estaban en ambas habitaciones—. ¡Impostor norteamericano de pura cepa! Si es quien yo creo, se trata de un negro de Chicago, un hijo de perra, a quien echó su propia gente. Se cabrearon porque les había metido el dinero, que diré de paso eran unos veinte millones de dólares, en bancos acomodaticios de este lado del Atlántico. Hace unos dieciocho o veinte años era un lunático llamado Al Farrah; su amor propio no le permite renunciar a esa parte de su pasado, la del coro del aleluya. Sabíamos que el tipo estaba en el consejo de administración de una gran empresa, pero ¿de cuál? Además, buscábamos en una dirección equivocada. ¡Jartum! ¡Leches! ¡El South Side de Chicago! ¡Ahí tienes a tu Mahdí!

—¿Estás seguro? —preguntó Hassan, plantado bajo el arco—. ¡Es una acusación incendiaria!

—Estoy seguro. Debería haber matado a ese bastardo en aquella tienda de Basora.

—¿Cómo dice?

El funcionario bareiní estaba visiblemente desconcertado.

—No importa.

—¡No ha salido nadie del edificio Sahalhuddin! —dijo Gris, llegando bajo el arco.

—¿Estás seguro?

—Pagué a un taxista y le dije que le daría mucho más si hacia lo que le pedía. Le llamo cada pocos minutos a un teléfono público. Los dos coches siguen allí.

—¿Puedes confiar en él? —preguntó Yaakov desde el sillón.

—Tengo su nombre y su número de licencia.

—¡Eso no significa maldita la cosa! —protestó Manny.

—Le dije que si me mentía lo buscaría y lo mataría.

—Retiro lo dicho, Campanita.

—¿Quieres hacer el favor…?

—Cállate. ¿Qué parte del Sahalhuddin ocupa la empresa Zareeba?

—Los dos últimos pisos, si no me equivoco. Los inferiores están alquilados por

sus filiales. Zareeba es la propietaria del edificio.

—No está mal. ¿Puede proporcionarnos los planos del edificio puestos al día, incluidos los sistemas de seguridad y contra incendios? Leo muy bien esas cosas.

—¿A estas horas? —exclamó el funcionario—. Son más de las tres de la mañana. No sabría cómo…

—Pruebe con un millón de dólares —le interrumpió Manny sin alzar la voz—. Los mandaré desde París. Palabra.

—¿Qué?

—Repártalo como quiera. Tienen a mi hijo ahí dentro. Consiga esos planos.

La pequeña habitación estaba a oscuras, iluminada únicamente por la luna que entraba por una ventana muy alta, demasiado para alcanzarla, pues no había más muebles que una hamaca colgada muy baja y con la lona medio desgarrada. Uno de los guardias le había dejado una botella de *seebertoo ahbyahd*, un horrible *whisky* local, dándole a entender que a lo que le esperaba se le hacía frente mejor estando borracho. Y estuvo tentado de hacerlo, porque le consumía el miedo, haciéndole sudar hasta el punto de tener la camisa y el pelo empapados. Lo que le impidió descorchar la botella y vaciarla fueron los restos de su rabia… y una última cosa que debía hacer. Pelearía con toda la violencia de que aún fuese capaz, esperando quizá, en el fondo de su ánimo, una bala que Pusiera fin rápidamente a todo aquello.

¿Porqué había llegado a pensar que podría hacerlo? ¿Cómo pudo creer que estaba en condiciones de hacer lo que personas mucho más experimentadas creían suicida? La respuesta no era tan difícil: estaba como poseído. Los cálidos vientos del odio lo abrasaban de tal modo que de no haberlo intentado hubiesen acabado con él. Y no había fracasado del todo si había perdido la vida era solo por haber conseguido un cierto éxito. ¡Había demostrado la existencia del Mahdí! Se había abierto camino por entre aquella selva de engaño y manipulación. Otros le seguirían, lo que era un consuelo.

Volvió a contemplar la botella, el líquido blanco que le prometía el olvido. Inconscientemente, sacudió la cabeza atrás y adelante. El Mahdí había dicho que sus gestos eran tan patéticos como sus palabras. Ni unos ni otras lo serían en aquel avión, cuando volasen sobre los bajíos de Qatar.

Todos los miembros del comando de la brigada Masada habían comprendido desde el principio y todos comprobaron el esparadrapo que llevaban alrededor de la muñeca izquierda para asegurarse de que la cápsula de cianuro seguía allí. No llevaban documentos ni ningún otro medio de identificación; toda su ropa «de faena», hasta las botas y los botones de concha baratos de sus pantalones, había sido comprada por agentes del Mossad en Bengasi, en Libia, el centro de reclutamiento terrorista. En

estos tiempos de productos químicos inyectados, anfetaminas y escopolaminas, ningún miembro de la unidad podía permitir que lo capturasen vivo en un lugar donde su actuación pudiera ser ni siquiera remotamente relacionada con los acontecimientos de Omán. Israel no podía permitirse que le hicieran responsable de la muerte de 236 rehenes norteamericanos. El fantasma de la intromisión israelí debía ser evitado incluso a costa del suicidio de todos los hombres enviados al Asia sudoccidental. Lo comprendían, y en el aeródromo de Hebrón todos habían tendido la muñeca para que el médico les colocara la tira de esparadrapo. Después vieron cómo el médico se llevaba la mano izquierda a la boca, donde los duros dientes se encontrarían con la blanda burbuja redondeada. Un mordisco rápido provocaría la muerte.

El Tujjar aparecía desierto, con la calle y las luces envueltas en los jirones de niebla que llegaba del golfo Pérsico. El edificio conocido como el Sahalhuddin estaba a oscuras, con excepción de algunos despachos iluminados en la última planta y, cinco pisos más abajo, la débil claridad de los tubos de neón del vestíbulo, tras el cristal de las puertas de entrada, donde un hombre aburrido, sentado a una mesa, leía un periódico. Aparcados junto al bordillo había un pequeño sedán azul y una limusina negra. Delante de las puertas se veía a dos vigilantes privados de uniforme, lo que quería decir que probablemente habría también vigilancia en la trasera del edificio. Y la había: un solo hombre. Gris, Negro y Rojo volvieron al viejo taxi, parado casi doscientos metros al oeste, en la esquina de la calle Al Mothanna. Dentro, en el asiento trasero, estaba el herido Yaakov, y en el delantero Ben-Ami y Emmanuel Weingrass, este último estudiando todavía, a la luz del salpicadero, los planos del edificio. Gris les transmitió la información por la ventanilla abierta, y Yaakov dio las instrucciones.

—Vosotros, Negro y Rojo, eliminad a los vigilantes y entrad. Tú, Gris, sigue con Ben-Ami y corta los cables…

—¡Alto ahí, jefe de *boy-scouts*! —dijo Weingrass, volviéndose—. Esta reliquia del Mossad sentada a mi lado no tiene ni idea de sistemas de alarma, excepto probablemente cómo hacer que se disparen.

—No exagere, Manny —protestó Ben-Ami.

—¿Vais a seguir unos cables que han sido cambiados a propósito y que conducen a recipientes de pega preparados solo para gente como vosotros? ¡Menudo festival ibais a organizar! Iré con ellos.

—Señor Weingrass —dijo Azul desde el asiento posterior—, suponga que empieza a toser, que tiene uno de esos ataques…

—No toseré —respondió simplemente el arquitecto—. Ya les he dicho que está ahí mi hijo.

—Yo le creo —dijo Gris por la ventanilla—. Y eso que soy el que va a pagarlo si me equivoco.

—Vas entrando en razón, Campanita.

—¿Quiere, por favor…?

—Bah, cállate. Vamos.

De haber habido a esas horas en el Tujjar un observador desinteresado, los minutos que siguieron le hubiesen parecido los intrincados movimientos de un gran reloj, en los que cada rueda dentada hace girar a otra, que a su vez devuelve el movimiento al impulso frenético del mecanismo, sin que, no obstante, ninguna pieza escape a la secuencia o haga un falso movimiento.

Rojo y Negro eliminaron a los dos vigilantes privados apostados frente a la fachada antes de que ninguno de ellos sospechase de la menor presencia hostil a menos de cien metros. Rojo se quitó la chaqueta, se embutió en la guerrera de uno de ellos, la abotonó, se encasquetó la gorra con visera, tiró de a hacia abajo y corrió hacia las puertas de cristal, donde llamó discretamente, llevándose la mano izquierda al trasero rogando entre las sombras, con gestos cómicos, que le perdiesen entrar para aliviarse. El mal de tripas es una calamidad universal, y el hombre del vestíbulo se echó a reír, dejó el Periódico y accionó un botón que había sobre la mesa. Cuando se oyó el zumbador, Rojo y Negro entraron corriendo, y antes de que el portero de noche comprendiese su error, estaba inconsciente en el suelo de mármol. Gris, que traía a rastras a un guardia cojo, entró y sujetó la puerta antes de que se cerrase; Emmanuel Weingrass le siguió con la chaqueta que había dejado Rojo. Negro salió corriendo a por el segundo vigilante, mientras Weingrass sostenía la puerta. Ya todos dentro, Rojo y Gris ataron y amordazaron a los tres miembros, del personal de seguridad detrás del amplio mostrador de recepción, mientras Negro sacaba de su bolsillo una larga jeringa. Quitó el envase de plástico, comprobó el nivel del contenido e inyectó a los tres árabes inconscientes en la base del cuello. Después, los tres comandos llevaron a los empleados del Sahalhuddin a lo más profundo del enorme vestíbulo.

—¡Quítese de la luz! —susurró Rojo a Weingrass—. ¡Vaya a los ascensores!

—¿Qué…?

—¡Oigo algo fuera!

—¿De veras?

—Deben de ser dos o tres personas. ¡De prisa!

Silencio. Después, más allá de las gruesas puertas de cristal, dos norteamericanos, claramente borrachos, pasaron haciendo eses por la acera mientras recitaban más que cantaban la letra de una melodía familiar. *To the tables down at Mory's, to the place we love so well…*

—Hijo de puta, los oíste —musitó Weingrass, impresionado.

—Vete a la parte de atrás —dijo Gris a Negro—. ¿Conoces el camino?

—Por supuesto; vi los planos. Esperaré tu señal para eliminar al último. Mi elixir mágico está todavía por la mitad.

Negro desapareció por un pasillo mientras Gris atravesaba a la carrera el vestíbulo del Sahalhuddin. Weingrass estaba ahora frente a él, camino de una puerta

de acero que conducía al sótano del edificio.

—¡Mierda! —exclamó Manny—. ¡Está cerrada!

—Era de esperar —dijo Gris, sacando del bolsillo una pequeña caja negra y abriéndola—. No es problema. —El comando extrajo de la caja una especie de masilla, la presionó en torno de la cerradura e introdujo una corta mecha—. Apártese, por favor. No va a explotar, pero el calor es muy intenso. —Weingrass vio con asombro cómo la masilla se ponía primero de un rojo brillante y después del azul más azul que había visto nunca. El acero se fundió ante su vista y el mecanismo de cierre se desprendió.

—Eres un hacha, Camp…

—¡No lo diga!

—Vamos —se ablandó Manny.

Encontraron el sistema de seguridad. Estaba dentro de un enorme panel de acero, en el extremo norte del complejo subterráneo del Sahalhuddin.

—Es un Guardian mejorado —dijo el arquitecto, sacando unos alicates de su bolsillo izquierdo—. Hay dos falsos receptáculos por cada seis cables. Cada cable cubre de mil cuatrocientos a dos mil metros cuadrados de posibles entradas, lo que, teniendo en cuenta el tamaño del edificio, no supone probablemente más de dieciocho.

—Dieciocho cables —repitió Gris, vacilante—. Eso quiere decir seis falsos receptáculos…

—Eso es, Campa… Olvídalo.

—Gracias.

—Si cortamos uno de esos, tendremos a toda una banda sonando en la calle.

—¿Cómo lo sabe? Dijo usted que cambian los cables cifrados para aficionados como Ben-Ami. ¿Cómo puede saberlo?

—Por los mecánicos, amigo mío. Los holgazanes que trabajan en esto odian leer diagramas, de modo que se lo ponen fácil, a ellos y a quienes tengan que cuidar de la instalación. Hacen una marca en los cables falsos, generalmente con alicates y en la parte alta, hacia el terminal principal. De ese modo cuando tienen que reparar una avería dicen que se pasaron una hora buscando los falsos porque los diagramas no estaban claros; nunca lo están.

—Suponga que se equivoca, Weingrass. Suponga que esto lo hizo un «mecánico» honrado.

—Imposible. Hay tan pocos por aquí… —Manny sacó una pequeña linterna y un cortafrío del bolsillo derecho—. Vamos, abre el panel; tenemos de ochenta a noventa segundos para cortar doce cables, ¿te imaginas? Ese granuja barato, Hassan, dijo que estas pilas son frágiles. ¡Adelante!

—Puedo utilizar plástico.

—Eso, y con el calor poner en marcha todas las alarmas de este lugar, incluido el sistema de aspersión automática. *Meshuga!* Voy a mandarte otra vez a la *shul*.

—Va a hacer que me enfade, señor…

—Cállate. Haz tu trabajo y yo haré que te den una medalla. —El arquitecto dio a Gris el cortafrío que había pedido a Hassan, sabiendo por los planos del sistema de seguridad del Sahalhuddin que iban a necesitarlo—. Hazlo aprisa; estas cosas son muy sensibles.

El comando metió el cortafrío bajo el cierre del panel y, con la fuerza de tres hombres normales, empujó hacia delante, abriéndolo de golpe.

—¡Deme la linterna! —dijo el israelí—. ¡Usted busque los otros!

Emmanuel Weingrass fue ansiosamente de derecha a izquierda, enfocando uno tras otro los cables de color. Ocho, *nueve*, *diez… once*.

—¿Dónde está el doce? —chilló—. ¡Tiene que haber uno más! ¡Sin él van a dispararse todos!

—¡Aquí hay una marca! —exclamó Gris, tocando el séptimo cable—. Está junto al tercero de los falsos.

—¡Ya lo tengo!

De repente a Weingrass le dio un ataque de tos y se dobló hacia el suelo, incapaz de contenerse.

—Adelante, señor Weingrass —dijo Gris, tocando al viejo en el hombro—. Desahóguese; nadie puede oírlo.

—Prometí que no…

—Hay promesas imposibles de cumplir.

—¡Deja ya de ser tan educado! —Manny tosió su último espasmo, y torpe, penosamente, se incorporó. El comando tuvo buen cuidado de no ofrecerle ayuda—. Tranquilo, chaval —dijo, respirando profundamente—. El sitio está seguro… desde nuestro punto de vista. Busquemos a mi chico.

Gris no se movió.

—A pesar de su… manera de ser, le respeto —dijo el israelí—, y por el bien de todos no puedo permitir que nos acompañe.

—¿Que usted qué?

—No sabemos qué hay en los pisos de arriba.

—¡Yo sí, hijo de perra! ¡Ahí arriba está mi chico! ¡Dame un arma, Campanita, o mandaré un telegrama al ministro de Defensa de Israel diciéndole que tienes un criadero de cerdos!

De pronto Weingrass dio al comando una patada en la espinilla.

—¡Incorregible! —masculló Gris sin mover la pierna—. ¡Imposible!

—Vamos, *bubbelah*. Una pistolita; sé que tienes una.

—Por favor, no la use a menos que yo se lo diga —dijo el comando, remangándose la pernera izquierda y agachándose para coger el pequeño revólver que llevaba sujeto detrás de la rodilla.

—¿No le he dicho que pertenecí a la Haganah?

—¿La Haganah?

—Claro. Menachem y yo tuvimos un montón de agarradas.

—Menachem no fue nunca de la Haganah.

—Pues sería algún otro calvo. ¡Vamos, adelante!

Ben-Ami, entre las sombras de la entrada del Sahalhuddin y empuñando la Uzi, se mantenía en contacto por radio.

—Pero ¿por qué está contigo? —preguntó el agente del Mossad.

—¡Porque es un tipo imposible! —dijo la voz irritada de Gris.

—¡Esa no es una respuesta!

—No tengo otra. Corto. Hemos llegado a la sexta planta. Te llamaré cuando pueda.

—Comprendido.

Dos de los comandos flanqueaban las grandes puertas dobles que había a la derecha del rellano y el tercero estaba al otro extremo del pasillo, frente a la única puerta de la que salía luz por debajo. Emmanuel Weingrass se había quedado a regañadientes en la escalera de mármol. Su ansiedad le producía un ruido sordo en el pecho, pero su resolución lo acallaba.

—¡Ahora! —susurró Gris, y los dos hombres abrieron la puerta, golpeándola con el hombro, y se dejaron caer instantáneamente al suelo, mientras dos árabes situados a cada extremo de la habitación se volvían, disparando sus armas de repetición. No eran enemigo para las Uzis, y bastaron dos ráfagas de las metralletas israelíes para derribarlos. Un tercero y un cuarto echaron a correr, uno de ellos, vestido de blanco, desde detrás de la enorme mesa de ébano, el otro desde el lado izquierdo.

—¡Deténganse —chilló Gris— o son hombres muertos!

El hombre de piel oscura vestido con un *aba* de lujo se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el israelí.

—¿Tiene idea de lo que ha hecho? —preguntó en voz baja y amenazadora—. La seguridad de este edificio es la mejor de Baréin. Dentro de un momento estarán aquí las autoridades. Tendrán que entregar las armas o los matarán.

—¡Qué hay, basura! —chilló Emmanuel Weingrass, entrando en la habitación con esfuerzo, como hacen los viejos cuando las piernas ya no les funcionan tan bien como antes, especialmente después de grandes emociones—. El sistema no es tan bueno; no puede serlo con todos los subcontratistas que has metido en esto.

—¡Usted!

—¿Quién si no? Debería haberte liquidado hace años en Basora. Pero sabía que mi chico volvería a buscarte; era solo cuestión de tiempo. ¿Dónde está?

—Mi vida por la suya.

—No estás en condiciones de regatear.

—Quizá sí. Está camino de un aeródromo desde donde un avión lo llevará a alta mar. Destino, los bajíos de Qatar.

—Los tiburones —murmuró Weingrass, lleno de una helada furia.

—En efecto. La naturaleza resulta muy cómoda. Y ahora ¿hacemos un trato? Solo yo puedo detenerlos.

El viejo arquitecto, con su frágil cuerpo temblando mi tras respiraba con dificultad, miró fijamente al negro, alto, envuelto en sus majestuosas galas orientales.

—De acuerdo —dijo—. Y por Dios todopoderoso que te vale entregármelo o te daré caza con todo un ejército de mercenarios.

—Siempre ha sido usted un judío muy melodramático. —El Mahdí miró su reloj —. Hay tiempo. Según es costumbre en esos vuelos, no puede haber el menor contacto con tierra. El despegue está programado para el amanecer. Cuando salgamos, haré la llamada. El avión no despegará, pero sí usted y su pequeño ejército de… lo que sean.

—No se le ocurra ni pensar en ningún truco. Hemos hecho un trato.

—¡No! —Gris sacó el cuchillo, se lanzó sobre el Mahdí, lo agarró y lo derribó sobre la mesa—. Nada de tratos ni de negociaciones. ¡En este momento no hay más que tu vida! —El comando hincó la punta del cuchillo en la carne, bajo el ojo izquierdo del hombre de Chicago. El Mahdí gritó mientras la sangre le caía por la mejilla hasta la boca abierta—. ¡Llama ahora o perderás primero este ojo y después el otro! Lo que pase después ya va a importarte menos; no vas a verlo. —Gris alargó el brazo, agarró el teléfono que había sobre la mesa y lo puso junto a la cabeza sangrante—. ¡Ese es tu trato, escoria! ¡Dame el número! Marcaré por ti, solo para asegurarme de que es un aeródromo y no un cuartel privado. ¡Dámelo!

—¡No… no puedo!

—¡Tú verás!

—¡No, detente! ¡No hay tal aeródromo, ni tal avión!

—¡Mentiroso!

—Todavía no. Será más tarde.

—¡Adiós tu primer ojo, farsante!

—¡Está aquí! ¡Dios mío, detente! ¡Está aquí!

—¿Dónde? —rugió Manny, precipitándose hacia la mesa.

—En el ala oeste. Hay una escalera en el pasillo de la derecha. Está en una pequeña zona de almacenaje, debajo del tejado…

Emmanuel Weingrass no quiso oír más. Salió corriendo de la habitación, gritando con el poco aliento que le quedaba.

—¡Evan! ¡Evan…!

Tenía alucinaciones, pensó Kendrick. Una persona del pasado, muy querida para él, estaba llamándolo, dándole valor Pensó que era su singular privilegio de condenado.

Alzó la vista hacia la ventana. La luna se alejaba y su luz iba disipándose. No volvería a verla. Pronto solo habría oscuridad.

—¡Evan! ¡Evan!

Se parecía tanto a Manny… Él siempre había acudido cuando su joven amigo lo necesitaba. Y ahora, al final, estaba también para consolarlo. *¡Oh, Señor! Manny, espero que sepas di algún modo que volví, que al fin te escuché. ¡Lo encontré, Manny! ¡Y otros lo encontrarán también, lo sé! Por favor, quiero que estés un poco orgulloso de mí…*

—¡Maldita sea, Kendrick! ¿Dónde diablos estás?

Aquella voz no era una alucinación. ¡Ni los pasos que resonaban en la estrecha escalera! ¡Y otros más! ¿Estaría muerto?

—¿Manny…? ¿Manny? —gritó.

—¡Aquí está! ¡Es aquí! ¡Echa la puerta abajo, fortachón!

La puerta del cuartucho se abrió como derribada por un trueno ensordecedor.

—¡Maldita sea, chaval! —exclamó Emmanuel Weingrass al ver a Kendrick levantarse tambaleante de su hamaca—. ¿Te parecen maneras de comportarse un respetable congresista? ¡Creí que te había enseñado mejor!

Con lágrimas en los ojos, padre e hijo se abrazaron.

Estaban todos en la sala de estilo occidental de Hassan, en las afueras de la ciudad. Ben-Ami había monopolizado el teléfono desde que lo dejara Weingrass, después de una larga llamada a Mascate y una animada conversación con el joven sultán. A pocos metros de allí, en torno a la gran mesa del comedor, se hallaban sentados siete funcionarios que representaban a los gobiernos de Baréin, Omán, Francia, Gran Bretaña, Alemania Occidental, Israel y la Organización para la Liberación de Palestina. Según lo acordado, no había ningún representante de Washington, pero respecto a cierto congresista los intereses secretos de Norteamérica no tenían nada que temer. Emmanuel Weingrass estaba sentado a esa mesa, entre el israelí y el hombre de la OLP.

Evan y Yaakov ocupaban sendos sillones, como cortesía a los dos peor parados. Fue Azul quien habló.

—Oí lo que dijiste en el Aradous. He estado pensando en ello.

—Es lo único que te pido que hagas.

—Es difícil, Kendrick. Hemos sufrido tanto; no yo, desde luego, pero sí nuestros padres y madres, abuelos y abuelas…

—Y generaciones antes que ellos —añadió Evan—. Nadie con una pizca de inteligencia o sensibilidad lo niega. Pero, en cierto modo, ellos también. Los palestinos no fueron responsables de los pogroms ni del Holocausto, pero, a causa de que el mundo libre se sentía culpable, y con razón, se convirtieron en las nuevas víctimas sin saber por qué.

—Es cierto. —Yaakov asintió lentamente con la cabeza. He oído a los fanáticos de Cisjordania y de Gaza, he escuchado a los Meir Kahanes, y me dan miedo.

—¿Te dan miedo a ti?

—Por supuesto. Utilizan las mismas palabras que se usaron contra nosotros durante varias generaciones. ¡Y sin embargo es verdad que ellos matan! ¡Mataron a mis dos herma nos y a muchos otros!

—Eso tiene que acabar alguna vez. Es un despilfarro tan terrible…

—Necesito pensar.

—Es un comienzo.

Los hombres reunidos en torno a la mesa se levantaron bruscamente, se saludaron unos a otros con la cabeza y, uno a uno, cruzaron la sala de estar camino de la puerta de la calle y hacia sus coches oficiales, sin reparar en la presencia de alguien más en la casa. El anfitrión, Hassan, pasó bajo el arco y se dirigió a sus últimos invitados. Al principio resultó difícil oír sus palabras, porque Emmanuel Weingrass, doblado con un ataque de tos, estaba en el comedor. Evan hizo ademán de levantarse, pero Yaakov, sacudiendo la cabeza, lo agarró por el brazo. Evan comprendió. Asintió con un gesto y volvió a sentarse.

—La embajada norteamericana en Mascate será liberada antes de tres horas, y los terroristas conducidos bajo escolta a un barco que espera en el muelle, proporcionado por Sahibe al Farrahkhaliffe.

—¿Qué va a pasar con ese? —preguntó, colérico, Kendrick.

—La respuesta solo puede darse en esta habitación, y solo en ella. Tengo instrucciones de la Casa Real para informarles de que la cosa no va a ir más adelante. ¿Lo comprenden y lo aceptan?

Hubo un gesto general de afirmación.

—Sahibe al Farrahkhaliffe, conocido por ustedes como el Mahdí, será ejecutado sin previo juicio ni condena, porque sus crímenes contra la humanidad son tan atroces que no merecen la dignidad de los tribunales. Como dicen los norteamericanos, lo haremos «a nuestro modo».

—¿Puedo hablar? —dijo Ben-Ami.

—Por supuesto —respondió Hassan.

—Está todo dispuesto para que mis colegas y yo volvamos en avión a Israel. Dado que ninguno tenemos pasaporte ni documentación, el emir nos ha proporcionado un avión especial y ha arreglado los trámites. Debemos estar en el vestíbulo del aeropuerto antes de una hora. Perdónennos una marcha tan brusca. Vámonos, caballeros.

—Discúlpennos a nosotros —dijo Hassan— por no tener qué darles las gracias.

—¿Tiene algo de *whisky*? —preguntó Rojo.

—El que desee.

—El que le sobre. Me espera un largo y terrible viaje de vuelta, y odio volar. Me da miedo.

Evan Kendrick y Emmanuel Weingrass estaban sentados en sendos sillones en la sala de estar de Hassan. Esperaban instrucciones de un apresurado y desconcertado embajador norteamericano, a quien solo se le permitía comunicarse con ellos por teléfono. Era como si los dos viejos amigos, el estudiante a menudo perplejo y el estridente profesor, no se hubiesen separado nunca. Sin embargo, el estudiante era ahora quien llevaba la voz cantante, y el profesor lo comprendía.

—Ahmat debe de estar en el quinto cielo con este alivio —dijo Evan, tomando un sorbo de coñac.

—Hay un par de cosas que lo mantienen en la tierra.

—¿Sí?

—Al parecer hay un grupo que quería librarse de él, hacer que volviese a Estados Unidos, porque pensaban que era demasiado joven e inexperto para hacerse cargo de las cosas. Él los llamaba «sus arrogantes príncipes mercaderes». Ahora está convocándolos a palacio para meterlos en cintura.

—Esa es una cosa. ¿Y la otra?

—Hay otro grupo que quería tomar los asuntos en sus manos, volar la embajada si era necesario, cualquier cosa con tal de recuperar su país. Están locos por las metralletas; fue a ellos a quienes reclutó Operaciones Consulares para sacarte del aeropuerto.

—¿Qué va a hacer con ellos?

—No mucho, a menos que quieras que griten tu nombre desde los minaretes. Si se mete con ellos clamarán que hay conexiones con el Departamento de Estado y todos los locos de Oriente Medio tendrán así una nueva causa.

—Ahmat sabe que no puede hacer eso. Es mejor dejarlos en paz.

—Hay una última cosa, y esa tiene que hacerla por sí Mismo. Tiene que volar ese barco y matar a todos esos sucios bastardos.

—No, Manny; esa no es la manera. Solo servirá para que a matanza continúe indefinidamente.

—¡Te equivocas! ¡Hay que escarmentarlos una y otra vez hasta que se enteren bien del precio que tienen que pagar!

De repente al viejo arquitecto le acometió una tos prolongada, retumbante, llena de estertores que venía de las más profundas cavidades de su pecho. Se puso rojo, con las venas del cuello y la frente azules y tensas. Evan lo agarró por el hombro para sostenerlo.

—Hablaremos de eso más tarde —dijo, mientras la tos iba remitiendo—. Quiero que vuelvas conmigo, Manny.

—¿Por esto? —Weingrass sacudió la cabeza a la defensiva—. Es solo un catarro de pecho. En Francia hace un tiempo de perros.

—No pensaba en eso —mintió Kendrick, esperaba que de manera convincente—. Te necesito.

—¿Para qué?

—Quizá me embarque en una serie de proyectos y necesito tu consejo. —Era otra mentira, esta menos presentable, por lo que se apresuró a añadir—: También hay que reformar por completo mi casa.

—Creí que acababas de construirla.

—Estaba ocupado con otras cosas y no le presté atención. El proyecto es malo; no puedo ver la mitad de las cosas que pensaba ver, las montañas, los lagos y todo eso.

—Nunca fuiste muy bueno leyendo planos de exterior.

—Por favor, te necesito.

—Tengo asuntos en París. Debo enviar dinero; di mi palabra.

—Envía el mío.

—¿Un millón?

—Diez, si quieres. Estoy aquí, y no en el estómago de ningún tiburón. No voy a rogarte, Manny; pero, por favor, de verdad te necesito.

—Bueno, quizá durante un par de semanas. También me necesitan en París.

—Va a bajar el precio de las furcias por toda la ciudad, lo sé —replicó Evan, aliviado.

—¿Qué?

Afortunadamente sonó el teléfono, evitando a Kendrick tener que repetir lo que había dicho. Habían llegado las instrucciones.

—Soy ese hombre al que no conoce, con el que nunca ha hablado —dijo Evan al teléfono público de la base de Andrews de las Fuerzas Aéreas, en Virginia—. Salgo para los rápidos y las montañas, donde he pasado los últimos cinco años. ¿Comprendido?

—Comprendido —dijo Frank Swann, subdirector de Operaciones Consulares del Departamento de Estado—. Ni siquiera intentaré darle las gracias.

—No lo haga.

—No puedo hacerlo porque ni siquiera sé su nombre.

```
Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda
```

La silueta sentada se inclinó sobre el teclado con los ojos vivaces y la mente alerta, aunque su cuerpo estaba agotado de cansancio. Respiraba profundamente a cada paso, como si ida respiración mantuviese su cerebro en funcionamiento. Llevaba casi cuarenta y ocho horas sin dormir, esperando saber lo que ocurría en Baréin. Había habido un *blackout*, una suspensión de comunicaciones… Silencio. El pequeño círculo de los que en el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia tenían acceso a los temas de máximo secreto podía estar también ahora respirando a pleno pulmón, pensó, pero no antes. Por el contrario, habían estado conteniendo el

aliento. Baréin representaba lo irreversible, lo definitivo, el desenlace nuclear. Pero ya no era así. Ya había pasado, y el sujeto estaba en casa. Había vencido. La silueta procedió a teclear.

```
Nuestro hombre lo ha conseguido. Mis utensilios están en pleno éxtasis porque, aunque se negaron a comprometerse, indicaron que podía lograrlo. A su manera inanimada vieron lo mismo que yo.
```

El sujeto llegó aquí esta mañana en secreto, creyendo que todo ha terminado, que su vida va a volver a su anormal normalidad, pero se equivoca. Todo está preparado, el informe completo. Hay que encontrar los medios y se encontrarán. El rayo golpeará, y será la descarga que cambie a una nación. Para él, esto es solo el comienzo.

LIBRO SEGUNDO

Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda

¡Ya han sido encontrados los medios! Como en los viejos escritos védicos, ha llegado un dios del fuego, mensajero ante el pueblo. Se ha dado a conocer a mí, y yo a él. El expediente de Omán ya está completo.

¡Completo! Lo he conseguido todo mediante el acceso y la penetración, y se lo he dado a él. Es un hombre notable, como, de un modo realista, creo que lo soy yo, y tiene una dedicación comparable a la mía.

Con el expediente completo y en el ordenador, este diario ha terminado. Otro está a punto de empezar.

16

Un año después.
Domingo, 20 de agosto, 8.30 p.m.

Una a una, como tranquilas y gráciles carrozas, las cinco limusinas habían ido dejando a sus dueños frente a la escalinata de mármol que llevaba a la entrada con columnas de la mansión, a orillas de la bahía de Chesapeake. Las llegadas, espaciadas de manera irregular, no darían la menor impresión de urgencia a los mirones que, súbitamente curiosos, se paraban a los lados de la autopista o en las calles del rico pueblo de la costa oriental de Maryland. No era más que otra reunión social de los inmensamente ricos, una estampa muy común en este enclave de intermediarios del poder financiero. Un próspero banquero local podía mirar por la ventana, ver pasar las relucientes limusinas y desear tener el privilegio de oír hablar de aquellos hombres mientras bebían coñac o jugaban al billar, pero sus pensamientos no pasarían de ahí. Los inmensamente ricos eran generosos con los alrededores, y la gente del pueblo más próspera gracias a ellos. Las migajas de sus mesas proporcionaban frecuentes sinecuras. Estaban los ejércitos a criados y jardineros, cuyos parientes engrosaban las nóminas sin que se oyera nunca una queja de los propietarios con tal de que sus fincas estuviesen en orden a su regreso de Londres, París o Gstaad. Y para quienes pertenecían a una escala profesional más alta, había la confidencia ocasional sobre unas acciones mientras tomaban juntos un trago en la pintoresca taberna del centro del pueblo. Banqueros, comerciantes y vecindario perpetuamente impresionado tenían cariño a sus terratenientes y custodiaban la privacidad de aquellos distinguidos hombres y mujeres con tranquila firmeza. Y si esa custodia significaba saltarse alguna ley de vez en cuando, el precio era pequeño, y en cierto sentido incluso moral si uno consideraba hasta qué punto los profesionales del comadreo y los periódicos de escándalo lo sacaban todo de quicio para vender sus papeluchos. El hombre de la calle podía coger la gran borrachera e hincharse a dar gritos, o tener una pelea sangrienta con su esposa o su vecino, o incluso verse mezclado en un accidente de automóvil, y nadie le tomaba fotos grotescas para publicarlas en la prensa amarilla. ¿Por qué elegían a los ricos para ofrecer historias sensacionalistas a personas que no les llegaban ni a la suela del zapato? Los ricos eran diferentes. Proporcionaban empleos, contribuían generosamente a las cuestaciones de caridad y a menudo hacían la vida un poco más fácil a quienes entraban en contacto con ellos; de modo que, ¿por qué perseguirlos?

Tal era la lógica de las gentes del lugar. Asimismo, la policía local procuraba mantener sus ficheros lo más limpios posible; eso contribuía a unas relaciones armoniosas. También servía para que hubiese cierto número de secretos bien guardados en el privilegiado enclave donde estaba situada la mansión de la bahía de

Chesapeake.

Dentro de la inmensa casa, en el ala más cercana al agua, la biblioteca de alto techo era característicamente masculina. Predominaban el cuero y la madera, mientras que ventanas catedralicias daban sobre los esculpidos jardines, iluminados por reflectores, y estanterías de dos metros y medio de altura formaban un imponente muro de saber dondequiera que el espacio lo permitía. Sillones de un suave cuero castaño, con lámparas de pie a su lado, flanqueaban las ventanas, y una ancha mesa de cerezo se alzaba en el lejano rincón derecho de la habitación, con una butaca giratoria de alto respaldo en cuero negro detrás. Completando el ambiente, había en el centro una gran mesa circular, punto de encuentro para reuniones que era preferible celebrar en la seguridad del campo.

Sin embargo, las apariencias ordinarias terminaban con esos objetos y ese ambiente para dar paso a lo insólito, si no lo extraño. Sobre la mesa, frente a cada sitio, había una lámpara de cobre cuya luz caía sobre un bloc amarillo que formase parte del escenario. Era como si los pequeños y bien delimitados círculos de luz hiciesen más fácil para quienes estaban sentados a la mesa concentrarse en las notas que pudieran tomar sin que los distrajesen las caras —y los ojos— plenamente iluminadas de quienes tenían al lado o enfrente, porque en la habitación no había más luces. Los rostros entraban y salían de las sombras, lo que permitía discernir sus expresiones pero no examinarlos a fondo. En el extremo oeste je la biblioteca, sujeto a la moldura de la pared por encima de las estanterías, había un largo tubo negro que, al ser accionado eléctricamente, dejaba caer una pantalla plateada que descendía hasta medio camino del suelo de parqué, como ahora estaba. Era el complemento de otro mueble nada usual, al menos en cuanto a su carácter permanente.

Encajada en la pared este, más allá y por encima de la mesa e impulsada electrónicamente para hacerse visible, había una consola de componentes audiovisuales que incluía proyectores para televisión directa y grabada, películas, diapositivas fotográficas y magnetófonos. Gracias a un disco periscópico con mando a distancia situado en el tejado, la unidad era capaz de captar transmisiones por satélite y onda corta del mundo entero. En ese momento brillaba una lucecita roja; habían insertado una serie de diapositivas lista para ser proyectada.

Todo este equipo era sin duda insólito para semejante biblioteca, incluso entre los ricos, pues el ambiente que daba era otro: el de una sala de estrategia situada lejos de la Casa Blanca, del Pentágono y de las cámaras estériles de la Agencia de Seguridad Nacional. Bastaba oprimir un botón, y el mundo —pasado y presente— desfilaba para ser sometido a escrutinio, a unos juicios pronunciados desde un aislado claroscuro.

Pero en el lejano rincón derecho de aquella habitación había un curioso anacronismo. Solitaria y separada de la pared cubierta de libros se veía una vieja estufa Franklin, cuya salida de humos se elevaba hasta el techo. Junto a ella había un cubo metálico lleno de carbón. Lo más extraño era que la estufa estaba encendida, a

pesar del silencioso zumbido del aire acondicionado central, necesario en la cálida y húmeda noche de la bahía de Chesapeake.

Y es que esa estufa era indispensable para la reunión que iba a tener lugar en las costas de Cynwid Hollow. Todo lo escrito tenía que ser quemado, incluidos los blocs de notas, porque nada de lo que se dijese entre aquellas personas podía ser comunicado al mundo exterior. Era una tradición, hija de la necesidad internacional. Sus palabras podían hacer que cayesen gobiernos y prosperasen o se hundiesen economías; sus decisiones, precipitar guerras o evitarlas. Eran los herederos de la más poderosa organización secreta del mundo libre.

Eran cinco.

Y eran humanos.

—El presidente será reelegido por una mayoría abrumadora dentro de dos años a partir de noviembre —dijo el hombre de pelo blanco y aquilina cara aristocrática que presidia la mesa—. Apenas necesitábamos nuestras proyecciones para saberlo. Tiene el país en la palma de la mano, y, a menos de cometer errores catastróficos, que sus más razonables consejeros evitarán, nadie podrá impedirlo, ni siquiera nosotros. En consecuencia, debemos prepararnos para lo inevitable y tener situado a nuestro hombre.

—Qué expresión tan extraña, «nuestro hombre» —comentó un tipo de setenta y tantos años, delgado y calvo, de mejillas hundidas y ojos grandes y de mirar amable —. Tendremos que actuar rápidamente. Y sin embargo, las cosas podrían cambiar. El presidente es una persona encantadora, tan atractivo, tan necesitado de que lo quieran… de que lo amen, imagino.

—Y tan superficial —interrumpió tranquilamente, sin la menor animosidad en su tono, un negro de anchos hombros y mediana edad, cuyos trajes, impecablemente cortados, denotaban buen gusto y riqueza—. Personalmente no tengo nada contra él, porque sus instintos son buenos; es un hombre honrado, incluso un buen hombre. Eso es lo que ve la gente, y probablemente tiene razón. No, lo malo no es él, sino esos perros que tiene detrás, tan detrás que probablemente no sabe que existen, salvo como contribuyentes a su campaña.

—No lo sabe —dijo el cuarto de los reunidos, un tipo corpulento de mediana edad, con cara de querubín y ojos impacientes bajo una mata de pelo rojizo; su chaqueta de *tweed* con coderas lo relacionaba con ambientes universitarios—. Y apostaría diez de mis patentes a que cometerá algún error grave antes de terminar su primer mandato.

—Perdería —dijo el quinto miembro de la mesa, una mujer mayor, de pelo plateado y vestida elegantemente a base de seda negra y un mínimo de joyería. Su cultivada voz tenía las huellas de esa inflexión y esa cadencia que es costumbre atribuir a la zona media de la costa atlántica norteamericana—. No porque usted lo subestime, cosa que hace, sino porque él y quienes están detrás consolidarán el creciente consenso hasta hacerlo políticamente invencible. La retórica será sesgada

pero no habrá decisiones profundas hasta que la oposición esté casi reducida al silencio. En otras palabras, están ahorrando sus mejores armas para el segundo mandato.

—Entonces está de acuerdo con Jacob en que debemos actuar rápidamente —dijo Samuel Winters, el del pelo blanco, señalando con la cabeza a Jacob Mandel, el tipo demacrado je su derecha.

—Claro que lo estoy, Sam —dijo Margaret Lowell, alisándose distraídamente el pelo y echándose después repentinamente hacia adelante, con los codos firmemente apoyados en la mesa y las manos juntas. Era un movimiento sorprendentemente masculino en una mujer tan femenina, pero nadie en la mesa lo notó. Estaban pendientes de sus ideas—. Realmente no estoy segura de que podamos actuar con la suficiente rapidez —dijo con una especie de tranquilidad presurosa—. Quizá tengamos que considerar un enfoque más brusco.

—No, Peg —intervino Eric Sundstrom, el universitario pelirrojo que estaba a su izquierda—. Todo ha de ser perfectamente normal, como corresponde a una administración gastada que convierte su pasivo en activo. Ese debe ser nuestro enfoque. Cualquier desviación del principio de la evolución natural, al ser la naturaleza imprevisible, provocaría alarmas intolerables. El consenso mal informado al que se han referido se uniría en torno a su causa, inflamado por los sabuesos de que habla Gid. Tendríamos un estado policial.

Gideon Logan, con su gran cabeza negra, afirmó mientras una sonrisa contraía sus labios:

—Arrastrarían a toda la gente bienpensante y no habría quien pudiese con ellos. —Hizo una pausa, mirando a la mujer que tenía enfrente—. No hay atajos, Margaret. En eso tiene razón Eric.

—Lo que he dicho no es ningún melodrama —insistió Lowell—. No hablo de tiroteos en Dallas ni de nada que pueda asustar a los niños. Me refiero solo al tiempo. ¿Tenemos tiempo?

—Si lo utilizamos como es debido, lo tenemos —dijo Jacob Mandel—. La clave está en el candidato.

—Entonces pasemos a él —interrumpió el canoso Samuel Winters—. Como todos ustedes saben, nuestro colega Varak ha completado su búsqueda y está convencido de haber dado con nuestro hombre. No voy a aburrirles hablándoles de los muchos a los que ha eliminado, excepto para decirles que, si no hay completa unanimidad entre nosotros, los examinaremos a todos. Ha estudiado nuestras directrices, las bazas que buscamos y los inconvenientes que deseamos evitar; en resumen, las dotes que estamos convencidos debe poseer; y, en mi opinión, ha dado con un candidato brillante, aunque totalmente inesperado. No voy a hablar por nuestro amigo, que lo hace muy bien, pero no puedo dejar de decirles que en nuestras numerosas reuniones ha mostrado la misma dedicación a nosotros que su tío, Antón Varak, tuvo para con nuestros predecesores hace quince años. —Winters hizo una

pausa; sus penetrantes ojos grises recorrieron por turno a los reunidos en torno a la mesa—. Quizá haga falta ser un europeo privado de libertades para comprendernos, para entender las razones de nuestra existencia. Somos los herederos de Inver Brass, resucitado por quienes nos precedieron. Fuimos seleccionados por aquellos hombres tras un profundo estudio, y cuando sus abogados dieron el sobre sellado a cada uno de nosotros, todos comprendimos. No buscábamos extraer más provecho de la sociedad en que vivíamos, no codiciábamos más ganancias ni puestos, fuera de los que ya teníamos. Gracias a nuestra capacidad, ayudada por la suerte, la herencia o la desgracia de otros, habíamos alcanzado una libertad concedida a muy pocos en este mundo tan trastornado. Pero esa libertad trae consigo una responsabilidad, y nosotros la aceptamos, como hace años nuestros predecesores. Es la de utilizar nuestros recursos para hacer que este país mejore, y en ese proceso conseguir un mundo mejor. —Winters se recostó en su sillón mientras sacudía la cabeza y su voz se hacía vacilante, casi interrogadora—. Bien sabe Dios que nadie nos eligió, que nadie nos ungió en nombre de la gracia divina, y desde luego no cayeron rayos de los cielos para revelar ningún mensaje del Olimpo; pero lo que hacemos es porque está en nuestra mano y porque creemos en nuestro juicio colectivo y desapasionado.

—No estés tan a la defensiva, Sam —le interrumpió suavemente Margaret Lowell —. Podemos ser privilegiados, pero somos también diversos. No representamos a un único color del espectro.

—No sé bien cómo tomar eso, Margaret —dijo Gideon Logan, arqueando las cejas con burlona sorpresa mientras los miembros de Inver Brass se echaban a reír.

—Querido Gideon —replicó Lowell—, no me había dado cuenta. ¿Palm Beach en esta época del año? Está usted de un moreno impresionante.

—Alguien tenía que atender sus jardines, madame.

—Si fue usted, seguro que me he quedado sin casa.

—Es posible. Un grupo de familias puertorriqueñas ha alquilado la propiedad, madame, y actualmente es una comuna. —Brotó una risa ahogada al otro lado de la mesa—. Lo siento, Samuel; no es momento para frivolidades.

—Todo lo contrario —intervino Jacob Mandel—. Eso es señal de salud y claridad mental. Si alguna vez dejamos de reírnos, en especial de nuestras debilidades, no tendremos nada que hacer. Si me lo permiten, les diré que nuestros mayores aprendieron esa lección de los pogroms europeos. Lo consideraban uno de sus principios de supervivencia.

—Y tenían razón —asintió Sundstrom, todavía riéndose—. Pone una distancia, por breve que sea, entre la persona y sus dificultades. Pero ¿podemos volver al candidato? Estoy fascinado. Sam dice que se trata de una elección brillante pero totalmente inesperada. Yo hubiese pensado otra cosa, dado, como ha dicho Peg, el factor tiempo. Pensaba que sería alguien je las alas, de las alas políticas de un Pegaso, si quieren.

—La verdad es que tengo que leer uno de sus libros algún día —volvió a

interrumpir Mandel—. Habla como un rabino, pero no le comprendo.

—Ni lo intente —dijo Winters, sonriendo amablemente a Sundstrom.

—El candidato —repitió Sundstrom—. Me parece colegir que Varak ha preparado una presentación.

—Con su acostumbrada atención a los detalles —respondió Winters, moviendo la cabeza hacia su izquierda para indicar la luz roja que lucía sobre la consola que tenía detrás—. Por cierto que ha descubierto una información extraordinaria relativa a acontecimientos que tuvieron lugar hace casi exactamente un año.

—¿Omán? —preguntó Sundstrom, atisbando por encima de la luz de su lámpara —. La semana pasada se celebraron servicios conmemorativos en más de una docena de ciudades.

—Dejad que lo explique el señor Varak —dijo el historiador del pelo blanco mientras oprimía un botón incrustado en la superficie de la mesa.

Llenó la sala el sonido apagado de un zumbador, y segundos más tarde la puerta de la biblioteca se abrió y un hombre rubio y fuerte de treinta y tantos años entró en la zona iluminada y quedó de pie bajo el dintel. Llevaba un traje de verano color tabaco y una corbata rojo oscuro, y sus amplios hombros parecían tensar el tejido de la chaqueta.

—Estamos dispuestos, señor Varak. Pase, por favor.

—Gracias.

Milos Varak cerró la puerta, ocultando la claridad del pasillo, y se dirigió al extremo opuesto de la habitación. De pie frente a la pantalla plateada, saludó cortésmente, inclinando la cabeza, a los miembros de Inver Brass. La claridad de las lamparas, reflejada en el brillo de la mesa, le bañaba la cara, subrayando los pómulos y la amplia frente bajo el cabello rubio liso cuidadosamente peinado. Una leve inclinación de los párpados hablaba de un antepasado eslavo influido por las tribus de la Europa oriental. Detrás, la mirada era tranquila, sagaz y un tanto fría.

—¿Puedo decirles que me agrada volver a verlos? —dijo, en un inglés preciso con acento de Praga.

—Encantado de verlo a usted, Milos —respondió Jacob Mandel, dando a su nombre la correcta pronunciación checa, después hubo un rosario de breves salutaciones.

—Varak… —dijo Sundstrom, echándose hacia atrás en su asiento.

—Tiene buen aspecto, Milos —asintió Gideon Logan.

—Parece un jugador de *rugby*. —Margaret Lowell sonreía—. No deje que lo vean los Redskins. Necesitan defensa.

—Es un juego demasiado confuso para mí, madame.

—Y también para ellos.

—He hablado a todos acerca de sus progresos —dijo Winters, y añadió suavemente—: De los que usted cree sus progresos. Antes de revelar la identidad del hombre que va a someter a nuestra consideración, ¿le importaría pasar revista a las

directrices?

—Con mucho gusto. —Los ojos de Varak vagaron en torno a la mesa mientras ordenaba sus ideas—. Para empezar, su hombre debería ser físicamente atractivo, pero no «guapo» o femenino. Alguien que responda a las exigencias máximas de sus asesores de imagen; por debajo de eso, supondría demasiados obstáculos para el tiempo de que disponemos. Por tanto, un hombre a quien los hombres identifiquen con las virtudes masculinas de esta sociedad y las mujeres encuentren atractivo. Tampoco debería ser un ideólogo inaceptable para sectores ruidosos del electorado. Además, debe tener el aspecto de ser lo que ustedes llaman una persona independiente, alguien incapaz de dejarse comprar y con un pasado que respalde esa condición. Naturalmente, no debería tener secretos perjudiciales que ocultar. Por último, el aspecto exterior es algo vital en la búsqueda. Nuestro hombre debe tener esas atractivas cualidades personales que pueden ayudar a lanzar lo al escenario político mediante una campaña de imagen acelerada. Una figura de cordialidad real o simulada y un humor tranquilo, con actos de valor documentados en su pasado, pero sin nada que pudiera utilizar para hacer sombra al presidente.

—Es algo que su gente no aceptaría —dijo Eric Sundstrom.

—En cualquier caso, no tendrán elección —respondió Varak en tono suavemente convincente—. La manipulación tendrá lugar en cuatro etapas. Antes de los tres meses, nuestro hombre, prácticamente anónimo, se hará rápidamente visible; antes de los seis, será relativamente bien conocido, y a finales de año su porcentaje será comparable al de los líderes del Senado y de la Cámara, y entre el mismo tipo de personas. Estas pueden ser consideradas las fases una a tres. La cuarta, meses antes de las convenciones, será rematada con apariciones en las portadas de *Time* y *Newsweek* y editoriales elogiosos en los principales periódicos y en las cadenas de radio) televisión. Todo ello puede ser garantizado si se invierten las sumas adecuadas en los lugares convenientes. —Varak hizo una pausa y continuó—. Es decir, garantizado si se dispone del candidato idóneo, y creo que lo he encontrado.

Los miembros de Inver Brass, tras observar a su coordinador checo con cierto asombro, se miraron cautelosamente unos a otros.

—Si lo tenemos y baja de la montaña —dijo Margaret Lowell—, me casaré con él.

—También yo —terció Gideon Logan—, y que se fastidien los matrimonios mixtos.

—Perdónenme —interrumpió Varak—. No era mi intención idealizar al candidato. Se trata de una persona muy normal, y las cualidades que le he atribuido son en su mayor parte resultado de una confianza debida a su riqueza, que ganó trabajando mucho y corriendo riesgos en los lugares y los momentos adecuados. Está a gusto consigo mismo y con los demás porque no busca nada de otros y sabe de lo que es capaz.

—¿Quién es? —preguntó Mandel.

—¿Puedo mostrárselo? —dijo respetuosamente Varak, a la vez que sacaba del bolsillo un mando a distancia y se alejaba de la pantalla—. Es posible que algunos de ustedes lo reconozcan y tenga que retirar lo que he dicho de su anonimato.

Brotó un chorro de luz de la consola y la cara de Evan Kendrick llenó la pantalla. La foto, en color, acentuaba lo curtido de su piel, así como la barba incipiente y las hebras de pelo castaño claro que desbordaban las orejas y la nuca. Entrecerraba los ojos a causa del sol, mientras miraba a lo lejos por encima del agua con expresión a la vez atenta y aprensiva.

—Parece un *hippy* —dijo Margaret Lowell.

—Las circunstancias pueden explicar esa impresión —dijo Varak—. Esta foto fue tomada la semana pasada, la cuarta de su viaje anual por los rápidos de las montañas Rocosas. Va solo, sin compañía y sin guía.

El checoslovaco procedió a hacer pasar las diapositivas, dejando a cada una en exposición varios segundos. Las fotos mostraban a Kendrick navegando por los rápidos, y en ocasiones salvando casi de milagro el laberinto de rocas, entre chorros de agua espumeante. Los bosques de montaña del fondo servían para subrayar la peligrosa pequeñez del hombre y su medio de transporte frente a la imprevisible e imponente naturaleza.

—¡Un momento! —exclamó Samuel Winters, atisbando a través de sus gafas de concha—. Deje eso —continuó, estudiando la foto—. No me había dicho nada de esto. Está camino del campamento base, en el meandro que hay después de Lava Fadis.

—Exacto.

—Entonces debe de haber pasado los rápidos de nivel cinco que hay más arriba.

—Sí, señor.

—¿Sin guía?

—Sí.

—¡Está loco! Hace décadas navegué yo por ahí con dos guías y me llevé un susto de muerte. ¿Por qué lo hará?

—Lleva años haciéndolo; cada vez que vuelve a Estados Unidos.

—¿Que vuelve?

Jacob Mandel se echó hacia adelante.

—Hasta hace cinco años era ingeniero y empresario de la construcción. Su trabajo se centraba en el Mediterráneo oriental y el golfo Pérsico. Esa parte del mundo es lo más opuesto que pueda imaginarse de las montañas y los ríos, y creo que simplemente, le suponía un cierto alivio el cambio de escenario. Pasaba una semana trabajando y después se iba al Noroeste.

—Y dice usted que iba solo —murmuró Eric Sundstrom.

—En aquel entonces, no. Llevaba con frecuencia compañía femenina.

—En ese caso parece evidente que no es homosexual —observó el único miembro femenino de Inver Brass.

—Nunca quise dar a entender que lo fuese.

—Tampoco dijo nada de una esposa o una familia, lo que me parece un aspecto importante. Solo dijo que ahora viaja solo durante lo que son evidentemente unas vacaciones.

—Es soltero, madame.

—Eso podría ser un problema —intervino Sundstrom.

—No necesariamente. Disponemos de dos años para enderezar la situación y, dados los factores de probabilidad, un matrimonio en año electoral puede tener cierto atractivo.

—Con la asistencia del presidente más popular de la historia, sin duda —dijo Gideon Logan, conteniendo la risa.

—No es imposible.

—Dios mío; lo tiene usted todo previsto, Milos.

—Un momento, por favor. —Mandel se ajustó las gafas de montura metálica—. ¿Dice usted que hace cinco años trabajaba en el Mediterráneo?

—Entonces estaba en plena actividad. Después vendió la empresa y abandonó Oriente Medio.

—¿Y eso por qué?

—Ocurrió un trágico accidente que segó la vida de casi todos sus empleados y sus familias. Esa pérdida lo afectó profundamente.

—¿Fue culpa suya?

—En absoluto. Otra empresa fue acusada de utilizar materiales de mala calidad.

—¿Se benefició de la tragedia? —preguntó Mandel, endureciendo súbitamente la mirada.

—Al contrario; lo he comprobado a fondo. Vendió la empresa por menos de la mitad de su valor en el mercado. Los propios abogados de los compradores estaban asombrados, les habían autorizado a pagar tres veces ese precio.

Los ojos de Inver Brass retornaron a la gran pantalla y a la fotografía de un hombre y su embarcación esquivando un peñasco en los rápidos.

—¿Quién las tomó? —preguntó Logan.

—Fui yo —dijo Varak—. Le seguí. Nunca me vio.

Continuaron desfilando las diapositivas, y de pronto hubo un cambio brusco. El «candidato» ya no aparecía con las toscas ropas de los rápidos ni con las del final de jornada en torno a un fuego de campamento, cocinando solo sobre las llamas. Ahora lo habían fotografiado recién afeitado, con el pelo cortado y peinado, vestido con un traje oscuro, andando por una calle conocida con una cartera en la mano.

—Eso es Washington —dijo Eric Sundstrom.

—Ahora está en las escaleras de la Rotonda —añadió Logan al aparecer la siguiente diapositiva.

—¡Está en lo alto de la Colina! —exclamó Mandel.

—¡Lo conozco! —dijo Sundstrom, oprimiéndose las sienes con los dedos de la

mano derecha—. Conozco esa cara, y hay una historia detrás de ella, pero no sé cuál.

—No será la que voy a contarles.

—Está bien, Milos. —El tono de Margaret Lowell fue terminante—. Ya basta. ¿Quién demonios es?

—Se llama Kendrick, Evan Kendrick. Es el representante del distrito noveno de Colorado.

—¿Un congresista? —exclamó Jacob Mandel mientras seguía en pantalla la foto de Kendrick en la escalinata del Capitolio—. Nunca he oído hablar de él, y creía conocer a casi todo el mundo ahí arriba. De nombre, claro, no en persona.

—Es relativamente nuevo, y su elección apenas mereció la atención de los medios de información. Se presentó por el partido del presidente porque en ese distrito la oposición prácticamente no existe; ganar la primaria equivale a ser elegido. Menciono esto porque el congresista no parece estar muy de acuerdo con muchas de las cosas que hace la Casa Blanca. Durante las primarias evitó referirse a problemas internos.

—Aparte su mayor o menor franqueza —dijo Gideon Logan—, ¿está sugiriendo que tiene la independencia de alguien como, digamos, Lowell Weiker?

—De un modo muy discreto, sí.

—Discreto, nuevo y con un distrito nada imponente —dijo Sundstrom—. Desde ese punto de vista su anonimato está garantizado. Tal vez demasiado. No hay nada más insignificante en política que un congresista por un distrito desconocido, recién elegido y del que nadie ha oído hablar. Denver está en el primero, Boulder en el segundo y Springs en el quinto. ¿Dónde esta el noveno?

—Al sudoeste de Telluride, cerca de la frontera con Utah —le explicó Jacob Mandel, que a continuación se encogió de hombros como pidiendo disculpas por su mucho saber—, ofrecían allí unas acciones mineras por las que estuvimos interesados hace años. Pero ese hombre de la pantalla no es el congresista con el que hablamos y que trató casi desesperada mente de convencernos para que las suscribiésemos.

—¿Y las suscribieron? —preguntó Varak.

—No, no lo hicimos. Francamente, la especulación iba más allá de lo que se entiende por riesgo calculado para una inversión de capital.

—¿Lo que llaman ustedes en Norteamérica un posible *scam*, un timo?

—No teníamos pruebas. Simplemente, nos echamos atrás.

—Pero el representante en el Congreso por ese distrito hizo cuanto pudo por convencerlos.

—Efectivamente.

—Por eso el congresista es ahora Evan Kendrick.

—¿Cómo?

—Eric —le interrumpió Gideon Logan, desplazando su gran cabeza para mirar al creador de la tecnología espacial—. Dijo usted que lo conocía, o al menos le sonaba su cara.

—Sí; estoy seguro. Ahora que Varak nos ha dicho quién es, creo que lo conocí en uno de aquellos interminables cócteles de Washington o de Georgetown, y recuerdo claramente que alguien me dijo que había toda una historia detrás de él. Eso fue. Nunca oí la historia; simplemente lo oí mencionar.

—Milos ha dicho que cualquiera que fuese la historia a que se refería, no era la que él iba a contarnos —recordó Margaret Lowell—. ¿No es así? —añadió, mirando a Varak.

—Sí, madame. Lo que le dijeron al profesor Sundstrom se refería sin duda al carácter de la elección de Kendrick. Este la compró literalmente, hecho una furia, y enterró a su rival bajo un alud de anuncios en los medios locales y una serie de mítines carísimos que tenían más de circo que de reuniones políticas. Se dice que cuando el que ocupaba el cargo se quejó de que estaban violando las leyes electorales, Kendrick le mandó a sus abogados, no para hablar de la campaña, sino de cómo había desempeñado el puesto su oponente. No hubo más quejas, y Kendrick ganó de calle.

—Podría decirse que pone su dinero donde está su indignación —observó Winters—. Sin embargo, usted tiene una información mucho más fascinante para nosotros, señor Varak, y, puesto que ya la conozco, repetiré lo que dije antes: es algo extraordinario. Por favor, adelante.

—Sí, señor.

El checo oprimió el mando a distancia y, con un leve chasquido, la siguiente fotografía surgió en la pantalla. Desaparecieron Kendrick y la escalinata de la Rotonda, reemplazadas por una vista de multitudes histéricas corriendo por una calle estrecha flanqueada por edificios de carácter obviamente islámico, frente a tiendas con letreros en árabe.

—Omán —dijo Eric Sundstrom, mirando a Winters—. Hace un año.

El historiador que hacía de portavoz asintió.

Las diapositivas se sucedían rápidamente, mostrando escenas de caos y carnicería. Había cadáveres acribillados a balazos y paredes con las huellas de las granadas; puertas de embajada derribadas e hileras de rehenes aterrorizados, de rodillas detrás de las celosías de una terraza; primeros planos de jóvenes que blandían armas y lanzaban gritos de triunfo, con los ojos llenos de ardiente fanatismo. De pronto, el desfile de diapositivas se detuvo y la atención de Inver Brass quedó clavada en una que no parecía tener mayor importancia. Mostraba a un hombre de piel oscura vestido con unos largos ropajes blancos, la cabeza cubierta por un *ghotra* y el rostro de perfil, a la salida de un hotel. Después la pantalla se dividió, y una segunda fotografía mostró al mismo hombre cruzando apresuradamente un bazar árabe, delante de una fuente. Las fotografías continuaban en la pantalla, y el silencio perplejo que siguió fue roto por Milos Varak.

—Ese hombre es Evan Kendrick —dijo simplemente.

La perplejidad dio paso al asombro. Samuel Winters fue el único que no se echó

adelante, más allá de la claridad de las lámparas, para estudiar la figura ampliada en la pantalla. Varak continuó.

—Esas fotos fueron tomadas por un agente de la CIA, con acreditación cuatro-cero, que tenía por misión mantener a Kendrick bajo vigilancia siempre que fuera posible. El trabajo de esa mujer fue notable.

—¿Una mujer?

Margaret Lowell arqueó las cejas en un gesto de aprobación.

—Una especialista en el Oriente Medio. Su padre es egipcio y su madre una norteamericana de California. Habla perfectamente el árabe, y la Agencia la utiliza mucho cuando hay situaciones críticas en aquella zona.

—¿Allí? —susurró Mandel, asombrado—. ¿Qué hacía él allí?

—Un momento —dijo Logan, con los oscuros ojos clavados en los de Varak—. Corríjame si me equivoco, muchacho; pero, si no recuerdo mal, el año pasado salió un artículo en el *Washington Post* que sugería que un norteamericano desconocido había intercedido en Mascate en esa época. Algunos pensaron que podía haber sido el tejano Ross Perot, pero no se Volvió a hablar de ello.

—No se equivoca. El norteamericano era Evan Kendrick y abandonaron el tema por presiones de la Casa Blanca.

—¿Por qué? A ese hombre le hubiera supuesto un enorme capital político… si de verdad su intervención condujo al arreglo.

—Su intervención fue el arreglo.

—Entonces sí que no lo entiendo —comentó Logan en voz baja, mirando a Samuel Winters.

—Ni nadie —dijo el historiador—. No hay explicación; solo un expediente enterrado en los archivos y que Milos consiguió Aparte ese documento, no hay nada en ningún sitio que indique una relación entre Kendrick y los sucesos de Mascate.

—Existe incluso un memorándum a la Secretaría de Estado negando tal relación —interrumpió Varak—. No es muy halagador para el congresista. En resumen, sugiere que fue un oportunista, un político que quiso hacerse propaganda aprovechando la crisis de los rehenes, porque había trabajado en los Emiratos Árabes, especialmente en Omán, y trataba de entrometerse con fines publicitarios. La recomendación fue no hacerle caso por la seguridad de los rehenes.

—¡Pues vaya si se lo hicieron! —exclamó Sundstrom—. ¡Le hicieron caso y lo utilizaron! De lo contrario no hubiese podido entrar allí; todos los vuelos comerciales estaban suspendidos. Debieron de llevarlo allí en secreto.

—Y no es menos evidente que no se trata de un oportunista aprovechado —añadió Margaret Lowell—. Lo tenemos delante de nuestros ojos y Milos nos dice que fue decisivo en la terminación de la crisis, y sin embargo no se ha dicho nunca ni una palabra de su intervención. En caso contrario, todos lo sabríamos.

—¿Hay alguna explicación? —preguntó Gideon Logan dirigiéndose a Varak.

—Ninguna aceptable, y eso que he acudido a las fuentes.

—¿La Casa Blanca? —preguntó Mandel.

—No; el hombre que sabía que se le había reclutado, el que estaba al frente del centro de operaciones, aquí en Washington. Se llama Frank Swann.

—¿Cómo dio con él?

—No fui yo. Fue Kendrick.

—Pero ¿cómo encontró a Kendrick? —le apremió Margaret Lowell.

—También yo, como el señor Logan, recordaba aquella historia de un norteamericano en Mascate a la que tan bruscamente dieron carpetazo los medios de comunicación. Por razones que me sería muy difícil tratar de explicar, decidí seguirle la pista, probablemente creyendo que podía implicar a alguien situado muy arriba, alguien a quien deberíamos considerar, si la noticia tenía alguna verosimilitud. —Varak, una pausa mientras fruncía los labios en una leve sonrisa nada característica en él—. Con frecuencia las medidas de oscuridad más obvias se vuelven contra los que quieren estar seguros. En este caso fueron los registros de entrada del Departamento de Estado. Desde los asesinatos de hace varios años, todo visitante, sin excepciones, debe firmar al entrar o al salir, y pasar por los detectores de metales. Entre los millares de personas que así lo hicieron durante la época de la crisis de los rehenes figuraba extrañamente el nombre de un congresista novato de Colorado como visitante de un tal señor Swann. Ninguno de los dos significaba nada para mí, naturalmente, pero nuestras computadoras estaban mejor informadas. Swann era el principal experto del Departamento de Estado en el Asia sudoccidental, y el congresista en cuestión un hombre que había hecho su fortuna en los Emiratos, Baréin y Arabia Saudí. En medio del pánico de aquella crisis, a alguien se le había olvidado eliminar el apellido Kendrick de los registros.

—De modo que fue usted a ver al tal Swann —dijo Mandel, quitándose las gafas ribeteadas de acero.

—En efecto.

—¿Y qué le dijo?

—Que estaba totalmente equivocado; que habían rechazado la oferta de ayuda de Kendrick porque no tenía nada que aportar. Añadió que Kendrick era solo una entre las docenas de personas que habían trabajado en los Emiratos Árabes y habían hecho ofrecimientos parecidos.

—Pero usted no le creyó —intervino Margaret Lowell.

—Tenía muy buenas razones para no hacerlo. El congresista Kendrick no firmó la salida después de su visita de esa tarde al Departamento de Estado. Fue el miércoles once de agosto, y su nombre no figura para nada en los registros de salida. Evidentemente, lo sacaron de allí por un camino especial, lo que normalmente significa el comienzo de una acción encubierta.

—Operaciones Consulares —dijo Sundstrom—. El enlace secreto del Departamento de Estado con la CIA.

—Un compromiso indeseado, pero necesario —añadió Winters—. Si se anda a

ciegas es fácil dar un pisotón a alguien. Ni que decir tiene que el señor Varak prosiguió sus pesquisas, tanto en Estado como en Langley.

—El héroe de Omán, descubierto —dijo suavemente Gideon Logan, mirando con atención al personaje de la pantalla—. ¡Dios mío, qué exclusiva!

—Un congresista por encima de toda sospecha —intervino Mandel—. Un enemigo declarado de la corrupción.

—Un hombre valiente —dijo la señora Lowell—, que arriesgó su vida por doscientos norteamericanos a quienes no podía conocer, sin buscar nada para sí mismo.

—Cuando podría haber tenido lo que quisiera —completa Sundstrom—. Al menos en política.

—Díganos cuanto haya averiguado acerca de Evan Kendrick, si es tan amable, señor Varak —dijo Winters mientras todos preparaban sus blocs amarillos.

—Antes —replicó el checo, con una ligera vacilación en la voz— debo decirles que fui a Colorado la semana pasada y me encontré con una situación que aún no estoy en condiciones de explicar del todo. Hay un hombre ya mayor viviendo en la casa que Kendrick tiene en las faldas de Mesa Verde. He sabido que se llama Emmanuel Weingrass y que es un arquitecto con doble nacionalidad, israelí y norteamericana, a quien se practicó una importante intervención quirúrgica hace unos meses. Desde entonces ha estado convaleciendo como huésped del congresista.

—¿Qué significa eso? —preguntó Eric Sundstrom.

—No estoy seguro de que signifique algo, pero merece la pena resaltar tres cosas. La primera, que, hasta donde he podido averiguar, el tal Weingrass apareció como caído del cielo poco después de que Kendrick volviese de Omán. La segunda, que existe sin duda una íntima relación entre ambos; y la tercera, un tanto preocupante, es que la identidad del viejo, así como su presencia en Mesa Verde, es un secreto cuidadosamente guardado, aunque sin mucho éxito. El culpable en este caso es Weingrass. Ya sea por la edad o por su carácter, alterna mucho con los trabajadores, en especial con los hispanos.

—Eso no es necesariamente algo negativo —dijo Logan, sonriendo.

—Puede haber tomado parte en la operación de Omán —sugirió Margaret Lowell —, lo que tampoco es negativo.

—Ni mucho menos —opinó Jacob Mandel.

Volvió a hablar Sundstrom.

—Debe tener una influencia considerable sobre Kendrick —dijo, mientras escribía en su bloc—. ¿No le parece, Milos?

—Yo diría que sí. Lo único que me importa es que quiero que sepan cuándo no sé algo.

—Yo diría que ese hombre es una baza —dijo Samuel Winters—. Desde cualquier punto de vista. Adelante, señor Varak.

—Sí, señor. Sabiendo que nada de lo que diga va a salir de esta sala, he preparado

el informe del congresista para proyectarlo en diapositivas.

El checo oprimió el mando a distancia, y la doble foto Kendrick disfrazado en las violentas calles de Mascate fue sustituida por una página mecanografiada, de letras grandes y líneas muy espaciadas.

—Cada diapositiva —continuó Varak— representa aproximadamente cuarta parte de una página normal; ni que decir tiene que todos los negativos fueron destruidos en el laboratorio de abajo. He hecho lo posible por estudiar a fondo a todos los candidatos, pero puedo haber omitido detalles que podrían interesar a alguno de ustedes, de modo que no vacilen en hacerme preguntas. Estaré observándolos, y si quieren, por favor, asentir con la cabeza cuando hayan terminado de leer y tomar notas, sabré cuándo debo pasar a otra diapositiva. Durante la próxima hora, más o menos, lo que van a ver es la vida del congresista Evan Kendrick desde su nacimiento hasta la semana pasada.

A cada diapositiva, Eric Sundstrom era el primero en mover la cabeza. Margaret Lowell y Jacob Mandel competían por el honor de ser los últimos, pero después tomaban casi tantas notas como Gideon Logan. El portavoz, Samuel Winters, no tomaba ninguna; era un convencido.

Tres horas y cuatro minutos más tarde, Milos Varak apagó el proyector. Habían pasado otras dos horas y siete minutos cuando terminaron las preguntas y Varak salió de la habitación.

—Para parafrasear a nuestro amigo fuera de contexto —dijo Winters—, un gesto afirmativo de cada uno de ustedes significa que están de acuerdo. Nieguen con la cabeza en caso contrario. Empezaremos por Jacob.

Lenta, pensativamente, uno tras otro los miembros de Inver Brass fueron dando su consentimiento.

—Entonces de acuerdo —continuó Winters—. El congresista Evan Kendrick será el próximo vicepresidente de Estados Unidos. Se convertirá en presidente once meses después de la elección de este. El nombre en clave es Ícaro, y ha de ser tomado como una advertencia, como una oración ferviente para que él, a diferencia de tantos de sus predecesores, no trate de acercarse demasiado al sol y como consecuencia se precipite en el mar. Y que Dios tenga piedad de nuestras almas.

17

Kendrick, el representante del distrito noveno de Colorado, estaba sentado en su despacho observando a su secretaria, que hablaba muy seria y sin parar del correo urgente, las agendas de la Cámara, las notas para hablar en la tribuna y recepciones a las que no tenía más remedio que asistir, a Pesar de la opinión de su primer ayudante. Sus labios se abrían cerraban con la rapidez de una ametralladora, y los sonidos nasales que emitía se le parecían en cuanto a decibelios.

—Ese, congresista, es su horario para esta semana.

—No es ninguna tontería, Annie. Pero ¿no sería posible enviarles una circular diciéndoles que tengo una enfermedad venérea y no quiero contagiar a nadie?

—Ya está bien, Evan —exclamó Ann Mulcahy O'Reilly, una decidida veterana de Washington—. ¡Empiezan a hacerle el vacío y no pienso admitirlo! ¿Sabe lo que dicen aquí, en la Colina? Dicen que todo le importa un pito, y que se gasta un montón de dinero solo para conocer a chicas tan ricas como usted.

—¿Y tú crees eso, Annie?

—¿Cómo diablos voy a creerlo? No va nunca a ninguna parte ni hace nada. ¡Daría gracias al cielo si lo sorprendieran desnudo en la Reflect Pool con el mejor bombón de Washington! Entonces sabría que hace algo.

—A lo mejor no quiero hacer nada.

—¡Maldita sea! ¡Pues debería! He mecanografiado sus opiniones sobre una docena de problemas y son infinitamente mejores que el ochenta por ciento de las de estos payasos, pero nadie les presta atención.

—Porque no son populares, Annie; yo no lo soy. No me quieren en ninguno de los dos bandos. Los pocos que reparan en mí en ambos lados me han puesto tantas etiquetas que se anulan unas a otras. No pueden enjaularme, de modo que me entierran. Lo que no es muy difícil, dado que no me quejo.

—Bien sabe Dios que muchas veces no estoy de acuerdo con usted, pero conozco una inteligencia que funciona en cuanto la veo… Olvídelo, congresista. ¿Cuáles son sus respuestas?

—Más tarde. ¿Ha llamado Manny?

—Ya me he deshecho de él dos veces. Quería interrumpir mi sesión con usted.

Kendrick se echó hacia adelante, con una mirada fría que bordeaba la cólera en sus ojos azul claro.

—No vuelva a hacerlo, Annie. En todo Colorado no hay para mí nada tan importante como ese hombre.

—Sí, señor.

O'Reilly bajó los ojos.

—Perdóneme —se apresuró a decir Evan—. Solo trata de hacer su trabajo y yo no le soy de gran ayuda. Lo siento.

—No se disculpe. Sé lo que ha pasado con el señor Weingrass y lo que ese

hombre significa para usted. ¿Cuántas veces tuve que llevarle el trabajo al hospital? No tenía derecho a inmiscuirme. Por otro lado, trato de hacer mi trabajo, y usted no siempre es el jefe que más colabora en la Colina.

—Hay otras colinas en las que me gustaría más estar.

—De sobra lo sé, de modo que vamos a tachar las recepciones. De todos modos, probablemente se haría usted más mal que bien. —Ann O’Reilly se levantó y colocó una carpeta sobre la mesa de Kendrick—. Pero creo que debería echar una mirada a la propuesta de su colega el senador por Colorado. Creo que quiere talar la cima de una montaña e instalar allí un depósito, lo que suele significar un lago seguido por una urbanización de muchas plantas.

—A ese hijo de perra se le entiende todo —dijo Evan, abriendo de golpe la carpeta.

—También voy a localizarle al señor Weingrass por teléfono.

—¿Otra vez señor Weingrass? —dijo Evan, pasando las hojas—. ¿Es que no piensa ceder? Le he oído docenas de veces decirle que le llame Manny.

—Sí; ya lo hago de vez en cuando, pero no es fácil.

—¿Por qué? ¿Porque chilla?

—¡Madre de Dios, no! Una no puede ofenderse por eso si está casada con un detective irlandés.

—¿Entonces por qué?

—Por una broma que me gasta continuamente, sobre todo cuando le llamo por su primer nombre: «Chica», me dice, «menudo número de vodevil tenemos aquí. Lo llamaremos la Annie irlandesa de Manny, ¿qué te parece?». Y yo le digo: «No muy bien, Manny», y él: «Deja a mi amigo, ese animal, y escápate conmigo. Comprenderá mi imperecedera pasión», y yo le digo que el poli no comprende la suya.

—No se lo cuente a su marido —le aconsejó Kendrick, conteniendo la risa.

—Pero si ya se lo he dicho. Solo dijo que él me compraría los billetes para el avión. Claro que él y Weingrass se han emborrachado juntos un par de veces.

—¿Emborrachado? Ni siquiera sabía que se conociesen. —La culpa es mía, y lo lamentaré mientras viva. Ocurrió cuando se fue usted a Denver, hace unos ocho meses…

—Lo recuerdo. Era la asamblea estatal, y Manny seguía en el hospital. Le pedí que fuese a verlo, a llevarle el *Tribune* de París.

—Y llevé conmigo a Paddy, durante las horas de visita de tarde. No soy precisamente una modelo, pero aún así no gusta andar por ahí de noche, y de algo me tiene que servir el poli.

—¿Y qué pasó?

—Que se entendieron a las mil maravillas. Esa semana e que quedarme una noche a trabajar y Paddy se empeñó él al hospital.

Evan sacudió lentamente la cabeza.

—Lo siento, Annie. No lo sabía. Nunca pretendí implicar a su marido en mi vida

privada. Y Manny nunca me lo dijo.

—Probablemente serían las botellas de listerine.

—¿Las qué?

—Tiene el mismo color que el *scotch* claro. Voy a ver si puedo localizarlo por teléfono.

Emmanuel Weingrass estaba recostado en la formación rocosa que había en lo alto de una colina perteneciente al terreno de treinta acres de Kendrick, en la falda de las montañas. Llevaba la camisa a cuadros de manga corta abierta hasta la cintura, mientras tomaba el sol respirando el aire claro de las Rocosas del sur. Se miró el pecho, las cicatrices de la operación, y por un momento se preguntó si debería creer en Dios o en Evan Kendrick. Los médicos le habían dicho —meses después de la intervención y de numerosos chequeos postoperatorios— que le habían extirpado las pequeñas células que estaban devorándole la vida. Le dijeron que estaba limpio, se lo dijeron a un hombre que, en ese día, sobre esa roca, aseguraba tener ochenta años, con el sol cayendo sobre su frágil cuerpo. No tan frágil, porque se movía mejor, hablaba mejor… y prácticamente había dejado de toser. Sin embargo echaba de menos sus cigarrillos Gauloise y los puros Montecristo que tanto le gustaban. En realidad, ¿qué daño podían hacerle? ¿Detener su vida unas cuantas semanas o meses antes del final lógico?

Miró a su enfermera, que estaba a la sombra de un árbol cercano, junto al omnipresente carrito de golf. Era una de las mujeres que en turno continuo le acompañaban a todas partes, y se preguntó qué haría si le hacía proposiciones mientras estaba apoyado contra el peñasco. Siempre le habían intrigado las posibles respuestas, pero en general la realidad simplemente le divertía.

—Hermoso día, ¿verdad? —dijo.

—Realmente espléndido.

—¿Qué le parece si nos quitamos la ropa y lo disfrutamos de verdad?

La expresión de la enfermera no cambió de momento, y su respuesta fue tranquila, deliberada e incluso amable.

—Señor Weingrass, estoy aquí para cuidar de usted, no para provocarle un paro cardíaco.

—No está mal. No está mal del todo. Zumbó el radioteléfono del carrito de golf, y la mujer fue a sacarlo de su escondite. Tras una breve conversación, rematada por una carcajada, se volvió a Manny. —Le llama el congresista.

—Usted no se ríe así con un congresista —dijo Manny, apartándose de la roca—. Le apuesto veinte contra cinco a que era Annie Glocamorra contando mentiras sobre mí. —Me preguntó si todavía no lo había estrangulado.

La enfermera pasó el teléfono a Weingrass.

—¡Annie, esta mujer es un volcán!

—Tratamos de ser útiles —dijo Evan Kendrick.

—Muchacho, esa chica tuya se quita demasiado pronto del teléfono.

—Gato escaldado, Manny. Me llamaste. ¿Va todo bien?

—¿Es que solo debo llamar en caso de crisis?

—Rara vez llamas. Ese privilegio es casi exclusivamente mio. ¿Qué ocurre?

—¿Queda algún dinero?

—No consigo gastar los intereses. ¿Por qué?

—¿Recuerdas el añadido que construimos en el porche occidental para que tuvieras una buena vista?

—Pues claro.

—He estado haciendo unos bocetos. Creo que debería tener una terraza encima. Bastarían dos vigas de acero para soportar el peso, y tal vez una tercera si quieres tener un baño de vapor con mampara de cristal junto a la pared.

—¿Mampara de cristal? Eso suena tremendo. Adelante.

—Bien. He conseguido que los fontaneros vengan por la mañana. Pero, en cuanto acaben, me vuelvo a París.

—Lo que tú digas, Manny. Sin embargo, habías dicho que ibas a hacer los planos para un belvedere abajo, donde los nos se juntan.

—Y tú dijiste que no querías tener que ir tan lejos.

—He cambiado de opinión. Será un sitio estupendo para estar a solas y pensar.

—Eso excluye al dueño de la casa.

—Eres todo corazón. Volveré para un par de días la próxima semana.

—Estoy deseándolo —dijo Weingrass, alzando la voz y mirando a la enfermera —. ¡A ver si me quitas de encima a estas maníacas sexuales!

Acababan de dar las diez de la noche cuando Milos Varak recorría el desierto pasillo del edificio de despachos de la Cámara. Había sido admitido mediante acuerdo previo, como visitante a deshora de un congresista de Alabama llamado Arvin Partridge. Varak llegó ante la pesada puerta de madera con una placa metálica en el centro y llamó. A los pocos segundos le abrió un tipo delgado, de poco más de veinte años, cuyos ojos miraban ansiosamente detrás de unas grandes gafas de concha. Quienquiera que fuese, no se trataba del brusco y sagaz presidente del *gang* Partridge, aquel comité investigador decidido a averiguar por qué los servicios armados estaban consiguiendo tan poco a cambio de tanto. Y no por los retretes de 1200 dólares y las llaves para tubos de 700; esos eran casos demasiado llamativos para ser tomados en serio y podían incluso ser desviaciones corregibles. Lo que importaba a los «pájaros» —otro mote— eran los sobrecostes del quinientos por ciento y el escaso número de ofertas competitivas en los contratos de defensa. Lo que, por supuesto, no habían hecho más que empezar a descubrir era un río de corrupción, con tantos afluentes que no contaban con suficientes exploradores para seguirlos en las canoas disponibles.

—Vengo a ver al congresista Partridge —dijo el hombre rubio, cuyo acento extranjero no pasó inadvertido para el joven flaco de la puerta, aunque probablemente lo interpretó mal.

—¿Ya le…? —empezó torpemente el que parecía un ayudante—. Me refiero a cuando vio a los vigilantes abajo…

—Si está preguntándome si me registraron por si traía armas de fuego, desde luego que sí, y usted debería saberlo. Le llamaron de Seguridad. El congresista, por favor. Me está esperando.

—Desde luego, señor. Está en su despacho. Por aquí, señor.

El nervioso ayudante condujo a Milos ante una segunda gran puerta y llamó.

—Congresista…

—¡Dígale que pase! —ordenó una voz grave con acento del Sur—. Y usted quédese ahí y tome las llamadas. ¡Aunque sean el *speaker* o el presidente, no estoy!

—Pase —dijo el ayudante, abriendo la puerta.

Varak estuvo tentado de decirle al agitado joven que era un enlace amistoso del KGB, pero se arrepintió. El ayudante estaba allí por una razón: pocas llamadas telefónicas llegaban al edificio de despachos de la Cámara a esas horas. Milos avanzó por la espaciosa habitación, muy decorada y con profusión de fotografías en la mesa, el escritorio y las paredes, todas las cuales atestiguaban de un modo u otro la influencia, el patriotismo y el poder de Partridge. El hombre en sí, de pie junto a una ventana encortinada, no resultaba tan impresionante como en las fotos. Era bajo y gordo, con una cara hinchada de pocos amigos y cabello escaso y teñido.

—No sé lo que vende usted, Rubito —dijo el congresista, avanzando como un palomo rabioso—, pero si es lo que creo, voy a mandarlo abajo tan de prisa que sentirá no haberse traído el paracaídas.

—No vendo nada, señor; lo regalo. Y es algo de un valor considerable.

—¡Bobadas! ¡Lo que usted quiere es alguna coartada y voy a proporcionársela!

—Mis clientes no buscan coartadas, y desde luego yo taro poco. Pero usted, congresista, sí podría necesitarlas.

—¡Sandeces! Me lo dijo por teléfono: que había oído algo que alguien habló de drogas y que más me valía escuchar; de modo que hice algunas averiguaciones y descubrí lo que necesitaba saber, lo que sabía era la verdad. Aquí estamos limpios, limpios como un arroyo de Alabama. Ahora quiero saber quién lo envió, qué ladrón de qué consejo de administración pensó que podía asustarme con esa clase de porquerías.

—No creo que usted quiera que se haga pública esa «porquería». Se trata de una información devastadora.

—¿Información? ¡Palabras! ¡Suposiciones! ¡Rumores, comadreos! ¡Como aquel chico negro que trató de acusar al Congreso entero con sus mentiras!

—No son rumores ni comadreos —dijo Milos Varak, llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta—. Solo fotografías.

El checo de Inver Brass arrojó un sobre blanco sobre la mesa.

—¿Qué?

Partridge se apresuró a coger el sobre. Se sentó, lo abrió, sacó las fotos una a una y las puso bajo la lámpara. Los ojos se le agrandaron mientras la cara se le volvía blanca, y a continuación roja de rabia. Lo que veía sobrepasaba cuanto pudo haber imaginado. Había parejas, tríos y cuartetos de jóvenes semi o totalmente desnudos que utilizaban pajas para absorber el polvo blanco extendido sobre una mesa; otros se pinchaban, tragaban píldoras o bebían cerveza y *whisky*. Por último, había nítidas fotografías de parejas haciendo el amor.

—Actualmente hay cámaras de tantos tamaños… —dijo Varak—. La microtecnología las ha producido tan pequeñas como botones de chaqueta, e incluso de camisa.

—¡Cielos! —exclamó Partridge—. ¡Esta es mi casa de Arlington! ¡Y esta…!

—La residencia del congresista Bookbinder en Silver Springs, así como las casas de otros tres miembros de su comité. Su trabajo los ha retenido fuera de Washington demasiado tiempo.

—¿Quién las tomó? —preguntó Partridge con voz apenas audible.

—No responderé a eso, excepto para darle mi palabra de que esa persona está a miles de kilómetros de aquí con los negativos y no es probable que vuelva a este país. Digamos que se trata del viaje de intercambio de un estudiante de Ciencias políticas.

—Tanto como hemos conseguido, y ahora se va a ir todo por la alcantarilla…

—¿Por qué, congresista? —inquirió sinceramente Varak—. Esos jóvenes no son el comité. No son sus abogados, ni sus entables, ni siquiera sus ayudantes. Son chiquillos que han cometido terribles equivocaciones en el ambiente mareante de la más poderosa capital del mundo. Líbrense de ellos; díganles que sus vidas y sus carreras están arruinadas a me que busquen ayuda y se corrijan, pero no deshagan su comité.

—Nadie volvería a creernos —dijo Partridge, mirando frente a sí como si hablase a la pared—. Estamos tan podridos como aquellos a los que perseguimos. Somos unos hipócritas.

—No tiene por qué saberlo nadie.

—¡Mierda! —estalló el congresista de Alabama, yendo al teléfono y apretando un botón, que mantuvo así incluso después de haber obtenido respuesta a su llamada—. ¡Ven aquí! —gritó. El joven ayudante entró mientras Partridge se levantaba de la mesa—. ¡Tú, hijo de puta de colegio caro! ¡Te pedí que me dijeses la verdad y me mentiste!

—¡No, no te mentí! —chilló también el joven, mientras se le humedecían los ojos detrás de las gafas de carey—. Me preguntaste qué pasaba y te dije que nada. ¡No pasa nada! ¡A dos de nosotros nos cogió la policía hace tres o cuatro semanas y eso nos asustó a todos! De acuerdo, fuimos unos estúpidos, todos lo aceptábamos, pero solo nos hicimos daño a nosotros mismos. Dejamos ese mundo y otras muchas cosas,

pero tú y tus listos ni os enterasteis. Tu pandilla de esnobs nos hace trabajar ochenta horas a la semana, y después nos llaman estúpidos mientras utilizan el material que les proporcionamos para lucirse ante las cámaras. De lo que nunca os disteis cuenta es de que ahora tenéis aquí a toda una nueva clase de jardín de infancia. Los demás se fueron, y ni siquiera os enterasteis. Yo soy el único que se quedó, porque no podía marcharme.

—Pues estás despedido.

—¡Lo que usted diga, emperador Jones!

—¿Quién?

—Más vale que no lo sepas —dijo el joven, saliendo como una exhalación y dando un portazo.

—¿Quién era ese? —preguntó Varak.

—Arvin Partridge, júnior —replicó el congresista, sentándose, con la mirada fija en la puerta—. Estudia tercer curso de Derecho en Virginia. Eran todos estudiantes de Derecho, y les hacíamos trabajar el día entero por poco más que las gracias. Pero estábamos también dándoles algo, y traicionaron la confianza que pusimos en ellos al dárselo.

—¿Qué les daban?

—Una experiencia que nunca hubieran podido conseguir en otra parte, ni en los tribunales ni en los libros; en ningún sitio más que aquí. Mi hijo es capaz ahora de cortar en el aire toda clase de pelos legales y gramaticales, y él lo sabe. Me mintió sobre algo que puede destruirnos a todos. Nunca volveré a confiar en él.

—Lo siento.

—¡No es asunto suyo! —exclamó Partridge, perdiendo de pronto el tono reflexivo—. Está bien —continuó con aspereza—. ¿No quiere de mi para mantener este comité? Dijo usted que no era una coartada, pero supongo que hay muchas maneras de decirlo sin decirlo. Tendré que sopesar los pros y contras, ¿verdad?

—No hay nada perjudicial para usted —dijo Varak, sacando unos papeles doblados; los desdobló y los puso en la mesa frente al congresista. Contenían un currículum y, en la esquina superior derecha de la primera página, una pequeña foto de carnet—. Mis clientes quieren a este hombre en su comité.

—¡Seguro que saben algo de él! —le interrumpió Partridge.

—Absolutamente nada comprometedor; está por encima je cualquier reproche en lo que concierne a tales asuntos. Le repito, mis clientes no buscan coartadas, ni tratan de extorsionar a nadie, ni pretenden que el comité impulse o retenga determinadas disposiciones. Este hombre no conoce a mis clientes, ni tampoco ellos a él personalmente, y no sabe ni una palabra de esta entrevista.

—Entonces ¿por qué quieren colocármelo?

—Porque mis clientes creen que será un excelente refuerzo para su comité.

—Un solo hombre no puede hacer gran cosa, y usted lo sabe.

—Desde luego.

—Si lo ponen para conseguir información, estamos a prueba de filtraciones. —Partridge miró las fotos a la luz de la lámpara, les dio la vuelta y las dejó caer en la mesa—. Al menos lo estábamos.

Varak se inclinó y recogió las fotografías.

—Hágalo, congresista. Póngalo en el comité o, como usted dice, se irá todo por la alcantarilla. Cuando él ocupe su puesto esto le será devuelto junto con los negativos. Hágalo.

Los ojos de Partridge estaban fijos en las fotos que el rubio tenía en la mano.

—Da la casualidad de que hay una vacante. Bookbinder Emitió ayer… Problemas personales.

—Lo sé —dijo Milos Varak.

El congresista miró al visitante a los ojos.

—¿Quién diablos es usted?

—Alguien consagrado a su país de adopción. Pero yo no soy importante; ese hombre sí.

Partridge contempló el currículum que tenía delante.

—Evan Kendrick, del noveno de Colorado. Apenas he oído hablar de él, y lo que he oído no es precisamente halagador. Un don nadie, un don nadie rico.

—Eso cambiará —dijo Varak, volviéndose y dirigiéndose a la puerta.

—¡Congresista, congresista! —gritó el primer ayudante de Evan Kendrick, saliendo del despacho y corriendo por el pasillo de la Cámara para alcanzar a su jefe.

—¿Qué ocurre? —preguntó Evan, quitando con aire perplejo la mano del botón del ascensor mientras el joven, sin aliento, frenaba frente a él—. No es propio de ti levantar la vos más allá de un susurro de lo más confidencial, Phil. ¿Ha sepultado al noveno de Colorado un corrimiento de tierras?

—Puede que acabe de ser desenterrado de uno que ha durado ya demasiado. Es decir, desde su punto de vista.

—¿Qué me dices?

—El congresista Partridge, ¡Partridge el de Alabama!

—Brusco, pero un buen hombre. Se arriesga; me gusta lo que hace.

—Quiere que usted lo haga con él.

—¿Que haga qué?

—¡Que forme parte de su comité!

—¿Qué?

—¡Es un gran paso adelante, señor!

—Dirás un desastroso paso atrás. Los miembros de ese comité aparecen en las noticias de la noche una semana si y otra no, y los emplean para rellenar las mañanas de domingo cuando no están disponibles las estrellas del Congreso. Es lo último que deseo.

—Perdóneme, congresista, pero es lo primero que debería aceptar —dijo el ayudante, ya calmado y mirando a Evan a los ojos.

—¿Por qué?

El joven Phil tocó a Kendrick en el brazo para llevárselo lejos de la gente que rodeaba el ascensor.

—Me dijo que iba a dimitir después de las elecciones y lo acepté. Pero también me dijo que quería tener voz en el nombramiento de su sucesor.

—Intento tenerla. He luchado contra ese podrido aparato y quiero que siga fuera de combate. ¡Por Dios! Venderían hasta la última montaña de las Rocosas del sur como mina de uranio si pudieran conseguir una sola exploración del gobierno… con su correspondiente filtración, naturalmente.

—No tendrá ni un asomo de voz si le dice que no a Partridge.

—¿Por qué no?

—Porque él lo necesita de veras.

—¿Por qué?

—No estoy seguro, pero sí sé que ese no hace nada sin motivo. Quizá quiera extender su influencia al Oeste, montar allí una base… quién sabe. Pero controla a un montón de delegaciones estatales, y si usted lo insulta diciéndole: «No, gracias» lo considerará una arrogancia y le hará el vacío, tanto aquí como en Colorado. Quiero decir que ese hombre tiene un gran peso en la Colina.

Kendrick suspiró y arrugó la frente.

—Creo que podré mantener la boca cerrada.

Hablan pasado tres semanas desde el nombramiento del congresista Evan Kendrick para el Comité Partridge, un hecho talmente inesperado que en Washington solo conmovió a Ann Mulcahy O'Reilly y, por extensión, a su marido, Patrick Xavier, un teniente de policía trasplantado desde Boston y cuya capacidad fue buscada y pagada por las autoridades de la capital, victima de una ola de delincuencia. Se suponía que el motivo del nombramiento era que el presidente, un gato viejo de la política, quería que los focos cayesen sobre él y no sobre los otros miembros del comité. Si esa suposición era acertada, Partridge no podía haber elegido mejor. El representante del distrito noveno de Colorado rara vez decía nada durante las audiencias, televisadas dos veces por semana, salvo el ritual «paso, señor presidente» cuando le llegaba el turno de interrogar a los testigos. En realidad, la frase más larga que había pronunciado durante su breve ejercicio con los «pájaros» había sido su respuesta de veintitrés segundos a la bienvenida del presidente, en la que había expresado su asombro por haber sido honrado con semejante elección y su esperanza de estar a la altura de la confianza que el presidente había depositado en él. Las cámaras de la televisión habían abandonado su cara a la mitad de su intervención —exactamente a los doce segundos— para pasar a la llegada de un conserje uniformado que se

paseaba entre los bancos vaciando ceniceros.

—Señoras y señores —dijo la voz del locutor—, ni siquiera durante audiencias como esta olvida el gobierno las precauciones básicas… ¿Qué…? Ah, sí. El congresista Owen Canbrick ha terminado su intervención.

Sin embargo, el martes de la cuarta semana sucedió algo francamente anormal. Fue en la mañana de la primera audiencia televisada de la semana, y el interés era mayor que de costumbre porque el testigo principal era el representante de la Oficina de Compras del Pentágono. Se trataba de un coronel bastante joven, aunque ya medio calvo, que se había hecho agresivamente un nombre en logística; un militar de gran vocación y convicciones inquebrantables. Era brillante, rápido y un ingenio cruel; la gran arma de Arlington cuando se trataba de enfrentarse a civiles llorones y cicateros. Eran muchos los que ansiaban contemplar el choque entre el coronel Robert Barrish y el no menos brillante, rápido y, desde luego cruel presidente del Comité Partridge.

Sin embargo, lo anormal de esa mañana fue la ausencia del congresista Arvin Partridge, de Alabama. El presidente no compareció, y ni las llamadas telefónicas ni todo un pelotón de ayudantes azacaneado por la capital pudieron dar con él Simplemente, había desaparecido.

Pero los comités del Congreso no giran solo en torno a sus presidentes, sobre todo tratándose de la televisión, de modo que la sesión siguió adelante, conducida por un congresista de Daktíta del Norte que estaba pasando la peor resaca de su vida, una enfermedad de lo más insólito, pues no se sabía que el hombre bebiese. Se le consideraba un apacible y abstemio ministró evangelista que tomaba a pecho el mandato bíblico de convertir las espadas en arados. Era también pan comido para el coronel Robert Barrish.

—… y para concluir mi intervención delante de esta inquisición civil, afirmo categóricamente que hablo en nombre de una sociedad fuerte y libré empeñada en un combate a muerte contra las fuerzas del mal, que nos harían pedazos a la primera muestra de debilidad por nuestra parte. ¿Debemos tener las manos atadas a causa de unos insignificantes trámites fiduciarios que no guardan la menor relación con el *status quo* ante de nuestros enemigos?

—Si no le he entendido mal —dijo con los ojos nublados el presidente accidental — permítame asegurarle que aquí nadie cuestiona su entrega a la defensa de nuestra nación.

—Eso espero, señor.

—No creo…

—Alto ahí, soldado —dijo Evan Kendrick, sentado al extremo de la mesa.

—¿Perdón?

—Decía que espere un momento, si es tan amable.

—Soy un coronel del Ejército de Estados Unidos, y espero que se dirijan a mí como tal.

Evan miró con dureza al testigo, olvidando momentáneamente el micrófono.

—Me dirigiré a usted como quiera, arrogante bastardo. —Las cámaras pegaron un brinco y los audios se llenaron de pitidos, pero demasiado tarde—. A menos que haya usted enmendado personalmente la Constitución, que dudo haya leído nunca —continuó Kendrick, estudiando los papeles que tenía enfrente y riendo por lo bajo—. De inquisición nada.

—Me ofende su actitud…

—También a un montón de contribuyentes les ofende la suya —le interrumpió Evan, mirando la hoja de servicios Barrish y recordando las palabras de Frank Swann hacía más de un año—. Permítame que le pregunte: coronel, ¿ha disparado alguna vez un arma?

—¡Soy un soldado!

—Creo que eso ya lo hemos dejado bien sentado. Ya sé que usted es militar, y que nosotros, los civiles inquisitoriales, pagamos su sueldo… a menos que haya alquilado el uniforme. —La sala se llenó de risas ahogadas—. Lo que le he preguntado es si había disparado alguna vez un arma.

—Muchas veces. ¿Y usted?

—Algunas, no muchas, y nunca de uniforme.

—Entonces creo que el asunto está cerrado.

—No del todo. ¿Utilizó alguna vez un arma con el fin de matar a otro ser humano cuya intención era matarlo a usted?

El silencio que siguió no pasó inadvertido para nadie, y todos tomaron buena nota de la respuesta, apenas audible.

—Nunca estuve en combate, si es a eso a lo que se refiere.

—Pero dijo usted que estaba empeñado en un combate a muerte, etcétera, lo que da a entender a cuantos aquí estamos y a quienes le escuchan fuera que es usted una especie de moderno Davy Crockett defendiendo el fuerte del Álamo, o un sargento York, o quizá un Indiana Jones corriendo a chorrazos a los malos. Pero no hay nada de eso, ¿verdad, coronel? Usted es un contable que trata de justificar el robo de millones, tal vez de miles de millones, de los contribuyentes bajo la bandera roja, blanca y azul del superpatriotismo.

—¡Hijo de…! ¿Cómo se atreve…?

Los movimientos de las cámaras y los pitidos llegaron otra vez demasiado tarde, mientras el coronel Barrish se ponía en pie y daba un puñetazo en la sala.

—¡Se aplaza la sesión! —chilló el exhausto presidente—. Queda aplazada, maldita sea.

En la oscura sala de control de una de las emisoras de la Cadena en Washington, un presentador de cabello gris estaba de pie en un rincón atento al monitor que daba las imágenes del Congreso. Como la mayor parte de los norteamericanos le había visto hacer incontables veces, frunció los labios pensativo y se volvió después al ayudante

que tenía al lado.

—Quiero a ese congresista, quienquiera que sea, en mi programa el próximo domingo.

La mujer, alteradísima, hablaba a gritos por teléfono:

—¡Te digo, mamá, que no lo había visto así en mi vida! Te lo aseguro, estaba borracho. ¡Menos mal que ese extranjero…, Apático lo trae a casa! Dijo que lo había encontrado ente de un restaurante, en Washington, y que casi no podía hablar. ¿Te lo imaginas? ¡Casi no podía hablar! Lo reconoció y, como un buen cristiano, pensó que sería mejor quitarlo de las calles. La locura de todo esto, mamá, es que yo creía, que no tomaba jamás ni una gota de alcohol. Bueno, ahora sé que estaba equivocada. ¡Me pregunto cuántos otros secretos guardará mi devoto ministro! Esta mañana me aseguró que no se acordaba de nada. ¡Oh, Jesús! Mamá, acaba de entrar ¡Mamá, está echándolo todo en la alfombra!

—¿Dónde diablos estoy? —susurró Arvin Partridge Sénior sacudiendo la cabeza y tratando de ver con claridad las lamerá tables ventanas encortinadas de la habitación del motel—. ¿En algún nido de ratas?

—No le anda usted muy lejos —dijo el rubio, acercándose a la cama—. Excepto que los roedores que frecuentan este sitio no suelen quedarse más de un par de horas.

—¡Usted! —exclamó el representante por Alabama, mirando fijamente al checo —. ¿Qué me ha hecho?

—No a usted, sino por usted —respondió Varak—. Afortunadamente, pude sacarlo de una situación que amenazaba con ser embarazosa.

—¿Qué? —Partridge se incorporó y, aunque todavía desorientado, se dio cuenta de que estaba totalmente vestido—. ¿Dónde? ¿Cómo?

—Uno de mis clientes estaba cenando en la Carriage House de Georgetown, donde se reunió usted con el congresista de Dakota del Norte. Cuando empezó la parte desagradable, me llamó. De nuevo oportunamente, vivo por allí y pude llegar a tiempo. Le diré de pasada que, como es natural, usted no figura registrado aquí.

—¡Un momento! —chilló Partridge—. ¡Esa reunión entre el santurrón y yo fue un montaje! Su oficina recibe una llama da diciendo que quiero verlo por asuntos urgentes del comité y mi oficina recibe otra igual. Vamos a tener a ese tipo del Pentágono, Barrish, por la mañana, de modo que ambos nos figuramos que será mejor vernos. ¡Y cuando le pregunto que ocurre, él me pregunta a mí lo mismo!

—Yo no podía saber nada de eso.

—¡Mierda…! ¿A qué parte desagradable se refiere?

—Abusaron un poco del alcohol.

—¡Sandeces! ¡Yo tomé un puñetero Martini y el *páter* limonada!

—Si eso es cierto, parece que no aguantan mucho. Usted se cayó sobre la mesa y el ministro trató de comerse la sal.

El presidente del Comité Partridge se quedó mirando checo.

—Narcótico —dijo en voz baja—. ¡Usted nos drogó a los dos!

—Hasta anoche no había puesto nunca los pies en ese restaurante.

—Además es usted un mentiroso, y con mucha experiencia.

—Dios mío. ¿Qué hora es?

Partridge levantó bruscamente el brazo para mirar su reloj, y Varak le interrumpió.

—La audiencia ha terminado.

—¡Mierda!

—El ministro no estuvo muy eficaz, pero su reciente nombramiento causó una impresión imborrable. Estoy seguro de que podrá ver parte de su intervención en las noticias de la noche, aunque con algunas palabras borradas.

—Dios mío —susurró para si el congresista. Miró al checo de Inver Brass—. ¿Qué dijeron de mí? Sobre el porqué no estaba allí.

—Su oficina dio un comunicado perfectamente aceptable. Estaba usted de pesca en un barco en la costa oriental de Maryland, el motor se estropeó y tuvo que echar el ancla a una milla de la costa. Está comprobado; no hay problema.

—¿Que mi oficina dio un comunicado como ese? ¿Con permiso de quién?

—De su hijo. Es un joven nada rencoroso. Está esperando fuera, en su coche.

El vendedor pelirrojo de la sala de exposición de Saab parecía asombrado mientras firmaba los papeles y contaba diez billetes de cien dólares.

—Tendremos el coche preparado y a su disposición esta tarde a las tres.

—Estupendo —dijo el comprador, que en el contrato de financiación había puesto como profesión la de barman, actualmente empleado en la Carriage House de Georgetown.

18

—La hora cero, señor Kendrick —dijo el coronel Robert Barrish, sonriendo agradablemente a la cámara y en un tono que era la esencia misma de la razón—. Debemos estar preparados para ella, y solo mediante una escalada previa podremos alejarla cada vez más.

—O a la inversa, sobrecargar los arsenales hasta el punto e que baste un error de cálculo para volar el planeta.

—Por favor —le amonestó con condescendencia el militar—. Ese tipo de razonamientos hace mucho tiempo que fue declarado *modus non operandi*. Nosotros somos profesionales.

—¿Se refiere a nuestro bando?

—Por supuesto.

—¿Y qué me dice del enemigo? ¿No son también profesionales?

—Si está intentando comparar el compromiso tecnológico de nuestros enemigos con el nuestro, creo que va a encontrarse con que está usted tan mal informado acerca de eso como acerca de la eficacia del control de costes de nuestro sistema.

—Supongo que eso quiere decir que ellos no son tan buenos como nosotros.

—Una apreciación muy sagaz, congresista. Aparte la superioridad de nuestro compromiso moral, un compromiso con Dios, el entrenamiento en alta tecnología de nuestras fuerzas armadas es el mejor del mundo. Si me apura, debo decirle, como parte de un gran equipo, que estoy inmensamente orgulloso de nuestros espléndidos muchachos.

—¡Cáspita, también yo! —exclamó Evan, con un asomo de sonrisa—. Pero también debo decirle, coronel, que he perdido su línea de razonamiento. ¿O era también una escalada preventiva? Pensé que su comentario sobre el profesionalismo era una respuesta a mi observación sobre la posibilidad de un error de cálculo con todos esos arsenales tan llenos.

—Y lo era. Verá, señor Kendrick: lo que estoy pacientemente tratando de explicarle es que nuestro personal armado se educa en manuales que limitan el error de cálculo. Estamos prácticamente inmunes contra el fallo.

—Nosotros puede —asintió Evan—, pero ¿qué me dice de los otros? Creo haberle oído decir que ellos no son tan listos, que no pueden ni comparársenos. Suponga que ellos calculan mal. Entonces, ¿qué?

—No tendrían la oportunidad de volver a equivocarse. Con pérdidas mínimas por nuestra parte, les…

—¡Alto ahí, soldado! —le interrumpió Kendrick, en un tono repentinamente áspero que equivalía a una orden—. Volvamos atrás. «Con pérdidas mínimas por nuestra parte…» ¿Qué significa eso?

—Estoy seguro de que se da usted cuenta de que no tengo libertad para discutir tales asuntos.

—Vamos, coronel, no me venga con esas. ¿«Pérdidas mínimas» quiere decir solo Los Ángeles, o Nueva York, o tal vez Albuquerque o San Luis? Puesto que somos todos los que pagamos ese paraguas de las pérdidas mínimas, ¿por qué no decirnos qué tiempo va a hacer?

—Si cree que voy a poner en peligro la seguridad nación con la televisión transmitiendo en cadena… Bien, congresista lamento tener que decirlo, pero no creo que tenga usted ningún derecho a erigirse en representante del pueblo norteamericano.

—¿De todos? Nunca lo pensé. Me dijeron que este programa era entre usted y yo; que lo insulté en televisión y tenía derecho a responderme en el mismo sitio. Por eso estoy aquí, de modo que respóndame, coronel. No siga lanzándome eslogans pentagoneros; tengo demasiado respeto por nuestras fuerzas armadas para permitirle que salga con eso.

—Si con lo de «eslogans» está usted criticando a los abnegados jefes de nuestra defensa, hombres de lealtad y honor je tratan sobre todo de que nuestra nación siga siendo fuerte le compadezco.

—Por favor… No llevo aquí mucho tiempo, pero entre los pocos amigos que he hecho están algunos altos jefes de Arlington que probablemente han dado un respingo al oírle lo del *modus non operandi*. Lo que yo estoy pacientemente tratando de explicarle, coronel, es que no tiene usted un cheque en blanco, como no lo tenemos ni yo ni el vecino de la puerta de al lado. Vivimos de realidades…

—¡Entonces permítame explicarle cuáles son esas realidades! —le interrumpió Barrish.

—Déjeme terminar —dijo Evan, ahora sonriente.

—Señores, señores… —intervino el conocido presentador.

—No estoy poniendo en duda su compromiso, coronel —siguió Kendrick—. Usted hace su trabajo y protege sus intereses, y lo comprendo. —Evan cogió un papel —. Pero cuando habló usted en la audiencia, lo he anotado, de «insignificantes trámites fiduciarios», me pregunté a qué se refería. ¿De verdad cree que ustedes no deben rendir cuentas a nadie? Si lo cree así, dígaselo a Joe Smith, al hombre de la calle que está tratando de que le cuadre el presupuesto familiar.

—¡Ese mismo Joe Smith se pondrá de rodillas ante nosotros cuando se dé cuenta de que estamos asegurando su supervivencia!

—Creo que he oído un montón de gruñidos allá en Arlington, coronel. Joe Smith no tiene que ponerse de rodillas delante de nadie. En este país, no.

—¡Está usted sacando de contexto mis palabras! ¡Sabe Perfectamente bien a lo que me refiero, congresista Partridge!

—No, coronel, ese es el otro. Yo soy el sustituto de guardia, su mano izquierda, podríamos decir.

—¡Izquierda, ahora lo ha dicho!

—Una afirmación interesante. ¿Me permite citarla?

—Lo conozco —dijo, amenazador, Barrish—. No me hable del hombre de la calle pretendiendo que es usted uno de ellos.

Hizo una pausa y después, como si no pudiera seguir dominándose, gritó:

—¡Si ni siquiera está casado!

—Es lo más cierto que le he oído. No, no lo estoy, pero si está pidiéndome una cita, será mejor que lo consulte con novia.

Y se acabó la discusión. A la gran arma del Pentágono había salido el tiro por la culata, y su cara negra de pólvora siguió todavía unos momentos en plena televisión nacional.

—¿Quién diablos es? —preguntó Joseph Smith, del 70 de Cedar Street, en Clinton, Nueva Jersey.

—No lo sé —respondió la señora Smith, que estaba junto a su marido frente al televisor—. Pero es listo, ¿verdad?

—Lo de listo no lo sé, pero acaba de darle un baño a uno de esos mandamases presumidos que me las hicieron pasar putas en Vietnam. Estoy con él.

—Es bueno —dijo Eric Sundstrom, el de Inver Brass, levantándose y apagando el televisor en su piso con vistas al Gramercy Park neoyorkino. Terminó su vaso de Montrachet y miró a Margaret Lowell y Gideon Logan, sentados frente a él—. Tiene una mente rápida y nunca pierde los nervios. Conozco a esa cobra de Barrish; nada le gusta tanto como derramar sangre en público. Kendrick lo enterró con sus propias sandeces.

—Además… no está nada mal —añadió la señora Lowell.

—¿Qué?

—Bueno, que es atractivo, Eric. No me parece un inconveniente.

—Tiene gracia —dijo Logan—, y esa sí que es una baza. Le sobran capacidad y presencia de ánimo para pasar en un momento de lo serio a los divertido, y para eso hace falta talento. Lo mismo hizo durante la audiencia; no es algo accidental. Kennedy tenía el mismo don; veía aspectos irónicos en todas partes. La gente así… De todos modos, creo ver una nube en lontananza.

—¿De qué se trata? —preguntó Sundstrom.

—Un hombre tan perspicaz no va a ser fácil de controlar.

—Si es el hombre adecuado —dijo Margaret Lowell.

—Nos sobran motivos para creer que lo es, eso no importará, Gideon.

—Suponga que no lo es. ¡Suponga que hay algo que no sabemos! Lo habremos lanzado a él en vez de poner en marcha lo que pretendemos.

En los aledaños de Manhattan, entre las avenidas Quinta y Madison, en una casa de piedra de seis plantas, estaba sentado Samuel Winters frente a su amigo Jacob Mandel. Se hallaban en el gran estudio que Winters tenía en el último piso. En la pared había varios exquisitos gobelinos, entre estanterías para libros, y el mobiliario era no menos impresionante. No obstante, la habitación resultaba confortable. La pátina del uso la volvía acogedora. Las obras maestras del pasado estaban allí para servir, no simplemente para ser contempladas. Utilizando el mando a distancia, el aristocrático cultivador de la Historia apagó el televisor.

—¿Y bien? —preguntó Winters.

—Quiero pensarlo un momento, Samuel. —La mirada del agente de bolsa Mandel vagó por el estudio—. Usted ha tenido todo esto desde que nació. Y sin embargo ha trabajado siempre mucho.

—Elegí un campo en el que tener dinero hacía las cosas mucho más fáciles. A veces me he sentido algo culpable por ello. Podía ir siempre donde quería, consultar archivos inaccesibles para otros, estudiar todo el tiempo que me apetecía. Las contribuciones que pueda haber hecho carecen de importancia comparadas con lo que me he divertido. Es lo que solía decir mi mujer.

El historiador contempló el retrato de una encantadora morena vestida a la moda de los años cuarenta. Estaba colgado detrás de la mesa, entre dos enormes ventanales que daban a la calle Setenta y Tres. Desde la mesa, el que trabajaba podía volverse a contemplarlo sin esfuerzo.

—¿La echa de menos, verdad?

—Muchísimo. Algunas veces me acerco y hablo con ella.

—No creo que yo pudiese continuar sin Hannah, aunque, por extraño que parezca considerando lo que pasó en Alemania, ruego a Dios que se vaya ella antes. Creo que la muerte de un nuevo ser querido sería un dolor demasiado grande para que pudiese soportarlo. ¿Le parece horrible que piense así?

—Me parece muy generoso… como todo lo que usted dice y hace, viejo amigo. Y también porque sé muy bien a lo que tendría que enfrentarse solo. Usted lo haría mejor que yo, Jacob.

—Tonterías.

—Debe de ser el templo…

—¿Cuánto estuvo por última vez en la iglesia, Samuel?

—Veamos. Mi hijo se casó en París cuando me rompí la Pierna y no pude asistir, y mi hija se fugó con ese encantador cabeza hueca que gana más dinero del que merece escribiendo unas películas que no entiendo, de modo que debió de haber sido en el cuarenta y cinco, cuando volví de la guerra. En San Juan Evangelista, por supuesto. Me llevó allí, cuando lo único que yo quería era desnudarla.

—¡Es usted indignante! No le creo.

—En eso se equivoca.

—Podría ser peligroso —dijo Mandel, cambiando bruscamente de tema para volver a Evan Kendrick. Winters comprendió; su viejo amigo había estado hablando, pero también pensando.

—¿En qué sentido? Todo lo que sabemos de él, y dudo que, haya mucho más que saber, parece negar cualquier obsesión por el poder. Y sin eso, ¿dónde está el peligro?

—Es orgullosamente independiente.

—Tanto mejor. Podría ser incluso un buen presidente. No tiene nada que ver con predicadores, pelotilleros y sicofantes. Le hemos visto cargarse a un primera serie; los demás son más fáciles.

—Entonces no me he explicado bien —dijo Mandel—, porque esto no está todavía claro para mí.

—Seré yo el estúpido. ¿Qué trata de decirme?

—Suponga que nos descubriese. Suponga que se enterase de que no es más que el nombre en clave Ícaro, un producto de Inver Brass.

—Imposible.

—El problema no es ese. Deje a un lado la imposibilidad. Intelectualmente, y ese joven tiene inteligencia, ¿cuál sería su respuesta? No olvide que es orgullosamente independiente.

Samuel Winters se llevó la mano al mentón y miró por el ventanal a la calle. Después su mirada fue al retrato de su esposa.

—Comprendo —dijo, mientras recordaba vagas imágenes de su pasado—. Se pondría furioso. Se consideraría parte de una corrupción más extensa e irrevocablemente atado a ella, puesto que estaba manipulado. Montaría en cólera.

—Y en esa cólera —le acució Mandel—, ¿qué cree que haría? Diré de pasada que denunciarnos es a la larga irrelevante. Sería como los rumores de que la Comisión Trilateral promocionó a Jimmy Cárter porque Henry Luce puso a un oscuro gobernador de Georgia en la portada del Time. Había mucho de verdad en esos rumores, pero a nadie le importó. ¿Qué haría Kendrick?

Winters abrió mucho los ojos para mirar a su viejo amigo.

—Dios mío… —murmuró—. Huiría asqueado.

—¿No le suena eso familiar, Samuel?

—Fue hace tantos años… Las cosas eran diferentes.

—No creo que lo fuesen tanto. Mucho mejor que ahora, sí; diferentes, no.

—Yo no tenía un cargo.

—Lo tenía a su disposición. Era el brillante e inmensamente rico decano de la Universidad de Columbia, cuyo consejo solicitaban los presidentes y cuyas intervenciones ante la Cámara y ante los comités de la Cámara y del Senado cambiaban la política nacional. Estaba propuesto para gobernador de Nueva York, después de haber barrido literalmente en Albany, liando unas semanas antes de la convención supo que una organización política desconocida era quien había

orquestado su candidatura y su inevitable elección.

—Fue una impresión muy fuerte. Nunca había oído hablar je ella, ni de ellos.

—No obstante, supuso, acertada o equivocadamente, que aquella maquinaria silenciosa esperaba que hiciese cuanto le pidiera, y escapó, denunciando el asunto.

—Asqueado. Aquello iba contra todas las reglas del proceso político abierto que yo había defendido siempre.

—Orgullosamente independiente —recordó el agente de bolsa—. Y lo que siguió fue un vacío de poder; hubo un verdadero caos político, y el partido quedó a la deriva. Una gran ocasión para los oportunistas, que se hicieron con el poder y tuvimos seis años de leyes draconianas y administraciones corrompidas desde el bajo al alto Hudson.

—¿Está echándome la culpa de todo aquello, Jacob?

—Tiene mucho que ver, Samuel. Por tres veces rehusó César la corona, y entonces se desató el infierno.

—¿Está diciéndome que Kendrick podría negarse a aceptar el cargo que se le ofrezca?

—Usted lo hizo. Se largó, cayera quien cayese.

—Porque personas desconocidas para mí estaban comprometiendo enormes sumas de dinero para catapultarme al cargo. ¿Por qué? Si lo que les importaba realmente era un mejor gobierno y no su provecho personal, ¿por qué no salían a la luz pública?

—¿Por qué no salimos nosotros, Samuel?

Tristes, los ojos de Winters se tornaron duros para mirar a Mandel.

—Porque estamos haciendo de Dios, Jacob. Debemos hacerlo, porque sabemos cosas que otros no saben. Sabemos lo que ocurrirá si no actuamos a nuestro modo. De pronto el pueblo de una gran república no tendrá un presidente, sino un rey, el emperador de todos los estados de la Unión. Lo que no comprenden es lo que hay detrás de ese rey. Los chacales a los que sirve de amparo solo pueden ser eliminados reemplazándolo a él. No hay otro camino.

—Lo comprendo. Soy cauteloso porque estoy asustado.

—Entonces debemos ser extraordinariamente cautelosos y asegurarnos de que Evan Kendrick nunca sabrá lo nuestro. Asíde simple.

—Nada es tan sencillo. No es ningún tonto. Se preguntará porqué todo el mundo está pendiente de él. Varak tendrá que ser un maestro de la dirección de escena y cada secuencia deberá conducir lógica, inexorablemente a la siguiente.

—También yo tengo mis dudas —admitió Winters, volviendo a contemplar el retrato de su difunta esposa—, Jennie solía decirme: «Es demasiado fácil, Sam. Todos los demás andan por ahí perdiendo los pantalones para conseguir unas cuantas líneas en los periódicos y tú consigues que escriban editoriales enteros alabándote por cosas que ni siquiera estamos seguros de que hayas hecho». Por eso empecé a hacerme preguntas y descubrí lo que pasaba, no el quién sino el cómo.

—Y entonces se fue.

—Desde luego.

—¿Por qué? Me refiero a cuál fue la verdadera causa.

—Ya he contestado a eso, Jacob. Estaba asqueado.

—¿A pesar de todo el bien que podía haber hecho?

—Por supuesto.

—¿Es justo, Samuel, decir que no llegó a sentir la fiebre de conseguir aquel cargo?

—También eso es obvio. Sea o no admirable, nunca he tenido que conseguir nada. Como dijo en cierta ocasión Averell, «por suerte o por desgracia, nunca he tenido que depender de mi trabajo para comer». Creo que eso lo resume bastante bien.

—La fiebre, Samuel, esa fiebre que usted nunca tuvo, el hambre que nunca sintió, de algún modo debe de invadir a Kendrick. Tiene que desear ganar, debe necesitar desesperadamente vencer.

—Algo que le queme las entrañas —dijo el historiador—. Debíamos haberlo pensado antes, pero dimos por supuesto que se lanzaría sobre la oportunidad. ¡Fuimos unos insensatos!

—No todos —protestó el agente de bolsa—. Yo no pensé en ello hasta que entré en esta habitación hace una hora. De pronto volvieron los recuerdos, me acordé de usted y su orgullosa independencia. De ser la gran esperanza, un activo extraordinario, se convirtió en un pasivo moralmente asqueado que se largó y dejó el sitio para todos los balas perdidas de dentro y fuera de la ciudad.

—Lo admito, Jacob. Debería haberme quedado; lo he sabido durante años. Una vez, en un ataque de rabia, mi mujer me llamó «niño mimado». Aseguraba, como usted, creo, que aunque no hubiera hecho nada más habría podido evitar muchas cosas.

—Sí, pudo haberlas evitado, Samuel. Harry Truman tenía razón. Son los líderes quienes hacen la historia. No habría habido Estados Unidos sin Thomas Jefferson, ni Tercer Reich sin Adolf Hitler. Pero ningún hombre ni ninguna mujer se convierten en líderes a menos que quieran serlo. Necesitan tener una ardiente necesidad de llegar a ello.

—¿Y cree que nuestro Kendrick no la tiene?

—Lo sospecho. En esa pantalla de televisión, como hace cinco días, durante la audiencia del comité, vi a un incauto a quien no le importa nada pasar por encima de quien sea cuando se siente moralmente ultrajado. Inteligente, sí; valor, sin duda: incluso ingenio y atractivo, cosas todas que estábamos de acuerdo en que debían formar parte del compuesto ideal que buscábamos. Pero vi también una veta de mi amigo Samuel Winters, un hombre que podía escapar del sistema porque no sentía la calentura necesaria para ir tras el premio.

—¿Y es eso tan malo, Jacob? No me refiero a mí, que en realidad nunca fui tan

importante; pero ¿es tan conveniente para todo el que aspira a un cargo sentir esa fiebre?

—Nadie confía su negocio a alguien que solo se va a ocupar de él a ratos, sobre todo si se trata de su inversión más importante. El pueblo espera, y con razón, que se ocupen a fondo de sus asuntos, y cuando falta esa vocación lo nota. Quieren a alguien que les dé resultado.

—Bueno —dijo Winters, en tono suavemente defensivo—, creo que yo no le caía mal a la gente, y eso que no estaba precisamente febril. Por otra parte, no cometí muchos errores.

—No tuvo ocasión. Su campaña fue una guerra relámpago en televisión, con parte de la mejor fotografía que he visto nunca, y su prestancia resultó una baza decisiva.

—Sostuve tres o cuatro debates… en realidad tres.

—Con tipos sin clase, Samuel. Los apabulló, y a la gente le encanta eso. Se pasan la vida escrutando los cielos, y ahora las pantallas de televisión, en busca de ese rey o ese príncipe que vendrá a mostrarles el camino con palabras consoladoras.

—Es una vergüenza. A Abraham Lincoln le hubiera considerado un patán y se hubiese quedado en Illinois.

—O algo peor —dijo Jacob Mandel, conteniendo la risa—. Abraham el Judío, aliado con los anticristos para sacrificar a los niños gentiles.

—Y cuando se dejó la barba, qué le voy a contar —asintió Winters, sonriendo y levantándose—. ¿Un trago? —preguntó, conociendo de antemano la respuesta de su amigo y yendo hacia el bar, que estaba en la pared de la derecha, debajo de un tapiz francés.

—Gracias. Lo de costumbre, por favor.

—Desde luego. —El historiador sirvió dos vasos en silencio, uno de *bourbon* y otro de canadiense, ambos solo con hielo. Volvió y le dio el *bourbon* a Mandel—. Muy bien, Jacob. Creo que ya lo tengo.

—Sabia que podía servir y pensar al mismo tiempo. A su salud.

—A la suya.

—Veamos eso.

—Esa fiebre de que habla, esa necesidad de ganar el premio, ha de ser instilada de algún modo en Evan Kendrick. Sin ella no resulta creíble, y sin él los sabuesos de que hablaba Gideon, los oportunistas y los fanáticos, verán llegada su ocasión.

—Eso creo.

Winters saboreó su bebida mientras dejaba vagar los ojos por uno de los gobelinos.

—Felipe y sus caballeros no fueron derrotados en Crécv solo por los arqueros ingleses y los largos cuchillos de los galeses. Tuvieron que vérselas con lo que Saint-Simon describió trescientos años más tarde como una corte exangüe a causa de los «viles corruptores burgueses».

—Su erudición me admira, Samuel.

—¿Cómo podemos inocular esa fiebre en Evan Kendrick? Es tan importante que lo hagamos… Ahora lo veo con claridad.

—Creo que hay que empezar por Milos Varak.

Annie Mulcahy O'Reilly estaba fuera de sí. Las acostumbradas cuatro líneas telefónicas de la oficina solían ser utilizadas solo para telefonear, pues su titular no acostumbraba a recibir muchas llamadas. Sin embargo hoy era no solo diferente, sino una verdadera locura. En solo veinticuatro horas, el personal más reducido y desocupado de la Colina se había convertido en el más frenético. Annie tuvo que llamar a los dos encargados del archivo, que nunca venían los lunes («Vamos, Annie; eso arruina un fin de semana decente»), para que se olvidasen de las faldas y volvieran a la oficina. Después habló con Phillip Tobias, el inteligente aunque frustrado ayudante jefe, y le dijo que olvidase su partido de tenis y trasladase su cuerpo sandunguero al centro o lo mataría («¿Qué diablos ha ocurrido?» «¿Es que no viste ayer el programa de Foxley?» «No, estaba navegando. ¿Por qué iba a verlo?» «¡Salió él!» «¿Qué? ¡Eso no puede ocurrir sin mi aprobación!» «Deben de haberlo llamado a su casa». «¡El muy hijo de perra no me dijo nada!» «Tampoco a mí, pero vi su nombre en el *Post*». «¡Jesús! ¡Consigúeme una cinta, Annie! ¡Por favor!» «¡Solo si vienes y nos ayudas a atender a los teléfonos!» «¡Mierda!» «Soy una señora, capullo. No me hables de ese modo». «Lo siento. Perdóname, Annie. ¡Y por favor, la cinta!»)

Por último, y solo porque estaba desesperada, y únicamente porque su marido, Patrick Xavier O'Reilly, tenía los lunes libres porque hacía el turno de delitos graves los sábados, llamó al detective irlandés y le dijo que si no venía a ayudar presentaría una queja contra él por violación, lo que, añadió, era solo pensar como querer. La única persona a la que no pudo localizar fue al congresista por el distrito noveno de Colorado.

—Lo siento tantísimo, señora O'Reilly —dijo el marido árabe del matrimonio que cuidaba de la casa de Kendrick y que Annie sospechaba era probablemente un médico en paro o un expresidente de Universidad—. El congresista dijo que estaba fuera unos cuantos días. No tengo la menor idea de por dónde anda.

—Eso es solo un montón de mentiras, señor Sahara…

—Me halaga con las dimensiones, madame.

—¡Lo que me faltaba! Búsqueme a ese sapo cornudo servidor del pueblo y dígale que aquí vamos a volvernos locos. ¡Y todo a causa de su aparición en el programa de Foxley!

—¿Verdad que estuvo muy bien?

—¿Lo sabe?

—Vi su nombre en el *Washington Post*, madame, y también en el *Times* de Nueva York y Los Ángeles y en el *Chicago Tribune*.

—¿Compra él todos esos periódicos?

—No, madame, soy yo quien los compra. Pero le dejo leerlos.

—¡Alabado sea Dios!

El pandemonium en la oficina exterior se hizo de pronto intolerable. Annie dejó de golpe el teléfono, corrió a la puerta y, al abrirla, vio asombrada cómo su marido y Evan Kendrick se abrían paso por entre una nube de reporteros, ayudantes del Congreso y otras personas a las que no conocía.

—¡Entre! —chilló.

Una vez dentro de la oficina y con la puerta cerrada, O'Reilly habló.

—Soy su Paddy —dijo, sin aliento—. Encantado de verlo, congresista.

—Es usted mi guardaespaldas, amigo —replicó Kendrick, estrechándole la mano y examinando rápidamente al hombretón de anchos hombros y pelo rojizo, con una tripa diez centímetros mayor de lo que su considerable estatura debería permitir y una cara vagamente colorada que albergaba un par de ojos verdes sagaces e inteligentes —. Me alegro de que llegásemos al mismo tiempo.

—A decir verdad, no fue así. La loca de mi mujer llamó hace una hora y yo llegué hará unos veinte o veinticinco minutos. Pero vi la que había armada en el pasillo y me figuré que podía aparecer usted. Entonces lo esperé.

—¡Podías habérmelo dicho! ¡Hemos estado volviéndonos locos aquí!

—¿Y que me cayera encima una denuncia criminal, cariño?

—De verdad que es todo un irlandés, congresista…

—Déjenlo ya —ordenó Evan, mirando hacia la puerta—. ¿Que demonios vamos a hacer con esto? ¿Qué ha pasado?

—Fue usted el que salió en el programa de Foxley, no nosotros —dijo la señora O'Reilly.

—Tengo a gala no ver nunca esos programas —masculló Kendrick—. Si los veo, esperan que sepa algo.

—Ahora lo conoce un montón de gente.

—Estuvo usted de primera, congresista —añadió el detective—. Un par de muchachos del departamento me llamaron para pedirme que le dijese a Annie que le diese las gracias. Te lo dije, Annie…

—Primero, no he tenido ocasión, y segundo, con toda esta confusión probablemente lo hubiera olvidado. Creo, Evan, que su única posibilidad es salir ahí y hacer algún tipo de declaración.

—Un momento —la interrumpió Kendrick mirando a Patrick O'Reilly—. ¿Por qué iba a querer alguien del departamento de policía darme las gracias?

—Por cómo se las tuvo tiesas con Barrish y le dio una paliza.

—Lo supongo; pero ¿quién es Barrish para ellos?

—Un listo del Pentágono con amigos en las alturas. Y también un cabrito, si te has pasado unas cuantas noches sin dormir, vigilando, y en vez de darte las gracias lo que te dan es la patada…

—¿De qué vigilancia habla? ¿Qué ha ocurrido?

—Señor Kendrick —intervino Annie—, ahí fuera hay un verdadero zoo. Tiene que dejarse ver y decir algo.

—No; quiero oír esto. Adelante, señor… ¿Puedo llamarle Patrick, o Pat?

—Paddy es mejor. —El policía se acarició la panza—. Así me llaman.

—Yo me llamo Evan. Deje lo de «congresista»; también yo quiero dejarlo. Por favor, continúe. ¿Qué tuvo que ver Barrish con la policía?

—Yo no he dicho eso. Ese está más limpio que una gaita irlandesa, que en realidad no es muy bonita por dentro, pero él es más puro que una sábana blanca al sol de mediodía.

—La gente de su oficio no da las gracias a nadie por apalear ropa limpia…

—Bueno, la cosa no tuvo tanta importancia, pero podía haber salido algo si hubiésemos continuado. Los chicos estaban siguiendo a un italiano que se sabe lava dinero negro a través de Miami y otros sitios del sureste, como las islas Caimán. A la cuarta noche de vigilancia en el hotel Mayflower, creyeron que ya lo tenían. Un tipo muy elegante fue a su habitación a la una de la madrugada con una gran cartera. La una de la madrugada, ¿eh?, no precisamente a horas de trabajo.

—Desde luego.

—Pues bien, resultó que el elegante tenía inversiones legitimas con el italiano, y los registros del Pentágono mostraron que había estado en una reunión de compras hasta casi las once y media y, además, tenía que coger un avión para Los Ángeles a las ocho de la mañana, lo que explicaba lo de la hora.

—¿Y la cartera?

—No pudimos tocarla. Se ofendieron mucho en las alturas y nos apabullaron con lo de la seguridad nacional. Alguien hizo una llamada.

—Pero no a un abogado, sino a un tal coronel Robert Barrish, del Pentágono.

—Bingo. Nos echaron la gran bronca por dudar de los motivos de un norteamericano bueno y leal que estaba ayudando a que los Estados Unidos de América siguieran siendo fuertes. Pusieron a los muchachos como trapos.

—Pero usted piensa otra cosa. Cree que en esa habitación hubo algo más que inversiones legítimas.

—Si anda como un pato, habla como un pato y parece un pato, suele ser un pato. Pero no el elegante en cuestión. Él no era un pato, sino una comadreja cuyo nombre borraron de nuestra lista de patos.

—Gracias, Paddy. Bien, señora O'Reilly. ¿Qué digo ahí fuera?

—Nuestro querido Phil Tobias se opondrá probablemente a cualquier sugerencia mía, debería saberlo. Ya está en camino.

—¿Le estropeó su partido de tenis de los lunes por la mañana? Hace falta valor.

—Tobias es listo, Evan, pero no creo que su consejo pueda ayudarle ahora. Está usted solo. Recuerde, esos buitres de ahí fuera están convencidos de que ha estado actuando para la galería toda la semana pasada, aprovechando la audiencia del comité

y el programa de Foxley. Si hubiese largado un torrente de cifras, a nadie le hubiera importado un rábano; pero no lo hizo. Se enfrentó a un peso pesado y le hizo quedar como un charlatán engreído, y eso lo convierte en noticia. Quieren saber adonde va.

—Entonces, ¿qué me sugiere? Usted sabe adonde voy, Annie. ¿Qué les digo?

Ann Mulcahy O'Reilly miró a Kendrick a los ojos.

—Lo que quiera, congresista, pero hágalo en serio.

—¿Mi canto del cisne, Annie?

—Eso solo lo sabrá cuando salga ahí.

En el estruendo que se oyó en la oficina se mezclaban la repentina erupción de los *flashes* y los cambiantes y cegadores focos de los equipos de televisión que movían sus letales minicámaras entre la gente. Todo eran gritos y preguntas, barios de los periodistas más destacados exigían arrogantemente su derecho a los sitios más cercanos y prominentes, de modo que el congresista por el distrito noveno de Colorado fue simplemente hasta la mesa de su recepcionista, echó lado el secante y la consola del teléfono y se sentó encima. Sonrió animosamente, levantó las manos varias veces negó a hablar. Poco a poco la cacofonía fue remitiendo, interrumpida de vez en cuando por alguna voz estridente a la que respondía la mirada de burlona sorpresa del representante. Al final lo entendieron: el congresista Evan Kendrick no iba a abrir la boca hasta que todos pudieran oírlo. Se hizo el silencio.

—Muchas gracias —dijo Evan—. Necesito su ayuda para pensar lo que voy a decirles antes de que ustedes digan lo que tengan que decir, cosa muy diferente porque ustedes ya lo tienen pensado.

—Congresista Kendrick —gritó un incisivo periodista de televisión, obviamente molesto por tener que estar en segunda fila—. ¿Es verdad…?

—Vamos, ¿quiere? —le interrumpió con firmeza Evan—. Deme un respiro, amigo. Usted está acostumbrado a esto y yo no.

—¡Nadie lo diría después de verlo en televisión! —replicó el veterano.

—Aquello era uno contra uno, y esto es uno contra todo el Coliseo, ansioso por ver cenar a los leones. Déjeme decir algo primero. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

—Me alegro de que no fuese usted el de la semana pasada, Stan… Creo que se llama usted Stan.

—Así es, congresista.

—Hubiera tomado mi cabeza junto con su *brandy*.

—Es usted muy amable.

—¿Bromea? Supongo que eso es un cumplido.

—Si, congresista, lo es. Solo hacemos nuestro trabajo.

—Y yo lo respeto, y me gustaría mucho que lo hiciesen más a menudo.

—¿Cómo?

—Uno de los miembros más respetados de mi personal —se apresuró a continuar Kendrick— me ha explicado que debería hacer una declaración. Eso impone mucho

si es la primera vez que se lo piden a uno…

—Usted hizo campaña para el cargo —le interrumpió otro reportero de televisión, agitando su melena rubia sin perder de vista el foco de la cámara—. Entonces tendría que hacer declaraciones.

—No hizo falta, porque el que ocupaba el puesto era nuestra versión local de *El planeta de los simios*. Compruébelo. Y ahora, ¿puedo seguir o me marcho? Seré sincero con ustedes: en realidad, me da lo mismo.

—Continúe —dijo Stan, con una amplia sonrisa en su rostro telegénico.

—De acuerdo. El valioso miembro de mi personal a quien me he referido dijo también que algunos de ustedes, si no todos, pueden tener la impresión de que la semana pasada estuve «actuando para la galería». Creo entender que eso significa llamar la atención a base de actuaciones melodramáticas, con o sin contenido, en beneficio de la persona que las lleva a cabo. Si esa definición es exacta, no tiene nada que ver conmigo, porque yo no busco la aprobación de nadie. Les repito que en realidad me tiene sin cuidado.

La momentánea conmoción fue disipada por un gesto de las manos del congresista.

—En eso soy totalmente sincero, señoras y señores. No espero estar mucho tiempo por aquí…

—¿Tiene algún problema de salud? —gritó un joven desde el final de la sala.

—¿Quiere que peleemos? No, no tengo ese tipo de problemas, que yo sepa.

—Fui campeón de boxeo en la universidad —saltó el joven reportero desde la retaguardia, incapaz de contenerse y entre los abucheos del resto—. Discúlpeme —añadió, violento.

—No hay de qué, joven amigo. Si yo tuviese su talento, probablemente desafiaría al jefe de compras del Pentágono y a su colega del Kremlin y lo resolveríamos todo a la antigua. Un campeón por cada bando y los soldados de espectadores. Pero no, no tengo su talento, ni tampoco problemas de salud.

—Entonces ¿qué ha querido decir? —preguntó un reputado columnista del *New York Times*.

—Me halaga que esté usted aquí —dijo Evan, reconociéndolo—. No tenía la menor idea de que esto tuviese tanta importancia como para hacerle perder su tiempo.

—Creo que la tiene; además, mi tiempo no es tan valioso. ¿De dónde sale usted, congresista?

—No estoy seguro; pero, contestando a la primera pregunta, tampoco estoy seguro de que este sea mi sitio. En cuanto a la segunda, dado que no estoy seguro de que deba estar aquí, me encuentro en la envidiable situación de decir lo que quiera sin tener en cuenta las consecuencias. Consecuencias políticas, sospecho.

—Eso es noticia —dijo Stan tomando notas—. Su declaración, por favor.

—Gracias. A ver si acabo de una vez con eso. Como a tanta gente, no me gusta lo que veo. He estado muchos años fuera del país, y quizá haya que alejarse de él para

comprender lo que tenemos, aunque solo sea comparado con lo que otros no tienen. No debe haber una oligarquía al frente de este gobierno, y sin embargo a mí me parece que la hay. No puedo poner la mano en el fuego por ello, o por ellos, pero ahí están, lo sé. Y ustedes también. Quieren escalar, escalar siempre, mientras señalan hacia un adversario que a su vez ha escalado hasta donde se lo permiten sus posibilidades económicas y tecnológicas. ¿Dónde diablos nos detendremos? ¿Y dónde se detendrán ellos? ¿Cuándo dejaremos de proporcionar pesadillas a nuestros hijos porque lo único que escuchan son promesas de aniquilación? ¿Cuándo van a dejar de oírlo sus hijos? ¿O nos limitaremos a seguir subiendo en ese ascensor diseñado en el infierno hasta que ya no podamos salir de él, lo que de todos modos no importará gran cosa porque fuera las calles estarán en llamas? Perdónenme, sé que no es justo, pero de pronto ya no quiero más preguntas. Me vuelvo a mis montañas.

Evan Kendrick se apeó de la mesa y fue rápidamente por entre los asombrados asistentes hasta la puerta de su oficina. La abrió, apresuró el paso y desapareció pasillo adelante.

—Ese no va a las montañas —susurró Patrick Xavier O’Reilly a su mujer—. Ese se queda aquí, en esta ciudad.

—¡Oh, cállate! —exclamó Annie con lágrimas en los ojos—. ¡Acaba de romper con la Colina entera!

—Con la Colina, puede, pero no con nosotros. Ha puesto su no demasiado delicado dedo en la llaga. Ellos se hinchan a ganar dinero y nosotros no somos más que unos pobres mierdas asustados. Vigílalo, Annie, cuida de él. Es una voz que necesitamos oír.

19

Kendrick vagaba por las tórridas y amodorradas calles de Washington con la camisa abierta y la chaqueta terciada al hombro, sin tener la menor idea de adónde iba, tratando solo de aclararse la cabeza mientras ponía un pie delante del otro en una secuencia sin meta. Más veces de las que se había molestado en contar, había sido parado por extraños cuyos comentarios parecían hallarse divididos bastante equilibradamente, aunque algo inclinados en su favor, lo que no estaba seguro de que le gustase.

—¡Buen trabajo hizo con ese hipócrita, senador!

—No soy senador, soy congresista, pero gracias.

—¿Quién se cree que es, congresista… como se llame? ¡Tratar de ponerle la zancadilla a un norteamericano tan bueno y leal como el coronel Barrish! ¡Maldito izquierdista! ¡Soltero y marica!

—¿Puedo venderle algún perfume? El coronel me compró.

—¡Qué asco!

—¡Eh, tío, le vi en televisión! Se mueve usted bien y canta en un registro muy alto. ¡Ese cabrón nos mandaría otra vez a todos los hermanos a Vietnam como carne de cañón!

—No lo creo, soldado. Ese no discrimina. ¡Para él todos somos carne de cañón!

—¡Que sea usted inteligente no quiere decir que tenga razón! Y aunque consiguiese enredarlo, según admitió él mismo, no por eso el equivocado es él. ¡Es un hombre consagrado a fortalecer a nuestra nación, y evidentemente usted no!

—Yo estoy comprometido con la razón, lo que excluye la fuerza de nuestro país. Al menos eso espero.

—¡No vi la prueba de eso!

—Lo lamento. Está ahí.

—Gracias, congresista, por decir lo que tantos de nosotros pensamos.

—¿Y por qué no lo dicen?

—No estoy seguro. Adondequiera que nos volvemos, hay alguien gritándonos que tenemos que ser fuertes y duros. Yo estuve en la «bolsa de Bastogne» y nadie tuvo que decirme que fuese. Fui… y pasé mucho miedo, también. Es natural; quería vivir. Pero ahora las cosas son diferentes. Son máquinas que llegan por el aire y abren grandes agujeros en la tierra. No se

puede apuntar hacia ellas, ni detenerlas. Lo único que uno puede hacer es esperar.

—Ojalá hubiera estado usted en la audiencia. Acaba de decirlo mejor de lo que yo podría decirlo nunca y con unas credenciales mucho más impresionantes.

La verdad era que no tenía ganas de seguir hablando. Le hablaban, y los extraños de la calle no le estaban ayudando a encontrar la soledad que necesitaba. Tenía que pensar, poner las cosas en claro, decidir qué hacer lo más rápidamente posible, aunque solo fuese para dejar eso saldado. Había aceptado el nombramiento del Comité Partridge por una razón muy concreta: quería tener voz en la selección del hombre que iba a sucederlo en su distrito, y su ayudante, Phil Tobias, lo había convencido de que aceptar la invitación de Partridge le garantizaría esa voz. Pero lo que Evan se preguntaba ahora era si realmente le importaba algo todo aquello.

Hasta cierto punto tenía que admitir que sí, pero no por ninguna pretensión territorial. Había entrado en un escenario político menor como un hombre enfadado y con los ojos bien abiertos. ¿Podía simplemente cerrar la tienda y marcharse porque estaba irritado? No llevaba una insignia de moralidad en la solapa, pero le parecía mal que alguien abandonase un compromiso solo por sentirse molesto. Por otro lado, usando una expresión de otra época, había expulsado a los granujas que habían estado «llevando al tinte» al distrito noveno de Colorado. Había hecho lo que quería hacer. ¿Qué más podían exigirle los votantes de su distrito? Los había despertado, o al menos creía haberlo hecho, y para ello no había ahorrado ni palabras ni dinero.

Pensar. Tenía que pensar. Probablemente conservaría su propiedad de Colorado, para alguna época futura que todavía no se había planteado. Tenía cuarenta y un años; dentro de diecinueve tendría sesenta. ¿Qué diablos importaba eso…? Pues sí importaba. Iba a volver al Asia sudoccidental, a las tareas y las gentes entre las que mejor sabía desenvolverse; pero, al igual que Manny, no pensaba acabar su vida, con suerte un par de décadas, en aquellas tierras… Manny. Emmanuel Weingrass, el genio, la brillantez personificada; autócrata, renegado, un ser humano totalmente imposible, pero el único padre que había tenido. No había conocido de verdad a su padre, aquel hombre lejano que murió construyendo un puente en Nepal cuando él tenía apenas ocho años, dejando a una esposa cínica y con sentido del humor que aseguraba que, al haberse casado con un jovencísimo capitán de ingenieros durante la segunda guerra mundial, había tenido menos ratos de felicidad conyugal que Catalina de Aragón.

—¡Eh! —gritó un tipo rotundo que salía de la pequeña puerta entoldada de un bar de la calle Dieciséis—. ¡A usted acabo de verlo! ¡En televisión, sentado ante una mesa! No sé qué diablos dijo, pero unos lo aplaudían y otros lo abucheaban. ¡Era usted!

—Debe de estar equivocado —dijo Kendrick, apresurando el paso. Dios mío, pensaba, los de la *Cable News* no se lo han pensado dos veces para largar la conferencia de prensa improvisada. Apenas hacía hora y media que había salido de su oficina; alguien tenía prisa. Sabía que la Cable necesitaba constantes rellenos; pero, con todas las noticias que flotaban por Washington, ¿por qué él? En realidad lo que le preocupaba era la observación que había hecho el joven Tobias durante los primeros días de Evan en la Colina.

—La Cable está en proceso de incubación, congresista, y podemos aprovecharlo. Las cadenas de televisión pueden no considerarle a usted lo bastante importante, pero están continuamente al acecho de las noticias sueltas de la Cable en busca de algo original, insólito… Podemos crear situaciones, las que los C-Boys muerdan el anzuelo; y en mi opinión, Señor Kendrick, su aspecto y sus observaciones un tanto oblicuas…

—Entonces no cometamos nunca el error, señor Tobias, de llamar a los «C-boys». ¿De acuerdo?

Esta interrupción había desinflado a su ayudante, a quien solo consoló en parte la promesa de Evan de que el próximo inquilino de la oficina estaría más dispuesto a cooperar. Lo había dicho en serio, y ahora lo decía también, pero le preocupaba que pudiera ser demasiado tarde.

Volvió al hotel Madison, que estaba solo a una manzana de allí, y en el que había pasado la noche del domingo, porque había tenido la presencia de ánimo de llamar a su casa de Virginia para saber si su aparición en el programa de Foxley había creado problemas allí.

—Solo si uno quiere llamar por teléfono, Evan —había respondido el doctor Sabri Hassan en árabe, la lengua que ambos hablaban por comodidad, además de por otras razones—. No deja de sonar.

—Entonces me quedaré en la ciudad. Todavía no sé dónde, pero ya te lo diré.

—No te molestes. Probablemente no podrás comunicar. Me sorprende que lo consiguieses ahora.

—Bueno, en caso de que llame Manny…

—¿Por qué no le llamas tú mismo y le dices dónde estás para no tener yo que mentirle? Los periodistas de esta ciudad no toleran que un árabe mienta; nos saltan al cuello. Los israelíes pueden decir que lo blanco es negro, o lo dulce amargo, y su *lobby* convence al Congreso de que es por nuestro bien. Con nosotros no ocurre lo mismo.

—Déjalo, Sabri…

—Tenemos que irnos, Evan. No te convenimos; no te haremos ningún bien.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Kashi y yo vimos el programa esta mañana. Estuviste impresionante, amigo.

—Ya hablaremos de eso.

Había pasado la tarde viendo un partido de béisbol y bebiendo *whisky*. A las seis

y media había puesto las noticias, un canal tras otro, solo para verse a sí mismo en breves fragmentos del programa de Foxley. Molesto, había cambiado a otro que daba una película sobre el apareamiento de las ballenas frente a las costas de la Tierra del Fuego. Asombroso. Se quedó dormido.

Esta vez el instinto le decía que debía conservar la llave de la habitación, de modo que cruzó precipitadamente el vestíbulo del Madison hacia los ascensores. Una vez en el cuarto se quedó en calzoncillos y se echó en la cama. Y, ya fuese síntoma de un ego reprimido o simple curiosidad, alcanzó el mando a distancia y puso la *Cable News*. Siete minutos después se vio saliendo de su oficina.

—Señoras y señores, acaban de ver una de las conferencias de prensa más insólitas a las que ha asistido nunca este reportero. No solo insólita, sino de lo más unilateral. Ese representante novato por Colorado ha suscitado problemas de evidente importancia nacional, pero se niega a ser interrogado sobre sus conclusiones. Simplemente se marcha. A su favor habría que decir que se niega a aparecer en público porque por lo visto no está seguro de que piense quedarse en Washington, lo que suponemos quiere decir en la política. No obstante, sus declaraciones son, para decirlo suavemente, provocativas.

La grabación terminó bruscamente, reemplazada por la cara en directo de un presentador.

—Pasamos ahora al Departamento de Defensa, donde tenemos entendido que un subsecretario encargado de la Disuasión Estratégica tiene una declaración preparada. Adelante, Steve.

Otro rostro, ahora el de un reportero moreno y con demasiados dientes, que miraba a la cámara y susurraba.

—El subsecretario Jasper Hefflefinger, a quien siempre le toca dar la cara cuando alguien ataca al Pentágono, ha corrido a la brecha abierta por el congresista… ¿quién…? Henryk, de Wyoming… ¿qué…? ¡de Colorado! Aquí está ya el subsecretario Hefflefinger.

Otra cara. Un tipo con papada pero apuesto, un rostro fuerte con una melena plateada que exigía atención. Y con una voz que envidiarían los más famosos locutores de radio de los años treinta y cuarenta.

—Yo digo al congresista que nos parecen bien sus comentarios. ¡Queremos lo mismo! Evitar la catástrofe, perseguir la libertad…

El tipo siguió y siguió, diciéndolo todo y a la vez sin decir nada, sin aludir ni por asomo a los problemas de la escalada y la contención.

—¿Por qué yo? —exclamó Kendrick para sí—. ¿Por que yo? ¡Al diablo con ello! ¡Con todo! —Apagó el televisor, cogió el teléfono y llamó a Colorado.

—Hola, Manny —dijo, al oír la voz de Weingrass.

—¡Muchacho, eres extraordinario! —gritó el viejo—. ¡No te he educado mal, después de todo!

—Cierra el pico, Manny. Quiero salir de esta porquería.

—¿Que quieres qué? ¿Te has visto en televisión?

—Por eso quiero irme. Olvida el baño de vapor acristalado y el belvedere allá abajo, junto a los ríos. Ya lo haremos más adelante. Vámonos otra vez a los Emiratos, pasando por París, naturalmente; un par de meses en París, si quieres. ¿De acuerdo?

—¡Ni hablar, y no me seas *meshuga*! ¡Tenías algo que decir y lo dijiste! Te enseñé a decir siempre, aunque perdiésemos un contrato, lo que creías que era la verdad… Sí, sí, tal vez chapuceábamos un poco a veces, pero siempre cumplíamos. ¡Y nunca cobrábamos las prórrogas aunque tuviésemos que pagarlas!

—Manny, eso no tiene nada que ver con lo que está pasando aquí…

—¡Vaya si tiene! Estás construyendo algo. Y, hablando de construir, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—He empezado el baño de vapor en la terraza y he entregado los planos para el mirador junto a los ríos. ¡Nadie interrumpe a Emmanuel Weingrass hasta que sus proyectos están terminados a su plena satisfacción!

—¡Eres imposible!

—Me parece que he oído eso antes.

Milos Varak caminó por la gravilla del parque Rock Creek hasta un banco que daba sobre una torrentera por la que corrían apresuradas las aguas de una ramificación del Potomac. Era una zona remota y pacífica, lejos de las aceras de cemento de arriba, frecuentadas por turistas veraniegos deseosos de apartarse del calor y el trajín de las calles. Como esperaba el checo, el *speaker*, el presidente de la Cámara de Representantes, estaba ya allí, sentado en el banco, con su mechón de pelo blanco escondido en una gorra de paseo irlandesa cuya visera casi le ocultaba la cara, y su cuerpo, largo y penosamente delgado, cubierto por un impermeable innecesario en el bochorno de una tarde de agosto en Washington. Quería pasar inadvertido, cosa nada normal en él. Varak se acercó y habló.

—Señor *speaker*, es un gran honor para mí.

—¡Hijo de perra, y encima extranjero! —La cara demacrada, de ojos oscuros y cejas blancas arqueadas, expresaba rabia, y a la vez estaba a la defensiva, pues era evidente que aquella última condición le resultaba de lo más repulsivo—. ¡Si viene de parte de los comunistas, puede volverse por donde ha venido, Iván! No pienso presentarme para otra legislatura. Estoy fuera, acabado, tan *kaput* como enero, y lo que ocurrió hace treinta o cuarenta años no significa nada. ¿Me entiende, Boris?

—Ha tenido usted una carrera destacada y ha sido una fuerza positiva para su país… que ahora es el mío. En cuanto a que yo sea ruso o agente del bloque del Este, llevo diez años luchando contra ambos, como algunos miembros de este gobierno saben.

El político de ojos de granito examinó a Varak.

—No tendría ni las agallas ni la estupidez suficiente para decirme eso si no pudiera respaldarlo —dijo con el acento acre de un norteño de Nueva Inglaterra—. ¡Aun así, usted me amenazó!

—Solo para conseguir que me hiciera caso, para convencerlo de que se viese conmigo. ¿Puedo sentarme?

—Siéntese —dijo el *speaker*, como hablando a un perro cuya obediencia era esperada. Varak se acomodó manteniendo una amplia separación entre ambos—. ¿Qué sabe de algo que puede o no haber ocurrido en cierto momento de los años cincuenta?

—Fue el diecisiete de marzo de mil novecientos cincuenta y uno, para ser exacto —replicó el checo—. Ese día nació un niño en el hospital Lady of Mercy de Belfast, hijo de una muchacha que había emigrado a Norteamérica hacía varios años. Había vuelto a Irlanda y la explicación que dio fue muy triste. Su marido había muerto, y, en su dolor, quería tener a su hijo en su tierra, entre su familia.

Con mirada fría e impávida, el *speaker* preguntó:

—¿Y qué?

—Creo que usted lo sabe. No hubo tal marido aquí, pero si un hombre que debe de haberla amado mucho. Un joven político en alza, atrapado en un matrimonio desgraciado del que no podía escapar a causa de las leyes de la Iglesia y de la ciega adhesión a ellas de sus votantes. Durante años, ese hombre, que también trabajaba como abogado, envió dinero a la mujer y los visitó, a ella y al hijo, en Irlanda siempre que podía… en calidad de tío de América, por supuesto.

—¿Puede probar quiénes eran esas personas? —le interrumpió el *speaker*—. No simples rumores o una discutible identificación a cargo de testigos oculares, sino pruebas escritas.

—Puedo.

—¿Con qué? ¿Cómo?

—Hubo cartas.

—¡Mentiroso! —estalló el septuagenario—. ¡Las quemó todas antes de morir!

—Me temo que fueron todas menos una —dijo suavemente Varak—. Creo que tenía intención de destruir esa también, pero la muerte le llegó antes de lo esperado. Su marido la encontró debajo de otras cosas en su mesilla de noche. Por supuesto, no sabe quién es E, ni le importa. Solo está agradecido a que su mujer declinase la oferta de la carta y se quedase con él estos veinte años.

El viejo se volvió a otro lado, mientras combatía con su habito de autodisciplina las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

—Mi mujer me había dejado por entonces —dijo con un soplo de voz—. Nuestros hijos estaban en la universidad y no habla motivo para seguir manteniendo por más tiempo aquel absurdo disimulo. Las cosas habían cambiado, las perspectivas eran otras y yo estaba tan seguro como un Kennedy en Boston. Incluso los engreídos de la archidiócesis mantenían la boca cerrada. Por supuesto, hice saber a algunos de

esos bastardos santurrones que a la menor intromisión de la Iglesia en las elecciones animaría a los radicales negros y a los judíos a armar jaleo en la Cámara a propósito de su sagrada exención de impuestos. Al obispo casi le da una apoplejía, y lanzó toda clase de condenas contra mí por dar mal ejemplo en público, pero le ajusté las cuentas. Incluso le dije que probablemente mi exesposa se había acostado con él. —El canoso *speaker*, de cara surcada por profundas arrugas, quedó en silencio—. Madre mía —murmuró, sin disimular ya las lágrimas—. ¡Quise que volviera!

—Estoy seguro de que no se está refiriendo a su esposa.

—¡Sabe muy bien lo que quiero decir, señor como se llame! Pero no podía hacerlo. Un hombre honrado le había dado un hogar y un nombre a nuestro hijo hacía ya casi quince años. No podía abandonarlos… ni siquiera por mí. Le diré la verdad: también yo he conservado su última carta. «Estaremos juntos en el cielo», me escribía, «pero en esta tierra ya no, cariño». ¿Cómo se puede decir eso? ¡Podíamos haber tenido todavía una vida, una parte condenadamente buena de la vida!

—Si me lo permite, creo que era la expresión de una muer enamorada que sentía tanto respeto por usted como por ella y por su hijo. Usted tenía hijos propios, y las explicaciones del pasado pueden destruir el futuro. Porque usted tenía un futuro, señor *speaker*.

—Lo habría mandado todo al…

—Ella no podía permitirle hacer eso, como no podía destruir al hombre que les había dado a ella y a su hijo un hogar y un nombre.

El anciano sacó un pañuelo y se enjugó los ojos, mientras su voz volvía bruscamente a ser áspera.

—¿Cómo diablos sabe todo eso?

—No fue difícil. Es usted el presidente de la Cámara de Representantes, el segundo en la línea de sucesión a la presidencia, y quería saber más sobre usted. Perdóneme, pero la gente mayor habla más libremente que los jóvenes, en parte debido a que se sienten importantes cuando se trata de los llamados secretos; y, por supuesto, yo sabía que usted y su mujer, católicos ambos, se habían divorciado. Considerando quién era usted en la política de la época y el poder de su Iglesia, tuvo que ser una decisión muy grave.

—En eso tiene razón. De modo que buscó a la gente mayor que andaba entonces por allí.

—Y los encontré. Supe que su mujer, hija de un acaudalado constructor y urbanista deseoso de influencia política que financió sus primeras campañas, tenía una fama poco envidiable.

—Antes y después, señor como se llame. Fui el último en enterarme.

—Pero se enteró —dijo con firmeza Varak—. Y se sintió tan violento y le dio tanta rabia que buscó nueva compañía. Estaba convencido de que no podía hacer nada respecto a su matrimonio, de modo que buscó una sustituía que le consolase.

—¿Lo llaman así? Busqué a alguien que pudiera ser mío.

—Y lo encontró en un hospital al que fue a dar sangre durante una campaña. Era una enfermera irlandesa que estudiaba para poder ejercer en Estados Unidos.

—¿Cómo diablos…?

—A los viejos les gusta mucho hablar.

—Pee Wee Mangecaballo —susurró el *speaker*, con ojos de pronto brillantes, como si el recuerdo le trajese una oleada de felicidad—. Tenía un pequeño local, un bar con buena comida siciliana, a unas cuatro manzanas del hospital. Allí nunca me molestó nadie. No creo que supiesen quién era. Pero ese bastardo italiano sí lo recordaba.

—El señor Mangecaballo tiene ahora más de noventa años, pero vaya si recuerda. Usted llevaba allí a su encantadora enfermera y él cerraba el bar a la una de la madrugada y los dejaba dentro, pidiéndoles únicamente que mantuviesen las tarantelas de la máquina de discos al nivel más bajo posible.

—Una persona estupenda.

—Con una memoria extraordinaria para alguien de su edad, pero, me temo, sin el control que tenía de joven. Recuerda con todo detalle, en realidad divaga, y dice cosas sobre su chianti que tal vez no hubiese dicho nunca hace unos cuantos años.

—A su edad tiene derecho.

—Y usted le hacía confidencias, señor *speaker* —le interrumpió Varak.

—En realidad, no. Aunque Pee Wee ató cabos; no era difícil. Cuando ella se marchó a Irlanda, yo volví por allí con mucha frecuencia durante un par de años. Bebía más de lo que tengo por costumbre porque, como ya le he dicho, nadie me conocía ni me hacía el menor caso, y Pee Wee siempre me llevó a casa sin problemas, como suele decirse. Sospecho que hablé demasiado.

—Volvió usted por allí cuando ella se casó…

—Sí, volví. Lo recuerdo como si fuese ayer… Recuerdo haber entrado, pero no haber salido.

—Mangecaballo recuerda muy bien aquel día. Nombres, país, una ciudad, una fecha… la de la ruptura, dijo usted. Fui a Irlanda.

El speaker se volvió hacia Varak, con sus ojos inmóviles, tan coléricos como interrogadores.

—¿Qué quiere de mí? Todo ha terminado; son cosas del pasado y no puede usted perjudicarme. ¿Qué quiere?

—Nada que pudiera lamentar o de lo que tenga que avergonzarse. Aunque examinasen minuciosamente su pasado, usted solo podría aplaudir la recomendación de mis clientes.

—¿Sus… clientes? ¿Qué recomendación? ¿Algún nombramiento en la Cámara?

—Sí, señor.

—¿Por qué iba yo a acceder a lo que quiera que sea eso de lo que me está hablando?

—Porque hay un detalle de Irlanda que usted no sabe.

—¿Cuál es?

—Habrá oído hablar de un asesino llamado Tam O’Shanter, un «jefe de ala» de los provisionales del IRA.

—¡Un cerdo! ¡Una mancha en el escudo de todos los clanes irlandeses!

—Pues es su hijo.

Había transcurrido una semana, que para Kendrick fue una prueba más de lo efímero de la popularidad en Washington. Las audiencias televisadas del Comité Partridge fueron suspendidas a petición del Pentágono, que publicó sendas declaraciones en las que decía que estaba procediendo a una revisión a fondo de ciertos capítulos de gastos, y que el coronel Robert Barrish había sido ascendido a general de brigada destinado a la isla de Guam para supervisar aquella vital avanzada de la libertad.

Un tal Joseph Smith, del 70 de Cedar Street, en Clinton, Nueva Jersey, cuyo padre había estado con el 27.º en Guam, soltó la carcajada frente al televisor mientras pellizcaba a su mujer en el pecho izquierdo.

—¡Se lo han cargado, chica! ¡Y fue ese tío! ¡Ese es de los míos!

Pero como todo breve período de euforia tiene un brusco final. Lo mismo ocurrió con el alivio temporal que sentía el representante por el distrito noveno de Colorado.

—¡Dios mío! —chilló Phíl Tobias, primer ayudante del congresista, mientras tapaba el teléfono con la mano—. ¡Es el mismísimo *speaker* de la Cámara! ¡Nada de ayudante, ni secretario; él en persona!

—Tal vez deberías decírselo al otro «él» —dijo Annie O’Reilly—. Ha llamado por tu línea, no por la mía. No hables. Limítate a apretar el botón y a anunciarlo.

—¡Pero eso no está bien! Deberían haberme llamado.

—¡Hazlo!

Y Tobias lo hizo.

—¡Kendrick!

—¿Sí, señor *speaker*?

—¿Tiene unos minutos? —preguntó el de Nueva Inglaterra con más acento que nunca.

—Sí, desde luego, señor *speaker*, si cree que es importante.

—Yo no llamo en persona a un novato cualquiera si no creo que es importante.

—Entonces solo puedo esperar que un *speaker* cualquiera tenga algo vital de qué hablar —replicó Kendrick—. De lo contrario, cargaré mi tarifa por hora de consulta a su estado. ¿Entendido, señor *speaker*?

—Me gusta su estilo, muchacho. Militamos en bandos diferentes, pero me gusta su estilo.

—Quizá le guste menos cuando me vea en su puesto.

—Eso me gusta todavía más.

Kendrick, asombrado, se quedó en pie frente a la mesa mirando fijamente y en silencio a los ojos evasivos del canoso y demacrado *speaker* de la Cámara. El viejo irlandés acababa de decir algo extraordinario, que debería haber sido, cuando más, una proposición, pero que, por el contrario, era una bomba en el camino de retirada de Evan de Washington, D.C.

—¿El subcomité de Supervisión y Evaluación? —dijo con rabia contenida—. ¿De *Inteligencia*?

—Eso es —respondió el *speaker*, consultando sus papeles.

—¿Cómo se atreve? ¡No puede hacerme eso!

—Está hecho. Su nombramiento ya ha sido anunciado.

—¿Sin mi consentimiento?

—No lo necesito. No digo que no hubiera dificultades para que los líderes de su propio partido le diesen luz verde; no es usted el tipo más popular de ese lado de la cerca; pero, con un poco de persuasión, accedieron. Es usted una especie & símbolo del bipartidismo independiente.

—¿Símbolo? ¿Qué símbolo? ¡Yo no soy ningún símbolo!

—¿Tiene una cinta del programa de Foxley?

—Eso no es historia. ¡Ya está olvidado!

—¿O del follón que armó en su oficina a la mañana siguiente? Ese tipo del *New York Times* le dedicó una columna de aúpa; dijo que era usted… lo releí ayer… «una voz razonable en una babel de cuervos locos».

—Todo eso fue hace semanas y nadie ha vuelto a decir nada importante desde entonces. Me he esfumado.

—Es solo que se ha convertido de capullo en flor.

—¡Rechazo el nombramiento! No quiero que me carguen con secretos que afectan a la seguridad nacional. No pienso seguir en el gobierno y considero una posición insostenible ser puesto en… una situación peligrosa, para decirlo sin rodeos.

—Si lo rechaza públicamente, su partido va a sacudírselo también… en público. Le llamarán unas cuantas cosas, como rico equivocado e irresponsable, y revivirán a ese asno que usted enterró con su dinero. Por aquí lo echan de menos, a él y a su pequeño aparato. —El *speaker* hizo una pausa, conteniendo la risa—. Se pirran por quienes tienen pequeñas sinecuras, como reactores privados y *suites* de fantasía desde Hawai hasta el sur de Francia, propiedad de la gente de las minas. No les importa de qué partido es; ellos solo quieren unos cuantos añadidos a la legislación, sin importarles de dónde vienen. ¿Qué, congresista, se niega usted? Podría hacernos un favor a todos.

—La verdad es que es usted un granuja.

—Soy pragmático, hijo.

—Pero ha hecho tantas cosas buenas…

—Gracias a que soy práctico —le interrumpió el viejo político—. No se consiguen a base de vinagre; pasan mejor con algo dulce, como el almíbar Vermont,

¿me comprende?

—¿Se da cuenta de que con una sola frase acaba de dar por buena la corrupción política?

—¡Ni hablar! Lo que perdono es la aceptación de codicias menores como parte de la condición humana, a cambio de una legislación importante que ayuda a quienes realmente lo necesitan. Conseguí cosas así cerrando los ojos a ciertas complacencias cuando quienes se beneficiaban de ellas sabían que en realidad lo veía todo. Usted, rico hijo de perra, no lo entendería. Sí; aquí tenemos unos cuantos millonarios, pero la mayoría no lo son. Viven con salarios anuales que usted fundiría en un mes, y dejan el puesto porque con lo que ganan no pueden mandar a sus dos o tres hijos a la universidad. ¡Y encima sin vacaciones! De modo que tiene usted toda la razón: de vez en cuando paso por alto ciertas cosas.

—¡Está bien! —exclamó Kendrick—. Lo entiendo, pero lo que no puedo entender es que me nombre para Supervisión. No hay nada en mi historial que me califique para semejante tarea. Podría citarle a otros treinta o cuarenta que saben mucho más que yo… lo que no es difícil, porque yo no sé nada. Ellos siguen esas cosas, les gusta estar en el intríngulis de esas sandeces… porque, le repito, creo que son sandeces. Llame a alguno de ellos. Se les cae la baba solo de pensarlo.

—Hijo, no es esa clase de apetito lo que buscamos —digo el *speaker*, con un acento de mucho más al sur que traslucía décadas de complicadas negociaciones políticas en la capital de la nación—. Un sano escepticismo, como el que le demostró usted a aquel coronel en el programa de Foxley, eso es lo que queremos. Hará usted una valiosa aportación.

—Se equivoca, señor *speaker*, porque no tengo nada que aportar, ni siquiera un mediano interés. Barrish estaba usando y abusando de generalidades, negándose con arrogancia a hablar de algo concreto. Era algo muy diferente. Se lo repito Supervisión no me interesa.

—Pero, mi joven amigo, el interés cambia con arreglo a las condiciones, como en los bancos. Ocurre algo, y los tipos suben o bajan de acuerdo con ello. Algunos de nosotros estamos más familiarizados que otros con ciertas zonas conflictivas del mundo, y usted sin duda da la talla en ese aspecto. Como dice ese hermoso libro, los talentos enterrados en el suelo no hacen a nadie el menor bien, pero si se los saca a la luz, pueden florecer. Como usted.

—Si se refiere al tiempo que pasé en los Emiratos Árabes, le ruego que recuerde que yo era un ingeniero de la construcción preocupado solo por las obras y el beneficio.

—¿Es verdad eso?

—Cualquier turista sabía más de la política y la cultura de esos países que yo. Todos nosotros, los de la construcción, hacíamos rancho aparte; teníamos nuestros propios círculos y rara vez salíamos de ellos.

—Me resulta difícil creerlo, casi imposible. Conseguí el informe del Congreso

sobre su pasado, joven amigo, y le aseguro que me impresionó. Construyó usted aeródromos y edificios oficiales para los árabes, lo que sin duda significa que tuvo que tener un montón de conversaciones con altos gerifaltes de por allí. He dicho aeródromos, y eso quiere decir inteligencia militar. Después he sabido que habla usted varios idiomas árabes. ¡No uno, sino varios!

—Es uno solo; el resto no son más que dialectos.

—Le digo que es usted inestimable, y su deber patriótico le obliga a servir a su país compartiendo lo que sabe con otros expertos.

—¡Yo no soy un experto!

—Además —le interrumpió el *speaker*, echándose hacia atrás en su asiento con aire pensativo—, dadas las circunstancias, con su pasado y todo eso, si rechazase el nombramiento parecería que tenía algo que ocultar, quizá algo que debiéramos investigar. ¿Tiene algo que ocultar, congresista?

Los ojos del *speaker* se clavaron de pronto en Evan.

¿Algo que ocultar? ¡Tenía que ocultarlo todo! ¿Por qué lo miraría así el *speaker*? Nadie sabía lo de Omán, ni lo de Mascate y Baréin. ¡Ni lo sabrían nunca! Ese había sido el acuerdo.

—No hay nada que ocultar, pero sí que dejar en paz —dijo Kendrick con firmeza —. Haría usted un mal servicio al subcomité basado en una apreciación errónea de mis méritos. Hágase un favor a sí mismo: llame a uno de esos otros.

—Ese hermoso libro, el más santo de los libros, tiene tantas respuestas, ¿no es cierto? —dijo el *speaker* como divagando con la mirada perdida—. Muchos son los llamados, mas pocos los elegidos. Qué gran verdad…

—¡Por favor…!

—Bien podría ser ese el caso, joven amigo —le interrumpió el viejo irlandés—. Solo el tiempo lo dirá. Entretanto, la jefatura de su partido ha decidido que el elegido es usted. De modo que lo es… a menos que tenga algo que ocultar, algo que debamos investigar. Y ahora *skedaddle*. Tengo trabajo.

—¿Skedaddle?

—Que me largo, Kendrick.

20

Los dos cuerpos del Congreso —el Senado y la Cámara— tienen varios comités de finalidad y nombre más o menos parecidos. Hay el de Asignaciones del Senado y el de Asignaciones de la Cámara, el de Relaciones Exteriores del Senado y el de Asuntos Exteriores de la Cámara, el Comité de Inteligencia del Senado y el Comité Permanente de Inteligencia de la Cámara, este último con un poderoso subcomité de Supervisión y Evaluación. Esta duplicidad es un ejemplo más del eficaz sistema de equilibrios y contrapesos de la república. La rama legislativa del gobierno, que refleja de un modo activo las opiniones actuales de un espectro mucho más amplio del cuerpo político que una rama ejecutiva atrincherada o un poder judicial vitalicio, debe negociar en su propio seno y llegar a un consenso sobre cada uno de los centenares de problemas que se presentan a sus dos brazos deliberantes. Se trata de un proceso indudablemente frustrante, exasperante, y en general limpio. Si el compromiso es el modo de gobernar en una sociedad pluralista, nadie lo hace mejor, ni más enconadamente que la rama legislativa del gobierno de Estados Unidos con sus innumerables, a menudo insufribles y con frecuencia ridículos comités. La afirmación es cierta; una sociedad pluralista es sin duda numerosa, generalmente insufrible para los aspirantes a tiranos, y casi siempre ridícula a los ojos de los que querrían imponer su voluntad a la ciudadanía. La moralidad de una persona no debería nunca convertirse a través de la ideología en la legalidad de otra, como muchos en el poder ejecutivo y en el judicial querrían. Con frecuencia esos cuasi-fanáticos retroceden de mala gana ante las protestas que emanan de esos molestos y nada aristocráticos comités de la Colina. A pesar de infrecuentes e imperdonables aberraciones, la *vox populi* suele ser escuchada y el país sale ganando con ello.

Pero hay en la Colina del Capitolio algunos comités cuyas voces apenas suenan, por lógica y por necesidad. Se trata de los pequeños y restringidos consejos que se concentran en las estrategias elaboradas por las diversas agencias de Inteligencia del gobierno. Y quizá porque sus voces son apenas susurros y los miembros de esos comités son examinados a fondo mediante exigentes procedimientos de seguridad, a esos *seleccionados* para los comités a los que se califica de «selectos» los rodea una cierta aura. Saben cosas que otros no tienen derecho a saber; son diferentes, y podría pensarse que pertenecen a una variedad mejor de hombres y mujeres. Existe también un entendimiento tácito entre el Congreso y los medios de comunicación para que estos se refrenen en los asuntos que tienen que ver con esos comités. Cuando se nombra para ellos a un senador o a un congresista, su nombramiento no se convierte en una *cause célebre*. Sin embargo, tampoco ahí hay secreto; se hace el nombramiento y se da una razón básica para él, y tanto el acto como la razón son expuestos con toda sencillez, sin adornos. En el caso del representante por el distrito noveno de Colorado, un congresista llamado Evan Kendrick, se dijo que se trataba de un ingeniero con amplia experiencia en Oriente Medio, y en especial en el golfo

Pérsico. Dado que muy pocos sabían algo de la zona y se aceptó que el congresista había sido un ejecutivo empleado en algún lugar del Mediterráneo hacía años, el nombramiento fue considerado razonable y no suscitó más comentarios que de costumbre.

Sin embargo, directores de periódicos, comentaristas y políticos son muy conscientes de los matices de la importancia creciente que se le concede a una persona, porque en el distrito de Columbia esa importancia va acompañada de poder. Hay comités y comités. Alguien nombrado para Asuntos Indios no juega en la misma división que otro enviado a Recaudación de Impuestos. El primero hace lo mínimo para ayudar a un pueblo excluido y básicamente sin derechos; el segundo explora los métodos y procedimientos para sufragar el funcionamiento del gobierno imperial. Tampoco Medio Ambiente esta al nivel de Servicios Armados; los presupuestos del primero son continua y abusivamente reducidos, en tanto que los gastos en armas rebasan todos los horizontes. La asignación de dinero es la base de la influencia. Sin embargo, dicho sin rodeos, pocos comités pueden compararse en la Colina con el nimbo, con la especie de silenciosa mística que se cierne sobre los que tienen que ver con el mundo clandestino de la Inteligencia.

Cuando se hacen nombramientos repentinos para tan «selectos» consejos, los ojos vigilan, los colegas cuchichean en los servicios y los medios de información están en alerta permanente frente a los procesadores de textos, los micrófonos y las cámaras. Generalmente esos preparativos quedan en nada, y los nombres se disipan en un olvido cómodo o incómodo. Pero no siempre, y si Evan Kendrick hubiese tenido alguna idea de semejantes sutilezas pudo haberse arriesgado a decir al astuto *speaker* de la Cámara que se fuese al infierno.

Sin embargo, no la tenía, y tampoco hubiera importado que la tuviese; el progreso de Inver Brass era innegable.

Eran las seis y media de una mañana de domingo y el sol estaba a punto de asomar tras las colinas de Virginia cuando Kendrick, desnudo, se zambulló en su piscina, confiando en que unos cuantos chapuzones en el agua fría de octubre limpiarían las telarañas que le oscurecían la visión y se extendían dolorosamente por sus sienes. Había estado bebiendo, hacía años, demasiados coñacs con Emmanuel Weingrass en Colorado, sentados en un mirador ridículamente opulento, los dos riendo ante unos ríos que corrían, bien visibles, a sus pies.

—¡Pronto verás ballenas! —había exclamado Manny.

—Como prometiste a los chicos en aquel río medio seco.

—Teníamos un cebo malísimo. Deberías haber utilizado a una de las madres. A aquella chica negra. ¡Era un monumento!

—Su marido era comandante de Ingenieros. Podía haber puesto pegas.

—Tenían una hija preciosa. La mataron junto a todos los demás.

—¡Por Dios, Manny! ¿*Por qué*?

—Es hora de irte.

—No quiero irme.

—¡Debes hacerlo! Tienes una reunión por la mañana, y allí van dos horas adelantados.

—Puedo saltármela. Ya me he saltado un par de ellas.

—Una sola, y con gran daño para mi bienestar. Tu reactor te espera en el aeródromo de Mesa Verde. Estarás en Washington antes de cuatro horas.

Mientras nadaba, cada largo más de prisa que el anterior, pensó en la conferencia matinal que le esperaba en Supervisión, admitiendo para sí que se alegraba de que Manny hubiera insistido para que volviese a la capital. Las reuniones del subcomité lo habían fascinado. Fascinado, enojado, asombrado y horrorizado, pero sobre todo fascinado. ¡Pasaban tantas cosas en el mundo de las que no sabía nada, tanto a favor como en contra de los intereses de Estados Unidos! Pero solo a la tercera reunión comprendió un error muy frecuente en la manera en que sus colegas abordaban a los comparecientes de las diversas ramas de Inteligencia. El error estaba en que trataban de encontrar sus fallos en la estrategia para llevar a cabo ciertas operaciones, cuando lo que deberían haber puesto en cuestión eran las operaciones mismas.

Era comprensible, porque los hombres que desfilaban ante Supervisión para exponer sus argumentos —exclusivamente hombres, lo que debería haber sido ya una clave— eran profesionales de un mundo violento y clandestino que hablaban en voz baja y procuraban minimizar el melodramatismo que va unido a ese mundo. Soltaban su jerga esotérica tranquilamente, poniendo como un bombo las cabezas de quienes los escuchaban. Resultaba mareante formar parte de ese inframundo, aunque solo fuera en calidad de consejero; era algo capaz de alimentar las fantasías adolescentes de adultos maduros. Entre esos testigos no había ningún coronel Robert Barrish; por el contrario, se trataba de un desfile de hombres atractivos, bien vestidos, siempre modestos y moderados, que comparecían ante el subcomité para explicar en términos fríamente profesionales lo que podrían hacer si se les facilitaban los fondos necesarios, porque era algo imperativo para la seguridad de la nación. Con frecuencia la pregunta era: ¿*Pueden hacerlo*? No si estaba bien, ni siquiera si tenía algún sentido.

Esos errores de juicio ocurrían con la suficiente frecuencia para perturbar al congresista por Colorado, que había formado pasajeramente parte de ese mundo salvaje y violento con el que trataban los testigos. Él no podía idealizarlo; lo odiaba. El miedo terrible y sin resuello que formaba parte del tremendo juego de tomar y perder vidas humanas en las sombras pertenecía a épocas oscuras en las que la única medida de la vida era la supervivencia. Esa clase de mundo no se vive; simplemente se soporta con sudor y retortijones de estómago, como había soportado Evan su brusca exposición al mismo. Y sin embargo sabía que ese mundo seguía existiendo; habitantes suyos lo habían salvado de los tiburones de Qatar. Durante las sesiones

siguientes hurgó en él, haciendo preguntas cada vez más ásperas. Comprendía que su nombre corría silenciosa, eléctrica o enfáticamente por los pasillos del Congreso, la Agencia Central de Inteligencia e incluso la Casa Blanca. ¿Quién era ese agitador, ese aguafiestas? Le tenía sin cuidado; eran preguntas legítimas y seguiría haciéndolas. ¿Es que había alguien sacrosanto? ¿Quién pretendía estar por encima de la ley?

Hubo una conmoción sobre su cabeza, gestos y gritos que le llegaron vagamente a través del agua que corría junto a su cara en la piscina. Se detuvo a la mitad de un largo y sacudió la cabeza antes de mirar. El intruso era Sabri, pero un Sabri Hassan al que raramente veía. El siempre tranquilo doctor en Filosofía estaba junto a él tratando de dominar sus actos y sus palabras, pero consiguiéndolo solo a medias.

—¡Tienes que irte! —gritó mientras Evan se sacudía el agua de los oídos.

—¿Cómo? ¿Qué?

—¡Omán! ¡Mascate! ¡La noticia está en todos los canales de televisión, en todas las emisoras de radio! ¡Dan incluso fotos tuyas vestido como uno de nosotros… en Mascate! ¡La radio y la televisión interrumpen continuamente sus programas para informar de los últimos acontecimientos! Precisamente hace unos minutos lo han dado. Los periódicos están reteniendo sus últimas ediciones de la mañana a la espera de nuevos detalles…

—¡Diablos! —rugió Kendrick, saltando fuera de la piscina mientras Sabri le echaba una toalla por encima.

—Los reporteros y el resto de esa gente estarán aquí seguramente dentro de pocos minutos —dijo el árabe—. He descolgado el teléfono y Kashi está cargando nuestro coche… perdón, el coche que tan generosamente nos diste…

—¡Olvida esas bobadas! —chilló Evan, echando a andar hacia la casa—. ¿Qué dices que está haciendo tu mujer con el coche?

—Poniendo dentro tu ropa, la suficiente para varios días si es necesario. Pueden reconocer tu automóvil; en cambio el nuestro apenas sale del garaje. Supuse que querrías tener tiempo para pensar.

—¡Tiempo para planear un par de asesinatos! —corrigió Evan, cruzando a toda prisa la puerta del patio y subiendo por la escalera de atrás, con el doctor Hassan pisándole los talones—. ¿Cómo diablos ha ocurrido? ¡Maldita sea!

—Me temo que es solo el comienzo, amigo mío.

—¿*Qué*? —chilló Kendrick, precipitándose dentro del enorme dormitorio principal, que daba sobre la piscina, y yendo a su cómoda, donde abrió a toda prisa los cajones y empezó a sacar calcetines, ropa interior y una camisa.

—Las emisoras están llamando a todo tipo de personas Para que opinen. Por supuesto, todos hablan bien de ti.

—¿Qué otra cosa podrían decir? —Evan se puso los calcetines y los calzoncillos mientras Sabri desdoblaba la camisa y se la daba—. ¿Que estaban todos animando a sus amigos terroristas en Palestina?

Kendrick se puso la camisa, corrió a su armario y sacó un Pantalón. La mujer de

Sabri, Kashi, apareció en la puerta.

—*Anahásfa!* —exclamó, disculpándose y dándose la vuelta.

—No hay tiempo para *eltakaled*, Kashi —le gritó el congresista, pidiéndole que olvidase sus tradiciones—. ¿Qué tal vas con la ropa?

—Puede no ser la que tú elegirías, querido Evan, pero le tapará —replicó la esposa de dulces rasgos—. He pensado también que podrías llamarnos desde donde estés y te llevaremos lo que necesites. A mi marido lo conoce mucha gente de los periódicos, pero a mí nadie. Nunca me dejo ver.

—Eso es cosa tuya, no mía —dijo Kendrick, poniéndose una chaqueta y volviendo a la cómoda en busca de la cartera el monedero y el encendedor—. Podíamos cerrar este sitio Kashi, y salir para Colorado. Allí puedes ser mi anfitriona oficial.

—Qué cosas dices, querido Evan —se escandalizó ella entre risitas—. No es decente.

—Tú que eres profesor, Sabri —añadió Kendrick, pasándose a toda prisa un peine —, ¿cuándo vas a enseñarla?

—¿Cuándo querrá escucharme? Nuestras mujeres deben de tener ventajas que los hombres ignoramos.

—¡Vámonos!

—Las llaves están en el coche, querido Evan…

—Gracias, Kashi —dijo Kendrick, bajando ya la escalera con Sabri—. Dime —continuó mientras ambos salían hacia el gran garaje que albergaba su Mercedes descapotable y el Cadillac Cimarrón de Hassan—. ¿Qué saben del asunto?

—Solo puedo comparar lo que he oído con lo que me contó Emmanuel, porque tú no has dicho literalmente ni palabra.

—No es que quisiera ocultártelo, pero…

—Por favor, Evan —le interrumpió el profesor—. ¿Cuánto tiempo hace que te conozco? Te resulta incómodo alabarte aunque sea indirectamente.

—¡Alabarme! —exclamó Kendrick, abriendo la puerta del garaje—. ¡Si fracasé! ¡Yo era un hombre muerto con un cerdo sangrante atado a la espalda y a punto de ser arrojado sobre los bajíos de Qatar! Lo hicieron otros, no yo. Ellos me salvaron.

—Sin ti no podrían haber hecho nada.

—Olvídalo —cortó Evan, ya junto a la puerta del Cadillac—. ¿Qué es lo que saben?

—En mi opinión, muy poco. Nada de lo que me dijo Emmanuel, aun descontando sus naturales exageraciones. Los periodistas andan escarbando en busca de detalles, y al parecer esos detalles no llegan.

—Eso no me aclara nada. ¿Por qué dijiste que era solo «el comienzo» cuando salíamos de la piscina?

—A causa de un hombre al que entrevistaron y que parecía encantado de que lo hubieran sacado de casa; un colega tuyo en el subcomité de Inteligencia de la

Cámara; un congresista llamado Masón.

—¿Masón? —Kendrick frunció el entrecejo—. Tiene un gran ascendiente en Tulsa, o en Phoenix… he olvidado dónde, pero es un cero a la izquierda. Hace unas semanas hubo cierto movimiento subterráneo para echarlo del comité.

—Pues no es así como lo presentaron.

—Seguro que no. ¿Qué dijo?

—Que eres el miembro más astuto del comité, el tipo inteligente a quien todos recurren y escuchan.

—¡Bobadas! Hablé algo e hice unas cuantas preguntas, pero no tanto, y además no creo que Masón y yo nos hayamos dicho nunca más que «hola». ¡Son tonterías!

—La cosa ha llegado a todo el país…

El ruido de un automóvil, y después de dos, que chirriaron al detenerse frente a la casa, invadió el silencio del garaje cerrado.

—¡Dios mío! —susurró Evan—. ¡Estoy acorralado!

—Todavía no —dijo el doctor Hassan—. Kashi sabe qué hacer. Hará entrar a los primeros que lleguen, por cierto hablando hebreo, y los llevará al solarium. Fingirá no entenderlos y así los entretendrá, aunque, naturalmente, solo unos minutos. Adelante, Evan. Toma el camino que va hacia el sur por entre las praderas hasta llegar a la autopista. Dentro de una hora volveré a colgar el teléfono. Llámanos. Kashi te llevará lo que necesites.

Kendrick llamó una y otra vez, aporreando el botón a cada señal de comunicando, hasta que al fin oyó con alivio sonar el timbre.

—Residencia del congresista Kendrick…

—Sabri, soy yo.

—Cómo me extraña que hayas conseguido comunicar. Y me alegro, porque así podré volver a descolgar el teléfono.

—¿Cómo va todo?

—Fatal, amigo mío. Y lo mismo en tu oficina y en tu casa de Colorado. Lo tienen todo sitiado.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí nadie quiere marcharse, y, como tú, Emmanuel consiguió al fin hablar con nosotros, entre un torrente de blasfemias. Nos aseguró que llevaba intentándolo casi media hora.

—Yo llevo diez minutos. ¿Qué dijo?

—La casa está rodeada y hay gente por todas partes. Al parecer los de los periódicos y la televisión volaron todos a Mesa Verde, donde la mayoría quedaron varados, pues no cabían todos en los tres taxis.

—Pues estará bueno Manny.

—Por lo que está bueno, como tú dices, es por la falta de instalaciones sanitarias.

—¿Qué?

—Se negó a ofrecérselas, y cuando los vio haciéndolo todo alrededor de la casa se fue derecho al armero.

—Están pisando el césped… ¡su jardín!

—He oído andanadas de Emmanuel en muchas ocasiones pero nunca nada como esta. Menos mal que durante su estallido consiguió decirme que llamase a la señora O'Reilly a su oficina, porque ella no lograba comunicar con nosotros.

—¿Qué dijo Annie?

—Que siguieras fuera de la circulación por algún tiempo pero, «por el amor de Dios», son sus palabras, que la llames.

—No pienso hacerlo —dijo Evan, pensativo—. En este momento, cuanto menos sepa, mejor.

—¿Dónde estás?

—En un motel de las afueras de Woodbridge, en la carretera Noventa y Cinco. Se llama Los Tres Osos y estoy en la cabaña 23. Es la última a la izquierda, la más cercana al bosque.

—Por lo que me dices, supongo que necesitas varias cosas. Para empezar, comida. No puedes salir y que te vean, y no creo que haya servicio de habitaciones en un motel con cabañas.

—No, comida, no. Paré en un restaurante al venir.

—¿No te reconoció nadie?

—Estaban viendo los dibujos animados.

—Entonces, ¿qué necesitas?

—Espera a que salgan las últimas ediciones de los periódicos de la mañana y manda a Jim el jardinero a Washington a comprar todos los que pueda. Sobre todo los más importantes; tendrán a lo mejor de su plantilla dedicado a la noticia y hablarán con más gente.

—Le haré una lista. Después Kashi te los llevará.

Era ya la una y media de la tarde cuando la mujer de Sabri llegó al motel de Woodbridge, en Virginia. Evan abrió la puerta de la cabaña 23, agradecido al ver que había traído la furgoneta del jardinero. Él no lo había pensado, pero a sus amigos de Dubai no se les había ocurrido cruzar con su Mercedes por entre la gente que rodeaba la casa. Mientras Kendrick sostenía la puerta, Kashi hizo rápidamente un segundo y un tercer viaje al vehículo, porque junto con el montón de periódicos de todo el país traía comida. Había sándwiches en un envoltorio de plástico, dos envases de cuarto de litro de leche en un cubo de hielo, cuatro bandejas calientes divididas equitativamente entre platos occidentales y árabes y una botella de *whisky* canadiense.

—Kashi, no voy a pasarme aquí una semana.

—Esto es para hoy y esta noche, querido Evan. Estás sometido a una gran tensión y debes comer. La caja que hay sobre la mesa tiene cubiertos y bandejas de metal, bajo las que puedes poner el hornillo para calentar la comida. Hay también manteles individuales y de los otros. Si tienes que irte de aquí de repente, llama, por favor, para que yo pueda recuperarlo todo.

—¿Por qué? ¿Es que el oficial de intendencia va a meternos en el calabozo?

—El oficial soy yo, querido Evan.

—Gracias, Kashi.

—Pareces fatigado, yasahbee. ¿No has descansado?

—No; he estado viendo esa condenada televisión, y cuanto más la veía más me cabreaba. Es difícil dormir cuando se está furioso.

—Como dice mi marido, y estoy de acuerdo con él, quedas muy bien en televisión. Dice también que debemos marcharnos.

—¿Por qué? ¡Eso mismo me dijo a mí hace unas semanas y no sé por qué!

—Sí lo sabes. Somos árabes y estás en una ciudad que desconfía de nosotros. Ahora te mueves en un medio político que no nos tolera, y no queremos perjudicarte.

—¡Kashi, ese no es mi mundo! ¡Voy a dejarlo, estoy harto, asqueado de él! ¿Dices que esta ciudad desconfía de vosotros? ¿Por qué habríais de ser diferentes? ¡Esta ciudad no confía en nadie! Es una ciudad de mentirosos, cómplices y farsantes, de hombres y mujeres capaces de trepar sobre los hombros de cualquiera para llegar un poco más cerca de la miel. Están enredando con un sistema condenadamente bueno, chupando la sangre de cuantas venas pueden, proclamando la santidad patriótica de su causa, mientras el país aplaude lo que no sabe que está pagando de su bolsillo. ¡Eso no es para mí, Kashi!

—Estás disgustado…

—¿Tú qué crees?

Kendrick se precipitó hacia la cama y el montón de periódicos.

—Querido Evan —dijo Kashi, en un tono tan firme que hizo a Kendrick volverse con varios periódicos en las manos—. Esos artículos te ofenderán, y la verdad es que hay cosas que también nos ofendieron a Sabri y a mí.

—Comprendo. «Todos los árabes son terroristas». Seguro lúe lo dice aquí, y en negritas.

—Sí, y con la peor intención.

—Pero no es eso lo que quieres decirme.

—No. Dije que te ofenderías, pero la palabra no es bastante fuerte. Vas a sulfurarte, pero antes de que hagas algo de lo Puedas arrepentirte, escúchame, por favor.

—Por el amor de Dios, ¿de qué se trata, Kashi?

—Gracias a ti, mi marido y yo hemos asistido a números sesiones de tu Senado y tu Cámara de Representantes. También por ti hemos tenido el privilegio de presenciar debates legales ante los magistrados de tu Tribunal Supremo.

—No son exclusivamente míos. ¿Y qué?

—Lo que vimos y oímos fue notable. Problemas de Estado incluso leyes, debatidos abiertamente, no por simples demandantes sino por personas doctas. Tú ves el lado malo, y sin duda lo que dices es cierto; pero ¿no hay otra verdad? Hemos visto a muchos hombres y mujeres defender apasionadamente lo que creen sin miedo a que les vuelvan la espalda o los silencien…

—El vacío pueden hacérselo; silenciarlos no. Nunca.

—Aun así, ¿corren riesgos por defender su causa, a menudo riesgos importantes?

—Qué diablos, sí. Lo hacen en público.

—¿Por sus creencias?

—Sí…

Kendrick dejó la palabra en el aire. Estaba muy claro lo que quería decir Khasi Hassan, y suponía una advertencia para él en un momento de furia autodestructora.

—Entonces hay gente buena en lo que tú llamas «un sistema condenadamente bueno». Por favor, no lo olvides, Evan. No los disminuyas.

—¿Que no qué?

—Me expreso muy mal. Perdóname. Tengo que marcharme. —Kashi fue rápidamente hasta la puerta y se volvió—. Te lo ruego, *yasahbee*; si en tu rabia piensas que debes hacer algo drástico, en el nombre de Alá, llama antes a mi marido y, si lo deseas, a Emmanuel. Sin prejuicios, porque quiero a nuestro hermano judío tanto como a ti, creo que mi marido puede estar algo más tranquilo.

—Cuenta con ello.

Kashi salió, y Kendrick se abalanzó literalmente sobre los periódicos y fue poniéndolos encima de la cama con los titulares bien visibles.

Si un grito primitivo pudiese haber aminorado el dolor, su voz hubiera roto el cristal de las ventanas de la asfixiante cabaña.

The New York Times, Nueva York,
martes, 12 de octubre

EL CONGRESISTA EVAN KENDRICK, DE COLORADO, DICE HABER CONTRIBUIDO A RESOLVER LA CRISIS DE OMAN

Un memorándum secreto indica que burló a los terroristas árabes…

The Washington Post, Washington, DC,
martes, 12 de octubre

KENDRICK, DE COLORADO, RESULTA SER EL ARMA SECRETA USA EN OMÁN

Localizó a los terroristas árabes y su conexión…

Los Ángeles Times, Los Ángeles,
martes, 12 de octubre

INFORMES DESCLASIFICADOS MUESTRAN QUE KENDRICK, REPRESENTANTE POR COLORADO, FUE CLAVE EN LA SOLUCIÓN DE OMÁN.

Los terroristas palestinos tenían respaldo árabe… todavía secreto…

Chicago Tribune, Chicago,
martes, 12 de octubre

EL CAPITALISTA KENDRICK LIBERA A LOS REHENES EN MANOS DE LOS TERRORISTAS COMUNISTAS

Árabes asesinos en desbandada en todas partes por las revelaciones…

New York Post, Nueva York,
martes, 12 de octubre

¡EVAN, EL HOMBRE DE OMÁN. SE LA PEGÓ A LOS ÁRABES!

¡Movimiento en Jerusalén para hacerlo ciudadano de honor de Israel!

¡Nueva York pide un desfile!

USA Today
Miércoles, 13 de octubre

¡FUE EL «COMANDO» KENDRICK!

¡Los terroristas árabes quieren su cabeza! ¡Nosotros, que le hagan una estatua!

Kendrick estaba inclinado sobre la cama, con la mirada vendo rápidamente de un titular a otro y en su mente solo una pregunta: ¿*Por qué*? Y, como la respuesta se le escapaba, otra pregunta fue pasando a primer plano: ¿*Quién*?

21

Si había una respuesta a ambas preguntas, no iba a encontrarla en los periódicos. Estaban llenos de fuentes «autorizadas» «altamente situadas» e incluso «confidenciales», la mayoría contrastadas por un «sin comentarios», un «no tenemos nada que decir en este momento» o un «los acontecimientos en cuestión están siendo analizados», que eran otras tantas maneras evasivas de confirmarlo.

El origen de aquel furor era un memorándum interdepartamental clasificado como del máximo secreto y con el membrete del Departamento de Estado. Había salido a la luz, sin firma, procedente de archivos recónditos y presumiblemente filtrado por uno o varios funcionarios que pensaban que se había cometido una gran injusticia con un hombre por culpa de los poco razonables rigores de la seguridad nacional, cuya lista encabezaba sin duda un miedo paranoico a las represalias terroristas. Copias del memorándum habían sido enviadas simultáneamente a los periódicos, las agencias de noticias y las cadenas de radio y televisión, adonde habían llegado entre las cinco y las seis de la mañana, la hora del amanecer en el Este. Acompañaban a cada memorándum tres fotografías diferentes del congresista en Mascate. Era imposible refutarlo.

Todo planeado, pensaba Evan. Habían elegido el mejor momento para sacudir a la nación a medida que iba despertándose, haciendo obligatoria la inclusión de la noticia en los boletines durante todo el día.

¿Por qué?

Lo notable eran los hechos que el memorándum revelaba, tanto por lo que omitía como por lo que decía. Eran asombrosamente precisos, hasta en puntos tales como el de que había sido llevado en avión a Omán en secreto y sacado del aeropuerto de Mascate por agentes de Inteligencia, los cuales le habían proporcionado ropas árabes e incluso un gel oscurecedor que había hecho compatibles sus rasgos con la «zona de operaciones». ¡Diablos! ¡Zona de operaciones!

Había detalles esquemáticos, a menudo meras hipótesis, de los contactos que había tenido con hombres a quienes había conocido en el pasado, y cuyos nombres habían sido recortados por razones obvias. También había un párrafo referente a su internamiento voluntario en un recinto para terroristas donde estuvo a punto de perder la vida, pero donde averiguo los nombres que debía saber a fin de encontrar la pista de quienes estaban detrás de los fanáticos palestinos de la embajada; concretamente un nombre, también recortado, que era un simple espacio negro en la copia. Había descubierto a ese hombre —recortado, un espacio en negro— y le había obligado a desmantelar los núcleos de los terroristas que ocupaban la embajada en Mascate. A ese hombre fundamental lo mataron —detalles cortados, todo un párrafo en negro—, y Evan Kendrick, representante por el distrito noveno de Colorado, devuelto también en secreto a Estados Unidos.

Habían recurrido a expertos para examinar las fotografías. Todas las copias

fueron sometidas a análisis espectrográfico, para averiguar su autenticidad con respecto a la fecha de los negativos y la posibilidad de que hubieran sido alterados en el laboratorio. Todo fue confirmado, incluso el día y la fecha, Atraídos de la ampliación 20×20 del periódico que llevaba un peatón por la calle en Mascate. Los medios más responsables hacían constar la falta de fuentes alternativas que pudieran o no dar credibilidad a los hechos tal como estaban prestados a grandes rasgos, pero ninguno pudo cuestionar las fotos ni la identidad del hombre que aparecía en ellas. Y a ese hombre, el congresista Evan Kendrick, había que encontrarlo ahora para que confirmase o negase la increíble historia. El *New York Times* y el *Washington Post* hablaron con los pocos amigos y vecinos que pudieron encontrar en la capital, así como en Virginia y Colorado. Ninguno recordaba haber visto al congresista ni saber nada de él durante el período en cuestión, hacía un año; y no porque lo esperasen necesariamente, lo que quería decir que si hubiera estado en contacto con tilos probablemente lo hubiesen recordado.

El *Los Ángeles Times* iba más lejos, y, sin revelar sus fuentes, había comprobado el «movimiento telefónico» de Kendrick. Exceptuando las llamadas a varias tiendas locales y a un cierto James Olsen, un jardinero, solo cinco llamadas posiblemente importantes habían sido hechas desde la residencia congresista, en Virginia, en un período de cuatro semanas. Tres a los departamentos de Estudios Árabes de las Universidades de Georgetown y Princeton; una a un diplomático del aparato árabe de Dubai, que había vuelto a su país hacía siete meses, y la quinta a un abogado de Washington, que se negó a hablar con la prensa. Al cuerno la importancia; los sabuesos seguían al acecho aunque la presa hubiera desaparecido.

Para los periódicos menos responsables, que equivale a decir la mayoría de los carentes de recursos para financiar investigaciones a gran escala y todos los sensacionalistas, a los que les traía sin cuidado la comprobación, aquello había sido una auténtica gozada seudoperiodística. Habían convertido el memorándum ultrasecreto en trampolín para lanzarse a especulaciones heroicas, sabiendo que las ediciones les serían arrebatadas de las manos por sus nada escépticos lectores. La palabra impresa suele ser el evangelio para los poco informados; un juicio algo paternalista, desde luego, pero muy cierto.

Sin embargo, lo que faltaba en todas aquellas informaciones eran verdades, verdades profundas que fuesen más allá de unas revelaciones asombrosamente precisas. No se mencionaba a un valiente y joven sultán de Omán que había arriesgado su vida y su linaje para ayudarlo. Ni a los omaníes que le habían guardado las espaldas, tanto en el aeropuerto como en las callejas de Mascate. Ni a una extraña mujer, asombrosa mente profesional, que lo había rescatado del congestionado vestíbulo de otro aeropuerto de Baréin cuando ya casi lo habían matado y que le había encontrado refugio y a un médico que cuidase de sus heridas. Y, sobre todo, no se decía ni una palabra de la unidad israelí, mandada por un agente del Mossad, que lo había salvado de una muerte que aún le hacía estremecerse de horror, o al menos

de otro norteamericano, un antiguo arquitecto del Bronx, sin el cual llevaría un año muerto, borrado su rastro por los tiburones de Qatar.

En cambio, en los artículos destacaba un tema común: todo lo árabe estaba teñido de brutalidad inhumana y terrorismo. La propia palabra *árabe* era sinónimo de crueldad y barbarie, sin que se concediese ni un vestigio de bondad a todo un pueblo. Cuanto más tiempo repasaba Evan los periódicos, más se encolerizaba; hasta que de pronto, en un arrebato de furia, los barrió de la cama.

¿Por qué?

¿Quién?

Después sintió un vacío, un terrible dolor en el pecho. ¡*Ahmat*! Dios mío, ¿qué había hecho? ¿Comprendería el joven sultán, podría comprender? Mediante la omisión —mediante el silencio—, los medios de comunicación norteamericanos habían condenado al entero país de Omán, dejando ahí plantada la insidiosa especulación de su impotencia *árabe* frente a los terroristas, o peor aún, de su complicidad *árabe* en la inhumana, la salvaje matanza de ciudadanos norteamericanos.

Debía llamar a su joven amigo, hablar con él y decirle que no tenía nada que ver con lo que había sucedido. Estaba sentado en el borde de la cama. Cogió el teléfono mientras buscaba en el bolsillo del pantalón su cartera, y lo sujetó bajo la barbilla para sacar la tarjeta de crédito. Al no recordar los números que debía marcar para hablar con Mascate, marcó el «0» para hablar con la central. De repente dejó de oírse el tono, y durante un momento fue presa del pánico y miró a las ventanas con los ojos desencajados.

—¿Sí, veintitrés? —dijo una ronca voz masculina.

—Quería hablar con la central.

—Aunque marque un prefijo de zona le saldrá esta centralita.

—Tengo… tengo que hacer una llamada al extranjero —tartamudeó Evan, desconcertado.

—Por este teléfono no se puede.

—Con tarjeta de crédito. ¿Cómo puedo hablar con la central? Voy a cargarlo a mi número de tarjeta de crédito.

—Estaré escuchando hasta que oiga que da el número y lo aceptan, ¿comprendido?

No lo comprendía. ¿Sería una trampa? ¿Lo habrían seguido hasta el mísero motel de Woodbridge, en Virginia?

—No me parece aceptable —dijo vacilante—. Se trata de una comunicación privada.

—Qué te parece… —replicó la voz, en tono sarcástico—. Entonces búsquese un teléfono público. Hay uno en el restaurante, unas cinco millas carretera abajo. *Ciao*. Ya le he aguantado bastante.

—¡Un momento! Está bien, siga a la escucha. Pero cuando la telefonista me dé

línea, quiero oír cómo corta. ¿De acuerdo?

—Bueno, en realidad iba a llamar a Louella Parsons.

—¿A quién?

—Olvídelo. Voy a marcar. Los que se quedan todo el día o son tíos raros o se pinchan.

En algún lugar de las lejanías del golfo Pérsico, una telefonista que hablaba inglés con acento árabe le informó de que en Mascate no había ninguna central con el prefijo 555.

—¡Márquelo, por favor! —insistió Evan, añadiendo otro «por favor» aún más lastimero.

Pasaron ocho timbrazos hasta que oyó la voz presurosa de Ahmat.

—Iwah?

—Soy Evan, Ahmat —dijo Kendrick, en inglés—. Tengo que hablar contigo…

—¿Hablar conmigo? —estalló el joven sultán—. ¿Todavía tienes cojones para hablarme, so bastardo?

—Entonces, ¿lo sabes? ¿Lo que… lo que están diciendo sobre mí?

—¿Si lo sé? ¡Una de las mejores cosas de ser un niño rico es que tengo en la terraza platos que captan cuanto quiero y de donde quiero! Incluso tengo una ventaja sobre ti, *ya shaikh*. ¿Has visto las informaciones de Oriente Medio? ¿De Baréin y Riyad, de Jerusalén y Tel Aviv?

—Por supuesto que no. Solo he visto estas.

—Son todas la misma basura, ¡un bonito montón para casar encima! Que te vaya bien en Washington, pero no vuelvas por aquí.

—Pero yo quiero volver. ¡Voy a volver!

—No lo hagas, no vuelvas a esta parte del mundo. Sabemos leer y escribir y vemos la televisión. La culpa es solo tuya. ¡Conque se la diste a los árabes! ¡Sal de mi memoria, hijo de perra!

—¡Ahmat!

—¡Fuera, Evan! Nunca debí creerte. ¿Te haces poderos en Washington llamándonos animales y terroristas? ¿Es esa la única manera?

—¡Yo nunca hice eso, nunca dije eso!

—¡Tu mundo lo hizo! ¡Hay que ver cómo lo repite una vez y otra y otra, hasta que nadie dude de que queréis vernos a todos encadenados! ¡Y el último guión para conseguirlo es tuyo!

—¡No! —protestó Kendrick a gritos—. ¡Mío no!

—Lee tu prensa. ¡Mírala!

—¡Es la prensa, no tú y yo!

—Tú eres tú, un arrogante bastardo alimentado con las ciegas hipocresías judeocristianas, y yo soy yo, un árabe islámico. ¡Y no vas a seguir escupiendo sobre mí!

—Nunca quise… nunca podría…

—Ni sobre mis hermanos, cuyas tierras decretasteis que les debían ser robadas, obligando a aldeas enteras a abandonar sus hogares, sus empleos y sus pequeños negocios, ¡pequeños e insignificantes, pero suyos durante generaciones!

—¡Por el amor de Dios, Ahmat, pareces uno de ellos!

—No me digas. —En las palabras del joven sultán se mezclaban la rabia y el sarcasmo—. Cuando dices «ellos» supongo que te refieres a un niño de esos miles y miles de familias llevadas a punta de fusil a campamentos buenos para cerdos. ¡Para cerdos, no para madres, padres e hijos…! Señor Sabelotodo, norteamericano eminentemente justo, si parezco uno de ellos, ¡lo siento! Y te diré qué otra cosa lamento: haber tardado tanto en llegar a esto. Ahora comprendo muchas cosas que antes no entendía.

—¿Qué diablos significa eso?

—Lo repito. Lee tu prensa, mira tu televisión, escucha tu radio. ¿Sois personas superiores que os disponéis a hacer la guerra nuclear a todos los sucios árabes para no tener que pelear más con nosotros? ¿O vais a dejárselo a vuestros fríos amigos de Israel, que de todos modos ya os dicen lo que debéis hacer? Solo tendréis que darles las bombas.

—¡Eh, alto ahí! —gritó Kendrick—. ¡Esos israelíes me salvaron la vida!

—¡Tienes mucha razón, pero tú solo eras un accidente, un puente hacia lo que realmente vinieron a hacer aquí!

—¿De qué estás hablando?

—Puedo decírtelo porque nadie más va a hacerlo, nadie va a publicarlo. Tú les importabas un rábano, señor Héroe. Esa unidad vino aquí para sacar de la embajada a un hombre, un agente del Mossad, un estratega de alto rango disfrazado de norteamericano nacionalizado que trabajaba para el Departamento de Estado.

—¡Dios mío…! —susurró Evan—. ¿Lo sabía Weingrass?

—Si lo sabía, no abrió la boca. Les obligó a ir en tu búsqueda a Baréin. Así te salvaron la vida. No estaba planeado. No les importa nadie ni nada más que ellos mismos. Los judíos… ¡son como tú, señor Héroe!

—¡Maldita sea! ¡Escúchame, Ahmat! Yo no soy responsable de lo que está ocurriendo aquí, de lo que están publicando los periódicos y lo que da la televisión. Lo último que yo querría es…

—¡Tonterías! —le interrumpió el joven exalumno de Harvard y sultán de Omán—. No se hubieran enterado sin ti. He cabido cosas de las que no tenía ni idea. ¿Quiénes son esos agentes de Inteligencia vuestros que andan por mi país? ¿Y todos esos contactos con los que hablaste?

—¡Mustafá, por ejemplo!

—Y *lo mataron*. ¿Quién te trajo en secreto en un avión sin decirme nada? Soy yo quien gobierna este condenado lugar; ¿quién tenía derecho? ¿Acaso no soy más que un «mayor» que pretende jugar a las canicas?

—Ahmat, no sé nada de eso. Solo sabía que tenía que ir ahí.

—¿Y yo? ¿Soy un elemento accesorio? ¿Es que no había que confiar en mí? ¡Por supuesto que no; soy árabe!

—Eso son tonterías. Te estaban protegiendo.

—¿De qué? ¿De una operación encubierta norteamericano-israelí?

—¡Por el amor de Dios, déjalo ya! Yo no sabía nada de un agente del Mossad en la embajada hasta ahora, que acabas de decírmelo. ¡Si lo hubiera sabido te lo hubiese dicho! Y, ya que estamos en ello, mi arrebatado joven fanático, no tuve nada que ver con los campos de refugiados, ni con las familias llevadas a ellos a punta de fusil…

—¡Fuisteis todos! Un genocidio por otro, ¡pero nosotros no tuvimos nada que ver con el otro! ¡Fuera!

Se cortó la comunicación. Un buen hombre y un buen amigo que había contribuido a salvar su vida acababa de salir de ella, y con él sus planes para regresar a una parte del mundo que tanto amaba.

Antes de aparecer en público, tenía que averiguar lo que había ocurrido, quién había hecho que ocurriese y por qué tenía que empezar en alguna parte, y esa era el Departamento de Estado y un hombre llamado Frank Swann. Por supuesto, un asalto frontal quedaba fuera de cuestión. En el momento en que se identificase se dispararían las alarmas, y, dado que su cara aparecía continuamente, *ad nauseam*, en televisión y medio Washington andaba buscándolo, debía meditar cuidadamente todos sus movimientos. Lo primero: cómo llegar hasta Swann sin que ni el propio Swann ni su oficina lo supiesen. ¿Su oficina? Evan recordó. Hacía un año había entrado allí y habló con una secretaria, a la que dijo unas palabras en árabe para hacer comprender lo urgente de la visita. La secretaria desapareció en otro despacho y diez minutos después Swann y él estaban hablando en el complejo de computadoras de los sótanos. Esa secretaria no solo era eficiente, sino extremadamente precavida, como al parecer lo eran la mayoría en la pérfida Washington. Y, dado que esa precavida secreta conocía de sobra al congresista Kendrick, con quien había hablado hacía un año, podía mostrarse receptiva a otra voz que también tratase de proteger a su jefe. Valía la pena comprobarlo; era, además, lo único que se le ocurría. Cogió el teléfono, marcó el prefijo 202 de Washington y esperó a oír la voz ronca del encargado del motel Los Tres Osos.

—Operaciones Consulares, oficina del director Swann —dijo la secretaria.

—Hola. Soy Ralph, el de ID —empezó Kendrick—. Tengo noticias para Frank.

—¿Quién habla?

—Está bien; soy un amigo de Frank. Solo quiero decirle que puede haber una reunión interdepartamental a última hora de esta tarde…

—¿Otra? Le viene muy mal.

—¿Cómo anda de horario?

—¡Fatal! Estará reunido hasta las cuatro.

—Bien; pues si no quiere que lo vuelvan a freír a preguntas, tal vez debería cortar y coger pronto el coche.

—¿Conducir? ¿*Él*? Se lanzaría en paracaídas en la selva de Nicaragua, pero no va a arriesgarse a meterse en el tráfico de Washington.

—Ya sabes a lo que me refiero. La gente anda un poco nerviosa por aquí y podrían asarlo.

—Han estado haciéndolo desde las seis de esta mañana.

—Solo trataba de ayudar a un amigo.

—En realidad, tiene una cita con el médico —dijo de pronto la secretaria.

—¿Una cita?

—Sí, ahora. Gracias, Ralph.

—Y… no te he llamado.

—Pues claro, simpático. Solo era que alguien de ID quena comprobar unos horarios.

Evan estaba en medio de la gente que esperaba a un autobús en la esquina de la calle 21, desde donde se veía bien entrada del Departamento de Estado. Tras hablar con la secretaria de Swann, había dejado la cabaña y se había dirigido rápidamente en coche a Washington, deteniéndose unos momentos en un centro comercial de Alexandria, donde compró gafas oscuras, un sombrero de pesca de ala ancha y una chaqueta de un tejido suave. Eran las 3.48 de la tarde. Si la secretaría había continuado con sus tendencias protectoras, Frank Swann, director adjunto de Operaciones Consulares, saldría por las enormes puertas de cristal dentro de los próximos quince o veinte minutos.

Y salió. A las 4.03 y a toda prisa, y una vez en la acera giró la izquierda, en dirección contraria a la parada del autobús. Kendrick se apresuró a salir de entre la gente y echó a andar el hombre del Departamento de Estado, manteniéndose unos diez metros detrás de él mientras se preguntaba qué medio de transporte tomaría aquel Swann alérgico al volante. Si pensaba ir andando, Kendrick lo pararía enfrente de un pequeño parque, o en algún otro sitio donde pudiesen hablar sin ser molestados.

Swann no pensaba ir andando; estaba a punto de tomar un autobús que iba al este por Virginia Avenue. Se unió a los que esperaban ese mismo vehículo, que se acercaba a la parada. Evan fue rápidamente hasta la esquina; no podía permitir que el director de Operaciones Consulares subiese a aquel autobús. Se acercó a Swann y le tocó en el hombro.

—¿Qué hay, Frank? —dijo, quitándose las gafas oscuras.

—*¡Usted!* —exclamó el asombrado Swann, sobresaltando a los otros viajeros, mientras se abrían de golpe las puertas del autobús.

—Yo —confirmó en voz baja Evan—. Creo que será mejor que hablemos.

—¡Dios mío! ¡Debe de haber perdido el juicio!

—Si lo he perdido, la culpa es suya.

Su breve conversación no pasó de ahí, porque de repente llenó la calle una voz extraña, procedente del costado del autobús.

—¡Es él! —rugió un hombre mal vestido, de ojos grandes y saltones y el cabello largo que le caía sobre las orejas y la frente—. ¡Mira! ¡Es él! ¡El comando Kendrick! Lo veo todo el día en televisión. ¡Tengo siete televisores en mi apartamento! ¡No pasa nada que yo no sepa! ¡Es él!

Antes de que Evan pudiese reaccionar, el hombre le arrebató el sombrero de pescador.

—¡Eh! —protestó Kendrick.

—¡Míralo! ¡El mismo!

—¡Vámonos de aquí! —gritó Swann.

Echaron a correr calle arriba, con aquel tipo extraño detrás, persiguiéndolos con su holgado pantalón flotando al viento, el sombrero de Evan en la mano y los brazos como asna de molino.

—¡Nos está siguiendo! —dijo el director de Operaciones Consulares, mirando hacia atrás.

—¡Tiene mi sombrero!

Dos manzanas después, una señora de cabello azulado se apeaba de un taxi apoyándose en un bastón.

—¡Allí! —gritó Swann—. ¡El taxi!

Cruzaron la amplia avenida sorteando el tráfico. Evan subió por la puerta más cercana mientras el hombre del Departamento de Estado daba la vuelta por detrás. Ayudó a la viajera a salir y, sin querer, golpeó con el pie el bastón, que cayó a la acera, seguido por la señora de pelo azulado.

—Lo siento, señora —dijo Swann, saltando al asiento trasero.

—¡Vámonos! —chilló Kendrick—. ¡Dese prisa! ¡Salga de aquí!

—¿Han asaltado un banco o algo parecido? —preguntó el taxista, embragando.

—Sí, y será más rico solo con que se dé prisa —dijo Evan.

—Ya me doy prisa. No tengo licencia de piloto.

Kendrick y Swann volvieron la cabeza al unísono para mirar por la ventanilla trasera. En la esquina, el hombre de las melenas y el pantalón ancho estaba escribiendo algo en un periódico, ahora con el sombrero de Evan en la cabeza.

—El nombre de la compañía y el número del taxi —dijo en voz baja el director de Operaciones Consulares—. Vayamos adonde vayamos, tendremos que cambiar de vehículo al menos una manzana después de dejar este.

—¿Por qué? No me refiero al cambio, sino a lo de la manzana.

—Para que nuestro taxista no vea qué taxi tomamos.

—Da usted la impresión de saber lo que está haciendo.

—Espero que usted también —replicó Swann jadeante, sacando un pañuelo y enjugándose la cara.

Veintiocho minutos y un segundo taxi más tarde, el congresista y el hombre del Departamento de Estado caminaban rápidamente por la calle de un mísero barrio de Washington. Levantaron la vista hacia un letrero de neón rojo al que le faltaban tres letras. Era un bar de mala muerte, muy acorde con los alrededores. Se miraron y entraron, un tanto sobresaltados por la oscuridad del interior, aunque solo fuese por contraste con el claro día de octubre. La única fuente de luz era un televisor que había contra la pared, encima del mostrador. Varios clientes encorvados, desaliñados y de ojos nublados confirmaban la baja categoría del establecimiento. Forzando la vista en la penumbra, Kendrick y Swann fueron hacia las zonas todavía más oscuras que había a la derecha de la barra, donde encontraron acomodo y se sentaron uno frente al otro.

—¿Insiste realmente en que hablemos? —preguntó Swann, aspirando profundamente, con la cara colorada y todavía sudando.

—Insisto hasta el punto de hacer de usted el más reciente candidato al depósito de cadáveres.

—Tenga cuidado; soy cinturón negro.

—¿En qué?

Swann frunció el entrecejo.

—Nunca lo he sabido muy bien, pero es algo que siempre funciona en las películas cuando aparecemos haciendo estas cosas. Necesito un trago.

—Llame al camarero. Yo seguiré en la sombra.

—¿Sombra? —se extrañó Swann, mientras alzaba cautelosamente la mano hacia una corpulenta camarera negra con el pelo de un rojo llameante—. ¿Dónde hay alguna luz aquí?

—¿Cuándo fue la última vez que hizo tres tracciones seguidas, señor Kara te Kid?

—En los sesenta. A principios, creo.

—Pues por entonces fue cuando cambiaron las bombillas en este lugar. Y ahora hablemos de mí. ¿Cómo demonios pudo, mentiroso?

—¿Cómo demonios pudo usted pensar que había sido yo? —exclamó Swann, que calló de pronto mientras la grotesca camarera se detenía junto a la mesa con los brazos en jarras—. ¿Qué va a tomar? —preguntó a Evan.

—Nada.

—Eso no está bien visto aquí, ni es muy saludable, sospecho. Dos *whiskies* de centeno, por favor. Canadiense, si tienen.

—Olvídelo —dijo la camarera.

—Olvidado —se conformó Swann mientras se iba la mujer y fijando de nuevo la mirada en Kendrick—. Tiene usted gracia, señor congresista; quiero decir que es realmente divertido ¡Operaciones Consulares quiere mi cabeza! El secretario de Estado, ese universitario irresoluto y bizantino, ha dado una directriz que deja bien sentado que no sabe quién soy. Los israelíes claman porque piensan que su precioso Mossad puede verse comprometido si alguien investiga, y los árabes que tenemos en

nómina protestan porque ya nadie los escucha. Y esta tarde, a las tres y media, el presidente, el condenado presidente, va a echarme la gran bronca y a ponerme de Patitas en la calle por «abandono de servicio». Permítame decirle que entonó esa frase como si supiese muy bien de qué estaba hablando, lo que quiere decir que había al menos otras dos personas escuchando… ¿Usted huye? ¡Pues yo también! Después de cerca de treinta años en este estúpido oficio…

—Eso mismo le llamé yo —interrumpió precipitadamente Evan, en voz baja—. Lo siento.

—Debería —dijo Swann sin perder ni un compás—. Porque, ¿quién va a hacer esta mierda excepto nosotros, unos bastardos más estúpidos aún que el sistema? Nos necesitas, Charlie no lo olvides. El problema es que no tenemos mucho de qué presumir a cambio. Quiero decir que yo no tengo que ir corriendo a casa para asegurarme de que la piscina de mi patio trasero ha sido tratada contra las algas con este calor, sobre todo porque no tengo piscina, y mi mujer se quedó con la casa en el acuerdo de divorcio, porque estaba enferma y cansada de verme salir a buscar el pan y volver meses después con el polvo de Afganistán todavía en las orejas. No, señor Congresista Encubierto, no fui yo quien contó todo eso. Por el contrario, hice cuanto pude para detenerlo. No me queda gran cosa, pero quiero seguir limpio e irme con lo que pueda.

—¿Que trató usted de detenerlo?

—De una manera discreta, desenvuelta, muy profesional. Incluso le enseñé una copia del memorándum que envié arriba rechazando su oferta de ayuda.

—¿A él?

Swann miró con gesto desolado a Kendrick, en tanto que la camarera traía las bebidas y se quedaba allí de pie, dando golpecitos en la mesa mientras el hombre del Departamento de Estado rebuscaba en el bolsillo, miraba la cuenta y pagaba. La mujer se encogió de hombros ante la propina y se fue.

—¿A él? —repitió Evan.

—Adelante —dijo Swann, bebiendo un largo trago de *whisky*—. Clave otro clavo más, ¿qué importa ya? No queda mucha sangre.

—Supongo que eso significa que no sabe usted quién es, quién es él.

—Tengo un nombre, un puesto e incluso una recomendación de primera.

—¿Y bien?

—Él no existe.

—¿Qué?

—Ya me ha oído.

—¿Que no existe? —le apremió un frustrado Kendrick.

—Bueno, uno de ellos sí, pero no el hombre que vino a verme.

Swann apuró el vaso.

—No me lo creo.

—Tampoco se lo creyó Ivy, que es mi secretaria. Ivy la terrible.

—¿De qué está hablando?

—Ivy recibió una llamada de la oficina del senador Allyson, de un tipo con el que solía salir hace un par de años.

—Ahora es uno de los principales ayudantes del senador. Le pidió que le diese hora para recibir a uno que hace no sé qué trabajo confidencial para Allyson, y ella se la dio. Pues bien, resultó que era un fulano rubio con un acento que situé en algún lugar de la Europa central, pero es algo serio; lo sabía todo de usted. Si tiene una cicatriz que solo ha visto su madre, creame, él tiene un primer plano de ella.

—Eso es absurdo. Me pregunto por qué.

—Lo mismo hice yo. Me refiero a que las preguntas que me hizo estaban cargadas de DP…

—¿Cómo?

—De Datos Previos sobre usted. Sabía casi tanto como consiguió sacarme a mí. Era tan profesional que me dieron ganas de ofrecerle un trabajo en Europa en el acto.

—Pero ¿por qué *yo*?

—También a mí me extrañó, como ya le he dicho, de modo que pedí a Ivy que lo comprobase con la oficina de Allyson. Para empezar, ¿por qué habría de tener un senador a esa clase de…? Aunque, ahora que lo pienso, supongo que hay una relación.

—¿Quiere, por favor, no salirse del tema?

—Claro —dijo Swann, bebiendo su segundo *whisky*—. Ivy llamó a su antiguo novio, y el tipo no sabía de qué le estaba hablando. Nunca la había llamado, ni había oído hablar de un tal… como fuese.

—¡Pero la primera vez ella tuvo que saber con quién hablaba! Su voz, lo que se decían…

—Su antiguo novio habla con acento de Georgia y tenía laringitis cuando telefoneó; eso aseguraba Ivy. Pero el que realmente llamó sabía los sitios adonde solían ir los dos, incluso un par de moteles de Maryland de los que Ivy prefería que no supiese nada su marido.

—Es toda una operación. —Kendrick alargó el brazo y cogió el vaso de Swann—. ¿Por qué?

—¿Por qué acaba de coger mi *whisky*? Yo no tengo piscina, ¿lo recuerda? Ni siquiera casa.

De repente, en el chillón televisor de encima del mostrador retumbó el nombre «¡Kendrick!», y ambos hombres volvieron la cabeza con los ojos muy abiertos, llenos de incredulidad.

—¡Servicio informativo! ¡La noticia del momento, y quizá de la década! —chilló un periodista de televisión entre un montón de caras que miraban de reojo a la cámara—. Durante las últimas doce horas todo Washington ha estado tratando de encontrar al congresista Evan Kendrick, de Colorado, el héroe de Omán, pero sin

resultado. Los peores temores, naturalmente centran en la posibilidad de una represalia árabe. Nos dicen que el gobierno ha dado orden a la policía, los hospitales y los depósitos de cadáveres de estar alerta. Sin embargo, hace solo unos minutos ha sido visto en esta misma esquina e identificado con todo detalle por un tal Kasimer Bola… Bola… Slawski. ¿De dónde es usted, señor?

—De Jersey City —dijo el tipo de ojos de loco, que seguía con el sombrero de Kendrick en la cabeza—. Pero mis raíces están en Varsovia, ¡la bendita Varsovia!

—Entonces nació usted en Polonia.

—No exactamente. En Newark.

—Pero, ¿vio al congresista Kendrick?

—Desde luego. Estaba hablando con un hombre de pelo gris un par de manzanas más allá, junto a un autobús. Después cuando grité: «¡Es él, el comando Kendrick!», echaron a correr. ¡Lo conozco! Tengo televisión en todas las habitaciones, incluso en el cuarto de baño. ¡Nunca me pierdo nada!

—Cuando dice usted un par de manzanas más allá, ¿está refiriéndose realmente a una esquina situada a dos calles y media del Departamento de Estado?

—¡Puede apostarlo!

—Estamos seguros —añadió el locutor mirando a la cámara— de que las autoridades están comprobando en el Departamento de Estado para ver si una persona como la descrita por nuestro testigo pudo tomar parte en ese extraordinario encuentro.

—¡Los perseguí! —gritó el testigo de los pantalones holgados, descubriéndose—. ¡Y cogí este sombrero! ¡Mire, es el del comando!

—Pero ¿qué oyó usted, señor Bolaslawski, allí, junto al autobús?

—¡Le aseguro que las cosas no son siempre lo que parecen! Nunca se tiene bastante cuidado. Antes de que echasen a correr, el hombre del pelo gris dio una orden al comando Kendrick. Creo que tenía acento ruso, quizá judío. Los comunistas y los judíos… uno no puede confiar en ellos, ¿sabe a qué me refiero? ¡Nunca pisan una iglesia! No saben lo que es la santa misa…

El canal de televisión cambió bruscamente a un anuncio que cantaba las virtudes de un desodorante.

—Me rindo —dijo Swann, arrebatando el vaso a Evan y bebiéndoselo de un trago —. Ahora soy un topo, un judío ruso de la KGB que no sabe lo que es una misa. ¿Quiere hacer alguna otra cosa por mí?

—No, porque le creo. Pero usted sí puede hacer algo por mí, y en interés de ambos. Tengo que descubrir quién me esta haciendo esto, quién ha hecho que le echen la culpa a usted, y por qué.

—Y si lo descubre —le interrumpió Swann, echándose hacia delante—, ¿me lo dirá? Es lo único que me interesa este momento. Tengo que librarme de este anzuelo

y poner a otro en él.

—Será el primero en saberlo.

—¿Qué necesita?

—Una lista de todos los que sabían que fui a Mascate.

—Eso no es una lista, es solo un pequeño círculo cerrado. —Swann sacudió la cabeza, no tanto negando como explicando—. No habría ocurrido si usted no hubiese dicho que podía necesitarnos en caso de que las cosas llegasen a un estado que usted no pudiese controlar. Lo dejé bien claro. No podíamos permitirnos saber nada de usted a causa de los rehenes.

—¿Cómo de cerrado es el círculo?

—Fue todo de palabra, ya me comprende.

—Comprendido. ¿Cómo de cerrado?

—Entre quienes no participaban en la operación, la cosa se limitó a Herbert Dennison, jefe del gabinete de la Casa Blanca; a los secretarios de Estado y de Defensa, y al presidente de la Junta de Jefes. Yo era el enlace con los cuatro, y puede excluirlos a todos. Tenían demasiado que perder y nada que ganar si llegaba a saberse lo suyo. —Swann se recostó en el asiento, con el ceño fruncido—. En cuanto a los que actuaron, la cosa se limitó a los imprescindibles. Estaba Lester Crawford, en Langley. Les es el analista de la CIA para las actividades encubiertas en esa zona, y al terminar su jefe de estación en Baréin era un tal Grayson… James Grayson, eso es. Armó una zapatiesta para que los dejaran a usted y a Weingrass fuera de su zona, pensando que la Compañía se había vuelto loca y estaba metiéndose en una de esas situaciones en que te cogen con las manos en la masa. *Caught-In-the-Act*, CIA, ¿se da cuenta?

—Preferiría no dármela.

—Después hubo cuatro o cinco árabes sobre el terreno, los mejores que tenemos nosotros y la Compañía, que memorizaron su foto pero sin conocer su identidad. No pudieron decir lo que no sabían. Los dos últimos sí sabían quién era usted. Uno de ellos estaba sobre el terreno; el otro aquí, en OHIO-Cuatro-Cero, manejando las computadoras.

—¿Las computadoras?

—Usted estaba programado solo en la suya; lo quitamos de la unidad central. Se llama Gerald Bryce, y si él quien se fue de la lengua me entregaré al FBI como el topo judío a sueldo de los soviéticos de que habló Bolaslawski. Es brillante, rápido y un mago con el equipo; no lo hay mejor. Algún día estará al frente de Operaciones Consulares, si las chicas lo dejan en paz el tiempo suficiente para fichar.

—¿Un *playboy*?

—El chico tiene veintiséis años y una facha que no hay derecho. Además es soltero, y se le dan las mujeres como… Son otros los que lo dicen; él nunca habla de ello. Creo que por eso me cae bien. Ya no quedan muchos caballeros en el mundo.

—También a mí ha empezado a caerme bien. ¿Quién es el último, el que estuvo

allí y me conocía?

Frank Swann se echó hacia delante y tabaleó en su vaso vacío, mirándolo fijamente, antes de levantar la vista hacia Kendrick.

—Pensé que podía habérselo imaginado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Adrienne Rashad.

—No me dice nada.

—Utilizaba otro nombre.

—¿Adrienne…? ¿Una mujer?

Swann asintió con un gesto. Evan arrugó la frente, y de pronto abrió mucho los ojos y arqueó las cejas.

—¿*Kalila*? —susurró. El hombre del Departamento de Estado volvió a asentir.

—¿Trabajaba para usted?

—Bueno, para mí no; para nosotros.

—¡Dios mío, fue ella quien me sacó del aeropuerto de Baréin! Aquel gordo hijo de perra, MacDonald, hizo que me estrellara contra el tráfico frente al vestíbulo. Estuvieron a punto de matarme y no sabía ni dónde me encontraba. Ella me sacó de allí. ¡Cómo diablos lo hizo, todavía no lo sé!

—Yo sí. Amenazó con volar la cabeza a unos cuantos policías bareiníes a menos que dijeran a las alturas su nombre en clave y le consiguieran el permiso para sacarlo de allí. No solo consiguió el permiso, sino un coche del garaje real.

—Dice usted que era de los nuestros pero no de los suyos. ¿Qué significa eso?

—Es de la Agencia, pero también algo especial, una verdadera intocable. Tiene contactos en todo el Golfo y el Mediterráneo. La CIS no permite que nadie la estorbe.

—Sin ella podían haberme descubierto en el aeropuerto.

—Sin ella hubiera sido usted el blanco de todos los terroristas que andaban por Baréin, incluidos los hombres del Mahdí.

Kendrick guardó silencio un momento, con la mirada vaga y los labios entreabiertos. Desfilaron recuerdos.

—¿Le dijo dónde me escondió?

—Se negó.

—¿Podía hacerlo?

—Ya le digo que es algo especial.

—Comprendo.

—Creo que yo también.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Lo sacó del aeropuerto y seis horas más tarde estableció contacto.

—¿Eso es raro?

—Dadas las circunstancias, podría decirse que extraordinario. Su trabajo consistía en mantenerlo vigilado y comunicar inmediatamente cualquier movimiento anormal por su parte a Crawford, el de Langley, que hablaría conmigo para recibir

instrucciones. No lo hizo así, y en su informe oficial omitió cualquier referencia a esas seis horas.

—Tenía que proteger el sitio en que estuvimos escondidos.

—Desde luego. Tuvo que ser real, y nadie gasta bromas con el emir o su familia.

—Por supuesto. —Kendrick volvió a guardar silencio y contempló una vez más las lobregueces del decrépito bar—. Era una persona estupenda —dijo lentamente, vacilando—. Hablamos. Comprendía tantas cosas… La admiré.

—Eh, vamos, congresista… —Swann se inclinó sobre su vaso vacío—. ¿Cree que es la primera vez?

—¿Qué?

—Dos personas en una situación peliaguda, un hombre y una mujer, sin saber ninguno de los dos si verán otro día, otra semana. De modo que se enredan, es natural. ¿Qué importa?

—Eso es una ofensa, Frank. Esa mujer significa algo para mí.

—Está bien; seré franco. No creo que usted signifique nada para ella. Es una profesional que ha pasado por unas cuantas guerras secretas en su ZDO.

—¿Su qué? ¿Quiere por favor hablar inglés, o árabe, si lo prefiere, pero algo que tenga sentido?

—Zona de operaciones.

—Lo usaban los periódicos.

—No es culpa mía. Si de mí dependiese, neutralizaría a todo bastardo que escribiera ese tipo de artículos.

—Por favor, no me diga lo que significa «neutralizar».

—No se lo diré. Solo estoy diciéndole que en campaña todos nos dejamos ir alguna vez cuando estamos agotados, o simplemente asustados. Nos tomamos unas horas de placer seguro y lo consideramos una prima que nos debían hace mucho. ¿Querrá creer que incluso damos conferencias sobre el tema a la gente que enviamos en misión?

—Ahora lo creo. Si le digo la verdad, es algo que me pasó por la cabeza entonces.

—Bien. Táchela. Ella está limitada al Mediterráneo y no tiene nada que ver con lo que ocurra aquí. Para empezar, Probablemente tendría que volar hasta el norte de África para encontrarla.

—De modo que lo único que tengo es a un hombre llamado Crawford en Langley y a un jefe de estación de Baréin.

—No. Tiene a un rubio con acento de la Europa central que opera aquí en Washington. Y que lo hace muy a fondo Consiguió información en algún sitio, y no fue de mí, de OHIO-Cuatro-Cero. Encuéntrelo.

Swann dio a Evan los números privados tanto de su despacho como de su apartamento y salió precipitadamente de aquel sórdido bar, como si necesitase aire. Kendrick pidió un *whisky* de centeno a la camarera negra del pelo rojo y le preguntó dónde estaba el teléfono público, si lo había. Se lo dijo.

—Si da dos golpes en la esquina izquierda de abajo, le devuelve la moneda —le informó, obsequiosa.

—Si lo hago, se la daré. ¿De acuerdo?

—Désela a su amigo. Los que tienen migas en el traje nunca dejan propina, sean blancos o negros, da igual.

Kendrick se levantó y caminó con precaución hasta la oscura pared donde estaba el teléfono. Era ya hora de llamar a su oficina. No podía seguir abusando de Ann Mulcahy O'Reilly. Esforzándose por ver, insertó la moneda y marcó.

—Oficina del congresista…

—Soy yo, Annie.

—¡Dios mío! ¿Dónde está? Son más de las cinco y esto sigue siendo un manicomio.

—Por eso no estoy ahí.

—¡Antes de que se me olvide! —exclamó jadeante la señora Mulcahy—. Llamó Manny hace un rato y estuvo muy enérgico, pero sin gritar, lo que creo que significa que está todo lo serio que puede estar.

—¿Qué dijo?

—Que no debe llamarlo por la línea de Colorado.

—¿Qué?

—Me dijo que le dijese *allcott massghoul*, que no sé qué diablos significa.

—Está muy claro, Annie.

Weingrass había dicho *alkhatt mashghoul*, en árabe «la línea está ocupada», un simple eufemismo por intervenida. Si Manny tenía razón, podían utilizar un láser e identificar rápidamente el origen de cualquier llamada.

—No llamaré a Colorado.

—Me dijo que le dijese que, cuando las cosas se calmen, irá a Mesa Verde, le llamará y me dará un número adonde pueda usted localizarlo.

—Ya la llamaré para eso.

—Y ahora, Supermán, ¿es verdad lo que dicen todos? ¿De verdad hizo todas esas cosas, en Omán o donde sea?

—Solo algunas. Se han olvidado de mucha gente. Alguien está tratando de hacerme parecer lo que no soy. ¿Cómo lleva usted las cosas?

—El «no hay comentarios» y «el jefe está fuera de la ciudad» de costumbre.

—Bien. Me alegra oírlo.

—No, congresista, no está bien, porque hay cosas que no pueden hacer como de costumbre. Podemos controlar a los chiflados y a la prensa, e incluso a sus colegas, pero no al Mil Seiscientos.

—¿La Casa Blanca?

—El mismísimo y molesto jefe de su gabinete. No podemos decir «sin comentarios» al portavoz del presidente.

—¿Qué dijo?

—Me dio un número de teléfono al que debe usted llamarlo. Es su línea privada, y se aseguró de que yo entendiese que no hay en Washington ni diez personas que lo tengan.

—Me pregunto si el presidente será una de ellas —dijo Kendrick, bromeando solo a medias.

—Me aseguró que sí, y de hecho me dijo que es orden directa del presidente que llame usted inmediatamente al jefe de su gabinete.

—¿Conque directa?

—Orden presidencial.

—¿Quiere alguien hacer el favor de leerles la Constitución a esos idiotas? La rama legislativa de este gobierno no admite órdenes directas del ejecutivo, presidenciales o no.

—Concedo que eligió mal las palabras —se apresuró a continuar Ann O'Reilly —, pero, si me permite acabar de decirle lo que dijo, quizá se avenga usted mejor.

—Continúe.

—Dijo que comprendía por qué seguía usted escondido, y que podrían recogerlo discretamente donde dijese. Y ahora, ¿puedo hablar como decana de este manicomio?

—Se lo ruego.

—No puede seguir huyendo, Evan. Antes o después tendrá que dejarse ver, y es mejor que para entonces sepa lo que esa gente tiene en la cabeza. Le guste o no, están sobre su caso. ¿Por qué no averiguar qué piensan hacer? Podría evitar un desastre.

—¿Cuál es el número?

22

Herbert Dennison, jefe del gabinete de la Casa Blanca, cerró la puerta de su cuarto de baño privado y alcanzó la botella de Maalox, que conservaba en la esquina derecha del mostrador de mármol. En una secuencia precisa, ingirió cuatro sorbos del liquido parecido a cal, sabiendo por experiencia que así eliminaría los ramalazos que sentía en la parte superior del pecho. Hacía años, en Nueva York, cuando le empezaron los ataques, se había asustado tanto que apenas podía comer ni dormir, tan convencido estaba de que, tras sobrevivir al infierno de Corea, iba a morir en la calle de un paro cardíaco, que entonces era su esposa —la primera de tres— se había visto también muy apurada, incapaz de decidir si llevarlo a un hospital o a su agente de seguros para que ampliase la póliza. Fue esto último lo que hizo sin que él lo supiese, y una semana después Herbert se armó de valor e ingresó en el centro médico Cornell para un chequeo exhaustivo.

El alivio llegó cuando los médicos le aseguraron que tenía el corazón tan fuerte como el de un novillo, y le explicaron que las molestias esporádicas eran producto de espasmos periódicos por exceso de ácido, producido, sin duda, por la hipertensión. Desde ese día, en dormitorios, oficinas, despachos automóviles y carteras tenía siempre a mano frascos del líquido blanco pacificador. La tensión formaba parte de su vida.

El diagnóstico de los médicos había sido tan preciso que a lo largo de los años pudo predecir razonablemente cuándo, hora más o menos, iban a acometerlo los ataques de ácido. En sus tiempos de Wall Street llegaban invariablemente acompañando a las grandes fluctuaciones en el mercado de renta fija, o cuando luchaba con sus colegas, continuamente empeñados en frustar sus afanes tanto de riqueza como de posición. Eran todos unos mierdas, pensaba Dennison, niños pijos de asociaciones universitarias pijas, que pertenecían a clubs pijos que a él ni siquiera se molestaban en despreciarlo y mucho menos en tenerlo en cuenta como posible miembro. ¡Y pensar que esos mismos clubs admitían ahora a judíos e incluso a negros! Solo tenían que hablar como actores amanerados y comprarse ropa de Paul Stuart o de algún marica francés. ¡Bien, pues era él quien los había despreciado, quien los había dejado tirados! Tenía para la Bolsa los instintos de un peleador callejero, y había acaparado tanto, ganado tanto, que su jodida firma tuvo que hacerlo presidente o se hubiera largado llevándose varios millones. Y él la había modelado hasta convertirla en la más perspicaz, la más agresiva de Wall Street. Lo había hecho librándose de la gente inútil y de aquella estupidez de los llamados aprendices, que devoraban el dinero y hacían malgastar el tiempo a todos. Tenía dos máximas que se convirtieron en el evangelio de la empresa. La primera era: *O mejora las cifras del año pasado o lárguese de aquí*. La segunda, y no menos sucinta: *Aquí no ha venido a aprender, hay que venir ya sabiendo*.

A Herb Dennison nunca le importó si caía bien o mal a la gente; la teoría de que

el fin justifica los medios le venía como un guante. Había aprendido en Corea que la recompensa de los oficiales blandos era a menudo un ataúd, por falta de una dura disciplina y una autoridad aún más dura campaña. Se daba cuenta de que sus soldados odiaban sus proverbiales agallas, hasta el punto de que andaba siempre atentó a la posibilidad de ser destrozado por una granada norteamericana; y, fueran cuales fuesen las pérdidas, estaba convencido de que hubieran sido mucho mayores de haber estado al mando los complacientes.

Como los llorones de Wall Street: «Queremos lograr confianza, Herb, continuidad…» o «El aprendiz de hoy es el empleado eficiente de mañana, un hombre leal». ¡Bobadas! Los beneficios no se consiguen a base de confianza, continuidad o lealtad. Los beneficios se consiguen ganando el dinero que tienen otros; esa es toda la confianza, la continuidad y la lealtad que hay que buscar. Y había demostrado que tenía razón engordando las listas de clientes hasta que las computadoras estaban a punto de reventar; robando hombres de calidad a otras empresas; asegurándose de que los nuevos le devolvían en trabajo lo que les pagaba, y si no, a la calle.

Sin duda era duro, quizá incluso despiadado, como muchos le habían llamado tanto a la cara como por escrito; y sí, había perdido a unas cuantas excelentes personas por el camino, pero lo importante era tener razón en los porcentajes. Lo había demostrado tanto en la vida militar como en la civil… y sin embargo, al final, en ambas, los pijos se habían deshecho de él. En Corea, el mando le había casi prometido el rango de coronel al licenciarse; pero de lo dicho nada. En Nueva York —¡cielos, eso era todavía peor, si era posible!— su nombre había sonado para el consejo de administración de Wellington-Midlantic Industries, todo un prestigio en las finanzas internacionales. No fue así. En ambos casos las asociaciones de antiguos alumnos lo habían dejado tirado en el momento de la escalada. De modo que cogió sus millones y dijo: ¡*Que os den a todos*! Y tuvo razón una vez más, porque encontró a un hombre que necesitaba tanto su dinero como sus no pequeñas dotes, un senador de Idaho que había empezado a alzar su voz sonora y apasionada para decir cosas en las que Herb Dennison creía fervientemente, y que era un político capaz de divertir a sus crecientes audiencias a la vez que las instruía.

El hombre de Idaho era alto y atractivo, con una sonrisa no vista desde Eisenhower y Shirley Temple y lleno de anécdotas y discursos que exaltaban los antiguos valores de la fuerza, el valor, la confianza en sí mismo y —lo principal para Dennison— la libertad de elegir. Herb tomó el avión para Washington y llegó a un pacto con el senador. Durante tres años, puso todas sus energías y varios millones —más los que aportaron numerosas personas anónimas para quienes él había hecho fortunas—, hasta que tuvieron un tesoro de guerra capaz de comprar al mismísimo papado si estuviese más claramente en el mercado.

Herb Dennison eructó; el líquido pacificador de un blanco calizo estaba actuando, pero no con la suficiente rapidez, y debía estar dispuesto para el hombre que iba a

entrar en su despacho en cuestión de minutos. Tomó dos tragos más, se miró en el espejo y se sintió desgraciado ante la imagen de su pelo gris, cada vez más ralo, que se peinaba liso hacia atrás en ambos lados, con el perfil más claramente definido a la izquierda y lo alto de la cabeza muy de acuerdo con su imagen de hombre serio. Prosiguiendo su examen, lamentó que sus ojos verde-gris no fuesen más grandes; los abrió cuanto pudo, pero seguían siendo demasiado estrechos. Por último, el asomo de papada le recordó que debía hacer algo de ejercicio o comer menos, dos cosas que no le atraían nada. ¿Por qué, con el montón de dinero que pagaba por sus trajes, no se parecía más a los hombres de los anuncios que le mandaban sus sastres británicos? Aun así, había en él un aire imponente de fuerza, subrayado por su postura rígida y su mandíbula saliente, cosas ambas que había ido perfeccionando a lo largo de los años.

Eructó de nuevo y volvió a atizarse otro trago de su elixir personal. *¡Maldito Kendrick, hijo de puta!*, juró para sí. Aquel don nadie convertido de pronto en alguien era la causa de su rabia y su intranquilidad. Bueno, para ser honrado consigo mismo —y siempre trataba de serlo, a diferencia que con los demás—, no se trataba del propio don nadie/alguien, sino del efecto que ese bastardo había hecho a Langford Jennings, presidente de Estados Unidos. ¿Qué tenía Langford *in mente*? En sus pensamientos, Herb había en realidad sustituido a «Langford» por «el presidente», y eso le ponía más furioso todavía; formaba parte de la tensión, de la lejanía que exigía la autoridad de la Casa Blanca, y Dennison lo odiaba. Después de la toma de posesión, y al cabo de tres años de llamarlo por su nombre de pila, Jennings había hablado tranquilamente al jefe de su gabinete durante uno de los bailes inaugurales, le había hablado en aquel tono suave y jocoso, chorreante de autodesaprobación y buen humor. «Sabe que a mí me importa un rábano, Herb, pero creo que el cargo, no yo sino el cargo, parece exigir que se dirija a mí como *señor presidente*. ¿no le parece?» ¡Maldición! ¡Eso había sido todo!

¿Qué pasaba por la cabeza de Jennings? Respecto a ese tal Kendrick, el presidente había accedido a cuanto le había propuesto Herb, pero sus respuestas habían sido demasiado despreocupadas, bordeando el desinterés, y eso tenía sobre ascuas a su jefe de gabinete. La voz meliflua de Jennings sonaba indiferente, pero sus ojos parecían denotar lo contrario. De vez en cuando Langford Jennings sorprendía a todos en la Casa Blanca. Dennison esperaba que esta no fuese una de esas veces, con frecuencia embarazosas.

Sonó el teléfono del cuarto de baño, cuya cercanía hizo que el jefe del gabinete derramase el Maalox sobre la chaqueta de su traje de Savile Row. Descolgó torpemente el auricular con la mano derecha, a la vez que abría el grifo del agua caliente con la izquierda y mojaba una toallita bajo el chorro. Mientras contestaba, frotó frenéticamente las manchas con el trapo húmedo, agradecido al verlas desaparecer del tejido oscuro.

—¿Sí?

—El congresista Kendrick ha llegado a la Puerta Este, señor. Está en curso el

cacheo sin ropa.

—¿El qué?

—Están comprobando si no lleva armas o explosivos.

—¡Nunca dije que fuese un terrorista! ¡Viene en un coche del gobierno y acompañado por dos miembros del servicio secreto!

—Usted dio a entender un fuerte grado de aprensión y disgusto…

—¡Envíenmelo aquí inmediatamente!

—Tendrá que vestirse, señor.

—¡Mierda!

Seis minutos después, un Evan Kendrick mesuradamente furioso fue introducido por una secretaria aprensiva. Más que dar las gracias a la mujer, la expresión de Evan transmitía otro mensaje, algo así como: *Salga de aquí, señora; quiero a este tipo para mí solo*. La mujer se apresuró a salir mientras se acercaba el jefe de gabinete con la mano extendida. Kendrick lo ignoró.

—He oído hablar de las diversiones y los juegos que se trae, Dennison —dijo en voz baja y llena de una helada monotonía—, pero permitirse registrar a un miembro de la Cámara que está aquí a invitación suya (así debería haber sido; usted a mí no me da órdenes) es ir demasiado lejos.

—¡Han equivocado totalmente las instrucciones, congresista! Dios mío, ¿cómo puede pensar otra cosa?

—Tratándose de usted, ni siquiera me cuesta trabajo. Son demasiados los colegas míos con los que ha tenido agarradas. Abundan las historias de horror, incluida la de que usted le dio un puñetazo al representante por Kansas, el cual, tengo entendido, lo tumbó.

—¡Eso es mentira! Fue él quien faltó a las normas de la Casa Blanca, de las que soy responsable. Puedo haberlo tocado, únicamente para mantenerlo en su sitio, pero eso es todo. Y fue entonces cuando me cogió por sorpresa.

—No lo creo así. He oído que él le llamó «sargentillo» y usted explotó.

—¡Qué manera de distorsionar las cosas! —Dennison dio un respingo; el ácido estaba entrando en erupción—. Le pido disculpas por el registro…

—No hace falta. No lo hubo. Acepté quitarme la chaqueta pensando que era la costumbre, pero cuando el tipo habló de la camisa y los pantalones, mis escoltas, mucho más inteligentes, intervinieron.

—Entonces, ¿por qué diablos está tan alterado?

—Porque lo haya llegado siquiera a pensar, y, si no lo hizo, porque ha creado aquí una mentalidad capaz de eso.

—Podría defenderme de esa acusación, pero no voy a molestarme. Ahora vamos a ir al Despacho Oval, y, por Dios, no confunda a ese hombre con todo ese galimatías árabe. Recuerde: él no sabe lo que ocurrió, y no serviría de nada tratar de explicárselo. Ya se lo aclararé yo más tarde.

—¿Cómo sé que es usted capaz de eso?

—¿Qué?

—Ya me ha oído. ¿Cómo sé que es capaz de explicárselo y que se puede confiar en usted?

—¿De qué está hablando?

—Creo que va usted a aclararle lo que quiera aclararle, diciéndole lo que quiera que oiga.

—¿Quién diablos es usted para hablarme de ese modo?

—Alguien probablemente tan rico como usted. Y también alguien que va a largarse de esta ciudad, como estoy seguro le dijo Swann, por lo que su bendición política me tiene sin cuidado, aparte de que en ningún caso la aceptaría. ¿Sabe una cosa, Dennison? Creo que es usted una rata. No de la variedad Mickey Mouse, sino de las auténticas. Un roedor feo, carroñero y de larga cola que propaga una enfermedad fatal. Se llama irresponsabilidad.

—No se anda con chiquitas, ¿verdad, congresista?

—No tengo por qué. Voy a marcharme.

—¡Pero él no! Y lo quiero fuerte, persuasivo. Está conduciéndonos a una nueva era. Volvemos a apostar fuerte, y ya era hora. ¡Estamos diciéndoles a los maricas de este mundo que o cagan o dejan libre el orinal!

—Sus expresiones son tan vulgares como usted.

—¿Y qué es usted? ¿Un jodido universitario con una licenciatura en inglés? Que le aproveche, congresista. Aquí jugamos duro. La gente de esta administración o funciona o se larga. ¿Lo ha entendido?

—Trataré de recordarlo.

—Pues mientras está en ello, recuerde que a él no le gustan las disensiones. Todo tranquilo, ¿comprende? Nada de pequeñas olas; todo el mundo es feliz. ¿Lo ha entendido?

—Me parece que se repite.

—Consigo que se hagan las cosas, Kendrick. A eso llamo yo jugar duro.

—Es usted una máquina flaca y ruin.

—Parece que no nos caemos bien. ¿Y qué? No tiene importancia.

—Ya estoy en ello.

—Vamos.

—No tan de prisa —dijo con firmeza Kendrick, apartándole de Dennison para ir hasta una de las ventanas, como si el despacho fuese suyo y no del hombre del presidente—. ¿Cuál es su guión? ¿Se llama así, no?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué quieren de mí? —Kendrick contemplaba el césped de la Casa Blanca—. Dado que es usted el que piensa, ¿por qué estoy aquí?

—Porque ignorarlo sería contraproducente.

—¿De veras? —Kendrick se volvió para quedar frente al jefe de gabinete—. ¿Contraproducente?

—Ha conseguido que tengan que hacerle caso. ¿Está suficientemente claro? Él no puede quedarse sentado y pretender que usted no existe.

—Comprendo. Supongamos que durante una de sus entretenidas aunque no demasiado ilustrativas conferencias de prensa alguien saca a relucir mi nombre, lo que en estos momentos resulta inevitable. No puede decir que no está seguro de si juego para los *Jets* o para los Giants.

—Lo ha entendido. Vamos. Yo llevaré la conversación.

—¿Quiere decir que la controlará?

—Llámelo como quiera, congresista. Él es el más grande presidente del siglo veinte, no lo olvide. Mi oficio consiste en mantener el *statu quo*.

—El mío no.

—El de todos. Estuve en la guerra y vi a hombres morir defendiendo nuestras libertades, nuestro modo de vida. ¡Le aseguro que valió la pena! Y ese hombre, ese presidente, ha vuelto a traernos esos valores, esos sacrificios que tanto estimamos. Ha llevado a este país en la buena dirección por la sola fuerza de su voluntad, de su personalidad, si lo prefiere. ¡Es el mejor!

—Pero no necesariamente el más inteligente.

—Eso no significa nada. Galileo hubiera sido un papa lamentable y un césar aún peor.

—Supongo que se ha apuntado usted un tanto.

—Desde luego. En cuanto al guión… la explicación es sencilla y de lo más familiar. Algún hijo de puta filtró la historia de Omán y usted quiere que se olvide lo más pronto posible.

—¿Usted cree?

Dennison hizo una pausa mientras estudiaba la cara de Evan como si la encontrase decididamente poco atractiva.

—Me baso directamente en lo que ese idiota de Swan dijo al presidente de la Junta de Jefes…

—¿Por qué Swann es un idiota? Él no filtró la historia Trató de despistar al hombre que fue a verlo.

—Permitió que ocurriese. Él estuvo al mando de esa operación y ha dejado que ocurra, y voy a verlo colgado.

—Solo para asegurarnos de que estamos utilizando los dos el mismo guión: ¿Por qué quiero que se olvide todo lo antes posible?

—Porque podría haber represalias contra sus amigos árabes. Fue lo que dijo a Swann y lo que él contó a sus superiores. ¿Quiere cambiarlo?

—No, claro que no. El guión es el mismo.

—Bien. Organizaremos una corta ceremonia en la que se vea al presidente dándole las gracias en nombre de todo el país. Nada de preguntas; solo una sesión de fotos restringida y después usted desaparece. —Dennison señaló la puerta y fueron ambos hacia ella—. ¿Sabe una cosa, congresista? —dijo el jefe de gabinete, ya con la

mano en el pomo—. El que haya usted aparecido así ha abortado una de las mejores campañas de rumores que una administración podía desear… es decir, desde el punto de vista de las relaciones públicas.

—¿Una campaña de rumores?

—Sí. Cuanto más tiempo estuvimos callados, desviando las preguntas con la disculpa de la seguridad nacional, más gente pensaba que el presidente había forzado por su cuenta el arreglo de Omán.

—Desde luego, era lo que él daba a entender —dijo Evan, sonriendo como si admirase unas dotes que no necesariamente aprobaba.

—Puede no ser un Einstein, pero no por eso deja de ser un genio.

Dennison abrió la puerta. Evan no se movió.

—¿Me permite recordarle que en Mascate fueron asesinadas once personas, y que otras doscientas tendrán pesadillas el resto de su vida?

—¡Así es! —replicó Dennison—. Y así lo dijo él, ¡con lágrimas en los ojos! Dijo que eran auténticos héroes norteamericanos, tan valientes como los que combatieron en Verdún, en la playa de Omaha, en Panmunjom y en Da Nang. Lo dijo, congresista, y hablaba en serio.

—Lo dijo a la vez que eliminaba posibilidades, dejando así más claro su mensaje —asintió Kendrick—. Si solo una persona era la responsable de la salvación de esos doscientos treinta y seis rehenes, debía de ser él.

—¿Y…?

—No importa. Acabemos con esto.

—Es usted un ingenuo, congresista. Tiene razón, esta ciudad no es sitio para usted.

Evan Kendrick solo había hablado en una ocasión con el presidente de Estados Unidos. La entrevista había durado aproximadamente cinco segundos, quizá seis, durante una recepción en la Casa Blanca a los congresistas recién elegidos del partido del jefe del ejecutivo. No tenía más remedio que asistir, según Ann Mulcahy O’Reilly, quien prácticamente amenazó con volar la oficina si se negaba. No era que a Kendrick le disgustase el hombre, según explicó a Annie; era solo que no estaba de acuerdo con muchas de las cosas que Langford Jennings defendía; quizá más que muchas, tal vez la mayoría. Y, respondiendo a la pregunta de la señora O’Reilly de por qué se había presentado por su partido, solo pudo decir que con el rival no tenía la menor posibilidad de ser elegido.

La impresión dominante que había tenido Evan mientras estrechaba brevemente la mano de Langford Jennings en la fila de aquella recepción había sido de un contenido más abstracto que inmediato, aunque no totalmente. El cargo resultaba a la vez intimidante y abrumador. Que pudiera confiársele a un solo ser humano un poder mundial tan impresionante era algo que forzaba al límite la mente de cualquier ser

pensante. Una equivocación suya, un simple error de cálculo, podía acabar con el planeta. Y no obstante… A pesar de la evaluación personal del hombre en sí que hizo Kendrick, y que incluía una inteligencia menos que brillante y una propensión a las simplificaciones, así como la tolerancia para con payasos llenos de celo como Herbert Dennison, había en Langford Jennings una imagen de algo que el ciudadano ordinario de la república ansiaba desesperadamente ver en la presidencia. Evan había tratado de traspasar el fino velo que protegía a aquel hombre de un examen más a fondo, para llegar finalmente a la conclusión de que el examen en sí era irrelevante comparado con el impacto de la persona. Así fueron los impactos de Nerón, de Calígula, de toda una serie de papas y emperadores locos y autoritarios, y de los últimos villanos del siglo XX, Mussolini, Stalin y Hitler. Sin embargo, este hombre no mostraba indicios del mal inherente a aquellos; por el contrario, transmitía una fuerte y penetrante honradez que parecía irradiar de su yo interno. Estaba también dotado de un físico grande y atractivo, y de una fe todavía mayor, y la pureza de esa fe lo era todo para él. Era también uno de los hombres más encantadores y zalameros que Kendrick había visto nunca.

—Encantado de verlo, Evan. ¿Puedo llamarle Evan, congresista?

—Pues claro, señor presidente.

Jennings salió de detrás de la mesa del Despacho Oval para darle la mano, y agarró el brazo izquierdo de Kendrick mientras lo hacía.

—Acabo de leer toda esa información secreta sobre lo que usted hizo y le aseguro que estoy tan orgulloso…

—Hubo muchos otros. Sin ellos me hubiesen matado.

—Lo entiendo. Siéntese, Evan, siéntese. —El presidente volvió a su sillón. Herbert Dennison siguió de pie—. Lo que hizo usted, Evan, personalmente, será una lección para generaciones de jóvenes norteamericanos. Tomó el látigo en sus manos y lo hizo restallar.

—No fui yo solo. Hay una larga lista de personas que arriesgaron la vida para ayudarme… y en algunos casos la perdieron. Como ya le dije, estaría muerto de no ser por ellos. Hubo al menos una docena de omaníes, desde el joven sultán para abajo, y una unidad de comandos israelíes que me rescató cuando me quedaban literalmente solo unas horas de vida. Ya estaba programada mi ejecución…

—Sí, comprendo todo eso, Evan —le interrumpió Langford Jennings, asintiendo con la cabeza y frunciendo compasivamente la frente—. También comprendo que nuestros amigos de Israel insistan en que no haya el menor indicio de su intervención, y que nuestra comunidad de Inteligencia aquí en Washington se niegue a arriesgar a nuestro personal del golfo Pérsico.

—Del golfo de Omán, señor presidente.

—Por supuesto —continuó Jennings, exhibiendo la famosa sonrisa autodesaprobadora que había encantado a toda una nación—. No estoy seguro de poder distinguirlos, pero lo aprenderé esta noche. Como dirían mis caricaturistas, mi

mujer no me dará las galletas y la leche hasta que lo tenga bien claro.

—Sería injusto. Se trata de una parte del mundo geográficamente muy compleja para quien no está familiarizado con ella.

—Sí, bueno; creo que incluso yo podré dominarlo con ayuda de un par de mapas escolares.

—Nunca quise dar a entender…

—Está bien, Evan; la culpa es mía. De vez en cuando doy un resbalón. Lo importante aquí es qué hacemos con usted. Qué hacemos dadas las restricciones que nos impone el proteger las vidas de los agentes y subagentes que trabajan para nosotros en una parte del mundo tan explosiva.

—Yo diría que lo que esas restricciones piden es mantenerlo todo en silencio, en secreto…

—Es un poco tarde para eso. No podemos seguir utilizando la coartada de la seguridad nacional. Pasado un cierto punto, suscita demasiada curiosidad, y es entonces cuando las cosas pueden ponerse difíciles… y peligrosas.

—Además —añadió Herbert Dennison, rompiendo su silencio—, como ya le dije, congresista, el presidente no puede simplemente ignorarlo. Eso no sería lo generoso y patriótico. Tal como yo lo veo, y el presidente está de acuerdo conmigo, vamos a convocar una breve sesión fotográfica aquí, en el Despacho Oval, donde él le dará las gracias y se hará una serie de fotos en las que se les verá en lo que parecerá una charla confidencial. Eso estará de acuerdo con el secreto que exigen nuestros servicios contraterroristas. El país lo comprenderá. Uno no cuenta sus tácticas a esa escoria árabe.

—De sobra sabe usted que sin muchos de esos árabes yo no habría llegado a ninguna parte —dijo Kendrick, con la mirada colérica fija en el jefe de gabinete.

—Lo sabemos, Evan —terció Jennings, al parecer divertido por lo que veía—. Al menos yo lo sé. A propósito, Herb; me llamó Sam Winters esta tarde; creo que tiene una estupenda idea que no violaría ninguna de nuestras exigencias de seguridad y que en realidad podría explicarlas.

—Samuel Winters no es precisamente un amigo —contraatacó Dennison—. Nos ha retirado algunos apoyos políticos que podíamos haber utilizado en el Congreso.

—Entonces no estaba de acuerdo con nosotros. ¿Lo convierte eso en un enemigo? Si es así, más valdría enviar a la mitad de la guardia de marines a nuestras casas. Vamos, Herb; Sam Winters ha sido consejero de presidentes de ambos partidos desde que puedo recordar. Solo un estúpido no aceptaría sus llamadas.

—Debería habérmelo pasado a mí.

—¿Se da cuenta, Evan? —dijo el presidente, torciendo la cabeza con una sonrisa maligna—. Puedo jugar en la caja de arena, pero no elegir a mis amigos.

—No es eso lo que yo…

—Es sin duda lo que quiere decir, Herb, y por mi parte de acuerdo. Usted se ocupa de que aquí esté todo en orden… como me recuerda a cada paso, y también en

eso estoy de acuerdo.

—¿Qué sugirió el señor Winters, el profesor Winters? —preguntó Dennison, subrayando sarcásticamente el título académico.

—Es un «profesor», Herb, pero no de los corrientes. Me refiero a que, si quisiera, creo que podría comprar un par de universidades, y no de las peores. Desde luego, la que me dio a mi el título podría ser suya por una cantidad que ni siquiera iba a echar de menos.

—¿Cuál fue su idea? —le acució ansiosamente el jefe de gabinete.

—Que conceda a mi amigo Evan la Medalla de la Libertad. —El presidente se volvió a Kendrick—. Es el equivalente civil de la Medalla de Honor del Congreso.

—Lo sé, señor. No la merezco, ni la quiero.

—Sam me aclaró un par de cosas, y creo que tiene razón. Para empezar, sí la merece, y, la quiera o no, yo quedaría muy mal si no se la concedo. Y por eso no paso. ¿Está claro, Herb?

—Sí, señor presidente. Sin embargo, debería saber que, aunque el representante Kendrick podría ir sin oposición a una reelección que le garantizaría a usted un escaño en el Congreso, piensa dimitir en fecha próxima. Dadas sus objeciones, no merece la pena seguir llamando la atención sobre él.

—Lo importante, Herb, es que no estoy dispuesto a quedar mal. De todos modos, se diría que él puede ser como mi hermano pequeño. Podríamos sacarle provecho a eso. Fue Sam Winters quien me lo hizo ver. La imagen de una ambiciosa familia norteamericana, lo llamó. No está mal, ¿verdad?

—No es necesario, señor presidente —dijo Dennison, frustrado, y dejando ver por su voz ronca que no podía seguir presionándolo—. Los temores del congresista son válidos. Cree que podría haber represalias contra amigos suyos en el mundo árabe.

El presidente se echó hacia atrás en su asiento, con los ojos inexpresivamente fijos en su jefe de gabinete.

—Eso no cuela conmigo. Este es un mundo peligroso, y solo conseguiríamos hacerlo aún más peligroso si nos sometemos a tales especulaciones. Pero en ese mismo sentido voy a explicarle al país, desde una posición de fuerza, no de temor, que no permitiré que salga plenamente a la luz la operación de Omán por motivos de estrategia antiterrorista. En eso tenía usted razón, Herb. En realidad ya me lo había dicho Sam Winters. Además, no quedaré como un bastardo de tres al cuarto. No lo soy. ¿Entendido, Herb?

—Sí, señor.

—Evan —dijo Jennings, de nuevo con su contagiosa sonrisa arrugándole la cara—, es usted un hombre de los que a mí me gustan. Fue magnífico lo que hizo, lo que leí sobre ello, y este presidente no va a ser tacaño. A propósito, Sam Winters me dijo que no olvidase recordarle que trabajábamos juntos. Qué diablos, mi gente trabajaba con usted, eso es el Evangelio.

—Señor presidente…

—Póngalo en mi agenda, Herb. Le eché una ojeada, espero que no se ofenda. El martes próximo, a las diez de la mañana. De ese modo alcanzaremos las noticias de la noche de todas las cadenas, y la del martes es una noche muy buena.

—Pero, señor presidente… —empezó un nervioso Dennison.

—Quiero también la banda de la Marina. En el Salón Azul.

¡No pienso quedar como un bastardo de tres al cuarto! ¡No lo soy!

Herbert Dennison, furioso, volvió a su despacho con Kendrick a la zaga, dispuesto a cumplir la orden presidencial: desplegar los detalles para la ceremonia de imposición en el Salón Azul, el martes siguiente. Con la banda de la Marina. Era tal la rabia del jefe de gabinete que su mandíbula, grande y firme, permanecía quieta y cerrada sobre un silencio total.

—Le he caído encima, ¿verdad, Herbie? —dijo Evan, notando la furia de las zancadas de Dennison.

—Me ha caído y no me llamo Herbie.

—No lo sé. Parecía usted Herbie ahí dentro. Ese hombre lo empequeñece.

—En ocasiones el presidente siente inclinación a escuchar a quienes no debe.

Kendrick se quedó mirando al jefe de gabinete mientras iban por el ancho pasillo. Dennison ignoró las tentativas de saludo del numeroso personal de la Casa Blanca que iba en dirección opuesta, algunos de los cuales abrían mucho los ojos al ver a Evan, sin duda reconociéndolo.

—No lo entiendo —dijo Kendrick—. Dejando aparte nuestra mutua antipatía, ¿cuál es su problema? Soy yo el que se ve cogido donde no quiere estar, no usted. ¿Por qué da esos bufidos?

—Porque habla usted demasiado. Le vi en el programa de Foxley y en esa pequeña demostración en su oficina, a la mañana siguiente. Es usted contraproducente.

—Le gusta esa palabra, ¿verdad?

—Podría utilizar otras muchas.

—Estoy seguro. También yo puedo tener una sorpresa para usted.

—¿Otra? ¿De qué diablos se trata?

—Espere a que lleguemos a su despacho.

Dennison ordenó a su secretaria que retuviese todas las imadas, excepto las de Prioridad Roja. Ella se apresuró a hacer gestos de asentimiento, pero, temerosa, le explicó:

—Tiene ya más de una docena de recados, casi todos con Petición urgente de respuesta.

—¿Son de Prioridad Roja? —La mujer negó con la cabeza—. ¿Qué acabo de decirle? —Con tan corteses palabras, el Jefe de gabinete empujó al congresista a su despacho y cerró de un portazo—. Y ahora, ¿qué sorpresa era esa?

—¿Sabe, Herbie? En realidad debo darle un consejo. —Evan fue hasta la ventana donde ya había estado antes, se volvió y se quedó mirando a Dennison—. Puede hacer lo que quiera con su personal, al menos hasta donde lo aguanten, pero no vuelva a ponerle la mano encima a un miembro de la Cámara de Representantes, ni a meterlo a empujones en su despacho como si fuese a darle una azotaina.

—¡No le he empujado!

—Yo lo he interpretado así y eso es lo que importa. Tiene usted la mano pesada, Herbie. Estoy seguro de que mi distinguido colega de Kansas sentía lo mismo cuando le hizo caer de culo.

Inesperadamente, Herbert Dennison hizo una pausa y después se echó a reír por lo bajo. Era una risa reflexiva en la que no había enfado ni oposición, más bien alivio. Se aflojó la corbata y se sentó en un sillón de cuero frente a su mesa.

—Ojalá tuviese yo diez o doce años menos, Kendrick, ya le daría para el pelo. Podría haberlo hecho incluso a esa edad Pero a los sesenta y tres uno aprende que la cautela es la mejor parte del valor, o como se diga. No quiero que vuelvan a tumbarme; ya me cuesta trabajo ponerme en pie.

—Entonces no se lo busque, no lo provoque. Es usted un provocador.

—Siéntese, congresista; en mi sitio, a mi mesa. Vamos, adelante. —Evan obedeció—. ¿Qué? ¿Nota un cosquilleo en la espalda, se le sube la sangre a la cabeza?

—Ninguna de las dos cosas. Es solo un sitio para trabajar.

—Sí; bueno, creo que somos diferentes. Ahí cerca está el hombre más poderoso de la tierra y confía en mí, aunque, si he de decirle la verdad, no soy tampoco ningún genio. Me limito a hacer que las cosas marchen. Engraso la maquinaria para que giren los engranajes, y el aceite que utilizo tiene un alto grado de acidez, lo mismo que yo. Pero es el único lubricante que tenemos, y da resultado.

—Supongo que en eso tiene razón.

—Supongo que sí, y espero que no se ofenda. Desde que estoy aquí, desde que estamos, todos se inclinan como orientales delante de mí, diciendo toda clase de cosas halagadoras entre grandes sonrisas… aunque les note en los ojos que lo que les gustaría es meterme una bala en la cabeza. He pasado por eso otras veces y no me preocupa. Pero aparece usted y me dice que puedo irme a hacer puñetas. Eso es algo realmente refrescante. Me refiero a que me gusta no gustarle y que a mí no me guste usted. ¿Tiene algún sentido eso?

—De un modo perverso, supongo que sí; pero entonces es usted un hombre perverso.

—¿Por qué? ¿Porque prefiero hablar por derecho a andar con rodeos? Los fingimientos y las zalemas solo son una pérdida de tiempo. Si pudiera librarme de ellos, haríamos diez veces más de lo que hacemos.

—¿Se lo dijo alguna vez a alguien?

—Lo he intentado, congresista, y que Dios me ayude; lo he intentado. Y ¿sabe

una cosa? Nadie me cree.

—¿Lo creería usted en su caso?

—Probablemente no, y tal vez si ellos me creyesen esto se convertiría en un manicomio. Piénselo, Kendrick. Mi perversidad tiene muchas caras.

—No estoy capacitado para juzgar eso, pero esta conversación me facilita las cosas.

—Ah, ¿se refiere a esa sorpresa que va a darme?

—Sí. Hasta cierto punto, voy a hacer lo que usted quiere que haga… por un precio. Es mi pacto con el diablo.

—Me halaga.

—No era mi intención. Tampoco yo soy muy dado a las zalemas, porque me hacen perder *mi* tiempo. Si no le he entendido mal, soy «contraproducente» porque he hecho un poco de ruido acerca de ciertas cosas que me parecen muy mal y lo que ha oído va a contrapelo de lo que usted piensa. ¿De acuerdo hasta ahora?

—De primera. Usted puede parecer diferente, pero para mí lo que dice suena a esa misma protesta viscosa de los melenudos.

—Y piensa que si me dan algún tipo de tribuna puedo ir todavía más lejos, y eso le hiela los albaricoques. ¿Sigo en lo cierto?

—En efecto. No quiero que nada ni nadie interrumpa *su* voz, *sus* compromisos. Él nos ha sacado de ese camino de maricas que llevábamos; vamos viento en popa y no hay sensación que se le iguale.

—No pienso seguirles.

—Probablemente no podría.

—Pero, básicamente, usted quiere de mí dos cosas —se apresuró a continuar Evan—. La primera es que diga lo menos posible, y nada que ponga en cuestión la sabiduría que imana de esta maquinaria suya. ¿Estoy en lo cierto?

—No podría acercarse más sin ser detenido.

—Y la segunda está todavía más clara. Quiere que desaparezca… y cuanto antes. ¿Qué tal lo hago?

—Ha ganado el anillo de latón.

—Está bien; haré ambas cosas… hasta cierto punto. Después de esa pequeña ceremonia del martes próximo, que ninguno de nosotros desea pero que ya no tiene remedio, mi oficina se verá inundada de peticiones de los medios de información. Periódicos, radio, televisión, los semanarios… Soy noticia y quieren vender su mercancía.

—No está diciéndome nada que yo no sepa o que no me disguste.

—Lo rechazaré todo. No concederé ninguna entrevista. No hablaré en público y desapareceré lo más de prisa que pueda.

—Lo besaría ahora mismo, si no fuera porque ha mencionado algo contraproducente, como «hasta cierto punto». ¿Qué diablos significa eso?

—Significa que en la Cámara votaré con arreglo a mi conciencia, y si se me

desafía en la tribuna expondré mis razones lo más explícitamente que pueda. Pero eso será en la Cámara: fuera de la Colina no estaré disponible para hacer ni el menor comentario.

—La peor oposición la tenemos fuera de la Colina, no dentro —dijo reflexionando el jefe de gabinete de la Casa Blanca—. Ni el Diario de Sesiones ni las cámaras C-Span de la Cable hacen mella en el *Daily News* y el *Dallas*. Dadas las circunstancias, y gracias a ese hijo de puta de Sam Winters, su oferta es tan irresistible que me pregunto cuál será el precio. Porque supongo que tiene un precio.

—Quiero saber quién divulgó lo mío, quién filtró lo de Omán de un modo tan profesional.

—¿Y cree que yo no? —estalló Dennison—. ¡Me gustaría hundir a esos bastardos a cincuenta millas de Newport News y con cargas de profundidad!

—Entonces ayúdeme a averiguarlo. Ese es mi precio. O lo acepta o me verá repitiendo el programa de Foxley por todo el país y llamándoles a usted y a su gente lo que honradamente creo que son: una pandilla de torpes neanderthalianos enfrentados a un mundo que son incapaces de entender.

—¿Es usted el experto?

—No; solo soy lo que no es usted. Observo, escucho y los veo prescindir de muchas personas que podrían ayudarlos solo porque advierten en ellas algo que no casa con su patrón preconcebido. Y esta tarde he aprendido una cosa, lo he visto y oído. El presidente habló con Samuel Winters, un hombre que a usted no le cae bien, y cuando explicó por qué no le gustaba, porque les había retirado apoyos que podían ayudarlos en el Congreso, Langford Jennings dijo algo que me impresionó mucho: le dijo que si ese Sam Winters no estaba de acuerdo con determinadas medidas, eso no le convertía en un enemigo.

—Muchas veces el presidente no comprende quiénes son sus enemigos. Reconoce rápidamente a sus aliados ideológicos y les es fiel, a veces demasiado tiempo, francamente; pero con frecuencia es demasiado generoso para detectar a quienes podrían erosionar lo que él defiende.

—Es el argumento más débil y más presuntuoso que ne oído en mi vida, *Herbie*. ¿De qué está usted defendiendo a ese hombre? ¿De la diversidad de opiniones?

—Volvamos a su gran sorpresa, congresista. Prefiero ese tema.

—Estoy seguro.

—¿Qué sabe usted que nosotros no sepamos y que pueda ayudarnos a averiguar quién filtró lo de Omán?

—En esencia, lo que supe por Frank Swann. Como jefe de la unidad OHIO-Cuatro-Cero, fue el enlace con las secretarias de Defensa y Estado y con el presidente de la Junta de Jefes, todos los cuales sabían de mí. Sin embargo, me ha dicho que los descarte como posibles autores.

—Por completo. Tienen las manos atadas. No pueden responder ni a las preguntas más sencillas, lo que les hace parecer idiotas. Le diré de pasada que no lo son, y

llevan en esto el tiempo suficiente para saber lo que es el máximo secreto y para qué sirve. ¿Qué más?

—Pues, aparte de usted, y, francamente, lo excluyo solo porque mi aparición resulta tan «contraproducente» como sus maltrechas células grises puedan imaginar, quedan otras tres personas.

—¿Quiénes son?

—La primera es un hombre llamado Lester Crawford, de la Agencia Central de Inteligencia. El segundo, el jefe de estación en Baréin, James Grayson. Y el último es una mujer, Adrienne Rashad, que al parecer es propiedad particular y opera desde El Cairo.

—¿Qué me dice de ellos?

—Según Swann, son los únicos que conocían mi identidad cuando me llevaron a Mascate.

—Eso en cuanto a nuestro personal —puntualizó Dennison—. ¿Qué hay de su gente allí?

—No puedo decir que sea imposible, pero me parece muy improbable. Los pocos con los que hablé, exceptuando el joven sultán, están tan lejos de cualquier contacto con Washington que tendría que considerarlos en último lugar, o en ninguno. Ahmat, a quien conozco desde hace años, no lo haría por muchas razones, empezando por su trono y, cosa no menos importante, sus lazos con este gobierno. De los cuatro hombres con quienes hablé por teléfono solo uno respondió, y lo mataron por ello, sin duda con el consentimiento de los demás. Estaban comidos por el miedo. No querían saber nada que tuviese que ver conmigo, ni darse por enterados de mi presenta en Omán, y eso incluía a cualquiera que supiesen que se veía conmigo y podía convertirlos en sospechosos. Tendría que haber estado allí para entenderlo. Viven todos con el síndrome terrorista, con el cuchillo en su garganta, y en la de cada miembro de su familia. Ha habido represalias, un hijo muerto, una hija violada y desfigurada porque sus primos o sus tíos reclamaban que se actuase contra los palestinos. No creo que ninguno de esos hombres hubiese dicho mi nombre ni a un perro sordo.

—¡Diablos, en qué clase de mundo viven esos condenados árabes!

—En uno en el que la gran mayoría trata solo de sobrevivir y ganarse la vida. Y nosotros no les hemos ayudado.

Dennison torció la cabeza y frunció el entrecejo.

—Puedo haber merecido esa indirecta, congresista; tendré que pensarlo. No hace tanto tiempo estaba de moda no gustarle a uno los judíos, no confiar en ellos, y ahora las cosas han cambiado y los árabes han pasado a ocupar su sitio en el esquema de nuestras aversiones. Tal vez sean todo tonterías quién sabe… Pero lo que yo quiero saber ahora es quién lo hizo saltar de donde estaba oculto por el alto secreto. Usted piensa que es alguien de los nuestros.

—Tiene que serlo. A Swann fue a verlo, con engaños según se vio después, un

tipo rubio con acento europeo que tenía toda clase de datos sobre mí. Esa información solo podía proceder de los archivos oficiales, probablemente de la investigación para el Congreso. Trató de relacionarme con la situación en Omán, pero Swann lo negó con firmeza, diciéndole que él mismo me había rechazado. Sin embargo, tuvo la impresión de que no quedaba convencido.

—Sabemos lo del rubio. No hemos conseguido dar con él.

—Pero él investiga y descubre a todos los demás, entre ellos a alguien que le confirmó, con o sin intención, lo que estaba persiguiendo. Si le descartamos a usted, y también a Estado, Defensa y la Junta de Jefes, tienen que ser Crawford, Grayson o la tal Rashad.

—Tache a los dos primeros —dijo el jefe de gabinete de la Casa Blanca—. Esta mañana temprano cosí a preguntas a Crawford aquí, en este mismo despacho, y casi me desafía a jugar a la ruleta de Saigón por haber sugerido siquiera la posibilidad. En cuanto a Grayson, lo localicé hace cinco horas en Baréin y casi le da una apoplejía al pensar que podíamos haber siquiera pensado en él como autor de la filtración. Me leyó la cartilla de operaciones encubiertas, como si yo fuese el chico más torpe del barrio y hubiese que incomunicarme por llamarlo a territorio extranjero por una línea poco segura. Al igual que Crawford, es un profesional al viejo estilo. Ninguno de ellos se arriesgaría a echar a perder el trabajo de toda una vida por usted, ni podrían engañarlos para que lo hiciesen.

Kendrick se echó hacia delante en el sillón de Dennison y puso los codos sobre la mesa. Miraba fijamente a la pared más lejana del despacho, mientras cruzaban por su mente ideas encontradas. Kalila, nacida Adrienne Rashad, le había salvado la vida; pero ¿lo habría hecho solo para venderlo? También ella era íntima amiga de Ahmat, quien podría verse perjudicado por esa relación, y bastante daño le había hecho ya Evan sin añadir a la lista una agente doble. Sin embargo, Kalila le había comprendido cuando lo necesitó; fue amable con él cuando necesitaba esa amabilidad porque estaba asustado, tanto por su vida como por su capacidad. Si la hubieran engañado para que revelase lo suyo y él denunciaba su ineptitud, estaría acabada en un trabajo en el que tan intensamente creía. Pero si no había habido engaño, si lo había hecho por motivos personales, entonces lo único que iba a denunciar era su traición. ¿Cuál sería la verdad? ¿Engañada o mentirosa? Fuera lo que fuese, tenía que descubrirlo por sí mismo, sin el fantasma de la supervisión oficial. Y sobre todo, engañada o mentirosa, debía saber con quién había hablado o quién se había dirigido a ella. Porque solo ese «quién» podía responder al «porqué» de su desvelamiento como el Evan de Omán. ¡Y eso tenía que saberlo!

—Entonces, de los siete de ustedes solo hay uno sin justificar.

—La mujer —asintió Dennison—. Voy a espetarla en el asador y darle vueltas sobre el fuego más caliente que ha visto nunca.

—No, no lo hará. Usted y su gente no van a acercarse a ella hasta que yo se lo indique… si lo hago. Y todavía más: nadie debe saber que usted va a traerla aquí en

secreto. Absolutamente nadie. ¿Comprendido?

—¿Quién diablos es usted para…?

—Ya hemos hablado de eso, Herbie. ¿Recuerda el martes próximo en el Salón Azul, con la banda de la Marina y todos los reporteros y las cámaras de televisión? Será una gran tribuna para subirme a ella si quiero expresar algunas opiniones. Créame, usted puede ser uno de los primeros blancos.

—¡Mierda! ¿Puede alguien a quien le están haciendo chantaje ser tan atrevido como para preguntar por qué esa mujer recibe un trato de favor?

—Desde luego. Esa mujer me salvó la vida, y usted no va a arruinar la suya dejando que aquella gente sepa que la tiene en la mira de su famosa escopeta. Ya ha hecho bastantes cosas así por aquí.

—¡Está bien, está bien! Pero pongamos algo en claro. Si es ella la indiscreta, la dejará en mis manos.

—Eso depende.

—¿De qué?

—Del cómo y el porqué.

—¿Más acertijos, congresista?

—No para mí —dijo Evan, levantándose bruscamente—. Sáqueme de aquí, Dennison. Y, puesto que no puedo ir a mi casa, ni a la de Virginia ni a la de Colorado, sin que me agobien, ¿podría alguien de su… maquinaria alquilarme una casa de guarda o una cabaña en el campo bajo otro nombre? Pagaré un mes, o lo que haga falta. Solo quiero unos cuantos días para pensar antes de volver a la oficina.

—Ya nos hemos ocupado de eso —dijo bruscamente el jefe de gabinete—. En realidad fue idea de Jennings ponerlo en conserva durante el fin de semana en una de esas casas francas de Maryland.

—¿Qué demonios es una casa franca? Hágame el favor de usar un lenguaje que yo pueda entender.

—Digámoslo de este modo; será usted huésped del presidente de Estados Unidos en un sitio que nadie puede encontrar y que está reservado para personas a las que no queremos encontrar. Eso encaja con mi opinión de que Langford Jennings debería hacer ya las primeras declaraciones públicas sobre usted. Ha sido visto aquí, y, tan seguro como que las conejas paren conejitos, se correrá la voz.

—El autor del guión es usted. ¿Qué vamos a decir… qué va a decir, puesto que yo estoy incomunicado?

—Es fácil. Se trata de su seguridad. Ha sido la primera precaución del presidente tras consultar con nuestros expertos antiterroristas. No se preocupe; nuestros plumíferos saldrán con algo que hará llorar a las mujeres a moco tendido y a los hombres desear echarse a la calle y desfilar. Puesto que es Jennings quien tiene la última palabra en estas cosas, probablemente incluirá la imagen de un esforzado caballero de la Tabla Redonda velando por un valiente hermano menor que llevó a cabo una peligrosa misión conjunta. ¡Mierda!

—Con lo cual, si hay algo de verdad en la teoría de las represalias, me convertiría en blanco.

—No estará mal.

—Llámeme cuando haya arreglado lo de la Rashad.

Evan estaba sentado en el sillón de cuero del estudio de la impresionante «casa estéril» de la Costa Este de Maryland, en el municipio de Cynwid Hollow. Fuera, en el amplio recinto murado bañado en luz, los hombres de guardia entraban y salían de las sombras mientras patrullaban cada metro cuadrado, con las armas dispuestas y la mirada alerta.

Kendrick apagó el televisor tras haber visto por tercera vez la conferencia de prensa convocada repentinamente por el presidente Langford Jennings para hablar de un tal Evan Kendrick, congresista por Colorado. Resultaba todavía más indignante de lo que Dennison había proyectado, llena de pausas insoportables, acompañadas por una constante serie de sonrisas bien ensayadas que expresaban de la manera más obvia el orgullo y el sufrimiento del que sonreía. El presidente se expresó una vez más en términos generales y sin entrar en detalles, salvo en una cosa: *Hasta que se dispongan las necesarias medidas de seguridad, he pedido al congresista Kendrick, un hombre del que todos estamos tan orgullosos, que permanezca recluido para su protección. Y en esa petición va incluida una advertencia. Si los terroristas hiciesen en algún lugar un cobarde intento de atentar contra la vida de mi buen amigo, de mi querido colega, de alguien a quien considero como mi hermano menor, toda la fuerza de Estados Unidos seria empleada por tierra, mar y aire contra determinados enclaves de los responsables*.

¿Determinados? ¡Dios mío!

Sonó un teléfono y Evan miró a su alrededor tratando de descubrirlo. Lo vio al otro lado de la habitación, sobre una mesa. Bajó las piernas del sofá y fue hasta aquel aparato tan sobresaltadoramente intruso.

—¿Sí?

—Viene en un transporte militar con un agregado a la embajada de El Cairo. Figura como secretaria, bajo un nombre supuesto. La llegada está prevista para las siete de la mañana, hora local. Estará en Maryland a las diez lo más tarde.

—¿Qué sabe?

—Nada.

—Algo tuvieron que decirle.

—Que se trataba de instrucciones nuevas y urgentes de su gobierno que solo podían serle transmitidas aquí en persona.

—¿Y se tragó esa bobada?

—No tenía elección. La recogieron en su piso de El Cairo y ha estado bajo custodia protectora desde entonces. Que pase una noche perra, so bastardo.

—Gracias, Herbie.

Colgó el teléfono, aliviado y asustado a la vez ante la perspectiva de verse a la mañana siguiente frente a la mujer a la que había conocido como Kalila, y a la que había hecho el amor en un frenesí de miedo y agotamiento. Tenía que olvidar aquel acto impulsivo y la desesperación que lo había llevado a él Necesitaba decidir si el reencuentro iba a ser con una enemiga o una amiga. Esto aparte, ahora tenía un horario, al menos para las próximas doce o quince horas. Era ya hora de llamar a Ann O’Reilly y, a través de ella, hablar con Manny. No importaba que alguien supiese dónde estaba; era huésped oficial del presidente de Estados Unidos.

23

Emmanuel Weingrass estaba sentado en un rincón decorado en rojo con el fornido y embigotado propietario del café de Mesa Verde. Las últimas dos horas habían sido agotadoras para él, un tanto aflorante de aquellos locos días de París cuando trabajaba para el Mossad. La situación actual no era ni con mucho tan melodramática y sus adversarios tenían poco de mortíferos, pero también él era ahora un hombre mayor que tenía que ir de un sitio a otro sin ser visto ni detenido. En París tuvo que esquivar a toda una red de observadores terroristas para ir sin ser notado del Sacré-Coeur al bulevar de la Madeleine. Aquí, en Colorado, tenía que ir de la casa de Evan a Mesa Verde sin ser parado y encerrado por su equipo de enfermeras, todas las cuales cobraban extras por los trabajos en el exterior.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó González González, el dueño del café, mientras servía un *whisky* a Weingrass.

—La segunda en antigüedad de las necesidades de intimidad del hombre civilizado, Gee-Gee. El retrete. Fui al retrete y salí por la ventana. Después me mezclé con la gente tomando fotos con una de las cámaras de Evan, hasta que conseguí un taxi que me trajese aquí.

—¡El dinero que están haciendo hoy esos bandidos!

—¡Son unos ladrones! Apenas subí, lo primero que me dijo el tipo fue: «Al aeropuerto son cien dólares, señor». De modo que le dije, quitándome el sombrero: «A la Comisión Estatal del Taxi le interesará conocer las nuevas tarifas de Mesa Verde»; y él: «Ah, es usted, señor Weingrass; era solo una broma». Y entonces voy y le digo: «¡Cóbreles doscientos y llévame a casa de Gee-Gee!»

Se echaron a reír, mientras del teléfono público que había más allá, en la pared, brotaba un *staccato* de timbrazos. González tocó el brazo de Manny.

—Deja que lo coja García —dijo.

—¿Por qué? ¡Me dijiste que el chico había llamado ya dos veces!

—García sabe qué decir. Acabo de explicárselo.

—¡Explícamelo a mí!

—Dará al congresista el número de mi despacho y le dirá que vuelva a llamar dentro de un par de minutos.

—Gee-Gee, ¿qué diablos estás haciendo?

—Apenas entraste llegó un gringo a quien no conozco.

—¿Y qué? Aquí viene mucha gente a la que no conoces.

—Ese no es de aquí, Manny. No trae impermeable, ni sombrero, ni cámara, pero aún así no es de aquí. Lleva un traje con chaqueta. —Weingrass iba a volver la cabeza cuando González lo agarró del brazo—. ¡Quieto! Mira de vez en cuando hacia aquí. No te pierde de vista.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Espera y levántate cuando yo te diga.

García, el camarero, colgó el teléfono, tosió una sola vez fue hasta donde estaba el pelirrojo vestido de oscuro, con chaqueta. Se inclinó y dijo algo junto a su cara. El hombre miró fríamente al inesperado mensajero, y García se encogió de hombros y volvió a la barra. Lenta, discretamente, el pelirrojo puso unos billetes sobre la mesa, se levantó y salió por la cercana puerta.

—*Ahora* —susurró González González, levantándose y haciendo seña a Manny de que le siguiese. Diez segundos después estaban en su revuelta oficina—. El congresista volverá a llamar en seguida —dijo Gee-Gee, indicando la silla que había detrás de una mesa que había visto días mejores hacía décadas.

—¿Estás seguro de que era Kendrick?

—¿No oíste la tos de García?

—¿Qué dijo José al tipo de la mesa?

—Que creía que el recado del teléfono debía ser para él, pues ningún otro cliente correspondía a la descripción.

—¿Qué recado era ese?

—Muy sencillo, *amigo*. Que era importante para él que saliese a hablar con su gente.

—¿Nada más?

—Se marchó, ¿no? Eso nos dice algo, ¿no te parece?

—¿Como qué?

—*Uno*, que tiene gente con quien hablar. *Dos*, que o están cerca de este gran establecimiento o puede hablar con ellos por otros medios, por ejemplo un teléfono en un automóvil. *Tres*, que ese no entró aquí con esa facha para tomarse una cerveza Tex-Mex que casi lo deja sin respiración, como te ocurre a ti con mi estupendo vino espumoso. Y *cuatro*, que estoy seguro de que es un *federal*.

—¿Del gobierno? —preguntó Manny, asombrado.

—Personalmente, por supuesto, nunca he tenido nada que ver con los que cruzan ilegalmente la frontera de mi amado país, pero las consecuencias alcanzan incluso a inocentes como yo. Conocemos el paño, amigo mío. ¿*Comprendes, hombre*?

—Siempre lo he dicho —apostilló Weingrass sentándose detrás de la mesa—. Busca los locales más elegantes del lugar podrás aprender más sobre la vida que en todos los tugurios de París.

—París significa mucho para ti, ¿no es verdad, Manny?

—Se está desvaneciendo, *amigo*. No sé bien por qué, pero se está desvaneciendo. Está ocurriendo algo aquí con mi chico que no puedo entender, pero es importante.

—También él significa mucho para ti, ¿verdad?

—Es mi hijo. —Sonó el teléfono, y Weingrass se lo pegó a la oreja mientras González González salía de la habitación—. ¿Eres tú, cabeza hueca?

—¿Qué tienes ahí, Manny? —preguntó Kendrick desde la estéril de la costa este de Maryland—. ¿Una unidad del Mossad protegiéndote?

—Algo mucho más eficaz —respondió el viejo arquitecto del Bronx—. No hay

tenedores de libros contando los shekels mientras se toman un *egg cream*. Y ahora tú. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—¡No lo sé, te juro que no lo sé!

Evan contó su jornada con todo detalle, desde las alarmantes noticias de Sabri y Hassan sobre las revelaciones de Omán mientras estaba en la piscina, hasta su huida a un motel barato de Virginia; desde su enfrentamiento con Frank Swann, el del Departamento de Estado, hasta su llegada a la Casa Blanca bajo escolta; desde su hostil encuentro con el jefe de gabinete de la Casa Blanca hasta su presentación al presidente de Estados Unidos, quien procedió a echarlo todo a perder organizando una ceremonia de imposición de condecoraciones en el Salón Azul el martes siguiente… con la banda de la Marina. Por último, que la mujer llamada Kalila, que primero le había salvado la vida en Baréin, era en realidad una agente de la Agencia Central de Inteligencia a quien iban a traer en avión para interrogarla.

—Por lo que me has contado, ella no tuvo nada que ver con lo que te hicieron.

—¿Por qué?

—Porque la creíste cuando te dijo que, como árabe, se sentía llena de vergüenza; eso me contaste. En algunos aspectos, cabeza hueca, te conozco mejor que tú mismo. No es fácil engañarte en tales asuntos; por eso lo hiciste tan bien con el grupo Kendrick. Para esa mujer, descubrirte solo serviría para aumentar su vergüenza e inflamar todavía más el mundo de locos en que vive.

—Es la única que queda, Manny. Los otros nunca lo harían; ella pudo hacerlo.

—Entonces es que hay otros detrás de los otros.

—Por el amor de Dios, ¿quiénes? Son las únicas personas que sabían que estuve allí.

—Acabas de decirme que el tal Swann te dijo que un fulano rubio con acento extranjero suponía que habías estado en Mascate. ¿De dónde sacó esa información?

—Nadie consigue dar con él, ni siquiera la Casa Blanca.

—Quizá yo conozca a alguien que pueda encontrarlo.

—No, Manny. Esto no es París y esa gente está fuera de sus límites. Les debo demasiado, aunque algún día me gustaría que me explicases el interés que tenían en cierto rehén.

—Nunca me lo dijeron. Supe que había un plan inicial para el que la unidad se había entrenado y supuse que estaba destinado a rescatar a alguien de dentro, pero nunca hablaron de ello en mi presencia. Esa gente sabe tener la boca cerrada. ¿Cuál va a ser tu próximo movimiento?

—Mañana por la mañana, con la Rashad. Ya te lo he dicho.

—Después de eso.

—No has estado viendo la televisión.

—Estoy en casa de Gee-Gee. Solo permite poner vídeos, ¿recuerdas? Ha conseguido una copia de uno del campeonato del ochenta y dos, y casi todos en el bar creen que lo pondrá hoy. ¿Qué hay en televisión?

—El presidente. Anunció que yo estaba recluido para protegerme.

—Eso me suena a cárcel.

—Y en cierto modo lo es, pero se trata de una prisión tolerable y el director me ha concedido ciertos privilegios.

—¿Puedes darme un número?

—No lo sé. En el teléfono no hay nada impreso, solo una tira en blanco, pero te mantendré informado. Te llamaré si me marcho. Nadie podría localizar esta línea, pero si lo hacen no importa.

—Está bien. Ahora déjame preguntarte algo. ¿Le hablaste de mí a alguien?

—Qué va, no. Puedes estar en el expediente secreto de Omán, y dije que el mérito era de otras muchas personas aparte de mí, pero nunca pronuncié tu nombre. ¿Por qué?

—Me están siguiendo.

—¿Qué?

—Es una idea que no me gusta. Gee-Gee dice que el tipo que va detrás de mí es federal y que hay otros con él.

—A lo mejor Dennison te vio en el expediente y te asignó protección.

—¿Contra qué? Incluso en París, nadie sabe nada de mí; de lo contrario llevaría años muerto. ¿Y qué te hace pensar que estoy en algún expediente? Aparte la unidad, nadie sabía mi nombre, y ninguno de los nuestros fue mencionado en aquella reunión, la mañana en que nos marchamos todos. Por último, cabeza hueca, si me están protegiendo, sería una buena idea hacérmelo saber, porque si soy lo bastante peligroso para merecer ese tipo de protección, podría volarle la cabeza a alguien que no sé que me está protegiendo.

—Como de ordinario, puede haber una onza de lógica en tu acostumbrada libra de inverosimilitud. Me enteraré.

—Hazlo. Puede que no me queden muchos años de vida, Pero no me gustaría que me los acortase una bala en la cabeza, de ninguno de los bandos. Llámame mañana, porque ahora tengo que volver al convento antes de que los vecinos den cuenta de mi marcha a la policía.

—Recuerdos a Gee-Gee. Y dile que hasta que yo esté en casa tiene que olvidarse de su negocio de importación. Dale también las gracias, Manny.

Kendrick colgó el teléfono, sin apartar la mano de él. Volvió a cogerlo y marcó la O.

—Telefonista —dijo una voz femenina algo vacilante, después de que sonasen más timbrazos de lo normal.

—No sé muy bien por qué —dijo Evan—, pero me da en la nariz que no es usted una telefonista corriente de la Bell Telephone Company.

—¿Señor…?

—No importa, señorita. Me llamo Kendrick y tengo que hablar con el señor Herbert Dennison, el jefe del gabinete de la Casa Blanca, lo antes posible. Es urgente.

Le ruego que haga todo lo posible por localizarlo y decirle que me llame antes de cinco minutos. Si no puede ser, me veré obligado a llamar al marido de mi secretaria, que es teniente de la policía de Washington, y decirle que me tienen preso en un sitio que estoy bastante seguro de poder identificar con precisión.

—¡Por favor, señor!

—Creo que estoy siendo razonable y muy claro. El señor Dennison tiene que llamarme antes de cinco minutos, y ya ha empezado la cuenta atrás. Gracias, telefonista; que tenga un buen día.

Volvió a colgar el teléfono, pero ahora lo dejó y fue hasta el bar adosado a la pared, donde había un cubo de hielo y todo un surtido de botellas de *whisky* caro. Se sirvió un trago, miró su reloj y fue hacia el gran ventanal que daba a los terrenos de atrás. Le divirtió ver un recorrido de *croquet* bordeado por muebles blancos de hierro forjado, y no tanto divisar a un marine de guardia, vestido de manera informal y nada militar con el uniforme del personal de la finca. Iba y venía por una senda del jardín, cerca del muro de piedra, con su nada informal y sí muy militar fusil de repetición apuntando al frente. Manny tenía razón: estaba en la cárcel. Momentos después sonó el teléfono, y el congresista de Colorado volvió junto a él.

—Hola, Herbie. ¿Cómo está?

—¿Que cómo estoy, hijo de perra? Estoy en la ducha. ¡Mojado! ¿Qué quiere?

—Quiero saber por qué están siguiendo a Weingrass, por qué salió a relucir su nombre donde fuese, y será mejor que tenga una buena explicación, algo así como que lo hacen por su bienestar personal.

—Alto ahí, ingrato —dijo secamente el jefe de gabinete—. ¿Qué diablos es un «Weingrass»? ¿Algo que ha publicado Manischewitz?

—Emmanuel Weingrass es un arquitecto de fama internacional. Es también íntimo amigo mío y está viviendo en mi casa de Colorado, y, por motivos que no tengo por qué explicarle, su estancia allí es extremadamente confidencial. ¿Dónde y a quién ha divulgado usted su nombre?

—No puedo divulgar lo que nunca he sabido.

—¿No estará mintiéndome, Herbie? Porque si es así, puedo hacer que las próximas semanas sean muy embarazosas para usted.

—Si creyese que mintiendo podía librarme de usted, lo haría, pero no dispongo de ninguna mentira en lo que concierne a Weingrass. No sé quién es.

—Usted ha leído los informes sobre Omán.

—Es solo uno y está enterrado. Por supuesto, lo leí.

—¿No aparecía nunca el nombre de Weingrass?

—No, de lo contrario lo recordaría. Es un nombre muy divertido.

—No para él. —Kendrick hizo una pausa, aunque no lo bastante larga para que Dennison le interrumpiese—. ¿Podría alguien de la CIA, de la NSA o de cualquiera de esos tinglados someter a un invitado mío a vigilancia sin informarle a usted?

—¡De ninguna manera! —exclamó el soberano de la Casa Blanca—. En lo que

hace a usted y al jaleo que nos ha echado encima, nadie se mueve ni una pulgada sin que yo lo sepa.

—Una última pregunta. En el expediente de Omán, ¿había alguna mención de la persona que volvió conmigo en avión desde Baréin?

Ahora le tocó a Dennison hacer la pausa.

—Se le ve a usted el plumero, congresista.

—Y usted está un poco más cerca de que le estrellen los huevos en la cara. Si cree que en este momento soy un mal asunto para usted y su hombre, ni especule siquiera sobre la conexión del arquitecto. Déjelo en paz.

—Lo dejaré en paz. Con un nombre como Weingrass, puedo encontrarme con otra conexión que no me guste nada. Con el Mossad, por ejemplo.

—Bien. Ahora conteste simplemente a mi pregunta: ¿Qué había en el expediente acerca del vuelo de Baréin a la base de Andrews?

—El cargamento lo componían usted y un viejo árabe vestido con ropas occidentales, alguien que fue durante mucho tiempo subagente de Operaciones Consulares y al que traían para un tratamiento médico. Se llamaba Alí no sé cuántos; Estado le dio permiso y desapareció. Es seguro, Kendrick. Nadie de este gobierno sabe nada de un tal Weingrass.

—Gracias, Herb.

—Gracias por el «Herb». ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Evan contempló el ventanal, y después los terrenos iluminados y al marine de centinela.

—Voy a hacerle un favor y a decir que no —dijo suavemente—. Al menos por ahora. Pero sí puede aclararme algo. Este teléfono está intervenido, ¿no es cierto?

—No del modo corriente. Hay una pequeña caja negra como la de los aviones. Tiene que ser quitada por personal autorizado y las cintas tratadas bajo las más estrictas medidas de seguridad.

—¿Puede dejar limpia la línea durante, pongamos, unos treinta minutos, mientras hablo con alguien? Le conviene, créame.

—Lo aceptaré. Seguro que hay un anulador en la línea; nuestra gente lo usa cuando está en esas casas. Deme cinco minutos y si quiere podrá llamar a Moscú.

—Cinco minutos.

—¿Puedo volver a la ducha?

—Esta vez pruebe con clorox.

Kendrick dejó el teléfono, sacó la cartera e introdujo el dedo índice bajo la solapa que había detrás de su permiso de conducir de Colorado. Extrajo el trozo de papel donde había escrito los dos números de teléfono privados de Frank Swann y volvió a mirar el reloj. Aguardaría diez minutos, y esperaba que el director adjunto de Operaciones Consulares estuviese en uno de los dos sitios. Y estaba. En su apartamento, claro. Tras unos breves saludos, Evan le explicó dónde se encontraba, dónde creía encontrarse.

—¿Qué tal su «aislamiento protector»? —preguntó Swann, con voz cansada—. He estado en varios de esos sitios para interrogar a desertores. Espero que le hayan dado una con caballos, o al menos con dos piscinas, una cubierta, naturalmente. Son todas iguales; creo que el gobierno las adquiere como recompensa política a ricos que se cansan de sus mansiones y quieren comprarse otras nuevas gratis. Espero que alguien esté escuchando. Yo ya no tengo piscina.

—Hay un recorrido de *croquet*, eso sí lo he visto.

—Entonces es de poca categoría. ¿Qué tiene que decirme? ¿Estoy más cerca de poder soltarme del anzuelo?

—Es posible. Al menos he tratado de aliviar su situación. Frank, tengo que hacerle una pregunta; podemos los dos decir cuanto queramos, hablar de quien queramos. En este momento el teléfono no está intervenido.

—¿Quién le dijo eso?

—Dennison.

—¿Y usted le creyó? Le diré de pasada que me importa un rábano si le pasan la transcripción de esto.

—Le creo porque se hace una idea de lo que voy a decir y quiere poner un par de miles de kilómetros entre la administración y eso de lo que vamos a hablar. Ha dicho que estamos hablando con un «anulador».

—Tiene razón. Le asusta que alguien pueda oír sus palabras. ¿De qué se trata?

—De Manny Weingrass, y a través de él de la conexión con el Mossad…

—Le aseguro que eso es tabú —le interrumpió el director adjunto—. De acuerdo; estamos hablando con anulador. Continúe.

—Dennison me dijo que en el expediente de Omán figura que en el avión que fue de Baréin a la base de Andrews aquella última mañana íbamos yo y un viejo árabe con ropas occidentales que era un subagente de Operaciones Consulares…

—Y a quien traían aquí para un tratamiento médico —le interrumpió Swann—. Al cabo de años de inapreciable cooperación, nuestros servicios clandestinos debían al menos eso a Ali Saada y su familia.

—¿Está seguro de que decía eso?

—¿Quién va a saberlo mejor? Lo escribí yo.

—¿Usted? ¿Entonces sabía que era Weingrass?

—No fue difícil. Sus instrucciones, que nos transmitió Crayson, eran muy claras. Pedía usted que una persona innominada le acompañase en ese avión.

—Estaba encubriendo al Mossad.

—Evidentemente, y también yo. Traer a alguien así va contra las normas, y no hablo de leyes, a menos que estén en nuestros libros. De modo que lo puse, con otro nombre.

—Pero ¿cómo supo que era Manny?

—Eso fue lo más fácil. Hablé con el jefe de los guardias reales bareiníes asignados a su escolta secreta. Seguramente hubiese bastado con la descripción física,

pero cuando me dijo que el viejo bastardo le había dado una patada en la espinilla a uno de sus hombres porque no tuvo cuidado con usted cuando iban en coche al aeropuerto, supe que era Weingrass. Como suele decirse, le precede su fama.

—Le agradezco que lo hiciese, tanto por él como por mí.

—Fue la única manera de darle las gracias que se me ocurrió.

—Entonces puedo suponer que en los círculos de Inteligencia de Washington nadie sabe que Weingrass tuvo que ver con lo de Omán.

—En absoluto. Olvídese de Weingrass. No existe. Por aquí no está entre los vivos.

—Dennison ni siquiera sabía quién era.

—Naturalmente.

—Le están siguiendo, Frank. En Colorado. Alguien lo tiene sometido a vigilancia.

—Nosotros no.

Doscientos noventa metros al norte de la casa estéril de la bahía de Chesapeake estaba la propiedad del doctor Samuel Winters, prestigioso historiador, y amigo y consejero durante más de cuarenta años de los presidentes norteamericanos. En su juventud, aquel académico inmensamente rico había sido considerado un destacado deportista, y trofeos de polo, tenis, esquí y vela se alineaban en los estantes de su estudio, como testimonio de sus pasadas proezas. Ahora, al maduro educador le quedaba un juego más pasivo, que había sido una de las pasiones menores de la familia Winters durante generaciones, desde que hiciera su aparición en el césped de su mansión de Oyster Bay allá por los primeros años veinte. Ese juego era el *croquet*, y cada vez que algún miembro de la familia construía una nueva mansión, entre las primeras cosas a tener en cuenta figuraba un césped adecuado para el recorrido oficial, que nunca se apartaba de las dimensiones de 40 por 75 pies prescritas por la Asociación Nacional de *Croquet* en 1882. De modo que una de las primeras cosas que veían los visitantes de la mansión de Winters era el «campo» de *croquet*, a la derecha de la enorme casa, sobre las aguas de Chesapeake. Realzaban su encanto las muchas piezas de mobiliario blanco de hierro forjado que bordeaban el recorrido, como zonas de respiro para quienes estudiaban sus próximas jugadas o bebían algo.

El escenario era idéntico al de la casa estéril situada 290 metros al sur, y así debía ser, pues el terreno sobre el que se alzaron ambas mansiones pertenecía entonces a Samuel Winters. Hacía cinco años —cuando la silenciosa resurrección de Inver Brass—, el doctor Winters había donado sigilosamente la parte sur al gobierno para ser utilizada como casa «franca» o «estéril». A fin de disuadir al curioso de buena fe y apartar los intentos hostiles de potenciales enemigos del país, la transacción permaneció siempre en secreto. Según los documentos archivados en el ayuntamiento de Cynwid Hollow, la casa y los terrenos seguían perteneciendo a Samuel y Martha Jennifer Winters (esta última fallecida), y los administradores de la familia pagaban

anualmente por ellos los desmesurados impuestos de esa zona costera, que un gobierno agradecido reembolsaba en secreto. Si alguno de los curiosos, amistoso o no, se interesaba por las actividades que tenían lugar en el aristocrático recinto, se les decía siempre que eran innumerables e incesantes; que limusinas y profesionales de la hostelería transportaban y cuidaban a grandes y menos grandes del mundo académico y la industria, todos ellos representantes de los variados intereses de Samuel Winters. Una escuadra de fornidos y jóvenes jardineros mantenía el lugar presentable y limpio de intrusos, a la vez que atendía a las necesidades del constante desfile de visitantes. La imagen que daba la finca era la del retiro de trabajo de un multimillonario, demasiado abierto para no ser lo que aparentaba.

Para mantener esa imagen, todas las facturas eran enviadas a los administradores de Samuel Winters, que se apresuraban a pagarlas y enviar duplicados al abogado personal del historiador, quien, a su vez, las remitía en mano al Departamento de Estado para su reembolso secreto. Era un acuerdo simple y beneficioso para todos, tan simple y tan beneficioso como lo había sido para el doctor Winters sugerir al presidente Langford Jennings que al congresista Evan Kendrick le vendrían bien unos días fuera del alcance de los medios de comunicación, en la «casa franca» situada al sur de su propiedad, dado que no había allí actividad en ese momento. El presidente accedió agradecido; haría que Herb Dennison se ocupase de todo.

Milos Varak se quitó los grandes auriculares anti-impedancia y cerró la consola electrónica de la mesa que tenía enfrente. Hizo girar su asiento hacia la izquierda, accionó un interruptor en la pared cercana y al instante oyó los silenciosos engranajes que bajaban la antena direccional de la terraza. Después se levantó y vagó sin objeto en torno al sofisticado equipo de comunicaciones del estudio a prueba de sonido situado en los sótanos de la casa de Samuel Winters. Estaba alarmado. Lo que había oído por el interceptor telefónico de la casa estéril excedía a su comprensión.

Como había confirmado de modo inequívoco Swann, el del Departamento de Estado, nadie de la comunidad de Inteligencia de Washington sabía nada de Emmanuel Weingrass. No tenían la menor idea de que «el viejo árabe» que había vuelto en avión desde Baréin con Evan Kendrick era Weingrass. En palabras de Swann, su agradecimiento a Evan Kendrick por sus esfuerzos en Omán fue sacar secretamente a Weingrass de Baréin e introducirlo con igual secreto en Estados Unidos utilizando un disfraz y un nombre supuesto. Hombre y nombre habían desaparecido víctimas de la burocracia; Weingrass era prácticamente una persona inexistente. El engaño a Swann era también obligatorio, dada la relación de Weingrass con el Mossad, y Kendrick la aceptaba plenamente. En realidad, el propio congresista había tomado toda clase de medidas para ocultar la presencia y la identidad de su amigo. Milos había sabido que al viejo lo habían ingresado en el hospital bajo el nombre de Manfred Weinstein y lo habían puesto en una habitación

de un ala privada con entrada independiente, y que al salir le habían enviado a Colorado en un reactor privado que aterrizó en Mesa Verde.

Todo fue *privado*, el nombre de Weingrass no figuró nunca en ningún sitio, y durante los meses de convalecencia el irascible arquitecto salió pocas veces de la casa y nunca a sitos donde el congresista fuese conocido. ¡Maldita sea!, pensó Varak. Excepto para el círculo personal de Kendrick, que excluía a todo el mundo salvo una secretaria de confianza, su marido, una pareja árabe en Virginia y tres enfermeras superpagadas, cuyos generosos honorarios incluían una confidencialidad total. ¡Emmanuel Weingrass no existía!

Varak volvió a la consola, rebobinó la cinta y encontró las palabras que quería volver a oír.

—Entonces puedo suponer que en los círculos de Inteligencia de Washington nadie sabe que Weingrass tuvo que ver con lo de Omán.

—En absoluto. Olvídese de Weingrass. No existe. Por aquí no está entre los vivos.

—Dennison ni siquiera sabía quién era.

—Naturalmente.

—Le están siguiendo, Frank. En Colorado. Alguien lo tiene sometido a vigilancia.

—Nosotros no.

«Nosotros no…» ¿*Quiénes*?

Era esa pregunta la que alarmaba a Varak. Las únicas personas que sabían que existía un tal Emmanuel Weingrass, y a quienes les hablan dicho cuánto significaba aquel viejo para Evan Kendrick, eran los cinco miembros de Inver Brass. ¿Acaso uno de ellos…?

Milos no quiso seguir pensando. En ese momento le resultaba demasiado penoso.

Adrienne Rashad se despertó sobresaltada por la repentina turbulencia con la que se topó el avión militar. Miró al otro lado del pasillo, en la mal alumbrada cabina, no precisamente con asientos de primera clase. El agregado de la embajada de El Cairo estaba visiblemente sobresaltado; asustado, para ser más precisos. Sin embargo tenía la suficiente experiencia en ese medio de transporte para haber traído consigo un amigo que lo consolase, concretamente un enorme frasco con funda de cuero, que arrancó literalmente de su maletín y del que bebió hasta que se dio cuenta de que su «cargamento» lo miraba. Tímidamente, alargó el frasco hacia ella, que negó con la cabeza y habló por encima del ruido de los motores.

—Son solo baches —dijo.

—¡Eh, chicos! —se oyó la voz del piloto por el intercomunicador—. Siento lo de

los baches, pero me temo que vamos a tener este tiempo durante unos treinta minutos todavía. Tenemos que mantenernos en nuestro, canal y fuera de las rutas comerciales. Deberían haber elegido cielos más amistosos. ¡Aguanten!

El agregado bebió otra vez del frasco, esta vez más tiempo y con más ganas que antes. Adrienne miró a otra parte, porgue la árabe que llevaba dentro le decía que no contemplase el miedo de un hombre, mientras lo occidental de su maquillaje le aconsejaba que, como experto piloto militar, aliviase el miedo de su compañero. Ganó la síntesis que había en ella; dedicó una sonrisa tranquilizadora al agregado y volvió a los pensamientos que el sueño había interrumpido.

¿Por qué le habrían ordenado volver con tanta prisa a Washington? Si había nuevas instrucciones, tan delicadas que no podían ser transmitidas ni con distorsionadores, ¿por qué no la había llamado Mitchell Payton para darle al menos indicios? No era propio del «tío Mitch» permitir una interferencia en su trabajo sin darle explicaciones. Incluso cuando el lío de Omán el año anterior —y si alguna vez hubo una situación de prioridad había sido entonces—, Mitch le había enviado por la valija diplomática instrucciones selladas diciéndole sin más explicación que cooperase con Operaciones Consulares del Departamento de Estado, por mucho que eso pudiera ofenderla. Lo había hecho, ofendida, desde luego. Y ahora de repente le ordenaban volver a Estados Unidos, virtualmente incomunicada, y sin una sola palabra de Mitchell Payton.

El congresista Evan Kendrick. Durante las últimas dieciocho horas, su nombre había dado la vuelta al mundo como el ruido del trueno que se acerca. Uno podía casi ver las caras asustadas de quienes habían tenido algo que ver con el norteamericano, mirando al cielo y preguntándose si deberían correr a esconderse, huir para salvar la vida, bajo la amenaza de la inminente tormenta. Habría venganzas contra quienes habían ayudado a aquel entrometido de Occidente. Se preguntaba quién habría filtrado la información… No, «filtrado» era una palabra demasiado inocua, ¡quien la había hecho estallar! Los periódicos de El Cairo se cebaron en ella, y un rápido chequeo le confirmó que, en todo Oriente Medio, Evan Kendrick era o un santo o un repugnante pecador. Le esperaba la canonización o una muerte dolorosa, según quienes fuesen sus juzgadores, incluso dentro de un mismo país. ¿Por qué? ¿Sería el propio Kendrick quien había hecho aquello? ¿Habría aquel hombre vulnerable, aquel político inverosímil que arriesgara su vida para vengar un terrible crimen, decidido, al cabo de un año de humildad y abnegación, salir a la caza de una recompensa política? En tal caso, no era el mismo hombre que ella había conocido, tan breve pero tan íntimamente, hacía un año. Lo recordaba con reservas, pero sin lamentarlo. Habían hecho el amor —de un modo inverosímil, frenético, quizá inestable dadas las circunstancias—, pero aquellos momentos Pasajeros de espléndido consuelo había que olvidarlos. Y si ahora la hacían volver a Washington por culpa de un congresista de pronto ambicioso, era que nunca existieron.

24

Kendrick estaba junto a los ventanales contemplando el amplio acceso circular que había enfrente de la casa estéril. Dennison le había llamado hacía bastante más de una hora para decirle que el avión del Cairo había aterrizado y la Rashad había sido llevada al coche oficial que la esperaba. Estaba camino de Cynwid Hollow bajo escolta. El jefe de gabinete quería que Evan supiese que la agente se había enfadado mucho cuando no se le permitió hacer una llamada desde la base de Andrews.

—Le dio una patada a un cubo de basura y se negó a subir al coche. Dijo que no lo había oído directamente de sus superiores y que las Fuerzas Aéreas podían irse a paseo. ¡Maldita bruja! Yo iba camino del trabajo y me llamaron por el teléfono del coche. ¿Y sabe qué me dijo? «¿Quién diablos es usted?» ¡Eso me dijo!, para rematarlo, va y se separa del auricular para preguntar a voz en cuello: «¿Qué es un Dennison?»

—Ya ve qué vida tan discreta lleva usted, Herb. ¿Y se lo dijo alguien?

—¡Los muy bastardos se echaron a reír! Fue entonces cuando le dije que estaba a las órdenes del presidente, y subía a ese coche o podía pasarse cinco años en Leavenworth.

—Esa es una cárcel para hombres.

—Lo sé. Estará ahí dentro de una hora. Recuerde, si es ella la chivata, déjemela.

—Tal vez.

—¡Conseguiré una orden presidencial!

—Y yo lo leeré en las noticias de la noche, con notas al pie.

—¡Mierda!

Kendrick iba a apartarse de la ventana para tomar otro café cuando un sedán gris de lo más corriente apareció al comienzo del acceso circular. Recorrió la curva y se detuvo frente a los escalones de piedra, donde un mayor de las Fuerzas Aéreas se apresuró a apearse por la derecha del asiento trasero. Dio rápidamente la vuelta al coche y abrió la puerta para su viajera oficial.

La mujer a la que Evan había conocido como Kalila apareció bajo el sol mañanero, entornando los ojos ante la claridad, inquieta e insegura. Iba sin nada en la cabeza, con la melena oscura por los hombros y un conjunto de chaqueta blanca, pantalones verdes y zapatos sin tacón. Bajo el brazo derecho sujetaba un gran bolso blanco. Mientras Kendrick la miraba, volvió a asaltarle el recuerdo de aquel atardecer en Baréin. Recordó la impresión que había sentido al verla entrar por la puerta del insólito dormitorio real, divertida cuando se precipitó a cubrirse con la ropa de la cama, y cómo, a pesar de su pánico, su desconcierto y su dolor —o quizá sumándose a los tres—, le había impresionado el frío encanto de su rostro euroárabe y el brillo inteligente de sus ojos. Tenía motivos; era una mujer impresionante que se mantenía erguida, casi desafiante, incluso ahora, mientras se encaminaba a la maciza puerta de la casa estéril, en cuyo interior iba a enfrentarse a lo desconocido. Kendrick la

observaba desapasionadamente; no había en su reacción hacia ella el menor arrebato, solo una fría e intensa curiosidad. Le había mentido aquel atardecer en Baréin, tanto por lo que dijo como por lo que no dijo, y se preguntaba si volvería a mentirle.

El mayor abrió la puerta de la enorme sala de estar para que pasase Adrienne Rashad, que entró y se detuvo, inmóvil, mirando fijamente a Evan, que seguía junto a la ventana. En sus ojos no había el menor asombro; solo aquella frígida mirada de inteligencia.

—Me marcho —dijo el militar.

—Gracias, mayor. —La puerta se cerró y Kendrick avanzó—. Hola, Kalila. Era Kalila, ¿no?

—Lo que usted diga.

—Pero no es Kalila, ¿verdad? Es Adrienne… Adrienne Rashad.

—Lo que usted diga.

—Eso es un poco redundante, ¿no le parece?

—Y todo esto muy estúpido, congresista. ¿Tenía que hacerme volar hasta aquí para que le diera otra recomendación? Porque si es así, yo no lo haré.

—¿Una recomendación? Es lo último que deseo.

—Bien; me alegro por usted. Estoy segura de que el representante por Colorado tiene todos los respaldos que necesita, de modo que no hace falta que alguien cuya vida, y las de muchos colegas, depende del anonimato dé un paso al frente y se sume a los vivas.

—¿Es eso lo que piensa? ¿Que quiero apoyos, aplausos?

—¿Y qué voy a pensar cuando me saca de mi trabajo, hace que me conozcan en la Embajada y en las Fuerzas Aéreas y probablemente quema un papel que me ha costado años adoptar solo porque me acosté con usted? Eso pasó una vez, pero e aseguro que no volverá a ocurrir.

—Eh, un momento —protestó Evan—. Yo no lo busqué, por Dios, si no sabía dónde me encontraba, ni lo que había ocurrido o lo que iba a ocurrir a continuación. Estaba muerto de miedo, y sabía que tenía que hacer cosas que me creía incapaz de hacer.

—Además estaba agotado —añadió Adrienne Rashad—, y también. Son cosas que pasan.

—Fue lo que dijo Swann…

—El muy bastardo…

—No, alto ahí. Frank Swann no es un bastardo.

—¿Debo usar otra palabra? ¿Chulo, por ejemplo? Un chulo con pocos escrúpulos.

—Se equivoca. No sé cuál fue su relación con él, pero tenía un trabajo que hacer.

—¿Como sacrificarlo?

—Quizá… Admito que la idea no es demasiado atractiva pero él estaba entonces entre la espada y la pared.

—Olvídelo, congresista. ¿Por qué estoy aquí?

—Porque necesito saber algo y usted es la única que puede decírmelo.

—¿Qué es?

—¿Quién contó lo mío? ¿Quién violó el acuerdo al que llegamos? Me dijeron que ninguno de los que sabían que yo había ido a Omán, y eran muy pocos, un pequeño «círculo cerrado», tenía motivo para hacerlo, y sí todas las razones del mundo para no hacerlo. Aparte Swann y su jefe de computadoras, por quien pone la mano en el fuego, había solo otras siete personas en el gobierno que lo sabían. Seis han sido comprobadas, con resultado totalmente negativo. Usted es la séptima, la única que queda.

Adrienne Rashad permanecía inmóvil, con el rostro impasible y los ojos furiosos.

—Ignorante, ignorante aficionado —dijo lentamente.

—Puede llamarme todo lo que quiera, pero voy a…

—¿Podemos dar un paseo, congresista? —le interrumpió la mujer, yendo hasta un gran ventanal que al otro lado de la habitación daba sobre un muelle, en la rocosa costa de Chesapeake.

—¿Qué?

—Aquí dentro el aire es tan opresivo como la compañía. Me gustaría dar un paseo, por favor.

Rashad señaló hacia fuera, primero con la mano y después por dos veces con la cabeza, como reforzando una orden.

—Está bien —masculló Kendrick, desconcertado—. Hay una entrada lateral ahí atrás.

—Ya la veo —dijo Adrienne-Kalila, echando a andar hacia la puerta trasera de la habitación. Salieron a un patio de losas que daba a un césped al que parecían haberle hecho la manicura y un camino que bajaba hasta el muelle. Si había habido embarcaciones sujetas a los pilares o a los amarres vacíos que se balanceaban más allá en el agua, las habían quitado a causa de los vientos de otoño—. Siga con su arenga, congresista —continuó la agente de la CIA—. No quiero privarle.

—¡Cállese, señorita Rashad o como diablos se llame! —Evan se detuvo en la senda de cemento blanco, a medio camino de la orilla—. Si cree que lo que le estoy diciendo equivale a una «arenga», está muy equivocada…

—¡Por Dios, siga andando! Tendrá toda la conversación que quiera y aún más, maldito insensato.

La orilla de la bahía, a la derecha del muelle, era una mezcla de arena oscura y piedras, muy común en Chesapeake, y a la izquierda estaba el cobertizo para embarcaciones, como era también costumbre. Lo que no lo era tanto, sin embargo, excepto en las mayores propiedades, era la profusión de grandes árboles en unos cincuenta metros, tanto al norte como al sur del muelle y el cobertizo. La sensación de soledad que daban era más aparente que real, pero su vista había atraído a la agente cairota. Se encaminó hacia la derecha, sobre la arena y las piedras cercanas a unas olas que llegaban mansamente. Pasaron junto a la franja arbolada y continuaron

hasta llegar a una gran roca que se alzaba al borde del agua. Desde allí, la inmensa casa era invisible.

—Eso servirá —dijo Adrienne Rashad.

—¿Servir? ¿A qué ha venido este pequeño ejercicio? Y, ya que estamos en ello, vamos a poner en claro un par de cosas. Agradezco que probablemente me salvase la vida, probablemente, aunque no hay medio de demostrarlo; pero no admito órdenes suyas, y no me creo un insensato, y, con independencia de mi condición de aficionado, es usted la que va a contestarme, y no yo a usted. ¿Entendido?

—¿Ha terminado?

—Ni siquiera he empezado.

—Entonces, antes de que lo haga, permítame puntualizar algunas cosas que ha sacado a relucir. Este pequeño ejercicio era para irnos de allí. Supongo que sabe que es una casa franca.

—Desde luego.

—Y que cualquier cosa que diga en cualquier habitación, incluidos el retrete y la ducha, queda registrada.

—Bueno, yo sabía que el teléfono estaba…

—Gracias, señor aficionado.

—No tengo nada que ocultar…

—Baje el tono. Háblele al agua, como yo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Vigilancia electrónica de la voz. Los árboles distorsionan el sonido porque no hay rayos visuales directos…

—¿Qué?

—Los lásers han mejorado la tecnología…

—¿Cómo?

—¡Cállese! Hable bajo.

—Le repito que no tengo nada que ocultar. ¡Quizá usted sí, pero yo no!

—¿De veras? —Rashad se inclinó sobre la enorme roca y habló hacia abajo, para las pequeñas olas que llegaban lentamente—. ¿Quiere implicar a Ahmat?

—Le hablé a él, al presidente. Tenía que saber cuánta ayuda me había prestado ese chico…

—Ahmat se lo agradecerá. ¿Y su médico personal? ¿Y sus dos primos, que le ayudaron y le protegieron? ¿Y El-Baz, y el piloto que lo llevó a Baréin? Podrían matarlos a todos.

—Aparte Ahmat, nunca mencionó a ninguno en concreto.

—Los hombres no tienen importancia, pero las funciones sí.

—¡Por el amor de Dios! ¡Era el presidente de Estados Unidos!

—¿Y, en contra de lo que dicen los rumores, puede comunicarse sin micrófonos?

—Por supuesto.

—¿Sabe con quién habla? ¿Los conoce personalmente? ¿Sabe hasta qué punto

son de confianza en términos de máxima seguridad, lo sabe él? ¿Sabe qué hombres están en los aparatos de escucha ahí, en esa casa?

—Por supuesto que no.

—¿Y qué me dice de mí? Soy una agente con una cobertura aceptable en El Cairo. ¿Ha hablado de mí?

—Sí, pero solo con Swann.

—No me estoy refiriendo a lo que hizo con alguien con autoridad, que lo sabía todo porque el control era él; estoy hablando de lo de ahí arriba. Si empezó a discutir conmigo en esa casa, ¿no puede haber sacado a relucir también a alguna o a todas las personas que acabo de decirle? Y ya para hacer saltar la banca, señor aficionado, ¿no era concebible que pudiera haber mencionado al Mossad?

Evan cerró los ojos.

—Puede ser, si nos enzarzáramos en una discusión.

—La discusión era inevitable; por eso he hecho que vengamos aquí.

—¡Ahí arriba todos están de nuestra parte!

—Estoy segura, pero no conocemos ni la fuerza ni las debilidades de unas personas a las que ni siquiera podemos ver.

—Es usted una paranoica.

—Va con el territorio, congresista. Además, usted es un maldito insensato, como creo haber demostrado ampliamente con su falta de conocimientos sobre las casas francas. Pasaré por alto la cuestión de quién da órdenes a quién, porque carece de importancia, y volveré a su primer punto. Con toda probabilidad, no le salvé la vida en Baréin, sino que, por culpa de ese bastardo de Swann, lo coloqué en una posición insostenible que nosotros y ciertos pilotos llamamos el «punto sin retorno». No se esperaba que sobreviviese, y yo me opuse a eso.

—¿Por qué?

—Porque me importaba.

—Porque nosotros…

—También eso carece de importancia. Era un hombre honrado. Que trataba de llevar a cabo una buena acción para la que no estaba preparado. Después resultó que hubo otros que ayudaron mucho más de lo que a mí me fue posible. Estaba mentada en el despacho de Jimmy Grayson, y los dos nos sentimos aliviados cuando supimos que lo sacaban de Baréin en avión.

—¿Grayson? Era uno de los siete que sabían que yo estaba allí.

—No hasta las últimas horas. Ni siquiera yo se lo hubiese dicho. Tuvo que llegarle de Washington.

—En lenguaje de la Casa Blanca, lo pusieron en el asador ayer por la mañana.

—¿Para qué?

—Para ver si era él quien había filtrado mi nombre.

—¿*Jimmy*? Eso es todavía más estúpido que pensar que fui yo. Grayson tiene tantas ganas de un puesto de dirección que ya le parece estarlo saboreando. Además,

le tiene tan sin cuidado como a mí que lo degüellen y mutilen su cuerpo.

—Dice esas palabras con demasiada facilidad. Le vienen rápidamente, quizá demasiado.

—¿Sobre Jimmy?

—No. Sobre usted.

—Comprendo. —La mujer que había dicho llamarse Kalila se apartó de la orilla —. Cree que he ensayado todo esto… conmigo misma, por supuesto, ya que no podía hablar con nadie. Además, claro está, soy medio árabe.

—Entró en esa habitación como si esperase verme. No fue una sorpresa para usted.

—Es verdad.

—¿Por qué?

—Por un proceso de eliminación, supongo… y por un hombre a quien conozco y que me protege de las verdaderas sorpresas. Desde hace día y medio, usted ha sido noticia en todo el Mediterráneo, congresista, y hay mucha gente temblando, entre ellos yo. No solo por mí, sino por otros muchos a los que utilicé y de los que abusé para no perderlo de vista. Las personas como yo montan una red basada en la confianza, y en este momento esa confianza, el bien más vital con que cuento, ha sido puesta en entredicho. De manera que ya ve, señor Kendrick, que no solo ha malgastado mi tiempo y mi concentración, sino un montón de dinero de los contribuyentes en hacerme volver aquí para preguntarme algo que cualquier funcionario de Inteligencia experimentado podía contestar.

—Podía haberme vendido, haber vendido mi nombre.

—¿A cambio de qué? ¿De mi vida? ¿De las vidas de los que utilicé para seguirlo, hombres que son importantes para mí y para el trabajo que hago, un trabajo que creo de auténtico valor, como traté de explicarle en Baréin? ¿De verdad cree eso?

—¡Ya no sé lo que creo! —admitió Evan, suspirando y sacudiendo la cabeza—. Todo lo que quería hacer, lo que había planeado, se ha ido al cubo de la basura. Ahmat no quiere volver a verme; no puedo volver, ni allí ni a ningún otro sitio de los Emiratos o de los golfos. Ya tendrá él buen cuidado.

—¿Es que quería volver?

—Más que nada en el mundo. Quería reemprender mi vida donde hice mi mejor trabajo. Pero primero tenía que encontrar a un hijo de perra que lo había echado todo a perder, que había matado por matar… a tantos.

—El Mahdí; me lo dijo Ahmat. Y lo hizo. Ahmat es joven y cambiará. Con el tiempo comprenderá lo que hizo usted por toda aquella gente y le estará agradecido. Pero acaba de contestarme a una pregunta. Pensé que podía haber sido usted mismo quien había contado esa historia; pero no lo hizo, ¿verdad?

—¿*Yo*? ¡Está loca! ¡Voy a irme de aquí dentro de seis meses!

—Entonces, ¿no se trata de ambición política?

—¡Claro que no! ¡Voy a hacer las maletas y largarme! Solo que ahora no tengo

adonde ir. Alguien está tratando de pararme, de convertirme en algo que no soy. ¿Qué diablos me está ocurriendo?

—A primera vista, yo diría que lo están exhumando.

—¿Que me están *qué*? ¿Y quién?

—Alguien que cree que fue usted menospreciado, que merece ser famoso y aclamado públicamente.

—¡Cosa que no deseo! Y el presidente no está precisamente ayudando. Va a imponerme la Medalla de la Libertad el próximo martes en el maldito Salón Azul, con la banda de la Marina y todo. Le dije que no quería, y el muy hijo de perra me salió con que tenía que imponérmela porque no quería quedar como un «bastardo de tres al cuarto». ¿Qué clase de razonamiento es ese?

—Muy presidencial… —Rashad calló de pronto—. Vamos a pasear —dijo mientras dos miembros del personal, con trajes blancos, aparecían en la cabecera del muelle—. No mire alrededor. Disimule. Iremos hasta ese sucedáneo de playa.

—¿Puedo hablar? —preguntó Kendrick poniéndose a su lado.

—De nada importante. Espere.

—¿Por qué? ¿Pueden oírnos?

—Es posible. No estoy segura. —Siguieron la curva de la playa hasta que los árboles taparon a los dos hombres del muelle—. Los japoneses han fabricado relés direccionales, aunque nunca los he visto. ¿Habló con Ahmat?

—Ayer. Me dijo que me fuese al infierno pero que no volviese a Omán. Nunca.

—Se da cuenta de que lo comprobaré con él, ¿verdad?

Evan se quedó al pronto sorprendido, y después furioso. Dudaba de él, lo acusaba, iba a comprobar si decía la verdad.

—Me tiene sin cuidado lo que haga; solo me preocupa lo que puede haber hecho. Es usted convincente, Kalila… perdón, señorita Rashad, y tal vez crea lo que dice, pero los únicos seis hombres que sabían de mí podían perderlo todo y no tenían nada que ganar diciendo que estuve en Mascate el año pasado.

—Y yo solo podía perder mi vida y las de quienes me ayudan en todo ese sector, algunos de los cuales le diré de paso que me son muy queridos. Apéese ya del burro, congresista; está usted ridículo. No solo es un aficionado, sino que resulta insufrible.

—¡Es posible que cometiese usted un error! —gritó Kendrick, exasperado—. Estoy dispuesto a concederle el beneficio de la duda; se lo di a entender a Dennison, y le dije que no dejaría que la colgaran por eso.

—Qué amable.

—No; hablo en serio. Me salvó la vida, y si cometió un desliz y se le escapó mi nombre…

—No lo ponga peor. Es muchísimo más probable que cualquiera de los otros cinco haya cometido un desliz como ese que no Grayson o yo. Vivimos en campaña; no podemos permitimos ese tipo de errores.

—Paseemos —dijo Evan, sin que hubiese guardianes a la vista e impulsado solo

por sus dudas y su confusión.

Su problema era que la creía, creía lo que le había dicho Manny Weingrass: «ella no tuvo nada que ver con eso». Solo serviría para aumentar su vergüenza e inflamar todavía más el loco mundo en que vive. Y al decirle Kendrick que los otros no podían haber sido, había añadido: Entonces es que hay otros detrás de los otros…

Llegaron a un sendero de tierra que parecía conducir por entre los árboles al muro de piedra que rodeaba la propiedad.

—¿Exploramos? —preguntó Evan.

—¿Por qué no? —dijo fríamente Adrienne.

—Bueno —continuó él mientras trepaban juntos por la ladera boscosa—; supongamos que la creo…

—Muy agradecida.

—¡Está bien, la creo! Y porque la creo voy a decirle algo lúe solo saben Swann y Dennison; los demás no, o al menos pienso que no.

—¿Está seguro de que debe decírmelo?

—Necesito ayuda y ellos no pueden prestármela. Quizá usted pueda; estuvo allí conmigo y sabe tantas cosas que yo ignoro… Cómo silenciar lo que ocurre, cómo se hace llegar la información secreta a quienes deben tenerla; ese tipo de procedimientos.

—Conozco algunos, no todos ni mucho menos. Mi base está en El Cairo, no aquí. Pero continúe.

—Hace algún tiempo vino a ver a Swann un hombre, un tipo rubio con acento europeo que tenía un montón de información sobre mí. Frank la llamó DP.

—Datos preferentes o previos. También se llaman «detalles privilegiados», y suelen venir de los sótanos.

—¿Sótanos? ¿Qué sótanos?

—Son, en lenguaje vulgar, los archivos secretos de Inteligencia. Adelante.

—Tras impresionar a Frank, impresionarlo de verdad, pasó a lo que de verdad le importaba. Le dijo que había llegado a la conclusión de que yo había sido enviado a Mascate por el Departamento de Estado durante la crisis de los rehenes.

—¿*Qué*? —estalló Rashad, poniendo la mano en el brazo de Kendrick—. ¿Quién era ese?

—Nadie lo sabe. No consiguen encontrarlo. La identidad que utilizó para llegar hasta Frank era falsa.

—¡Dios santo! —susurró Rashad mirando arriba, a lo alto de la senda, donde un sol brillante penetraba por entre el muro de árboles—. Nos quedaremos aquí un momento —dijo en voz baja—. Siéntese. —Se acomodaron al borde del camino de tierra, rodeado de gruesos troncos y un espeso follaje.

—¿Y? —le acució ella.

—Swann trató de quitárselo de encima; incluso le enseñó una nota dirigida a la Secretaría de Estado rechazándome. Es evidente que el tipo no le creyó y siguió

investigando, cada vez más a fondo, hasta que dio con todo. Lo que se publicó ayer por la mañana es tan preciso que solo puede proceder del expediente de Omán, de los sótanos, como usted los llama.

—Lo sé. ¡Dios mío, alguien ha hablado!

—Uno de los siete… ¡de los seis! —se apresuró a enmendarse Evan.

—¿Quiénes eran? No me refiero a Swann y a su hombre de las computadoras de la OHIO-Cuatro, sino aparte de Dennison, Grayson y yo.

—Los secretarios de Estado y de Defensa y el presidente de la Junta de Jefes.

—A ninguno de ellos pudieron ni siquiera abordarlo.

—¿Y qué me dice del tipo de las computadoras? Se llama Bryce, Gerald Bryce, y es joven. Frank tiene una total confianza en él, pero eso es solo lo que él piensa.

—Lo dudo. Frank Swann es un bastardo, pero no creo que pudieran engañarlo de ese modo. Alguien como Bryce es la primera persona en quien uno pensaría, y es demasiado listo para tropezar en algo así. Sabe que podrían caerle treinta años en Leavenworth.

Evan sonrió.

—Comprendo que Dennison la amenazase con cinco años allí.

—Le dije que era una cárcel para hombres.

—Lo mismo le dije yo —dijo Kendrick, echándose a reír.

—Y añadí que si tenía más regalos reservados para mí, no subiría a la barca de Cleopatra, a pesar del coche oficial.

—¿Por qué subió?

—Simple curiosidad. Es la única respuesta que puedo darle.

—La acepto. Entonces, ¿dónde estamos? Los siete quedan descartados y entra en escena un europeo rubio.

—No lo sé. —De pronto Rashad volvió a tocarle el brazo—. Tengo que hacerle algunas preguntas, Evan.

—¿Evan? Gracias.

—Perdóneme, congresista. Fue un desliz.

—Por favor. Creo que tenemos derecho a nuestros nombres.

—Pienso que…

—¿Le importa si la llamo Kalila? Me siento más cómodo.

—También yo. Lo que hay en mí de árabe siempre ha sufrido por la tapadera del «Adrienne».

—Haga sus preguntas… Kalila.

—Está bien. ¿Cuándo decidió ir a Mascate? Considerando las circunstancias y lo que era usted capaz de hacer, se retrasó un poco.

Kendrick tomó aliento.

—Estaba navegando por los rápidos de Arizona cuando llegué a un campamento base llamado Lava Falls y oí una radio por primera vez en semanas. Entonces supe que tenía que ir a Washington.

Evan contó los detalles de aquellas frenéticas dieciséis horas, en las que llegó desde un campamento relativamente primitivo en las montañas a los pasillos del Departamento de Estado, y por último al sofisticado complejo de computadoras que era OHIO-Cuatro-Cero.

—Allí fue donde Swann y yo hicimos nuestro pacto y de donde salí a toda prisa.

—Volvamos atrás un momento —dijo Kalila, que solo entonces apartó los ojos de la cara de Kendrick—. Usted alquiló un avión fluvial para ir a Flagstaff, donde trató de contratar un reactor para ir a Washington, ¿fue así?

—Sí, pero el del mostrador dijo que era demasiado tarde.

—Estaba usted ansioso, y probablemente enfadado. Sin duda hizo uso de todo su peso, un congresista del Gran Estado de Colorado, etcétera.

—Sí que lo hice… y mucho más del etcétera.

—Llegó a Phoenix y tomó el primer vuelo comercial que salía. ¿Cómo pagó el billete?

—Con tarjeta de crédito.

—Un mal sistema, aunque no tenía motivos para creerlo así. ¿Cómo sabía a quien dirigirse en el Departamento de Estado?

—No lo sabía; pero recuerde que había trabajado en Omán y en los Emiratos durante años, de modo que sabía la clase de persona que quería encontrar. Y, dado que había heredado una experta secretaria con instintos de gato callejero, le dije lo que debía buscar. Dejé muy claro que tendría que ser alguien de Operaciones Consulares del Departamento de Estado, secciones de Oriente Medio o Asia del sudoeste. La mayor parte de los norteamericanos que han trabajado allí están familiarizados con esa gente… y a menudo hasta la coronilla de ellos.

—De modo que esa secretaria con instintos de gato callejero empezó a llamar por ahí haciendo preguntas. Habrá conseguido que se levantasen unas cuantas cejas. ¿Conservó una lista de los que había llamado?

—No lo sé; nunca se lo pregunté. Fue todo tan frenético, y el contacto lo mantuve por teléfono durante el vuelo desde Phoenix. Para cuando aterrizamos, ella ya había dejado reducidas las posibilidades a cuatro o cinco personas, pero solo una reunía la doble condición de experto en los Emiratos y funcionario de Operaciones Consulares: Frank Swann.

—Sería interesante saber si su secretaria conservó esa lista.

—La llamaré.

—Desde aquí, no. Además, aún no he terminado. De modo que fue usted a Estado a ver a Swann, lo que quiere decir que Seguridad registró su entrada.

—Naturalmente.

—¿Y su salida?

—Bueno, no, en realidad no, al menos en el mostrador del vestíbulo. Me bajaron a la zona de aparcamiento y me llevaron a casa en un coche del Departamento.

—¿A su casa?

—Sí; estaba camino de Omán y tenía que reunir algunas cosas.

—¿Qué me dice del chófer? ¿Se dirigió a usted llamándolo por su nombre?

—No, nunca. Pero dijo algo que me chocó. Le pregunte si quería entrar a tomar un bocado o un café mientras yo hacia el equipaje y me dijo: «Pueden pegarme un tiro si salgo de este coche», o algo parecido. Después añadió: «Usted es de OHIO-Cuatro-Cero».

—Lo que quiere decir que él no lo era. ¿Estaban enfrente de su casa?

—Sí. Después, al salir, vi otro coche a unos treinta metros detrás de nosotros, aparcado. Debió de haber venido siguiéndonos; no hay más casas en ese tramo de carretera.

—Una escolta armada. Swann lo cubrió desde el primer momento, y tenía razón. Carecía de tiempo y de recursos para averiguar todo lo que le había ocurrido a las menos una.

—¿Le importaría explicar eso?

—Las menos una es antes de hablar con Swann. Un congresista rico y furioso que alquila un avión para ir a Flagstaff hace un montón de ruido pretendiendo ir a Washington. No lo consigue, de modo que vuela a Phoenix, donde sin duda insiste en salir en el primer vuelo. Paga con tarjeta de crédito y empieza a telefonear a su secretaria, que tiene los instintos de un gato callejero, para decirle que busque a un hombre a quien no conoce pero que sin duda existe en el Departamento de Estado. Ella hace sus llamadas, frenéticamente, creo que dijo usted, y comunica con una serie de personas que no pueden menos de preguntarse por qué. Le consigue así unos cuantos nombres, lo que significa que ha hablado con el montón de contactos que podían darle la información, y que tuvieron también que preguntarse por el motivo, y a continuación aparece usted en el Departamento de Estado pidiendo ver a Frank Swann. ¿Estoy en lo cierto? Dado su estado de ánimo, ¿pidió verlo?

—Sí. Me respondieron con una evasiva, me dijeron que no estaba, pero yo sabía que estaba; mi secretaria lo había confirmado. Sospecho que fui bastante inflexible. Por último, me permitieron subir a su despacho.

—Después, tras hablar usted con él, Swann tomó la decisión de enviarlo a Mascate.

—¿Y?

—Ese pequeño círculo cerrado de que me habló no fue ni tan pequeño ni tan cerrado, Evan. Hizo usted lo que cualquiera hubiese hecho dadas las circunstancias, la tensión en que estaba. Dejó un montón de huellas durante ese agitado viaje desde Lava Falls hasta Washington. Era fácil seguirle el rastro a través de Phoenix hasta Flagstaff, pues su nombre y su ruidosa insistencia en conseguir un transporte rápido sería recordado por mucha gente, sobre todo porque ocurrió de noche. Después apareció en el Departamento de Estado, donde también hizo ruido, le diré de pasada que sobre todo al registrarse en Seguridad para entrar pero no para salir, hasta que le permitieron subir al despacho de Swann.

—Sí; pero…

—Déjeme acabar, por favor. Compréndalo, quiero que dos tengamos el cuadro completo. Habla con Swann, llegan a su pacto de anonimato y, como usted dijo, sale corriendo para Mascate. La primera etapa la hizo a su casa, con un conductor que no formaba parte de OHIO-Cuatro-Cero, como tampoco los guardias de seguridad del vestíbulo. El conductor le fue simplemente asignado por el encargado del parque y los guardias solo estaban haciendo su trabajo. Ellos no andan por las alturas ni tienen acceso a las agencias de alto secreto. Pero son humanos; van a casa y hablan con su mujer y sus amigos, porque ha ocurrido algo diferente en un trabajo normalmente aburrido. También pudieron contestar a preguntas hechas casualmente por personas a quienes creían empleados del gobierno.

—De un modo u otro, todos sabían quién era yo.

—Como lo sabían otras muchas personas en Phoenix y Flagstaff. Y una cosa estaba clara para todos ellos: el hombre tan importante está preocupado; el congresista trae una prisa de todos los diablos; el pez gordo tiene problemas. ¿Se da cuenta del rastro que fue dejando?

—Sí, pero ¿quién lo estuvo siguiendo?

—No lo sé, y eso me preocupa más de lo que se figura.

—¿La preocupa? ¡Quienquiera que fuese ha deshecho mi vida! ¿Quién habrá sido?

—Alguien que encontró un resquicio, un portillo que conducía al resto de la pista, que llevaba desde un remoto campamento llamado Lava Falls hasta los terroristas de Mascate. Alguien que dio con algo que le hizo desear seguir buscando. Quizá fuesen las llamadas que hizo su secretaria, o la conmoción que causó usted en el mostrador de seguridad del Departamento de Estado, o incluso algo tan absurdo como haber oído el rumor de que un norteamericano desconocido había intercedido en Omán, lo que, absurdo y todo, pudo haber hecho pensar a alguien. Después, las demás cosas encajaron y allí estaba usted.

Evan puso su mano sobre la de Kalila.

—Tengo que saber quién fue; necesito saberlo.

—Pero si lo sabemos —dijo ella, como viendo algo que debería haber visto antes —. Un tipo rubio con acento europeo.

—¿Por qué?

Kendrick retiró la mano mientras la pregunta le estallaba en la garganta.

Kalila lo miró, compasiva, pero bajo la preocupación seguía presente en sus ojos aquella fría inteligencia analítica.

—La respuesta a eso tiene que ser su principal preocupación, Evan, pero yo tengo otro problema y por eso estoy asustada.

—No comprendo.

—Quienquiera que fuese el hombre rubio, a quienquiera que represente, ahondó mucho en nuestros sótanos y sacó algo que nunca debieron darle. Estoy asombrada,

Evan, petrificada, y esas palabras no son lo bastante fuertes para expresar cómo me siento. No solo por lo que le han hecho a usted, sino por lo que nos han hecho a nosotros. Nos hemos visto comprometidos, hemos sufrido una filtración que debería haber sido imposible. Si ellos, quienesquiera que sean, pueden desenterrarlo a usted de los archivos más escondidos y seguros que tenemos, podrán saber muchas otras cosas a las que nadie debería tener acceso. Donde trabajan personas como yo, eso puede costar muchas vidas, y de maneras muy desagradables.

Kendrick estudió su cara tensa y el temor de sus ojos.

—Lo dice en serio, ¿verdad? Está asustada.

—Como lo estaría usted si supiese los hombres y mujeres que nos ayudan, que confían en nosotros, que arriesgan sus vidas para traernos información. A. diario se preguntan si algo que hicieron o que no hicieron los descubrirá. Muchos se han suicidado porque no podían soportar la tensión, otros se han vuelto locos y desaparecieron en el desierto, prefiriendo morir en paz con su Alá que seguir así. Pero la mayoría siguen porque creen en nosotros, creen que somos sinceros y queremos realmente la paz. Tratan con locos armados a cada paso, y, por mal que estén las cosas, solo gracias a ellos no están peor, no hay mucha más sangre en las calles. Sí; estoy asustada porque muchas de esas personas son amigas mías y de mis padres. La idea de que sean traicionadas, como lo fue usted, y eso es lo que fue usted, Evan, traicionado, hace que me den ganas de arrastrarme hasta los arenales y morir como los que se han vuelto locos. Porque alguien de muy adentro está abriendo nuestros archivos más secretos a alguien de fuera. Lo único que él o ella necesitaban en su caso era un nombre, su nombre, y la gente teme por su vida en Mascate y en Baréin. ¿Cuántos otros nombres pueden proporcionarles? ¿Cuántos otros secretos llegarán a saber?

Evan alargó el brazo, ahora no cubriendo la mano de Kalila sino tomándola, agarrándola.

—Si cree eso, ¿por qué no me ayuda?

—¿Ayudarle?

—Tengo que saber quién me está haciendo esto, y usted averiguar quién lo ha hecho posible. Yo diría que nuestros objetivos coinciden. Tengo a Dennison en mi mano y puedo conseguir una orden de la Casa Blanca para que la dejen quedarse por aquí. En realidad, será Dennison quien se apresure a aprovechar la oportunidad encontrar una fuga; es una de sus obsesiones.

Kalila frunció el entrecejo.

—Las cosas no funcionan así. Además, estaré fuera de mi mundo. Allí lo hago bien, pero fuera de mi elemento, de mi elemento árabe, no soy de los mejores.

—El número uno —la contradijo con firmeza Kendrick—. La considero de primera porque me salvó la vida, y tengo a mi vida por relativamente importante. Y, en segundo lugar como ya dije, posee usted experiencia en campos de los que no sé nada. Me refiero a los procedimientos. Como miembro del Comité de Inteligencia,

me suenan muchas cosas pero no tengo la menor idea de lo que significan. ¡Pero si usted sabe incluso lo que son los «sótanos»! Por favor, en Baréin dijo que deseaba ayudarme. ¡Ayúdeme ahora! ¡Ayúdese a sí misma!

Adrienne Rashad replicó, con sus oscuros ojos buscando fríamente los de él:

—Podría ayudarlo, pero habrá veces en que tenga que hacer lo que yo le diga. ¿Sería capaz?

—No me enloquece saltar desde los puentes o los edificios altos…

—Se trata de decir ciertas cosas, y a ciertas personas. También puede haber ocasiones en que yo no pueda explicarle lo que ocurre. ¿Aceptaría eso?

—Sí, porque la he visto, la he escuchado y confío en usted.

—Gracias. —Le apretó la mano y la soltó—. Tendría que traer a alguien conmigo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque es necesario. Necesitaría un traslado temporal y él puede conseguírmelo sin dar explicaciones. Olvídese de la Casa Blanca; es demasiado peligrosa, demasiado inestable. En segundo lugar, esa persona podría sernos útil en esferas que quedan fuera de mi alcance.

—¿Quién es?

—Mitchell Payton, el director de Proyectos Especiales, un eufemismo por «no haga preguntas».

—¿Puede confiar en él? Quiero decir por completo, sin la menor duda.

—Sin la menor duda. Él me metió en la Agencia.

—Eso no es exactamente un motivo.

—Pero sí el hecho de que le he llamado «tío Mitch» desde que tenía seis años. Era un joven agente de operaciones disfrazado de instructor de la Universidad. Se hizo amigo de mis padres. Mi padre era profesor allí y mi madre es una norteamericana de California, como Mitch.

—¿Le concederá el traslado?

—Sí, naturalmente.

—¿Tan segura está?

—No tiene elección. Como acabo de decirle, alguien esta divulgando una parte de nuestra alma que no está a la venia Esta vez le ha tocado a usted. ¿Quién será el próximo?

25

Mitchell Jarvis Payton era un apuesto universitario de sesenta y tres años que había sido absorbido por la Agencia Central je Inteligencia hacía treinta y cuatro porque encajaba en una descripción que alguien había dado al Departamento de Personal en esa época. Ese alguien había desaparecido en otros empeños, y a Payton no se le había asignado ningún empleo; solo los requisitos exigidos, marcados urgente. Cuando sus futuros patronos se dieron cuenta de que no tenían ninguna tarea concreta para él, era ya demasiado tarde. Había sido contratado por los agresivos reclutadores de la Agencia en Los Ángeles y enviado al cuartel general de la CIA en Langley (Virginia) para ser adoctrinado. Era una situación embarazosa, pues el doctor Payton, en un arrebato de fervor personal y patriótico, había presentado la dimisión, aceptada inmediatamente, al Consejo de Regencia de la Universidad. Fue un comienzo poco prometedor para un hombre cuya carrera iba a desarrollarse tan prometedoramente.

M. J., como lo habían llamado desde que podía recordar, se había doctorado en Estudios Árabes por la Universidad de California, donde posteriormente dio clases. Una radiante mañana recibió la visita de dos caballeros del gobierno que le convencieron de que su país necesitaba con urgencia sus dotes. En cuanto a los detalles, no tenían, *naturalmente*, libertad para hablar, pero, dado que representaban a la esfera más emocionante del funcionariado, suponían que el puesto sería en ultramar, en la zona en que era experto. El joven, soltero, había aprovechado la oportunidad, y cuando se vio en Langley frente a unos superiores perplejos que se preguntaban qué hacer con él, sugirió muy decidido que había roto sus ataduras en Los Ángeles porque había supuesto que cuando menos sería enviado a Egipto. De modo que lo mandaron a El Cairo (*podemos conseguir suficientes observadores en Egipto que atiendan esa condenada lengua*). Había estudiado literatura norteamericana, que eligió porque no sabía que hubiese tanta. Por esa razón una agencia de empleo de Roma, en realidad filial de la CIA, lo había colocado en la Universidad de El Cairo como profesor de literatura norteamericana que hablaba el árabe.

Allí conoció a los Rashad, una encantadora pareja que se convirtió en parte importante de su vida. En la primera reunión de la facultad, Payton se sentó junto al famoso profesor Rashad, y en la pequeña charla previa se enteró de que no había ido a la escuela de graduados en California, sino que se había casado con una condiscípula de M. J. Surgió una profunda amistad, a la vez que florecía la reputación de M. J. dentro de la Agencia Central de Inteligencia. Mediante virtudes que no tenía idea de poseer y que a veces llegaban a asustarlo, descubrió que era un mentiroso excepcionalmente convincente. Llegaron tiempos tormentosos, de alianzas rápidamente cambiantes que tenían que ser controladas, a la vez que se mantenía invisible la creciente penetración norteamericana. M. J. consiguió, gracias a su dominio del árabe y a que comprendió que las personas podían ser motivadas

mediante palabras amables respaldadas por dinero, organizar a varios grupos de facciones opuestas que le informaban de los movimientos de sus respectivos adversarios. A cambio, él les proporcionaba fondos para su causa, gastos sin importancia para la entonces sacrosanta CIA, pero exorbitantes para los magros cofres de los fanáticos. Gracias a sus esfuerzos en El Cairo, Washington evitó algunas situaciones comprometedoras y potencialmente explosivas. De modo que, como es típico en la red de exuniversitarios de la comunidad de Inteligencia de Washington, al verle hacer un trabajo tan bueno donde estaba se olvidaron de la convergencia de factores específicos que le hacían tener éxito allí y lo trajeron a la capital para ver lo que podía hacer aquí. M. J. Payton fue la excepción en una larga lista de fracasos. Sucedió a James Jesús Angleton, el Zorro Gris de las operaciones clandestinas, como director de Proyectos Especiales, y nunca olvidó las palabras de su amigo Rashad:

—Nunca hubieras podido hacerlo, M. J., si te hubieras casado. Tienes la confianza en ti mismo del que nunca ha sido manipulado.

Sin embargo, lo de la manipulación se puso a prueba cuando apareció en Washington la testaruda hija de sus queridos amigos, tan decidida como la había visto siempre. Le había ocurrido algo terrible en Cambridge, Massachusetts, y estaba decidida a consagrar su vida —al menos una parte— a aplacar el odio y la violencia que estaban destrozando su mundo mediterráneo. Nunca dijo al «tío Mitch» lo que le había sucedido —en realidad no era necesario—, pero no estaba dispuesta a admitir una negativa. Estaba capacitada; hablaba tan bien el inglés y el francés como el árabe, y estaba estudiando yiddish y hebreo. M. J. le sugirió el Cuerpo de la Paz, y ella estrelló su bolso contra el suelo frente a su mesa.

—¡No! No soy una niña, tío Mitch, y no tengo esa clase de impulsos caritativos. Solo me preocupa el sitio de donde vengo, donde nací. ¡Si no quieres utilizarme, encontraré a otros que lo hagan!

—Podrían ser quienes menos esperes, Adrienne.

—Entonces no me dejes marchar. ¡Contrátame!

—Tendré que hablar con tus padres.

—¡No puedes! Están retirados y viven en el norte, en Baltim-on-the Sea. Solo serviría para que se preocupasen por mí y crearse problemas. Encuéntrame trabajo como traductora, o un puesto de consejera volante con unos exportadores… ¡Puedes hacerlo! ¡Venga, tío Mitch, que tú eras instructor en la Universidad solo a ratos y nunca dijimos nada!

—Tú no lo sabías.

—¡Que te crees tú eso! Con los susurros que había por toda la casa cuando iba a venir un *amigo* del tío Mitch y yo tenía que quedarme en mi cuarto, y después, una noche, cuando de repente aparecieron tres hombres, todos con la pistola al cinto, a los que nunca había visto…

—Eran emergencias. Tu padre lo comprendía.

—Entonces compréndeme tú ahora. ¡Tengo que hacerlo!

—Está bien —consintió M. J. Payton—. Pero entiéndeme, señorita. Tendrás que seguir un curso acelerado en Fairfax, en un sitio que no figura en ningún mapa. Si no lo apruebas, no podré ayudarte.

—De acuerdo —había dicho Adrienne Kalila Rashad, sonriendo—. ¿Quieres apostar?

—Contigo, no, tigresa. Vamos a almorzar. ¿Tú no bebes, verdad?

—La verdad es que no.

—Yo sí, y voy a beber, pero no apostaré contigo.

Y fue bueno para su cartera no hacerlo. La candidata número 1344 acabó el agotador curso de diez semanas en Fairfax, en Virginia, a la cabeza de la clase. ¡Vaya con la liberación de la mujer! Superó a veintiséis hombres. Claro que, pensó su «tío Mitch», tenía un motivo: su mitad árabe.

Todo eso había sido hacía más de nueve años. Pero ahora, en esta tarde de viernes, casi una década después, Mitchell Jarvis Payton estaba perplejo. La agente Adrienne Rashad, destinada al sector del Mediterráneo occidental, puesto de El Cairo, acababa de llamarlo desde un teléfono público del hotel Hilton. ¿Qué estaría haciendo en Washington? ¿Con permiso de quién había abandonado su puesto? Todos los agentes destinados en Proyectos Especiales, y muy en especial *este*, tenían que recibir las órdenes a través de él. ¡Era increíble! Y el hecho de que no viniese a Langley sino que se empeñase en encontrarse con él en un apartado restaurante de Arlington lo calmaba precisamente los nervios de M. J. Sobre todo después de lo que le había dicho: «Es absolutamente vital que no lo encuentre con nadie conocido, o que pueda conocerme, tío Mitch». Aparte el tono inquietante de sus palabras, hacía años no le llamaba tío Mitch, desde que estaba en la Universidad. Su «sobrina» estaba preocupada.

Milos Varak se apeó del avión en Durango, en el estado de Colorado, y atravesó la terminal hasta el mostrador de la agencia de alquiler de automóviles. Enseñó un falso permiso de conducir y una falsa tarjeta de crédito a juego, firmó el contrato, recogió las llaves y le indicaron el solar donde le esperaba el coche. En su cartera llevaba un mapa detallado del sudoeste de Colorado, que indicaba cosas tales como las maravillas del Parque Nacional de Mesa Verde y reseñaba hoteles, moteles y restaurantes, la mayoría de los cuales estaban en ciudades como Cortez, Hesperus, Marvel y, más al este, Durango, o en sus alrededores. La zona menos detallada era un punto llamado propiamente Mesa Verde, pues lo de «ciudad» no le resultaba aplicable. Se trataba de un lugar geográfico existente más en la mente de las personas que en los libros. Una tienda donde vendían de todo, una peluquería, un pequeño aeropuerto privado y un café llamado Gee-Gee’s constituían su industria. Por Mesa Verde se pasaba, no se vivía allí. Existía para comodidad de granjeros, peones y los inveterados viajeros que invariablemente se perdían por tomar las pintorescas

carreteras que conducían a Nuevo México y Arizona. La existencia del aeropuerto se explicaba porque una docena de terratenientes privilegiados se había construido mansiones en el campo y, simplemente, lo necesitaban. Rara vez veían el tramo de carretera donde estaban la tienda, la peluquería y Gee-Gee’s. Lo que necesitaban se lo traían en avión de Denver, Las Vegas y Beverly Hills; de ahí el aeropuerto. La excepción era el congresista Evan Kendrick, que, sorprendentemente, se había presentado a un cargo público. Había cometido el error de creer que Mesa Verde podía producir votos, lo que hubiera ocurrido si las elecciones se hubiesen celebrado al sur del río Grande.

Sin embargo, Varak necesitaba con urgencia ver ese tramo de carretera a la que la gente del lugar llamaba Mesa Verde, o simplemente el llano Verde, como decía Weingrass. Necesitaba ver cómo vestían los hombres, cómo andaban, lo que las fatigas del trabajo en el campo habían producido en sus cuerpos, sus músculos y sus posturas. Durante las siguientes veinticuatro o, cuando más, cuarenta y ocho horas tendría que mezclarse con ellos. Milos debía hacer un trabajo que en cierto sentido le entristecía lo indecible, pero no tenía más remedio. Si había un traidor a Inver Brass, dentro de Inver Brass, Varak tenía que encontrarlo… o encontrarla.

Al cabo de una hora y treinta y cinco minutos de conducir, dio con el café llamado Gee-Gee’s. No podía entrar vestido como estaba; de modo que aparcó, se quitó la chaqueta y entró en la tienda que divisó al otro lado de la calle.

—¿No le he visto antes? —dijo el viejo dueño, volviendo la cabeza mientras amontonaba bolsas de arroz sobre una estañaría—. Siempre gusta ver caras nuevas. ¿Va a Nuevo México? Yo le diré el camino. No hace falta que compre nada. Siempre le digo eso a la gente, pero creen que tienen que soltar dinero cuando solo necesitan una dirección.

—Es usted muy amable, pero me temo que yo sí debo soltar dinero; no mío, por supuesto, de mi patrón. Es una coincidencia, pero voy a comprar unas bolsas de arroz. Lo olvidaron en el envío de Denver.

—Ah, es uno de los peces gordos de las colinas. Coja lo que quiera, hijo… Al contado, por supuesto. A mi edad ya no reparto.

—Nunca lo he pensado.

—Es usted extranjero.

—Escandinavo. Estoy solo provisionalmente, mientras se pone bueno el chófer.

Milos cogió tres bolsas de arroz y las llevó al mostrador. El dueño siguió hacia la caja registradora.

—¿Para quién trabaja?

—En casa de Kendrick, pero él no me conoce…

—Eh, ¿qué le parece lo del joven Evan? ¡Nuestro diputado el héroe de Omán! Le aseguro que le hace a uno sentirse orgulloso, como dice el presidente. Ha venido un par de veces por aquí, quizá tres o cuatro. Es una persona estupenda, tan sencillo.

—Me temo que no lo conozco.

—Pero, si está usted en la casa, conocerá al viejo Manny. ¡Menudo tipo! ¡Le digo que ese judío loco es algo extraordinario!

—¡Vaya si lo es!

—Seis dólares y treinta y un centavos, hijo. Deje el penique si no lo tiene.

—Estoy seguro de que tengo… —Varak se buscó en el bolsillo—. ¿Viene el señor… Manny a menudo por aquí?

—Algunas veces. Dos o tres al mes. Viene con una de esas enfermeras suyas, y tan pronto como ella vuelve la espalda se mete en el Gee-Gee's. Qué tipo. Aquí tiene la vuelta, hijo.

—Gracias.

Milos cogió las bolsas de arroz y se volvió hacia la puerta, Pero las siguientes palabras del dueño le hicieron detenerse.

—Aunque me figuro que esas chicas deben de haberse chivado, porque parece que Evan está vigilando algo más a su viejo amigo. Pero supongo que ya lo sabe.

—Sí, claro —dijo Varak, volviéndose a mirar al hombre y sonriendo—. ¿Cómo se enteró?

—Ayer. Con todo el jaleo que había en la casa, Manny cogió el taxi de Jake para que lo llevase al Gee-Gee's. Yo lo vi, de modo que fui a la puerta y le grité algo sobre lo grande que era la noticia, ya sabe. Él me gritó también algo y entró. Fue entonces cuando vi al otro coche, que venía muy despacio por la calle con un tipo hablando por teléfono, ya sabe, uno de esos teléfonos de coche. Aparcó enfrente del Gee-Gee's y se quedó allí, vigilando la puerta. Más tarde volvió a hablar por el teléfono y minutos después se apeó y entró donde González, No había entrado nadie más, de modo que fue entonces cuando me figuré que estaba vigilando a Manny.

—Les advertiré que tengan más cuidado —dijo Milos sin dejar de sonreír—. Pero, solo para estar seguro de que hablamos del mismo hombre, o de uno de ellos, ¿qué aspecto tenía?

—Era un tipo de ciudad. Ropa fina y repeinado.

—¿Pelo oscuro, entonces?

—No, algo rojizo.

—¿Ah, era él? —dijo Varak del modo más convincente—. Aproximadamente de mi estatura…

—No; yo diría que un poco más alto, quizá más que un poco.

—Sí, claro. Me imagino que a menudo nos creemos más altos de lo que somos. Es bastante delgado, o quizá sea la estatura…

—El mismo. No tiene mucha carne en los huesos. No es como usted, no señor.

—Debía de conducir el Lincoln marrón.

—A mí me pareció azul, y grande, pero ya no distingo unos coches de otros. Todos me parecen lo mismo, como bichos molestos.

—Bueno; gracias. Diré a esa gente que sean más discretos. No querríamos que Manny se disgustase.

—Ah, no se preocupe de que yo pueda decírselo. Sufrió una grave operación, y si el joven Evan cree que necesita mayor vigilancia, estoy con él. Me refiero a que ese Manny es imposible; Gee-Gee incluso le agua el *whisky* cuando puede.

—Le repito las gracias. Informaré al congresista de su espléndida cooperación.

—Creí que no lo conocía…

—Cuando lo conozca.

Milos Varak puso en marcha el coche alquilado y bajó por el tramo de carretera, dejando atrás la tienda, la peluquería y el café de Gee-Gee. *Un hombre alto y delgado con pelo rojizo repeinado y que conduce un gran sedán azul*. Había empezado la caza.

—¡No lo creo! —susurró Mitchell Jarvis Payton.

—Créelo, M. J. —dijo Adrienne Rashad por encima del mantel a cuadros rojos, en la parte trasera del restaurante italiano de Arlington—. ¿Qué sabías realmente de Omán?

—Fue una operación Cuatro-Cero a cargo de Estado y con Lester Crawford como enlace. Crawford necesitó una lista de nuestra gente mejor y con el máximo abanico de contactos en la cuenca sudoeste. Es todo lo que sé. Podría haber otros más calificados que tú, pero no en lo que se refiere a los contactos.

—Debiste suponer que la operación tenía que ver con los rehenes.

—Desde luego; todos lo pensamos, y, si te digo la verdad, fue un tormento. Tu amistad con Ahmat y su esposa no era un secreto para mí, y tuve que suponer que también otros lo sabían. No quería dar tu nombre a Les, pero tu pasado trabajo con Proyectos lo aconsejaba y tus lazos con la familia real lo exigían. También me daba cuenta de que si te dejaba fuera por motivos personales y llegabas a saberlo, pedirías mi cabeza.

—Desde luego que sí.

—Sin embargo, confesaré un pecado venial. Cuando todo terminó, fui al despacho de Crawford y le dije que comprendía las normas, pero necesitaba saber que estabas bien. Me miró con sus ojos de pez y me dijo que habías vuelto a El Cairo. Creo que hasta eso lo dejó preocupado. ¡Y ahora me dices que toda la condenada operación fue descubierta por uno de los nuestros! ¡Una estrategia Cuatro-Cero no puede ser revelada durante años, a menudo durante décadas! Hay documentos que se remontan a la segunda guerra mundial y que no verán la luz hasta mediado el siglo próximo, si la ven para entonces.

—¿Quién controla esos documentos, M. J., esos archivos?

—Son enviados al olvido, almacenados por todo el país en sitios al cuidado de conservadores oficiales, con guardias armados y sistemas de alarma tan modernos que comunican instantáneamente con Washington, nos dan la alerta aquí, así como en los departamentos de Estado y de Defensa y en los gabinetes de estrategia de la Casa

Blanca. Naturalmente, durante los últimos veintitantos años, con la proliferación de las computadoras, la mayoría han sido almacenados en bancos de datos, con claves de acceso que tienen que ser coordinadas entre un mínimo de tres servicios de Inteligencia y el Despacho Oval. Cuando los documentos se consideran vitales, son Precintados y empaquetados. El olvido, querida. Están a toda prueba.

—Es evidente que no.

—Sí, cuando esos documentos llegan al nivel de los controles de seguridad. De modo que creo que será mejor que me digas todo lo que sabes y todo lo que te contó el congresista. Porque si lo que dices es cierto, tenemos a un bastardo en algún lugar entre la decisión de máximo secreto y los bancos datos.

Adrienne Kalila Rashad se recostó en su asiento y habló. No ocultó, al que fuera un día y sería ya siempre su tío Mitch ni siquiera el incidente sexual ocurrido en Baréin.

—No puedo decir que lo lamento, ni profesionalmente ni de otro modo, M. J. Estábamos los dos en tensión y asustados y, francamente, él es un tipo de lo más decente… en el fondo, bueno, eso creo. Lo confirmé esta mañana en Maryland.

—¿En la cama?

—No, por Dios. En lo que dijo, lo que está tratando de hacer. Por qué hizo lo que hizo, por qué incluso se presentó a las elecciones y ahora quiere dejarlo, como ya te he contado. Estoy segura de que tiene muchos defectos, pero también una cólera muy saludable.

—Me parece detectar en mi «sobrina» ciertos sentimientos que he deseado ver durante mucho, mucho tiempo.

—Sí, están ahí, sería una hipócrita si lo negase, pero dudo que haya nada permanente. En cierto sentido, somos iguales. Solo son imaginaciones, pero creo que estamos los dos más pendientes de lo que tenemos que hacer, cada uno por su lado, que de lo que el otro necesita. Sin embargo me gusta, M. J., me gusta de veras. Me hace reír, y no solo de él, sino con él.

—Eso es muy importante. Nunca he encontrado a ninguna que fuera verdaderamente capaz de hacerme reír… *con* ella. Por supuesto, la culpa es mía. Soy demasiado exigente y lo estoy pagando.

—Tú no tienes culpas ni defectos. Tú eres mi tío Mitch y no quiero oír eso.

—Tu padre siempre hacía reír a tu madre. A veces yo los envidiaba, a pesar de los problemas a los que tenían que hacer frente. Siempre la hacía reír.

—Era un mecanismo de defensa. Mamá no olvidaba que si él decía la palabra de repudio tres veces, tendría que irse.

—Tonterías. La adoraba.

Después, como si no se hubiesen apartado de la crisis de Mascate, Payton volvió a ella.

—Para empezar, ¿por qué insistió Kendrick en el anonimato? Ya sé que me lo has dicho, pero repítemelo, ¿quieres?

—Pareces desconfiar y no hay por qué. Es una explicación perfectamente lógica. Intentaba volver para continuar donde lo había dejado hacía cinco… seis años. No podía hacerlo llevando en sus hombros el peso de lo ocurrido, ni puede hacerlo ahora porque todos piden su cabeza, desde los fanáticos palestinos hasta Ahmat y todos los que le ayudaron y están con un susto de muerte de que llegue a saberse. Lo que ha pasado durante estos últimos años demuestra que tenía razón. Ahora quiere volver y no puede. No se lo permitirán.

Payton volvió a fruncir el entrecejo, con la tristeza reemplazada ahora por una fría curiosidad que bordeaba la duda.

—Sí; eso lo entiendo, querida, pero solo tienes su palabra je que quería volver, de que necesita volver.

—Yo le creo.

—Y puede que también él lo crea, tras haber cambiado de opinión después de pensarlo más a fondo.

—No entiendo una palabra, M. J. ¿Qué quieres decir?

—Quizá sea algo de poca importancia, pero creo que vale la pena considerarlo. Un hombre que quiere desaparecer de Washington, desaparecer de verdad, y no abrir un bufete, una firma de relaciones públicas o alguna otra versión del tráfico de influencias, no suele batallar con los pesos pesados del Pentágono en audiencias de comité televisadas, o aparecer en un programa dominical en cadena que cuenta con la máxima audiencia del país, o sostener una provocadora conferencia de prensa que le garantiza una amplia difusión. Ni continúa siendo la bestia negra de un subcomité de Inteligencia, haciendo preguntas difíciles que pueden no promocionar su nombre a los ojos del público, pero sí hacerlo circular por toda la capital. Tomadas en conjunto, esas actividades no son propias de un hombre ansioso por abandonar la política o las recompensas que esta puede ofrecer. ¿No te parece que hay cierta inconsecuencia?

—Le pregunté sobre todo eso, al principio incluso acusándolo de querer hacerme servir de testigo ocular y de ser un caso grave de ambición política. Lo negó todo e insistió con vehemencia en que lo único que quería era salir de Washington.

—Ahí podría estar la clave —suspiró Payton—. Ese individuo triunfador, y él es ante todo un individualista, lo he visto por mí mismo, se contagia de nuestro virus del Potomac y se dice: «Vamos allá», utilizando todas sus bazas, incluido lo que hizo en Omán. Después se despierta y piensa: Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Qué voy a hacer? ¡Mi sitio no está entre esta gente! No sería la primera vez, ¿sabes? He perdido en esta ciudad a muchos excelentes hombres y mujeres que llegaron a esa misma conclusión, que su sitio no estaba aquí. La mayoría son personas orgullosamente independientes que creen en sus juicios, generalmente confirmados por el éxito en uno u otro campo. A menos que deseen el poder por el Poder, cosa que tu instinto parece descartar en el caso de Kendrick, y yo creo en tu instinto, esas personas se impacientan con los interminables laberintos del debate y el compromiso que forman la base de nuestro sistema. ¿Podría nuestro congresista ser alguien así?

—Yo diría que sin la menor duda, pero también es solo instinto.

—Entonces, ¿no es posible que tu atractivo caballero…?

—Oh, vamos, M. J. Eso es tan antediluviano… —Sustituyo con ello a una expresión que me niego a emplear con mi sobrina.

—Acepto tu versión de la cortesía.

—Simple decoro, querida. Pero ¿no es posible que tu amigo despertase y se dijese: he cometido una terrible equivocación al convertirme en un héroe y ahora tengo que deshacerlo?

—Lo sería si fuese un mentiroso, pero no creo que lo sea.

—Aun así, te das cuenta de lo inconsecuente de su comportamiento, ¿no? Actúa de un modo y después pretende ser lo contrario.

—Lo que dices es que sus protestas son excesivas y yo digo que no, porque no está mintiendo, ni a sí mismo ni a mí.

—Estoy explorando todos los caminos antes de buscar a un bastardo que, si estás en lo cierto, fue abordado por otro bastardo, un tipo rubio. ¿Te dijo Kendrick por qué la tomó en público con el Pentágono y con toda la industria de defensa, por no hablar de sus críticas, no tan públicas pero muy difundidas, a nuestros servicios de Inteligencia?

—Porque tenía motivos para decir esas cosas y creía que debían ser dichas.

—¿Así, sin más? ¿Es esa su explicación?

—Sí.

—Pero, para empezar, tuvo que conseguir los puestos que le dieron la oportunidad de hablar. El comité Partridge, el subcomité de Inteligencia, son políticamente sitios codiciados, y eso es poco decir. Por cada uno de esos puestos hay cuatrocientos congresistas que venderían a su mujer a cambio del nombramiento. No es algo que le caiga del cielo a un diputado; hay que trabajárselo, hay que luchar por ello. ¿Cómo explica eso?

—No puede. Simplemente, le cayeron del cielo. Más que pelear por ellos, lo que hizo fue luchar por no aceptarlos.

—¿*Cómo*? —exclamó M. J. Payton, asombrado.

—Me dijo que si no le creía debería ir a hablar con su principal ayudante, que tuvo que forzarlo para que aceptase el nombramiento de Partridge, y después a ver al *speaker* de la Cámara y preguntar a ese viejo zorro irlandés lo que le dijo Evan que podía hacer con su subcomité. No quería ninguno de los dos cargos, pero le explicaron que si no los aceptaba no tendría voz para designar a su sucesor en su distrito de Colorado. Eso es importante para él; fue por lo que aspiró al puesto. Se libró de un calamidad del partido y no quería que otro ocupase su lugar.

Payton se recostó lentamente en su asiento, se llevó la mano a la barbilla y entornó los ojos. A lo largo de los años, Adrienne Rashad había aprendido cuándo debía guardar silencio y no interrumpir los pensamientos de su mentor. Ahora hizo ambas cosas, preparada para oír diversas respuestas, pero no la que oyó.

—Eso es diferente, querida. Si no recuerdo mal, le dijiste a Kendrick que creías que estaba siendo sacado a la luz por alguien que lo consideraba merecedor del reconocimiento público por lo que hizo. La cosa tiene mucho más calado, me temo. Nuestro congresista está siendo programado.

—¡Dios mío! ¿Para qué?

—No lo sé, pero creo que sería mejor intentar averiguarlo. Sin ruido y con toda clase de precauciones. Estamos tratando con algo bastante extraordinario.

Varak vio el gran sedán azul oscuro. Estaba aparcado cerca de la serpenteante carretera bordeada de árboles abierta en el bosque varios cientos de metros al oeste de la casa de Kendrick, y vacío. Había pasado junto a los impresionantes terrenos del congresista, sometidos todavía a un mitigado asedio por parte de unos cuantos reporteros, y pensaba dirigirse al norte, camino de un motel en las afueras de Cortez. Sin embargo, la visión del vehículo azul le hizo cambiar de idea. Continuó hasta pasar la siguiente curva y metió el coche en una pequeña espesura que había frente a los árboles. En el asiento, a su lado, llevaba el maletín. Lo abrió y sacó lo que creía que podía necesitar: algunas, cosas imprescindibles; otras, solo en previsión. Las puso en sus bolsillos, se apeó, cerró sin hacer ruido y retrocedió hacia donde estaba el sedán azul. Se acercó a la puerta más cercana al bosque y estudió el vehículo en busca de trampas, de disparadores que pudiesen desencadenar una alarma si alguien andaba en la cerradura o hacía presión en las puertas, e incluso de haces luminosos que iban de las ruedas con radios delanteras a las traseras y que eran activados por cualquier objeto sólido que incidiese en ellos.

Encontró dos de las tres cosas que buscaba, una de ellas tan seria que le dijo algo: en ese automóvil había secretos mucho más valiosos que la ropa, las joyas e incluso los documentos de negocios confidenciales. Habían perforado y repintado a lo largo de los marcos inferiores de las ventanillas una fila de diminutos agujeros. Eran surtidores que despedían un vapor no letal capaz de inmovilizar a cualquier intruso durante un tiempo considerable. Habían sido ideados y perfeccionados inicialmente para los diplomáticos destinados en países revolucionarios, donde era casi tan importante interrogar a los atacantes como salvar vidas. Podían ser puestos en marcha por el conductor durante un ataque o por el sistema de alarma cuando el coche no estaba ocupado. Estaban siendo vendidos a los ricos de todo el mundo, y se decía que a los fabricantes los desbordaba la demanda.

Varak miró a su alrededor, fue rápidamente hasta la trasera del sedán, sacó algo del bolsillo y se dejó caer al suelo junto al tubo de escape. Se arrastró debajo del coche y se puso inmediatamente a trabajar. No habían pasado noventa segundos cuando salió, se incorporó y se adentró corriendo en el bosque. La caza había comenzado y empezaba la espera.

Cuarenta y un minutos después vio a una figura alta y delgada llegar por la

carretera. Llevaba un traje oscuro y el abrigo abierto dejaba ver la chaqueta. Iba bien peinado, y su pelo era más rojo que castaño. Alguien, pensó Milos, le debería dar una lección sobre tácticas cosméticas básicas. Uno nunca permite a sus ayudantes entrar en campaña con el pelo rojo; era algo insensato. El hombre procedió a abrir primero la puerta delantera derecha. Después rodeó el capó y abrió el lado del conductor. Sin embargo, antes se agachó hasta quedar fuera de la vista, al parecer donde había un tercer disparador, volvió a incorporarse, subió al coche y lo puso en marcha.

El potente motor tosió repetidamente, y después, de pronto, hubo un fuerte ruido debajo del chasis y una expulsión de humo, seguida por un estallido metálico. El silenciador y el tubo de escape habían saltado en pedazos, acompañados por una explosión de vapor alrededor del vehículo. Varak, con un pañuelo ante la cara, se agachó, y esperó a que se disipasen las nubes, que se agarraban a los árboles camino del cielo. Lentamente, se puso en pie.

El conductor, con una mascarilla quirúrgica en la cara y empuñando una pistola, observaba también las nubes que ascendían, mientras giraba repetidamente en su asiento oteando en todas direcciones por temor a un asalto. No lo hubo, y su confusión se hizo evidente. Cogió el teléfono del coche, después vaciló; Milos comprendió. Si el problema era un simple fallo mecánico y hablaba con sus controles, que podían estar a treinta, a trescientos o a tres mil kilómetros de allí, se llevaría la gran bronca. Dejó el teléfono y embragó. El estrépito fue tal que renunció inmediatamente. No se llama la atención hacia semejante vehículo en ningún sitio y en ningún momento; se elige otra alternativa, como telefonear a un taller y ser remolcado hasta él para una simple reparación externa. Y sin embargo… Comenzó otro período de espera. Duró casi veinte minutos. A pesar del pelo rojo, aquel hombre era un profesional. Convencido al parecer de que no iba a haber ningún ataque, salió cautelosamente del coche y fue hacia la parte trasera. Con la pistola en una mano y una linterna en la otra, continuó mirando en todas direcciones, mientras Varak avanzaba arrastrándose silenciosamente por entre la maleza.

De pronto, el pelirrojo se agachó y lanzó el rayo de luz hacia los bajos. Milos sabía que disponía solo de unos segundos para llegar al borde de la carretera antes de que el tipo descubriese el plástico expandible con el calor que había introducido en el tubo de escape, o notase las señales que había hecho en el silenciador la pequeña sierra de borde de diamante. El momento llegó mientras Varak separaba el follaje a pocos metros del hombre que miraba agachado.

—¡Maldición! —estalló el flaco y bien vestido pelirrojo, dando un salto atrás y girando primero a su derecha y después a su izquierda mientras apuntaba con su automática, dando la espalda a Milos.

El checo levantó el tercer objeto que había cogido del maletín; era una pistola de dardos propulsada por CO_2. Volvió a separar las hojas que tenía enfrente y rápidamente disparó. El dardo narcotizante alcanzó su objetivo y se incrustó en la nuca del hombre. El pelirrojo giró violentamente, dejando caer la linterna, mientras

trataba con desesperación de alcanzar la aguja para arrancarla. Cuanto más frenéticos eran sus movimientos, más rápidamente afluía la sangre a su cabeza, acelerando así la circulación del suero. Bastaron ocho segundos. El hombre cayó al suelo, luchando contra los efectos inevitables, y finalmente quedó tendido inmóvil sobre la carretera. Varak salió del bosque, arrastró rápidamente hasta allí al pelirrojo y volvió por la pistola y la linterna. Después procedió a registrarlo en busca de documentación, sin duda falsa.

¿Falsa? La figura inconsciente que tenía a sus pies era un agente especial del FBI y en sus documentos figuraba la unidad a la que había sido asignado hacía dos meses y diez días, al siguiente de la reunión de Inver Brass en Cynwid Hollow (Maryland).

Milos arrancó el dardo, sacó al hombre a la carretera y lo puso al volante del sedán azul. Escondió la linterna y la pistola debajo del asiento, cerró la puerta y volvió a su coche alquilado, más allá de la curva. Tenía que encontrar un teléfono y llamar a Washington a un hombre del FBI.

—No tenemos información sobre esa unidad —dijo el contacto de Varak en el FBI—. Es un asunto de la administración. El origen está en California; en San Diego, creo.

—No hay ninguna Casa Blanca en California.

—Pero sí otra «casa», por si lo has olvidado.

—¿Qué?

—Antes de continuar, Checkman, vamos a necesitar que nos des algunos datos. Se refieren a una operación de Praga que está recogiendo frutos por aquí. Es algo de poca importancia, pero irritante. ¿Nos ayudaréis?

—Desde luego. Buscaré a alguien que pueda hacerlo. Y ahora, ¿qué *casa* es esa de San Diego que puede hacer que el FBI forme una unidad especial?

—Muy sencillo. Pertenece al vicepresidente de Estados Unidos.

—Entonces ya están de acuerdo. El congresista Evan Kendrick será el próximo vicepresidente de Estados Unidos. Se convertirá en presidente once meses después de las elecciones.

En silencio, Varak colgó el teléfono.

26

Habían pasado cinco semanas desde la calamitosa ceremonia en el Salón Azul de la Casa Blanca, calamidad incrementada por los constantes intentos del maestro de ceremonias Dennison de atraer la atención de todos sobre el que imponía la Medalla de la Libertad y no sobre quien la recibía. El director de la banda de la Marina había leído mal sus instrucciones. En vez de tocar en pianísimo *America the Beautiful* como fondo para la perorata del presidente, se lanzó a una versión en fortísimo de *Stars and Stripes* que estuvo a punto de ahogar la voz del jefe del Estado. Solo cuando el congresista Kendrick se adelantó para recibir la condecoración y expresar su agradecimiento atacó la banda los acordes de la canción, con una dulzura que añadió impacto emocional a las modestas palabras del condecorado. Ante la cólera de Dennison, Kendrick se había negado a leer el breve discurso que le había facilitado diez minutos antes de la ceremonia, de modo que en vez de ensalzar la «secreta pero extraordinaria ayuda» del presidente, dio las gracias a todos los que no podía mencionar por su nombre por salvarle la vida y solucionar la crisis de Mascate. Ese momento en concreto fue embarazosamente subrayado por un «¡Dios mío!» susurrado con fuerza desde las filas de los ayudantes de Langford Jennings que ocupaban el estrado.

El insulto final al maestro de ceremonias fue provocado por él mismo. Durante la breve sesión fotográfica, en la que no se permitió hacer preguntas debido a la estrategia antiterrorista, Herbert Dennison sacó con aire ausente un botellín de Maalox del bolsillo y bebió de él. De repente las cámaras le apuntaron, estallaron los *flashes* y el presidente se volvió y miró. Era demasiado para el jefe de gabinete, que derramó el líquido, de un blanco de cal, sobre la chaqueta de su traje oscuro.

Al terminar, Langford Jennings, llevando a Evan cogido por los hombros, había salido de la sala hacia el pasillo alfombrado.

—¡Ha estado muy bien, congresista! —le dijo—, excepto por parte de cierto individuo que se supone que se ocupa de estas cosas.

—Está sometido a un montón de presiones. Yo no sería demasiado duro con él.

—¿Con Herb? —dijo Jennings en tono confidencial—. ¿Y tener que hacer lo que él hace? De ningún modo. Creo que le dio algo para leer y usted no hizo caso.

—Me temo que así fue.

—Hizo bien. Habría parecido un montaje de lo más barato. Gracias, Evan.

—No hay de qué —dijo Kendrick a aquel hombretón carismático que no cesaba de sorprenderlo.

Las cinco semanas que siguieron fueron como él pensaba que serían. Los medios de información se lo disputaban. Pero mantuvo la palabra dada a Herbert Dennison y seguiría manteniéndola. Rechazó las entrevistas, alegando simplemente que si aceptaba una se vería obligado a aceptarlas todas, y eso supondría no poder servir adecuadamente a su distrito, un distrito que, digamos de paso, seguía conservando.

Las elecciones de noviembre en su distrito de Colorado no fueron más que un ritual; dadas las circunstancias, la oposición no consiguió siquiera encontrar un candidato. En cuanto a los medios de información, unos fueron más concisos que otros.

—Grandísimo hijo de perra —le había dicho para provocarlo el temible Ernest Foxley, del programa que llevaba su nombre—. Yo le di su primera oportunidad, su primera aparición decente.

—Creo que no lo entiende. Nunca quise ninguna oportunidad, ninguna aparición.

A lo que el comentarista replicó, al cabo de una pausa:

—¿Sabe lo que le digo? Que le creo, aunque no sé por qué.

—Porque le estoy diciendo la verdad y usted entiende de esto.

—Gracias, muchacho. Haré correr la voz y trataré de retirar a los sabuesos; pero no nos dé más sorpresas, ¿de acuerdo?

No había sorpresas que dar a nadie, pensaba Kendrick, furioso, mientras conducía en pleno campo de Virginia a primeras horas de una tarde de diciembre. Su casa de Fairfax se había convertido en una auténtica base de operaciones para Kalila, tras rodear a la propiedad de todo lo necesario por medio de Mitchell Payton, el de la CIA. El director de Proyectos Especiales había empezado por ordenar la construcción en la parte delantera de la finca de un alto muro de ladrillo, en el que se abría una ancha puerta blanca de hierro forjado accionada electrónicamente. Rodeando la propiedad y hundida en la tierra colocaron una cerca anticiclones igualmente alta, de un metal verde tan grueso que haría falta un explosivo, un soplete o una sierra para metales manejada furiosamente para pasar a través de ella, lo que obligaría a los invasores a hacer ruidos fácilmente audibles por la unidad de guardia Payton había instalado después en el estudio de Evan un teléfono de «barrido» continuo, con extensiones luminosas en otras varias habitaciones que avisaban a quien las veía de que debía acudir lo más rápidamente posible al aparato. Junto al teléfono habían colocado un ordenador de comunicaciones acoplado a un *modem*, un compatibilizador que transmitía los datos de la computadora únicamente al despacho privado del director. Cuando tenía información que necesitaba que evaluasen Kalila o el congresista, era transmitida inmediatamente, y se descifraban y quemaban todos los papeles.

De acuerdo con las instrucciones públicas del presidente, Proyectos Especiales había actuado rápidamente y asumido la responsabilidad de todas las medidas de seguridad montadas para proteger al héroe de Omán de las represalias terroristas. A Kendrick le impresionó, inicialmente a causa de los dispositivos de seguridad. Una hora después de que la limusina presidencial lo hubiese sacado de la finca de Maryland, Mitchell Payton tenía un control total de sus movimientos, y en cierto sentido de su vida. El equipo de comunicaciones vino más tarde, bastante más, con un retraso provocado por la obstinación de Kalila. Se había resistido a la idea de mudarse a casa de Kendrick; pero, tras dieciocho días de hotel y numerosos encuentros a escondidas con Evan y su tío Mitch, este se había plantado.

—¡Maldita sea, querida! No tengo modo de poder justificar el coste de una casa franca para un solo miembro de mi personal, ni diría el motivo aunque pudiese, y desde luego no puedo instalar el equipo que necesitamos en un hotel. Además, he hecho correr oficialmente la voz, desde El Cairo a Washington, de que habías dimitido de la Agencia. No podemos permitirnos seguir teniéndote en el sector, de modo que no creo que tengas elección.

—He estado tratando de convencerla —le había interrumpido Kendrick en el reservado de un restaurante, al otro lado de la frontera de Maryland—. Si lo que te preocupan son las apariencias, haré constar en el *Diario de Sesiones* que ha venido a verme mi tía. ¿Que te parece una tía mayor que se ha sometido a una operación de cirugía estética en la cara?

—Maldito loco… Está bien, lo haré.

—¿Qué equipo? —preguntó Evan, volviéndose a Payton—. ¿Qué necesitas?

—Nada que tú puedas comprar. Y algunas cosas que solo nosotros podemos instalar.

A la mañana siguiente, un camión de reparaciones se detuvo ante la casa. Las patrullas de la Agencia encaminaron a sus ocupantes a los sótanos, y hombres con el uniforme de la compañía telefónica se dispusieron a emprender la faena mientras más de veinte albañiles completaban el muro y otros diez terminaban la impenetrable cerca. Instaladores que trepaban los sucesivos postes fueron tendiendo alambres desde una toma de empalme, y un cable independiente a la terraza de Kendrick. Otros llevaron por el acceso trasero un segundo camión hasta el garaje, donde desembalaron la consola de la computadora y la trasladaron al estudio. Tres horas y veinte minutos más tarde, el equipo de Mitchell Payton estaba instando y funcionando. Esa tarde Evan había recogido a Kalila enfrente de su hotel, en Nebraska Avenue.

—¿Qué tal, tía?

—Necesito un cerrojo en la puerta del cuarto de invitados —fue su réplica, riéndose mientras lanzaba su suave bolso de *nylon* detrás del asiento y subía.

—No te preocupes; nunca me meto con mis viejas parientes.

—Ya lo has hecho, aunque no ahora. —Después se volvió a él y añadió, con una franqueza amable pero firme—: Hablo en serio, Evan. Esto no es Baréin; estamos juntos en el trabajo, no en la cama. ¿De acuerdo?

—¿Era por eso por lo que no querías venir?

—Naturalmente.

—Qué poco me conoces.

—Esa es una de las razones.

—Lo que me lleva a una pregunta que quería hacerte, pero pensé que podías interpretarla mal.

—Adelante.

—Cuando entraste en aquella casa de Maryland el mes pasado, una de las

primeras cosas que mencionaste fue Baréin. Sin embargo, más tarde me dijiste que la casa estaba sembrada de micrófonos, que cualquier cosa que dijésemos la oirían. Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—Porque quería zanjar el tema lo más rápida y completamente posible.

—Lo que significa que otros, las personas autorizadas para leer las transcripciones, iban a sospechar lo que ocurrió.

—Sí, y quería que mi posición quedase clara, que no hubiese equívocos. Lo que dije a continuación tenía ese fin.

—Caso cerrado —dijo Evan, tomando la carretera de circunvalación hacia Virginia.

—Gracias.

—A propósito: les he contado a los Hassan todo sobre ti… Perdón; no todo, por supuesto. Están deseando conocerte.

—Son tu matrimonio de Dubai, ¿verdad?

—Mucho más que eso. Viejos amigos.

—No pretendía rebajarlos. Él es profesor, ¿no?

—Con un poco de suerte, tendrá un puesto en Georgetown o en Princeton la próxima primavera; había un problema de papeleo que ya hemos conseguido solucionar. Y, a propósito de lo pequeño que es el mundo, te diré que venera a tu padre; lo conoció en El Cairo. De modo que vete preparando.

—Se le pasará pronto —dijo Kalila riéndose—. No tardará en saber que no tengo mucho que ver ni con él ni con papá.

—Sabes usar una computadora, ¿no?

—Sí. Lo he hecho con frecuencia.

—Pues yo no. La mujer de Sabri, Kashi, tampoco, y él mucho menos, de modo que tal vez no tengas nada que ver con ninguno de nosotros.

—No te va la coba, Evan. No olvides el cerrojo en la puerta.

Llegaron a la casa, donde Kalila fue recibida calurosamente por Kashi Hassan. Como es costumbre entre las mujeres árabes, al momento eran grandes amigas.

—¿Dónde está Sabri? —había preguntado Kendrick—. Quiero que conozca a Kalila.

—En tu estudio, querido Evan, instruyendo a un caballero de la Agencia Central de Inteligencia en el manejo de la computadora para un caso de emergencia.

Hacía más de tres semanas que el eje Kalila-Langley había entrado en acción, y no estaban más cerca de saber algo nuevo que en la casa estéril de Maryland. Un montón de personas que podían haber tenido acceso —por mínimo que fuese— al expediente de Omán fueron sometidas a los microscopios de la Inteligencia de Payton. Cada paso en el procedimiento de clasificación como máximo secreto fue estudiado, en busca de posibles fallos en el personal. No se encontró ninguno. El informe había sido escrito por Frank Swann, del Departamento de Estado, en colaboración con Lester Crawford, y su mecánica incluía un único procesador de

textos, en el que las mecanógrafas se turnaban a cada millar de palabras y escribían omitiendo todos los nombres propios, que insertaban más tarde Swann y Crawford.

La decisión de clasificarlo como alto secreto había sido tomada mediante *overview*, un resumen sin detalles, pero con las máximas recomendaciones de los secretarios de Estado y Defensa y de la Junta de Jefes, así como de la Agencia Oficial de Inteligencia. Todo ello se llevó a cabo sin que figurasen ni el nombre de Kendrick ni la identidad y nacionalidad de otras personas y unidades militares. La información básica había sido sometida a la aprobación de los comités del Senado y de la Cámara al concluir la crisis, hacía quince meses. Ambas aprobaciones del Congreso se hicieron públicas inmediatamente. Se supuso también que la filtración al *Washington Post* sobre la presencia en Mascate de un norteamericano desconocido procedía de un miembro indiscreto de esos comités.

¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? Volvían a estar como al principio: según todas las reglas lógicas, y por eliminación, el expediente de Omán no estaba al alcance de nadie, y sin embargo había sido robado.

—Hay algo ilógico —fue la conclusión de Payton—. Tenemos un agujero en el sistema y estamos pasándolo por alto.

La decisión de Payton en cuanto a los súbitos nombramientos de Evan para el comité Partridge y el subcomité de Inteligencia había apabullado a Kendrick. Ni al maniobrero Partridge ni al no menos maniobrero *speaker* de la Cámara debía abordarlos directamente. ¿Por qué no?, había objetado Evan. Si era él quien estaba siendo *programado*, tenía derecho a enfrentarse con quienes se prestaban a ello.

—No, congresista —le había dicho Payton—. Si les hicieron chantaje para que te nombrasen, puedes estar seguro de que se pondrán a la defensiva y darán la alarma. Nuestro europeo rubio y la gente para quien trabaja, quienesquiera que sean, se ocultarán aún más. No se tratará ya de pararlos, sino de conseguir encontrarlos. Te recuerdo que lo que nos preocupa es el porqué. ¿Por qué tú, un representante novato y relativamente apolítico de un oscuro distrito de Colorado, estás siendo empujado al centro de la política nacional?

—Eso se ha calmado.

—Se nota que ves poco la televisión —había dicho Kalila—. Dos emisoras por cable dieron retrospectivas sobre ti la semana pasada.

—¿Cómo?

—No te lo dije, ¿para qué? Solo hubiera servido para enfadarte.

Kendrick bajó el cristal de la ventanilla del Mercedes y sacó el brazo.

La unidad móvil gubernamental que lo seguía era nueva, y el viraje para entrar en la carretera rural estaba a la mitad de una larga curva en medio del bosque y había que hacerlo casi a ciegas. Estaba previniendo a sus guardianes, y pensó que había en ello no poca ironía. Sus pensamientos volvieron al «cochino enigma», como habían dado en llamar Kalila y él a aquel lío tan escurridizo que le había estropeado la vida. Mitch Payton —ahora eran siempre «Mitch» y «Evan»— había venido desde Langley

la otra noche.

—Estamos trabajando en algo nuevo —les dijo el director de Proyectos Especiales—. Dando por supuesto que el europeo e Swann tuvo que hablar con muchas personas para reunir la información que tenía sobre ti, también nosotros estamos reuniendo algunos datos. Quizá te ofendas, pero estamos investigando tu pasado.

—¿Cuántos años?

—Hemos empezado a los dieciocho, pues las posibilidades de que algo anterior tenga importancia son muy remotas.

—¿Dieciocho? ¡Dios! ¿Es que no hay nada sagrado?

—¿Quieres que lo haya? En tal caso, lo suspenderé.

—No, por supuesto que no. Es solo una especie de *shock*. ¿Puedes conseguir esa clase de información?

—No es tan difícil como cree la gente. Se hace siempre a base de las agencias de informes de solvencia, los expedientes personales y las rutinarias investigaciones de antecedentes.

—¿Y para qué?

—Hay varias posibilidades; en realidad dos. Como ya he dicho, la primera es nuestro europeo, tan tenazmente curioso. Si podemos confeccionar una lista de las personas con las que tuvo que hablar para saber cosas de ti, nos será más fácil dar con él, y creo que estamos todos de acuerdo en que él es el eje. La segunda posibilidad es algo que no hemos intentado. Al tratar de descubrir al rubio y a quien esté detrás de él, nos hemos concentrado en los sucesos de Omán y en el expediente mismo. Hemos limitado nuestras averiguaciones a las esferas que tienen que ver con el gobierno.

—¿Dónde si no íbamos a buscar? —preguntó Kendrick.

—Me temo que en tu vida personal. Podría haber en tu pasado algo o alguien, algo que ocurrió o alguien a quien conociste, quizá un incidente que galvanizó a amigos o posiblemente a enemigos que querían ayudarte o, por lo contrario, convertirte en blanco. Y no te equivoques, congresista. Eres un blanco en potencia; la cosa va en serio.

—Pero M. J. —le interrumpió Kalila—; aunque encontremos a personas que lo querían o lo odiaban, tendrán que ver con Washington. El señor Jones, de Ann Arbor, en Michigan, amigo o enemigo, no pudo ir a los bancos de datos clasificados como de máximo secreto o a los archivos y decir: «A propósito, hay cierto expediente del que me gustaría tener una copia para poder preparar un falso memorándum para los periódicos…» No lo comprendo.

—Tampoco yo, Adrienne… ¿o debería llamarte «Kalila»? Me costaría algún tiempo acostumbrarme.

—No hay razón para que me llames Kalila.

—No interrumpas —dijo Evan, sonriendo—. Kalila está muy bien.

—Sí; bueno, en realidad no lo entiendo —continuó Payton—. Pero, como ya os

dije, hay un agujero en el sistema, un resquicio que hemos pasado por alto. Tenemos que probarlo todo.

—Entonces, ¿por qué no ir detrás de Partridge y del *speaker* de la Cámara? —le presionó Kendrick—. Si pude hacer lo que hice en Mascate, esos dos no serán tan duros de pelar.

—Todavía no, muchacho. La ocasión no es buena, y el *speaker* va a retirarse.

—Ahora soy yo el que no lo entiende.

—M.J. quiere decir que está trabajando sobre ambos —le había explicado Kalila.

Evan frenó el Mercedes en medio de la larga curva, en pleno bosque de Virginia, y esperó a ver a la unidad móvil en el retrovisor; entonces giró a la derecha y se adentró en la carretera entre prados que le llevaría hasta su casa. Sus guardianes no se lo tomarían a mal. Ahora quería darse prisa; por eso había tomado el atajo. Kalila le había llamado a la oficina para decirle que había llegado la lista de Mitchell Payton por el ordenador. Su pasado estaba a punto de serle presentado.

Milos Varak bajó por el camino hacia la enorme playa que había enfrente del hotel Coronado, cuatro kilómetros más allá del puente de San Diego. Había trabajado diligentemente durante semanas para encontrar un resquicio por el que penetrar en las filas del vicepresidente de Estados Unidos. La mayor parte de ese tiempo lo había pasado en Washington; no era fácil infiltrarse en el Servicio Secreto de la Administración. Hasta que encontró a alguien, un hombre altruista, con un gran físico y una mente disciplinada, pero con una ocupación muy mal vista que, de ser descubierta, acabaría con su fortuna, su carrera y seguramente su vida. Era un proxeneta bien remunerado que trabajaba para varios miembros de alto rango del gobierno. Había sido preparado para ese trabajo por su familia, que había descubierto sus posibilidades y lo habían enviado a las mejores escuelas parroquiales y a una universidad importante; importante pero no rica, pues eso daría una imagen falsa. Sus mayores querían tener a un joven apuesto y distinguido en situación de dispensar favores a cambio de ciertas ayudas. Y qué mejores favores que atender a las necesidades de cintura para abajo de un hombre débil, y cómo conseguir mejor tales ayudas que conociendo esas debilidades. La familia fue complacida, venía siéndolo desde hacía años. Ese hombre procedía de la Mafia, era Mafia, servía a la Mafia.

Varak se acercó a la figura solitaria en impermeable que estaba junto a las rocas del acantilado, a unos cientos de metros de la alta e imponente cerca anticiclones de la base naval.

—Muchas gracias por venir —dijo en tono agradable.

—Por teléfono me pareció que tenía acento. —El hombre, moreno, hablaba bien y estaba sin duda bien entrenado—. ¿Es usted un correo de los rojos? Porque si lo es, se ha equivocado de puerta.

—¿Un comunista? Ni hablar. Soy tan norteamericano que sus *consiglieri* podrían

presentarme para el Vaticano.

—Eso es insultante, aparte de totalmente inexacto. Hizo usted afirmaciones muy estúpidas, tanto que provocó mi curiosidad. Por eso estoy aquí.

—Cualquiera que sea la razón, le agradezco que haya venido.

—Lo fundamental quedó muy claro. Usted me amenazó.

—Siento haberle ofendido; nunca pretendí amenazarlo. Solo dije que conocía ciertos servicios adicionales que usted proporcionaba.

—Deje de ser tan educado.

—No hay motivo para ser descortés. Solo quería que comprendiese mi posición.

—Su posición no existe —corrigió con énfasis el hombre del gobierno—. Nuestra hoja de servicios es inmaculada, no sé si me entiende.

El checo cambió de postura en la arena y esperó a que el rugido de un reactor procedente de la base naval se perdiese en el cielo.

—Está diciéndome que no hay pruebas, y no piensa hablar de nada concreto porque cree que puedo estar grabándolo. —Varak se desabrochó la chaqueta y la abrió—. Le invito; regístreme. Personalmente, no me importaría tener mi voz en la misma cinta que la suya… Por favor, adelante. Por supuesto, sacaré mi arma y la tendré en la mano, pero no voy a oponerme.

El gesto del guardián de la Casa Blanca era hosco, vacilante.

—Es usted demasiado complaciente —dijo sin moverse.

—Por otro lado —se apresuró a añadir Milos—, podemos prescindir de esta tontería si se limita a leer algo que he preparado para usted.

El checo dejó caer la chaqueta, se llevó la mano al bolsillo y sacó unas hojas de papel dobladas. Las abrió de golpe y se las dio al agente del Servicio Secreto.

A medida que el hombre leía, sus ojos fueron entrecerrándose y sus labios se abrieron, helados en el comienzo de un gruñido. En pocos segundos, una cara razonablemente fuerte y atractiva se tornó fea.

—Es usted hombre muerto —dijo sin alzar la voz.

—Eso podría ser muy poco perspicaz, ¿no lo parece? Porque si yo lo soy, seguramente lo es usted también. Los capos descenderán como una manada de perros salvajes mientras los don esperarán, bebiendo su vino tinto del mejor como si fuera su sangre, a recibir noticias de su muy desagradable muerte. ¿Pruebas? ¿Qué le parecen esas? Nombres, fechas, horas, sitios, y frente a cada asiento los beneficios de su comercio sexual, o más bien del chantaje que condujo a ellos. Provectos de ley enmendados, contratos concedidos, proposiciones del gobierno votadas a favor o en contra según el cambalache previo. Yo diría que es todo un historial. ¿Y adónde se remonta? A la fuente más inverosímil que uno pueda imaginar. Un número de teléfono que figura con un nombre y dirección falsos, pero localizables en el apartamento de un miembro del Servicio Secreto del gobierno.

—Esas chicas pueden darse por muertas. Y los chicos igual.

—No les eche la culpa. No tenían más elección que usted ahora. Créame, es

mejor ayudarme que enfrentarse a mí. No tengo el menor interés en sus actividades fuera de programa; presta un servicio que si usted no lo hiciese prestaría cualquier otro por un precio aproximadamente igual. Lo único que quiero de usted es información, y a cambio quemaré todas las copias de esas páginas. Por supuesto, no tiene más que mi palabra; pero, como es probable que vuelva a recurrir a su pericia, sería estúpido publicarlas, y le aseguro que de estúpido no tengo un pelo.

—Es evidente —asintió el soldado de la Mafia con voz apenas audible—. ¿Por qué desprenderse de un arma cuando puede seguir usándola?

—Me alegra que comprenda mi postura.

—¿Qué clase de información busca?

—Es algo inocuo; nada que pueda preocuparle. Empezaremos por la unidad del FBI que han asignado al vicepresidente. ¿No tiene ya su gente? ¿Para qué necesita un destacamento especial del Bureau?

—Eso no tiene nada que ver con nosotros. Estamos allí para protegerlo. Ellos investigan.

—Ustedes no pueden protegerlo si no investigan.

—Son niveles distintos. Si damos con algo, se lo pasamos al Bureau.

—¿Y qué encontraron que hizo venir a esa unidad?

—No fue cosa nuestra. Hace un par de meses, hubo una serie de amenazas contra Viper y…

—¿Viper?

—El vicepresidente.

—No es un nombre en clave muy halagador[1].

—Tampoco se usa mucho. Solo entre el destacamento.

—Comprendo. Adelante. Esas amenazas, ¿quién las hizo?

—De eso es de lo que se ocupa la unidad. Están tratando de descubrirlo, porque aún las sigue habiendo.

—¿En qué forma?

—Llamadas de teléfono, telegramas, cartas… Vienen de sitios diferentes, lo que tiene a los federales todo el día volando para seguirles la pista.

—¿Sin éxito?

—Hasta ahora sí.

—Entonces son un destacamento ambulante, un día aquí y al día siguiente en otra parte. ¿Coordinan sus movimientos desde Washington?

—Cuando Viper está allí, desde luego. Cuando está aquí, lo hacen desde aquí, y si está de viaje, desde dondequiera que se encuentre. La unidad está controlada por su personal; de otro modo se pierde demasiado tiempo consultando con Washington.

—Estaba usted aquí hace cinco semanas, ¿no?

—Aproximadamente. Volvimos hace diez días. Pasa mucho tiempo aquí. Como él suele decir, el presidente se encarga del Este y yo del Oeste, y a mí me ha tocado lo mejor porque así estoy lejos de Washington.

—Parece absurdo que diga eso un vicepresidente.

—Viper es así, pero eso no quiere decir que sea un tonto. No lo es.

—¿Por qué le llaman Viper?

—Si quiere que le diga la verdad, creo que no nos cae bien, ni tampoco la gente con la que alterna, especialmente aquí. Esos bastardos nos tratan como a criados puertorriqueños. La otra tarde uno de ellos me dijo: «Chico, tráeme otro *G* y *T*». Yo le dije que sería mejor que fuese a consultar con mis superiores del Servicio Secreto si le estaba asignado también a él.

—¿Y no temió que el vice… que Viper pudiera ofenderse?

—No se mete en lo nuestro. Lo mismo que los federales, solo respondemos ante su jefe de gabinete.

—¿Quién es ese?

—No ese sino esa. Tenemos otro nombre en clave para ella; no es tan bueno como Viper, pero encaja. La llamamos Arpía, aunque en los registros ponemos Generosa. Eso le gusta.

—Hábleme de ella —dijo Varak, cuyas antenas, resultado de toda una vida adulta, acababan de recibir una señal.

—Se llama Ardis Vanvlanderen, y vino hace cosa de un año para reemplazar a un gran tipo que estaba haciendo un gran trabajo. Tan bueno, que recibió una oferta increíble de uno de los amigos de Viper. Tiene cuarenta y tantos años, y es una de esas ejecutivas que cuando entras en su despacho te parece que va a cortarte los huevos solo porque eres un hombre.

—Entonces es una mujer poco atractiva.

—Yo no diría eso. Tiene una cara bastante decente y buen cuerpo, pero debe ser muy duro trabajar para ella, a menos que a uno le guste su tipo. Sospecho que jode cantidad.

—¿Está casada?

—Hay un fulano que dice ser su marido, pero nadie le hace mucho caso.

—¿A qué se dedica?

—Pertenece a la buena sociedad de Palm Springs. Acciones obligaciones, siempre que no le estorben para jugar al golf. Esa impresión que me da.

—Eso supone mucho dinero.

—Contribuye por todo lo alto a las campañas y no se pierde nunca una juerga en la Casa Blanca. Ya conoce el tipo: pelo blanco ondulado, una gran panza y un montón de dientes relucientes sobre un esmoquin; siempre lo retrataban bailando. Si fuera capaz de leer un libro entero en inglés, probablemente lo harían embajador en la corte de Saint James… Bueno, con el dinero que tiene, medio libro.

Varak estudió al tipo del Servicio Secreto. Se le veía claramente aliviado de que le hicieran preguntas tan inocuas. Sus respuestas eran más completas de lo necesario, y bordeaban la falsa confidencialidad del chismorreo.

—Me pregunto por qué alguien así manda a su mujer a trabajar fuera de casa,

aunque sea para el vicepresidente.

—No creo que tenga voz en eso. A una mujer como ella no se la manda a ningún sitio al que no quiera ir. Además, una de las doncellas nos dijo que era su esposa número tres o cuatro, de modo que a lo mejor Vanvlanderen ha aprendido a dejarlas campar por sus respetos.

—¿Y dice usted que lo hace bien?

—Como ya le dije, es muy lista, muy profesional. Viper no mueve un dedo sin contar con ella.

—¿Cómo es él?

—¿Viper? —De repente despegó otro reactor de la base naval, con un ruido de motores ensordecedor—. Viper es Viper —dijo el hombre de la Mafia cuando se desvaneció aquella especie de terremoto—. Orson Bollinger es un saludador de salón a quien no se le escapa nada de lo que pasa, y nunca pasa nada que no convenga a quienes están entre bastidores en California, porque ellos cuidan de él.

—Es usted muy astuto.

—Observo.

—Hace mucho más que eso. Solo que yo le sugeriría tener más cuidado en el futuro. Si pude dar con usted, otros podrán también.

—¿Cómo, maldita sea? ¿Cómo?

—Diligencia. Y semanas observando, a la espera de un error que alguien tenía que cometer. Pudo haber sido cualquiera de los otros de su destacamento y por algún otro motivo; todos somos humanos; ninguno vivimos en un frigorífico… Pero resultó ser usted. Estaba cansado, o quizá se había tomado una copa de más, o simplemente se creía demasiado seguro. Aparte de eso, hizo usted una llamada a Brooklyn, a Nueva York, del modo opuesto a como tenía que hacerla, desde un teléfono público imposible de localizar.

—¡Frangie! —susurró el capo supremo.

—Su primo Joseph Dedos Frangiani, segundo vicejefe de la familia Ricci en Brooklyn, heredera de los intereses de los Genovese. Era lo único que yo necesitaba, *amico*.

—¡Extranjero hijo de perra!

—No malgaste obscenidades conmigo… Una última pregunta, y ¿por qué no ser educado?

—¿Qué? —gritó el hombre de la Mafia, con las negras cejas arqueadas y llevándose instintivamente la mano derecha al interior de la chaqueta.

—¡Quieto! —rugió el checo—. Una pulgada más y es hombre muerto.

—¿Dónde está su arma? —se atragantó el agente, conteniendo la respiración.

—No la necesito —replicó Varak, taladrando con los ojos a su presunto asesino—. Y estoy seguro de que lo sabe.

Lentamente, el hombre del Servicio Secreto volvió a traer su mano al frente.

—¡Una pregunta y se acabó! —dijo, con la intención reflejada en la cara—.

Quería hacerme una última pregunta…

—Esa Ardis Vanvlanderen, ¿cómo les explicaron su nombramiento como jefa del gabinete del vicepresidente? Tienen que haberles dicho algo, darles razones. Al fin y al cabo, son la escolta personal de Bollinger y trabajaron bien con su predecesor.

—Somos su escolta, no directivos de una empresa. No tenían por qué darnos explicaciones.

—¿No les dijeron nada? Es un puesto poco corriente para una mujer.

—Se dijeron muchas cosas, pero ninguna explicación. Bollinger nos reunió y nos dijo cuánto le complacía anunciar el nombramiento de uno de los ejecutivos con mayor talento del país, alguien que iba a hacerse cargo del puesto con tal sacrificio personal que todos deberíamos dar las gracias a la corte celestial por el patriotismo de esa dama. Fue el primer indicio que tuvimos de que se trataba de una mujer.

—Es una frase interesante esa de la «corte celestial».

—Él habla así.

—Y no hace nada sin ella.

—No creo que se atreviese. Esa mujer es de acero y mantiene la casa en orden.

—¿En el orden de quién?

—¿Qué?

—No importa. Eso es todo por ahora, *amico*. Por favor, si es tan amable de irse el primero… ¿No le importa? Le llamaré si lo necesito.

Mientras la sangre caliente y ancestral del Mediterráneo se le subía a la cabeza, el mafioso apuntó con el Índice al checo y dijo con voz ronca:

—Permanecerá fuera de mi vida si sabe lo que es bueno para usted.

—Espero estar tan lejos de usted como sea posible, *signor* Mezzano…

—¡No me llame chulo!

—Le llamaré como me plazca; y en cuanto a lo que es bueno para mí, seré yo quien lo juzgue. Y ahora, ¡fila! *Capisce?*

Milos Varak vio cómo el *mezzano*, su informador a la fuerza, caminaba por la arena, presa de un cabreo silencioso, hasta que desapareció en el laberinto de accesos de la playa al hotel. El checo dejó vagar su mente… *Vino a bordo hace cosa de un año; él es un gran contribuyente a las campañas; Viper no hace un solo movimiento sin ella*. Hacía trece meses que Inver Brass había empezado a buscar un nuevo vicepresidente de Estados Unidos, pues el actual era considerado un simple peón de los cotizantes invisibles del presidente, unos hombres que intentaban dirigir el país.

Eran más de las cuatro de la madrugada y Kalila no paraba. Seguía acuciando a Evan, cambiando casetes en la grabadora y repitiendo nombres una y otra vez, insistiendo en que siempre que reconociese algo le dijese con detalle todo lo que pudiera recordar. La lista del ordenador del despacho de Mitchell Payton en la Agencia Central de Inteligencia contenía ciento veintisiete nombres seleccionados con sus

correspondientes ocupaciones, matrimonios, divorcios y fallecimientos. En todos los casos las personas de la lista habían pasado un tiempo considerable con Kendrick o habían estado presentes durante un período de gran actividad, y era posible que hubiesen tenido que ver con sus decisiones académicas o de trabajo.

—¿De dónde demonios ha sacado a esta gente? —preguntó Evan, mientras recorría a zancadas el estudio—. Te juro que no recuerdo a la mitad de ellos, y la mayoría de la otra mitad me resultan borrosos, excepto los viejos amigos que siempre recordaré, y ninguno de ellos pudo tener ni la más remota relación con lo que ha ocurrido. Tuve tres compañeros de cuarto en la universidad, otros dos en la escuela para graduados y un sexto compartió conmigo un apartamento en Detroit cuando trabajé allí en una mierda de empleo. Más tarde hubo al menos otras dos docenas que traté, sin éxito, de que me apoyasen en lo de Oriente Medio, y algunos de ellos están en la lista; el porqué no lo sé, pero sí que todos viven en las afueras con verde césped, clubs de campo y universidades carísimas para sus hijos. No tienen nada que ver con el presente.

—Entonces volvamos al grupo Kendrick…

—No existe un grupo Kendrick —le interrumpió, furioso Evan—. ¡Fueron asesinados, volados, ahogados en cemento! Solo quedamos Manny y yo, de sobra lo sabes.

—Lo siento —dijo Kalila, que bebía té sentada en el sofá. La lista estaba frente a ella, en la mesita—. Me refería a los tratos que tuvisteis aquí, en Estados Unidos, cuando existía el grupo Kendrick.

—Ya hemos hablado de ellos. No fueron tantos, y la mayoría tuvieron que ver con equipos de alta tecnología.

—Vamos a repasarlo.

—Es una pérdida de tiempo, pero adelante.

—«Sonar Electronics, Palo Alto, California» —leyó Kalila, con la mano sobre la lista—. El representante era un tal Carew…

—«El pelma de Carew» —dijo Kendrick, conteniendo la risa—. Era como lo llamaba Manny. Les compramos algunos aparatos de sondeo que no funcionaron, y seguían queriendo que les pagásemos después de habérselos devuelto.

—«Drucker Graphics, Boston», representante G. R. Shulman. ¿Alguna cosa?

—Gerry Shulman. Buen hombre y buen servicio; trabajamos con ellos durante años. Ni el menor problema.

—«Morseland Oil, Tulsa». El representante era alguien llamado Arnold Stanhope.

—Ya te he hablado de él… de ellos.

—Háblame otra vez.

—Hicimos unos trabajos topográficos preliminares para ellos en los Emiratos. Siempre necesitaban más de lo que estaban dispuestos a pagar, y como nos iban bien las cosas pudimos permitirnos prescindir de ellos.

—¿Se enfadaron?

—Claro; los estafadores siempre se enfadan cuando ven que no pueden seguir aprovechándose del prójimo. Pero no fue nada que el silencio no pudiera curar. Además, encontraron a alguien a su medida, un grupo griego que los caló y les colocó un levantamiento topográfico que parecía hecho en el fondo del golfo de Omán.

—Menudos filibusteros estabais hechos todos. —Kalila sonrió y volvió a señalar algo en la lista—. «*Off* Shore Investments, Limited», con sede en Nassau, en las Bahamas; contacto Ardis Montreaux, Nueva York. Os proporcionaron un montón de capital…

—Que nunca cobramos porque era ficticio —le interrumpió bruscamente Evan—. Sería mejor que lo dijese ahí.

—Aquí dice «Saltárselo».

—¿Qué?

—Lo escribí yo. Es lo que dijiste antes, «sáltatelo». ¿Qué es *Off* Shore Investments, Limited?

—Era. Fue una operación de altos vuelos a escala internacional; de altos vuelos e internacional, pero aun así un timo. Montas una compañía a base de música celestial y grandes cuentas en Suiza, después vendes y cambias los activos, y dejas a los compradores con un globo llenito de aire.

—¿Tuviste algo que ver con una cosa así?

—No sabía que era una cosa así. Yo era mucho más joven y me impresionó que quisieran incorporarnos a su estructura… y todavía más con el dinero que nos pusieron en Zurich, es decir, me impresionó hasta que Manny dijo: «Vamos a tratar de hacernos con algo de esa pasta, solo por darnos ese gusto». Sabía muy bien lo que hacía; no pudimos sacar ni dos francos. Eran necesarias las firmas de la *Off* Shore para cualquier movimiento de dinero.

—Total, que os la dieron con queso.

—Así fue.

—¿Cómo os metisteis en un asunto así?

—Estábamos en Riyad, y Montreaux fue allí y me convenció. Todavía no había aprendido que no hay atajos, al menos de esa clase.

—Ardis Montreaux, Ardis… Es un nombre muy raro para un hombre.

—Porque no es un hombre. Es mucho más dura.

—¿Una mujer? Con tu escepticismo innato, debe de haber sido muy persuasiva.

—Labia no le faltaba. Y quiso nuestras cabezas cuando nos salimos; aseguraba que íbamos a costarle varios millones. Weingrass le preguntó: ¿Millones de quién, esta vez?

—Quizá nosotros deberíamos…

—Sáltatelo —la interrumpió Evan con firmeza—. Se casó con un banquero inglés y vive en Londres. Se ha esfumado.

—¿Cómo lo sabes?

Con cierto embarazo, Kendrick se apresuró a decir en voz baja:

—Me llamó un par de veces. En realidad para disculparse. Sigue adelante.

—Claro.

Kalila pasó al siguiente de la lista, y, mientras hablaba, escribió una palabra a continuación de *Off* Shore Investments, Limited. *Comprobar*.

Ardis Montreaux Frazier-Pyke Vanvlanderen, nacida Ardi-Wojak en Pittsburgh (Pensilvania), penetró en el vestíbulo de mármol de la *suite* del hotel Westlake de San Diego. Tiró la estola de marta cibelina sobre el respaldo de terciopelo de una butaca y alzó la voz, con un cultivado acento del Atlántico central, algo más parecido al nasal de las actrices británicas que al de los norteamericanos con fortuna heredada de generaciones, pero todavía afligido en los registros altos por los tonos ásperos del eslavo de Monongahela.

—¡Andy, estoy en casa! ¡Nos queda menos de una hora para llegar a La Jolla, de modo que muévete, cariño!

Andrew Vanvlanderen, rechoncho, con el pelo blanco ondulado y esmoquin, salió del dormitorio con un vaso en la mano.

—Te llevo delantera, Babe.

—Estaré lista en diez minutos —dijo Ardis, mirándose en un espejo del vestíbulo y arreglándose los rizos de su cabello castaño con vetas blancas, perfectamente peinado. Se estaba acercando a los cincuenta y tenía una estatura media, pero daba la impresión de ser más joven y más alta gracias a su postura erguida, su figura delgada rematada por unos pechos generosos y una cara bien proporcionada, en la que destacaban unos verdes ojos, grandes y penetrantes—. ¿Por qué no pides el coche, cariño?

—El coche puede esperar, y también La Jolla. Tenemos que hablar.

—¿Sí? —La jefa de gabinete del vicepresidente miró a su marido—. Pareces preocupado.

—Y lo estoy. Me llamó tu antiguo novio.

—¿Cuál de ellos, cariño?

—El único que cuenta.

—¡Dios mío! ¿Llamó aquí?

—Le dije que…

—¡Eso fue estúpido, Andy, muy estúpido! —Ardis Vanvlanderen salió furiosa del vestíbulo y bajó a la sala de estar, situada a distinto nivel. Se sentó en un sillón de orejas tapizado en seda roja y cruzó bruscamente las piernas, con los grandes ojos fijos en su marido—. ¡Arriésgate cuando se trata de dinero, en mercancías o futuros o tus estúpidos caballos o lo que quieras, pero no cuando yo estoy involucrada! ¿Entendido, cariño?

—Escucha… Arpía: con lo que pagó ese, si quiero información de primera mano voy a tenerla. ¿Comprendido?

—Está bien, está bien. Cálmate, Andy.

—¿Empiezas una gresca y después me dices que me calme?

—Lo siento. —Ardis echó la cabeza hacia atrás en el sillón y respiró ruidosamente con la boca abierta y los ojos levemente cerrados. A los pocos segundos los abrió, irguió la cabeza y continuó—: De veras que lo siento. Ha sido un día Orson particularmente asqueroso.

—¿Qué ha hecho ahora Viper? —preguntó Vanvlanderen, Riendo.

—Ten cuidado con esos nombres —dijo su mujer, riendo por lo bajo—. No querríamos que nuestros gorilas supiesen están siendo escuchados.

—¿Qué le pasa a Bollinger?

—Vuelve a sentirse inseguro. Quiere una garantía rigurosa por escrito, de que o está en la candidatura del próximo julio o le ponemos diez millones en una cuenta en Suiza.

Vanvlanderen tosió dentro del vaso el *whisky* que acababa de beber.

—¿Diez millones? ¿Quién coño se cree que es ese farsante?

—El vicepresidente de Estados Unidos, con unos cuantos secretos en la testa. Le dije que no aceptaríamos a ningún otro, pero no fue suficiente. Creo que se da cuenta de que Jennings no lo considera precisamente un genio y lo dejaría ir.

—¡Nuestro querido y telegénico Langford Jennings no pinta nada en este asunto! ¿Tiene razón Orson? ¿Le cae mal a Jennings?

—Caerle mal es demasiado fuerte. Solo lo despide; es lo que le oí a Dennison.

—Ese también tiene que irse. Uno de estos días Herb va a volverse más curioso de lo que necesitamos…

—Olvídalo. Olvida a Dennison y a Bollinger, e incluso a tus estúpidos caballos. ¿Qué tenía el pelagatos descarriado de mi antiguo novio que decir tan importante como para llamar aquí?

—Tranquila. Telefoneó desde el despacho de mi abogado en Washington. Compartimos la misma firma allí, ¿recuerdas? Pero, antes, no olvidemos a Orson. Dale su garantía. Un par de frases sencillas y yo lo firmaré. Eso lo hará feliz, y es preferible verlo así.

—¿Estás loco? —exclamó Ardis, echándose hacia adelante en su asiento.

—En absoluto. Para empezar, estará en la candidatura o, simplemente, desaparecerá… como suelen hacer los vicepresidentes.

—¡Madre mía…! —dijo Ardis—. Eres estupendo, Andy. Piensas de un modo tan claro, tan conciso…

—Son los muchos años de aprendizaje, nena.

—Pero, dime, ¿qué te contó el bueno de Hoyuelos? ¿Quién anda ahora detrás de su sensible piel?

—La suya no, la nuestra.

—Que es suya, no lo olvides. Por eso estoy aquí, amor. Porque él nos presentó y nos unió.

—Quiere que sepamos que el pequeño grupo de superilusos va a pasar a otra etapa. Durante los próximos tres meses, su congresista empezará a conseguir editoriales cada vez más fuertes. Se tratará de «examinar sus opiniones», y aprobará todos los exámenes. Lo que se pretende es, por supuesto, provocar mar de fondo. Nuestro Cupido anda preocupado, muy preocupado, y si te digo la verdad, yo mismo estoy sudando la gota gorda. Esos locos saben lo que hacen, y todo esto puede írsenos de las manos. Ardis, vamos a tener millones en juego los próximos cinco años. ¡Estoy muy preocupado!

—¡Sin motivo! —dijo su bien peinada esposa, levantándose. Se quedó en pie un momento y miró a Vanvlanderen, con sus grandes ojos verdes contentos solo a medias—. Puesto que piensas sacarle diez millones a Bollinger de un modo u otro, y el mío es el mejor, y desde luego el más seguro, me parece muy razonable que ingreses a mi nombre una cantidad igual. ¿No crees, cariño?

—No acabo de ver qué razón tan poderosa hay para ello.

—Podría ser tu imperecedero amor por mí… o quizá una de las más extraordinarias coincidencias de mi carrera entre los ricos, los guapos, los poderosos y los políticamente ambiciosos, especialmente en la esfera de la generosidad gubernamental.

—Si me lo explicas…

—No recitaré la letanía de por qué estamos todos haciendo lo que hacemos, ni siquiera de por qué he sumado mis nada desdeñables dotes a las tuyas; pero voy a hacerte partícipe de un pequeño secreto que me he estado guardando durante semanas.

—Estoy fascinado —dijo Vanvlanderen, dejando el vaso sobre una mesa de mármol y observando con atención a su cuarta esposa—. ¿De qué se trata?

—Conozco a Evan Kendrick.

—¿Que tú qué?

—Nuestra breve relación se remonta a hace unos cuantos años, más de los que me apetece recordar, francamente, pero durante unas semanas tuvimos algo en común.

—Aparte de lo obvio, ¿qué?

—Sí, esa parte fue bastante agradable pero carente de importancia… para ambos. Éramos dos jóvenes con prisa y sin tiempo para compromisos. ¿Recuerdas *Off* Shore Investments?

—¡Si formó parte de ese grupo, podemos acusarle de fraude! Desde luego, nos bastará con eso para hacer que se largue si sube a bordo. ¿Estuvo de verdad en eso?

—Estuvo, pero como si no hubiera estado. Se salió lleno de santa indignación, y ese fue el principio de la caída de aquel castillo de naipes. Y yo no estaría tan ansioso por crucificar a los de la *Off* Shore a menos que estés cansado de mí, cariño.

—¿Tú?

—Yo fui el misionero principal, el que reclutó a los componentes.

—Vaya, vaya… —Vanvlanderen se echó a reír mientras cogía el vaso y lo alzaba

hacia su mujer—. Esos ladrones sabían bien a quién contratar para cada trabajo… Un momento. ¿Conocías a Kendrick lo bastante para dormir con ese hijo je puta y nunca me dijiste nada?

—Tenía mis razones.

—¡Más vale que sean de primera! —estalló el generoso aportador de fondos a la causa del presidente—. Porque si no lo son… Supón que te vio, te reconoció, recordó lo de *Off* Shore, sumó dos y dos y le dio cuatro. ¡Yo no corro esa clase de riesgos!

—Ahora me toca a mí decirte que te calmes, Andy. La gente que rodea a un vicepresidente no es noticia, ni siquiera digna de ella. ¿Cuándo fue la última vez que te acordaste del nombre de alguien del gabinete de un vicepresidente? Forman un grupo gris, amorfo; de lo contrario los presidentes no lo admitirían. Además, no creo que mi nombre haya salido ni siquiera en los periódicos, excepto como «señor y señora Vanvlanderen, invitados a la Casa Blanca». Kendrick sigue creyendo que soy Frazier-Pyke, la mujer de un banquero que vive en Londres; y, si recuerdas, aunque nos invitaron, a la ceremonia de entrega de la Medalla de la Libertad fuiste tú solo. Yo me disculpé.

—¡Esas no son razones! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía cuál iba a ser tu reacción: quitarme de la película, cuando me daba cuenta de que podía serte más útil estando en ella.

—¿Cómo?

—Porque lo conocía. También sabía que tenía que ponerme al día sobre él, pero no recurriendo a una firma de investigación privada, que podría acabar perjudicándonos más tarde; de modo que tomé el camino real, el FBI.

—¿Las amenazas contra Bollinger?

—Acabarán mañana. Excepto un hombre, que continuará aquí por un motivo especial, la unidad volverá a Washington. Esas falsas amenazas eran las fantasías paranoicas de un loco inofensivo inventado por mí y que se supone ha huido del país. Ya ves, cariño; descubrí lo que necesitabas saber.

—¿Qué es?

—Hay un viejo judío israelí llamado Weingrass a quien Kendrick venera. Es el padre que Evan nunca tuvo; cuando existía el grupo Kendrick lo llamaban el «arma secreta» de la compañía.

—¿Municiones?

—¡Qué va, cariño! —A Ardis Vanvlanderen le dio la risa—. Era arquitecto, muy bueno, e hizo un trabajo realmente espectacular para los árabes.

—¿Y qué pasa con él?

—Se supone que está en París, pero no es así. Vive en la casa que tiene Kendrick en Colorado, sin visado en el pasaporte ni ningún permiso oficial de Inmigración.

—¿Entonces?

—El congresista a punto de ser ungido se trajo al viejo para que le hiciesen una operación que le salvó la vida.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Emmanuel Weingrass va a sufrir una recaída que lo matará. Kendrick no se apartará de su lado, y cuando todo haya pasado será ya demasiado tarde. Necesito esos diez millones, Andy.

27

Varak estudiaba a los miembros de Inver Brass, recorría los rostros que rodeaban la mesa, iluminados por la lámpara que cada uno tenía enfrente. La concentración del checo estaba al límite, porque tenía que operar a un doble nivel.

El primero era la información que les iba proporcionando; el segundo, la reacción inmediata de cada uno a ciertos hechos contenidos en esa información. Tenía que encontrar un par de ojos sospechosos y no daba con ellos; es decir, no había relámpagos de asombro o temor en las caras de los reunidos mientras iba acercándose de un modo gradual, lógico, al tema del vicepresidente y los miembros de su gabinete, rozando solo levemente los detalles «inocuos» que había sabido por un hombre de la Mafia que trabajaba en el Servicio Secreto. No veía nada; solo miradas atentas e inexpresivas. De modo que mientras hablaba Heno de convicción y diciéndoles aproximadamente el ochenta por ciento de la verdad, no perdía de vista sus ojos, a la vez que un segundo nivel de su mente recordaba los hechos más sobresalientes de la vida que había detrás de cada rostro.

Y mientras contemplaba cada cara, aquellos rasgos realzados por el claroscuro de la luz de las lámparas, sentía, como siempre, que estaba en presencia de gigantes. Sin embargo, uno de ellos no lo era; uno de ellos había revelado la presencia de Emmanuel Weingrass en Mesa Verde (Colorado), un secreto ignorado incluso por los departamentos más clandestinos de Washington. Uno de aquellos rostros que tenía enfrente era traidor a Inver Brass. ¿Cuál?

¿Samuel Winters? Dinero antiguo, de una dinastía norteamericana que se remontaba a los barones del ferrocarril y del petróleo de finales del siglo pasado. Un universitario cubierto de honores y satisfecho con su vida privilegiada, que ejercía de consejero de los presidentes, cualquiera que fuese su parto. Un gran hombre en paz consigo mismo. ¿O era él?

¿Jacob Mandel? Un respetado genio de las finanzas que ha proyectado y puesto en práctica reformas que revitalizaron la Comisión de Valores y Bolsa, convirtiéndola en un organismo viable y mucho más honorable para Wall Street. Había pasado de la pobreza yiddish del Lower East Side a los salones de los principies de los negocios, y se decía que ningún hombre honrado que lo conociese podía considerarlo su enemigo. Al igual que Winters, llevaba bien sus honores, y le quedaban pocos por alcanzar. ¿O había otros por los que pugnaba en secreto?

¿Margaret Lowell? También dinero antiguo y aristocrático de la órbita Nueva York-Palm Beach, pero con algo más, bastante inaudito en esos círculos. Era una brillante jurista que había desdeñado las suculentas ganancias de los bufetes especializados en bienes raíces y del derecho mercantil para dedicarse a la abogacía. Trabajaba febrilmente por cuenta de los oprimidos, los desposeídos y los privados de derechos. A la vez teórica y práctica, se rumoreaba que iba a ser la próxima mujer que llegase al Tribunal Supremo. ¿O era la abogacía una excelente tapadera para una

defensora encubierta de otro tipo de causas?

¿Eric Sundstrom? El mago de la tecnología de la Tierra y el espacio, poseedor de más de veinte patentes enormemente remunerativas, de las que la mayoría habían sido donadas a instituciones de ingeniería y medicina para el progreso de estas ciencias. Una inteligencia descollante oculta por un rostro de querubín con el pelo rojo desgreñado, la sonrisa picara y un agudo sentido del humor. Sus dotes parecían abrumarlo, a juzgar por la rapidez con que se fingía ofendido cuando le hablaban de ellas. ¿O era todo apariencia, y el candor una farsa?

¿Gideon Logan? Tal vez el más completo del quinteto, a lo que quizá no era ajeno el hecho de ser negro. Había hecho varias fortunas en el negocio inmobiliario, sin olvidar nunca sus raíces, pues contrataba y fomentaba las empresas de negros en sus urbanizaciones. Se decía que a la chita callando había hecho más por los derechos civiles que ninguna otra corporación del país. La actual administración, como su antecesora, le había ofrecido diversos puestos en el gabinete, que siempre rechazó, pensando que podía conseguir más siendo una respetada fuerza independiente del sector privado que si lo identificaba con un partido político y sus prácticas. Trabajador incansable, al parecer se permitía solo un capricho: una lujosa residencia frente al mar en las Bahamas, donde pasaba de cuando en cuando un fin de semana, pescando en su Bertram de catorce metros con la que era su esposa desde hacía doce años. ¿O la leyenda viva que era Gideon Logan estaba incompleta? La respuesta era sí. Varios años de su vida de torbellino, meteórica, eran simplemente desconocidos como si en esa época no existiera.

—¿Milos? —inquirió Margaret Lowell, con los codos en la mesa y la cabeza descansando sobre los dedos extendidos de su mano—. ¿Cómo diablos ha conseguido la administración mantener en secreto las amenazas contra Bollinger? Sobre todo con una unidad del FBI asignada en exclusiva a él.

¿Sería Margaret Lowell? Estaba removiendo la gusanera de la que había salido la jefe del gabinete del vicepresidente.

—Debo suponer que es gracias a la dirección de la señora Vanvlanderen, a su capacidad ejecutiva.

—Observa los ojos. Los músculos de su cara… las mandíbulas… Nada. ¡No revelan nada! Y sin embargo, uno de ellos lo sabe. ¿Quién?

—Me doy cuenta de que se trata de la mujer de Andrew Vanvlanderen —dijo Gideon Logan—, y «Andy-boy», como lo llaman, es un gran recaudador de fondos. Pero, para empezar, ¿por qué la nombraron?

¿Sería Gideon Logan? Estaba removiendo los gusanos.

—Tal vez yo pueda responder a eso —dijo Jacob Mandel—. Antes de casarse con Vanvlanderen era el sueño de un «cazador de cabezas». Condujo a dos empresas, que yo sepa, desde la bancarrota a fusiones provechosas. Me han dicho que es desagradablemente agresiva, pero nadie puede negar sus dotes como directora. Lo haría bien en ese puesto; mantendría a distancia a los aduladores.

¿Sería Jacob Mandel? No tenía el menor escrúpulo en alabarla.

—Me tropecé una vez con ella —dijo enfáticamente Eric Sundstrom—. Y, hablando claro, es una bruja. Cedí una patente a la facultad de Medicina de la Johns Hopkins y quiso actuar como intermediaria.

—¿Para qué? —preguntó la abogada Lowell.

—Para nada en absoluto. Trató de convencerme de que donaciones tan importantes necesitaban un supervisor para asegurarse de que el dinero iba adonde tenía que ir y no se lo gastaban en material deportivo.

—Probablemente tenía sus motivos —dijo la abogada, asintiendo con la cabeza como si hablase por propia experiencia.

—Creo que no, por cómo hablaba y porque el presidente de la facultad de Medicina era un buen amigo mío. Esa lo hubiera vuelto loco tan a menudo que hubiese acabado por renunciar a la patente. Es una bruja, una auténtica bruja.

¿Sería Eric Sundstrom? No tenía el menor escrúpulo en condenarla.

—Yo no la conozco —intervino Samuel Winters—, pero estuvo casada con Emory Frazier-Pyke, un banquero de Londres. Recordarás a Emory, ¿no, Jacob?

—Desde luego. Jugaba al polo y me presentaste a él como miembro de una rama silenciosa de los Rothschild, lo que, afortunadamente, me parece que no creyó.

—Alguien me contó —continuó Winters— que el pobre Frazier-Pyke perdió una considerable cantidad de dinero en una empresa de la que formaba parte ella. Pero ganó una esposa. Se trataba de esa gente de la *Off* Shore Investments.

—Pues tuvo olfato —añadió Mandel—. Eran todos de la peor calaña. Debería haberlo consultado con sus jacas de polo, incluso con el Rothschild silencioso.

—Quizá lo hiciese, porque ella no le duró mucho y el viejo Emory ha dado siempre mucha importancia a la rectitud. Esa mujer pudo haber sido también una ladrona.

¿Sería Samuel Winters? El traidor de Inver Brass no sacaría a relucir tales especulaciones.

—De un modo u otro —comentó Varak sin énfasis—, parece que todos ustedes están al menos al corriente de quién es.

—Yo no —dijo Margaret Lowell, casi a la defensiva—; pero después de oír a los demás puedo decirles quién más la conoce, porque lo de «estar al corriente» es un poco insulso. Mi exmarido, el gato callejero.

—¿*Walter*?

—Mi hombrecito hacía tantos viajes de negocios a Londres que pensé que estaba de consejero de la Corona, y con frecuencia hablaba de que ese Frazier-Pyke era su banquero allí. Después, una mañana me telefoneó la doncella al despacho para decirme que Casanova tenía una llamada urgente de un tal «F.P.» de Londres y no sabía dónde estaba. Me dio el número, llamé y dije a alguien, supongo que una secretaria, que el señor Lowell iba a hablar con «F. P.». Entonces me saludó una voz exuberante que me dijo casi gritando: «¡Cariño, estaré mañana en Nueva York y

podremos pasar cinco días enteros juntos!» Yo dije: «Qué bien», y colgué.

—Se mueve en los círculos más adecuados para sus propósitos —dijo Gideon Logan, conteniendo la risa—. Andy-boy Vanvlanderen va a tenerla a base de acciones de primera clase y pieles de marta hasta que se aburra.

¡Varak tenía que cambiar inmediatamente de tema! Si acertaba al pensar que había un traidor en torno a la mesa, y vaya si acertaba, cualquier cosa que se dijera sobre Ardis Vanvlanderen le llegaría a ella, y no podía permitir que aquello continuase.

—Por las reacciones de todos —dijo—, podemos dar por supuesto que hay oportunistas enormemente capaces. Sin embargo, no es eso lo importante.

—Obsérvalos. Cada cara. Esa mujer sirve bien al vicepresidente, pero para nosotros eso carece de importancia. Volviendo a nuestro candidato todo marcha con arreglo al horario. Los periódicos del Medió Oeste, empezando por Chicago, serán los primeros que hablarán de sus posibles méritos, tanto en sus columnas como en sus editoriales. Se les ha provisto de abundante material sobre Kendrick, así como de cintas del Comité Partridge, el programa de Foxley y esa notable conferencia de prensa. Desde allí se correrá la voz tanto en el Este como en el Oeste.

—¿Cómo se les abordará, Milos? —preguntó el portavoz, Samuel Winters—. Me refiero a los periódicos y los columnistas.

—Mediante un comité *ad hoc* perfectamente legal que hemos formado en Denver. La semilla, una vez plantada, crece muy de prisa. La rama del partido en Colorado estaba entusiasmada, sobre todo dado que el dinero es aportado por donantes empeñados en conservar el anonimato. Los funcionarios de ese estado ven en él a un candidato potencialmente viable y con medios para lanzarlo, y también la atención que eso atrae sobre Colorado. Gane o pierda, ellos ganarán siempre.

—Esos «medios» podrían ser un problema legal —dijo Margaret Lowell.

—No tiene importancia, madame. Se proporcionan por etapas, sin que ninguna cantidad exceda del límite que fijan las leyes electorales… que en mi opinión son bastante oscuras, si no engañosas.

—Si necesito un abogado, lo llamaré, Milos —añadió Lowell, sonriendo y recostándose en su asiento.

—He dado a cada uno de ustedes una lista con los nombres de los periódicos, sus editorialistas y los columnistas implicados en esta fase…

—Para quemarla en nuestra estufa de carbón —le interrumpió suavemente Winters.

—Desde luego.

—Naturalmente.

—Por supuesto.

¿Quién era el mentiroso?

—Dígame, Varak —le apostrofó el brillante y querúbico Sundstrom—. Según todo lo que sabemos, lo que nos ha traído, nuestro candidato no ha desplegado ni un

adarme de ese «fuego en las tripas» de que tanto oímos hablar. ¿No es eso muy importante? ¿No debe en última instancia desear el cargo con todas sus fuerzas?

—Lo deseará. Según hemos sabido, es lo que podríamos llamar un «activista de gabinete» que deja su encierro cuando las circunstancias lo exigen.

—Dios mío, Samuel, ¿es también rabino?

—Que va, señor Mandel —replicó el checo, permitiéndole una tensa sonrisa—. Lo que quiero decir, sin duda torpemente…

—Emplea un lenguaje encantador, Milos.

—Gracias, es usted muy amable; pero lo que trato de decir es que en dos ocasiones dramáticas de su vida, una de ellas extraordinariamente peligrosa para él, decidió lanzarse a empresas muy difíciles porque pensaba que podía conseguir medrar las cosas. La primera fue su decisión de reemplazar a un congresista corrupto; la segunda, ni que decir tiene, fue Omán. En pocas palabras, hay que convencerlo una vez más de que su persona y su capacidad son necesarias para el bien del país.

—Eso es fácil decirlo —opinó Gideon Logan—. Evidentemente, se trata de un hombre realista que conoce bien sus dotes. Su mejor defensa puede ser: «No estoy capacitado». ¿Cómo superaremos eso?

Varak miró en torno a la mesa con la expresión de quien trata de hacerse comprender.

—Sugiero que simbólicamente.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Mandel, quitándose las gafas de montura metálica.

—Por ejemplo, el actual secretario de Estado, aunque sus colegas y el personal de la Casa Blanca lo calumnien pintándolo como un tipo bizantino y obstinado, es la voz más razonable de la administración. Sé confidencialmente que ha conseguido bloquear numerosas acciones precipitadas recomendadas por los consejeros del presidente, porque él lo respeta.

—Al menos debería hacerlo —exclamó Margaret Lowell.

—Creo que la alianza europea se haría trizas sin él —dijo Winters.

—Sin él no habría alianza —asintió Mandel, con la rabia reflejada en su cara, normalmente pasiva—. Es un faro de racionalidad en un mar de neanderthales que solo saben soltar regüeldos.

—¿Me permite? ¿Podría ser interpretado como un símbolo él empleo que usted hace de la palabra «faro»?

—Es lógico —dijo Gideon Logan—. Nuestro secretario de Estado es sin duda un símbolo de la moderación inteligente, también la nación lo respeta.

—Piensa dimitir —dijo sencillamente Varak.

—¿Qué? —Sundstrom se echó hacia adelante—. Su lealtad a Jennings no lo permitiría.

—Y su sentido de la integridad no le permite quedarse —dijo Winters, como zanjando el asunto.

—Sin embargo, por lealtad —explicó Varak—, ha aceptado asistir a la conferencia de la OTAN sobre Oriente Medio en la misión de la ONU en Chipre, dentro de tres semanas. Es tanto una muestra de unidad como un modo de dar a los hombres del presidente tiempo de encontrarle un sucesor aceptable para el Congreso. Después se irá por «urgentes razones personales», de las que la principal es su decepción con el Consejo de Seguridad Nacional, que continúa haciéndole una labor de zapa.

—¿Le ha explicado eso al presidente? —preguntó Lowell.

—Según mi fuente, no. Como ha dicho el señor Mandel, es un hombre racional, y comprende que es más fácil y mucho mejor para el país reemplazar a una sola persona que a todo un consejo de asesores presidenciales.

—Trágico pero inevitable, imagino —dijo Winters—. Pero ¿qué tiene que ver el secretario de Estado con Evan Kendrick? No veo la relación.

—Está en el propio símbolo —dijo Eric Sundstrom—. Kendrick tiene que comprender su importancia. ¿No es así, Milos?

—Sí. Si Kendrick se convence de que es crucial para el país tener un vicepresidente fuerte, que sea visto tanto por nuestros aliados como por nuestros enemigos como la voz de la razón dentro de una presidencia imperial en la que el emperador va con frecuencia desnudo, y de que el mundo respirará aliviado por ello, entonces, a mi parecer, volverá a tomar la difícil decisión y estará disponible.

—Por lo que sabemos, supongo que lo haría —asintió Gideon Logan—. Pero ¿quién diablos va a convencerlo?

—El único hombre a quien escucharía —dijo Milos Varak, preguntándose si estaría a punto de firmar una sentencia de muerte—. Emmanuel Weingrass.

Ann Mulcahy O’Reilly era una secretaria de Washington a quien no resultaba fácil alterar. A lo largo de los años, desde que ella y Paddy llegaron de Boston, había trabajado para inteligentes y lerdos, supuestamente buenos y supuestamente ladrones, y nada la sorprendía demasiado. Pero nunca había trabajado para nadie como el congresista Evan Kendrick, residente permanente en Washington a la fuerza, político de mala gana y héroe perversamente reacio. Tenía más formas de eludir lo inevitable que vidas un gato, y era capaz de desaparecer con la agilidad del hombre invisible. Pero, a pesar de esas aficiones, el congresista mantenía siempre abiertas líneas de comunicación; llamaba con bastante regularidad o dejaba un número a donde podían llamarlo. Sin embargo, durante los últimos dos días no había habido la menor noticia suya ni un número de teléfono donde poder encontrarlo. Esos dos hechos por mismos no habrían normalmente alarmado a la señora O’Reilly, pero sí otros dos: durante todo el día —desde las nueve y veinte de esa mañana— había sido imposible hablar por teléfono ni con su residencia de Virginia ni con la de Colorado. En ambos casos las telefonistas alegaban interrupciones en el servicio, y la cosa seguía igual cuando

ya eran casi las siete de la tarde. Eso sí preocupaba a Annie O'Reilly; je modo que, con toda lógica, cogió el teléfono y llamó a su marido a la sede de la policía.

—O'Reilly —dijo una voz gruñona—. Brigada de detectives.

—Paddy, soy yo.

—Hola, tigresa. ¿Cómo va mi bisté?

—Estoy todavía en la oficina.

—Bien. Tengo que hablar con Evan. Me llamó Manny hace un par de días sobre unas absurdas placas de matrícula…

—Esa es la cosa —le interrumpió su mujer—. También yo quiero hablar con él, pero no puedo.

Annie le contó a su marido la extraña coincidencia de que los dos teléfonos del congresista, el de Virginia y el de Colorado, se hubiesen averiado a la vez, y que no la hubiese llamado desde hacía dos días ni hubiese dejado un número en el que poder localizarlo.

—Y no acostumbra a hacer eso, Paddy.

—Llama a Seguridad del Congreso.

—Ni hablar. Le susurras el nombre de ese tipo a Seguridad y echan las campanas al vuelo, y ya sabes lo que él piensa de esas campanas. Me cortaría la cabeza si hay siquiera una explicación medianamente decente para lo que ocurre.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Puedes echar una ojeada por Fairfax, cariño?

—Claro. Llamaré a Kearns a Arlington y le diré que mande un coche allí. ¿Cuál es la dirección?

—No, Paddy —se apresuró a decir la señora O'Reilly—. Ya oigo las campanas. Eso es la policía.

—¿Y cómo crees que me gano la vida?, ¿en el *ballet*?

—No quiero que intervengan con uniformes y todo eso. La Agencia ha puesto guardia allí y podría costarme un disgusto. Me refiero a ti, amor. Eres un amigo de esa zona que casualmente es policía y hace un favor a su mujer, que da la casualidad de que es la secretaria de Kendrick.

—Demasiadas casualidades, tigresa, pero ¡qué diablos! Me gusta el bisté.

—Con patatas extra, Paddy.

—Y cebollas, muchas cebollas.

—Las mayores que pueda encontrar.

—Voy para allá.

—Paddy, si esa tímida violeta ha tenido los dos teléfonos descolgados, dile que sé lo de su amiga de Egipto y puedo filtrarlo si no me llama.

—¿Qué amiga de…?

—Cósete la boca. Manny lo dejó caer ayer cuando están un poco achispado y no pudo tampoco encontrar a su hijo. Y ahora, date prisa. Esperaré aquí la llamada.

—¿Qué hay de mi bisté?

—Tengo uno en el congelador —mintió Ann Mary Mulcahy.

Treinta y ocho minutos después, tras haber hecho dos giros equivocados en el oscuro campo de Virginia, el detective de primera O'Reilly encontró la carretera que llevaba a la casa de Kendrick. Ya había pasado por ella exactamente cuatro veces, pero nunca de noche. Todos los viajes los había hecho para ver al viejo Weingrass cuando salió del hospital y traerle una botella de Listerine recién preparada, dado que las enfermeras mantenían el *whisky* fuera de su alcance. Paddy se había figurado honradamente que si Manny, que estaba a punto de cumplir los ochenta y debería haber cascado en la mesa de operaciones, quería alegrarse un poco, ¿qué mal había en ello? Cristo, con toda su gloria, convirtió el agua en vino; de modo que ¿por qué no iba un miserable pecador llamado O'Reilly a convertir una pinta de colutorio en escocés? Las dos eran causas cristianas, y no hacía más que seguir el santo ejemplo.

En la solitaria carretera no había luces, y, a no ser por la de sus faros, Paddy no hubiese visto el muro de ladrillo y la blanca puerta de hierro. Después comprendió por qué; la casa estaba a oscuras. A todos los efectos, estaba cerrada, abandonada, vacía, clausurada durante la ausencia de sus dueños. Pero el dueño no estaba fuera; y, aunque lo estuviese, había un matrimonio árabe de un lugar llamado Dubai que mantenía la casa abierta y dispuesta para su regreso. Cualquier cambio en esa rutina, o la retirada de los guardianes de la Agencia, habría sido sin la menor duda comunicada a Annie O'Reilly, número uno del congresista en la oficina. Paddy detuvo el coche en la cuneta, abrió de un golpe la guantera, sacó una linterna y se apeó. Instintivamente se llevó la mano bajo la chaqueta y palpó la culata del revólver en la sobaquera. Se acercó a la puerta, esperando que en cualquier momento se encendiesen los focos o llenasen el silencio nocturno los alaridos de múltiples sirenas. Eran los modos usuales de los controles de la Agencia, métodos de protección total.

Nada.

O'Reilly metió despacio el brazo por entre los barrotes de la puerta… Nada. Puso la mano sobre la placa central que había entre las dos puertas y empujó. Se abrieron, y todavía *nada*.

Entró, empujando con el pulgar de la mano izquierda el interruptor de la linterna, la derecha bajo la chaqueta. Lo que a los pocos segundos bajo el haz de luz le hizo acurrucarse contra la pared, con el arma desenfundada.

—¡Santa María, Madre de Dios, perdona mis pecados! —susurró.

A tres metros de allí, en el suelo, aparecía el cadáver de un joven miembro de la Agencia Central de Inteligencia en traje de calle, empapado en la sangre del cuello y con la cabeza casi separada del resto. O'Reilly apretó la espalda contra la pared de ladrillo mientras apagaba la linterna, tratando de calmar unos nervios que creía a prueba de esas cosas. Estaba familiarizado con la muerte violenta, y porque lo estaba sabía que encontraría más. Se puso lentamente en pie e inició la búsqueda de

muertos, sabiendo también que los asesinos habían desaparecido.

Encontró otros tres cadáveres, todos mutilados, todos muertos por sorpresa, todos situados a 90 grados de la brújula entre sí para una mejor protección. *¡Jesús! ¿Cómo?* Se inclinó y examinó el cuerpo del cuarto hombre. Lo que encontró fue extraordinario. Alojada en el cuello del vigilante había una aguja; eran los restos de un dardo. La patrulla había sido inmovilizada mediante un narcótico y después, ya inerme, asesinada. No llegaron a enterarse de lo que ocurría. Ninguno lo supo.

Patrick O'Reilly avanzó lentamente y con precaución hasta la entrada de la casa, aunque sabía que era innecesario. Lo terrible ya estaba hecho; solo quedaba contar las bajas.

Eran seis. Tenían todos la garganta seccionada, el cuerpo cubierto de sangre ya medio seca, la cara contorsionada. Sin embargo, lo más indecente eran los cuerpos desnudos del matrimonio de Dubai. El marido estaba encima de su mujer y ambos con la cara manchada de rojo, una contra otra. Y en la pared, garabateado con sangre humana, podía leerse: *¡Muerte a los traidores a Dios! ¡Muerte a los fornicadores del Gran Satán*!

¿Dónde estaba Kendrick? Por la Virgen, ¿dónde estaría? Recorrió la casa a la carrera, yendo del sótano al ático y habitación por habitación, dando cada interruptor que pudo encontrar hasta que la mansión entera fue un ascua de luz. ¡No había la menor señal del congresista! Paddy salió corriendo de la casa por el garaje anejo y vio que el Mercedes de Evan no estaba, ni el Cadillac; no había nadie. Empezó a rebuscar en los terrenos de fuera, recorriendo cada metro de Rosque y de follaje del recinto cercado. *Nada*. No había el menor signo de lucha, ni ramas rotas, ni roturas en la cerca anticiclones o señales en la pared de ladrillo recién construida. ¡Los forenses! La división forense del departamento encontraría pruebas… ¡No! Pensaba en procedimientos policiales y aquello estaba más allá de la policía… ¡Mucho más allá! O'Reilly volvió a las puertas metálicas, ahora bañadas por la luz, y corrió hacia su coche. Subió de un salto y, desdeñando la radio, sacó el teléfono que llevaban los coches de la policía bajo el salpicadero. Marcó, y solo en ese momento se dio cuenta de que tenía la cara y la camisa empapadas de sudor en medio del frío aire nocturno.

—Oficina del congresista Kendrick.

—Annie, deja que hable yo —dijo rápidamente y en voz baja el detective—. Y no hagas preguntas.

—Conozco ese tono de voz, Paddy, de modo que tengo que hacerte una sola: ¿Está bien?

—No hay el menor rastro suyo. Tampoco está su coche.

—Pero habrá otros…

—No más preguntas, tigresa; pero yo sí tengo una para ti, y, por todos los santos, será mejor que puedas contestarla.

—¿Qué?

—¿Quién es el contacto de Evan en la Agencia?

—Trata directamente con la unidad.

—No. Algún otro. Más arriba. ¡Tiene que haber alguien!

—¡Espera un momento! —exclamó Annie, levantando la voz—. Claro que lo hay, solo que no habla de él. Es un tal Payton. Hace cosa de un mes me dijo que si llamaba ese Payton debía ponerlo con él inmediatamente, y que si no estaba aquí tenía que buscarlo.

—¿Estás segura de que es de la CIA?

—Sí, sí, lo estoy. Una mañana me llamó desde Colorado diciéndome que necesitaba el número de ese Payton y dónde podía encontrarlo. En la mesa… En el cajón de abajo, debajo de un talonario de cheques. Era una centralita de Langley.

—¿Estará ahí todavía?

—Voy a mirar; espera.

La espera de no más de veinte segundos resultó insoportable para el detective, y aún la empeoró la visión de la gran casa iluminada, más allá de las puertas abiertas. Era a la vez una invitación y un blanco.

—¿Paddy?

—¡Sí!

—Lo tengo.

—Dímelo. ¡De prisa! —Así lo hizo Ann, y O’Reilly le dio una orden que no era para ser desobedecida—. Quédate en la oficina hasta que yo te llame o te recoja. ¿Entendido?

—¿Hay un motivo?

—Digamos que no sé hasta dónde llega esto, y que me gusta el bisté.

—¡Oh, Dios mío…! —susurró Annie.

O'Reilly no oyó a su mujer. Había cortado, y a los pocos segundos estaba marcando el número que le había dado Annie. Después de ocho atormentadores timbrazos, se oyó una voz de mujer.

—Agencia Central de Inteligencia, despacho del señor Payton.

—¿Es usted su secretaria?

—No, señor; aquí es recepción. El señor Payton estará hoy fuera.

—Escúcheme, por favor —dijo el detective de Washington tratando de conservar un perfecto dominio—. Es urgente que hable inmediatamente con él. Cualesquiera que sean las normas, pueden ser quebrantadas, ¿me entiende, señorita? Es una emergencia.

—Haga el favor de identificarse.

—Diablos, no quiero… pero lo haré. Soy el teniente Patrick O’Reilly, detective de primera del Departamento de Policía del Distrito de Columbia. ¡Tiene que encontrarlo!

De pronto, se oyó una voz masculina.

—¿O’Reilly? —dijo—. ¿Cómo O’Reilly, la secretaria de cierto congresista?

—Exacto, señor. No contesta usted a su jodido teléfono… y perdone mi lenguaje.

—Esta es una línea interurbana a mi apartamento, señor O'Reilly… Puede desconectar, telefonista.

—Gracias, señor.

Se oyó un chasquido.

—¿Sí, señor O'Reilly? Ahora estamos solos.

—Yo no. Estoy en compañía de seis cadáveres a treinta metros de mi coche.

—¿Cómo?

—Venga aquí, señor Payton. A casa de Kendrick. Y, si no quiere titulares, mande volver a la unidad de relevo que esté en camino.

—Imposible —dijo el asombrado director de Proyectos Especiales—. El relevo es a media noche; lo hacen los hombres del interior.

—También están muertos. Están todos muertos.

Mitchell Payton se bajó junto al cadáver del vigilante más cercano a las puertas y se estremeció bajo el haz de luz de la linterna de O'Reilly.

—Era tan joven… ¡Son todos tan jóvenes!

—Eran. No hay ni uno vivo, ni fuera ni dentro. He apagado la mayor parte de las luces, pero le acompañaré, naturalmente.

—Debo… Sí, desde luego.

—Aunque no lo haré a menos que me diga dónde está el congresista Kendrick… si es que está, o si debía estar aquí, lo que significaría que probablemente no está. Puedo, y evidentemente debería, llamar a la policía de Fairfax. ¿Soy lo bastante claro?

—De una claridad gaélica, teniente. Por ahora esto debe seguir siendo un problema… una catástrofe, si lo prefiere, de la Agencia.

—Responda a mi pregunta o puede estar seguro de que cumpliré con mi deber y llamaré a los de Fairfax. ¿Dónde está el congresista Kendrick? Su coche no está aquí y quiero saber si eso debe aliviarme o no.

—Si puede encontrar algún alivio en esta situación, es usted una persona muy extraña.

—Siento lo de esos hombres, extraños para mí, como he sentido lo de centenares como ellos en mi época. ¡Pero a Evan Kendrick lo conozco! Y ahora, si tiene esa información, la quiero en este mismo instante o voy a mi coche e informo a la policía de Fairfax.

—No me amenace, teniente. Si quiere saber dónde está Kendrick, pregúnteselo a su mujer.

—¿A mi mujer?

—A la secretaria del congresista, por si lo ha olvidado.

—¿Por qué diablos cree que estoy aquí? —estalló Paddy—. ¿Para hacer una visita a mi viejo amigo el millonario de Colorado? Estoy aquí porque Annie hace dos días

que no sabe nada de Evan, y desde las nueve de esta mañana tanto su teléfono de aquí como el de Mesa Verde no suenan. Supongo que es lo que usted llamaría coincidencia.

—¿Que sus dos teléfonos…?

Payton levantó la cabeza y oteó alrededor.

—No se moleste —dijo O'Reilly, siguiendo su mirada—. Una de las líneas ha sido cortada y empalmada a otra. El cable grueso que va a la terraza está intacto.

—¡Dios mío!

—Sí, creo que va a necesitar su ayuda… ¡Kendrick! ¿Dónde diablos está?

—En las Bahamas. En Nassau.

—¿Por qué creía usted que mi mujer, que su secretaria, sabía eso? Más vale que tenga una buena razón para creerlo, porque si esto es un truco para implicar a Annie Mulcahy en uno de sus enredos, voy a hacer que vengan aquí más chaquetas azules de los que tienen ustedes en Eyeran.

—Lo creía porque él me lo dijo.

—¡Pues a ella no!

—Es evidente —asintió el director de la CIA, con los ojos clavados en la casa—. Sin embargo, fue explícito. Anteayer dijo que, camino del aeropuerto, se detendría en su oficina y dejaría la información a su secretaria Annie O'Reilly. Y se detuvo. Subió a su oficina; lo confirmó la unidad móvil.

—¿Cuándo fue eso?

—Hacia las cuatro y media, si no recuerdo mal.

—¿El miércoles?

—Sí.

—Annie no estaba allí. Los miércoles sale a las cuatro y Kendrick lo sabe. ¡Tiene la puñetera clase de *aerobic*!

—Es evidente que lo olvidó.

—No es probable. Venga conmigo.

—¿Cómo dice?

—A mi coche.

—Tenemos trabajo aquí, teniente, y he de hacer varias llamadas… desde mi coche. Y solo.

—No va a hacer nada hasta que yo hable con la secretaria del congresista Kendrick.

Sesenta y cinco segundos más tarde, con Payton de pie junto a la portezuela abierta, se oyó por el teléfono del coche la voz de la mujer de Patrick O'Reilly.

—Oficina del…

—Annie —le interrumpió su marido—, cuando saliste de la oficina el miércoles por la tarde, ¿quién estaba allí?

—Solo Phil Tobias. Estos días hay poco trabajo y las chicas se van antes.

—¿Phil quién?

—Tobias. Es el primer ayudante de Evan.

—¿Y no te dijo nada, ayer u hoy? Me refiero a que hubiera visto a Kendrick.

—No ha aparecido por aquí, Paddy. Ni ayer ni hoy. Dejé media docena de mensajes en su contestador, pero no he sabido nada de él, el muy…

—Hablaré contigo más tarde, tigresa. Quédate donde estás. ¿Entendido? —O'Reilly dejó el teléfono, se volvió en el asiento y se quedó mirando al hombre de la CIA—. Ya lo ha oído. Creo que le debo una disculpa.

—No la necesito, teniente. Hemos metido la pata hasta tal Punto en Langley que si alguien piensa que su mujer puede verse complicada en una de nuestras chapuzas no le culpo por echarnos la bronca.

—Me temo que fue eso… ¿Quién va detrás de Tobias, usted o yo?

—Puedo delegar en usted, O'Reilly. La ley no lo autoriza y, francamente, creo que hasta lo prohíbe; pero puedo solicitar su ayuda, y la necesito desesperadamente. Puedo mantener en secreto lo de esta noche basándome, en serio, en la seguridad nacional, lo que le autoriza a no informar. Pero en cuanto a ese tal Tobias, solo puedo rogarle.

—¿Rogarme qué? —preguntó el detective, apeándose y cerrando silenciosamente la puerta.

—Que me mantenga informado…

—Eso no necesita pedírmelo.

—Antes de que haya ningún informe oficial —añadió Payton.

—Para eso sí tiene que rezar —dijo Paddy, estudiando al director—. Para empezar, no puedo garantizárselo. Si es visto en Suiza o aparece flotando en el Potomac, yo no tendría necesariamente por qué saberlo.

—Es evidente que pensamos de un modo muy parecido. Sin embargo, usted tiene lo que suele llamarse agarraderas, teniente. Perdóneme, pero he tenido que enterarme de la vida y milagros de todos los que rodean a Evan Kendrick. El Departamento de Policía del distrito de Columbia lo sobornó prácticamente hace doce años para traerlo de Boston.

—Nada turbio. Solo la paga correspondiente a la graduación.

—Equivalente casi a jefe de detectives, un puesto que usted rechazó hace cuatro años porque no le gustaba el trabajo de despacho.

—Qué barbaridad…

—He tenido que ser minucioso. Y, dado que su esposa trabaja para el congresista, creo que un hombre en su posición podría insistir en ser informado en cuanto haya algo sobre Philip Tobias, ya que también él trabaja, o trabajaba, en la oficina de Kendrick.

—Supongo que podría. Pero eso me lleva a un par de preguntas.

—Pues adelante. También eso puede ayudarme.

—¿Por qué está Evan en las Bahamas?

—Yo los envié allí.

—¿Los? ¿La egipcia? Se lo dijo el viejo Weingrass a mi mujer.

—Trabaja para nosotros; participó en lo de Omán. Hay un hombre en Nassau que sirvió de fachada a una compañía con la que Kendrick estuvo asociado por poco tiempo hace años. No tiene buena fama, ni tampoco la tenía esa firma; pero pensamos que valía la pena hacer algunas comprobaciones.

—¿Para qué?

El director de Proyectos Especiales miró por encima del techo del coche hacia la casa de Evan Kendrick, a las ventanas ahora vagamente iluminadas y lo que contenían más allá de los cristales.

—Todo eso vendrá más tarde, O'Reilly. No me guardaré nada, se lo prometo. Pero, después de lo que me ha contado, tengo cosas que hacer. Tengo que hablar con la brigada de la mortaja y eso solo puede hacerse en mi coche.

—¿La brigada de la mortaja? ¿Qué demonios es eso?

—Un grupo de hombres al que a ninguno de nosotros nos gustaría pertenecer. Recogen cadáveres sobre los que no pueden testificar; examinan pruebas que han jurado no revelar. Son necesarios y los respeto, pero no me gustaría ser uno de ellos.

De repente sonó el timbre entrecortado, chirriante, del teléfono del coche del detective. Llamaban por emergencia, y el ruido retumbó en medio de la noche fría y tranquila, rebotando en el muro de ladrillo para ir a perderse a lo lejos, en el bosque. O'Reilly abrió la puerta de un tirón y cogió el auricular.

—¿Sí?

—¡Por Dios, Paddy! —se oyó el grito de Ann Mulcahy O'Reilly, amplificado por el altavoz—. ¡Lo encontraron! ¡Encontraron a Phil! Estaba debajo de las calderas, en el sótano. ¡Dicen que lo han degollado! ¡Jesús, María y José! ¡Está muerto, Paddy!

—Cuando dices que lo encontraron, ¿a quién te refieres exactamente, tigresa?

—A Harry y Sam, los de mantenimiento nocturno. ¡Me llamaron con un susto de muerte para que avisase a la policía!

—Acabas de hacerlo, Annie. Diles que se queden donde están. No deben tocar nada ni decir nada hasta que llegue yo. ¿Comprendido?

—Ni decir nada…

—Sí; ya te lo explicaré después. Ahora llama a Seguridad y haz que pongan cinco hombres armados frente a la oficina. Di que tu marido es agente de policía y lo ha pedido a causa de amenazas personales contra él. ¿Entendido?

—Sí, Paddy —respondió llorando la señora O'Reilly—. ¡Dios mío, está muerto!

El detective se volvió en su asiento. El director de la CIA corría ya hacia su coche.

28

Eran las cuatro y diecisiete de la tarde, hora de Colorado, y la Paciencia de Emmanuel Weingrass se había acabado. Hacia las once de la mañana descubrió personalmente que el teléfono no funcionaba, para enterarse después de que dos de las enfermeras lo sabían desde hacía varias horas. Una de ellas había ido a Mesa Verde para llamar a averías desde la tienda e ultramarinos. Volvió con la seguridad de que lo arreglarían lo antes posible, y ese «posible» había durado ya más de cinco días, algo inaceptable para Manny. Un congresista famoso —por no hablar de su categoría de héroe nacional— exigía un trato mejor; aquella era una afrenta que no tenía intención de tolerar. Y, aunque no dijo nada a su congregación de brujas en su cerebro bullían malos pensamientos, ideas inquietantes.

—¡Oíd esto, augures del señor de Cawdor! —gritó a voz en cuello desde el mirador acristalado a las dos enfermeras que jugaban al *gin rummy*.

—¿De qué diablos está hablando, Manny? —preguntó la tercera desde una butaca junto al arco de la sala de estar, bajando el periódico.

—De Macbeth, ignorante. ¡Estoy dictando la ley!

—¿Nos va a dar las tablas, Matusalén? ¡*Gin*!

—Qué poco sabes de la Biblia… No pienso seguir aislado del mundo exterior. O una de vosotras me lleva a la ciudad, a donde pueda llamar al presidente de esa *mishegoss* compañía telefónica, o meo toda la cocina.

—Antes se verá en una camisa de fuerza —dijo una de las chicas sin dejar de estar atenta a las cartas.

—Un momento —intervino su compañera—. Puede llamar al congresista y que él haga presión. Tengo que hablar con Frank. Llega mañana, como ya te dije, y no he podido hacer la reserva en el motel de Cortez.

—De acuerdo —dijo la enfermera de la sala de estar—. Puede llamar desde la tienda de Abe Hawkins.

—Sabía que el sexo os pondría en movimiento. Pero llamaremos desde la oficina de Gee-Gee. No confío en nadie que se llame Abraham. Probablemente vendió armas al Ayatollah y le perdonó la comisión. Voy solo a ponerme un jersey y la chaqueta.

—Yo conduciré —se ofreció la enfermera de la sala de estar, dejando caer el periódico junto a la butaca y levantándose—. Póngase el abrigo, Manny; hace frío y sopla viento de las montañas.

Weingrass masculló un epíteto menor al pasar junto a ella y se dirigió a su dormitorio, en el ala sur de la primera planta. Una vez fuera de la vista, apresuró el paso; tenía que recoger algo más que un jersey. Ya en su gran habitación, rediseñada por él para poner en la pared sur puertas correderas de cristal que daban a una terraza embaldosada, fue rápidamente hasta el alto armario ropero, tipo cómoda, cogiendo de paso y arrastrando una silla de su escritorio. Cautelosamente, agarrándose a los pomos, se subió a ella, alargó la mano hasta más allá de los adornos que coronaban el

imponente mueble y cogió una caja de zapatos. Se bajó, llevó la caja a la cama y la abrió. Dentro había una automática del 38 y tres cargadores.

Tenía que esconderla. Evan había dado órdenes de que encerrasen el estuche con la escopeta e hiciesen desaparecer toda la munición, y de que no se permitiesen armas cortas en la casa. La razón era demasiado penosa para que ninguno de los dos se atreviese a nombrarla: Kendrick creía, con bastante lógica que si su viejo amigo pensaba que había vuelto el cáncer, se suicidaría. Pero para Emmanuel Weingrass, con la vida que había llevado, era anatema estar sin un arma. Fue Gee-Gee González quien remedió la situación; y Manny había fracturado solo una vez el encierro de la escopeta, cuando los periodistas cayeron sobre ellos y empezaron a mear por allí.

Metió de golpe un cargador, se echó los otros dos al bolsillo y volvió a llevar la silla a su sitio. Después fue al armario, cogió un jersey largo y de punto tupido y se lo puso. Disimulaba eficazmente los bultos. Por último hizo algo que no había no desde que terminaron de reformar la habitación, ni quiera cuando se vieron asaltados por los periodistas y las cámaras de televisión. Inspeccionó los cerrojos de las puertas correderas y fue hasta el interruptor rojo oculto detrás de las cortinas y puso la alarma. Cerró la puerta y marchó a reunirse con la enfermera en el vestíbulo. Ella le traía ya el abrigo.

—Qué jersey tan bonito, Manny.

—Lo compré en las rebajas de una tienda *présski* de Montecarlo.

—¿Es que no puede hablar ni una vez en serio?

—No bromeo; es verdad.

—Venga, póngase el abrigo.

—Enfundado en esa cosa parezco un *hasid*[2].

—¿Un qué?

—Heidi entre los edelweiss.

—A mi me parece muy masculino.

—Vámonos de aquí. —Weingrass echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo—. ¡Chicas! —gritó con voz que llegó hasta la veranda.

—¿Sí, Manny?

—¿Qué?

—Escúchenme, por favor, señoras, hablo en serio. Con el teléfono estropeado, me sentiría mucho más tranquilo si ponen la alarma principal. Complacedme, queridas. Me doy cuente que para vosotras soy solo un viejo ridículo, pero me sentiría mucho mejor si hicierais eso por mí.

—Qué amable…

—Claro que lo haremos, Manny.

Este truco de la humildad siempre funciona, pensó Weingrass mientras continuaba hacia la puerta.

—Vamos, dese prisa —dijo a la enfermera que iba tras él, peleando con su parka —. Quiero llegar a casa de Gee-Gee antes de que los del teléfono cierren para todo el

mes.

El viento de la montaña era fuerte y el camino desde la maciza puerta al Saab Turbo de Kendrick, hacia la mitad del acceso circular, lo hicieron tumbados contra las ráfagas. Manny se protegía la cara con la mano izquierda, volviendo la cabeza hacia el lado contrario, cuando de pronto los incordios del viento dejaron de tener importancia. Al principio pensó que el remolino de las hojas y las erráticas bolsas de polvo distorsionaban su vista todavía viable, pero en seguida supo que no era así. Había movimiento, movimiento humano, más allá de los altos setos que daban frente a la carretera. Una silueta había ido precipitadamente hacia la derecha y se había lanzado al suelo detrás de una zona de follaje especialmente tupida… y después otra, que siguió a la primera y fue más lejos.

—¿Está bien, Manny? —gritó la enfermera mientras se acercaban al coche.

—¡Esto es de jardín de infancia comparado con los pasos de los Alpes Marítimos! —respondió a gritos Weingrass—. Suba. *Dese prisa*.

—¡Me gustaría ver los Alpes algún día!

—También a mí —masculló Weingrass subiendo al Saab, mientras deslizaba disimuladamente la mano bajo el abrigo y el jersey para alcanzar la automática. La sacó y la puso entre el asiento y la puerta, mientras la enfermera metía la llave y ponía en marcha el motor—. Cuando llegue a la carretera, vaya a la izquierda —dijo.

—No, Manny; se equivoca. El camino más rápido para Mesa Verde es por la derecha.

—Lo sé, encanto; pero aun así, quiero que vaya a la izquierda.

—¡Manny, si está tratando de conseguir algo a su edad me voy a enfadar!

—Tuerza a la izquierda, y nada más pasar la curva pare.

—Señor Weingrass, si ha pensado por un instante…

—Voy a apearme —la interrumpió en voz baja el viejo arquitecto—. No quiero alarmarla, y se lo explicaré todo más tarde; pero ahora va a hacer exactamente lo que le digo…, por favor. Conduzca. —La asombrada enfermera no entendió las palabras que decía Manny en voz baja, pero sí su mirada. No había teatro, ni cuento; estaba simplemente dando una orden—. Gracias —continuó, mientras ella guiaba por entre la pared de altos setos y torcía a la izquierda—. Quiero que vaya a Verde dando la vuelta por la carretera de Mancos.

—Tardaré como mínimo diez minutos más.

—Lo sé, pero es lo que quiero que haga. Vaya a casa de Gee-Gee lo más de prisa que pueda y dígale que llame a la policía.

—¡Manny! —gritó la enfermera, apretando el volante.

—Estoy seguro de que no es nada —se apresuró Weingrass, tranquilizador—. Probablemente es solo alguien a quien se le ha averiado el coche o un excursionista que se ha perdido. No obstante, esas cosas es mejor comprobarlas, ¿no cree?

—No sé qué pensar, ¡pero desde luego no le voy a dejar salir del coche!

—Si, me dejará —dijo Manny, levantando la automática como para examinar el

gatillo.

—¡Dios mío! —chilló la enfermera.

—No va a ocurrirme nada, querida, porque de tan precavido soy hasta cobarde… Pare aquí, por favor. —La mujer hizo lo que le decían, mientras sus ojos asustados iban rápidamente del arma a la cara del viejo—. Gracias —dijo Weingrass friendo la puerta, lo que hizo que estallase repentinamente el ruido del viento—. Probablemente encontraré a nuestro inofensivo visitante tomando café con las chicas —añadió, apeándose y cerrando silenciosamente. El Saab se alejó. No importa, pensó Manny. Las ráfagas de viento ahogaban el ruido.

Como también ahogaban los que él pudiese hacer al volver hacia la casa, mientras permanecía fuera de la vista al borde de la carretera, haciendo crujir las hojas caídas en la linde del bosque. Estaba tan agradecido a las oscuras nubes que pasaban rápidas por el cielo como al abrigo oscuro; ambos lo hacían casi invisible. Cinco minutos más tarde y varios metros más dentro del bosque, se detuvo junto al muro que formaban los setos. Volvió a protegerse la cara del viento y atisbo el otro lado de la carretera.

¡Allí estaban! Y de perdidos, nada. Los intrusos esperaban por algo o por alguien. Los dos hombres llevaban chaquetas de cuero y, acurrucados enfrente de los setos, hablaban rápidamente entre sí, el de la derecha echando constantes miradas de impaciencia al reloj. Weingrass no necesitaba que le dijeran lo que significaba eso; esperaban por alguno o por más de ninguno. Torpemente, notando la edad en lo físico pero no en la imaginación, Manny se echó al suelo y empezó a avanzar abre las rodillas y las manos, sin saber muy bien lo que buscaba pero sí que tenía que encontrarlo, fuera lo que fuese.

Fue una rama gruesa y pesada recién arrancada por el viento, con la savia todavía rezumando por el desgarrón. Tenía alrededor de un metro de largo y resultaba manejable. Despacio, aún más torpe y penosamente, el viejo se incorporó y volvió hasta el árbol, que estaba a menos de veinte metros en diagonal de los dos intrusos.

Era un albur, pero también lo era lo que le quedaba de vida, y las probabilidades infinitamente mejores que en la ruleta o el *chemin de fer*. También conocería mucho más rápidamente los resultados, y el jugador que había en Emmanuel Weingrass sentía ganas de apostar a que uno de los intrusos se quedaría donde estaba por puro sentido común. El viejo arquitecto volvió a internarse en el bosque, mientras elegía su posición con el mismo cuidado que si estuviese dando los últimos toques a un proyecto para el cliente más importante de su vida, que en esta ocasión era él. Utilizar a fondo el medio natural había sido algo axiomático en él durante toda su vida profesional, y no pensaba apartarse de esa norma precisamente ahora.

Había dos álamos, anchos y separados por unos dos metros, que formaban una especie de puerta abstracta forestal. Se escondió detrás del tronco de la derecha, agarró la pesada rama y la levantó hasta apoyarla contra la corteza por encima de su cabeza.

Rugía el viento entre los árboles, y, envuelto por los múltiples ruidos del bosque,

Manny abrió la boca y lanzó una especie de breve canto monótono, más animal que humano. Estiró el cuello y observó.

Por entre los troncos y el follaje más cercano al suelo pudo ver a las sorprendidas siluetas del otro lado de la carretera. Ambos giraron en redondo, agachados como estaban, y el de la derecha agarró del hombro a su compañero, al parecer —ojalá, rezó Manny— dándole órdenes. Así era. El de la izquierda se incorporó, sacó una pistola de debajo de la chaqueta y echó a andar hacia el bosque, al otro lado de la carretera de Mesa Verde.

Todo era ya cuestión de cálculo, de cálculo y coordinación, para que los breves y seductores sonidos condujesen a la presa hacia el fatal mar de verdor con la inexorabilidad de las sirenas que tentaron a Ulises. Dos veces más emitió Weingrass su llamada fantasmal, y después una tercera, tan pronunciada que el intruso se precipitó hacia adelante golpeando las ramas que se interponían en su camino, con el arma apuntada y los pies hundiéndose en la tierra blanca, hasta ir a dar a la puerta del bosque.

Manny echó hacia atrás la gruesa y pesada rama y la descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza del que llegaba corriendo. Brotó la sangre de cada rasgo de su cara, convertido ya el cráneo en una masa de huesos y cartílagos rotos. Estaba muerto. Weingrass, jadeante, salió de detrás del tronco y se arrodilló.

Era un árabe.

El viento de las montañas insistía en sus embates. Manny arrancó el arma de la mano todavía caliente del cadáver y, aún con más dificultad, mucho más penosamente, volvió a la carretera. El compañero del intruso muerto era un manantial de energía mal dirigida; seguía volviendo alternativamente la cabeza hacia el bosque, hacia la carretera de Mesa Verde y hacia su reloj. Lo único que no había hecho era sacar un arma y eso le dijo a Weingrass algo más. El terrorista —pues de eso se trataba— era un aficionado del montón o un profesional consumado.

Los golpes que sentía en el pecho obligaron a Manny a darse unos momentos de respiro, pero no muchos. Tal vez no volviese a presentarse la oportunidad. Fue hacia el norte, de tronco en tronco, hasta que estuvo veinte metros más allá del tipo ansioso, que seguía mirando hacia el sur. Weingrass crujo la carretera lo más de prisa que pudo y se quedó inmóvil, observando. El supuesto asesino estaba ahora al borde de la apoplejía. Por dos veces fue a cruzar la carretera hacia el bosque, y otras tantas desistió y volvió a agacharse tras los setos, mientras consultaba continuamente el reloj. Manny avanzó, empuñando la automática con su mano surcada de venas. Estaba a menos de tres metros del terrorista cuando habló.

—*Jezzar*! —rugió, llamando al tipo «carnicero» en árabe—. ¡Sí te mueves, eres hombre muerto! ¿*Fahem*?

El hombre de piel oscura giró en redondo, y mientras rodaba entre los setos lanzó un puñado de tierra a la cara del viejo arquitecto. Entre la lluvia de polvo, Weingrass comprendió por qué el terrorista no había sacado un arma. La tenía a su lado, en el

suelo, al alcance de su mano. Manny se dejó caer a su izquierda, sobre la carretera, mientras el hombre agarraba la pistola y, retrocediendo entre la maraña vegetal, disparaba dos veces. Apenas se oyó nada; fue como si alguien escupiese contra el viento. La pistola del terrorista llevaba silenciador, pero las balas no eran silenciosas. Una de ellas cortó el aire por encima de Weingrass, y la segunda rebotó en el cemento cerca de su cabeza. Manny levantó la automática y apretó el gatillo, con la calma que da la experiencia, afirmando la mano a pesar de los años. El terrorista gritó y cayó de bruces en los setos, con los ojos muy abiertos y un incipiente reguerillo de sangre en la base del cuello.

¡Date prisa, bastardo decrépito!, se animó Weingrass, luchando por incorporarse. ¡*Esperaban a alguien! ¿Quieres hacer de pato feo y senil en una galería de tiro? ¿De qué va a servirte la cabeza si te la vuelan? ¡Ánimo! ¡Me queman los huesos!*

Manny fue tambaleándose hacia el cuerpo hincado en los setos. Se inclinó, tiró de él, lo agarró por los pies y, entre muecas, echando mano de cuantas fuerzas le quedaban, lo arrastró hasta cruzar la carretera e internarse en el bosque.

Solo quería tumbarse en el suelo y descansar, dejar que emitiese el martilleo del pecho y tragar aire, pero sabía que no podía hacerlo. Tenía que seguir adelante, estar preparado y, sobre todo, capturar vivo a alguien. ¡Esa gente iba detrás de su hijo! Tenía que averiguar…

Oyó el ruido de un motor a lo lejos, pero en seguida se desvaneció. Desconcertado, fue cautelosamente por entre los árboles hasta la linde del bosque y atisbó fuera. Venía un coche por la carretera de Mesa Verde, pero o había parado el motor o el viento era demasiado fuerte. Efectivamente, venía deslizándose, porque ahora solo se oía el rodar de las cubiertas mientras se acercaba al muro de altos setos, donde finalmente se detuvo antes de la primera entrada de la rampa circular de subida a la casa. Dentro había dos hombres. El conductor, un tipo fornido, ya no joven pero que apenas pasaría de los cuarenta, se apeó y miró alrededor, sin duda esperando que viniese alguien a su encuentro o le hiciesen una señal. Al no ver a nadie, cruzó la carretera hacia el lado del bosque y empezó a avanzar. Weingrass se metió la automática en el cinturón y se agachó para coger la pistola del segundo asesino, con el silenciador perforado sujeto al cañón. Era demasiado grande para el bolsillo, de modo que, como el árabe, la dejó en el suelo. Se emboscó aún más y comprobó el cilindro del arma. Quedaban cuatro balas. El individuo se acercaba; lo tenía ya enfrente.

—¡Yosef!

El nombre llegó repentinamente traído por el viento, medio gritado por el compañero del conductor, que había salido del coche y corría por la carretera, cuanto le permitía una pronunciada cojera. Manny estaba perplejo. Yosef era un nombre hebreo, y, sin embargo, aquellos asesinos no eran israelíes.

—¡Cállate, muchacho! —ordenó en árabe el más viejo mientras su compañero se detenía jadeante frente a él—. ¡Si vuelves a levantar así la voz, en cualquier sitio, te

mando de vuelta a la Bekaa en un ataúd!

Weingrass observaba y escuchaba a los dos hombres, que estaban a no más de seis o siete metros, al borde de la carretera. Ahora comprendía por qué el conductor había empleado la palabra árabe *walad*. Su compañero era un muchacho, un joven de apenas dieciséis o diecisiete años, que replicó enfadado, con una evidente dificultad para hablar, sin duda un labio leporino:

—¡No vas a mandarme a ningún sitio! ¡Nunca volveré a andar bien por culpa de ese cerdo! ¡A no ser por él, pude haberme convertido en un gran mártir de nuestra santa causa!

—Está bien, está bien —dijo el árabe de nombre hebreo, con una cierta compasión—. Date agua fría en la nuca o te va a estallar la cabeza. ¿Qué ocurre?

—¡La radio norteamericana! ¡Acabo de oírla, y comprendo lo suficiente para… entender!

—¿Nuestra gente de la otra casa?

—No, nada de eso. ¡Los judíos! Han ejecutado al viejo Khouri. ¡Lo ahorcaron!

—¿Y qué esperabas, Amán? Hace cuarenta años estaba todavía trabajando con los nazis alemanes que quedaron en África del Norte. Mataba judíos, volaba *kibbutzim*, e incluso un hotel en Haifa.

—¡Entonces debemos matar a su asesino, Begin, y a todos viejos del Irgun y del Stern! Khouri era para nosotros un símbolo de grandeza.

—Tranquilo, muchacho. Esos viejos combatieron contra los británicos más que contra nosotros. Ni ellos ni Khouri tienen nada que ver con lo que debemos hacer hoy. Tenemos que dar una lección a un sucio político que se hizo pasar por uno de los nuestros. Se disfrazó con nuestras ropas, usó nuestra lengua y traicionó la amistad que le ofrecimos. ¡El presente chico! Concéntrate en el presente.

—¿Dónde están los otros? Iban a salir a la carretera.

—No lo sé. Se habrán enterado de algo o habrán visto algo y han entrado en la casa. Están dando las luces; se ve por entre esos arbustos. Nos acercaremos por ambos lados de esa entrada en semicírculo. Vete por entre la hierba hasta las ventanas. Probablemente veremos que nuestros camaradas están tomando café con los de dentro, antes de cortarles el cuello.

Emmanuel Weingrass levantó la pistola con silenciador, la apoyó contra el tronco de un árbol y la movió atrás y adelante entre ambos terroristas. ¡Los quería vivos! Las palabras en árabes referidas a la «otra casa» le enfurecieron tanto que muy bien pudo haberles volado la cabeza. ¿Querían matar a su hijo? Si lo habían hecho, lo pagarían caro, sufrirían por él, sin tener en cuenta la edad. Iban a saber lo que era dolor. Apuntó a la región pelviana de ambos asesinos, sin dejar de mover el arma de uno a otro…

En el preciso momento en que una súbita ráfaga de viento llegaba por la carretera, disparó dos tiros al mayor y, uno al joven. Fue como si ninguno de los dos pudiese comprender lo que ocurría. El muchacho se derrumbó gritando y retorciéndose en el

suelo. Su compañero estaba hecho de otra pasta. Vaciló sobre sus pies, se volvió hacia el sitio de donde procedan los disparos y avanzó tambaleándose, su fornida humanidad convertida en un monstruo dolorido y furioso.

—¡No te acerques más, Yosef! —aulló Manny, exhausto más allá de lo soportable y agarrándose al árbol—. ¡No quiero matarte, pero lo haré, tú, el de nombre hebreo que matas judíos!

—¡Madre mía! —gritó el gigante que se acercaba—. ¡Ella respondió a todos! ¡Sois los asesinos de mi pueblo! ¡Os apoderáis de todo lo nuestro y escupís sobre nosotros! Soy medio judío; pero ¿quiénes son los judíos para matar a mi padre y afeitar la cabeza a mi madre porque quería a un árabe? ¡Voy mandarte al infierno!

Weingrass se apoyó en el tronco del árbol, con las uñas sangrando al clavarse en la corteza y el largo abrigo negro flotando al viento. La imponente silueta surgió de la oscuridad del bosque y sus enormes manos agarraron la garganta del viejo.

—¡No lo hagas! —gritó Manny, sabiendo a la vez que no había elección.

Disparó el último cartucho, y la bala horadó la frente arrugada que se cernía sobre él. Yosef cayó con un último gesto de desafío, y Weingrass, temblando y abriendo desesperadamente la boca en busca de aire, se apoyó en el árbol y se quedó mirando fijamente al suelo, al cuerpo de un hombre que había vivido atormentado por un insignificante arreglo territorial que obligaba a los seres humanos a matarse. En ese momento, Emmanuel Weingrass llegó a una conclusión que venía escapándosele desde que tuvo edad para pensar. Ahora sabía la respuesta. Era la arrogancia de una fe ciega la que encabezaba todas las mentiras del pensamiento humano, la que lanzaba al hombre contra el hombre en persecución de lo incognoscible. ¿Quién tenía derecho a hacer tal cosa?

—¡Yosef… Yosef! —gritó el muchacho, que se revolcaba en la maleza al borde de la carretera—. ¿Dónde estás? ¡Me han herido, estoy herido!

El chico no lo sabía, pensó Weingrass. Desde donde estaba no podía ver, y el viento de las montañas había ahogado aún más el silencioso disparo. El joven terrorista no se daba cuenta de que su camarada Yosef estaba muerto, de que solo él había sobrevivido. Y su supervivencia era muy importante para Manny; no podía haber un nuevo mártir suicida por una santa causa. Había cosas que averiguar, hechos que podían salvar la vida de Evan Kendrick.

Weingrass metió sus dedos sangrantes en el bolsillo del abrigo y dejó caer el arma con silenciador al suelo. Reuniendo las fuerzas que le quedaban, se separó del árbol y avanzó tan de prisa como pudo por el bosque hacia el sur, tambaleándose mientras sus frágiles brazos empujaban las ramas, apartándolas de la cara y el cuerpo. Se desvió hacia la carretera, y al llegar vio el coche del asesino en la oscura lejanía. No necesitaba ir más lejos. Se volvió y anduvo en sentido contrario, sobre una superficie por suerte blanda. ¡Aprisa… más de prisa! ¡Mueve tus malditas piernas! ¡Ese chico no debe moverse, arrastrarse, ver! Sintió la sangre precipitándose hacia su cabeza mientras en el pecho el golpeteo se hacía ensordecedor. ¡Allí estaba el joven árabe!

Se había movido… estaba moviéndose, arrastrándose hacia el interior del bosque. ¡Dentro de unos momentos vería a su compañero muerto!

—¡Amán! —gritó Weingrass jadeante, recordando el nombre utilizado por el medio judío Yosef—. *Ayn ent! Kaif el-ah-wal!* —continuó, preguntando con urgencia al muchacho dónde, y cómo estaba—. *¡Itkallem!* —rugió contra el viento, ordenándole responder.

—¡Aquí, estoy aquí! —gritó en su lengua el adolescente—. ¡Le han dado en la cadera! ¡No consigo encontrar a Yosef! —El muchacho rodó sobre la espalda para saludar a un esperado camarada—. ¿Quién eres? —gritó, esforzándose por alcanzar un arma bajo su chaqueta mientras se acercaba Manny—. ¡No te conozco!

Weingrass aplastó con el pie el codo del chico, y cuando la mano vacía salía de debajo de la tela la pisó, sujetándola contra el pecho del joven árabe.

—¡Deja ya eso y no seas loco! —dijo en el árabe propio de un oficial saudí que reprende a un humilde recluta—. No te hemos salvado para que causes todavía más problemas. Claro que te dieron, y espero que te des cuenta de que si no te mataron fue por milagro.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué estabas haciendo? ¡Saliendo a la carretera, dando voces y arrastrándote en torno a nuestro objetivo como un ladrón en la noche! Yosef tenía razón; deberían devolverte a la Bekaa.

—¿Yosef? ¿Dónde está Yosef?

—En la casa, con los demás. Vamos con ellos. Te ayudaré. —Weingrass, temeroso de caerse, se agarró a la rama de un arbolillo, mientras el terrorista trataba de incorporarse cogiéndose de su mano—. ¡Antes dame tu arma!

—¿Cómo?

—Piensan que eres un estúpido. No quieren que vayas armado.

—No comprendo…

—Ni falta que te hace. —Weingrass cruzó la cara del desconcertado fanático a la vez que metía la mano derecha por entre los pliegues abotonados de su chaqueta para quitarle el arma. Era de lo más apropiado: una pistola calibre 22—. Con esto puedes matar mosquitos —le dijo, agarrándolo por el brazo—. Vamos. A la pata coja si te es más fácil. Te mereces una paliza.

Lo que quedaba del sol crepuscular lo oscurecían las nubes oscuras de una tormenta en formación que surgían en remolino de las montañas. El agotado viejo y el muchacho herido estaban cruzando la carretera cuando se oyó de pronto el ruido de un motor y los envolvió la luz de los faros de un automóvil. El coche que venía derecho a ellos procedía del sur, de Mesa Verde. El poderoso vehículo frenó con gran reinar de cubiertas, coleó y se detuvo a pocos metros de Weingrass y su cautivo, que se habían apresurado a refugiarse en os setos, Manny sin soltar la chaqueta del árabe. Saltó un hombre del gran sedán negro, mientras Weingrass, tambaleante, buscaba en el bolsillo del abrigo su 38 automática. La persona que iba hacia él era un bulto vago

a los ojos del viejo arquitecto, que levantó el arma para disparar.

—¡Manny! —chilló Gee-Gee González.

Weingrass cayó al suelo, sin soltar al terrorista herido.

—¡Agárralo! —ordenó a Gee-Gee con lo que parecía su último aliento—. No lo dejes marchar…, sujétale los brazos. ¡A veces llevan cianuro!

Al joven árabe le puso una inyección una de las enfermeras; estaría inconsciente hasta por la mañana. Su herida era bastante superficial, más espectacular que grave. Se la limpiaron, cerraron los orificios con esparadrapo y la hemorragia cesó. Después González lo llevó a una habitación de invitados y lo dejó allí, brazos y piernas desparramados por las cuatro esquinas de la cama, hasta que cubrieron su cuerpo desnudo con un par de mantas para ayudar a prevenir el posible trauma.

—Es muy joven… —dijo la enfermera mientras ponía una almohada bajo la cabeza del adolescente.

—Es un asesino —respondió heladamente Weingrass, mirando fijamente la cara del terrorista—. Te mataría sin pensar ni por un instante en la vida que estaba arrebatando, como quiere matar a los judíos, como nos matará si lo dejamos con vida.

—Eso es repugnante, señor Weingrass —dijo la otra enfermera—. Se trata de un niño.

—Vete a decirles eso a los padres de Dios sabe cuántos niños judíos a los que no se permitió cumplir los años que él tiene.

Manny abandonó la habitación para reunirse con González, que se había apresurado a salir para llevar su coche, demasiado conocido, a un garaje. Ya había vuelto, y estaba sirviéndose un gran vaso de *whisky* en el bar de la galería.

—No te prives —dijo el arquitecto, entrando en el porche cerrado y dirigiéndose a su sillón de cuero—. Te lo pondré en la cuenta, como haces tú conmigo.

—¡Viejo insensato! —escupió Gee-Gee—. ¡Loco! Eres un auténtico loco, ¿lo sabes? ¡Podían haberte matado! ¡Muerto! ¿Comprendes? Muerto, muerto… ¡Viejo loco! ¡Puede que eso lo aguantase, pero no que me provoques un ataque al corazón!

—Está bien, está bien. Entonces puedes tomar esa por cuenta de la casa.

—¡Loco! —volvió a exclamar González, bebiendo el *whisky* de lo que pareció ser un solo trago.

—Ya has soltado una cosa —dijo Manny—. Venga otra. No empezaré a contraatacar hasta la tercera.

—¡No sé si marcharme o quedarme! —dijo Gee-Gee, sirviéndose otra vez.

—¿Por la policía?

—Como ya te dije, ¿quién tenía tiempo para la policía? Y aunque los llamase, tardarían un mes en venir. Tu ama de cría, la enfermera, está llamándolos. Solo espero encontrar a uno de esos payasos. A veces hay que llamar a Durango para que venga alguien.

Sonó el teléfono del bar; sonó, pero aquello no era el timbre de un teléfono, sino una especie de atronador zumbido continuo. Weingrass se sobresaltó tanto que estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Quieres que lo coja? —le preguntó González.

—¡No! —rugió Manny, dirigiéndose con paso rápido e inseguro hacia el bar.

—No me arranques la cabeza de un mordisco.

—¿Diga? —habló el viejo al teléfono, procurando dominarse.

—¿Señor Weingrass?

—Puede que sí y puede que no. ¿Quién es usted?

—Estamos hablando por láser a su línea telefónica. Me llamo Mitchell Payton…

—Lo sé todo de usted —le interrumpió Manny—. ¿Está bien mi muchacho?

—Sí. Acabo de hablar con él en las Bahamas. Ha salido un avión de la base de las Fuerzas Aéreas en Holmstead para recogerlo. Estará en Washington dentro de pocas horas.

—¡Reténgalo ahí! ¡Rodéelo de guardias! ¡No permita que nadie se acerque a él!

—Entonces ¿ha ocurrido algo ahí? Me siento tan inútil, tan incompetente… Debería haber puesto guardias. ¿A cuántos mataron?

—A tres.

—Dios mío… ¿Qué sabe la policía?

—Nada. Todavía no han llegado.

—¿Que no…? Escúcheme, señor Weingrass. Lo que voy a decirle le parecerá extraño e incluso una locura, pero sé de lo que hablo. Por el momento, lo ocurrido no debe trascender, tendremos muchas más posibilidades de coger a esos bastaras evitando el pánico y permitiendo que trabajen nuestros expertos. ¿Lo comprende, señor Weingrass?

—Comprendido y resuelto —respondió un viejo que había trabajado en el Mossad, en un tono que denotaba cierta condescendencia impaciente—. Habrá que recibir fuera a la policía y decirles que fue una falsa alarma, un vecino al que se le estropeó el coche y no consiguió hablar con nosotros por teléfono.

—Lo olvidé —dijo el director de Proyectos Especiales—. Usted sabe de esto.

—Sé.

—¡Un momento! —exclamó Payton—. Me dijo que habían tres muertos; pero usted está hablando conmigo, se encuentra bien.

—Los tres fueron de ellos, no nuestros, señor Incompetente de la CIA.

—¿Qué? ¡Por Cristo!

—No le ha sido de mucha ayuda. Pruebe con Abraham.

—Por favor, sea más claro, señor Weingrass.

—Tuve que matarlos. Pero el cuarto está vivo y le hemos dado un sedante. Mande aquí a sus expertos antes de que lo mate también.

29

El jefe de estación de la CIA en las Bahamas, un tipo de cara ancha, bajo y tostado por el sol, condujo rápidamente desde su oficina a la embajada, en Queen Street. La policía de Nassau envió una escolta armada al hotel Cable Beach, en las playas de Bay Road, donde cuatro agentes uniformados acompañaron rápidamente a un hombre alto, de pelo castaño claro, y una impresionante mujer de piel olivácea desde su *suite* en la séptima planta a un vehículo que esperaba en la rampa de acceso, eficientemente vaciada, frente al imponente vestíbulo de mármol. El gerente del hotel, un despierto escocés llamado McLeod, había planeado una ruta por los pasillos de servicio, donde vigilaban sus guardias de seguridad de mayor confianza, hasta la entrada, brillantemente iluminada, frente a la que dos enormes fuentes lanzaban surtidores hacia el cielo nocturno. Los dos ayudantes de McLeod, un hombre inmenso y bienhumorado con una risa retumbante y el increíble nombre de Vernal, y una atractiva y joven azafata, explicaban cortésmente a quienes pretendían entrar o salir que la demora sería breve. Se mostraban persuasivos mientras la unidad de motoristas, compuesta por cinco hombres, patrullaba la zona circundante, dramáticamente ensombrecida. El jefe de estación lo había personalizado todo; era él quien pedía los favores. Conocía por su nombre a todo el que había que conocer en las Bahamas, y ellos a él. Sin cruzar palabra.

Evan y Kalila, protegidos por una muralla de policías, subieron al vehículo oficial, con el hombre de la CIA en el asiento delantero. Kendrick no tenía la menor gana de hablar, y Kalila se limitaba a cogerle la mano, sabiendo demasiado bien lo que sentía. No conseguía pensar con claridad; la habían reemplazado una ardiente pena y una rabia furiosa. Había llorado al saber la muerte de Kashi y Sabri Hassan. De las mutilaciones no tuvieron que hablarle; era fácil imaginarlas, pero las lágrimas habían sido rápida e impulsivamente enjugadas por un puño cerrado. Se acercaba un ajuste de cuentas; también eso estaba en sus ojos, en el centro de sus pupilas, furia.

—Como puede comprender, congresista —dijo el jefe de estación, volviéndose en su asiento—, no sé lo que está pasando, pero puedo decirle que un avión de la base Holmstead de Florida está en camino para llevarlo a Washington. Deberían llegar al aeropuerto unos cinco o diez minutos después que nosotros.

—Eso lo sabemos —dijo Kalila.

—Ya estaría aquí, pero por lo visto había muy mal tiempo cerca de Miami y varios vuelos comerciales en la misma ruta, lo que probablemente significa que querían preparar adecuadamente el avión para usted… quiero decir para ustedes dos, claro.

—Muy amable por su parte —dijo la agente de El Cairo, apretando la mano de Evan para darle a entender que no necesitaba hablar.

—Si creen que se han dejado algo en el hotel, nos ocuparemos de ello…

—No hay nada —exclamó Kendrick con un áspero susurro.

—Quiere decir que nos hemos ocupado ya de todo, gracias —dijo Kalila, poniendo la mano de Evan contra su pierna y apretándola aún con más fuerza—. Esto es obviamente una emergencia, y el congresista tiene muchas cosas en la cabeza. ¿Puedo suponer que no habrá problemas en la aduana?

—Iremos directamente a la puerta de embarque —replicó el hombre del gobierno, lanzando una breve mirada escrutadora a Kendrick para después mirar a otro lado, como si hubiese invadido sin querer la intimidad ajena. El resto del viaje lo hicieron en silencio, hasta que se abrieron las altas puertas de acero del terminal de carga y la comitiva las cruzó Para dirigirse al final de la primera pista.

—El F-106 de Holmstead no debería tardar —dijo el jefe de estación.

—Voy a apearme.

Evan alargó la mano hacia la manecilla de la puerta y tiró de ella. Estaba cerrada.

—Preferiría que no lo hiciese, congresista Kendrick.

—Déjeme salir de este coche.

—Es su trabajo, Evan. —Kalila retuvo suave pero firmemente el brazo de Kendrick—. Tiene que cumplir con las normas.

—¿Y esas normas incluyen asfixiarme?

—Yo respiro bien…

—Tú no eres yo.

—Lo sé, cariño. Nadie puede ser tú precisamente ahora. —Rashad miró por la ventanilla trasera, escudriñando los edificios y terrenos de la terminal—. Nuestro *status* es tan limpio como el que más —dijo volviéndose hacia el agente de Inteligencia—. Deje que pasee. Estaré con él, y también pueden estar sus hombres.

—¿Un «*status* limpio»? ¿Es usted de los nuestros?

—Sí, pero ya lo he olvidado. Por favor… El vuelo a Washington va a ser bastante duro.

—Desde luego. Y el tipo que hizo esa norma no está aquí. Solo dijo: «No le deje salir de ese vehículo», a voz en grito.

—M. J. es a veces muy exagerado.

—¿M. J.? Vamos, tomemos el aire. Por favor, conductor, abra las puertas.

—Gracias —dijo Evan en voz baja a Kalila—. Y lamento…

—No tienes nada de qué lamentarte. Solo espero que no me dejes mal y hagas que te maten. Eso podría estropearme el día. Y ahora perdona. No es la mejor ocasión para hacerse el gracioso.

—Espera. —Kendrick iba a abrir la puerta pero se detuvo, con la cara muy cerca de la de ella, en las sombras—. Hace un momento dijiste que nadie podía ser yo precisamente ahora, y estoy de acuerdo. Pero, dicho eso, me alegra tremendamente que tú seas tú. Precisamente ahora.

Pasearon entre una breve llovizna de las Bahamas, hablando en voz baja, con el agente de la CIA detrás, a una educada distancia, y los guardias flanqueándolos con amenazadoras armas al costado. De repente, de la zona de carga salió un pequeño

sedán oscuro que se acercó a toda velocidad, con el motor dando una nota aguda. Los guardias convergieron sobre Evan y Kalila, empujándolos al suelo, mientras el agente de la CIA se arrojaba sobre Kendrick y tiraba de Rashad hasta pegarla a su costado. Pero tan rápidamente como se inició el pánico, terminó. Hubo unos rápidos toques de claxon. El coche era un vehículo del aeropuerto, y el jefe de la escolta motorizada se colgó el arma al hombro y se acercó al hombre uniformado que se había apeado del pequeño sedán. Hablaron en voz baja, y el agente de policía se volvió a los asombrados norteamericanos, que empezaban a incorporarse.

—Hay una llamada telefónica urgente para su amigo —dijo al jefe de estación.

—Que la pasen aquí.

—No tenemos esa clase de equipo.

—Quiero una respuesta mejor.

—Me dijeron que repitiese las letras «MJ».

—Eso es bastante mejor —dijo Kalila—. Iré con él.

—Eh, vamos —se opuso el hombre de la CIA—. Hay también otras normas, y las conoce tan bien como yo. Es mucho más fácil proteger a uno solo que a dos. Iré yo y me llevaré cuatro hombres. Usted quédese aquí con los otros y haga mis veces. ¿De acuerdo? Este es el lugar de encuentro, y podría tener que hacerse cargo de un piloto nervioso que busca un equipaje especial.

El teléfono estaba en la pared de un almacén desierto. Pasaron la llamada, y las primeras palabras que oyó Kendrick a Mitchell Payton hicieron que todos los músculos de su cuerpo se tensasen, mientras su mente ardía.

—Y todavía queda lo peor. Hubo un asalto en Mesa Verde…

—¡Por Dios, no!

—Emmanuel Weingrass está bien. Está perfectamente, Evan.

—¿Le ha pasado algo? ¿Está herido?

—No. En realidad fue él quien hirió… y quien mató. Uno de los terroristas sigue vivo…

—¡Lo necesito!

—También nosotros. Nuestra gente va hacia allí.

—Mesa Verde era el punto de retirada de los terroristas que atacaron Fairfax, ¿no?

—Sin la menor duda. Pero en este momento es también nuestra única esperanza de dar con los otros. Cualquier cosa que sepa ese superviviente, nos la dirá.

—Conservadlo con vida.

—Tu amigo Weingrass se ha ocupado de eso.

—Quitadle el cianuro.

—Ya lo han hecho.

—¡No podéis dejarlo solo ni un minuto!

—Lo sabemos.

—Tú desde luego —dijo Evan, cerrando los ojos, con la cara empapada por el

sudor y la lluvia—. No estoy pensando, no puedo pensar. ¿Cómo lo está tomando Manny?

—A decir verdad, con considerable arrogancia.

—Es la primera noticia decente que he oído.

—Te la has ganado. Estuvo verdaderamente notable para un hombre de su edad.

—Siempre fue notable, a cualquier edad. Tengo que ir allí, olvidaos de Washington y llevadme directamente a Colorado.

—Supuse que me lo pedirías.

—¡No es una petición, Mitch, es una exigencia!

—Por supuesto. Y es también el motivo del retraso de tu avión. Las Fuerzas Aéreas lo han aprovisionado de combustible para Denver y más allá y están confeccionando un plan de vuelo por encima de las rutas comerciales. El aparato tiene una velocidad máxima de dos coma tres Mach. Estarás en casa en menos de tres horas; y recuerda, no hables a nadie de lo de Fairfax. Weingrass ya ha acallado lo de Mesa Verde.

—¿Cómo?

—Que te lo cuente él.

—¿De verdad crees que puedes mantenerlo todo en secreto?

—Lo haré aunque tenga que ir yo mismo a ver al presidente, y en este punto no creo que haya alternativa.

—¿Cómo cruzarás la guardia de palacio?

—Estoy trabajando en eso. Hay un hombre con el que estudié hace años, en mi temprana vida de historiador. Hemos estado en contacto y tiene mucha influencia. Creo que te sonará el nombre. Es Winters, Samuel Winters…

—¿Winters? Fue el que dijo a Jennings que me concediese la Medalla de la Libertad en aquella absurda ceremonia.

—Lo recuerdo. Por eso pensé en él. Que tengas un buen vuelo, y besos a mi sobrina.

Kendrick fue hacia la puerta del almacén, donde se había quedado su escolta policial, dos dentro y dos fuera, con las armas apuntando al frente. Incluso el jefe de estación de la CIA, que a la escasa luz parecía todo un natural del país, empuñaba un revólver.

—¿Llevan siempre esas cosas? —preguntó Evan sin mucho interés.

—Pregunte a su amiga, que sabía lo del «*status* limpio» —replicó el agente de Inteligencia, haciendo señas a Kendrick de que saliese.

—Está bromeando. ¿También lo lleva ella?

—Pregúntele.

—¿Cómo subió al avión en Estados Unidos? Los detectores de metales, y después las aduanas…

—Es uno de nuestros pequeños secretos, no tan secreto. Da la casualidad de que cuando pasamos nosotros aparece por allí un supervisor de equipajes, o de aduanas, y

el detector se para unos segundos; y en las aduanas siempre hay un inspector de inmigración que sabe lo que no debe encontrar.

—Eso es muy expuesto —dijo Kendrick, subiendo al coche oficial del aeropuerto.

—No en sitios cercanos como este. Los supervisores no solo trabajan para nosotros, sino que son controlados. Más lejos, nos espera dentro nuestro equipo.

El jefe de estación se acomodó junto a Evan en el asiento trasero del pequeño sedán y el conductor salió lanzado hacia la pista.

Ya había llegado el enorme y lustroso reactor militar conocido como F-106 Delta Dart, y sus motores ronroneaban mientras Kalila hablaba, junto a una rampa de escalones metálicos, con un oficial de las Fuerzas Aéreas. Solo cuando se acercó a los dos reconoció Kendrick el tipo de avión al que estaba a punto de subir, y no fue un reconocimiento tranquilo. Era igual que el que lo había llevado a Cerdeña hacía más de un año, en la primera etapa de su viaje a Mascate. Se volvió al agente de Inteligencia que iba a su lado y le tendió la mano.

—Gracias por todo —dijo—. Siento no haber sido una compañía más agradable.

—Aunque me hubiese escupido en la cara, seguiría estando orgulloso de haberlo conocido, congresista.

—Ojalá pudiera decir que lo comprendo… ¿Cómo se llama?

—Llámeme Joe.

«Llámeme Joe». Hacia un año, en el mismo tipo de avión, un joven había dicho: «Llámeme Joe». ¿Habría otro Omán, otro Baréin en su futuro?

—Gracias, Joe.

—Aún no hemos terminado, señor Kendrick. Uno de esos chicos de las Fuerzas Aéreas, con rango de coronel o superior, tiene que firmar un papel.

El signatario en cuestión no era un coronel, sino un general de brigada, y negro.

—Hola de nuevo, doctor Axelrod —dijo el piloto del F-106—. Al parecer soy su chófer personal. —El hombretón le tendió la mano—. Así lo quieren las potencias celestiales.

—Hola, general.

—Pongamos una cosa en claro, congresista. La vez pasada tuvimos nuestras diferencias, pero ahora le diré que, si me trasladan a Colorado, votaré por usted.

—Gracias, general —dijo Evan, intentando sonreír—. Aunque no voy a necesitar más votos.

—Sería una vergüenza. He estado observándolo, escuchándolo, y me gusta lo que hace.

—Creo que tiene usted que firmar un papel.

—En Cerdeña no me dieron ninguno —dijo el general, firmando la carta de entrega que le presentaba el jefe de estación de la CIA—. ¿Seguro que va usted a aceptar la firma de un negro engreído y casi cincuentón vestido de general, señor universitario?

—Cállese la boca. Yo soy medio indio payute. ¿De verdad cree usted que ha

tenido problemas?

—Lo siento, hijo.

El aviador firmó y su «cargamento especial» subió a bordo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Kalila cuando ocuparon sus asientos—. ¿Por qué llamó M. J.?

Temblándole las manos y la voz ante la repentina magnitud de lo que estaba pasando, ante la violencia y casi la muerte de Emmanuel Weingrass, Evan se lo contó. Había una penosa impotencia tanto en sus ojos como en sus entrecortados y aprensivos intentos de explicación.

—¡Esto tiene que acabar! ¡Si no, voy a matar a todos los que quiero!

Ella solo pudo volver a cogerle la mano y hacerle saber que estaba allí. No podía luchar contra el rayo que había en su mente. Era algo demasiado personal, demasiado atormentador.

Llevaban treinta minutos de vuelo cuando Evan, convulso, saltó de su asiento y corrió por el pasillo hacia los servicios, donde vomitó, echando todo lo que había comido en las últimas doce horas. Kalila corrió detrás de él, abrió a la fuerza la estrecha puerta y le sostuvo la frente, animándole a expulsar todo aquello.

—Por favor —tosió Kendrick—. ¡Por favor, sal de aquí!

—¿Por qué? ¿Porque eres muy diferente del resto de nosotros? ¿Te duele, pero no quieres llorar? ¿Lo embotellas hasta que no puedes más?

—No me gusta que me compadezcan.

—Ni nadie te va a compadecer. Eres un hombre que ha sufrido una pérdida terrible y ha estado a punto de sufrir otra mayor, la mayor para ti. Espero ser tu amiga, Evan, y, como amiga, no te compadezco, te respeto demasiado para eso, pero lo siento por ti.

Kendrick, pálido y visiblemente conmovido, se incorporó mientras cogía toallas de papel.

—Sabes cómo hacer que un tipo se sienta fenómeno —dijo con aire culpable.

—Lávate y péinate. Estás hecho un desastre. —Rashad salió del pequeño recinto y pasó junto a dos sobresaltados miembros de la tripulación—. El muy estúpido comió pescado en malas condiciones —explicó sin mirarlos—. ¿Quieren cerrar la puerta, por favor?

Transcurrió una hora. Les sirvieron bebidas, seguidas por una cena hecha en un microondas y que la agente de Inteligencia de El Cairo comió con ganas, pero que el congresista apenas probó.

—Necesitas comer, amigo —dijo Kalila—. Esto está mucho mejor que el menú de cualquier vuelo comercial.

—Disfrútalo.

—¿Y tú qué? Lo remueves pero no comes.

—Tomaré otro trago.

Ambos levantaron la cabeza a la vez al llegarles el ruido penetrante de un

zumbador, que se oía fácilmente por encima del rugido exterior de los motores. Para Evan era algo conocido; hacía un año había sonado y lo habían llamado a la cubierta de vuelo. Sin embargo, ahora el cabo que respondió al intercomunicador vino a hablar con Kalila.

—Hay una transmisión por radio para usted, señorita.

—Gracias —dijo Rashad, volviéndose y viendo la alarmada expresión de Kendrick—. Si fuese algo importante, te habrían llamado a ti. Tranquilízate.

Fue por el pasillo, agarrándose a los escasos y dispersos asientos para conservar el equilibrio en medio de una suave turbulencia, y se sentó frente a la mampara. El tripulante le tendió el teléfono, cuyo cordón en espiral daba de sobra para aquella distancia, y ella cruzó las piernas y habló.

—Aquí Lápiz Dos, Bahamas. ¿Quién eres?

—Uno de estos días tendremos que librarnos de esas bobadas —dijo Mitchell Payton.

—Funcionan, M. J. Si hubiera usado «Plátano Dos», ¿cómo hubieras reaccionado?

—Hubiera llamado a tu padre y le hubiese dicho que eres una chica muy mala.

—Nosotros no contamos. Nos conocemos… ¿Qué pasa?

—No quiero hablar con Evan; está demasiado alterado para pensar con claridad. Tienes que hacerlo tú.

—Lo intentaré. ¿Cuál es la duda?

—Quiero tu evaluación. La información que conseguiste de ese tipo de la antigua *Off* Shore Investments al que fuiste a ver en Nassau. ¿Estás convencida de que es de fiar?

—Su información sí, él no. Es un borracho que vive de lo que le queda de un ingenio que debió de ser más agudo antes de que empapase su cerebro en ginebra. Evan le enseñó dos mil contantes y sonantes, y, créeme, a cambio de eso, hubiera revelado los secretos del tráfico de drogas.

—¿Recuerdas exactamente lo que dijo sobre esa Ardis Montreaux?

—Desde luego. Dijo que no perdía de vista a la zorra, como él la llama, porque estaba en deuda con él y pensaba cobrarse algún día.

—Me refiero a su situación conyugal.

—Eso ya te lo dijo Evan por teléfono; lo oí.

—Dímelo tú. No podemos cometer errores.

—Está bien. Se divorció del banquero Frazier-Pyke y se casó con un rico californiano de San Francisco llamado Von Lindemann.

—¿Dijo exactamente San Francisco?

—En realidad, no; dijo «San Francisco o Los Ángeles», Creo. Pero desde luego California, eso sí. Su nuevo marido es un californiano, y muy rico.

—Y el nombre… Trata de recordarlo exactamente. ¿Estás segura de que era Von Lindemann?

—Pues… sí. Nos vimos con él en un reservado del Junkanoo y había una orquesta muy ruidosa, pero sí, el nombre era ese. O, si no exacto, desde luego muy parecido.

—¡Premio! —exclamó Payton—. Muy parecido, querida. Se casó con un tipo llamado Vanvlanderen, Andrew Vanvlanderen, de Palm Springs.

—Échale la culpa a la ginebra.

—Ya no importa nada la ginebra, agente Rashad. Andrew Vanvlanderen es uno de los más distinguidos cotizantes de Langford Jennings, un auténtico filón para los cofres presidenciales.

—Eso es interesante.

—Mucho más que interesante. Ardisolda Wojak Montreaux Frazier-Pyke Vanvlanderen, una administradora tenida por dotada y con evidente talento, es ahora la jefa del gabinete del vicepresidente Orson Bollinger.

—Fascinante.

—Creo que la situación está pidiendo una visita informal, pero no obstante plenamente oficial, de uno de nuestros especialistas en Oriente Medio. Tú estarás en el suroeste de Colorado dentro de una hora. Te elijo a ti.

—Por Dios, M. J., ¿basándote en qué?

—Al parecer hubo amenazas contra Bollinger y se le asignó una unidad del FBI. Lo han mantenido en secreto, demasiado en mi opinión, y ahora de repente han retirado la unidad y dicen que la emergencia ya ha pasado…

—¿Coincidiendo con los ataques a Fairfax y a Mesa Verde? —sugirió Kalila, interrumpiéndole bruscamente.

—Fue un absurdo, lo sé, pero así es. Puedes pensar que es el tic de la nariz de un viejo profesional, pero detecto un olor a amateurismo procedente de San Diego.

—¿Y que implica al Bureau?

—No; que lo utiliza. Estoy trabajando en un interrogatorio interagencias. Pienso entrevistarme con todos los miembros de esas unidad.

—Todavía no me has respondido. ¿Qué motivo hay para que vaya yo a San Diego? Nosotros no trabajamos en casa.

—El mismo que tengo yo para interrogar a la unidad. Con respecto a esas amenazas contra Bollinger, investigamos una posible implicación terrorista. Bien sabe Dios que si nos presionan para revelar lo ocurrido esta noche, nos sobran justificaciones. No sé dónde está, querida, pero en algún lugar de esta locura hay una conexión… y un rubio con acento europeo.

Kalila miró a su alrededor mientras hablaba. Los dos sirvientes charlaban tranquilamente en sus asientos y Evan miraba sin ver por la ventanilla.

—Lo haré, naturalmente, pero me estás complicando la vida. Es evidente que mi chico tuvo un asunto con esa Vanvlanderen, y no es que me preocupe, pero a él sí.

—¿Por qué? No entiendo esa clase de moralidad. Fue hace mucho tiempo.

—No te enteras, M. J. La moralidad no tiene que ver con el sexo. Fue engañado,

seducido hasta estar a punto de convertirse en un estafador internacional, y no puede olvidarlo, o quizá perdonarse a sí mismo.

—Entonces voy a aliviar tus preocupaciones por el momento A Kendrick no hay que decirle ni una palabra de San Diego por el momento. Dado su estado de ánimo, Dios sabe lo que haría si tuviese el menor atisbo de semejante conexión, y no necesitamos locos sueltos. Inventa algo sobre un viaje de negocios urgente, y procura estar convincente. Quiero que interrogues a esa extraña dama. Te prepararé un guión por la mañana.

—Me las arreglaré.

—Confío en que hayas traído tus papeles de El Cairo.

—Por supuesto.

—Puedes necesitarlos. Caminamos sobre un hielo muy fino. A propósito: ninguno de los nuestros te conoce, ni tú a ellos. Si encuentro algo, lo haré llegar de algún modo a Weingrass, en Colorado. Sí, un hielo muy fino.

—Incluso Evan se da cuenta.

—¿Puedo preguntarte cómo van las cosas entre vosotros? Te prevengo que siento auténtica debilidad por él.

—Tuvimos una encantadora *suite* de dos dormitorios en Cable Beach y le oí pasear frente a mi puerta hasta altas horas de la madrugada. Estuve a punto de salir y mandarle pasar.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque es todo tan confuso para nosotros, tan agotador para él… y ahora, esta noche, tan horrible. No creo que ninguno de los dos pudiese soportar complicaciones personales.

—Menos mal que estamos hablando por el distorsionador de voz. Sigue tus instintos, agente Rashad. Nos han sido muy útiles en Proyectos Especiales. Por la mañana te llamaré para darte instrucciones. Buena caza, querida sobrina.

Kalila volvió a su asiento y a la mirada ansiosa de Evan.

—Hay otros mundos, y me temo que son igual de terribles —dijo, abrochándose el cinturón—. Era el jefe de estación de El Cairo. Han desaparecido dos de nuestros contactos en el barrio de Sidi Barraní; es una conexión libia. Le he dicho lo que se debe buscar y tras de quién ha de ir. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —respondió Evan, estudiando su cara.

A nuestros distinguidos pasajeros y nuestra no demasiado andrajosa tripulación —sonó la voz profunda del general por intercomunicador de la cabina del piloto—. *Parece que están destinados a repetirnos, doctor Axelrod. ¿Recuerda aquella «isla del sur»?* El piloto continuó explicando que, a fin de evitar el revuelo —y la publicidad— que causaría un «pájaro de las Fuerzas Aéreas» posándose en los aeropuertos de Durango o Cortez, habían recibido instrucciones de ir directamente al de Mesa Verde. Oficialmente se consideraba que la pista era adecuada, *pero nuestro aterrizaje podría ser un tanto bamboleante, de modo que, cuando dé la voz,*

apriétense los cinturones. Estamos iniciando nuestro descenso de los satélites; la llegada está calculada para dentro de cuarenta y cinco minutos… si consigo encontrar ese maldito sitio. ¿Recuerda, doctor?

Como había previsto el general, el aterrizaje sacudió el avión con toda una serie de vibraciones, mientras las explosiones de los motores al frenar llenaban el fuselaje. Fuera, ya en el suelo, hubo agradecimientos y adioses, y el general de brigada entregó su cargamento especial a un «agente de campo» de la CIA. Kalila y Evan fueron conducidos rápidamente a un sedán blindado traído por avión desde Denver y escoltado por seis motoristas armados de la policía estatal, que se preguntaban por qué la oficina del gobernador les habría ordenado ir al apartado «aeropuerto para millonarios» cercano al parque nacional de Mesa Verde.

—Permítame ponerle al corriente, congresista —dijo el hombre de la CIA, sentándose, como había hecho su colega de las Bahamas, junto al conductor—. Hay cinco de nosotros aquí, pero dos volverán a Virginia con el prisionero y los tres cadáveres. Se lo explico porque me dijeron que podía hablar delante de la señora.

—Gracias por su confianza —dijo la agente de Proyectos Especiales.

—Sí, señora… Hemos contratado a media docena de guardas forestales del parque, todos con buen historial y excombatientes, para que vigilen su casa y los alrededores esta noche. Mañana llegará una unidad de Langley para relevarlos.

—¡Cielos! ¿Y si hay otro Fairfax? —susurró Evan.

Kalila tosió para disimular el codazo a Kendrick.

—¿Cómo dice?

—Nada. Perdón. Adelante.

—Un par de cosas, y no me importa decirles que a ese viejo judío deberían ponerlo en alguna galería de famosos, si es que alguien no lo pone antes en una celda acolchada. Pero ustedes dos tienen que saber cómo están las cosas. Weingrass lo arregló antes de que llegásemos. ¡Es formidable!

—Anotado y aceptado —dijo Kendrick—. ¿Cómo están las cosas?

—Las enfermeras apenas saben nada; creen que fue solo un terrorista, un fanático alucinado. Los tres cadáveres fueron escondidos en el bosque hasta que se marchó la policía, y después nuestro amigo mejicano González los llevó al garaje sin que los viesen las enfermeras. Estaban en el otro lado de casa, en el porche, con Manny… ¡Qué barbaridad, cómo habrá conseguido que le llame «Manny»! Sea como sea, González cerró las puertas del garaje y se fue a su restaurante. El señor Weingrass nos garantiza que no hablará.

—Y tiene razón —confirmó Evan.

—No nos gusta el arreglo, pero sospecho que ustedes tres se conocen desde hace mucho tiempo.

—Así es.

—De modo que el congresista no debería hacer la menor referencia a la importancia del asalto —interrumpió Kalila—. ¿Es eso lo que está diciendo?

—Exactamente. Lo importante es el secreto, señor Kendrick; esa es la orden que nos llegó de arriba en Langley. En cuanto a los que estamos aquí, somos solo personal del gobierno, no de la Agencia, ni del FBI; y nada de identificaciones ni de preguntas. Están todos demasiado asustados para buscarse complicaciones, como suele ocurrir en situaciones como esta. Vendrá un avión hacia las tres de la madrugada para llevarse al prisionero y sus amigos muertos a Virginia. A él lo mandarán a una clínica de interrogatorios, y a los otros a los laboratorios forenses. Manny dijo… Perdóneme; el señor Weingrass me dijo que debía explicarle todo esto con claridad.

—Pues ya lo ha hecho.

—Gracias. ¡Vaya con ese Manny! ¿Sabe que me dio un puñetazo en el estómago cuando le dije que iba a hacerme cargo de todo? ¡Me metió el puño por las tripas!

—Lo corriente —dijo Kendrick, mirando a la carretera por la ventanilla de cristal teñido. Estaban solo a diez minutos de la casa. De Manny.

Se abrazaron en el umbral, Evan apretando al viejo mucho más de lo que el viejo lo apretaba a él. Después, Weingrass dio a Kendrick unos suaves tirones de orejas y habló.

—¿Es que no te enseñaron modales tus padres? Detrás de ti veo a una dama a la que tengo muchas ganas de conocer.

—Ah, perdón. Manny, esta es Kalila… Kalila Rashad.

El viejo Weingrass se adelantó y le cogió la mano.

—Usted y yo venimos de un país revuelto. Usted es árabe y yo judío. Pero en esta casa no se admiten esas distinciones, esos prejuicios, y debo decirle que la quiero mucho por dar tanta alegría a mi hijo.

—¡Dios mío, es usted una maravilla!

—Sí —asintió modestamente Manny, subrayándolo con movimientos de cabeza.

—También yo le quiero por todo lo que significa para Evan. —Kalila rodeó con sus brazos al frágil arquitecto y apretó la cara contra la suya—. Siento como si lo hubiese conocido toda mi vida.

—A veces causo ese efecto a la gente. Y a veces también el contrario, como si sus vidas hubiesen empezado de pronto.

—La mía no —dijo Kalila, todavía cogiendo a Manny pop los hombros—. He conocido la leyenda y resulta ser una persona estupenda —añadió, sonriendo cálidamente.

—No divulgue esa información errónea, señorita Agente Secreto. Arruinará mi reputación. Hablemos de cosas serias. —Weingrass salió al pasillo y atisbo por el arco de piedra—. Bien. Las chicas están en la galería y nos dejarán solos unos minutos.

—Ya nos puso al corriente ese tipo de la CIA —dijo Kendrick—. El que vino a esperarnos al aeropuerto.

—Ah, te refieres a Joe.

—¿Joe?

—Todos son Joe, John, Jim… ¿Te das cuenta? Nada de Irving o Milton. Olvídalo… Payton me dijo que sabías lo de los Hassan.

—Lo sabe —le interrumpió Kalila, buscando con aire ausente la mano de Evan y oprimiéndola. El gesto no pasó inadvertido para Manny, y obviamente le conmovió—. Fue horrible.

—Todo es horrible, mi encantadora niña. ¡Animales que matan a los suyos! Kashi y Sabri hablaban con tanto cariño de usted, Adrienne Kalila Rashad, y no necesito decirle lo que pensaban de mi hijo. De modo que los lloraremos en privado, cada uno para sí, recordando lo que significaron para nosotros. Pero eso debe ser más tarde, no ahora.

—Manny —intervino Kendrick—, tengo que disponer…

—Ya lo he hecho. Habrá una ceremonia islámica privada, y sus restos serán llevados en avión a Dubai para ser enterrados en Ash Sharigah. Por supuesto, se sellarán los ataúdes.

—Señor Weingrass…

—Es de lo primero que deberíamos haber hablado. Si me llama «señor», no voy a quererla tanto.

—Está bien… Manny. M. J. no fue muy explícito… me refiero a Payton.

—Lo sé, lo sé. Le dije que si hacía que nos arreglasen el teléfono podríamos ser más cordiales, de modo que supongo que mandó matar a alguien y ya funciona. Ahora somos Emmanuel y Mitchell, y llama demasiado. Lo siento. ¿Iba a preguntarme algo?

—¿Quién soy aquí? Me siento como una idiota. ¿Quién soy para esta gente?

—Mitchell sugirió que dijese que era una representante del Departamento de Estado que acompaña al congresista.

—¿De Estado?

—Tal vez quiera echarle la culpa a alguien si las cosas salen mal. Tengo entendido que es un pasatiempo muy popular en Washington.

—No, él no es así. Ah, ya entiendo. Si tengo que dar instrucciones, estaré en situación de hacerlo.

—¿No tendrías que enseñar un documento del Departamento de Estado si alguien te lo pide? —dijo Evan.

—Pues… sí.

—¿Quieres decir que lo tienes?

—Bueno, algo parecido.

—Eso es ilegal.

—Cambiamos de sombrero con arreglo a las ocasiones.

—Tienes también un arma. Me lo dijo ese jefe de estación, el indio payute, en las Bahamas.

—No debería haberlo hecho.

—No resultará que trabaja también para el Mossad —dijo Weingrass, sonriendo.

—No, pero usted sí. Trabajó, y algunos de mis mejores amigos también.

—Está usted en buenas manos, *bubbelah*… Más asuntos. Mitchell quiere que Evan examine la mercancía, que está en el dormitorio, y los cadáveres. Están en el garaje, tapados con sábanas, y saldrán por avión especial durante la noche.

—¿Y las enfermeras no tienen ni idea de que están allí? —dijo Kendrick, incrédulo.

—Tu amigo Payton fue terminante, «fanático» diríamos mejor. No hacía más que repetir «secreto, secreto…».

—¿Cómo vas a pasarlos por entre los guardias que vigilan ahí fuera?

—Han alquilado una furgoneta en Durango. La dejarán en el aeropuerto, donde alguien la recogerá y la traerá aquí. Después la meterán marcha atrás en el garaje, toda la operación supervisada por los hombres de Payton. Me parece que saben lo que hacen.

—Lo saben —dijo suavemente Kalila—. ¿Ha hablado alguien a las chicas de lo que tienen que decir, o más bien de lo que no deben decir?

—Lo hice yo, y por una vez me tomaron en serio; pero no se cuánto durará. Están todavía conmocionadas, y eso que no saben ni la cuarta parte de lo ocurrido.

—Las reuniré mientras usted y Evan hacen sus macabras visitas y respaldaré en el tono más oficial posible lo que les dijo. M. J. tiene razón. Seré del Departamento de Estado.

—¿Por qué? —preguntó Evan—. Solo por curiosidad.

—Para dejar a la Agencia fuera de esto. No tenemos jurisdicción dentro del país, y alguien puede recordarlo y echar a volar su imaginación. Lo más sencillo es lo mejor.

—Muy profesional —dijo aprobadoramente Weingrass—. Entonces, ¿cómo la presentamos en adelante? ¿Como la secretaria de Evan?

—Imposible —objetó Kendrick—. Todos han hablado por teléfono con Annie.

—No —zanjó Kalila—. Soy simplemente una tal Adrienne, del Departamento de Estado. ¿Le importa mentir?

—Déjeme pensar —dijo Manny, frunciendo la frente—. Una vez dije una mentira… creo que fue en julio de 1937. Vémonos. —Cogiendo a Evan del brazo y a Kalila de la mano, Weingrass los hizo pasar por el arco de piedra a la sala, y gritó a las tres enfermeras que estaban más allá, en el porche cerrado—: ¡Aquí, manada de feas, está el auténtico hechicero! ¡Rendid homenaje al hombre que paga vuestros caprichos sexuales y vuestras cajas de moscatel!

—¡Manny!

—Me aman —dijo en voz baja Weingrass mientras cruzaba la habitación a grandes zancadas—. Se juegan mi cama a los dados.

—Por Dios…

—Calla, cariño. Es una maravilla.

—Se rompió la pierna al saltar con nosotros del camión cerca de Jabal Sham —dijo Kendrick, mirando al muchacho inconsciente atado a la cama—. No es más que un niño.

—Pero ¿lo identifica? —preguntó el agente de la CIA que estaba junto a Emmanuel Weingrass—. Estuvo con usted en Omán, de eso no hay duda.

—Ninguna. Nunca lo olvidaré. Había en él un ardor que no es fácil encontrar en muchos adolescentes de por aquí… salvo quizá en la canalla urbana.

—Vamos a pasar al garaje por la puerta de atrás.

—Es Yosef —dijo Evan, cerrando los ojos—. Su madre era judía, y fue mi amigo durante unas horas. Me protegió…

—¡Déjalo! —gritó Manny—. ¡Vino aquí a matarte!

—Pues claro que sí. ¿Por qué no? Me hice pasar por uno de los suyos, por un miembro de su santa causa… Afeitaron la cabeza a su madre, ¿te lo imaginas?

—Fue lo que me gritó cuando intentó matarme —dijo sencillamente Weingrass—. Si te hace sentirte mejor, te diré que yo no quería matarlo a él. Quería coger a alguno vivo.

—Conociendo a Yosef, no tuviste elección.

—Así fue.

—Esos otros dos —interrumpió impaciente el agente de la CIA, levantando las sábanas—. ¿Los reconoce?

—Sí. Estaban los dos en la prisión, pero no llegué a saber sus nombres. El de la derecha llevaba los pantalones sucios; el otro, el pelo largo y desigual, y miraba como si tuviese algún tipo de complejo mesiánico; me figuré que era un psicópata. Es todo lo que puedo decirle.

—Ya nos ha dicho lo que necesitábamos saber. Todos esos hombres a los que ha identificado estuvieron con usted en Omán.

—Sí, los conocía a todos… Querían vengarse, y yo en su Imzar no estoy seguro de haber pensado de otro modo.

—Usted no es un terrorista.

—¿Qué diferencia a un terrorista de un «luchador por la libertad»?

—Para empezar, los terroristas se dedican a matar a personas inocentes, hombres y mujeres que están allí por casualidad; niños con sus carteras a la espalda, empleados, jóvenes o viejos que están simplemente haciendo su trabajo.

Kendrick estudió al agente, súbitamente sacudido por el recuerdo de Fairfax y los Hassan.

—Le pido disculpas por una observación estúpida y fatua. Lo lamento mucho.

—Qué diablos —dijo el hombre de la CIA, disipando su repentina furia con un encogimiento de hombros—. Estamos todos en tensión, y además la gente pone

etiquetas a voleo.

Volvieron a la casa, donde Kalila hablaba con las enfermeras en el porche. Fuera lo que fuese lo que estaba diciéndoles, tenía prendida la atención de las tres mujeres, sentadas inmóviles con los ojos clavados en la «representante del Departamento de Estado». Evan y Manny entraron y fueron al bar sin hacer ruido, mientras el agente de la CIA iba a la habitación de invitados para ver cómo seguían un colega suyo y el prisionero.

—Les he explicado todo, congresista Kendrick —dijo Kalila en su tono más oficial—, hasta donde me está permitido, claro, y estas damas han accedido a cooperar. Una de ellas iba a recibir una visita mañana, pero llamará para decir que hay una urgencia médica y que no venga.

—Muchas gracias —murmuró Weingrass, sirviéndose un trago bajo la mirada vigilante de Kendrick—. Ahora soy un cadáver.

—Gracias a usted, Manny —dijo secamente la enfermera en cuestión.

—Quiero darles las gracias a todas —se apresuró a decir Evan—. Washington está convencido de que se trata de un incidente aislado, un joven lunático…

—También lo era Sirhan-Sirhan —le interrumpió la enfermera que había ido a Mesa Verde a hablar con González— y eso no cambió el resultado.

—Les he dicho que el prisionero va a ser transferido en secreto al Este esta noche y no deben preocuparse si oyen ruidos fuera o en el garaje.

—Muy profesional —masculló Weingrass.

—Solo una pregunta —dijo la tercera enfermera, mirando a Kalila—. Dijo usted que la cuarentena era temporal. Bueno, no es que esté a punto de ser invitada al Grand Prix de Montecarlo, pero ¿cuánto va a durar eso?

—Hay demasiada gente durante el Grand Prix —terció Manny, bebiendo—. No se pueden cruzar las calles, y los Bains de Mer son la locura.

—Solo unos cuantos días —se apresuró a responder Kendrick—. Únicamente quieren hacer las comprobaciones de rutina. Y, si recibe esa invitación, Manny en persona la acompañará.

—Prefiero al pato Lucas, congresista.

—Mishegoss.

Hubo una repentina conmoción fuera. Se oyeron gritos y sonó un claxon.

—¡Apártense de las ventanas! —gritó el agente de la CIA, atravesando a la carrera la sala de estar—. ¡Al suelo! ¡Todos al suelo!

Evan se lanzó hacia Kalila, asombrado al darse cuenta de que ella se había dejado ya caer sobre las alfombras y estaba rodando hasta la base de una de las puertas correderas, con su automática en la mano.

—¡No pasa nada, no pasa nada! —gritó una voz desde el césped de enfrente.

—Es uno de los nuestros —dijo el hombre de la Agencia Central de Inteligencia,

de rodillas y también empuñando su arma—. ¿Qué demonios…?

Se incorporó y entró corriendo en la sala de estar, con Kendrick a la zaga. La maciza puerta de la calle se abrió, y un tipo asustado y bien vestido entró vacilante, escoltado por uno de los guardias forestales. Llevaba un botiquín negro, abierto, sin duda porque acababan de registrarlo.

—No esperaba un recibimiento así —dijo el médico—. Sé que no siempre somos bien venidos, pero esto me parece demasiado. Congresista, cuánto honor.

Se estrecharon la mano mientras el agente de la CIA los observaba, desconcertado.

—Creo que no nos conocemos, ¿verdad? —preguntó Evan, no menos confuso.

—No, pero somos vecinos, si puede llamarse así a unos diez kilómetros más hacia las colinas. Me llamo Lyons.

—Siento lo del recibimiento. Tendrá que echarle la culpa a un presidente demasiado paternal. ¿Qué ocurre, doctor Lyons? ¿Por qué ha venido?

—Porque él no ha ido —replicó el intruso, sonriendo intrépidamente—. Soy el nuevo médico del señor Weingrass. Si consulta su horario, verá que tenía que estar en mi consulta de Cortez esta tarde a las cuatro. No llegó y no conseguimos hablar con él por teléfono, de modo que, como su casa está camino de la mía, pensé que podía entrar y ver si había algún problema. —El médico se detuvo, se llevó la mano al bolsillo y sacó un sobre—. A propósito: de acuerdo con ese exceso de precauciones, aquí está mi acreditación del Hospital Walter Reed, firmada por los debidos funcionarios de la administración. Voy a enseñársela al señor Weingrass y sus enfermeras, o al menos a la que lo acompañó a mi consulta. ¿Él está bien, no?

—¡Manny! —chilló irritado Kendrick.

Weingrass apareció en el arco de la galería con un vaso en la mano.

—¿Por qué me gritas?

—¿No tenías que ir a la consulta del médico esta tarde?

—Ah, sí. Alguien llamó la semana pasada…

—Fue mi recepcionista, señor Weingrass —le explicó el doctor Lyons—. Me dijo que había tomado usted nota y quedó en ir.

—Si, bueno, lo hago de vez en cuando; pero me siento muy bien, de modo que por qué molestarlo. Además, usted no es mi médico.

—Señor Weingrass, su médico murió hace semanas de un ataque cardíaco. Salió en los periódicos, y sé que recibió usted un aviso del funeral.

—Sí. Bueno, tampoco voy a esas cosas. El mío se está retrasando.

—No obstante, ya que estoy aquí, ¿por qué no echamos una mirada?

—¿Buscando qué?

—Un pequeño sermón y una pequeña muestra de sangre para el laboratorio.

—Me encuentro bien.

—Estoy seguro —dijo Lyons—. Es simple rutina y no nos llevará más que un par de minutos. Es un verdadero honor conocerlo, congresista.

—Muchas gracias. Vamos, Manny. ¿Quiere que le ayude una de las enfermeras, doctor?

—En realidad no hace falta…

—¿Para que pueda ponerse lasciva al ver mi pecho desnudo? —protestó Weingrass—. Vamos, Doc.

Emmanuel Weingrass y su nuevo médico se alejaron por el pasillo, camino del dormitorio.

30

Eran la una y diez de la madrugada y el agotamiento caía como una niebla muerta y pesada sobre la casa de Mesa Verde. El agente de la CIA, con los ojos velados por la fatiga, fue hasta el porche cerrado, donde estaban Evan y Kalila sentados en el sofá de cuero, y enfrente Manny. Las tres enfermeras se habían ido a sus respectivas habitaciones tras ser dispensadas de sus deberes durante el resto de la noche. La presencia de guardias armados patrullando los alrededores les había puesto los nervios de punta. El paciente sobreviviría sin necesidad de que fuesen a verlo cada media hora. El doctor Lyons lo había garantizado.

—Washington está ansioso —anunció el cansado agente de Inteligencia—. Han adelantado el horario, de manera que voy a dirigirme ya al aeropuerto a por la furgoneta. El avión debería estar aquí aproximadamente dentro de una hora; no tenemos mucho tiempo. Quieren que ese pájaro no haga más que llegar e irse.

—La torre no funciona durante la noche a menos que haya acuerdo previo —dijo Kendrick—. ¿Ha pensado en eso?

—Hace horas, a tiempo para su vuelo desde las Bahamas. Las Fuerzas Aéreas trajeron un equipo de controladores de Colorado Springs. La tapadera son unas maniobras de entrenamiento autorizadas a través de su oficina. Nadie pone objeciones ni hace preguntas.

—¿Cómo es posible?

—Por tratarse de usted.

—¿Hay algo que podamos hacer aquí? —se apresuró a preguntar Kalila antes de que Evan pudiese hacer ningún comentario.

—Sí, lo hay. Si no les importa, preferiría que no hubiese nadie levantado cuando yo vuelva. Lo tenemos todo calculado al minuto, de modo que cuantas menos distracciones mejor.

—¿Cómo va a manejar a esos *cowboys* del parque? —dijo Weingrass, haciendo muecas pero evidentemente no a causa de la pregunta—. Me he asomado un par de veces antes de que llegasen estos dos y se lanzaron sobre mí como si fuese un oso fugado.

—Se les ha dicho que un VIP extranjero va a venir a ver al congresista. Y, dado que la reunión es altamente confidencial, y como deferencia al visitante, que quiere que siga siéndolo, las patrullas no deben dejarse ver. Estarán a los lados de la casa y abajo, en el belvedere.

—¿Y se tragaron esa bobada? —terció Weingrass.

—No tienen motivos para ponerla en duda.

—Por tratarse de él.

—Y porque se les pagan trescientos dólares por cabeza, solo por perder una noche de sueño.

—Muy profesional, señor secreto. Es usted mejor de lo que yo creía.

—Tengo que serlo. Bien; si no vuelvo a verlo, ha sido un auténtico placer conocerlo, congresista. Algún día podré hablar de ello a mis hijos… No; por favor, no se levante; tengo que salir corriendo. También a usted, señorita… Oficial, como diría el señor Weingrass. Y a usted, Manny, le aseguro que ha sido toda una experiencia. Me alegro de que esté de nuestra parte.

—Debería, porque necesita toda la ayuda que pueda conseguir. *Ciao*, joven. Buena caza; y, si las probabilidades son solo de cinco a una en contra, ganará.

—Gracias, Manny; lo intento. —El agente de Inteligencia se volvió un momento hacia Evan y Kalila, que seguían en el sofá—. Hablo en serio —añadió—. Oí la alusión a Fairfax en el coche y lo dejé pasar, pero no me fue fácil. Soy el único aquí que sabe lo que ocurrió; por eso insistí en mandar este equipo. El hijo de mi hermana mayor, mi sobrino, a quien yo metí en la Agencia, formaba parte de esa unidad. Pienso tener una caza condenadamente buena.

El hombre de la CIA se fue rápidamente.

Para empezar, los terroristas se dedican a matar a personas inocentes, hombres y mujeres ordinarios que están allí por casualidad, niños con sus carteras a la espalda, empleados, jóvenes o viejos, que están simplemente haciendo su trabajo.

—Es algo terrible para él —dijo Kalila—. Debe de sentirse tan apenado y tan culpable…

—¿Y quién no? —estalló Kendrick.

—No puedes culparte de lo que ocurrió.

—¡De lo que está ocurriendo! ¿Cómo demonios entró esa gente en el país? ¿Quién los dejó entrar? ¿Dónde están nuestras brillantes medidas de seguridad, que pueden capturar a agentes soviéticos de quinta categoría para intercambiarlos por falsos periodistas en Moscú porque eso conviene a las relaciones públicas, pero son incapaces de detener a una docena de asesinos que entra para matar? ¿Quién tiene la culpa?

—Estamos tratando de saberlo.

—Vais con un poco de retraso, ¿no te parece?

—¡Cállate! —ordenó Weingrass, echándose hacia adelante y perforando con su dedo índice el espacio que tenía enfrente—. ¡Esta chica no tiene nada que ver con lo que estás diciendo y no voy a permitirlo!

—Lo sé —dijo Kendrick, cogiendo la mano de Kalila—, y ella sabe que lo sé. Es solo que es todo tan absurdo… Me siento tan inerme, tan asustado… ¡Maldita sea! ¿A cuántos tienen que matar? ¡No podemos parar a esa gente! ¡Son unos maníacos, andan sueltos y nunca los encontraremos! —Evan bajó la voz, con el dolor reflejado en sus ojos, clavados en la agente de El Cairo—. Lo mismo que no hemos encontrado a los bastardos que robaron ese expediente de Omán «a prueba de robos» y esparcieron mi nombre por el mundo. ¿Cuánto hace de eso? Ocho, diez semanas, y no estamos más cerca que cuando empezamos. Aunque al menos ahora sabemos por qué lo hicieron. No fue para convertirme en héroe, ni para promover mi supuesta carrera

política con Dios sabe qué metas. ¡Fue para prepararme para la muerte! Una «muerte por venganza», creo que es la traducción literal del árabe. ¡Lo que importa es que no estamos llegando a ninguna parte!

—Escúchame —dijo suavemente Kalila—. Voy a decir algo que probablemente no debería decir, pero a veces faltamos a una norma porque también la esperanza es importante. Han ocurrido cosas que tú no sabes, están ocurriendo, como tú dices, y cada nueva información nos acerca un paso más a la verdad sobre todo este horrible lío.

—Eso es bastante críptico, señorita.

—Trate de comprender, Manny. Evan lo hace porque tenemos un acuerdo. Sabe que hay ocasiones en que no puedo explicar las cosas.

—¿Puede un anciano que ha pasado por eso un par de veces preguntar por qué?

—Si se refiere a su trabajo con el Mossad, no debería tener que hacerlo, y perdone mi brusquedad. Se basa sobre todo en que lo que uno no sabe no puede revelarlo.

—¿Los amitales y los pentotales, o, en los viejos tiempos, la escopolamina? Vamos, mi encantadora muchacha; no estamos en las callejas de Marrakech ni en las montañas de Ashot Yaaquov. ¿Quién iba a usar aquí esos productos con nosotros?

—Estoy seguro de que ese joven prisionero al que identificó Evan, el que está ahora camino de una clínica de Virginia, pensaba igual, y dentro de veinticuatro horas tendrá toda su vida en una cinta.

—No es lo mismo —insistió Weingrass.

—Tal vez no, pero hay algo que sí. Desde hace seis horas tenemos un rastro, un posible rastro, que puede llevarnos a zonas más altas del gobierno de las que ninguno de nosotros desea. Si estamos equivocados, el congresista Kendrick de Colorado no puede tener que ver con ello; sencillamente, no puede saber nada, y debe poder decirlo así. El resultado es que tampoco usted puede, Manny.

—Esa transmisión por radio en el avión —dijo Evan, mirando con dureza a Kalila—. No era el jefe de estación de El Cairo, ¿verdad? —Kalila se encogió de hombros, le soltó la mano y alcanzó su bebida en la mesilla que había frente al sofá—. Está bien, nada de detalles, pero hablemos de la verdad. Olvida lo de poder negarlo, que me tiene sin cuidado. ¿Qué clase de verdad estáis buscando? Dame una *overview*, he oído esa palabra hasta la saciedad en Washington. ¿Qué clase de personas están haciendo qué y a quién? Sean quienes sean, han matado a amigos míos, nuestros. Tengo derecho a saber.

—Sí, lo tienes —dijo lentamente Kalila, sentándose muy rígida en el sofá y mirando alternativamente a Evan y a Emmanuel Weingrass, para finalmente fijar la mirada en Kendrick—. Tú mismo lo dijiste, lo preguntaste; parte de la verdad, al menos. Alguien dejó entrar a esos asesinos y les facilitó su tarea. Se les dieron pasaportes sin restricciones, y, como puedo imaginar fácilmente su aspecto porque soy uno de ellos, esos documentos falsos tuvieron que ser extraordinariamente

buenos para pasar los controles antiterroristas que nosotros y nuestros aliados tenemos en todos los puntos de inmigración, aquí y en el extranjero; puedo añadir que incluidos los soviéticos. Además de esos documentos está la logística, las líneas de suministro, sin las cuales los terroristas no pueden operar. Armas, municiones, dinero, permisos de conducir y alquiler de vehículos; sitios donde poder ocultarse y prepararse; hasta la ropa más al día hecha en este país, para el caso de que sean detenidos e interrogados. Además, hay cosas como las reservas en trenes y aviones, que han de ser hechas con la debida anticipación, y los billetes entregados antes de que ellos lleguen a una terminal, excepto cuando lo son en un andén o una sala de espera de vuelo en el último minuto. Para esa gente no hay nada que carezca de importancia; todo, hasta el último detalle, es vital para el éxito de su misión. —Kalila hizo una pausa, mirando alternativamente a ambos hombres—. Alguien les ha proporcionado todas esas cosas, y quienquiera o quienesquiera que sean no deberían estar donde están en este gobierno ni tener la influencia que tienen. Encontrarlos es más importante de lo que soy capaz de explicar.

—Ya dijiste eso de los que robaron el expediente de Omán.

—Y tú crees que son los mismos.

—¿Acaso no? Para mí es evidente.

—Para mí no.

—Se trataba de montar un asesinato por venganza. El mío.

—Supón que son cosas independientes —insistió Kalila—, que una ha dado origen a la otra. Han sido diez semanas, ¿recuerdas? El ímpetu para matarte en el calor de la venganza, que es lo propio de la *jaremat thaár*, ha pasado.

—Acabas de citar todos los detalles que era necesario poner a punto, y eso lleva tiempo.

—Si tienen los recursos que hacen falta para hacer lo que han hecho en diez semanas, podrían haberlo hecho en diez días.

Emmanuel Weingrass levantó la mano con la palma hacia adelante. Era una orden de silencio, y esperaba ser obedecido.

—¿Está diciéndonos que en vez de un enemigo mi hijo tiene dos, los árabes del valle de la Bekaa y alguien más aquí que trabaja con ellos o contra ellos? ¿Cree que eso tiene sentido, querida niña?

—Dos fuerzas igual de escurridizas, una de ellas un enemigo mortal, sin duda; la otra, sencillamente, no lo sé. Solo sé lo que siento, y no trato de ser evasiva. Cuando M. J. no tiene las respuestas, siempre echa la culpa a lo que llama «lagunas». Sospecho que es a eso a lo que debo recurrir ahora. Hay demasiadas lagunas.

Weingrass volvió a hacer muecas mientras un eructo silencioso le hinchaba las demacradas mejillas.

—Acepto sus percepciones —dijo—. Si alguna vez la echa Mitchell, le encontrarán un empleo razonable en el Mossad, siempre que evite a cierto contable que la mataría de hambre.

El viejo arquitecto respiró hondo y se reclinó en su asiento.

—¿Qué ocurre, Manny? —dijo Kalila, haciendo con su pregunta que Kendrick volviese la cabeza, alarmado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—En forma para las Olimpiadas, aunque tan pronto tengo frío como calor. Fueron esas carreras de chiquillo por el bosque. Lyons me dijo que mi tensión sistólica estaba un poco alta, o quizá era la otra, y tengo algunos hematomas donde no debiera tenerlos. Yo alegué que estuve luchando contra todos en los cuarenta sur. Necesito descansar estos huesos, hijos. —Se levantó—. ¿Quiere creer, Kalila, que ya no soy un chiquillo?

—Creo que usted no solo es jovencísimo, sino notable.

—«Extraordinario» resulta más apropiado —le apuntó Manny—. Pero en este momento noto los efectos de mi virtuosismo. Me voy a la cama.

—Llamaré a una de las enfermeras —dijo Kendrick, haciendo ademán de levantarse.

—¿Para qué? ¿Para que pueda aprovecharse de mí, dejarme hecho polvo? ¡Quiero descansar, muchachos! Y dejarlas descansar a ellas, Evan. Han pasado mucho, y no saben lo que les queda por pasar. Estoy bien; solo algo cansado. ¿Has probado a correr en las Olimpiadas después de los sesenta?

—¿Sesenta?

—Cállate, hijo. Todavía puedo darte celos con esa criatura encantadora.

—¿Podría ser algo que le dio el médico? —preguntó Kalila, sonriendo cálidamente ante el cumplido.

—No me dio nada. Solo cogió un poco de sangre para ese laboratorio *mishegoss* y me ofreció unas píldoras que le dije que tiraría por el retrete. Probablemente eran muestras que le dan gratis y él las cobra para poder ampliar su lujosa casa. Ciao, jóvenes.

Los dos siguieron con la mirada al viejo mientras cruzaba bajo el arco para entrar en la sala de estar, plantando cada pie firmemente delante del otro, como echando mano de unas fuerzas que no sentía.

—¿Crees que está bien? —preguntó Evan cuando Weingrass se perdió de vista.

—Creo que está agotado. Prueba a hacer lo que hizo él esta noche y olvídate de si son sesenta u ochenta. Prueba mañana.

—Iré a verlo a menudo.

—Nos turnaremos. De ese modo nos sentiremos los dos mejor sin necesidad de despertar a las enfermeras.

—Lo que quiere decir que estarán lejos de las ventanas.

—Sospecho que sí. Pero nos sentiremos mejor, aunque sea por los dos motivos.

—¿Quieres otro trago?

—No, gracias…

—Yo sí —dijo Kendrick levantándose del sillón.

—No he terminado.

—¿Qué?

Evan se volvió mientras Kalila se levantaba y quedaba en pie frente a él.

—No quiero un trago… poro te quiero a ti.

Kendrick la contempló en silencio, recorriendo su cara para quedar finalmente mirándola a los ojos.

—¿Lo haces por compasión? ¿Quieres ser misericordiosa con un hombre lleno de confusión y de dolor?

—No esperes compasión de mí, ya te lo he dicho. Te respeto demasiado. En cuanto al pobre hombre confuso y lleno de dolor, ¿quién está compadeciendo a quién?

—No lo he dicho en ese sentido.

—Ya lo sé, pero no estoy segura de en cuál.

—Te lo dije antes. No me gustan las cosas de prisa; contigo no. Si es lo único que puedo tener, lo tomaré, poro no es eso lo que busco.

—Hablas demasiado, Evan.

—Y tú eres demasiado esquiva. Le dijiste a Manny que no eras evasiva, pero lo eres. Durante al menos seis semanas he tratado de acercarme a ti, de conseguir que hables de nosotros; he intentado romper ese muro de cristal que has levantado, pero tu respuesta ha sido siempre «no hay nada que hacer».

—¡Porque estoy asustada, maldito seas!

—¿Por qué?

—Por nosotros dos.

—Ahora eres tú la que está hablando demasiado.

—Desde luego, tú anoche no hablabas. ¿Crees que no te oí, paseando arriba y abajo como un mono enjaulado frente a mi puerta?

—¿Por qué no la abriste?

—¿Por qué no la echaste abajo? —Rieron los dos ahogadamente, mientras se abrazaban—. ¿Quieres un trago?

—No… te quiero a ti.

No era el frenesí de Baréin. Había urgencia, desde luego, pero la de los amantes, no la de dos extraños desesperados que buscan alivio en un mundo que se ha vuelto loco. Su mundo no era cuerdo —demasiado lo sabían—, pero habían encontrado entre ellos una apariencia de orden y el descubrimiento resultó espléndido, cálido y repentinamente lleno de promesas donde antes solo había un vacío lleno de incertidumbres… de cada uno con respecto al otro.

Era como si ambos fuesen insaciables. Al orgasmo siguió una tranquila charla, interrumpida por las visitas alternativas a Emmanuel Weingrass para seguir hablando, los cuerpos juntos, hasta lanzarse de nuevo a la búsqueda de la satisfacción por la que

los dos suspiraban. Ninguno podía dejar de abrazar al otro, atrayéndolo, entrelazándose con él, revolcándose, hasta agotar los dulces jugos, y aun entonces no pudieron dejarse ir hasta que llegó el sueño.

El primer sol hizo estallar el día sobre Colorado. Extenuado, pero extrañamente en paz dentro del cálido refugio temporal que habían encontrado, Evan tendió los brazos a Kalila. No estaba allí, y abrió los ojos. No estaba. Se acodó en la almohada, y al ver su ropa doblada sobre una silla respiró de nuevo. Vio que tanto la puerta del cuarto de baño como la del ropero estaban abiertas, y después recordó y rio quedamente para sí. El héroe de Omán y la experta agente de Inteligencia de El Cairo habían ido a las Bahamas con solo un bulto de mano cada uno, y en la prisa de los acontecimientos no habían tardado en dejarlos en el coche de la policía de Nassau o en el F-106 de las Fuerzas Aéreas. Ninguno de los dos se había dado cuenta hasta después de su primera estampida hacia la cama, tras de lo cual Kalila había dicho con voz soñadora:

—Me compré un camisón de escándalo para este viaje, aunque fuera solo con una vaga esperanza, y creo que voy a ponérmelo. —Después, ambos se habían mirado con la boca abierta y los ojos todavía más—. ¡Dios mío! —gritó ella—. ¿Dónde diablos lo dejamos? ¡Me refiero a los dos!

—¿Tenías algo acusador en el tuyo?

—Solo el camisón; no era lo más apropiado para una colegiala. ¡Dios santo! ¡Vaya un par de profesionales que somos!

—Yo nunca he pretendido serlo.

—¿Tú tenías…?

—Calcetines sucios y un manual de técnicas sexuales… Aunque solo con una vaga esperanza. —Habían vuelto a caer uno en brazos del otro, y el humor de la situación les decía algo más sobre ellos mismos—. Llevarías ese camisón unos cinco segundos antes de que yo lo hiciese trizas, y después tendrías que pasarle la factura al gobierno. Acabo de ahorraras a los contribuyentes lo menos seis dólares. Ven aquí.

Uno de ellos había ido a ver cómo estaba Manny, pero no podían recordar quién.

Kendrick se levantó y fue a su armario. De las dos batas que tenía faltaba una, de modo que pasó al cuarto de baño para poder sentirse y parecer razonablemente presentable. Después de ducharse y afeitarse, abusó de la colonia, pero pensó que eso no le había venido nada mal hacía veinte años, en la universidad, con una de las *fans* que animaban al equipo. ¿Cuánto tiempo hacía que no le importaba causar buena impresión? Se puso la otra bata, salió de la habitación y fue por el pasillo de piedra hasta el arco. Kalila estaba sentada a la pesada mesa de pino con forro de cuero negro de la sala, hablando en voz baja por teléfono. Cuando le vio le dirigió una breve sonrisa, mientras seguía concentrada en la persona con quien hablaba.

—Entendido —dijo mientras se acercaba Evan—. Estaré en contacto. Adiós.

Se levantó de la mesa, con la bata, que le quedaba grande, recogida de un modo que moldeaba el contorno de su cuerpo, fue hacia él y le puso las manos en los

hombros.

—Bésame, Kendrick —le ordenó con voz suave.

—¿No soy yo quien tiene que decirlo?

Se besaron hasta que Kalila comprendió que si seguían un momento más volverían al dormitorio.

—Está bien, está bien, King; tengo cosas que decirte.

—¿Kong?

—Quería que echases abajo una puerta, ¿recuerdas…? Cielos, te olvidas de las cosas.

—Puedo ser incompetente, pero espero que no inepto.

—Probablemente tienes razón en lo primero, pero desde luego de inepto nada, cariño mío.

—¿Sabes cuánto me gusta oírte decir eso?

—¿Qué?

—«Cariño mío».

—Es solo una expresión.

—En este momento creo que sería capaz de matar si pensase que la utilizas con alguien que no sea yo.

—Por favor…

—¿Lo has hecho? ¿Lo haces?

—¿Estás preguntándome si me gusta acostarme con alguien de vez en cuando? —dijo Kalila con calma, retirando las manos.

—Eso es una grosería. No, claro que no.

—Ya que estamos hablando y hemos estado pensando tanto, abordemos esto. He tenido ligues, lo mismo que tú, y he llamado «cariño» a algunos, e incluso «querido», supongo pero, si quieres saber la verdad, insufrible egoísta, nunca he llamado a nadie «cariño mío». ¿Contesta eso a tu pregunta rata?

—Servirá —dijo Evan, sonriendo y alargando los brazos en su busca.

—No, por favor. Hablar es más seguro.

—Creo que acabas de darme la orden de besarte. ¿Qué ha cambiado?

—Tú tenías que hablar y yo empezar otra vez a pensar… y no creo estar preparada para ti.

—¿Por qué no?

—Porque soy una profesional y tengo un trabajo que hacer, y si estoy atada a ti no puedo hacerlo.

—Repito, ¿por qué no?

—Porque estoy a punto de enamorarme de ti, idiota.

—Es lo único que pido, porque yo te quiero.

—Eso es tan fácil de decir… Pero no en mi oficio, no en el mundo en que vivo. Llega la orden: «Que maten a fulano», o «Dejad que lo maten»; eso resuelve multitud de problemas. ¿Y qué pasa si resulta que eres tú… cariño mío? ¿Podrías tú hacerlo si

se tratase de mí?

—¿Podría llegarse alguna vez a eso?

—Ha ocurrido, y puede volver a ocurrir. Se llama «omisión de tercero». Tú eres un ser humano, magnífico o despreciable, depende del punto de vista, y entregándote podemos salvar a doscientas o a cuatrocientas personas que van en un avión, porque «ellos» no podrían echarte mano a menos que nosotros te traicionemos antes de cierto vuelo… Mi pequeño mundo está lleno de benignos olvidos de la moralidad porque solo tratamos con una inmoralidad maligna.

—¿Y por qué seguir? ¿Por qué no dejarlo?

Kalila lo miró largo rato sin pestañear.

—Porque salvamos vidas —dijo al fin—. Y de vez en cuando ocurre algo que reduce la maldad, mostrándola como lo que es, y nos acerca un poco más a la paz. Con frecuencia hemos contribuido a ello.

—Tienes que tener una vida aparte de eso, una vida propia.

—La tendré algún día, porque llegará un momento en que deje de ser útil, al menos donde quiero serlo. Seré conocida. Primero eres sospechosa, después conocida, y entonces resultas ya inútil, estás quemada, vale más que te vayas. Mis superiores tratarán de convencerme de que puedo ser valiosa en otros destinos, me tentarán con el cebo de una pensión y un bonito surtido de puestos para elegir, pero no creo que pique.

—De acuerdo con ese guión, ¿qué piensas hacer?

—Hablo bien seis idiomas y leo y escribo cuatro. Unido a mi historial, yo diría que puedo aspirar a un montón de trabajos.

—Parece razonable, excepto por una cosa. Falta un ingrediente.

—¿De qué estás hablando?

—De mí, de eso estoy hablando.

—Vamos, Evan.

—No; nada de «vamos» o de «por favor, Evan». No voy a conformarme con eso. Sé lo que siento y creo que también lo que sientes tú, y hacer caso omiso de esos sentimientos es a la vez estúpido y un despilfarro.

—Ya te he dicho que no estoy preparada…

—Yo nunca pensé llegar a estarlo. También yo he pensado un poco, y no me gusta lo que he visto. He sido un egoísta la mayor parte de mi vida. Solo me importaba la libertad para hacer lo que quería, mal o bien, eso daba igual con tal de poder ser… autosuficiente, creo que es la palabra. Yo, yo, yo. Después apareciste tú e hiciste pedazos el tinglado. Me enseñaste lo que no tengo, y con eso bastó para sentirme un idiota. No tengo a nadie con quien compartir nada, así de sencillo; nadie que me importe lo suficiente para correr a decirle «Mira lo que he hecho» o incluso «Lo siento, no lo conseguí». Claro, está ahí Manny, cuando está, pero, a pesar de lo que él cree, no es inmortal. Anoche dijiste que estabas asustada. Pues bien, ahora soy yo el que está asustado, más asustado de lo que he estado nunca en mi vida, y es por el

miedo de perderte. No se me da bien lo de rogar o arrastrarme, pero rogaré y me arrastraré o haré lo que quieras, pero, por favor, *por favor*, no me dejes.

—Dios mío —dijo Kalila, cerrando los ojos mientras las lágrimas corrían lentamente por sus mejillas—. Eres un hijo de puta.

—Es un principio.

—¡Te quiero! —Se echó en sus brazos—. ¡Y no debo quererte, no debo!

—Siempre puedes cambiar de opinión dentro de veinte o treinta años.

—Has echado a perder mi vida…

—Tú no has hecho la mía más fácil.

—¡Muy bonito! —dijo una voz sonora desde el arco de Piedra.

—¡Manny! —exclamó Kalila, soltando a Evan y separándolo de un empujón para mirar por encima de su hombro.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó ásperamente Kendrick, volviendo de golpe la cabeza.

—Llegué cuando lo del rogar y el arrastrarse —dijo Weingrass, envuelto en un albornoz rojo—. Eso funciona siempre, chico. El cebo del hombre fuerte de rodillas. Nunca falla.

—¡Eres imposible! —exclamó Evan.

—Es adorable —opinó Kalila.

—Soy las dos cosas, pero hablad bajo, que vais a despertara a la jauría. ¿Qué demonios estáis haciendo aquí a estas horas?

—Estas horas son las ocho en Washington. ¿Cómo sel siente?

—¡Puaf! Me dormí, pero no dormí, ¿sabe lo que quiero decir? Y vosotros no me ayudasteis, abriendo la puerta cada cinco minutos.

—No fue cada cinco minutos —protestó Kalila.

—Usted tiene su reloj y yo el mío. ¿Qué dijo mi amigo Mitchell? De ahí viene lo de las ocho en Washington, si no me equivoco.

—No se equivoca —dijo la agente de Inteligencia de El Cairo—. Estaba a punto de explicar…

—Menuda explicación, con los violines en pleno vibrato.

—¡Manny!

—Cállate. Déjala hablar.

—Tengo que marcharme… por un día, quizá dos.

—¿Adónde vas? —preguntó Kendrick.

—Eso no te lo puedo decir… cariño mío.

31

Bien venidos al aeropuerto Stapleton de Denver, señoras y señores. Si necesitan información sobre correspondencias, nuestro personal les atenderá con mucho gusto dentro de la terminal. Aquí en Colorado son las tres y cuarto de la tarde.

Entre los pasajeros que desembarcaban y se desperdigaban al final de la rampa de salida había cinco sacerdotes de rasgos caucásicos, pero con la piel más oscura que la mayoría de los occidentales. Se movían al unísono y hablaban en voz baja entre ellos, en un inglés afectado pero comprensible. Podían ser de una diócesis del sur de Grecia o de las islas del Egeo, o incluso de Sicilia o de Egipto. Podían, pero no lo eran. Eran palestinos y no tenían nada de sacerdotes. Por el contrario, se trataba de asesinos de la rama más radical de la *jihad* islámica. Todos portaban una pequeña bolsa de viaje de tela negra, y juntos entraron en la terminal y se encaminaron a un puesto de periódicos.

—*La!* —exclamó en voz baja uno de los jóvenes árabes mientras cogía un periódico y recorría los titulares—. *Laish!*

—*Iskut!* —susurró un compañero de más edad, empujándolo y diciéndole que se estuviese callado—. Si has de hablar, hazlo en inglés.

—¡No hay nada! ¡Todavía no dicen nada! Algo va mal.

—Ya sabemos que algo va mal, estúpido —dijo el jefe, conocido en todo el mundo terrorista como Ahbyahd, «el del pelo blanco», a pesar de que su cabeza prematuramente gris y de cabello muy corto era más bien entrecana—. Por eso estamos aquí. Coge mi bolsa y lleva a los demás a la puerta número doce. En seguida me reuniré con vosotros. Recuerda: si alguien os para, hablarás tú. Explícales que los otros no hablan inglés, pero no te líes.

—Les daré una bendición cristiana con la sangre de Alá por sus gargantas.

—Guárdate tu lengua y tu cuchillo. ¡No más Washingtons!

Ahbyahd continuó por la terminal, sin dejar de mirar a su alrededor. Al fin vio lo que buscaba y se acercó. Era un mostrador de la Ayuda al Viajero. Una mujer de mediana edad alzó la vista y le sonrió agradablemente ante su expresión claramente despistada.

—¿Puedo ayudarlo, padre?

—Creo que es aquí donde me dijeron que estuviese —respondió humildemente el terrorista—. En la isla de Lyndos no tenemos estas comodidades.

—Tratamos de ser útiles.

—Quizá tenga usted una… un aviso para mí, nuevas instrucciones, me temo. A nombre de Demopolis.

—Sí —dijo la mujer, abriendo un cajón de la derecha del mostrador—. Padre

Demopolis… Está usted muy lejos de casa.

—El retiro franciscano; una oportunidad, que solo se presenta una vez en la vida, de visitar su espléndido país.

—Aquí está. —La mujer sacó un sobre blanco y lo entregó al árabe—. Nos lo trajo al mediodía un hombre encantador, que hizo un donativo muy generoso para la Ayuda al Viajero.

—Quizá yo pueda agradecérselo también —dijo Ahbyahd, notando el pequeño objeto duro y plano que había en el centro del sobre mientras echaba mano a la cartera.

—No, de ningún modo. Nos han pagado muy bien por algo tan sencillo como entregar una carta a un miembro del clero.

—Es usted muy amable, señora. Que el Señor de los huéspedes la bendiga.

—Gracias, padre. Se lo agradezco.

Ahbyahd se alejó, con paso cada vez más rápido, dirigiéndose a un rincón muy concurrido de la terminal. Rasgó el sobre y lo abrió. Sujeta con cinta adhesiva a la postal en blanco que contenía estaba la llave de una taquilla de equipajes de Cortez, en Colorado. Sus armas y explosivos les habían sido entregados con arreglo al horario, así como dinero, ropa un automóvil alquilado imposible de rastrear, pasaportes israelíes para nueve sacerdotes maronitas y billetes de avión hasta Riohacha, en Colombia, donde ya estaba todo dispuesto para que pudiesen volar hasta Baracoa, en Cuba, y de allí a Oriente. Su cita para el viaje a casa —pero no todavía a su verdadera casa, solo a la Bekaa— era un motel de autopista cerca del aeropuerto de Cortez. A la mañana siguiente, un vuelo los llevaría a Los Ángeles, donde nueve clérigos encontrarían todas las facilidades para salir en Avianca hacia Riohacha. Todo había ido de acuerdo con lo previsto en el horario, horario confeccionado una vez que la asombrosa oferta llegó al valle de la Bekaa, en Líbano: *Buscadlo. Matadlo. Honrad a vuestra causa. Os daremos cuanto necesitéis, excepto nuestra identidad*. Pero ¿habían dado fruto esos horarios tan precisos, esos regalos tan preciosos? Ahbyahd no lo sabía; no podía saberlo, y por eso había llamado a un número de teléfono de Vancouver, en Canadá, pidiendo que nuevos y letales suministros fuesen incluidos en la entrega de Cortez. Habían pasado casi veinticuatro horas desde el ataque a la casa de Fairfax, en Virginia, y casi dieciocho desde el asalto a la casa del odiado enemigo en Colorado. Su misión había sido concebida como un asalto combinado que dejaría estupefacto al mundo occidental con su orgía de sangre y muerte, vengando a los hermanos caídos y demostrando que la seguridad a toda prueba dispuesta por el presidente de Estados Unidos para un solo hombre no era nada frente a la capacidad y el compromiso de un pueblo desposeído. La operación Azra exigía la vida de un héroe norteamericano condecorado, un impostor que se había hecho pasar por uno de ellos, que había compartido con ellos el pan y el dolor y finalmente los había traicionado. Ese hombre tenía que morir, junto con todos los que lo rodeaban y protegían. ¡Había que darles una lección!

Al más odiado de esos enemigos no lo habían hallado en Fairfax. Se suponía que la unidad de Yosef lo encontraría y lo mataría en su casa de las montañas occidentales, ¡pero allí no había nada! Nada. Los cinco miembros del Comando Uno habían aguardado en sus habitaciones de hotel a que sonase el teléfono para oír las palabras: Operación Azra terminada. ¡El odiado cerdo ha muerto…! Nada. Y lo más extraño era que no había grandes titulares en los periódicos, ni hombres y mujeres conmocionados, angustiados, revelando en la televisión un nuevo triunfo de la Santa Causa. ¿Qué había pasado?

Ahbyahd había repasado cada etapa de la misión sin poder encontrar ningún fallo. Todos los problemas concebibles, excepto uno, habían sido previstos y halladas de antemano las soluciones, bien por medio de la corrupción oficial en Washington o con tecnología sofisticada y el soborno o el chantaje técnicos en telefonía de Virginia y Colorado. El único problema imprevisto e imprevisible fue la repentina suspicacia je un ayudante del despreciable político, a quien hubo que liquidar rápidamente. Ahbyahd había enviado al único «sacerdote» de su pequeña brigada que no había estado en Omán a la oficina de Kendrick la tarde del miércoles pasado, antes del ataque a Fairfax. Se trataba simplemente de comprobar la ultima información, que confirmaba la presencia del congresista en la capital. La cobertura del «sacerdote» era impecable. Sus documentos —religiosos y oficiales— estaban en orden y llevaba «saludos» de numerosos «viejos amigos», todo ellos personas vivas que habían tenido que ver con Kendrick en el pasado.

Lo malo fue que cuando el ayudante por quien esperaba en la oficina desierta salió, lo sorprendió leyendo el calendario de mesa de la secretaria. El joven volvió a entrar rápidamente, y cuando el «sacerdote» abrió la puerta sin hacer ruido le oyó telefonear a «Seguridad del Congreso». Tenía que morir. Rápida, eficientemente, llevado a punta de pistola a las entrañas del Capitolio para liquidarlo. Y, sin embargo, tampoco esa muerte había sido hecha pública.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué estaba ocurriendo? Los mártires de la Santa Misión no volverían, no podían volver al valle de la Bekaa sin el trofeo de la venganza que tan desesperadamente buscaban y tanto merecían. ¡Era impensable! Si no había cita en Cortez, correría sangre sobre sangre en un sitio llamado Mesa Verde. El terrorista se echó la llave al bolsillo, tiró la postal en blanco y el sobre al suelo de la terminal y se dirigió a la puerta número 12.

—¡Amor! —gritó Ardis Vanvlanderen, entrando en la sala de estar desde el despacho que se había mandado hacer en una de las habitaciones de invitados de su *suite* del hotel Westlake de San Diego.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó su marido, sentado en un sillón de terciopelo frente al televisor.

—Se acabaron tus problemas. ¡Esos millones están a salvo Para los próximos

cinco años! Sigue construyendo tus misiles y tus camelos supersónicos hasta que las vacas caguen uranio. Lo digo en serio, amor; tus preocupaciones han terminado.

—Lo sé, nena —dijo Andrew Vanvlanderen sin moverse, con los ojos fijos en la pantalla—. Voy a verlo y oírlo en cualquier momento.

—¿De qué hablas?

Ardis se detuvo y quedó inmóvil, mirando a su marido.

—No tardarán en darlo. No pueden mantenerlo en secreto mucho más tiempo. ¡Ya han pasado casi veinticuatro horas!

—No tengo ni idea de lo que esa liosa cabeza tuya está rumiando, pero puedo decirte que Emmanuel Weingrass va a dejar este mundo. Había cierto médico dispuesto a venderse. Le ha inyectado. Se acabó… y también Kendrick.

—¿Qué?

—No podía esperar por ti, amor; ninguno de nosotros podía. Había medios mejores, más lógicos, más… esperados.

—¿Qué diablos habéis hecho?

—Dar a un pueblo agraviado la oportunidad de vengarse de alguien que les había hecho un gran daño. Encontré a los supervivientes. Sabía dónde buscarlos.

—Andy-boy —dijo Ardis, sentándose frente a su marido con los verdes ojazos fijos en su cara distraída—, te lo repito, ¿qué habéis hecho?

—Eliminar un obstáculo que hubiese debilitado la fuerza militar de este país en un grado inaceptable, convirtiendo al más poderoso gigante del mundo libre en un pobre enano. Y el hacerlo me costó personalmente cerca de ochocientos millones de dólares, y a nuestro grupo miles de millones.

—Dios mío, ¿no podíais esperar? ¡Hablasteis con los árabes!

—Señor presidente, necesito esos pocos días —rogó Mitchell Payton desde una silla de respaldo recto en los aposentos superiores de la Casa Blanca. Era la una y veinte de la mañana, y Langford Jennings estaba sentado en la esquina del sofá, vestido con pijama y bata, las piernas cruzadas, una zapatilla colgando de uno de los pies y sin quitar ojo de la cara del director de la CIA—. Me doy cuenta de que al acudir directamente a usted he quebrantado centenares de normas, pero estoy tan alarmado como no lo he estado nunca en mi vida profesional. Hace años, un joven dijo a su comandante en jefe que en la presidencia se estaba formando un cáncer. Aquí tiene ahora a un hombre mucho más viejo diciendo en esencia lo mismo, salvo que en este caso lo han tenido a usted ignorante de la enfermedad, si existe, como yo creo que existe.

—Está usted aquí, doctor Payton… sí, doctor Payton; he tenido que aprender rápidamente unas cuantas cosas… porque Sam Winters me dijo que si usted decía que estaba alarmado, los demás estarían conmocionados. Por lo que acaba de decirme, entiendo a qué se refería. Estoy conmocionado.

—Agradezco la intercesión de un viejo conocido. Sabía que me recordaría; estaba convencido que me tomaría en serio.

—Muy en serio. ¿Está seguro de que no se ha dejado nada en el tintero, que me ha contado todo el lío?

—Todo lo que sé, lo que hemos podido reunir; admitiendo, por supuesto, que no estoy en el fregado.

—No es una frase que guste mucho en esta casa.

—Francamente, señor presidente, se creyese que esas palabras podían aplicarse de algún modo a esta casa, no estaría aquí.

—Agradezco su sinceridad. —Jennings dejó caer la cabeza y pestañeó; después la irguió, frunciendo el entrecejo, y habló, pensativo—. Tiene razón; no son aplicables. Pero ¿por qué está tan seguro? Mis adversarios me atribuyen todo tipo de trampas.

—¿No le ha llegado el virus? Porque al mirarlo, y sabiendo lo que sé de usted, no puedo imaginar que sea un ardiente partidario mío.

—No necesito estar de acuerdo con todo lo que cree un hombre para pensar bien de él.

—Lo que significa que le parezco bien, pero no me votaría, ¿no es así?

—¿Puedo ser sincero una vez más? El secreto del voto es sagrado.

—Toda sinceridad es poca —dijo el presidente, mientras fruncía lentamente los labios en una sonrisa.

—No, no votaría por usted —replicó Payton, devolviéndole la sonrisa.

—¿Por un problema de coeficiente intelectual?

—¡No, por Dios! La historia nos muestra que en el Despacho Oval a una mente demasiado complicada puede consumirlo el exceso de detalles. Por encima de un cierto nivel, una inteligencia extraordinaria carece de importancia y es con frecuencia peligrosa. Un hombre a quien le hierve la cabeza con datos encontrados, teorías y contrateorías, tiene tendencia a debatir interminablemente consigo mismo hasta más allá del momento en que hacía falta tomar decisiones. No, señor; no tengo ningún problema con su coeficiente intelectual, que ha sido más que suficiente hasta ahora.

—Entonces, ¿son mis ideas?

—¿Sinceridad?

—Sinceridad. Tengo que saber si voy a votar por usted, y no puedo aplicar el ojo por ojo.

—Creo que lo entiendo. Está bien; supongo que a veces me Preocupa su retórica. Me sorprende que reduzca cuestiones muy complicadas a… a…

—¿Simplicidades? —le apuntó tranquilamente Jennings.

—El mundo actual es tan complicado y tumultuoso como el propio acto de la Creación, comoquiera que tuviese lugar. Unos cuantos errores por parte de solo unos pocos y estaremos de nuevo donde empezamos, habrá solo una bola de fuego sin vida vagando por la galaxia. Ya no hay respuestas fáciles, señor presidente. Me pidió que fuese sincero.

—Y vaya si lo he conseguido. —Jennings rio suavemente mientras descruzaba las piernas y apoyaba los codos en las rodillas—. Pero permítame decirle algo, doctor. Si trata de extenderse sobre esos problemas tan complicados y tumultuosos durante una campaña electoral, nunca estará en situación de aplicar las soluciones complejas que necesitan. Acabará viendo jugar desde las gradas. —Me gustaría creer otra cosa.

—Y también a mí, pero no puedo. He visto a demasiados hombres brillantes y enterados caer porque describieron el mundo tal como sabían que era a electorados que no querían oírlo.

—Yo sugeriría que no eran hombres apropiados, señor presidente. El saber y la vocación política no están reñidos. Algún día una nueva raza de políticos se verá frente a un electorado diferente, dispuesto a aceptar las realidades, esas duras descripciones de que ha hablado.

—Bravo —dijo Jennings sin alzar la voz, mientras se reclinaba en el sofá—. Acaba de explicar por qué soy quien soy y hago lo que hago, lo que he hecho. Todo gobierno, doctor Payton, desde que los primeros consejos tribales elaboraron el lenguaje en torno al fuego en sus cavernas, ha sido un proceso de transición; hasta los marxistas están de acuerdo en eso. La utopía no existe; en el fondo Tomás Moro lo sabía, porque nada es como era la semana, el año, el siglo pasados. Por eso utilizó la palabra Utopía, un lugar que no existe. Tengo razón para mi época, para mi momento dentro del cambio de las cosas, y espero que ese cambio sea el que usted sueña. Si soy el puente que nos lleve vivos al final de esa travesía, moriré feliz y mis críticos pueden irse al diablo. Silencio.

El exprofesor Mitchell Jarvis Payton observaba al hombre más poderoso de la tierra y en sus ojos se reflejaba un leve asombro.

—Esa es una afirmación digna de un humanista —dijo.

—No se lo diga a nadie; me echarían. Además necesito a esos críticos. Olvídelo. Aprobado, M. J.; votaré por usted.

—¿M. J.?

—Ya le dije que he tenido que recolectar y leer a toda prisa.

—¿Por qué he «aprobado», señor presidente? Se trata de una pregunta personal tanto como profesional, si puedo hacerla.

—Porque no se ha inmutado.

—¿Cómo dice?

—No ha estado hablando con Lang Jennings, un granjero de Iowa cuya familia hizo unos cuantos dólares porque su padre tuvo la suerte de comprar cuarenta y ocho mil acres en las montañas por los que más tarde los urbanizadores estaban dispuestos a vender su alma. Ha estado hablando con el mandamás del mundo occidental, el hombre que podría hacer que el planeta volviera a ser esa bola de fuego de que hablaba, yo en su lugar estaría asustado delante de un tipo así. Asustado y cauteloso.

—Estoy tratando de no caer en ninguna de las dos cosas, y siquiera sabía lo de los cuarenta y ocho mil acres.

—¿Cree que un hombre relativamente pobre podría ser nunca presidente?

—Probablemente no.

—Probablemente nunca. El poder es para los ricos, o para los que por estar casi sin blanca no tienen nada que perder y si un montón de influencia y fama que ganar. Eso aparte, doctor Payton, usted ha venido aquí por la puerta trasera con una solicitud indignante, pidiéndome que respalde las actividades secretas dentro del país de una agencia a la que la ley prohíbe operar en él. Además, quiere que le permita ocultar una información extraordinaria relativa a una tragedia nacional, una masacre terrorista destinada a matar a un hombre a quien el país debe mucho. En esencia, me está pidiendo que viole todo tipo de normas esenciales y falte a mi juramento del cargo. ¿Tengo razón hasta ahora?

—Le he dicho mis motivos, señor presidente. Hay una red de circunstancias que se extiende desde Omán hasta California, y está claro que tiene que tratarse de algo más que de una mera coincidencia. Esos fanáticos, esos terroristas, matan por un fin que supera todas las demás motivaciones. Quieren llamar la atención, buscan titulares aunque sea a cambio del suicidio. Nuestra única esperanza de capturarlos, a ellos y a quienes aquí los ayudan, es evitar esos titulares. Si nos mostramos confusos y frustrados, alguien puede cometer un error en el calor de su rabia, hablar con alguien con quien no debería hablar, rompiendo así la cadena del secreto, y tiene que haber una cadena. Esos asesinos se introdujeron en el país, lo que, para empezar, exige conexiones poderosas. Están moviéndose de una punta a la otra con armas, cosa nada sencilla, teniendo en cuenta nuestros sistemas de seguridad. Uno de mis agentes en El Cairo está camino de San Diego, y el mejor hombre que tengo en Beirut se dirige al valle de la Bekaa. Los dos saben lo que deben buscar.

—¡Dios santo! —exclamó Jennings, levantándose de un salto del sofá y paseando con la zapatilla cayéndosele del pie—. ¡No puedo creer que Orson tenga nada que ver con esto! No es mi compañero de cama favorito, pero no está loco… ¡ni es un suicida!

—Quizá no tenga que ver con ello. El poder, incluso el de vicepresidente, atrae a los aspirantes a poderosos… o a los que aspiran a ser aún más poderosos.

—¡Maldita sea! —exclamó el presidente, yendo hasta un escritorio Reina Ana sobre el que había papeles esparcidos—. No, un momento —dijo, volviéndose—. Según sus propias palabras, hay esa red de circunstancias que se extiende desde la crisis de Omán, cruzando el mundo, hasta San Diego. Dice usted que debe ser algo más que una coincidencia, pero es lo único que tenemos. No tiene al culpable con la pistola todavía humeante; solo a un par de personas que se conocieron hace años en Oriente Medio y a otra que aparece de pronto donde no la esperaba.

—La mujer en cuestión tiene una historia de maniobras financieras en el filo de la navaja, con puestas muy altas. Difícilmente podría tentarla un oscuro puesto político que está a años luz de su recompensa normal… a menos que hubiese otras consideraciones.

—Andy-boy —dijo el presidente, como para sí mismo—, el bueno de Andy… Nunca supe lo de Ardis, por supuesto. Creía que era una ejecutiva bancaria o algo así a la que había conocido en Inglaterra. Para empezar, ¿por qué iba a querer Vanvlanderen que trabajase para Orson?

—En mi opinión, todo forma parte de esa red, de esa cadena. —Payton se había levantado—. Necesito su respuesta, señor presidente.

—Señor presidente… —repitió Jennings, sacudiendo la cabeza como si no pudiese acabar de aceptar el título—. Me pregunto si esas palabras se le atraviesan en la garganta.

—¿Cómo?

—Ya sabe a qué me refiero, doctor. Llega aquí a la una y media de la madrugada con ese guión paranoico pidiéndome que cometa transgresiones capaces de llevarme al *impeachment*. Después, cuando le hago unas cuantas preguntas, procede a decirme: *a*), que no votaría por mí; *b*), que soy un simplista; *c*), que en el mejor de los casos, soy un predecesor de hombres mejores; *d*), que soy incapaz de distinguir entre coincidencia y prueba circunstancial válida…

—Yo nunca dije eso, señor presidente.

—Lo dio a entender.

—Me pidió sinceridad. Si yo creyese…

—Oh, vamos, déjelo. —Jennings se volvió hacia el antiguo escritorio lleno de papeles—. ¿Se da cuenta de que no hay una sola persona entre las más de mil que forman el personal de la Casa Blanca capaz de decirme esas cosas? Eso no incluye a mi mujer y a mi hija; pero ellas no forman parte del personal oficial, y, le diré de pasada, son más duras que usted.

—Si le he ofendido, le pido disculpas…

—No, por favor. Le dije que quedaba aprobado y no querría tener que arrepentirme. Tampoco permitiría a nadie que no fuese como usted pedirme que hiciese lo que usted me ha pedido que haga. Sencillamente, no confiaría en ellos. Tiene usted luz verde, doctor. Vaya a donde diablos le lleve el tren, pero téngame informado. Voy a darle un número secreto que solo conoce mi familia.

—Necesito una orden presidencial de secreto. La tengo preparada.

—¿Para cubrirse las espaldas?

—Desde luego que no. La firmaré, asumiendo la plena responsabilidad de mi petición.

—Entonces ¿por qué?

—Para proteger a quienes, por debajo de mí, están implicados sin tener la menor idea del porqué. —Payton sacó del bolsillo de la chaqueta una hoja de papel doblada—. Esto deja en claro que su personal no ha sido consultado.

—Un montón de gracias. De modo que van a colgarnos a los dos.

—No, señor presidente. Solo a mí. La orden de secreto figura en la ley del Congreso de 1947 que instituyó la CIA. Permite actuaciones extraordinarias de la

Agencia en momentos de crisis nacional.

—Una orden de esa clase tendría que tener un límite en el tiempo.

—Lo tiene. Es por un período de cinco días.

—La firmaré —dijo Jennings, cogiendo el papel y alcanzando otro del escritorio Reina Ana—. Y, mientras lo hago, quiero que lea esto. En realidad no tiene por qué hacerlo. Como la mayoría de lo que sale de las computadoras de la oficina de Prensa, es demasiado largo. Me llegó esta tarde.

—¿De qué se trata?

—Es el análisis de una campaña para llevar al congresista Evan Kendrick a la candidatura del partido el próximo junio. —El presidente hizo una pausa—. Como candidato a la vicepresidencia —añadió suavemente.

—¿Puedo verlo, por favor? —dijo Payton, adelantándose con la mano extendida.

—Pensé que podía interesarle. —Jennings dio la página alargada al director de Proyectos Especiales—. Me preguntaba si lo tomaría usted tan en serio como lo toma a usted Sam Winters.

—Pues sí —dijo Payton mientras leía rápida y cuidadosamente el papel.

—Si hay algo de cierto en esa paranoia de ustedes, ahí puede encontrar una base. Mi agente de prensa dice que eso Podrá llegar lejos. A partir de la próxima semana, siete respetables periódicos del Medio Oeste harán algo más que airear el nombre de Kendrick; les faltará poco para respaldarlo en sus editoriales. Tres de esos periódicos tienen emisoras de radio y televisión en zonas muy pobladas al norte y al sur, y, hablando de coincidencias, a todas ellas les han sido suministradas cintas de audio y de vídeo con las apariciones en televisión del congresista.

—¿Por quién? Aquí no dice nada.

—Hay solo un comité *ad hoc* en Denver del que nadie ha oído hablar nunca, y ellos no saben nada. Todo lo envían a Chicago.

—¡Es increíble!

—En realidad, no. El congresista podría resultar un candidato atractivo. Hay en él una energía tranquila; emana confianza y fuerza. Podría prender, llegar lejos, como dicen los de prensa. La gente de Orson Bollinger, que supongo es la mía, podría padecer de diarrea colectiva.

—No es eso lo increíble, señor presidente. Cuando me presentan una conexión tan evidente, incluso yo tengo que echarme atrás. Es algo tan simple, tan obvio. No puedo creer que la gente de Bollinger sea tan estúpida. Eso es demasiado acusador, demasiado peligroso.

—No lo entiendo, doctor. Creí que iba a decirme algo así como: «¡Ajajá, mi querido Watson, aquí está la prueba!» Pero no, ¿verdad?

—No, señor.

—Si voy a firmar ese condenado y recusable papel, creo que tengo derecho a saber por qué.

—Porque es realmente demasiado obvio. ¿La gente de Bollinger se entera de que

Evan Kendrick está a punto de ser lanzado mediante una campaña a escala nacional para reemplazar a su vicepresidente, y en vista de ello contrata a terroristas palestinos para matarlo? Solo un loco inventaría una historia así. Un fallo en los cientos de medidas necesarias, uno de los asesinos cogido vivo, cosa que ya tenemos, y podrían ser descubiertos… Lo serán, si firma usted ese papel.

—¿A quién encontrará si lo firmo? ¿Qué encontrará?

—No lo sé. Quizá tengamos que empezar por ese comité *ad hoc* de Denver. Durante meses, Kendrick ha estado siendo manejado para empujarlo a un primer plano político que nunca buscó, del que en realidad ha estado huyendo. Y ahora, en vísperas del verdadero empujón, se produce la barbaridad de Fairfax y el fracasado asalto a Mesa Verde, fracasado gracias a un anciano que al parecer no permite que su edad se interfiera en sus actos. Mató a tres terroristas.

—A propósito, quiero conocerlo —le interrumpió Jennings.

—Lo arreglaré, pero quizá lo lamente.

—¿Qué quiere decir?

—Hay dos facciones, dos bandos, y a ninguno de los dos le falta sutileza y experiencia. Sin embargo, a lo que parece, uno de ellos puede haber metido la pata de un modo increíble, lo que carece de sentido.

—Otra vez estoy perdido…

—También yo, señor presidente. ¿Firmará ese papel? ¿Me dará esos cinco días?

—Lo haré, doctor Payton; pero ¿por qué tengo la sensación de estar a punto de enfrentarme a la guillotina?

—Es una idea equivocada. El público nunca permitiría que cortasen la cabeza.

—El público puede cometer errores terribles —dijo el presente de Estados Unidos, inclinándose sobre el escritorio de estilo Reina Ana y firmando el documento —. Eso también forma parte de la historia, profesor.

Las luces del Lake Shore Drive de Chicago parpadeaban entre la nieve que caía, formando diminutos estallidos de claridad en el techo de la habitación del hotel Drake. Eran poco más de las dos de la madrugada y el musculoso hombre rubio dormía respirando profunda y firmemente, como si nunca le abandonase el autodominio. De repente, su respiración se detuvo a la vez que brotaba, discordante, el timbre del teléfono. Se sentó dando un bote, sacó las piernas de debajo de la ropa y arrancó el aparato del soporte.

—¿Sí? —dijo Milos Varak, sin rastro de sueño.

—Tenemos un problema —le anunció Samuel Winters desde su estudio de Cynwid Hollow, en Maryland.

—¿Puede hablarme de él?

—No veo por qué no, aunque sea a base de abreviaturas. Esta línea está limpia, y no me imagino a nadie interviniendo la suya.

—Las abreviaturas, por favor.

—Hace unas siete horas ocurrió algo horrible en una casa de los suburbios de Virginia…

—¿Una tormenta? —le cortó el checo.

—Si no le entiendo mal, sí, una tormenta terrible con enormes pérdidas.

—¿Ícaro? —casi gritó Varak.

—Él no estaba allí. Ni tampoco en las montañas, donde hubo un intento parecido pero fracasó.

—Emmanuel —susurró el checo—. Él era el blanco. ¡Sabía que ocurriría!

—No da esa impresión; pero ¿por qué lo dice?

—Más tarde. He llegado a Evanston a eso de las doce y media.

—Supe que estaba fuera. Llevo horas llamándolo, pero, por supuesto, no dejé ningún aviso. ¿Va todo con arreglo al horario?

—Con cierto adelanto, pero no es de eso de lo que quiero hablarle. La radio no dijo nada de ninguna de las dos cosas, y eso es asombroso, ¿no le parece?

—Si todo va como espero, no habrá nada durante al menos varios días, si es que lo hay entonces.

—Eso es todavía más asombroso. ¿Cómo lo sabe?

—Porque creo que lo he arreglado. Un hombre en quien confío ha ido a ver en privado a Mil Seiscientos gracias a mi intervención. Está allí ahora. Si hay alguna esperanza de capturar a los responsables, necesita una total censura informativa.

Con enorme alivio, Milos Varak comprendió al instante que Samuel Winters no era el traidor que había en Inver Brass. Quienquiera que fuese el informador, nunca prolongaría la caza de los asesinos si habían sido enviados por San Diego. Aparte esa verdad, ese alivio, el coordinador checo tenía ahora a alguien en quien confiar.

—Le ruego que me escuche atentamente. Es imperativo, repito, imperativo, que convoque una reunión mañana lo más temprano posible. Debe ser durante el día, no por la noche. Cada hora contará en cada uno de los husos horarios.

—Es una petición sorprendente.

—Considérelo una emergencia. Es una emergencia. Y de algún modo, por algún medio, debo descubrir otra emergencia. He de obligar a alguien a hacer un movimiento.

—Sin entrar en detalles, ¿puede darme un motivo?

—Sí. La única cosa que nunca pensamos que pudiera ocurrir dentro del grupo ha ocurrido. Hay alguien que no debería estar en él.

—¡Dios mío…! ¿Está seguro?

—Lo estoy. Hace unos segundos que lo he eliminado a usted como posibilidad.

Eran las cuatro y veinticinco de la madrugada, hora de California, las siete y veinticinco en el este de Estados Unidos, y Andrew Vanvlanderen estaba sentado en

su gran sillón de terciopelo con los ojos vidriosos, el corpachón balanceante y el pelo blanco y ondulado en desorden. En un ataque de frenesí, arrojó repentinamente un vaso de *whisky* de culo grueso contra el televisor. El vaso rebotó en la caja de caoba y cayó sin más daño en la blanca alfombra. Furioso, Andrew cogió un cenicero de mármol y lo estrelló contra la pantalla donde veía el programa permanente de noticias. El cristal se rompió y el televisor estalló por dentro con un estampido fuerte y repentino, mientras de sus entrañas eléctricas empezaba a salir humo negro. Vanvlanderen prorrumpió en incoherencias contra nada y contra todo, mientras sus labios temblones trataban de proferir palabras que era incapaz de articular. A los pocos segundos llegó corriendo su mujer desde el dormitorio.

—¿Qué haces? —gritó.

—¡No hay nada, nada de nada! —chilló Andrew a medias palabras, con el cuello y la cara rojos y las venas de la garganta y de la frente distendidas—. ¡Ni una jodida palabra! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué está pasando? ¡No pueden hacerme esto! ¡Les pagado dos millones!

Después, sin previo aviso ni la más leve indicación que no fuese la de la rabia que lo invadía, Vanvlanderen saltó de su ciento, empujando con manos temblonas un muro de aire que no podía ver a través de sus ojos saltones, y cayó de bruces al suelo. Mientras su cara se estrellaba contra la alfombra, lanzó un furioso grito gutural que fue el último ruido que saldría de su garganta.

Su cuarta esposa, Ardis Wojak Montreaux Frazier-Pyke Vanvlanderen, avanzó unos pasos con la cara blanca, la piel tensa como el pergamino de una máscara y los grandes ojos fijos en su marido, ya cadáver.

—¡Hijo de puta! —susurró—. ¿Cómo puedes dejarme con todo este lío, sea el que sea? ¡Sea lo que sea lo que has hecho!

32

Ahbyahd reunió a sus cuatro «sacerdotes» en la habitación del motel que compartía con el joven miembro de la misión que hablaba bien inglés y nunca había estado en Omán. Eran las 5.43 de la mañana, hora de Colorado, y la larga vigilia había terminado. No habría encuentro. El Comando Dos no había hecho contacto, lo que significaba que Yosef y sus hombres estaban muertos; no había otra explicación. El duro veterano medio judío, pero con un odio consumado por todo lugar occidental o israelí, nunca permitiría que ni un solo miembro de su equipo fuese cogido vivo. Por eso había exigido que el muchacho lisiado del labio leporino estuviese en todo momento a su lado.

—Al primer indicio de captura, a la menor posibilidad, te meteré una bala en la cabeza, muchacho. ¿Lo entiendes?

—Lo haré yo antes, viejo. Prefiero una muerte gloriosa a una vida miserable.

—Te creo, loco. Pero, por favor, recuerda las palabras de Azra: vivo puedes luchar, muerto no.

Azra, el mártir, tenía razón, pensaba Ahbyahd. Sin embargo, no había definido el sacrificio último que buscaba todo verdadero creyente, y que era morir luchando. Por eso la *jihad* era inmune a las trampas, e incluso a la muerte. Y el silencio atronador que había seguido al ataque a la casa de Virginia y la ausencia de Yosef y sus hombres solo podían ser una trampa. Era el modo occidental de pensar: negar lo conseguido, no reconocer nada, para obligar a los cazadores a seguir buscando y llevarlos así a una trampa. Era algo tan falto de sentido… Si la trampa suponía matar al enemigo, en este caso a un gran enemigo, ¿qué importaba la muerte? En el martirio encontrarían una felicidad desconocida en la vida que llevaban aquí en la tierra. No había mayor gloria para el creyente que entrar en las suaves nubes del cielo de Alá llevando en las manos la sangre de sus enemigos en una guerra justa.

Ese era el razonamieno que confundía a Ahbyahd. ¿Acaso no hablaban siempre los cristianos de ir a reunirse con Cristo por la causa de Cristo y convocaban guerras en su nombre? ¿Acaso no exaltaban los judíos su condición de pueblo elegido por el Dios de Abraham con exclusión de todos los demás, y luchaban por la liberación como lo hicieron los Macabeos cuando murieron por sus creencias en lo alto de la Masada? ¿Era Alá indigno de esa compañía? ¿Quién lo había decretado? ¿Los cristianos y los judíos? Ahbyahd no era un hombre culto, apenas si llegaba a estudiante de temas tan difíciles, pero esas eran cosas que enseñaban los ancianos, hombres versados en el Santo Corán. Las lecciones eran claras: sus enemigos eran rápidos en inventar agravios y luchar contra ellos, pero todavía más en negar el dolor ajeno. Cristianos y judíos eran muy libres de recurrir a su Dios en cuantos conflictos los amenazasen, y sin duda continuarían negando la justa causa de los humildes palestinos, pero no podían negarle a él su martirio en un lugar lejano llamado Mesa Verde, a miles de kilómetros de La Meca.

—Hermanos —empezó el «hombre del pelo blanco» hablando frente a los cuatro miembros de su comando en la pequeña y sórdida habitación del motel—. Nuestra hora ha llegado, y nos acercamos a ella con entusiasmo, sabiendo que nos esperan días mejores, un cielo donde seremos libres, no esclavos ni peones de otros como aquí en la tierra. Si por la gracia de Alá sobrevivimos para seguir luchando, volveremos llevando a nuestros hermanos y hermanas la santa alegría de la venganza que tan justamente nos pertenece. Y el mundo sabrá que lo hemos hecho, sabrá que cinco hombres valientes arrasaron dos fortalezas construidas por el gran enemigo para detenernos. Ahora debemos prepararnos. Primero con plegarias, y después del modo más práctico que conviene a nuestra causa. Según lo que averigüemos, golpearemos cuando menos lo esperen, no al amparo de la noche, sino a la luz del día. Al oscurecer estaremos o en la hora santa del Salat el Maghreb o en los brazos de Alá.

Poco después de mediodía, Kalila bajó del avión y penetró en la sala de espera del aeropuerto internacional de San Diego. Al instante se dio cuenta de que la observaban, sobre todo porque el observador apenas disimulaba. El hombre, grueso y un traje de gabardina sin planchar que le sentaba mal, comía palomitas de un paquete de cartón blanco. Volvió la cabeza, hizo un gesto afirmativo y echó a andar por el amplio y concurrido pasillo hacia la terminal. Era una señal. Rashad la alcanzó y disminuyó el paso para ponerse a su lado.

—Supongo que no me esperaba para ligar —dijo sin mirarlo.

—Si fuese así ahora estaría de rodillas pidiéndome que la llevase a mi casa, lo que probablemente tendré que hacer.

—Su modestia es tan irresistible como usted mismo.

—Eso dice mi mujer, solo que ella añade «belleza».

—¿De qué se trata?

—Llame a Langley. Tengo la sensación de que el infierno entero se ha desatado. Pero llame desde uno de esos teléfonos, no desde mi casa, si va a ser en mi casa. Esperaré allí enfrente; si formamos equipo, limítese a hacer un gesto de asentimiento y seguirme… a respetuosa distancia, naturalmente.

—Creo que me gustaría un nombre, algo.

—Pruebe con Shapoff.

— *¿Gingerbread?* —dijo Kalila, dirigiendo una mirada furtiva al agente que era toda una leyenda en la CIA—. ¿Berlín Este? ¿Praga? Viena…

—Actualmente —la interrumpió el hombre del traje de gabardina desaliñada— soy periodontólogo en Cleveland.

—Tenía otra idea de usted.

—Es por lo de «Gingerbread»; es un nombre bastante estúpido. Haga la llamada.

Rashad descolgó el teléfono público más cercano. Ansiosa y poco familiarizada

con los últimos sistemas, oprimió el botón de «operadora» y, fingiendo un desconcertado acento francés, hizo una llamada a un número que había confiado a la memoria hacía mucho tiempo.

—¿Sí? —dijo Mitchell Payton al otro extremo de la línea.

—Soy yo, M. J. ¿Qué ha pasado?

—Andrew Vanvlanderen murió esta mañana temprano.

—*¿Asesinado?*

—No, fue un ataque cardíaco; lo hemos comprobado. Tenía bastante alcohol en la sangre y estaba hecho un desastre, sin afeitar, con los ojos inyectados en sangre y apestando a sudor y a algo peor; pero fue un ataque.

—¡Maldita sea…!

—Hubo también una interesante serie de circunstancias; siempre circunstancias, nada claro. Llevaba horas sentado frente a un televisor y sin duda estrelló contra él un cenicero de mármol.

—Qué delicado. ¿Qué dice su mujer?

—Entre un exceso de lágrimas y ruegos de que respeten su dolor, la estoica viuda asegura que su marido estaba muy deprimido por sus grandes pérdidas en la Bolsa y en otras inversiones; cosa de la que, por supuesto, asegura no saber nada, pero que, también por supuesto, sabe. Ese matrimonio tuvo que ser consumado con un estado de cuentas debajo del colchón.

—¿Comprobaste lo que te dijo?

—Naturalmente. Su cartera podría sostener a varios países pequeños. Dos de sus caballos incluso ganaron en Santa Anita la semana pasada y, junto con algunos otros, les espera un retiro millonario como sementales.

—De modo que estaba mintiendo.

—A boca llena.

—Pero no necesariamente en lo de la depresión.

—Tratemos de sustituirlo por otra palabra. Rabia, quizá; una rabia loca unida a un miedo histérico.

—¿Por algo que no ocurrió? —sugirió Kalila.

—Por algo que no fue hecho público. Puede que ocurriese, puede que no… Pudo resultar una chapuza. Quizá, y esto pudo ser el disparador, algunos de los asesinos fueron capturados con vida, como lo fue uno de ellos en Mesa Verde.

—Y a los capturados puede obligárseles a hablar sin saberlo.

—Así es. Solo hace falta alguien que pueda darnos una localización, un método de viaje, algo. Tenemos esa fuente, a esa persona. Es demasiado difícil ocultarlo todo. Quienquiera que esté detrás de esos asesinatos tiene que darse cuenta de ello, o al menos sospecharlo. Es algo que puede haber pesado en el ánimo de Andrew Vanvlanderen.

—¿Cómo van las cosas con el prisionero?

—Está en tratamiento, o, como dicen los médicos, se están ocupando de él. Es un

maníaco. Lo ha intentado todo, desde el suicidio por asfixia hasta tragarse la lengua. Tuvieron que inyectarle tranquilizantes antes de poder administrarle los sueros, y eso ha retrasado algo las cosas. Me dicen los médicos que deberíamos tener los primeros informes dentro de una hora, más o menos.

—¿Qué hago yo ahora, M. J.? No puedo molestar a la apesadumbrada viuda…

—Por el contrario, querida. Eso es exactamente lo que vas a hacer. Vamos a convertir ese contratiempo en una baza a nuestro favor. Cuando una persona como la señora Vanvlanderen acepta un puesto que implica lazos íntimos con el potencial sucesor del presidente de Estados Unidos, las consideraciones personales pasan a segundo término. Te desharás en excusas, por supuesto, pero después seguirás con el guión tal como lo hemos planeado.

—Pensándolo bien, y dadas las circunstancias, el momento podría ser mejor. Soy la última persona a la que esperaría ver. Eso la sacudirá.

—Me alegra que estés de acuerdo. Y no olvides que puedes mostrarte compasiva, pero antes es el frío asunto de la seguridad nacional.

—¿Y qué hay de Shapoff? ¿Formamos equipo?

—Solo si lo necesitas. Se lo hemos prestado a la Inteligencia naval, en calidad de consejero, y me alegra que esté ahí, pero preferiría que empezases tú sola. Organiza tu toma de contacto.

—Colijo que no ha sido puesto al corriente.

—No; solo se le ha dicho que te diese cuanta ayuda puedas necesitar.

—Comprendo.

—Adrienne —dijo el director de Proyectos Especiales, alargando el nombre—. Hay algo más que deberías saber. Podemos estar un poco más cerca de nuestro europeo rubio y, cosa también importante, de lo que se trae entre manos.

—¿Quién es? ¿Qué habéis descubierto?

—No sabemos quién es, pero yo diría que está trabajando para alguien que quiere ver a Evan en la Casa Blanca… o al menos más cerca de ella.

—¡Dios mío! ¡A él no se le hubiera ocurrido ni en un millar de años! ¿Quiénes son?

—Sospecho que gente muy rica y con muchos recursos. —Payton le habló brevemente de la campaña en puertas para llevar a Kendrick a la vicepresidencia—. Jennings dijo que su gente está convencida de que la cosa puede cuajar, «llegar lejos», fueron sus palabras; y en mi opinión él no pondría la menor objeción.

—Hasta la reacción del presidente —dijo Kalila con voz tranquila, que viajó como flotando por el teléfono público—. Cada paso, cada movimiento que hicieron fue pensado a fondo y analizado. Todos menos uno.

—¿Qué quieres decir?

—La respuesta de Evan, M. J. Nunca lo aceptará.

—Tal vez ese sea el zapato que falta por caer.

—Tendría que ser una bota de hierro del tamaño del pie de la Esfinge. Además

hay dos grupos, uno que empuja a nuestro héroe a la candidatura nacional y otro que hace cuanto puede para que no lo logre.

—Yo llegué a la misma conclusión, y así se lo dije al presidente. Ponte a trabajar, agente Rashad. Llámame cuando estés instalada en tu hotel. Para entonces quizá tenga noticias de nuestros médicos.

—Supongo que no puedo hablar con mis abuelos. Ya sabes lúe viven cerca de aquí.

—¿Estoy tratando con una niña de doce años? ¡Pues claro que no!

—Entendido.

Eran las tres de una tarde invernal, hora del Este y las limusinas estaban aparcadas en el acceso a la mansión de Cynwid Hollow. Los chóferes fumaban, hablando en voz baja entre sí. Dentro, la sesión había comenzado.

—Va a ser una reunión muy corta —dijo Milos Varak dirigiéndose a los miembros de Inver Brass sentados en sus sillones, con la luz de las lámparas iluminando sus rostros en el gran estudio en penumbra—. Pero la información era tan vital que recurrí al doctor Winters. Me pareció que era imprescindible informarles.

—Es evidente —dijo de mal humor Eric Sundstrom—. He dejado a todo un laboratorio sin saber qué hacer.

—A mí me sacó usted del tribunal, Milos —añadió Margaret Lowell—. Supongo que con razón, como de costumbre.

—Yo vine en avión de Nassau —dijo Gideon Logan, riendo por lo bajo—, pero la verdad es que no estaba haciendo más que pescar cuando sonó el teléfono del barco. Además, no había pescado nada.

—A mí me gustaría decir que estaba cuando menos haciendo algo así, pero no puedo —dijo Jacob Mandel—. Estaba presenciando un partido de los Knicks cuando empezó a sonar el zumbador. Lo oí de milagro.

—Creo que deberíamos empezar —se impacientó Samuel Winters, aunque no era solo impaciencia sino posiblemente rabia lo que denotaba su tono—. Se trata de una información devastadora.

Margaret Lowell miró al canoso historiador.

—Empezaremos, Sam. Solo estamos recobrando el aliento.

—Aunque haya hablado de pesca —dijo Gideon Logan—, mi cabeza no estaba en eso, Samuel.

El portavoz de Inver Brass asintió con la cabeza, intentando sonreír sin conseguirlo.

—Perdóneme si parezco irritable. La verdad es que estoy asustado, y ustedes no lo estarán menos.

—Además, no hay en mis laboratorios nada tan importante para mí —dijo amablemente Sundstrom como si el reproche hubiera sido merecido—. Por favor;

adelante, Milos.

Observa cada cara, cada par de ojos. Estudia los músculos de sus mandíbulas y no pierdas de vista el entorno de sus párpados y el nacimiento del pelo. Estate atento a la saliva tragada involuntariamente y a las venas que se hinchan en sus cuellos. Uno de los cuatro que están más cerca de mi sabe la verdad. Uno de ellos es el traidor.

—Los terroristas palestinos han asaltado las casas del consta Kendrick en Virginia y en Colorado. Hubo considerables pérdidas.

Una especie de pandemónium controlado estalló en aquella extraordinaria sala dentro de la mansión de la bahía de Chesapeake. Sus ocupantes se echaron hacia atrás en los asiento se abalanzaron sobre la mesa, conmocionados; gritos guturales salieron de sus labios tensos, mientras los ojos se dilataban por el horror o se entornaban con incredulidad, y las preguntas cayeron sobre Varak como los estampidos de un rifle de repetición.

—¿Mataron a Kendrick?

—¿Cuándo ocurrió?

—¡Nadie ha dicho una palabra!

—¿Cogieron vivo a alguno?

Esta última pregunta, a cuyo autor se apresuró a examinar Milos Varak, la había hecho Gideon Logan, con el oscuro rostro lleno de furia. ¿O era frenesí… o quizá miedo?

—Voy a responder hasta donde pueda —ofreció el coordinador checo de Inver Brass—, pero debo decirles que no estoy totalmente informado. Lo que se dice es que Kendrick sobrevivió y está bajo custodia. Los ataques tuvieron lugar ayer por la tarde, o posiblemente al anochecer…

—¿Posiblemente? —gritó Margaret Lowell—. ¿Ayer? ¿Por qué no lo sabe… por qué no lo sabemos todos, por qué no lo sabe el país?

—Hay un secreto total, al parecer pedido por los servicios de Inteligencia y concedido por el presidente.

—Y evidentemente destinado a ir a por los árabes —dijo Mandel—. Matan para conseguir publicidad, y si no la consiguen se vuelven más locos de lo que ya estaban. A los locos se les ve a la legua…

—Y si están vivos tienen que salir del país —añadió Sundstrom—. ¿Pueden salir, Varak?

—Depende de lo perfecto del plan, de quien organizó su entrada.

—¿Cogieron vivo a alguno de los palestinos? —insistió Gideon Logan.

—Solo puedo hacer suposiciones —respondió el checo, con una mirada neutra bajo la que buscaba intensamente—. Tuve suerte al saber lo que supe antes de que el secreto fuese total, y en ese momento no se habían filtrado aún las pérdidas.

—¿Cuáles son esas suposiciones? —preguntó Sundstrom.

—Como máximo, hay solo de un diez a un quince por ciento de posibilidades de

que alguno de los asaltantes fuese capturado vivo. La cifra se basa en las estadísticas de Oriente Medio. Los equipos terroristas acostumbran llevar cápsulas de cianuro cosidas dentro de las solapas, hojas de afeitar escondidas y jeringuillas sujetas con esparadrapo a diversas partes del cuerpo; cualquier cosa que les facilite el suicidio antes que revelar información bajo la tortura o las drogas. No olviden que, excepto porque eso los incapacita para seguir matando enemigos, la muerte no es para ellos un sacrificio. Por el contrario, es un rito de paso a otra vida de goce, cosa que en esta no abunda para ellos.

—Entonces es posible que uno, dos o más puedan haber sido capturados vivos —le acució Logan.

—Es posible; depende de los que hayan participado. Se considera una prioridad.

—¿Por qué le parece tan importante eso, Gideon? —preguntó Samuel Winters.

—Porque todos sabemos las extraordinarias medidas que han tomado para proteger a Kendrick —replicó el empresario negro, estudiando la cara de Varak—, y creo que es necesario saber cómo consiguieron esos fanáticos ignorantes forzar esa seguridad. ¿Puede decirnos algo al respecto, Milos?

—Sí. Creo, sin que tenga nada de oficial, que es solo cuestión de días el que las unidades federales hagan la conexión que yo hice.

—¿Qué diablos quiere decir? —exclamó Margaret Lowell.

—Supongo que todos ustedes saben lo de Andrew Vanvlanderen…

—No —le interrumpió Lowell.

—¿Qué le pasa? —inquirió Gideon Logan.

—¿Deberíamos saberlo? —se extrañó Mandel.

—Murió —dijo Eric Sundstrom repantigándose en su silla.

—*¿Qué?*

La palabra se repitió tres veces.

—Ocurrió esta mañana temprano en California, aunque demasiado tarde para los periódicos del Este —explicó Winters—. La causa oficial fue un ataque al corazón. Lo oí por la radio.

—Yo también —añadió Sundstrom.

—No he escuchado la radio —alegó Margaret Lowell.

—Yo estuve en un barco y después en un avión —se excusó Gideon Logan.

—Y yo en un partido de baloncesto —dijo por su parte Jacob Mandel, casi avergonzado.

—No es la noticia más importante del día —continuó Sundstrom—. Las últimas ediciones del *Post* la traían en la página cuatro o cinco, creo recordar, y eso que Vanvlanderen era conocido en esta ciudad. Fuera de aquí y de Palm Springs, no eran muchos los que habían oído ni siquiera su nombre.

—¿Qué tiene que ver eso con los palestinos? —pregunto Logan, con sus oscuros ojos clavados en Varak.

—El supuesto ataque al corazón es más que dudoso.

Los rostros que circundaban la mesa parecían de granito, duros e inmóviles. Poco a poco, cada uno miró a los otros, y la magnitud de lo que aquello implicaba pasó sobre ellos como una ola inmensamente poderosa.

—Eso que dice es muy fuerte, señor Varak —dijo Winters sin alzar la voz—. ¿Querría explicarlo como me lo explicó a mí, por favor?

—Los hombres que rodean al vicepresidente Bollinger, en u mayoría los mayores contribuyentes al partido y con intenses que proteger, están peleándose entre sí. Es sabido que hay diferentes facciones. Una de ellas quiere reemplazar al vicepresidente por un candidato concreto, otra desea que continúe, una tercera prefiere esperar a que se aclare el panorama político.

—¿Y entonces? —entonó Jacob Mandel, quitándose las gafas con montura de plata.

—La única persona evidentemente inaceptable para todos es Evan Kendrick.

—¿Y qué más, Milos? —dijo Margaret Lowell.

—Todo lo que hacemos entraña ciertos riesgos, abogada —replicó Varak—. Nunca he pretendido minimizarlos, a pesar de que les he garantizado el anonimato. No obstante, para iniciar la campaña en favor del congresista Kendrick tuvimos que crear un comité político a través del cual canalizar los materiales y unos fondos considerables, de modo que ustedes no apareciesen nunca. Eso nos llevó varias semanas, y es posible que la noticia llegase a San Diego. No es difícil imaginar las reacciones de la gente de Bollinger, en especial de la facción más favorable a él. Kendrick es un auténtico héroe norteamericano, un candidato viable que podría ser llevado a la candidatura en olor de multitud, como hemos pensado que debería serlo. A esa gente podría entrarle el pánico y tratar de buscar soluciones rápidas y definitivas. Los Vanvlanderen están sin duda entre ellos, y la señora Vanvlanderen, la jefa del gabinete del vicepresidente, tiene muchas relaciones en Europa y en Oriente Medio.

—¡Dios santo! —exclamó Sundstrom—. ¿Está sugiriendo que el vicepresidente Bollinger es el responsable de esos ataques terroristas, de esos asesinatos?

—Directamente, no. Podría tratarse más bien de algo parecido a los comentarios del rey Enrique sobre Thomas Becket el Tribunal Real. «¿No me librará nadie de ese ser colérico y turbulento?» El rey no dio ningún tipo de órdenes o instrucciones; tan solo hizo una pregunta, probablemente entre carcajadas, pero a sus caballeros no les pasó inadvertida. Y lo que aquí importa es que gente poderosa ayudó a esos asesinos de entrar en el país y los aprovisionó una vez dentro.

——¡Es increíble! —masculló Mandel, tomando sus gafas.

—Un momento —interrumpió Gideon Logan, ladeando su gran cabeza sin quitar los ojos del checo—. Usted ha sugerido también que el ataque al corazón de Vanvlanderen puede haber sido otra cosa. ¿Qué le hace sospecharlo? Y, si está en lo cierto, ¿qué relación tiene eso con los palestinos?

—Empecé a sospechar del ataque cuando supe que, antes de una hora desde la

llegada del cadáver al depósito, la señora Vanvlanderen dio la orden de que fuese inmediatamente quemado, alegando que tenían un pacto mutuo al efecto.

—Procedimiento que elimina cualquier posibilidad de autopsia —intervino la abogada Lowell, aclarando lo obvio.

—¿Cuál es la relación con los palestinos, Milos?

—Para empezar, el momento. Un deportista sano y sin antecedentes de enfermedad cardíaca muere de repente menos de veinticuatro horas después del ataque a las residencias de Kendrick. Después, naturalmente, el haber sabido más sobre los amplios contactos de la señora Vanvlanderen en Oriente Medio, como fruto de nuestra breve conversación sobre ella durante la pasada reunión. Son cosas que los investigadores federales habrán reunido dentro de pocos días y que, si resultan válidas, hará probablemente que se la relacione con las matanzas.

—Pero si Vanvlanderen estaba tratando con los terroristas, ¿por qué lo mataron? —preguntó un desconcertado Sundstrom—. Era el único que tenía los hilos.

—Yo responderé a eso, Eric —dijo Margaret Lowell—. El mejor modo de poner una prueba fuera de alcance es destruirla. Se mata al correo, no a quien envía el mensaje. De ese modo nadie puede dar con el instigador.

—¡Esto es demasiado! —exclamó Jacob Mandel—. ¿Es que en niveles tan altos de nuestro gobierno puede haber tal basura?

—Sabemos que sí, amigo —respondió Samuel Winters—. De otro modo no estaríamos haciendo lo que hacemos.

—Lo trágico —dijo el financiero, moviendo apenado la cabeza—, es ver a una nación tan prometedora maltratada desde dentro. Cambiarán todas las normas, todas las leyes. ¿Para qué?

—Para ellos —replicó Gideon Logan.

—¿Qué cree que ocurrirá, Milos? —preguntó Margaret Lowell.

—Si mis suposiciones tienen algún fundamento y el apagón informativo continúa, creo que se inventará una noticia de primera plana que omitirá por completo cualquier referencia a contactos de los funcionarios del gobierno con los terroristas; que encontrará chivos expiatorios, chivos muertos. Washington no puede permitirse actuar de otro modo; se haría añicos la política exterior.

—¿Y Bollinger?

Sundstrom se recostó una vez más en su asiento.

—Oficialmente, si los chivos expiatorios son lo bastante convincentes, podría librarse del anzuelo, como usted dice. Eso oficialmente, no en lo que respecta a nosotros.

—Es una afirmación interesante, señor Varak —dijo Win—. ¿Le importaría aclarárnosla?

—Con mucho gusto. Aunque debo regresar a Chicago, he hecho arreglos con cierto personal de la compañía telefónica je San Diego para que nos proporcionen grabaciones de todas las llamadas hechas a la residencia de Bollinger, a su oficina a

los miembros de su personal. Me darán números y horas, incluidos los teléfonos públicos y su situación. Si no me equivoco, tendremos suficiente munición, aunque solo sea circunstancial, para persuadir al vicepresidente de que, en un rasgo de desprendimiento, renuncie a la candidatura.

La última limusina salía de la rampa de acceso cuando Samuel Winters colgó el teléfono en la decorada y tapizada sala de estar y fue a reunirse con Varak junto al ventanal de la fachada.

—¿Quién es? —dijo el checo, siguiendo con la vista al vehículo.

—Creo que lo sabrá antes de que amanezca en California. El helicóptero estará aquí dentro de unos minutos. El despegue del reactor está previsto para las cuatro y media en Easton.

—Gracias. Confío en que no hayamos tomado esas medidas en vano.

—Sus argumentos fueron muy fuertes, Milos. Quienquiera que sea, no se atreverá a llamar. Él o ella tendrán que aparecer en persona. ¿Está todo dispuesto en el hotel?

—Sí. Mi chófer ha ido al aeropuerto de San Diego con las llaves de la entrada de servicio y de la *suite*. Utilizaremos el montacargas.

—Dígame —preguntó el aristocrático historiador de pelo manco—, ¿es posible que sea cierto el guión que nos presentó esta tarde? ¿Pudo realmente Andrew Vanvlanderen haber establecido contacto con los palestinos?

—No, no es posible. Su mujer nunca lo hubiese permitido, lo habría matado ella misma si lo hubiera intentado. Esos planes tan complicados pueden ser descubiertos, con dificultad, desde luego, paro ella nunca hubiese corrido ese riesgo. Es demasiado profesional.

A lo lejos, sobre las aguas de la bahía de Chesapeake, se oía ya el ruido de los rotores de un helicóptero.

Kalila dejó caer su bolso al suelo, arrojó las dos cajas y las tres bolsas de la compra sobre la cama y las empujó a un lado mientras su cabeza caía sobre el bulto de las almohadas Había pedido a «Gingerbread» Shapoff que la dejase en unos grandes almacenes para poder comprar algo de ropa, pues la suya estaba en El Cairo, en Fairfax, en un coche de la policía de las Bahamas o en un reactor de las Fuerzas Aéreas norteamericanas.

—Fiddle-dee-dee —dijo en una cansada imitación de Scarlet O’Hara, mientras miraba al techo—. Me gustaría pensar sobre todo ello mañana —continuó para sí en alta voz—, pero, maldita sea, no puedo.

Se sentó, alcanzó el teléfono y marcó los números para hablar con Payton en Langley.

—¿Sí?

—M. J., ¿todavía no te has ido a casa?

—¿Estás tú en la tuya, querida?

—Ya no sé dónde la tengo; pero te diré un secreto, tío Mitch.

—¿Tío? Dios mío, debes de querer que te dé una vuelta en *pony*. ¿Qué pasa?

—Mi casa puede terminar siendo la de cierto amigo mutuo.

—Vaya, has hecho progresos.

—No, fue él. Incluso habló de dentro de veinte o treinta años.

—¿De qué?

—No sé. Un verdadero hogar, niños y cosas así, supongo.

—Entonces vamos a sacarlo de esto con vida, Adrienne.

Kalila sacudió la cabeza, no negando sino para devolverse a sí misma a la realidad.

—Fue culpa del «Adrienne», M. J. Perdona.

—¿Por qué? Tenemos derecho a ciertos vislumbres de felicidad, y bien sabes que quiero todo eso para ti.

—Tú nunca lo tuviste.

—Fui yo quien lo eligió, agente Rashad.

—Vale, muchacho. ¿O debería decir señor?

—Di lo que quieras, pero escúchame. Ha llegado el primer informe de la clínica sobre el prisionero. Al parecer han estado viajando disfrazados de sacerdotes, sacerdotes maronitas con pasaportes israelíes. Ese joven no sabe gran cosa; es una nulidad y le permitieron formar parte del equipo a causa de Kendrick. Quedó lisiado mientras estaba con nuestro congresista en Omán.

—Lo sé; me lo dijo Evan. Iban en un furgón de la policía camino del Jabal Sham. A ejecutarlos, creían.

—Es todo muy deshilvanado. A ese muchacho le dijeron muy poco, y con razón, porque es totalmente inestable. No obstante, por lo que han podido deducir nuestros químicos, ambos equipos iba a establecer contacto cerca de un aeropuerto. El «Comando Uno» iba a reunirse con el «Comando Dos», lo que supongo significa que los de Fairfax iban a enlazar allí con la unidad de Colorado.

—Eso exige un montón de trámites, M. J., un montón de millas. Tienen a agentes de viaje muy expertos trabajando en sus itinerarios.

—Muy expertos y muy escondidos. Casi podría decir que burocráticamente disimulados.

—Hablando de ello, estoy dos pisos por encima de la dolorida esposa.

—Ya ha sido avisada su oficina. Se le ha dicho que espere tu llamada.

—Entonces voy a adecentarme un poco y a ponerme a trabajar. De pasada te diré que tuve que comprar unas cuantas prendas para mi papel, pero que me aspen si pienso pagarlas Digamos que no me van; son un tanto serias.

—Considerando las antiguas compañías de la señora Vanvlanderen, pensé que podías ponerte algo más chic.

—Bueno, tampoco son tan serias.

—Ya lo suponía. Llámame después.

Kalila colgó el teléfono, se quedó un momento mirándolo y alcanzó el bolso que había dejado en el suelo. Lo abrió y sacó el papel donde tenía el número de Evan en Mesa Verde. Segundos más tarde llamaba.

—Residencia Kendrick —dijo una voz femenina que Kalila reconoció como perteneciente a una de las enfermeras.

—¿Puedo hablar con el congresista, por favor? Soy Adrien-boy del Departamento de Estado.

—Desde luego, pero tendrá que esperar mientras voy a buscarlo. Está fuera, despidiendo a un simpático joven griego.

—¿A quién?

—Creo que es griego. Conoce a un montón de gente de la que trató el congresista allá en Arabia, o donde estuviese.

—¿De qué está hablando?

—Del sacerdote. Es un joven sacerdote que…

—¡*Llévese a Evan*! —gritó Kalila, poniéndose en pie de un salto—. ¡Llame a la guardia! ¡Los otros están ahí fuera! ¡Quieren matarlo!

33

Había sido tan sencillo, pensaba Ahbyahd, observando desde el bosque de enfrente la enorme casa de su despreciado enemigo. Un joven sacerdote sincero y agradable, con su documentación en orden y, por supuesto, sin armas, que trae saludos de los amigos del Gran Hombre. ¿Quién iba a negarle una breve audiencia a aquel inocente religioso de un país lejano, ignorante de las formalidades que exigen las visitas a los grandes hombres? El rechazo inicial había sido revocado por el propio enemigo; lo demás quedaba en manos de un creyente sobrado de imaginación. El resto era ya cosa de todos ellos. No fallarían.

¡Su joven camarada salía ya de la casa! Estaba estrechando la mano del odiado «Amal Bahrudi», bajo los ojos vigilantes de los guardias vestidos de paisano y provistos de armas automáticas. Los creyentes solo podían suponer qué efectivos guardaban la casa; había un mínimo de doce hombres, y dentro probablemente más. Con la ayuda de Alá, el primer asalto acabaría con gran parte de ellos, matando a la mayoría e inutilizando al resto. Ahora acompañaban a su camarada por la rampa circular hacia el automóvil, aparcado cortésmente en la carretera, más allá de los altos setos. Ya era solo cuestión de segundos. ¡Y el amado Alá les dispensaba sus favores! Aparecieron otros tres guardias, lo que hacía ascender a siete el total de los que estaban fuera de la casa. ¡Haz tu trabajo, hermano! ¡Conduce con cuidado!

El camarada llegó al automóvil, se inclinó cortésmente, haciendo el signo de la cruz, y volvió a estrechar manos, ahora la de su único escolta, a quien los otros no podían ver a causa de los setos. Después abrió la puerta y tosió brevemente, apoyándose en el respaldo del asiento, mientras su brazo derecho buscaba debajo de la tela. De repente, con la viveza y la seguridad de un verdadero creyente, giró en redondo empuñando un puñal de doble hoja y lo hundió en la garganta del guardia antes de que este pudiese ver lo que ocurría. El guardia cayó echando sangre, mientras el terrorista agarraba arma y cuerpo simultáneamente y arrastraba el cadáver al otro lado de la carretera, para ocultarlo en la maleza de la linde del bosque. Miró en dirección de Ahbyahd, hizo un gesto con la cabeza y volvió corriendo al coche. A su vez, Ahbyahd chascó los dedos e hizo señas a los hermanos que estaban tras él, ocultos entre los árboles. Los tres hombres avanzaron arrastrándose, vestidos, igual que el del pelo blanco, con atuendos paramilitares, empuñando metralletas ligeras y con las granadas colgando de sus saharianas como condecoraciones.

El asesino que hablaba inglés, ya al volante, puso en marcha el motor, embragó y condujo lentamente hacia la entrada izquierda de la rampa de acceso circular. Después, bruscamente, con el motor de pronto rugiendo en su tono más alto, dio un volantazo hacia la derecha y encaró la entrada mientras metía la mano bajo el salpicadero y accionaba un interruptor. Abriendo la puerta, apuntó el coche, sobre el gran césped de la fachada, hacia los guardias que hablaban con el congresista y saltó del automóvil, ya lanzado, a la gravilla. Al llegar al suelo, oyó por entre la cacofonía

del motor y los rugidos de los patrulleros del gobierno unos gritos de mujer. Una de las enfermeras había salido corriendo de la puerta principal chillando incoherencias, y al ver el automóvil sin conductor que avanzaba se volvió y gritó de nuevo, ahora a Kendrick, que era el más cercano a la entrada.

—¡Apártese! —chilló, repitiendo palabras que obviamente acaba de oír—. ¡Quieren matarlo!

El congresista corrió hacia la pesada puerta agarrando a la mujer por el brazo y empujándola delante de él, mientras los guardias abrían fuego contra el monstruo de metal vacío y fuera de control, que ahora torcía hacia las puertas correderas de cristal de la veranda. Dentro, Evan lanzó su hombro contra la puerta, cerrándola de golpe. Eso y el grueso refuerzo de acero de la puerta le salvaron la vida.

Las explosiones fueron como las atronadoras combustiones sucesivas de un enorme horno, que deshicieron ventanas y paredes e incendiaron muebles y cortinajes. Fuera, frente a la casa, los siete guardianes de la Agencia Central de Inteligencia cayeron traspasados por los fragmentos de cristal y metal lanzados por los cincuenta kilos de dinamita sujetos al bastidor del motor del automóvil. Cuatro estaban muertos, con las cabezas y los cuerpos acribillados; a dos, apenas vivos, les brotaba sangre de los ojos y el pecho; y el otro, con la mano izquierda convertida en un muñón sangrante, se dejó llevar por la rabia y, con su arma en fuego automático, corrió por el césped hacia el terrorista del alzacuello, que reía como un loco mientras su metralleta escupía plomo sin cesar. Ambos se mataron entre la fría brisa y bajo el sol cegador de Colorado.

Kendrick se lanzó contra la pared de piedra del vestíbulo, apretándose contra el relieve allí dibujado, y miró abajo, a la enfermera.

—¡Quédese donde está! —ordenó mientras avanzaba palmo a palmo hacia la esquina de la sala de estar. Había humo por todas partes, traído por la brisa a través de las rotas ventanas. Oía fuera los gritos de los guardias, que convergían desde sus posiciones, cubriéndose uno a otro mientras cambiaban de Después hubo cuatro detonaciones sucesivas… ¡granadas seguidas de otras voces que gritaban en árabe! ¡Muerte a nuestros enemigos! ¡Muerte a un gran enemigo! ¡Responderemos a la sangre con sangre!

Brotaron de diferentes direcciones ráfagas de armas automáticas. Estallaron otras dos granadas, una lanzada a través as ventanas rotas a la sala de estar, y que destrozó la pared más lejana. Evan giró, buscando la protección de la piedra, y después, cuando dejaron de caer cascotes, gritó:

—¡Manny! ¿Manny? ¿Dónde estás? ¡Contesta!

No hubo respuesta. Solo el insistente sonar del teléfono Fuera, el tiroteo había alcanzado proporciones ensordecedoras, ráfaga tras ráfaga, mientras las balas rebotaban en la piedra, se hundían en la madera y silbaban salvajemente por el aire.

¡Manny estaba en el porche, en la galería con puertas de cristal! Tenía que ir allí. ¡Tenía que hacerlo! Se precipitó por entre el humo y el fuego de la sala de estar, protegiéndose los ojos y las ventanillas de la nariz, cuando de pronto una silueta voló por entre los destrozados ventanales de la fachada, arrastrando trozos de cristal. El hombre rodó por el suelo y se puso en pie de un salto.

—¡Ahbyahd! —gritó Evan, paralizado.

—¡Tú! —rugió el palestino, apuntándolo con su arma—. ¡Ahora hay gloria en mi vida! ¡Loado sea Alá! ¡Me traes una gran felicidad!

—¿Tanto valgo para ti? ¿Tantos muertos? ¿De verdad valgo tanto? ¿Pide tu Alá tanta muerte?

—¡Y tú hablas de muerte! —chilló el terrorista—. ¡Azra ha muerto! ¡Yaakov ha muerto! ¡A Zaya la mataron los judíos desde los cielos de la Bekaa! ¡Y los otros… cientos, miles, todos muertos! ¡Ahora, Amal Bahrudi, un traidor tan inteligente, voy a mandarte a los infiernos!

—¡Todavía no! —dijo una voz, entre susurro y grito, desde el arco de entrada al porche. Las palabras fueron acompañadas por dos disparos que retumbaron ahogando momentáneamente el ruido del rápido tiroteo exterior. Ahbyahd, el del pelo blanco, se arqueó hacia atrás bajo el impacto de la potente arma, mientras desaparecía parte de su cráneo. Emmanuel Weingrass, con la cara y la camisa empapadas en sangre y el hombro izquierdo apoyado contra el interior del arco, resbaló al suelo.

—¡Manny! —aulló Kendrick, corriendo hacia el viejo arquitecto. Se arrodilló y levantó del duro suelo la parte superior de su cuerpo—. ¿Dónde te han dado?

—¿Dónde no? —replicó con voz ronca Weingrass—. ¡Mira a ver cómo están las dos chicas! Cuando… empezó todo… fueron a las ventanas… Traté de detenerlas… ¡Vete a ver, maldito!

Evan vio los dos cuerpos tendidos en el porche. Más allá, las puertas correderas eran solo marcos bordeando fragmentos puntiagudos de grueso cristal. La bomba del coche había hecho bien su trabajo; apenas quedaba de dos seres humanos más que piel destrozada y sangre.

—¡Y te atreves a llamarte Dios en tu jodido cielo! —gritó Weingrass mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¡Qué más quieres, farsante!

El viejo se derrumbó, inconsciente.

Fuera, el tiroteo se había detenido. Kendrick se preparó para lo peor. Cogió el Magnum 357 que empuñaba Manny y por un momento se preguntó quién se lo habría dado, aunque al instante supo que había sido Gee-Gee González. Dejó suavemente a Weingrass en el suelo y se incorporó. Entró con cautela en la sala de estar y se vio súbitamente asaltado por el húmedo hedor a humo. Había empezado a caer agua del sistema de aspersión automática.

¡Un disparo! Se dejó caer al suelo mientras sus ojos giraban en todas direcciones, seguidos por su arma.

—¡Cuatro! —gritó una voz al otro lado de las ventanas destrozadas—. ¡Yo cuento

cuatro!

—¡Uno entró! —chilló otro—. ¡Acércate y dispara contra todo lo que se mueva! ¡No quiero bajas! ¡Y tampoco que ninguno de esos cabrones salga vivo! ¿Me entiendes?

—Entendido.

—¡Está muerto! —chilló Evan con la poca voz que le quedaba—. Pero hay otro, un herido, aquí dentro. ¡Está vivo y malherido y es uno de los nuestros!

—¡Congresista! ¿Es usted, señor Kendrick?

—Soy yo, y no quiero oír más ese título.

Volvía a sonar el teléfono. Evan se levantó y se encaminó tranquilamente hacia la chamuscada mesa de pino, mojada por los chorros del techo. De pronto, la enfermera que le había salvado la vida apareció vacilante, por el arco de piedra del pasillo.

—No siga. No quiero que entre ahí.

—Le oí decir que había alguien herido. Es mi oficio.

El teléfono seguía sonando.

—A él, sí. A las otras no. ¡No quiero que vea a las otras!

—No he nacido ayer, congresista. Hice tres turnos en Vietnam.

—¡Pero eran amigas suyas!

—También lo eran muchos otros —dijo la enfermera, en un tono que no incluía el menor comentario—. ¿Es Manny?

—Sí.

El teléfono seguía sonando.

—Cuando termine, llame, por favor, al doctor Lyons.

Kendrick cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¡Gracias a Dios, Evan! ¡Soy M. J.! Acabo de saber de Adrienne…

—Vete a la mierda —dijo Kendrick, cortando y marcando el número de Información.

Al principio la habitación comenzó a darle vueltas; después, el trueno lejano se hizo más fuerte y empezaron a descargar rayos en su cabeza.

—Quiere repetirlo, telefonista, para que yo entienda con absoluta claridad lo que acaba de decirme.

—Desde luego, señor. No figura ningún doctor Lyons en Cortez ni en todo el distrito de Mesa Verde. En realidad, no hay nadie que se llame Lyons en esta zona.

—¡Se llamaba así! ¡Lo vi en la credencial del Departamento de Estado!

—¿Cómo dice?

—No… nada.

Evan colgó de golpe, y apenas lo había hecho cuando volvió a sonar el teléfono.

—¿Sí?

—¡Cariño! ¿Estás bien?

—¡Tu puñetero M. J. se ha lucido! ¡No sé cuántos han muerto, y a Manny lo han dejado como un cerdo después de la matanza! ¡No solo está medio muerto, sino que ni siquiera hay un médico que lo atienda!

—Llama a Lyons.

—¡No existe…! ¿Cómo supiste lo de aquí?

—Hablé con la enfermera. Me dijo que había ahí un sacerdote, y, cariño, escúchame, ¡supimos hace solo unos minutos que viajaban disfrazados de sacerdotes! Llamé a M. J., y está fuera de sí. ¡Ha movilizado medio Colorado, todos federales y bajo juramento de secreto!

—¡Acabo de mandarlo a paseo!

—Tu enemigo no es él, Evan.

—¿Quién demonios es?

—¡Por el amor de Dios, estamos tratando de averiguarlo!

—Vais algo despacio.

—Y ellos muy de prisa. ¿Qué puedo decirte?

Kendrick, con el pelo y el cuerpo empapados por el agua que caía del techo, miró hacia la enfermera, que atendía a Weingrass. Tenía los ojos llenos de lágrimas mientras trataba de contener su histeria al ver a sus amigas en la veranda. Evan habló más bajo.

—Dime que vas a volver a mí, que todo esto va a terminar, que no estoy volviéndome loco.

—Puedo decirte todas esas cosas, pero tú tienes que creerlas. Estás vivo, y eso es lo único que me importa ahora.

—¿Y qué hay de los que no lo están? ¿Qué me dices de Manny? ¿Es que ellos no cuentan?

—Manny dijo anoche algo que me impresionó mucho. Estábamos hablando de los Hassan, de Sabri y Kashi, y dijo que todos los recordaríamos y los lloraríamos cada uno a nuestro modo, pero más tarde. Eso puede parecerle frío a alguien, pero a mí no. Ha estado donde yo estuve, cariño, y sé de dónde viene. No los olvidaremos, pero por el momento debemos pensar en otras cosas y hacer lo que tenemos que hacer. ¿No te parece eso sensato… cariño mío?

—Estoy tratando de entenderlo. ¿Cuándo volverás?

—Lo sabré dentro de un par de horas. Te llamaré.

Evan colgó el teléfono, mientras el ulular de sirenas y el ruido de los helicópteros que se acercaban iban creciendo, convergiendo todos en un punto infinitesimal de la Tierra llamado erróneamente Mesa Verde, en Colorado.

—Es un apartamento encantador —dijo suavemente Kalila, mientras atravesaba el vestíbulo de mármol, camino de la sala de estar a otro nivel de la *suite* de los

Vanvlanderen.

—Es cómodo —dijo la reciente viuda, apretando un pañuelo en la mano mientras cerraba la puerta e iba a reunirse con la agente de Inteligencia de El Cairo—. El vicepresidente exige mucho, y había que elegir entre esto o tener que poner casa cuando está en California. Y dos casas son demasiado. Siéntese.

—¿Son todos como este? —preguntó Kalila, sentándose en el sillón que le indicaba Ardis Vanvlanderen. Estaba enfrente del imponente sofá de brocado. La señora de la casa era rápida en establecer el orden jerárquico.

—No; en realidad lo reformó mi marido a nuestro gusto. —La viuda se llevó por un instante el pañuelo a la cara—. Supongo que he de acostumbrarme a decir «mi difunto marido» —añadió, dejándose caer con aire triste en el sofá.

—Lo siento; y, para repetir lo que ya dije, le pido disculpas por venir en un momento así. Es poco delicado, y así se lo dije a mis superiores, pero ellos insistieron.

—Tienen razón. Los asuntos de Estado deben continuar, miss Rashad. Lo comprendo.

—Yo no tanto. Esta entrevista podía haber tenido lugar al menos mañana por la mañana. Pero, le repito, hay quien piensa de otro modo.

—Eso es lo que me fascina —dijo Ardis, alisando la seda negra de su vestido de Balenciaga—. ¿Qué puede ser de una importancia tan vital?

—Para empezar —replicó Kalila, cruzando las piernas y pitando una arruga a su traje gris oscuro, adquirido en el Robinson’s de San Diego—, lo que hablemos debe quedar entre nosotras. No quiero alarmar sin motivo al vicepresidente Bollinger. —La agente de El Cairo sacó un cuadernillo de notas de su bolso negro y se alisó el oscuro cabello, peinado hacia atrás y recogido en un severo moño—. Como ya le han informado, estoy destinada en ultramar y me hicieron volver para esta misión.

—Me han dicho que es usted una experta en asuntos de Oriente Medio.

—Es solo un eufemismo por «actividades terroristas». Soy medio árabe.

—Ya me he dado cuenta. Es usted muy hermosa.

—Usted sí que es bella, señora Vanvlanderen.

—Me las arreglo, mientras no se hable de los años.

—Estoy segura de que tenemos aproximadamente la misma edad.

—Vamos a no hablar de eso tampoco. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué era tan urgente que usted me viese?

—Nuestro personal que trabaja en el valle de la Bekaa, en el Líbano, ha descubierto cierta información tan sorprendente como preocupante. ¿Sabe lo que es un *hit team*, señora Vanvlanderen?

—¿Y quién no? —respondió la viuda, alcanzando el paquete de cigarrillos que tenía sobre la mesita. Sacó uno y cogió un encendedor de mármol blanco—. Es un grupo de hombres, suelen ser hombres, enviado para asesinar a alguien. —Encendió un cigarrillo, y su mano derecha tembló de un modo casi imperceptible—. Pero

dejemos las definiciones. ¿En qué afecta eso al vicepresidente?

—Tiene que ver con las amenazas que recibió. Ese fue el motivo de que usted pidiese una unidad a la Oficina Federal de Investigación.

—Eso es asunto concluido. Resultó ser un psicópata que probablemente ni siquiera tenía un arma. Pero cuando empezaron a llegar esas cartas llenas de suciedades y las llamadas telefónicas obscenas, pensé que no podíamos correr riesgos. Está todo en el informe; lo seguimos por una docena de ciudades hasta que subió a un avión en Toronto. En dirección a Cuba, tengo entendido, y se lo tiene merecido.

—Puede no haber sido un chiflado, señora Vanvlanderen.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, no llegó a conocerlo, ¿no es así?

—El FBI trazó un perfil muy concreto, señorita. Llegaron a la conclusión de que era un perturbado mental, de que tenía algún tipo de esquizofrenia con ribetes de complejo de El Vengador, o algo igual de ridículo. Era inofensivo. Es un caso cerrado.

—Nos gustaría volver a examinarlo.

—¿Por qué?

—Las noticias del valle de la Bekaa son que han enviado aquí a dos o más *hit teams*, probablemente para asesinar al vicepresidente Bollinger. Y su chiflado puede haber sido la clave, sabiéndolo o sin saberlo, pero la clave.

—¿La clave? ¿De qué está hablando? Ni siquiera entiendo u lenguaje, aunque lo encuentro absurdo.

—En absoluto —dijo sin alterarse Kalila—. Los terroristas operan buscando la máxima publicidad. Con frecuencia anuncian un objetivo, un blanco, mucho antes de la ejecución. Y lo hacen de muchas maneras, con muchas variaciones.

—¿Por qué iban a querer los terroristas matar a Orson… al vicepresidente Bollinger?

—¿Por qué pensó usted que las amenazas contra él debían ser tomadas en serio?

—Porque existían. No podía ignorarlas.

—Y tenía razón —asintió la agente de Inteligencia mientras observaba cómo la viuda aplastaba el cigarrillo y cogía otro, que se apresuró a encender—. Pero, para responder a su pregunta, si el vicepresidente fuera asesinado, no solo habría un vacío en una candidatura política segura de su reelección, sino una desestabilización considerable.

—¿Con qué fin?

—La máxima publicidad. Sería un asesinato espectacular. Tanto más cuanto que se sabría que el FBI había sido alertado y posteriormente retirado, al triunfar una maniobra de más alcance.

—¿Una maniobra? —exclamó Ardis Vanvlanderen—. ¿Qué maniobra?

—Un psicópata que no era en absoluto un chiflado, sino una diversión estratégica.

Llamar la atención sobre un loco inofensivo mientras los auténticos asesinos ocupan sus puestos.

—¡Eso es absurdo!

—Se ha hecho muchas veces. En la mente árabe, todo progresa geométricamente por etapas. Un paso conduce a otro, y el primero no está necesariamente relacionado con el tercero, pero la conexión está ahí, si uno la busca. Y, hablando de pasos clásicos, este movimiento de diversión encaja perfectamente.

—¡No fue una «diversión»! ¡Hubo esas llamadas telefónicas, desde números que fueron localizados en diferentes ciudades, y llegaron las cartas insultantes!

—¡Clásico! —repitió Kalila suavemente, mientras escribía.

—¿Qué está haciendo?

—Reabriendo el libro… y tomando nota de sus convicciones. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

La voz de la viuda era controlada pero tensa.

—Entre los muchos partidarios, los muchos amigos, debela decir, del vicepresidente Bollinger aquí en California, ¿se le ocurre alguno que pueda no ser ambas cosas?

—¿Cómo?

—No es ningún secreto que el vicepresidente se mueve en círculos acaudalados. ¿Hay alguien con quien haya tenido diferencias, o, más que una persona, un determinado grupo tal vez? Sobre la política, las compras o las asignaciones del gobierno.

—Por Dios, ¿de qué está hablando?

—Hemos llegado al fondo, señora Vanvlanderen, al motivo por el que estoy aquí. ¿Hay en California quienes preferirían ver en la candidatura a otra persona, o, más francamente, a otro vicepresidente?

—¡No puedo creer lo que oigo! ¿Cómo se atreve?

—No soy yo la que se atreve, son otros. Las comunicaciones internacionales, por mucho que se disimulen, acaban por ser localizadas. Al principio quizá no el individuo o individuos concretos, pero sí el sector, el lugar… Hay un tercero, o unos terceros, implicados en esta cosa terrible, y están aquí, en el sur de California. Nuestra gente de la Bekaa ha apuntado a unos primeros cablegramas enviados desde Zurich a través de Beirut y fechados originalmente en San Diego.

—¿San Diego? ¿Zurich?

—Dinero. Una convergencia de intereses. Una de las partes desea un asesinato espectacular con la máxima publicidad, mientras que la otra quiere que le quiten de en medio a alguien no menos espectacular, pero debe permanecer lo más lejos posible del asesinato. Ambos objetivos requieren una gran cantidad de dinero, y una de las máximas de nuestro trabajo es «sigue al dinero». Ahora le estamos siguiendo el rastro.

—¿El rastro?

—Será solo cosa de días. Los bancos suizos cooperan cuando se trata de drogas o de terrorismo. Y nuestros agentes en la Bekaa van a mandarnos la descripción de esos *hit teams*. Los detuvimos antes y los detendremos ahora. Encontraremos la conexión de San Diego. Simplemente, pensamos que usted podría tener alguna idea.

—¿Alguna idea? —exclamó la asombrada viuda, aplastando el cigarrillo—. Ni siquiera puedo pensar. ¡Es todo tan increíble! ¿Está segura de que no se ha cometido un gran error?

—No cometemos errores en estos asuntos.

—Su postura me parece algo egoísta —dijo Ardis, con su culto inglés británico dominado por el habla de Monongahela—. Me refiero, señorita Rashad, a que no son ustedes infalibles.

—En ciertos casos tenemos que serlo; no podemos permitirnos lo contrario.

—¡Pero eso es estúpido! Quiero decir que si existen esos *hit teams*, y si hubo comunicaciones a Zurich y Beirut desde… desde la zona de San Diego, puede haberlas hecho cualquiera y dando los nombres que quisiera. ¡Me refiero a que pudieron utilizar mi nombre!

—Eso lo descartamos desde el primer momento. —Kalila respondió a la pregunta no formulada mientras cerraba el cuadernillo de notas y volvía a ponerlo en su bolso —. Sería un montaje, demasiado obvio para ser tomado en serio.

—¡A eso me refiero, a un montaje! Alguien podría estar instigando a alguno de los amigos de Orson. ¿No es posible eso?

—¿Con el propósito de asesinar al vicepresidente?

—Tal vez el… ¿cómo lo llama usted?, el blanco sea algún otro.

—¿Algún otro? —preguntó Kalila disimulando un estremecimiento mientras la viuda cogía otro cigarrillo.

—Sí, ¡y enviando cablegramas desde la zona de San Diego para implicar a un inocente partidario de Bollinger! Es posible, señorita Rashad.

—Y muy interesante, señora Vanvlanderen. Daré cuenta de su idea a mis superiores. Tendremos que considerar la posibilidad. Una doble omisión con un falso inserto.

—¿Qué?

La voz chirriante de la viuda llegaba de un ya lejano saloon de Pittsburgh.

—Jerga del oficio —dijo Kalila, levantándose—. Significa sencillamente disfrazar el blanco, omitir la fuente y proporcionar una falsa identidad.

—Su gente habla de un modo muy raro.

—Resulta útil. Seguiremos en contacto con usted, y tenemos el horario del vicepresidente. Nuestra gente, todos ellos expertos antiterroristas, reforzará en todas partes, sin hacerse notar, a las fuerzas de seguridad del señor Bollinger.

—Sí… está bien.

La señora Vanvlanderen, con el cigarrillo en la mano, olvidado ya el pañuelo

sobre el sofá de brocado, acompañó a Rashad hasta la puerta.

—Ah; sobre lo de la doble omisión, la teoría del inserto —dijo la agente de Inteligencia ya en el vestíbulo de mármol—, es interesante, y la utilizaremos para animar a los bancos suizos a actuar sin pérdida de tiempo, pero en realidad no creo que tenga fundamento.

—¿Qué?

—Todas las cuentas numeradas de Suiza tienen claves prestadas, y por tanto desprecintables, que conducen a los puntos de origen. A menudo resultan laberínticas, pero puede seguírseles el rastro. Incluso el más codicioso de los jefes de la Mafia o los traficantes de armas saudíes sabe que es mortal. No va a dejar millones a los gnomos de Zurich. Buenas noches, y le reitero mi más profunda condolencia.

Cuando Kalila volvió a acercarse a la puerta cerrada de la *suite* de los Vanvlanderen pudo oír un grito de pánico envuelto en obscenidades. La única inquilina del apartamento a gusto del cliente estaba perdiendo los nervios. El guión había funcionado. ¡M. J. tenía razón! Lo negativo de la muerte de Andrew Vanvlanderen había sido invertido. El pasivo era ahora un activo. La viuda del gran contribuyente empezaba a derrumbarse.

Milos Varak estaba en la oscura entrada de una tienda, a veinte metros a la izquierda de la puerta del hotel Westlake y a diez de la esquina a cuya vuelta se abría la entrada de servicio. Eran las 7.35 de la tarde, hora de California; había adelantado a todos los vuelos comerciales que cruzaban el país procedentes de Washington, Maryland y Virginia. Aguardaba en su puesto el momento de la revelación, y, cosa no menos importante, arriba, en el hotel, estaba también todo arreglado. El personal de limpieza de la dirección —una dirección auténticamente preocupada por la desconsolada viuda — contaba con un nuevo miembro, experto e instruido por el checo. Se habían colocado en todas las habitaciones interceptadores adaptados a la frecuencia; no podría tener lugar ninguna conversación sin quedar registrada en las cintas, activadas por la voz, que tenía Varak en la *suite* contigua.

Los taxis llegaban al hotel a una media de uno cada tres minutos, y Milos estudiaba a todo viajero que se apeaba. Eran ya lo menos veinte o treinta; había perdido ya la cuenta, pero no la concentración. De pronto notó algo desacostumbrado: un taxi se detuvo a su izquierda, al otro lado de la calle, y a menos de treinta metros de allí. Se apeó un hombre, y Varak retrocedió, adentrándose en el refugio de la tienda a oscuras.

—*Lo oí por la radio.*

—*Yo también.*

—*¡Es una zorra!*

—*Si están vivos, tienen que salir del país. ¿Pueden hacerlo?*

—*¿Qué cree usted?*

—No es la noticia más importante del día.

—¿Y Bollinger?

El hombre del abrigo, con las solapas subidas ocultándole la cara, cruzó rápidamente la calle hacia la entrada del hotel. Pasó a menos de tres metros del coordinador de Inver Brass. El traidor era Eric Sundstrom, y le dominaba el pánico.

34

Ardis Vanvlanderen se quedó con la boca abierta.

—Dios mío, ¿qué haces aquí? —exclamó, tirando literalmente del corpulento Sundstrom y cerrando la puerta de golpe. ¿Te has vuelto loco?

—Me falta poco, pero más que a ti. ¡Estúpida, estúpida, estúpida! ¿Qué creíais tú y el idiota de tu marido que estabais haciendo?

—¿Los árabes? ¿Los *hit teams*?

—¡Sí! Malditos locos…

—¡Es todo tan absurdo! —exclamó la viuda—. Es un enredo espantoso. ¿Por qué íbamos nosotros… por qué iba Andy a querer que matasen a Bollinger?

—¿Bollinger? ¡Es Kendrick, bruja! Los terroristas palestinos atacaron sus casas de Virginia y Colorado. Hay un bloqueo informativo, pero murió un montón de gente, aunque no el congresista.

—¿Kendrick? —susurró Ardis, con sus grandes ojos verdes llenos de pánico—. ¡Dios mío! Y creen que los asesinos vienen a por Bollinger. ¡Lo han entendido todo al revés!

—¿Quiénes? —Sundstrom frunció el entrecejo de su cara color de ceniza—. ¿De qué estás hablando?

—Será mejor que nos sentemos.

La señora Vanvlanderen abandonó el vestíbulo por la sala de estar, el sofá y los cigarrillos. El pálido científico la siguió, y en seguida se desvió hacia un bar donde había botellas, arras, vasos y un cubo de hielo. Sin mirar las etiquetas, cogió una botella al azar y se sirvió.

—¿De quién hablas? —preguntó mientras al volverse veía Ardis en el sofá encendiendo un cigarrillo.

—Se fue hace hora y media…

—¿Quién?

—Una mujer llamada Rashad, una experta antiterrorista. Pertenece a una unidad mixta de la CIA y el Departamento de Estado. ¡No mencionó para nada a Kendrick!

—Han dado con ello. Varak dijo que lo harían y así ha sido.

—¿Quién es Varak?

—Lo llamamos nuestro coordinador. Dijo que descubrirían intereses que tienes en Oriente Medio.

—¿Mis qué? —exclamó la viuda, con la boca abierta y la cara contorsionada.

—Esa empresa, *Off* Shore…

—*Off* Shore Investments —completó Ardis, de nuevo asombrada—. ¡Si fue un asunto que apenas duró ocho meses!

—Tenías contactos en toda esa zona.

—¡No los tengo! ¡Me marché hace más de diez años y no he vuelto! Los únicos árabes que trato son unos cuantos juerguistas millonarios a los que conocí en Londres

y en Divonne.

—¿Juerguistas en la cama o en las mesas de juego?

—¡En los dos sitios, si tanta curiosidad tienes! ¿Cómo pudieron saberlo?

—Porque les diste una buena razón para empezar a investigar cuando hiciste que quemaran a ese hijo de puta esta mañana.

—¿Andy?

—¿Es que murió alguien más de repente aquí? ¿O lo envenenaron?

—¿De qué diablos estás hablando?

—Del cadáver de tu cuarto o quinto marido. Apenas había llegado al depósito cuando ya estabas al teléfono ordenando que lo quemasen. ¿Crees que no iban a empezar por hacerse preguntas, sobre todo gente a la que pagan por preguntarse cosas así? Nada de autopsia, y las cenizas al Pacífico.

—¡Yo no hice esa llamada! —rugió Ardis, saltando del sofá—. ¡Nunca di semejante orden!

—¡Lo hiciste! —chilló Sundstrom—. Dijiste que Andrew y tú teníais un pacto.

—No lo dije y no teníamos ningún pacto.

—Varak nunca nos proporciona información falsa —dijo con firmeza el especialista en alta tecnología.

—Entonces alguien le mintió. —La viuda bajó de repente la voz—. O era él quien estaba mintiendo.

—¿Por qué iba a hacerlo? Nunca nos ha mentido.

—No lo sé —dijo Ardis, sentándose y aplastando el cigarrillo—. Eric —continuó, mirando al traidor de Inver Brass—, ¿por qué has venido hasta aquí para decirme eso? ¿Por qué no me llamaste? Tienes nuestros números privados.

—Varak también. Nadie sabe realmente cómo puede hacer lo que hace, pero lo hace. Está en Chicago, pero lo ha arreglado todo para que le den los números desde donde llaman todos los que se comuniquen con la oficina y la residencia de Bollinger, así como en el despacho y el domicilio de los miembros de su personal. En esas condiciones, yo no uso el teléfono.

—En tu caso puede ser difícil de explicar a ese consejo de locos seniles al que perteneces. Y las únicas llamadas que he recibido eran de la oficina y de amigos dándome el pésame. También de esa tal Rashad, y ninguna de ellas puede interesar a ese tal Varak o a su sociedad de ricos inadaptados.

—La Rashad… Y dices que no mencionó los ataques a las casas de Kendrick. Suponiendo que Varak esté equivocado y las unidades de investigación no hayan atado cabos y dado contigo, y quizá con algunos otros de por aquí, ¿por qué no lo hizo ella? Tenía que estar enterada.

Ardis Vanvlanderen alcanzó un cigarrillo, mientras sus ojos denotaban una impotencia insólita.

—Puede haber varias razones —dijo sin mucha convicción, mientras hacía brotar de un golpe la llama del encendedor—, para empezar, al vicepresidente lo puentean

con frecuencia cuando se trata de autorizar bloqueos de seguridad. Truman no sabía nada del Proyecto Manhattan. Después está el afán je evitar el pánico, si es que esos ataques tuvieron lugar, lo que no estoy dispuesta a conceder. Tu Varak ha sido cogido en una mentira, y es capaz de otras. Aparte de eso, si se conociese el verdadero calibre de lo ocurrido en Virginia y Colorado podríamos perder el control del personal. A nadie le gusta pensar que puede morir a manos de terroristas suicidas, por último, volviendo a los ataques en sí: no creo que hayan existido.

Sundstrom estaba de pie, inmóvil, y agarraba el vaso con ambas manos mientras miraba a su examante.

—Fue él quien lo hizo, ¿verdad, Ardis? —dijo suavemente—. Ese financiero megalomaníaco no podía soportar la posibilidad de que un pequeño grupo de «inadaptados» reemplazara a su hombre por otro que pudiese cortarle el acceso a los millones, y que probablemente lo haría.

La viuda volvió a dejarse caer en el sofá, con el largo cuello arqueado y los ojos cerrados.

—Ochocientos millones —susurró—. Eso es lo que dijo. Ochocientos millones solo para él, y miles de millones para los demás.

—¿Nunca te dijo lo que estaba haciendo, lo que había hecho?

—¡Por Dios, no! Le hubiera metido una bala en la cabeza y hubiese llamado a uno de vosotros para que lo sepultaseis en el golfo de México.

—Te creo.

—¿Y los demás?

Ardis se incorporó, mientras se le aclaraba la mirada.

—Pienso que también. Te conocen.

—¡Te juro, Eric, que no sabía nada!

—Ya te he dicho que te creo.

—La Rashad me dijo que estaban siguiendo la pista del dinero que envió a través de Zurich. ¿Pueden hacerlo?

—Conociendo a Andrew, les llevará meses. Sus fuentes de ingresos, siempre en clave, se extendían desde África del Sur hasta el Báltico. Lo que te digo, meses; quizá un año.

—¿Lo sabrán los otros?

—Veré lo que dicen.

—¿Qué…? ¡*Eric*!

—Llamé a Grinell desde el aeropuerto de Baltimore. No forma parte del personal de Bollinger y bien sabe Dios que nunca ocupa el primer plano, pero, si tenemos un presidente del consejo, creo que todos estaremos de acuerdo en que es él.

—¿Qué me dices, Eric? —musitó la señora Vanvlanderen.

—Estará aquí dentro de unos minutos. Convinimos en que debíamos tener una charla. Yo quería estar un momento a solas contigo, pero no tardará en llegar.

Sundstrom miró su reloj.

—Tienes la mirada vidriosa, cariño —dijo Ardis, levantándose lentamente del sofá.

—Sí —asintió el científico—, de la que te reías siempre cuando yo no podía… digamos… cumplir.

—Tenías a menudo la cabeza en otras cosas. Eres un hombre tan brillante…

—Sí, lo sé. Una vez dijiste que siempre sabías cuándo estaba resolviendo un problema porque cojeaba.

—Amaba tu inteligencia, y la amo todavía.

—No sé cómo podías. ¿Tú qué entiendes de eso?

—Eric, Grinell me asusta.

—A mí no. Es inteligente.

El timbrazo en la puerta llenó la *suite* de los Vanvlanderen.

Kendrick estaba sentado en una pequeña silla de lona junto a la litera, en la cabina del reactor que los llevaba a Denver. Emmanuel Weingrass, cuyas heridas habían dejado de sangrar gracias a la enfermera de Mesa Verde, pestañeaba sin cesar con sus ojos oscuros, todavía más negros por el contraste con la carne blanca que los rodeaba.

—He estado pensando —dijo con dificultad, medio tosiendo las palabras.

—No hables —le cortó Evan—. Conserva las fuerzas, ¿quieres?

—Deja eso. ¿Es que voy a pasarme acostado los años que me quedan?

—¿Quieres callarte?

—No. Hace cinco años que no te veo, y cuando volvemos a reunirnos ¿qué ocurre? Que te encaprichas… conmigo. ¿Es que ahora te ha dado por los viejos? No, no digas nada; ya sé lo que contestaría Kalila. Anoche debisteis quedar hechos polvo.

—¿Por qué no hablas alguna vez como una persona normal?

—Porque la normalidad me aburre, como estás empezando a aburrirme tú. ¿No sabes a qué viene toda esta mierda? ¿Es que he criado a un tonto? ¿No te lo figuras?

—No, no me lo figuro, ¿qué pasa?

—Esa criatura encantadora ha llegado en el momento justo. Alguien quiere hacerte muy importante en este país, y a alguien le está sentando mal esa idea. ¿Es que no te das cuenta?

—Estoy empezando a dármela, y espero que ganen los otros. No quiero ser importante.

—Quizá deberías serlo. Puede que lo tuyo sea eso.

—¿Quién diablos lo dice? ¿Quién piensa así?

—Los que no te quieren. Recapacita. Kalila nos dijo que esos locos que vinieron a matarte no saltaron del avión de París ni desembarcaron de un crucero turístico. Han tenido ayudas, ayudas influyentes. ¿Cómo dijo ella…? Pasaportes, armas, dinero, incluso permisos de conducir, ropas y escondites. Esas cosas, en especial los papeles, no se compran en Walreen’s. Necesitan contactos con poder en sitios muy

altos, y la gente capaz de mover esa clase de hilos es la que quiere verte muerto. ¿Por qué? ¿Supone el congresista que habla claro una amenaza para ellos?

—¿Cómo puedo ser una amenaza? Voy a dejarlo.

—Ellos no lo saben. Solo ven a un político macho que, cuando abre la boca, todo el mundo en Washington se calla y escucha.

—Yo hablo poco, de modo que lo que escuchan no es gran cosa; prácticamente no existe.

—Lo importante es que cuando tú hablas, ellos no. Tienes lo que yo llamo credenciales de escucha. Lo mismo que yo, francamente.

Weingrass tosió y se llevó una mano temblona a la garganta. Evan se inclinó sobre él, preocupado.

—Tranquilo, Manny.

—Cállate y escucha lo que tengo que decirte. Esos bastardos ven a un auténtico héroe norteamericano a quien el presidente concede una valiosa condecoración y a quien nombran para importantes comités del Congreso…

—Los comités son antes que la medalla…

—No me interrumpas. Al cabo de un par de meses, la secuencia se desdibuja, pero, de un modo u otro, acabas de darle nueva fuerza. Ese héroe se enfrenta a un portavoz del Pentágono en la televisión nacional antes de ser un héroe y está a punto de acusar a toda la pandilla, así como a los grandes complejos industriales que la alimentan. Exige responsabilidad. Terrible palabra, «responsabilidad»; todos esos basados la odian. Deben de haberse puesto a sudar, muchacho, han tenido que figurarse que ese tipo puede hacerse más Poderoso, llegar quizá a presidente de esos comités, e incluso ser elegido para el Senado, donde podría hacerles auténtico daño.

—Estás exagerando.

—¡Tu amiga no exageraba! —se alborotó Weingrass, mirando a Kendrick a los ojos—. Nos dijo que su grupo de élite puede haber dado con un centro nervioso situado más arriba de lo que quisieran pensar. ¿No te ofrece todo eso un plano aunque admito que nunca fuiste un águila para los planos?

—Desde luego —dijo Evan, asintiendo lentamente con la cabeza—. No hay nación en el mundo que no tenga un cierto grado de corrupción, y dudo que llegue a haberla.

—¿Corrupción? —entonó Manny con los ojos en blanco, como si la palabra formase parte de un canto talmúdico—. ¿Como cuando un tipo roba un dólar de clips en la oficina y otro coge un millón hinchando los costes? ¿Te refieres a eso?

—Básicamente, sí. O diez millones, si lo prefieres.

—¡Eso son cacahuetes! Esa gente no trata con terroristas palestinos a miles de kilómetros de aquí con el único fin de tener las manos limpias de un asesinato. ¡No sabrían hacerlo! No miraste a los preciosos ojos de esa chica, o quizá no sabes lo que debes buscar. Tú nunca estuviste allí.

—Ella dice que sabe de dónde vienes porque ha estado allí. Pero yo no; de modo

que ¿de qué estás hablando?

—Cuando estás allí, estás asustado. Avanzas hacia una cortina negra que vas a arrancar. Estás excitado; te mata la curiosidad, y también el miedo, todas esas cosas. Tratas de suprimirlas, incluso de ocultártelas a ti mismo, y eso forma parte de tu trabajo, porque no puedes permitirte perder ni un gramo de autodominio. Pero todo está allí. Y sabes que una vez arrancada de un tirón la cortina tendrás ante ti algo tan loco que te preguntas si alguien va a creerlo.

—¿Todo eso viste en sus ojos?

—Lo suficiente, sí.

—¿Por qué?

—Porque está llegando al límite, muchacho.

—¿Por qué?

—Porque no estamos tratando, no está tratando, con simple corrupción, por terrible que sea. Lo que hay detrás de esa cortina negra es un gobierno dentro del gobierno, un puñado de servidores dirigiendo la casa del amo. —De repente, al viejo arquitecto le acometió un espasmo de tos, y apretó los ojos mientras todo su cuerpo temblaba. Kendrick le agarró los brazos, y a los pocos momentos la convulsión pasó y Manny volvió a pestañear, respirando hondo—. Escúchame, mi hijo tonto —susurró—. Ayúdala, ayúdala de verdad, y ayuda a Payton. ¡Encuentra a esos bastardos y destrózalos!

—Pues claro que lo haré; ya lo sabes.

—¡Los odio! De ese chiquillo al que ahora hacen hablar a fuerza de drogas, de ese Ahbyahd al que conociste en Mascate, pudimos haber sido amigos en otro tiempo. Pero ese tiempo no volverá mientras haya bastardos que nos azuzan a unos contra otros porque ganan miles de millones con ello.

—No es tan sencillo, Manny.

—Más de lo que crees. ¡Lo he visto! «Tienen más que tú, de modo que te venderemos más de lo que tienen ellos». Ese es uno de los cebos. O «Te matarán si no los matas tú antes, de modo que aquí tienes la potencia de fuego que necesitas; solo lo te costará tanto». Y así va subiendo la escala: «¡Ellos gastan veinte millones en un misil, nosotros gastaremos cuarenta!» ¿Es que queremos hacer saltar el planeta? ¿O está todo el mundo dedicado a escuchar a unos lunáticos que a su vez escuchan a quienes venden odio y trafican con el temor?

—A ese nivel, es así de simple —dijo Evan, sonriendo—. Incluso puede que yo haya hablado de ello.

—Pues sigue haciéndolo. No abandones el programa de que hemos hablado, sobre todo con Herbert Dennison, de quien también hablamos y a quien tú metiste el miedo en el cuerpo. Recuerda: tienes credenciales de escucha, igual que yo. Utilízalas.

—Tendré que pensarlo, Manny.

—Bueno, pues ya puesto a ello —tosió Weingrass, con la mano en el pecho—,

¿por qué no piensas por qué tuviste que mentirme? Tú y los médicos.

—¿Qué?

—Ha vuelto, Evan; ha vuelto, y ahora es peor, porque no se había ido.

—¿Qué es lo que ha vuelto?

—El cáncer se está extendiendo.

—No es verdad. Te hicimos una docena de pruebas. Trata de metértelo en la cabeza: estás limpio.

—Díselo a estos chupones que me están dejando sin aire.

—No soy médico, Manny, pero no creo que eso sea un síntoma. Durante las últimas treinta y seis horas has tenido que pelear en un par de guerras. Lo increíble es que todavía puedas respirar.

—Sí, pero mientras me están remendando en el hospital di que me hagan uno de esos pequeños chequeos, y no me mientas, hay alguien en París de quien tengo que ocuparme, cosas que tengo bajo llave y que ellos necesitan. De modo que no me mientas, ¿entendido?

—No te mentiré —dijo Kendrick, mientras el avión iniciaba el descenso hacia Denver.

Crayton Grinell era un hombre delgado, de estatura media y a cara perpetuamente gris que llamaba la atención por lo acusado de sus rasgos. Siempre que saludaba a alguien, ya fuese la primera vez o la decimoquinta, y ya se tratase de un camarero o de un presidente del consejo de administración, el abogado de cuarenta y ocho años especializado en derecho internacional lo hacía con una tímida sonrisa teñida de cordialidad. La cordialidad y la humildad se aceptaban de buen grado hasta que uno miraba a sus ojos. No es que fuesen fríos, que no lo eran, aunque tampoco particularmente amistosos; eran inexpresivos, neutros, los ojos de un gato llenos de cuatelosa curiosidad.

—Ardis, mi querida Ardis —dijo el abogado, entrando en el vestíbulo y abrazando a la viuda, acariciándole suavemente la espalda como quien consuela a una mujer un tanto desagradable que ha perdido a un marido mucho más simpático—. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puede decir nadie? Es una pérdida para todos nosotros, pero mucho más para ti.

—Fue repentino, Cray. Demasiado.

—Sí, lo fue, pero debemos buscar siempre algo positivo en nuestras penas. Los dos os ahorrasteis una enfermedad prolongada y dolorosa. Ya que el fin tiene que llegar, más vale que sea rápido.

—Supongo que tienes razón. Gracias por recordármelo.

—No hay de qué. —Grinell se separó y miró a Sundstrom, que aguardaba de pie en la gran sala de estar, a distinto nivel—. Me alegro de verte, Eric —dijo en tono solemne, bajando los escalones de mármol para estrechar la mano del científico—. Es

lógico que los dos estemos con Ardis en un momento como este. A propósito: mis hombres están fuera, en el pasillo.

—¡Maldita bruja! —masculló Sundstrom mientras la desconsolada señora Vanvlanderen cerraba la puerta y el ruido de esta y el de sus zapatos sobre el mármol ahogaban la exclamación de su examante.

—¿Quieres beber algo, Cray?

—No, gracias.

—Creo que yo sí —dijo Ardis, yendo hacia el bar.

—Te vendría bien —asintió el abogado—. ¿Puedo hacer algo por ti? En el aspecto legal o en cualquier otro.

—Imagino que ya estarás haciéndolo; me refiero a la parte legal. Andy-boy tenía abogados por todas partes, pero creo que tú eras el principal.

—Sí, lo era, y hemos estado todos en contacto el día entero. Nueva York, Washington, Londres, París, Marsella, Oslo, Estocolmo, Berna, Zurich, Berlín Oeste… Naturalmente, estoy llevándolo todo personalmente.

La viuda, a punto de echar agua de una jarra en su vaso, se quedó mirando fijamente a Grinell.

—Cuando dije por todas partes no pensaba en sitios tan lejanos.

—Sus intereses eran muy amplios.

—¿Zurich? —dijo Ardis, como si el nombre de la ciudad le hubiese pasado inadvertido.

—¡Eso está en Suiza! —intervino ásperamente Sundstrom—. Y vamos a dejarnos ya de estupideces.

—Verdaderamente, Eric…

—Nada de «verdaderamente, Eric», Cray. Fue ese pedazo de necio quien lo hizo. Contrató a los palestinos y les pagó a es de Zurich. ¿Te acuerdas de Zurich, amor? Te lo dije en Baltimore, Cray. ¡Fue él!

—No pude conseguir confirmación de los asaltos de Fairfax y Colorado —dijo con toda calma Grinell.

—¡Porque no existieron! —chilló la viuda, sirviéndose con mano temblona de la pesada jarra de cristal.

—Yo no he dicho eso, Ardis —objetó suavemente el abogado—. Solo he dicho que no pude conseguir confirmación. Sin Embargo, tuve después una llamada, hecha sin duda por un borracho bien pagado a quien le dieron el teléfono después de marcar. Sus palabras, aprendidas de memoria, son de lo más familiar. Dijo: «Están siguiendo la pista del dinero».

—¡Jesús! —exclamó la señora Vanvlanderen.

—De modo que ahora tenemos dos crisis —continuó Grinell, yendo hasta el teléfono de mármol blanco que había sobre una consola también de mármol con vetas rojas—. Nuestro débil y ubicuo secretario de Estado está a punto de ir a Chipre para firmar un acuerdo que podría paralizar la industria de defensa, y uno de los nuestros

aparece ligado a los terroristas palestinos. En cierto modo, me gustaría mucho saber cómo lo hizo Andrew. La cosa podría estar peor. —Marcó, mientras la viuda y el científico le observaban—. El cambio del Proyecto Seis al Proyecto Doce, Mediterráneo, confirmado —dijo al teléfono—. Y, por favor, preparen la unidad médica.

35

Varak volvió rápidamente la esquina hasta la entrada de servicio y tomó el montacargas hasta su piso. Se dirigió a sus habitaciones, abrió la puerta y se precipitó hacia el sofisticado equipo de grabación vertical que había contra la pared, un tanto sorprendido al ver la mucha cinta utilizada. Lo atribuyó a las llamadas telefónicas recibidas por Ardis Vanvlanderen accionó el conmutador que permitía la transmisión dual, cinta y audio directo, se puso los auriculares y se sentó a escuchar.

—Se fue hace hora y media.

—¿Quién?

—Una mujer llamada Rashad, una experta antiterrorista. Pertenece a una unidad mixta…

El checo observó la bobina. ¡Había grabados lo menos veinticinco minutos de conversación! ¿Qué estaría haciendo en San Diego la exagente de operaciones de Egipto? Aquello no tenía sentido para Milos. Rashad había dimitido de la Agencia; lo había confirmado. Lo que se decía más o menos oficialmente en El Cairo y Washington era que estaba «expuesta a un compromiso». Supuso que se trataba de la operación de Omán y dio por buena su desaparición. Tenía que esfumarse… ¡pero no lo había hecho! Siguió escuchando la conversación en la *suite* de Vanvlanderen. El que hablaba era Sundstrom.

—Fue él quien lo hizo, ¿verdad, Ardis? Ese financiero megalomaníaco no podía soportar la posibilidad de que un pequeño grupo de «inadaptados» reemplazase a su hombre por otro que pudiera cortarle el acceso a los millones, y que probablemente lo haría.

Y después Ardis Vanvlanderen:

—Ochocientos millones. Eso es lo que dijo. Ochocientos millones solo para él, y miles de millones para los demás… ¡Yo no sabía nada!

Varak estaba asombrado. ¡Había cometido dos errores mayúsculos! El primero con respecto a las actividades encubiertas de Adrienne Kalila Rashad; aunque le fuese difícil aceptar ese resbalón, podía hacerlo, pues se trataba de una agente de Inteligencia muy experta. ¡Pero el segundo, no! El falso guión que había presentado a Inver Brass había resultado cierto. Nunca se le hubiera ocurrido que Andrew Vanvlanderen actuase a espaldas de su esposa. ¿Cómo iba a hacerlo? El suyo era un matrimonio de la Rochefoucauld, de pura conveniencia, de beneficio mutuo, sin afecto, y no digamos amor. Andy-boy había quebrantado las normas. Un toro en plena cachondez monetaria había derribado las puertas del corral solo para ir a parar al matadero. Varak escuchó.

Otra voz, y otro nombre. Un tal Crayton Grinell. Giraba la cinta mientras el checo se concentraba en la conversación. Finalmente:

—De modo que ahora tenemos dos crisis. Nuestro débil y ubicuo secretario de Estado está a punto de ir a Chipre para firmar un acuerdo que podría paralizar la

industria de defensa… El cambio del Proyecto Seis al Proyecto Doce, Mediterráneo, confirmado.

Varak se arrancó los auriculares. Lo que le faltase por oír en la *suite* de los Vanvlanderen quedaría registrado. Tenía que actuar rápidamente. Se levantó y se precipitó al teléfono. Lo cogió y tecleó los números de Cynwid Hollow, en Maryland.

—¿Sí?

—Soy Varak.

—¿Qué pasa, Milos? ¿Qué ha averiguado?

—Es Sundstrom.

—¿Qué?

—Eso puede esperar, doctor Winters, pero hay algo que no. El secretario de Estado va a ir a Chipre. ¿Puede usted averiguar cuándo?

—No necesito averiguarlo; lo sé. Y también todo el que ve la televisión o escucha la radio. Vaya un descubrimiento…

—¿Cuándo, señor?

—Salió de Londres hace cosa de una hora. Hubo la acostumbrada declaración sobre acercar más el mundo a la paz y todo eso.

—¡En el Mediterráneo! —interrumpió Varak, dominando su voz—. Será en el Mediterráneo.

—¿Qué será?

—No lo sé. Una estrategia llamado Proyecto Doce; es todo lo que he oído. Tendrá lugar en tierra o en el aire. Quieren pararlo.

—¿Quiénes?

—Los cotizantes. Un tal Grinell, Crayton Grinell. Si trato de salir para investigar, pueden cogerme. Hay hombres frente a la puerta, y no puedo comprometer al grupo. Desde luego, nunca daría información voluntariamente; pero hay drogas…

—Sí, lo sé.

—Hable con Frank Swann en el Departamento de Estado. Diga a la centralita que lo busque dondequiera que esté y utilice la frase «contención de la crisis».

—¿Por qué Swann?

—Es un especialista. Él fue quien dirigió la operación de Omán.

—Sí, lo sé. Pero podría tener que decirle más de lo que quiero. Tiene que haber un modo mejor. No se retire. —Los segundos se le hicieron minutos a Varak, ¡hasta que lo fueron! ¿Qué estaba haciendo Winters? No tenían tiempo que perder. Al fin, el portavoz de Inver Brass volvió al teléfono—. Vamos a celebrar una conferencia, Milos. Se nos unirá otra persona, Pero queda entendido que ninguno de ustedes necesita identificarse. Confío totalmente en ese hombre y él acepta la condición. Está también en lo que usted llama «contención de la crisis» y tiene muchos más recursos que Swann. —Hubo un par de clics en la línea y Winters continuó—. Adelante, señores. Señor A., le presento al señor B.

—Tengo entendido que tiene algo que decirme, señor A.

—Sí, en efecto —dijo Varak—. Las circunstancias no importan, pero la información ha sido comprobada. El secretario de Estado se encuentra en peligro inminente. Hay alguien que no quiere que asista a la reunión de Chipre e intentan retenerlo. Utilizan un plan, una táctica, llamada «Proyecto Doce, Mediterráneo». El individuo que dio la orden se llama Grinell, es un tal Crayton Grinell, de San Diego. No sé nada de él.

—Comprendo. Permítame decirle algo tan delicadamente como pueda, señor A. ¿Es usted capaz de decirnos dónde se encuentra ahora ese tal Grinell?

—Qué remedio, señor B. En el hotel Westlake, *suite* tres C. No tengo la menor idea de cuánto tiempo seguirá allí. Dense prisa, y envíen gente armada. Él la tiene.

—¿Querrá hacerme el favor, señor A., de seguir unos momentos al aparato?

—¿Para que puedan averiguar desde dónde llamo?

—No haría tal cosa. He dado mi palabra.

—Y la mantendrá —intervino Samuel Winters.

—Me es difícil —dijo el checo.

—Será rápido.

Se oyó un único clic y habló Winters.

—No tenías elección, Milos. El secretario es el hombre más cuerdo de la administración.

—Soy consciente de ello.

—¡No puedo olvidar lo de Sundstrom! ¿Por qué?

—Sin duda se debe a una combinación de motivos, entre los que no son los menores sus patentes de tecnología espacial. Otros pueden fabricar los equipos, pero el principal comprador es el gobierno. Espacio es ahora sinónimo de defensa.

—¡No puede querer más dinero! La mayor parte del que consigue lo regala.

—Pero si la bolsa se cierra, ocurre otro tanto con la producción, y en consecuencia con la experimentación, y esta es una verdadera pasión para él.

Otro clic.

—Ya estoy aquí, señor A. —dijo el tercer hombre—. Se ha dado la alerta general en el Mediterráneo y se han tomado medidas para detener a Grinell en San Diego, por supuesto con el menor ruido posible.

—¿Por qué he tenido que seguir al teléfono?

—Porque, francamente, si yo no hubiese podido arreglar lo de San Diego —dijo Mitchell Payton—, iba a apelar a su patriotismo para que siguiera ayudándonos. Se nota que es usted un hombre con experiencia.

—¿Qué clase de ayuda?

—Nada que pudiese comprometer nuestro acuerdo con respecto a esta llamada. Solo seguir a Grinell si salía del hotel y dar la información a nuestro intermediario.

—¿Qué le hizo pensar que yo estaba en condiciones de hacer eso?

—Nada. Era solo una esperanza, y había que hacer rápidamente varias cosas, sobre todo lo del Mediterráneo.

—Para su información, le diré que no me encuentro en situación de hacerlo —mintió Varak—. No estoy cerca del hotel.

—Entonces puedo haber cometido dos errores. Mencioné el patriotismo, pero, por su modo de hablar, pienso que quizá no sea este su país.

—Ahora lo es.

—Pues le debe a usted mucho.

—Tengo que marcharme.

Varak colgó y volvió rápidamente a la grabadora. Se sentó y se colocó los auriculares en la cabeza, mientras sus ojos iban al rollo de cinta. Se había detenido. Escuchó. Nada. ¡Silencio! Desesperado, accionó toda una serie de interruptores arriba y abajo, a derecha e izquierda. No hubo la menor respuesta, ni el menor ruido. ¡La grabadora activada por la voz no funcionaba porque la *suite* de los Vanvlanderen estaba vacía! ¡Tenía que moverse! ¡Y sobre todo, tenía que encontrar a Sundstrom! Por el bien de Inver Brass, había que dar muerte al traidor.

Kalila caminó por el ancho pasillo hacia los ascensores. Había llamado a M. J. y, después de hablar del horror de Mesa Verde, le dio cuenta de la conversación con Ardis Vanvlanderen, que había grabado en el equipo en miniatura oculto en su cuadernillo de notas negro. Ambos quedaron satisfechos; la desconsolada viuda había olvidado su pena en un mar de histeria. A los dos les parecía evidente que la señora Vanvlanderen no sabía nada del contacto de su difunto marido con los terroristas, pero se había enterado después. La súbita aparición de una agente de Inteligencia de El Cairo con una información tan devastadora había sido suficiente para poner a la maniobrera Ardis fuera de sí. Tío Mitch, siempre fiel al formulario, había terminado diciendo:

—Apúntese cinco, agente Rashad.

—Lo que me gustaría es tomar una ducha y poder comer tranquila. Creo que no he probado bocado desde las Bahamas.

—Pídelo al servicio de habitaciones. Haremos frente a una de tus increíbles cuentas. Te lo has ganado.

—Odio el servicio de habitaciones. Esos camareros que llevan la comida a una mujer sola la miran como si tuviesen la respuesta a sus fantasías sexuales. Si no puedo tomar una de esas comidas que hace mi abuela…

—No puedes.

—De acuerdo. Entonces, conozco algunos buenos restaurantes…

—Adelante. A medianoche tendré una lista de todos los números de teléfono a los que ha llamado nuestra desconsolada viuda. Buen apetito, querida. Recobra energías. Quizá te pases toda la noche trabajando.

—Eres demasiado generoso. ¿Puedo llamar al que, con un poco de suerte, podría ser mi futuro?

—Puedes, pero no darás con él. Colorado Springs mandó un reactor para llevarlos a él y a Emmanuel al hospital de Denver. Están volando.

—Te repito las gracias.

—No hay de qué, Rashad.

—Su amabilidad me confunde, señor.

Kalila apretó el botón del ascensor mientras oía el rumor de sus tripas. No había probado bocado desde la comida en el reactor de las Fuerzas Aéreas, y con ese refrigerio ya habían acabado las encimas nerviosas producidas por el estado de Evan, la vomitona y todo lo que significaba. El querido Evan, el inteligente Evan, el tonto de Evan. Un hombre de vida arriesgada y con más principios morales de los que convenían a ese tipo de vida. Kalila se preguntó por un instante si tendría esa misma integridad de haber fracasado. Era una pregunta abierta; se trataba de un hombre compulsivamente competitivo que miraba con cierta arrogancia desde la altura de sus éxitos. Y no resultaba difícil comprender cómo había caído bajo el hechizo de Ardis Montreaux en Arabia Saudí, hacía diez o doce años. Esa chica debía de haber sido cosa seria, una mujer llamativa lanzada a una rápida carrera y con una cara y un cuerpo en consonancia. Sin embargo, había huido de la araña. ¡Ese era su Evan!

Oyó el sonido corto y metálico del timbre y las puertas del ascensor se abrieron. Por suerte, estaba vacío; entró y apretó el botón del vestíbulo. Las puertas se cerraron y se inició el descenso, solo para ralentizarse inmediatamente. Kalila miró los números luminosos que había sobre las puertas; el ascensor estaba deteniéndose en la tercera planta. Simple coincidencia, pensó. M. J. estaba seguro de que Ardis Vanvlanderen, propietaria de la *suite* 3 C, no se atrevería a abandonar el hotel.

Se abrieron las puertas, y, mientras sus ojos seguían mirando desinteresadamente al frente, le alivió ver que el viajero era un hombre solo, de pelo claro y con lo que parecían ser unos hombros inmensos que llenaban su chaqueta hasta casi hacerla estallar. Sin embargo, había en él algo extraño. Como ocurre cuando uno está solo con otro ser humano en un pequeño recinto, pudo notar el alto nivel de energía que emanaba de su desconocido compañero. Una atmósfera de rabia o ansiedad pareció invadir el ascensor. Después notó cómo la miraba, no como solían hacerlo los hombres —furtivamente, a ojeadas; estaba acostumbrada a eso—, sino de un modo fijo, con los ojos invisibles firmes, intensos, sin el menor pestañeo.

Las puertas se cerraron mientras Kalila se hacía una mueca a si misma, la expresión de alguien que ha olvidado algo. Abrió el bolso como para comprobar el posible olvido, suspiró y su cara se tranquilizó; la cosa en cuestión estaba allí: su pistola. El ascensor inició el descenso mientras Kalila miraba al extraño.

¡Se quedó helada! Sus ojos parecían dos globos de metal al rojo, y su pelo corto y bien peinado era de un rubio claro. ¡No podía ser otro! El europeo rubio… ¡Uno de ellos! Kalila sacó su automática, dejó caer el bolso y apretó el botón de emergencia. Sonó la alarma al otro lado de las puertas, mientas el ascensor se detenía bruscamente y el rubio daba un paso hacia ella.

Kalila disparó, y el estampido resultó ensordecedor en el pequeño encierro, mientras la bala pasaba sobre la cabeza del extraño a la distancia que había calculado.

—¡Quédese donde está! —ordenó—. Si sabe algo de mí, sabrá también que el próximo disparo va a ir derecho a su frente.

—Usted es la Rashad —dijo el rubio, hablando con mucho acento y la voz tensa.

—Yo no sé quién es usted, pero sí lo que es. ¡Escoria! Evan tenía razón. Todos estos meses, las historias sobre él, los comités del Congreso, la publicidad a escala mundial… ¡Lo estaban preparando para una matanza palestina! ¡Así de sencillo!

—Se equivoca por completo —protestó el europeo mientras fuera seguía sonando la alarma—. ¡Y no debe detenerme ahora! Va a ocurrir algo terrible y acabo de estar en contacto con su gente de Washington.

—¿Quién? ¿Quién en Washington?

—Nunca damos nombres…

—¡Tonterías!

—¡Por favor, miss Rashad! Va a salir un hombre…

—Usted no, rubito.

De dónde vinieron los golpes y cómo fueron propinados con tal velocidad es algo que Kalila nunca sabría. Por un instante había habido un vago movimiento a su izquierda; después surgió una mano, tan rápida como no había visto en su vida, que se clavó en su brazo derecho, seguida por un retorcimiento de la muñeca que le hizo soltar el arma. Cuando podía esperar que se le rompiese la muñeca, solo notó como una quemadura, como si la hubiera alcanzado repentinamente una salpicadura de agua hirviendo. El europeo estaña frente a ella con la pistola en la mano.

—No pretendía hacerle daño —dijo.

—Es usted muy bueno. Escoria; lo admito.

—Nosotros no somos enemigos, señorita Rashad.

—No sé por qué, me cuesta trabajo creerlo. —Sonó el teléfono del ascensor dentro de su caja, debajo del panel, y el ruido retumbó en las cuatro paredes del pequeño recinto—. Usted no va a salir de aquí —añadió Kalila.

—Espere —dijo el rubio mientras seguía sonando el timbre—. Vio usted a la señora Vanvlanderen…

—Se lo dijo ella. ¿Y qué?

—No pudo decírmelo. No la he visto, pero sí la he grabado. Tuvo más visitas. Hablaron de usted, ella y otros dos hombres. Uno de ellos se llama Grinell.

—Nunca he oído ese nombre.

—Los dos son traidores; enemigos de su gobierno, de su país, para ser más exacto.

El teléfono seguía sonando insistentemente.

—Palabrería, señor Sin Nombre.

—¡Pues basta de palabras! —exclamó el rubio, metiendo la mano bajo la chaqueta y sacando una gran automática negra. Con un solo movimiento, dio la

vuelta a ambas armas y se las ofreció a Kalila agarrándolas por el cañón—. Tenga. Cójalas. ¡Deme una oportunidad, señorita Rashad!

Kalila, asombrada, cogió las pistolas y miró a los ojos del europeo. Había visto aquel ruego mudo demasiadas veces. No era la mirada de quien teme morir por una causa, sino la de alguien furioso ante la perspectiva de no vivir para luchar por ella.

—Está bien —dijo Kalila lentamente—. Quizá lo haga. ¡Dese la vuelta y ponga las manos contra la pared! ¡Más atrás, con el peso sobre las manos! —El teléfono era ahora un tintineo continuo y ensordecedor, mientras la agente de El Cairo hacía correr expertamente sus dedos por el cuerpo del rubio, concentrándose en los sobacos, la cintura y los tobillos. No llevaba armas—. Quédese ahí —le ordenó mientras alcanzaba el teléfono—. ¡No conseguíamos abrir la caja! —dijo.

—Nuestro mecánico está en camino, señora. Es su hora de comer, pero acabamos de localizarlo. Le rogamos que nos disculpe. Sin embargo, nuestros indicadores no…

—Creo que somos nosotros los que tenemos que disculparnos —le interrumpió Kalila—. Fue todo una equivocación, un error mío. Apreté otro botón. Si me dijese cómo puedo hacerlo funcionar de nuevo…

—Sí, sí, por supuesto —dijo la voz masculina, dominando su irritación—. En la caja del teléfono hay un interruptor…

Se abrieron las puertas del vestíbulo y el europeo se apresuró a hablar con el gerente, vestido de punta en blanco, que los esperaba.

—Debía encontrarme aquí hace ya rato con un socio de negocios. Creo que me he dormido; el vuelo desde París fue tan cansado… Se llama Grinell. ¿Lo ha visto?

—El señor Grinell y la pobre señora Vanvlanderen se fueron hace unos minutos con sus invitados, señor. Supongo que al funeral de su marido, un caballero tan simpático…

—Sí, también era socio mío. Pensábamos ir al funeral, no llegamos a enterarnos de la dirección. ¿La sabe usted?

—No, señora.

—¿La sabrá alguien? ¿Habrá oído el portero las instrucciones que dieron al taxi?

—El señor Grinell tiene su limusina; bueno, más de una.

—Vámonos —dijo Kalila en voz baja, cogiendo del brazo al rubio—. Está llamando la atención —continuó, mientras se dirigían a la entrada principal.

—Puedo haber fracasado, lo que es mucho más importante.

—¿Cómo se llama?

—Milos. Llámeme simplemente Milos.

—Quiero algo más que eso. No olvide que soy yo la que está armada.

—Si podemos llegar a un acuerdo aceptable, le diré más.

—Va a decirme mucho más, señor Milos, y se acabaron esas rápidas maniobras suyas. Tengo su pistola en mi bolso y la mía debajo de la chaqueta, apuntando a su pecho.

—¿Qué hacemos ahora, señorita agente de la Central de Inteligencia de Egipto

supuestamente retirada?

—Vamos a comer, bastardo entrometido. Estoy muerta de hambre, pero lo tomaré todo con la mano izquierda. Si hace un movimiento equivocado al otro lado de la mesa, no podrá tener hijos, y no porque haya muerto. ¿Está claro?

—Debe de ser usted muy buena.

—Lo suficiente, señor Milos, lo suficiente. Soy medio árabe, no lo olvide.

Se sentaron uno frente al otro en un gran reservado circular, elegido por Kalila en un restaurante italiano, dos manzanas al norte del hotel. Varak le había contado con detalle cuanto había oído por los auriculares desde la *suite* de los Vanvlanderen.

—Fue una sorpresa. Ni por un momento pensé que Andrew Vanvlanderen fuese a actuar por su cuenta.

—¿Quiere decir sin que su mujer le metiese una bala en la cabeza y llamase a uno de los otros para que lo sepultase en México?

—Exactamente. Y lo hubiera hecho. Fue un estúpido.

—No estoy de acuerdo; fue muy inteligente, teniendo en cuenta lo que pretendía. Cuanto le hacían a Evan Kendrick y cuanto él hacía llevaba a un lógico *jaremat thaár*, un asesinato por venganza. Y fue usted quien lo suministró, señor Milos, empezando por el momento en que fue a ver a Frank Swann al Departamento de Estado.

—No con esa intención, se lo aseguro. No pensé ni remotamente que fuese posible.

—Estaba equivocado.

—Lo estaba.

—Volvamos a ese primer momento; repasemos todo este maldito asunto.

—No hay nada que repasar. No he dicho nada importante.

—Pero sabemos mucho más de lo que usted cree. Solo tenemos que desenredar la madeja, como dice mi superior. Un congresista recién elegido casi a la fuerza es manipulado para llevarlo a importantes comités del Congreso, a puestos por los que otros darían a sus hijas a cambio. Después, a causa de unos presidentes misteriosamente ausentes, aparece en la televisión nacional, lo que provoca mayor publicidad, coronada por una explosiva noticia de alcance mundial sobre sus acciones encubiertas en Omán, y rematada con la concesión por el presidente de la condecoración más importante que puede recibir un civil. Parece que la agenda es bastante clara.

—En mi opinión fue muy bien organizada.

—Y ahora está a punto de ser lanzada una campaña nacional para incluirlo en la candidatura del partido, convirtiéndolo de hecho en el próximo vicepresidente de Estados Unidos.

—¿Sabe usted eso?

—Sí, y no se trata de un acto espontáneo del cuerpo político.

—Confío en que lo parezca.

—¿De dónde sale usted? —preguntó Kalila, inclinándose y comiendo de su plato de ternera con la mano izquierda mientras la derecha permanecía invisible bajo la mesa.

—Debo decirle, señorita Rashad, que me apena verla comer con tanta dificultad. No soy una amenaza para usted, ni voy a escaparme.

—¿Cómo puedo estar segura de ambas cosas?

—Porque hay aspectos en los que nuestros intereses coinciden, y estoy dispuesto a trabajar con usted dentro de ciertos límites.

—¡Cuánta arrogancia! ¿Sería tan amable su eminencia de explicarme qué aspectos son esos y cuáles los límites de su generosa ayuda?

—Desde luego. Para empezar, la seguridad del secretario de Estado, y descubrir a los que quieren matarlo y saber por qué, aunque creo que puedo figurarme el motivo. Después, la captura de los terroristas que atacaron la residencia del congresista Kendrick con una considerable pérdida de vidas, y confirmar la conexión Vanvlanderen…

—¿Sabe lo de Fairfax y Mesa Verde? —Varak hizo un gesto de asentimiento—. El secreto es total.

—Lo que nos lleva a los límites de mi participación. Debo permanecer siempre en segundo término y solo hablaré de las actividades de un modo muy general. No obstante, en caso necesario, la remitiré, por nombre en clave, a ciertas personas del gobierno que atestiguarán que soy de fiar en asuntos de seguridad, en el país y fuera de él.

—Es usted modesto, ¿verdad?

Milos sonrió cautelosamente.

—En realidad, no tengo formada una opinión. No obstante, vengo de un país donde el gobierno le fue robado al pueblo, y hace años que decidí lo que iba a hacer con mi vida. Tengo confianza en los métodos que he desarrollado. Si eso es arrogancia, amén, y pido disculpas; pero yo no lo veo de ese modo.

Kalila sacó despacio la mano de debajo de la mesa y cogió con la izquierda el bolso que tenía al lado. Metió en él la automática y se apoyó en el respaldo, sacudiendo la mano para activar la circulación.

—Creo que podemos prescindir de la ferretería; tiene razón, es tremendamente difícil cortar la carne con el tenedor en la izquierda y la otra muñeca paralizada.

—Iba a sugerirle que pidiese algo más sencillo, quizá unos entremeses, un plato que pudiese comer con los dedos; pero pensé que era meterme en lo que no me importa.

—Detecto un cierto sentido del humor detrás de esa expresión severa.

—Quizá un intento, pero no me siento muy de humor en este momento. Ni me sentiré hasta que sepa que el secretario de Estado ha llegado sano y salvo de Chipre.

—Ya ha alertado a las personas adecuadas; no puede hacer nada más. Ellos se ocuparán de él.

—Cuento con ello.

—Entonces a lo nuestro, señor Milos —dijo Kalila, volviendo a su comida, siempre despacio y con los ojos fijos en Varak—. ¿Por qué Kendrick? ¿Por qué lo hizo? Y, sobre todo, ¿cómo lo hizo? ¡Llegó a fuentes que se suponían inaccesibles! Entró donde nadie hubiera sido capaz de entrar y arrancó secretos, robó un expediente a prueba de robos. A quien se lo dio deberían lanzarlo a la intemperie, para que supiese lo que se siente al estar sin protección, al verse desnudo y sin armas en las oscuras calles de una ciudad hostil.

—Toda la ayuda recibida procedía de una fuente que confiaba en mí, que sabía de dónde venía, como usted dijo.

—Pero ¿por qué?

—Le daré una respuesta limitada, señorita Rashad, y hablaré solo en términos generales.

—¡Hurra por usted! Démela.

—Este país necesita imperiosamente cambios en una administración que sin duda será reelegida.

—¿Y quién puede decirlo, fuera de los votantes?

—De eso no puedo hablar, salvo en términos generales… aunque no debería utilizar ni siquiera esos. Lo ha visto por si misma.

Kalila posó el tenedor y miró al europeo.

—¿San Diego? ¿Vanvlanderen? ¿Grinell?

—San Diego, Vanvlanderen y Grinell. Para que quede más claro: dinero enviado sin duda a través de Zurich y Beirut al valle de la Bekaa, con el fin de eliminar a un adversario político, concretamente al congresista Kendrick. Y ahora lo que parece un intento de impedir que un inteligente secretario de Estado asista a una conferencia de desarme que pretende reducir la proliferación, la producción de armas espaciales y nucleares.

—San Diego —dijo Kalila, dejando la comida en el plato—. ¿Orson Bollinger?

—Un enigma. ¿Qué sabe? ¿Qué no sabe? Eso aparte, él es el punto de reunión, el embudo de entrada a una administración invencible. Tiene que ser reemplazado, eliminando así a las personas que lo rodean y le ordenan marchar al ritmo que ellos marcan.

—Pero ¿por qué Evan Kendrick?

—Porque ahora es él el adversario invencible.

—Nunca lo aceptará; les dirá que se vayan al infierno. Usted no lo conoce.

—Una persona no siempre desea hacer lo que debe, señorita Rashad. Pero lo hará si se le explica bien por qué debe hacerlo.

—¿Cree que basta con eso?

—Por supuesto, no conozco personalmente al señor Kendrick, pero creo que no

hay ser humano a quien haya estudiado tan detenidamente. Es un hombre notable, y sin embargo de una modestia realista en cuanto a sus éxitos. Hizo mucho dinero en Oriente Medio, pero renunció a mucho más porque estaba bajo un fuerte impacto moral y emocional. Después entró en política sin otro motivo que el de reemplazar a un… ¿cómo me llamó usted?, una escoria, que estaba forrándose en Colorado. Por último, fue a Omán sabiendo que no debía hacerlo, porque creía que podía ser útil en una crisis. No es hombre al que se pueda tomar a la ligera. Él puede hacerlo, pero los demás no.

—Por Dios —dijo Kalila—, me parece estar oyéndome a mi misma.

—¿Lo dijo usted para contribuir a su promoción política?

—No; para explicar que no era un mentiroso. Pero debería decirle que tuvo otra razón para volver a Omán. Entra en la calificación, quizá demasiado benévola, de asesinato. Estaba convencido de saber quién había detrás de los terroristas de Mascate: el mismo monstruo que había sido responsable de la matanza de las setenta y ocho personas que formaban el grupo Kendrick, esposas e hijos incluidos. Y tenía razón; a ese hombre lo ejecutaron con arreglo a las leyes árabes.

—Eso no es una negativa, señorita Rashad.

—No, pero cambia de algún modo las circunstancias.

—Preferiría pensar que añade una dimensión de justicia buscada por los caminos convenientes, lo que confirma todavía más por qué lo elegimos.

—¿Elegimos?

—Eso queda fuera de los limites.

—Le repito que lo rechazará.

—Lo hará si se entera de cómo fue manipulado, pero quizá no si está convencido de que se le necesita.

Kalila volvió a recostarse en su asiento, estudiando al checo.

—Si no he oído mal, me está sugiriendo algo muy ofensivo para mí.

—No debería serlo. Nadie puede obligar a una persona a aceptar un cargo electivo, señorita Rashad; tiene que ser él quien lo desee. A la inversa, nadie puede obligar a los principales senadores y congresistas de un partido político a aceptar a un nuevo candidato; han de ser ellos quienes así lo quieran. Cierto que se crearon las circunstancias para poner en escena al hombre, pero a él no podíamos inventárnoslo; para empezar, porque ya estaba ahí.

—Está pidiéndome que no le hable de esta conversación, que no le diga nada de usted. ¿Tiene idea de cuántas semanas llevamos buscándolo?

—¿Y sabe usted cuántos meses buscamos nosotros a Evan Kendrick?

—¡Me tiene sin cuidado! Fue manipulado y lo sabe. No pueden esconderse, no se lo permitiré. Le han hecho pasar demasiado. Amigos muy queridos asesinados, y ahora posiblemente un viejo que ha sido un padre para él durante quince años; todos sus planes al infierno… ¡Demasiado!

—No puedo cambiar lo ocurrido, solo lamentar mis errores de juicio, y nadie los

lamentará más, pero le pido que piense en su país, que ahora es el mío. Si hemos ayudado a crear una fuerza política, fue solo porque esa fuerza existía ya por derecho propio, con sus propios instintos. Sin él, hay varios hombres perfectamente honrados aceptables para la dirección del partido, porque son conocidos y cómodos, pero no serán una fuerza. ¿Hablo con claridad?

—Al parecer un vicepresidente dijo una vez que el cargo no valía ni «una escupidera llena de gargajos».

—Ahora no es así, y menos en manos de Evan Kendrick.

Usted estaba sin duda en El Cairo cuando apareció él en televisión.

—Estaba en El Cairo —le interrumpió Kalila—, pero tenemos un canal norteamericano; cintas, claro está. Lo vi, y después lo he visto aquí una y otra vez, gracias sin duda a su agenda. Estuvo muy bien; inteligente y atractivo.

—Es único, señorita Rashad. Es insobornable, dice lo que piensa y al país le gusta.

—Gracias a ustedes.

—No, a él. Ha hecho lo que ha hecho, nadie lo inventó, y ha dicho lo que ha dicho, nadie le dictó sus palabras. ¿Qué puedo añadir? Analicé más de cuatrocientas posibilidades, utilizando las computadoras más avanzadas, y destacó un hombre: Evan Kendrick.

—¿No quieren nada de él?

—Dice usted que lo conoce. Si le pidiésemos algo a cambio, ¿qué cree que haría?

—Llevarlos ante un comité anticorrupción y asegurarse de que iban a la cárcel.

—Exactamente.

Kalila sacudió la cabeza, con los ojos cerrados.

—Me gustaría tomar un vaso de vino, señor Milos. Tengo unas cuantas cosas en qué pensar.

Varak hizo seña a un camarero y pidió dos vasos de chablis helado, dejando lo demás a su elección.

—Entre mis muchas carencias —dijo el checo— está el conocimiento de los vinos que no son de mi país.

—No lo creo. Probablemente es usted un entendido.

—Ni mucho menos. Me maravillo cuando oigo a mis amigos pedir marcas y cosechas concretas.

—¿De verdad tiene amigos? Me parece más bien una eminencia gris.

— *Je comprends*, pero se equivoca; llevo una vida muy normal. Mis amigos creen que soy traductor; independiente, naturalmente; en casa.

—Bien —dijo la agente de El Cairo—. Así empecé yo.

—No hay despacho donde contactar; solo un contestador, con el que puedo hablar desde dondequiera que me encuentre.

—Lo mismo que yo.

Llegó el vino y, después de probarlo, Kalila se quedó pensativa.

—No puede volver —dijo, como hablando para sí misma, y después incluyendo parcialmente a Varak—. Al menos durante unos años, y no sé si entonces. Apenas levanten la censura informativa, hervirá la sangre en el valle de la Bekaa.

—Supongo que se refiere al congresista.

—Sí. Los terroristas fueron capturados; es un decir. Hubo un tercer y último ataque hace unas horas. Tuvo lugar en Mesa Verde, y fue tan devastador como el de Fairfax.

—¿Hace unas horas? ¿Estaba Kendrick allí?

—Sí.

—Está vivo, me han dicho que por los pelos. Pero, como en Virginia, hubo muchos muertos entre nuestra gente.

—Lo lamento. Deduzco que Weingrass resultó gravemente herido. Se refería a él cuando habló de un viejo, ¿verdad?

—Sí. Lo llevan en avión a un hospital de Denver. Evan está con él.

—Los terroristas, por favor —dijo Varak, taladrando con sus ojos los de Kalila.

—Eran nueve en total. Ocho han muerto; solo sobrevivió uno, el más joven.

—Y cuando se levante el secreto, como usted dice, arderá la sangre en la Bekaa. Por eso Kendrick no puede volver a esa parte del mundo.

—Vivo no duraría ni cuarenta y ocho horas. No hay modo de protegerlo de esos locos.

—Aquí sí, y ninguno mejor que el Servicio Secreto del gobierno. En estos asuntos nada es perfecto, solo hay lo mejor.

—Lo sé.

Kalila tomó un sorbo de su vaso.

—Comprende lo que le digo, ¿verdad, señorita Rashad?

—Creo que sí.

—Dejemos que los acontecimientos sigan su curso natural. Hay un comité de acción política, legítimo, dedicado a respaldar al congresista Kendrick para un puesto más alto. Dejémoslos que trabajen sin estorbos y que el país responda, de un modo u otro. Y si los dos estamos en lo cierto sobre los Vanvlanderen, los Grinell y la gente a quien representan, dejemos que Evan Kendrick decida por su cuenta. Porque, incluso si los denunciamos y conseguimos pararlos, hay centenares dispuestos a ocupar su sitio. Hace falta una fuerza, una voz.

Kalila alzó los ojos del vino y asintió por dos veces con la cabeza.

36

Kendrick caminaba por la calle Diecisiete de Denver, hacia el Hotel Brown Palace, sin darse apenas cuenta de la ligera nevada que caía flotando del cielo nocturno. Había dicho al taxista que lo dejase a varias manzanas de allí; quería andar; necesitaba aclarar la mente.

Los médicos del Hospital General de Denver habían «recomendado» a Manny; tranquilizaron a Evan al explicarle que las heridas, aunque de mal aspecto, consistían sobre todo en fragmentos de cristal y metal incrustados. La pérdida de sangre había sido considerable para un hombre de su edad, pero no crítica; se la reemplazarían. El desconcierto comenzó cuando Kendrick llevó aparte a uno de los médicos y le habló de los temores de Weingrass de que se hubiese reproducido el cáncer. Antes de veinte minutos, todas las pruebas hechas a Manny habían sido transmitidas electrónicamente desde Washington y el oncologista jefe había hablado con el cirujano que había operado al viejo arquitecto. Luego, unas dos horas después de su ingreso en el hospital, había llegado un técnico de laboratorio que habló en voz baja con otro médico. Siguió una actividad moderadamente frenética, y pidieron a Evan que saliese de la habitación mientras tomaban diversas muestras del cuerpo de Manny. Una hora después, el jefe de patología, un tipo delgado de ojos inquisitivos, se acercó a Kendrick en la sala de espera.

—Congresista, ¿ha estado el señor Weingrass fuera del país recientemente?

—En el último año, no.

—¿Dónde fue eso?

—En Francia… y en el sudoeste de Asia.

Las cejas del médico se arquearon.

—No ando muy bien de geografía. ¿Dónde está eso?

—¿Es necesario?

—Sí, lo es.

—Omán y Baréin.

—¿Estaba con usted? Perdone, pero todo el mundo conoce sus hazañas.

—Estaba conmigo. Es una de las personas a las que no pude dar públicamente las gracias para no perjudicarlas.

—Comprendo. Aquí no tenemos oficina de prensa.

—Gracias. ¿Por qué lo pregunta?

—Si no estoy equivocado, y podría estarlo, está infectado por un… digamos virus, que parece ser que procede del África central.

—Eso es imposible.

—Entonces, tal vez esté yo equivocado. Nuestro equipo es uno de los mejores de Occidente, pero los hay mejores. Voy a hacer que envíen tejido pulmonar y muestras de sangre a los CCE de Atlanta.

—¿A los qué?

—Los Centros de Control de Enfermedades.

—¿Enfermedades?

—Es solo una precaución, señor Kendrick.

—Haga que lo manden por avión esta noche, doctor. Habrá un reactor esperando en el aeropuerto de Stapleton dentro de una hora. Diga a Atlanta que se pongan a trabajar en cuanto lleguen las muestras; pagaré lo que cueste, aunque tengan que estar con ello las veinticuatro horas.

—Haré lo que pueda.

—Si eso ayuda —dijo Evan, sin saber muy bien si estaba o no tirándose un farol—, haré que les llame la Casa Blanca.

—No creo que sea necesario.

Cuando Evan salía del hospital, tras haberse despedido de un Manny medio inconsciente por los sedantes, recordó al desaparecido doctor Lyons, de Mesa Verde, el médico sin dirección ni teléfono pero con una acreditación oficial para ser presentada a cierto congresista y a quienes lo rodeaban. ¿Qué acreditación? ¿Por qué hacía falta una acreditación? ¿O era sencillamente un documento para impresionar, un medio de introducirse en el mundo privado de un tal Evan Kendrick? Decidió no decir nada a nadie. Kalila sabría lo que convenía hacer.

Al acercarse al Brown Palace, reparó de pronto, por entre la nieve que caía, en las luces de colores de los adornos navideños que se extendían por la amplia avenida, desde la vieja estructura clásica a la nueva torre del sur. Después oyó las notas de un villancico. *Engalanad la casa con ramas de acebo, la-la-la-la-la…* Felices Pascuas desde Mascate, pensó.

—¿Dónde diablos has estado? —gritó M. J. Payton, haciendo que Kalila apartara el teléfono del oído.

—Cenando.

—¡Está ahí! ¡Nuestro europeo rubio está en el hotel!

—Lo sé. He cenado con él.

—¿Que tú qué?

—En realidad, ahora está en mi cuarto. Estamos repasando lo que sabemos. No es lo que creíamos.

—¡Maldita seas, Adrienne! ¡Dile a ese hijo de perra que al señor B le gustaría hablar con el señor A!

—Dios mío, ¿eras tú?

—¡Es el colmo, Rashad! Dile que se ponga.

—No estoy segura de que acepte. —La agente de El Cairo tuvo que volver a separarse del teléfono. Se volvió a Varak—. A un tal señor B le gustaría hablar con el señor A.

—Debería haberlo sabido —dijo el checo, levantándose. Fue hasta el teléfono

mientras Kalila lo dejaba y se separaba—. Saludos de nuevo, señor B. Nada ha cambiado. Ni nombres ni identidades.

—¿Cómo le llama mi sobrina? Imagínese, es mi sobrina.

—Me llama por el erróneo nombre de Milos.

—¿Meelos? ¿Eslavo?

—Norteamericano.

—Lo había olvidado; ya me lo aclaró antes.

—Por favor, ¿el secretario de Estado?

—Ha llegado a Chipre.

—Qué alivio.

—Lo es para todos si, para empezar, hubo motivo para alarmarse.

—La información era precisa.

—Por desgracia no hemos podido confirmarla. Grinell no estaba en el hotel, ni ha aparecido por su residencia.

—Está con la Vanvlanderen.

—Sí, lo sé. Según el recepcionista, había otras personas con ellos. ¿Alguna idea?

—Guardaespaldas de Grinell, según la información que he recibido. Ya le dije que había gente con él, que deberían ir preparados.

—Sí, lo dijo. ¿Trabajamos juntos?

—A distancia.

—¿Qué puede ofrecernos?

—La prueba de ciertas cosas que he dicho a la señorita Rashad —replicó Varak, pensando en las cintas y transcripciones ya montadas que proporcionaría a la agente de Inteligencia; montadas de modo que Eric Sundstrom siguiera siendo un conspirador anónimo; los muertos no necesitan identidad—. Quizá nada más, pero es el núcleo de lo que ustedes necesitan.

—Será aceptado, con nuestro agradecimiento.

—Pero hay un precio, señor B.

—Yo no pago…

—Claro que paga. Lo hace a diario.

—¿De qué se trata?

—Dado que mis exigencias requieren una complicada explicación, dejaré que sea la señorita Rashad quien se lo diga a su manera. La veré mañana, y nos comunicaremos a través de ella. Si su respuesta es positiva, le haré llegar el material.

—¿Y si no?

—Entonces le aconsejaría que sopesara las consecuencias, señor B.

—Por favor, permítame hablar con mi sobrina.

—Como quiera.

Varak hizo seña a Kalila y le pasó el teléfono, mientras volvía a su asiento.

—Aquí estoy —dijo Rashad.

—Limítate a contestar sí o no, y si no puedes, permanece unos segundos en

silencio. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Nos sería útil su material?

—Sí —subrayado.

—Con el «sí» basta, agente Rashad. Es evidente que se aloja en el hotel. ¿Crees que se quedará ahí?

—No.

—¿Te ha dado alguna información sobre cómo consiguió el expediente de Omán?

—No.

—Y, por último, ¿podemos aceptar sus exigencias?

—Vamos a hacerlo… Lamento quebrantar las normas.

—Ya lo veo —dijo el asombrado director de Proyectos Especiales—. Ya me explicarás esa afirmación tan increíble… y tan insubordinada.

—Hablaremos más tarde. —Kalila colgó el teléfono y se volvió a Varak—. Mi superior está enfadado.

—¿Con usted o conmigo? No era difícil imaginar el fondo de sus preguntas.

—Con los dos.

—¿Es realmente su tío?

—Hace más de veinte años que lo conozco, y eso me basta. Hablemos un momento de usted. Tampoco fue difícil imaginar algunas de las preguntas que le hizo.

—Solo un momento, por favor. De verdad tengo que marcharme.

—Le dijo usted que Grinell estaba con la Vanvlanderen y que los otros eran guardaespaldas suyos.

—Así fue.

—Sin embargo, usted me dijo que había dos hombres en la *suite* de los Vanvlanderen y que los guardaespaldas estaban fuera.

—Es cierto.

—¿Quién era el otro hombre y por qué lo protege?

—¿Protegerlo? Creo que también le dije que los dos eran traidores. Lo oirán en las cintas y lo leerán en las transcripciones que voy a darle, si su superior accede a mis condiciones, como ha accedido usted.

—Lo convenceré.

—Entonces lo oirá por sí misma.

—¡Pero usted lo conoce! ¿Quién es?

Varak se levantó.

—Estamos otra vez en terreno prohibido, señorita Rashad. Pero si le diré algo. Él es el motivo de que yo tenga que marcharme. Es una basura humana, por dondequiera que se le mire… y es mío. Voy a registrar esta ciudad toda la noche hasta dar con él, y si no, sé dónde puedo encontrarlo, mañana o pasado. Le repito que es mío.

—¿Un *jaremat thaár*, señor Milos?

—No hablo árabe.

—Pero sabe lo que significa; se lo he dicho.

—Buenas noches —dijo el checo, yendo hacia la puerta.

—Mi tío quiere saber cómo consiguió el expediente de Omán. Creo que no va a dejarlo en paz hasta que lo averigüe.

—Todos tenemos nuestras prioridades —dijo Varak volviéndose, ya con la mano en el pomo—. En este momento la de él y la de usted están en San Diego, la mía en otra parte. Dígale que no tiene nada que temer de mi fuente. Preferiría morir antes que hacer daño a uno de los suyos, de los nuestros.

—¡Maldito sea, ya lo ha hecho! ¡Evan Kendrick! —Sonó el teléfono; ambos volvieron la cabeza y se quedaron mirándolo. Lo cogió Kalila—. ¿Sí?

—¡Ha ocurrido! —exclamó Payton desde Langley—. ¡Lo hicieron!

—¿De qué se trata?

—¡El hotel Larnaca, en Chipre! Han volado el ala oeste; no queda nada, solo escombros. ¡El secretario de Estado ha muerto; han muerto todos!

—El hotel de Chipre —repitió Kalila, mirando al checo, con voz asustadamente monótona—. Lo volaron. El secretario ha muerto, han muerto todos…

—¡Deme ese teléfono! —rugió Varak, precipitándose a cogerlo—. ¿No revisó nadie los sótanos, los conductos del aire acondicionado, los soportes de la estructura?

—Las fuerzas de seguridad chipriotas aseguraron que lo habían comprobado todo…

—¿La seguridad chipriota? —chilló el checo, furioso—. ¡Tiene una docena de elementos hostiles infiltrados! ¡Qué insensatez!

—¿Quiere mi puesto, señor A?

—No lo aceptaría —dijo Varak, dominando su rabia y bajando la voz—. No trabajo con aficionados —añadió desdeñosamente, colgando y yendo hacia la puerta. Se volvió para decir a Kalila—: Lo que hacía falta hoy aquí era el cerebro de Kendrick, el de Omán. Él hubiera sido el primero en decirles a todos ustedes lo que tenían que hacer, lo que debían buscar.

Usted probablemente no le hubiera hecho caso.

El checo abrió la puerta, salió y cerró de golpe.

Sonó el teléfono.

—Se ha marchado —dijo Rashad nada más cogerlo, segura por instinto de quién estaba al otro extremo.

—Le ofrecí mi puesto, pero me dijo que no trabajaba con aficionados… ¿Extraño, no? Un hombre sin ninguna credencial que sepamos nos alerta, y nosotros lo echamos todo a perder.

—Hace un año enviamos a Kendrick a Omán y va y consigue lo que los quinientos profesionales de al menos seis países no podían conseguir. Le da a uno que pensar… Me estoy haciendo viejo.

—¡Ni hablar, M. J.! Solo son tipos inteligentes que han tenido suerte, eso es todo. ¡Tú has hecho más de lo que harán ellos en toda su vida!

—Me gustaría creerlo, pero esta es una noche fatal para el poco amor propio que todavía me queda.

—¡Pues deberías tenerlo a tope…! Pero es también un buen momento para que yo te explique mi insubordinación de hace unos minutos.

—Sí, por favor. Soy todo oídos. Ni siquiera estoy seguro de que me quede mucho aliento.

—Para quienquiera que trabaje Milos, no quieren nada de Evan. Cuando lo presioné, me dijo una cosa obvia: si le piden algo a cambio, los echará a los lobos, y estoy segura de que lo haría.

—Yo también. Entonces, ¿qué pretende?

—Retirarse y dejar que las cosas sigan su curso. Quieren que permitamos que la carrera continúe.

—Evan no correrá…

—Quizá sí, cuando sepa qué gente tan siniestra tiene en sus manos las cosas en California. Supongamos que los detenemos; los hay a cientos esperando ocupar su sitio. Milos tiene razón, hace falta una voz.

—Pero ¿qué dices, sobrina?

—Lo quiero vivo, no muerto. No puede volver a los Emiratos; quizá se convenza a sí mismo de que sí, pero lo matarían nada más bajar del avión. Y tampoco puede vegetar en Mesa Verde, con su energía y su imaginación; eso es otra forma de muerte, bien lo sabes. El país podría ir peor, M. J.

—¡Insensatos, insensatos! —susurraba Varak mientras marcaba los números, a la vez que estudiaba el diagrama de la *suite* de los Vanvlanderen que tenía en la mano; había pequeñas X rojas marcadas en cada habitación. Segundos más tarde se oyó una voz al otro lado del hilo.

—¿Sí?

—¿El Hombre del Sonido?

—¿Praga?

—Le necesito.

—Encantado de usar su dinero. Es usted un derrochador.

—Recójame dentro de media hora, en la entrada de servicio. De camino a su estudio le explicaré lo que quiero que haga. ¿No hay cambios en el diagrama?

—No. ¿Encontró la llave?

—Le agradezco ambas cosas.

—Es usted quien paga. Media hora.

El checo colgó y contempló el equipo de grabación empaquetado que había frente a la puerta. Había escuchado la entrevista de Rashad con Aris Vanvlanderen, y, a

pesar de su rabia por la tragedia que suponía la muerte del secretario de Estado, había sonreído —fríamente, desde luego— ante la atrevida estrategia utilizada por la agente de El Cairo y su superior. Basándose en lo que ya sabían, habían jugado con la presunta verdad de lo hecho por Andrew Vanvlanderen, convirtiéndolo en una mentira irresistible: los comandos palestinos, Bollinger como blanco, sin mencionar nunca a Kendrick. ¡Muy brillante! La aparición de Eric Sundstrom a las dos horas de la asombrosa y retorcida información de Rashad —aparición destinada a atrapar a un traidor a Inver Brass y no basada en ninguna presunción de culpabilidad de Vanvlanderen— había sido la mezcla detonante que acabó con el edificio de engaños alzado en San Diego. Uno tenía que aprovechar lo que le salía al paso.

Varak abrió con cautela y salió. Fue rápidamente hasta la *suite* de los Vanvlanderen, pasillo adelante, y, con la llave que le había proporcionado el Hombre del Sonido, entró, todavía con el diagrama en la mano. Con pasos rápidos y felinos, fue de habitación en habitación sacando los diminutos interceptadores electrónicos de sus escondites bajo mesas y sillas, debajo de los cojines del sofá, detrás de los espejos de los cuatro dormitorios, bajo los botiquines de los cuartos de baño y dentro de dos de los quemadores de la cocina. Dejó el despacho de la viuda para el final, mientras contaba las X rojas, satisfecho de haber recogido hasta entonces todos los micrófonos. El despacho estaba oscuro; encontró a tientas la lámpara de mesa y la encendió. Diez segundos después se embolsaba los cuatro interceptadores, tres del propio despacho, uno del pequeño cuarto de baño anejo, y se concentraba en la mesa. Miró su reloj; la operación de desmantelamiento había durado nueve minutos, lo que le dejaba por los menos quince para examinar el sanctasanctórum de la señora Vanvlanderen.

Empezó por los cajones de la mesa, abriendo uno tras otro y hojeando papeles sin interés relacionados con trivialidades vicepresidenciales, programas, cartas de personas e instituciones que valdría la pena contestar algún día y documentos de la Casa Blanca, Estado, Defensa y otros departamentos que había que estudiar para poder explicárselos a Orson Bollinger. Nada de valor, nada en absoluto que tuviera que ver con las manipulaciones subterráneas que tenían lugar en el sur de California.

Miró en torno al gran despacho forrado de madera, las estanterías, el elegante mobiliario y las fotografías enmarcadas de las paredes… Fotografías. Había más de veinte, repartidas por los oscuros paneles. Se acercó y empezó a examinarlas, cambiando de un manotazo la posición de una lámpara de mesa para tener mejor luz. Era la acostumbrada colección de fotos halagadoras, en las que se veía al señor Andrew Vanvlanderen y señora en compañía de pesos pesados de la política, desde el presidente pasando por los escalones más altos de la administración y el Congreso. En la pared de al lado había fotos de la dama sin su difunto marido. A juzgar las apariencias, pertenecían sin duda al pasado de Ardis Vanvlanderen, un testimonio que dejaba en claro que ese pasado no carecía de importancia. Predominaban los coches caros, los yates, las pistas de esquí y las pieles lujosas.

Varak estaba a punto de abandonar aquel despliegue de vanidades cuando sus ojos cayeron sobre una foto ampliada jornada sin duda en Lausana, con la orilla norte del lago de Ginebra al fondo. Milos estudió el rostro del hombre de piel oscura que estaba junto al efervescente centro de atracción. Conocía aquella cara, pero no lograba situarla. Después, como siguiendo el rastro de un olor, los ojos del checo fueron a la derecha y abajo, a otra fotografía ampliada tomada también en Lausana, esta en los jardines del Beau-Rivage Palace. Era el mismo hombre. ¿Quién? Y junto a ella había otra más, en Amsterdam, en el Rozengracht, con el mismo tema. ¿Quién era aquel hombre? ¡Concéntrate! Le acudían imágenes, fragmentos de vagas impresiones, pero ningún nombre. Riyad… Medina, Arabia Saudí. Una familia saudí escandalizada y furiosa… Una ejecución programada, después una huida. Había implicados muchos millones… De eso hacía ocho o diez años. ¿Quién era él? Varak pensó en coger una de las fotos, pero instintivamente supo que no debía hacerlo. Quienquiera que fuese aquel hombre, representaba otro aspecto revelador del aparato montado en torno a Orson Bollinger. La falta de la fotografía podía desatar la alarma.

Milos apagó la lámpara y se dispuso a volver a la mesa. Era hora de marcharse, de coger su equipo y reunirse con el Hombre del Sonido, en la calle, frente a la entrada de servicio. Alargaba ya la mano hacia la lámpara en forma de cúpula del escritorio cuando oyó que se abría la puerta del vestíbulo. Rápidamente, apagó la luz y fue a la puerta del despacho, que dejó entornada para poder situarse detrás y observar por la rendija de las bisagras.

Apareció una silueta alta, un hombre solo que se movía en confianza en un ambiente que sin duda le era familiar. Varak frunció el entrecejo un instante; hacía semanas que no Pensaba en el intruso. Era el agente del FBI, el pelirrojo de Mesa Verde, miembro de la unidad asignada al vicepresidente a petición de Ardis Vanvlanderen; el hombre que lo había llevado hasta San Diego. Milos quedó un momento desconcertó, pero solo un momento. La unidad había vuelto a Washington, pero se había quedado atrás uno de los jugadores… Más exactamente, a uno de ellos lo habían comprobado antes de que Varak se lo encontrase en Mesa Verde.

El checo vio cómo el pelirrojo recorría la sala de estar como si buscara algo. Cogió un vaso de debajo de una lámpara revestida de marfil que había sobre una mesa, a la izquierda del sofá, y entró por la puerta que daba a la cocina. Momentos después volvió con un espray en una mano y un paño en la otra. Fue hasta el bar, cogió una a una las botellas, las humedeció con el espray y las secó cuidadosamente. Después hizo lo mismo con el mostrador del bar y lo frotó bien con el paño. A partir del bar, fue pasando por todos los muebles de la sala y repitiendo la limpieza como si estuviese purificando aquel lugar. Varak sabía de sobra lo que estaba haciendo: el agente estaba procediendo a eliminar la presencia de Eric Sundstrom, borrando las huellas del científico.

El hombre dejó el bote de espray y el trapo sobre la mesita y cruzó la habitación… hacia el despacho. El checo se escabulló silenciosamente de su

escondite, entró a toda prisa en el pequeño cuarto de baño y entornó la puerta, dejando una rendija de apenas tres centímetros. Lo mismo que había hecho Milos, el agente del FBI encendió la lámpara de la mesa, se sentó en el sillón y abrió el cajón inferior de la derecha.

Pero hizo algo que no había hecho Varak: apretó un botón invisible. Al instante, la moldura vertical de la mesa saltó.

—¡Dios! —dijo para sí el pelirrojo, con una exclamación que era apenas un susurro, mientras miraba dentro de un escondite sin duda vacío. Sin un solo movimiento inútil, alcanzó el teléfono y marcó. A los pocos segundos hablaba—. ¡No está aquí…! ¡No, estoy seguro! —añadió tras una pausa—. ¡No hay nada…! ¿Qué? ¿Calle abajo? Está bien, volveré a llamarle. —El agente cortó, y en seguida marcó once cifras: larga distancia—. Base cinco, aquí Blackird, misión especial San Diego, clave seis-seis-cero. Confirme, por favor… Gracias. ¿Tenemos en La Jolla vehículos que yo ignoro…? No los tenemos. No, nada urgente; probablemente la prensa. Deben de haber descubierto que el VIP va a ir a una *soirée* pictórica, chúpate esa, una soirée con la crema. Es incapaz de distinguir un Rembrandt de un Al Capp, pero tiene que fingirlo. Lo comprobaré; olvídalo. —Una vez más, el pelirrojo larguirucho cortó y volvió a marcar—. Por nuestro lado no hay nada —dijo en voz baja casi inmediatamente—. No, no hay ninguna ley que diga que tienen que comunicárnoslo… ¿La CIA? Seríamos los últimos en saberlo… De acuerdo, llamaré al aeropuerto. ¿Quiere que hable con su piloto…? Diga lo que diga, después me iré de aquí. La Agencia y el Bureau no se mezclan; nunca lo hemos hecho.

El hombre del FBI colgó y Varak salió del oscuro cuarto de baño llevando su automática negra en la mano.

—No va a irse de aquí tan de prisa —dijo el coordinador de Inver Brass.

—¡Maldición! —exclamó el agente pelirrojo, levantándose.

Se lanzó hacia Varak, que estaba en el umbral, agarró la muñeca derecha del checo con la fuerza de un animal en pánico, le empujó contra la pared, encima del retrete, y le estrelló la cabeza contra el exquisito empapelado. El checo se dejó caer ahorcajadas sobre la tapa, enroscó su pierna izquierda al torso de su agresor y apretó, mientras le daba tal tirón de la mano que empuñaba el arma que estuvo a punto de arrancarla el brazo. Todo había acabado; el pelirrojo cayó al suelo, agarrándose el hombro.

—Levántese —dijo Varak, con el arma al costado, sin molestarse en apuntar a su prisionero. Este luchó por incorporarle y se levantó estremecido, apoyándose en el borde del lavabo de mármol—. Vuélvase —ordenó Milos, empujando al agente a través de la puerta hacia la mesa.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó jadeante el pelirrojo mientras caía a plomo en el asiento, todavía sujetándose el brazo.

—Nos conocemos, pero usted no lo sabe. Una carretera rural en Mesa Verde, al oeste de la casa de cierto congresista.

—¿Era usted?

El agente salió disparado como por un resorte, solo para ser rechazado por Varak.

—¿Cuándo se vendió, federal?

El hombre estudió a Milos a la luz de la lámpara de sobremesa.

—Si es usted un tipo nacionalizado perteneciente a alguna unidad mixta, será mejor que entienda una cosa: estoy aquí en misión especial para el vicepresidente.

—¿Una unidad «mixta»? Ya veo que ha estado hablando con cierta gente muy excitable… No existe tal unidad mixta, y esos vehículos que hay alrededor de la casa de Grinell fueron enviados desde Washington.

—¡No! Acabo de comprobarlo.

—Puede que el Bureau no fuese informado, o quizá le mintieron a usted; no importa. Como todos los que tienen el privilegio de formar parte de organizaciones de élite, estoy seguro de que puede alegar que no hacía más que cumplir órdenes, limpiando unas huellas y buscando unos documentos escondidos de los que no sabe nada.

—¡No lo sé!

—Usted se vendió, y eso es lo único que me importa. Estaba dispuesto a aceptar dinero y privilegios a cambio de servicios prestados aprovechando su cargo oficial. ¿Está también dispuesto a perder la vida por esa gente?

—¿Cómo?

—Pues entérese de esto —dijo tranquilamente Varak, levantando su automática y aplicándola de pronto contra la frente del agente—. No me importa que usted viva o muera, pero hay alguien a quien debo encontrar. Esta noche.

—Usted no conoce a Grinell…

—Grinell me tiene sin cuidado; déjeselo a otros. El hombre a quien quiero es ese cuyas huellas eliminó usted con tanto cuidado de este apartamento. Va a decirme dónde está ahora o va a haber sesos por toda esta mesa, y no me molestaré en limpiarlos. Eso añadirá un matiz de mal muy convincente, muy a juego con todo lo que pasa aquí. ¿Dónde está?

Temblando de pies a cabeza y jadeante, el pelirrojo se apresuró a escupir las palabras.

—¡No lo sé y no le miento! Me ordenaron encontrarme con ellos en una bocacalle cerca de la playa, en Coronado. Le juro que no sé adonde iban.

—Acaba de llamar.

—A un teléfono móvil.

—¿Quién estaba en Coronado?

—Solo Grinell y ese otro tipo, el que me dijo por dónde había andado y todo lo que había tocado aquí, en casa de los Vanvlanderen.

—¿Dónde estaba ella?

—No lo sé. Quizá estaba enferma o tuvo un accidente. Había una ambulancia enfrente de la limusina de Grinell.

—Usted sabe adonde van. Estaba a punto de llamar al aeropuerto. ¿Qué instrucciones le dieron?

—Hacer que mantenimiento tuviese listo el avión para despegar dentro de una hora.

—¿Dónde está ese avión?

—En el internacional de San Diego. En la pista privada que hay al sur de las principales.

—¿Cuál es el destino?

—Eso es solo asunto de Grinell y su piloto. Nunca se lo dice a nadie.

—Usted se ofreció a llamar al piloto. ¿A qué número?

—No lo sé. Si Grinell hubiese querido que lo llamase, me lo hubiera dicho.

—Deme el teléfono del coche. —Así lo hizo el agente, y el checo lo confió a la memoria—. ¿Está seguro?

—Pruebe.

Varak apartó la pistola y volvió a ponerla en la sobaquera.

—Esta noche he oído una palabra que le va como un guante, federal. Escoria, eso es usted. Pero, como ya le dije, carece de importancia para mí, de modo que voy a dejar que se marche. Quizá pueda empezar a montar su defensa como soldado obediente traicionado por sus superiores, o puede que le convenga más salir pitando para México. No lo sé ni me importa. Pero si llama a ese teléfono móvil, es hombre muerto. ¿Lo entiende?

—Solo quiero salir de aquí —dijo el agente, saltando de su asiento y lanzándose hacia la sala de estar, camino de los escalones de mármol y la puerta del vestíbulo.

—También yo —susurró para sí Milos. Consultó su reloj; era ya tarde para bajar a reunirse con el Hombre del Sonido. No importa, pensó; el tipo era rápido y comprendería en seguida lo que necesitaba de las cintas y las transcripciones. Después, tomaría prestado su coche y lo aparcaría en el aeropuerto internacional de San Diego. Allí, en una pista privada, al sur de las principales, encontraría al traidor a Inver Brass. Lo encontraría y lo mataría.

Sonó el teléfono, sobresaltando a Kendrick y arrancándolo de un sueño inquieto. Desorientado, su mirada se centró en la ventana del hotel y en la espesa nevada que se arremolinaba más allá del cristal. Volvió a sonar el timbre, y, pestañeando, encontró el origen del ruido. Encendió la lámpara de la cabecera y lo cogió, mirando a la vez su reloj. Eran las cinco y veinte de la mañana. ¿Kalila?

—¿Sí, hola?

—Atlanta trabajó toda la noche —dijo el jefe de patología del hospital—. Acaban de llamarme y pensé que querría saberlo.

—Gracias, doctor.

—Aunque a lo mejor preferiría ignorarlo. Todas las pruebas son positivas, me

temo.

—¿Cáncer? —preguntó Evan, tragando saliva.

—No. Podría darle el término médico, pero no significaría nada para usted. Es una forma de salmonela, una cepa de virus que ataca a los pulmones y coagula la sangre hasta inutilizarla como vehículo del oxígeno. Se comprende por qué, a primera vista, el señor Weingrass pensó que era cáncer. Aunque tampoco esto es ningún regalo.

—¿Cómo se cura? —dijo Kendrick, apretando el teléfono.

Hubo un breve silencio.

—No lo sabemos. Es irreversible. En los distritos *kasay* de Africa matan al ganado y lo queman, arrasan las aldeas enteras y las queman también.

—¡Me importan un rábano el ganado y las aldeas africanas…! Lo siento, no era mi intención gritarle.

—No importa; va con el oficio. Miré en el mapa. Debe de haber comido en un restaurante omaní que servía comida centroafricana para los trabajadores importados. Platos mal fregados, ya sabe. Es así como se transmite.

—Se ve que no conoce a Emmanuel Weingrass; sería el último sitio en que comería. No, doctor, no fue transmitido sino implantado.

—¿Cómo dice?

—Nada. ¿Cuánto hace que lo tiene?

—El CCE dice que puede variar. De uno a tres meses quizá cuatro. No más de seis.

—Puedo decirle que podría durarle un par de años.

—Puede decirle lo que quiera, pero con eso no va a mejorarle la respiración. Tendrá que tener siempre oxígeno a mano.

—Lo tendrá. Gracias, doctor.

—Lo lamento, señor Kendrick.

Evan se levantó y paseó por la habitación, cada vez más furioso. Un médico fantasma desconocido en Mesa Verde, pero no para ciertos funcionarios del gobierno norteamericano. Un simpático doctor que solo quería recoger un poco de sangre… y después desapareció. De repente, Evan gritó con voz ronca, mientras le corrían las lágrimas por la cara.

—¿Dónde estás, Lyons? ¡Te encontraré!

Frenético, estrelló el puño contra la ventana más cercana y rompió el cristal, de modo que el viento y la nieve empezaron a invadir la habitación.

37

Varak se acercó al último de los hangares de mantenimiento de la zona privada del aeropuerto internacional de San Diego. Policías y agentes de aduanas armados recorrían continuamente en coches eléctricos y motocicletas las callejuelas del enorme complejo, mientras voces y ruidos brotaban esporádicamente de las radios de los vehículos. Las personas ricas y las muy provechosas empresas que eran los clientes habituales de la zona podían así evitar los engorros de los viajes aéreos normales, pero no el escrutinio de las agencias federales y municipales que patrullaban el sector. Además del habitual plan de vuelo y las autorizaciones de ruta, todo avión que se preparaba para despegar era sometido a una inspección a fondo. Aparte de eso, toda persona que subía a bordo podía ser registrado si parecía conveniente, casi como si formase parte del populacho. A algunos ricos sospechosos no les iba muy bien con el sistema.

El checo había entrado con toda naturalidad en la confortable sala de espera donde los viajeros de élite aguardaban el momento de la salida. Preguntó por el avión de Grinell, y la atractiva empleada que estaba tras el mostrador fue mucho más amable de lo que esperaba.

—¿Va usted en ese vuelo, señor? —le preguntó, disponiéndose a teclear su nombre en la computadora.

—No; solo he venido a entregar unos documentos.

—En ese caso le sugiero. Que vaya al hangar siete. El señor Grinell rara vez viene por aquí; va derecho a la aduana y después al avión, cuando lo sacan para la inspección.

—Si pudiese indicarme…

—Haremos que le lleve uno de nuestros cochecitos.

—Preferiría ir andando, si no le importa. Quiero estirar las piernas.

—Como quiera, pero no se salga de la calle. Los de seguridad son muy quisquillosos.

—Iré de farola en farola —dijo Milos, sonriendo—. ¿Le parece bien?

—No es mala idea. La semana pasada un tipo de Beverly Hills entró aquí borracho y también quería pasear. Se equivocó de rumbo y acabó en la cárcel de San Diego.

—¿Solo por pasear?

—Bueno, llevaba unas píldoras muy raras…

—Yo no llevo ni aspirina.

—Salga, vuelva a la derecha hasta la primera calle y otra vez a la derecha. Es el último hangar al borde de la pista. El señor Grinell tiene el mejor sitio. Me gustaría que viniese por aquí más a menudo.

—Es una persona muy reservada.

—Invisible, eso es lo que es.

Varak miraba sin cesar a su alrededor, mientras decía que no con la cabeza a los conductores de los cochecitos y los *scooters* que se le acercaban desde ambas direcciones, unos disminuyendo la marcha, otros pasando a toda velocidad.

Y vio lo que quería ver. Había luces con disparador entre la fila de hangares de la derecha, que funcionaban si alguien atravesaba el haz luminoso que conectaba las estaquillas opuestas que servían de demarcación. ¿De qué?, se preguntaba el checo. ¿Del césped de futuras casas suburbanas en las que cada cual temía a su vecino? Al lado izquierdo de la calle no había más que una extensión vacía de hierba alta que bordeaba una pista auxiliar. Sería su salida del aeródromo privado una vez terminado lo que lo había llevado allí.

La empleada de la sala de espera había sido precisa, pensó Milos mientras se acercaba a las inmensas puertas abiertas del último hangar. El avión de Grinell estaba en el mejor sitio. Una vez recibida la autorización, podía salir del campo. Por la puerta opuesta y despegar, sin perder tiempo, durante las horas de calma. A algunos de los ricos no les iba tan mal.

Dos guardias de uniforme estaban dentro del hangar, al borde del paseo donde el piso oscuro de la pista se unía con el suelo de cemento del interior. Más allá, un reactor Rockwell con hombres sobre sus alas plateadas permanecía inmóvil, como un pájaro metálico presto a lanzarse al cielo nocturno. Milos se fijó en los uniformes de los guardianes; no eran ni federales ni municipales; pertenecían a una empresa privada de seguridad. De esa comprobación nació otra idea, mientras advertía que uno de los hombres era muy corpulento y muy lleno de cintura y hombros. No se perdía nada con probar. Había llegado a su puesto, pero sería mucho más satisfactorio ejecutar al traidor de cerca, asegurándose de la perfección del trabajo.

Varak caminó tranquilamente por el asfalto hacia la imponente entrada del hangar. Los dos guardianes se adelantaron, uno de ellos después de aplastar un cigarrillo con el pie.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó el tipo fornido que estaba a la derecha del checo.

—Negocios —respondió amablemente Varak—. Asuntos confidenciales.

—¿Qué significa eso? —dijo el guardia más bajo, el de la izquierda.

—Tendrán que preguntárselo al señor Grinell. Yo no soy más que un mensajero, y me dijeron que hablase solo con una persona, que le daría la información al señor Grinell cuando llegase.

—Las historias de siempre —dijo el vigilante de menor estatura a su compañero —. Si tiene documentos o dinero, necesita autorización. Si encuentran en el avión algo de lo que no tengan noticia, no lo dejan salir, y el señor Grinell se pondrá hecho una fiera, ¿me comprende?

—Perfectamente, amigo. Solo traigo palabras que deben ser repetidas con toda precisión.

—Entonces hable.

—Solo a una persona —dijo Varak—. Y lo elijo a él —continuó, señalando al tipo más fuerte.

—Ese es tonto. Elíjame a mí.

—Me dijeron a quién debía elegir.

—¡Mierda!

—Por favor, venga conmigo —dijo el checo, haciendo un gesto hacia la derecha, detrás de las luces de alarma—. Voy a registrar nuestra conversación, pero sin nadie escuchando.

—¿Por qué no se lo dice al jefe en persona? —objetó el desdeñado—. Estará aquí dentro de unos minutos.

—Porque nunca debemos vernos cara a cara, en ningún sitio. ¿Le importaría preguntárselo a él?

—Más bobadas.

Cuando doblaron la esquina del hangar, Varak levantó la mano izquierda ahuecada.

—¿Le importaría hablar hacia esto? —dijo, siempre tan amable.

—Lo que usted diga, señor.

Serían las últimas palabras que recordase. El checo lanzó la dura base plana de la mano derecha contra su omóplato, y a continuación tres golpes de canto a su garganta y otro con los nudillos a los párpados superiores. El guardia se derrumbó y Varak empezó inmediatamente a desnudarlo. Un minuto y veinte segundos después estaba vestido con el uniforme del hombretón. Se puso los pantalones y se remangó, doblando los puños por encima de las muñecas. Estaba preparado.

Cuarenta segundos más tarde, una limusina negra llegó y se detuvo al comienzo de la entrada al hangar. El checo salió de las sombras y se dirigió lentamente a la zona de penumbra. Se apeó un hombre del enorme vehículo, y, aunque Milos nunca lo había visto, supo que era Crayton Grinell.

—¡Hola, jefe! —chilló el guardia que estaba a la izquierda del hangar, mientras la figura de cara grisácea y abrigo caminaba rápida y furiosamente por el oscuro suelo —. Recibimos un mensaje. Benny está grabando no sé qué…

—¿Por qué no está ya ese maldito aeroplano fuera, en la pista? —rugió Grinell—. ¡Tenemos todos los permisos, idiotas!

—¡Fue Benny quien habló con ellos, no yo! Le dijeron que de cinco a diez minutos. ¡Si hubiera estado yo al teléfono! Es que no lo aguanto… Debería decir a ese tipo que hable conmigo.

—¡Cállate! ¡Avisa a mi chófer y dile que saque a ese hijo de puta! ¡Si ellos no pueden pilotarlo, él sí!

—Claro, patrón. Lo que usted diga, jefe… Ya están arrancando.

Mientras el guardia empezaba a gritar al conductor de la limusina, el checo se unió al brote de actividad y echó a correr hacia el enorme automóvil.

—¡Gracias! —gritó al pasar el chófer, al ver el uniforme de Varak—. ¡Siempre

aparece en el último minuto!

Milos corrió en torno al maletero del coche hasta situarse en el lado opuesto, abrió la puerta de atrás y saltó dentro, a un traspontín. Se sentó rígido, mirando fijamente a la cara a un asombrado Eric Sundstrom.

—Hola, profesor —dijo suavemente.

—¡Era una trampa! ¡Me tendió una trampa! —gritó el científico entre las sombras del asiento, mientras fuera llenaba la noche el rugido de los motores del reactor—. ¡No sabe lo que hace, Varak! ¡Estamos al borde de un gran avance en el espacio! ¡Hay tantas cosas maravillosas que aprender! ¡Estábamos equivocados! ¡Inver Brass está equivocado! ¡Debemos continuar!

—¿Aunque volemos medio planeta?

—¡No sea imbécil! ¡Nadie va a volar nada! Unos y otros somos gente civilizada, civilizada y asustada. Cuanto más construimos, más miedo hay. Esa es la protección última del mundo. ¿No se da cuenta?

—¿Y llama a eso civilizado?

—Lo llamo progreso. ¡Progreso científico! Usted no lo entendería, pero cuanto más construimos, más aprendemos.

—¿Mediante armas de destrucción?

—¿Armas? ¡Es usted un lamentable ingenuo! «Armas» es solo una etiqueta, como «pescado» o «verduras». Es la excusa que utilizamos para financiar el avance científico a una escala que de otro modo resultaría prohibitiva. La teoría de la «mayor fuerza explosiva por dólar» está obsoleta; tenemos toda la fuerza que podemos necesitar. Está en los sistemas de lanzamiento, dirección orbital y comunicaciones, en los láseres direccionales que pueden ser refractados en el espacio para localizar hasta la tapa de un registro desde miles de kilómetros de distancia.

—¿Y lanzar una bomba?

—Solo si alguien trata de detenernos —respondió con voz tensa el científico, como si la simple perspectiva bastase para encolerizarlo. Después esa furia estalló. De repente sus rasgos de querubín se convirtieron en la grotesca faz de una gárgola monstruosa—. ¡Investigación, investigación, investigación! —gritó con voz estridente, semejante a los gruñidos de un cerdo furioso—. ¡Que nadie se atreva a detenernos! ¡Vamos hacia un nuevo mundo en que la ciencia imperará sobre toda la civilización! ¡Están ustedes atacando a una facción política que comprende nuestras necesidades y no podemos tolerarlo! ¡Kendrick es peligroso! ¡Ustedes lo han visto, lo han oído en esas audiencias, haciendo preguntas estúpidas, obstaculizando nuestro progreso!

—Es lo que pensé que diría. —Varak llevó lentamente la mano bajo el faldón de su chaqueta de uniforme—. ¿Sabe cuál es el castigo universal de la traición, profesor?

—¿De qué está hablando? —Con las manos temblándole y el corpachón lleno de sacudidas mientras le corría el sudor por la cara, Sundstrom se acercó a la puerta—. Yo no he traicionado a nadie… Estoy tratando de evitar un tremendo error, una

horrible equivocación cometida por lunáticos mal aconsejados. ¡Hay que detenerlos, a todos ustedes! ¡No pueden interponerse en el camino de la mayor máquina científica que ha conocido el mundo!

Entre las sombras, Varak sacó su automática. La luz reflejada en el cañón fue a dar en los ojos de Sundstrom.

—Ha tenido meses para decir esas cosas; en cambio, permaneció en silencio mientras los demás confiaban en usted. Por su traición se perdieron vidas, hubo cuerpos mutilados… Es usted una basura, profesor.

—¡No! —gritó Sundstrom, estrellándose contra la puerta. Sus dedos temblorosos agarraron la manilla y la puerta se abrió de golpe. Milos hizo fuego y la bala alcanzó la parte inferior de la espina dorsal de Sundstrom mientras el traidor, chillando, caía al asfalto—. ¡Ayúdenme! ¡Quiere matarme! ¡Dios mío, me ha dado…! ¡Mátenlo, mátenlo!

Varak volvió a disparar, ahora apuntando con firmeza, y la parte posterior del cráneo del científico voló por los aires.

A los pocos segundos, entre gritos de confusión, desde el hangar contestaron al fuego. El checo fue alcanzado en el pecho y en el hombro izquierdo. Se apeó de un salto por la portezuela del lado de la calle y rodó una y otra vez detrás de la limusina hasta llegar al bordillo opuesto. Dolorido, se arrastro sobre él y gateó hasta la oscuridad de las altas hierbas que bordeaban una pista auxiliar. Estuvo a punto de no conseguirlo; se oían ya por todas partes sirenas y motores embalados. Las fuerzas de seguridad estaban convergiendo en el hangar siete, mientras al otro lado de la calle el guardián y el chófer de Grinell se acercaban a la limusina, disparando repetidamente hacia el interior. Varak fue alcanzado de nuevo. Un rebote, una bala perdida, lo penetró, quemándole, en el estómago. ¡Tenía que alejarse! ¡Su labor no había terminado!

Se volvió y echó a correr por entre la hierba, mientras se quitaba la chaqueta del uniforme y se detenía brevemente para hacer lo mismo con los pantalones. La camisa iba empapándose de sangre y sentía las piernas cada vez más inseguras. ¡Tenía que ahorrar fuerzas! Necesitaba llegar a una carretera, encontrar un teléfono… ¡Era preciso!

Reflectores. ¡Desde una torre situada a su espalda! Volvía a estar en Checoslovaquia, en la cárcel, cruzando por el recinto a la carrera camino de una cerca, de la libertad. Un haz de luz pasó cercano, y, como había hecho en aquella prisión de las afueras de Praga, se tiró al suelo y permaneció inmóvil hasta que lo vio alejarse. Consiguió ponerse en pie, sabiendo que estaba cada vez más débil pero no podía detenerse. A lo lejos había otras luces… ¡las de una calle! ¡Y otra cerca! Libertad, libertad.

Tensando todos los músculos a cada esfuerzo, fue escalando la cerca, para encontrarse alambre de espino en lo alto. No aportaba. Con lo que parecían sus últimos vestigios de fuerza pasó por encima, desgarrándose la ropa y la carne

mientras se dejaba caer al suelo. Quedó allí, respirando profundamente y llevándose alternativamente las manos al vientre y al Pecho. ¡Adelante! ¡Ahora!

Llegó a la carretera. Era una de esas vías estrechas y cuidadas frecuentes en las cercanías de los aeropuertos, donde nadie construye por culpa del ruido. Aun así, pasan por ellas coches, y sirven de atajo a quienes conocen la zona. Torpemente, con paso indeciso, llegó hasta allí y levantó los brazos al ver acercarse un automóvil. Pero el conductor no estaba por la labor. Dio un volantazo a la izquierda y pasó Junto a él a toda velocidad. Momentos después llegó un segundo coche por la derecha. Milos se puso tan tieso como pudo y levantó una mano, una civilizada señal de estar en apuros. El coche disminuyó la marcha y se detuvo, mientras el checo se llevaba la mano a la sobaquera.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el hombre con uniforme de marino que iba al volante. Las alas doradas indicaban que era piloto.

—He tenido un accidente —dijo Varak—. Me salí de la carretera a cosa de un kilómetro de aquí y nadie se ha parado a ayudarme.

—Está usted bastante fastidiado, compañero. Suba y lo llevaré al hospital. ¡Qué barbaridad! Venga, le echaré una mano.

—No se moleste, puedo arreglármelas —dijo Varak, dando la vuelta alrededor del capó. Abrió la puerta y subió—. Si le mancho el coche le pagaré de buena gana.

—No se preocupe por eso.

El oficial embragó y arrancó mientras el checo volvía a dejar su automática invisible en la funda.

—Es usted muy amable —dijo Milos, sacando papel y pluma y escribiendo palabras y números en la oscuridad.

—Está muy mal, amigo. Aguante un poco.

—Por favor, tengo que encontrar un teléfono. ¡Por favor!

—El seguro puede esperar, amigo.

—No, no es el seguro —tartamudeó Varak—. Es mi mujer. Hace horas que me espera… y tiene problemas psicológicos.

—Como todas. ¿Quiere que llame yo?

—No; se lo agradezco mucho. Pensaría que la cosa es mucho peor.

El checo se arqueó hacia atrás en el asiento, con una mueca de dolor.

—Hay un puesto de fruta a algo más de un kilómetro. Conozco al dueño y tiene teléfono.

—No sé cómo agradecérselo.

—Lléveme a cenar cuando salga del hospital.

El perplejo dueño de la frutería pasó el teléfono a Varak, a quien el oficial naval no quitaba ojo, preocupado por su estado. Milos llamó al hotel Westlake.

—Habitación cincuenta y uno, por favor.

—Diga, ¡diga! —gritó Kalila con voz soñolienta.

—¿Tiene una respuesta para mí?

—¿Milos?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—No estoy demasiado bien, señorita Rashad. ¿Tiene ya la respuesta?

—¡Está herido!

—Su respuesta.

—Luz verde. Payton se retira. Si Evan consigue la nominación, es cosa suya. La carrera ha empezado.

—Hace más falta de la que usted puede imaginar.

—No sé si él estará de acuerdo.

—¡Tiene que estarlo! Mantenga libre la línea. Volveré a llamarla.

—¡Está herido!

El checo cortó e inmediatamente volvió a marcar.

¿Sí?

—¿El Hombre del Sonido?

—¿Praga?

—¿Cómo va eso?

—Estará dentro de un par de horas. La mecanógrafa tiene puestos los auriculares y está dale que te dale. Aunque no le ha sentado bien lo de trabajar toda la noche.

—No importa el precio. Está… cubierto.

—¿Qué le ocurre? Apenas puedo oírle.

—Un leve catarro. Encontrará diez mil en el buzón de su estudio.

—Bueno, no soy un ladrón.

—Soy un derrochador, ¿recuerda?

—No me suena usted nada bien, Praga.

—Por la mañana, llévelo todo al Westlake, habitación cincuenta y uno. La mujer se llama Rashad. Déselo únicamente a ella.

—Rashad. Habitación cincuenta y uno. Lo tengo.

—Gracias.

—Escuche: si se ve en apuros, hágamelo saber. ¿De acuerdo? Quiero decir, si hay algo que yo pueda hacer.

—Su coche está en el aeropuerto. Por la sección C —dijo el checo, y colgó. Levantó el teléfono por última vez y volvió a marcar—. Habitación cincuenta y uno.

—¿Diga?

—Lo recibirá… todo… por la mañana.

—¿Dónde está? ¡Déjeme enviarle ayuda!

—Por la… mañana. ¡Déselo al señor B!

—Maldita sea, Milos. ¿Dónde está?

—No importa… Hable con Kendrick. Él puede saberlo.

—¿Saber qué?

—Las fotografías… La Vanvlanderen… Lausana, el lago Leman, El Beau,

Rivage, los jardines. Después Amsterdam, el Rozengracht. En el hotel… su estudio. ¡Dígaselo! ¡El hombre es un saudí y le ocurrieron cosas… millones, *millones*! —Milos apenas podía hablar; no le llegaba el aliento. *¡Sigue… sigue!*— ¡Fuga… millones!

—¿De qué demonios está hablando?

—¡Él puede ser la clave! No permitan que nadie quite las fotografías… Hable con Kendrick. ¡Él puede recordar!

El checo perdió el control de sus movimientos. Intentó volver a poner el teléfono sobre el mostrador, sin acertar con la horquilla, y cayó al suelo frente al puesto de frutas de una apartada carretera, más allá del aeropuerto de San Diego. Milos Varak había muerto.

38

Los titulares e informaciones de la mañana oscurecieron todas las demás noticias. El secretario de Estado y toda su delegación habían sido brutalmente asesinados en un hotel de Chipre. La Sexta Flota iba rumbo a la isla, con todas sus armas y aviones dispuestos. La nación estaba paralizada, furiosa, y no poco asustada. Parecía alzarse en el horizonte el horror de una fuerza maligna e incontrolable que llevaba al país al borde de una confrontación total, al provocar al gobierno a responder con el mismo horror y brutalidad. Pero, en un rasgo de rara e intuitiva inteligencia geopolítica, el presidente Langford Jennings dominó la tormenta. Habló con Moscú, y el resultado fue una condena por parte de ambas superpotencias. El monstruoso suceso de Chipre fue considerado un acto terrorista aislado, que encolerizó al mundo entero. Palabras de alabanza y dolor por un gran hombre llegaron de todas las capitales del mundo, amigos o adversarios.

En las páginas 2, 7 y 45, respectivamente, del *San Diego Union*, y en la 4, 50 y 51 de *Los Ángeles Times* venían las siguientes noticias de agencia, mucho menos importantes.

San Diego, 22 de diciembre.

Ardis Vanvlanderen, jefa de la oficina del vicepresidente Orson Bollinger y cuyo marido, Andrew Vanvlanderen, murió ayer de un paro cardíaco, se suicidó a primeras horas de esta mañana, al parecer a causa de su dolor. Su cuerpo apareció en la playa de Coronado, y la muerte se atribuyó a inmersión. Camino del aeropuerto, su abogado, señor Crayton Grinell, de La Jolla, la había dejado en la funeraria para una última visita a su marido. Según fuentes del establecimiento, la viuda estaba bajo una gran tensión que apenas le permitía hablar con coherencia. Aunque la esperaba una limusina, salió sin ser vista por una puerta lateral, y al parecer tomó un taxi hasta la playa de Coronado…

Ciudad de México, 22 de diciembre.

Eric Sundstrom, uno de los más destacados científicos y creadores de tecnología espacial norteamericanos, murió de una hemorragia cerebral mientras estaba de vacaciones en Puerto Vallaría. Disponemos todavía de pocos detalles. Un informe completo sobre su vida y obra aparecerá en las ediciones de mañana.

San Diego, 22 de diciembre.

Un hombre no identificado, sin documentación, pero que portaba una pistola, murió de heridas de bala en una carretera apartada, al sur del

Aeropuerto Internacional. El capitán de corbeta John Demartin, un piloto naval, lo recogió, y dijo a la policía que el hombre aseguraba haber sufrido un accidente de automóvil. Debido a la cercanía del campo privado contiguo al aeropuerto, las autoridades sospechan que la muerte puede estar relacionada con un asunto de drogas.

Evan fue a San Diego en el primer vuelo de la mañana desde Denver. Había insistido en ver a Manny a las seis y se salió con la suya.

—Te vas a poner bien —le mintió.

Weingrass contraatacó.

—¿Adónde vas?

—A ver a Kalila a San Diego. Me necesita.

—Entonces vete de aquí. No quiero ver ni un segundo más tu fea cara. Vete con ella, ayúdala. ¡Cazad a esos bastardos!

El viaje en taxi desde el aeropuerto al hotel en medio de un tráfico madrugador se le hizo interminable, situación que apenas remedió el taxista, que lo reconoció y se lanzó a un torrente de invectivas contra los árabes.

—Deberían cogerlos a todos y cargárselos, ¿no cree?

—Desde luego. Incluidas mujeres y niños.

—¡Por supuesto! ¡Los mocosos crecen y hacen más mocosos!

—Es una buena solución. Hasta podría llamarse final.

—Es el único modo, ¿no cree?

—No sé. Teniendo en cuenta su número y el precio a que están las municiones, el coste sería excesivo. Nos subirían los impuestos.

—¿Bromea? ¡Mierda! Ya pago de sobra. Tiene que haber otra manera.

—Estoy seguro de que dará con ella. Y ahora, si me perdona, tengo que leer una cosa.

Kendrick volvió a su ejemplar del *Denver Post*, con las terribles noticias de Chipre, y el taxista, ofendido o sintiéndose abandonado, dedicó su atención a la radio. Lo mismo que en los periódicos, las noticias trataban casi exclusivamente del abominable acto terrorista en el Mediterráneo, con grabaciones *in situ* y repetidas entrevistas a figuras mundiales, traducidas de diversas lenguas, condenando la bárbara acción. Y, como si la muerte tuviese que seguir a la muerte, un Evan estupefacto oyó decir al locutor:

—*Aquí en San Diego tuvimos otra tragedia. La señora Ardis Vanvlanderen, jefa de la oficina del vicepresidente Bollinger, fue encontrada muerta a primeras horas de esta mañana cuando su cadáver apareció flotando en la playa de Coronado en lo que se considera un suicidio…*

Kendrick se echó hacia adelante en el asiento… ¿Ardis? ¿Ardis *Vanvlanderen*?

¡Ardis *Montreaux*! Las Bahamas… Un disoluto socio menor de *Off* Shore Investments le había dicho hacía años que Ardis Montreaux se había casado con un millonario californiano. ¡Por eso había ido Kalila a San Diego! Mitchell Payton había encontrado a la «zorra». ¡La jefa de la oficina de Bollinger! El locutor siguió divagando sobre el dolor de la reciente viuda, una suposición que a Kendrick le pareció de lo más sospechoso.

Atravesó el vestíbulo del hotel y cogió el ascensor hasta la quinta planta. Estudiando las flechas numeradas, echó a andar por el pasillo hacia la habitación de Kalila, ansioso y deprimido a un tiempo; ansioso por verla y abrazarla, deprimido por Manny, por la matanza de Chipre, por tantas cosas, pero sobre todo por Emmanuel Weingrass, víctima de un asesinato programado. Llegó a la puerta, dio cuatro golpecitos e inmediatamente oyó dentro pasos apresurados. Se abrió de golpe la puerta y la tuvo en sus brazos.

—Dios mío, te quiero —susurró con palabras apresuradas—. ¡Y está todo tan mal, tan condenadamente mal!

—De prisa. Entra.

Kalila cerró la puerta, se volvió hacia él y le cogió la cara entre las manos.

—¿Y Manny?

—Le quedan de tres a seis meses de vida. Se está muriendo de un virus que solo puede haber contraído mediante una inyección.

—El inexistente doctor Lyons.

—Lo encontraré aunque me cueste veinte años.

—Tendrás toda la ayuda que pueda darte Washington.

—Las noticias son malas en todas partes. En Chipre, el mejor hombre de la administración despedazado…

—El origen está aquí, Evan. Aquí en San Diego.

—¿Cómo?

Kalila se apartó y le cogió la mano para llevarlo, cruzando la habitación, hasta donde había dos sillones con una mesita redonda en medio.

—Siéntate, cariño. Tengo que contarte muchas cosas que no pude decirte antes. Además, tienes que hacer algo. Por eso te pedí que vinieses.

—Me parece que sé una de las cosas que vas a decirme. Ardis Montreaux, la viuda de Vanvlanderen. Lo oí por la radio; dicen que se suicidó.

—Lo hizo al casarse con su difunto marido. Viniste para verla, ¿no es así?

—Sí. —Rashad afirmó con la cabeza mientras se sentaba a la mesa—. Vas a oírlo y leerlo todo. Tengo cintas y transcripciones; me las entregaron hace una hora.

—¿Y qué hay de Chipre?

—La orden partió de aquí, de un hombre llamado Grinell.

—No sé nada de él.

—Pocos lo saben. Evan, esto es peor que cuanto pudimos imaginar.

—¿Lo supiste por Ardis…? Sí, fuimos Ardis y Evan.

—Lo sé. No, no por ella; solo echamos una ojeada al asunto y ya fue bastante estremecedor. Nuestra fuente principal es un hombre a quien mataron anoche junto al aeropuerto.

—Por Dios, ¿quién?

—El europeo rubio, cariño.

—¿Qué?

Kendrick se dejó caer hacia atrás en su asiento, con la cara roja.

—No solo grabó mi entrevista, sino una conversación posterior que lo descubrió todo. Excepto el de Grinell, no tenemos nombres; pero podemos reunir un cuadro, una especie de *puzzle* de figuras borrosas, y es estremecedor.

—Un gobierno dentro del gobierno. Esas fueron las palabras de Manny. «Los servidores dirigiendo la casa del amo».

—Tenía razón, como de costumbre.

Kendrick se levantó, fue a una ventana, se apoyó en el alféizar y miró fuera.

—¿Quién era el hombre rubio?

—No llegamos a saberlo; pero, quienquiera que fuese, murió mientras nos daba la información.

—El expediente de Omán. ¿Cómo lo consiguió?

—Solo quiso decirme que su fuente fue una buena persona que te apoya para un puesto político más alto.

—¡Eso no me dice nada! —exclamó Evan, dando la espalda la ventana—. ¡Tiene que haber algo más!

—No lo hay.

—¿Tenía idea de lo que han hecho? ¡Esas vidas perdidas, carnicería!

—Dijo que sentía sobre todo los errores de juicio. No sabía que solo iba a poder lamentarlo un par de horas.

—¡Maldita sea! —rugió Kendrick hacia las paredes—. ¿Qué hay de ese Grinell? ¿Lo han cogido?

—Ha desaparecido. Su avión salió de San Diego para Tucson. Nadie lo supo hasta por la mañana. Estuvo en tierra una hora y despegó sin plan de vuelo. Así fue como lo descubrimos.

—Un avión puede chocar de esa manera.

—No si conectan con el tráfico aéreo mejicano a través de la frontera. M. J. cree que la guardia de seguridad de Grinell puede haber visto a los vehículos federales esperándolo cerca de su casa de La Jolla.

Evan volvió a la mesa y se sentó como un hombre agotado vencido.

—¿Adónde vamos?

—Abajo, a la *suite* de los Vanvlanderen. Nuestro europeo quería que vieses algo; bueno, unas fotos. No sé por qué, pero dijo que el hombre era un saudí y que quizá lo recordases Habló de millones y de una fuga. Hemos sellado el apartamento. No se permite la entrada, dado que su ocupante era jefa de la oficina de Bollinger y podría

haber documentos confidenciales.

—Está bien. Vamos.

Subieron en el ascensor hasta la tercera planta y se acercaron a la puerta del apartamento. Los dos agentes de policía armados y uniformados que estaban junto a ella hicieron una seña afirmativa, y el de la izquierda se volvió, introdujo la llave y abrió la puerta.

—Es un honor conocerlo, congresista —exclamó el de la derecha, alargando impetuosamente la mano.

—Encantado —dijo Kendrick, estrechándosela y entrando.

—¿Qué tal sienta ser toda una celebridad? —le preguntó Kalila cerrando la puerta.

—No es cómodo ni agradable —replicó Evan mientras cruzaban el vestíbulo de mármol, camino de la sala—. ¿Dónde están esas fotos?

—No entró en detalles; solo dijo que estaban en el despacho, y que debías buscar las tomadas en Lausana y en Amsterdam.

—Allí —dijo Kendrick, al ver una lámpara de sobremesa encendida en una habitación situada a la izquierda cruzaron el suelo alfombrado y entraron en el estudio. Evan ajustó la mirada al interior en penumbra, y después fue hasta otra lámpara que había enfrente y la encendió. La luz cayó sobre el entramado de fotos.

—¡Dios mío! ¿Por dónde empezamos? —dijo Kalila.

—Despacio y con cuidado. —Kendrick descartó rápidamente el panel de la izquierda y se concentró en el de la derecha—. Esto es Europa —dijo, recorriéndolos con la vista—. Y esto Lausana —añadió, fijándose en las dos personas que aparecían en una ampliación con la costa del lago Leman al fondo—. Son Ardis y… No, no puede ser.

—¿Qué no puede ser?

—Un momento. —Evan siguió el *puzzle* fotográfico hasta llegar abajo, a la derecha, y se concentró en otra ampliación enmarcada donde las caras eran más visibles—. Otra de Lausana. Estos son los jardines del Beau-Rivage… ¿Será posible?

—Habló del Beau-Rivage; me refiero al rubio. Y también de Amsterdam, del Rose no sé qué.

—El Rozengracht. Aquí está. —Kendrick señaló una fotografía en la que las caras de las dos personas eran todavía más nítidas, más distintas—. ¡Dios mío, es él!

—¿Quién?

—Abdel Hamendi. Lo conocí hace años en Riyad. Era ministro hasta que la familia real lo cogió trabajando en su propio provecho, ganando millones con falsos arriendos y sucedáneos de contratos. Iba a ser ejecutado en público, pero consiguió salir del país. Dicen que se construyó una fortaleza en algún lugar de los Alpes, cerca de Divonne, y se lanzó a los negocios. Armamentos. Me aseguraron que se había convertido en el más poderoso traficante de armas del mundo y el menos visible.

—Ardis Vanvlanderen mencionó a Divonne en la segunda cinta. Lo hizo de

pasada, pero ahora cobra sentido.

Evan retrocedió y miró a Kalila.

—El instinto de nuestro europeo muerto no se equivocaba. No recordaba los detalles, pero vio sangre en Hamendi con la misma seguridad que si brotase de esa fotografía. Un gobierno dentro del gobierno que trata con el agente distribuidor de todas las armas ilícitas del mundo. —De pronto Kendrick arrugó el entrecejo, sobresaltado—. ¿Tiene eso algo que ver con Bollinger?

—El europeo dijo que no había modo de saberlo. Solo una cosa es segura: Bollinger es el punto de unión de los mayores cotizantes políticos del país.

—Una posición inatacable…

—Hay algo más que deberías saber. El marido de Ardis Vanvlanderen fue quien entró en contacto con los terroristas. Él organizó el ataque a tus casas.

—¡Dios! —rugió Evan—. ¿Por qué?

—Por ti. El blanco eras tú; quería matarte. Actuó solo; por eso mataron a su mujer cuando los otros se enteraron, para eliminar cualquier relación con ellos; pero todos te temen. A partir de la semana próxima va a empezar una campaña a escala nacional para llevarte a la candidatura, reemplazando a Bollinger como nuevo vicepresidente.

—¿La gente del europeo rubio?

—Sí. Y los que rodean a Bollinger no pueden consentirlo, creen que vas a arrinconarlos, a reducir su influencia a la nada.

—Voy a hacer algo más que eso. No voy a arrinconarlos, voy a arrancar esa mala hierba. Chipre, Fairfax, Mesa Verde… ¡Bastardos! ¿Quiénes son? ¿Hay una lista?

—Podemos hacerla, repleta de nombres, pero no sabemos quien está implicado y quién no.

—Vamos a averiguarlo.

—¿Cómo?

—Voy a entrar en el bando de Bollinger. Van a ver a otro congresista Kendrick, alguien a quien se puede comprar para que renuncie a una candidatura nacional.

Mitchell Jarvis Payton miraba por la ventana desde su escritorio de Langley, en Virginia. Había tanto en qué pensar que no podía hacerlo en las Navidades, lo que no dejaba de ser una pequeña suerte. No lamentaba la vida que había elegido, pero Navidad era un trance difícil. Tenía dos hermanas casadas en el Medio Oeste y todo un surtido de sobrinas y sobrinos, a quienes había enviado los regalos de costumbre, comprados por su secretaria de muchos años; pero no sentía el menor deseo de ir a pasar las fiestas con ellos. No tenían mucho que comentar; había estado demasiado tiempo en la otra cara del mundo para mantener conversaciones sobre un almacén de maderas y una empresa de seguros, y, por supuesto, de su trabajo no podía hablar. También los hijos, la mayoría de ellos ya crecidos, eran una pandilla insignificante, sin nadie medianamente culto y consagrados todos a la persecución de la vida buena

y estólida que proporciona la seguridad económica. Más valía dejarlos en paz. Probablemente por eso gravitaba hacia su sobrina imaginaria, Adrienne Rashad. Se había acostumbrado a llamarla Kalila, pensó. Formaba parte de su mundo, y no porque él lo hubiese querido así; pero formaba parte de él, y destacaba. Por un momento, Payton deseó estar en El Cairo como entonces, cuando los Rashad insistían en contar con él en sus cenas navideñas, en las que no faltaba ni el árbol brillantemente adornado ni los discos de villancicos del Coro del Tabernáculo Mormón.

—Eh, M. J. —exclamaría la esposa de Rashad—. Yo soy de California, ¿recuerdas? ¡Soy la de piel clara!

¿Dónde estaban ahora aquellos tiempos? ¿Volverían alguna vez? Desde luego que no. Había comido solo en Navidad.

Sonó el teléfono rojo, y su mano salió disparada a cogerlo.

—¿Sí?

—Está loco —chilló Adrienne-Kalila—. ¡Quiero decir que está como una cabra, M. J.!

—¿Te ha dejado?

—Qué va. ¡Quiere ir a ver a Bollinger!

—¿Con qué pretexto?

—¡Para dejarse comprar! ¿Puedes creerlo?

—Podría si fueses algo más clara.

Hubo un forcejeo en el teléfono mientras se cruzaban obscenidades.

—Mitch, soy Evan.

—Lo suponía.

—Voy a infiltrarme.

—¿En lo de Bollinger?

—Es lógico. Hice lo mismo en Mascate.

—No siempre se gana, muchacho. Una vez tienes éxito y a la segunda te asan. Esa gente juega duro.

—También yo. Los quiero y los tendré.

—Estaremos al tanto…

—No; tengo que hacerlo solo. Ellos tienen lo que tu gente llama equipo, ojos por todas partes. Tengo que hacerlo por mi cuenta. Lo importante es que se me puede persuadir para que abandone la política.

—Eso está demasiado en contradicción con lo que han visto de ti, con lo que han oído. No resultará.

—Sí, si les digo parte de la verdad, una parte muy esencial.

—¿De qué se trata?

—Que lo que hice en Omán fue estrictamente por motivos egoístas. Volví para recoger los restos, para recuperar todo el dinero que dejé. Es algo que comprenderán; ¡vaya si lo comprenderán!

—No basta. Te harán demasiadas preguntas y querrán confirmar tus respuestas.

—No hay ninguna a la que no pueda contestar. Todo lo que les diga será parte de la verdad, y fácil de confirmar. Estaba convencido de que sabía quién operaba detrás de los palestinos y por qué, puesto que había utilizado las mismas tácticas con mi compañía. La verdad. Tenía relaciones con los hombres más poderosos del sultanato y la plena protección del gobierno. Déjalos que lo comprueben con el joven Ahmat; a él le encantaría ponerlo en claro; sigue enfadado. Sí, todo verdad, incluso que estuve en aquella prisión donde era continuamente vigilado por la policía. Mi objetivo fue siempre conseguir la información que sabía existía para acabar con un loco que se hacía llamar el Mahdí. La verdad.

—Estoy seguro de que hay huecos en los que puedes tropezar —dijo Payton, tomando notas que más tarde destruiría.

—No se me ocurre ninguno, y eso es lo que importa. He oído la cinta del europeo; se juegan miles de millones en los próximos cinco años y no pueden permitir que nadie debilite 111 en lo más mínimo su posición. No importa que estén equivocados; me ven como una amenaza para ellos, y lo sería sin duda en otras circunstancias.

—¿Qué circunstancias pueden ser esas, Evan?

—Que me quedase en Washington, imagino. No iba a dar tregua a todos esos hijos de perra que se toman libertades con las arcas del país y se dedican a discurrir cómo saltarse as leyes para ganar millones aquí y allá.

—Un auténtico Savonarola.

—No es fanatismo, M. J.; solo soy un contribuyente que está harto de esas tácticas para meter miedo destinadas a sangrar a los contribuyentes. ¿Por dónde iba?

—En lo de ser una amenaza para ellos.

—Sí. Quieren quitarme de en medio, y los convenceré de que estoy dispuesto a irme, de que no quiero tener nada que ver con esa campaña para meterme en la candidatura. Pero tengo un problema.

—Supongo que ese es el cebo.

—Yo soy ante y sobre todo un hombre de negocios, un ingeniero de la construcción por formación y oficio, y el cargo de vicepresidente me proporcionaría una posición mundial de la que nunca podría disfrutar sin él. Soy relativamente joven; dentro de cinco años andaré todavía por los cuarenta, y como exvicepresidente contaré con respaldo financiero e influencia en todo el mundo. Es una perspectiva muy tentadora para un constructor internacional que desea volver al sector privado. ¿Cuál crees que sería la reacción de Bollinger y sus consejeros?

—¿Cuál podría ser? Estás hablándoles en su mismo idioma, sin dorar la píldora más que lo imprescindible. Te ofrecerán un atajo para esos cinco años con cuantos recursos financieros necesites.

—Es lo que pensé que dirías y lo que creo que dirán ellos. Pero, repito, como negociador honrado que ha ganado una buena cantidad de dinero en su época, tengo

otro problema.

—Estoy impaciente por saberlo, muchacho.

—Necesito pruebas, y las necesito rápidamente, a fin de poder rechazar con firmeza la actuación de ese comité político de Denver que va a inundar Chicago de material la semana próxima. Rechazarlo antes de que cobre fuerza y posiblemente escape a nuestro control.

—Y la prueba que pides es una especie de compromiso sin entrar en detalles.

—Soy un hombre de negocios.

—También ellos. No pondrán nada por escrito.

—Eso es negociable entre personas de buena voluntad. Quiero una reunión de exposición de intenciones con los principales. Les informaré de mis planes, vagos como son, y podrán responderme. Si logran convencerme de que son dignos de confianza, actuaré de acuerdo con ello. Y creo que serán muy convincentes, aunque para entonces ya no tendrá importancia.

—Porque tendrás la clave —dijo Payton, sonriendo—. Sabrás quiénes son. Debo decirte que parece todo muy factible, incluso demasiado.

—Es solo práctica en los negocios, M. J.

—Sin embargo, ahora soy yo quien tiene un problema. En principio, no creerán que vas a volver allí. Pensarán que mientes. Oriente Medio es demasiado inestable.

—Yo no dije que vaya a volver la semana próxima; dije «algún día», y bien sabe Dios que no mencionaré el Mediterráneo Pero hablaré de los Emiratos y de Baréin, de Kuwait y Qatar, e incluso de Omán y Arabia Saudí; todos los lugares de ambos golfos en los que operó el grupo Kendrick. Siguen tan normales como siempre, y mientras la OPEP continúe funcionando habrá negocios y beneficios como de costumbre. Como cualquier empresa constructora de la Europa occidental, quiero participar y debo estar preparado para ello. He vuelto al sector privado.

—Desde luego, persuasión no te falta.

—Y eso que todavía no he arrancado. Tengo lo que necesito, Mitch, y voy a lanzarme.

—¿Cuándo?

—Llamaré a Bollinger dentro de unos minutos. No creo que rechace mi visita.

—No es probable. Langford Jennings le echaría un rapapolvo.

—Quiero darle unas horas para reunir a su rebaño, al menos a los pocos que cuentan. Le pediré que nos veamos a última hora de esta tarde.

—Mejor por la noche —corrigió el ejecutivo de la CIA—. Después de las horas de oficina, y procura ser explícito. Di que quieres una entrada privada, lejos de su personal y de la prensa. Entenderán el mensaje.

—Eso está muy bien, M. J.

—Práctica en los negocios, congresista.

El capitán de corbeta John Demartin, de la Armada de Estados Unidos, estaba en vaqueros y camiseta aplicando generosas porciones de líquido limpiador a la tapicería del asiento delantero de su coche, en un intento, con escaso éxito hasta entonces, de limpiar las manchas de sangre. Dedujo que tendría que recurrir a un profesional. Entretanto diría a sus hijos que se le había derramado el refresco de cereza al volver del trabajo. Aun así, cuanto más redujera las manchas menos le costaría… esperaba.

Demartin había leído la información del *Union*, que lo identificaba por su nombre y afirmaba que las autoridades creían lúe el autoestopista herido al que había recogido era una víctima de la droga. Sin embargo, el piloto no estaba convenido. Que él supiese, no trataba con ningún traficante de drogas, pero no pensaba que hubiera muchos tan educados como Para ofrecerse a pagar si manchaban un asiento. Suponía que uno de esos hombres, herido, estaría invadido por el pánico y no tan sereno, tan cortés.

Apretando con fuerza, Demartin volvió a frotar la parte posterior del respaldo, y sus nudillos tropezaron con algo duro, pero que en seguida se volvió flexible. Era una nota. La cogió y la leyó, con dificultades por las manchas de sangre: «*Urgte. Mx sgd. Contacto transm 3016211133 S liq*».

Las últimas letras se salían, como si al autor no le quedasen fuerzas para escribirlas. El marino se apeó del asiento y quedó de pie en el camino de entrada a su casa, estudiando la nota. Después subió por la senda de losas hasta la puerta. Entró, fue a la sala de estar y cogió el teléfono. Sabía a quién debía llamar. Momentos después, una secretaria de la rama femenina de la Reserva Naval le puso con el jefe de Inteligencia de la base.

—Jim, soy John Demartin…

—Hola. Leí lo de esa cosa rara de anoche. De lo que son capaces algunos por un poco de hierba… ¿Me vas a llevar a pescar el sábado?

—Te llamo por lo de anoche.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Jim, no sé quién o qué era ese tipo, pero no creo que tuviese nada que ver con las drogas. Además, hace unos minutos he encontrado una nota en el asiento donde lo traje. Está algo manchada de sangre, pero voy a leértela.

—Adelante; tengo un lápiz.

El oficial leyó lo mejor que pudo palabras, letras y números.

—¿Tiene algún sentido? —preguntó al terminar.

—Podría tenerlo —dijo lentamente el jefe de Inteligencia, sin duda releyendo lo que acababa de escribir—. John, cuéntame lo que ocurrió anoche, ¿quieres? En el periódico no dan detalles.

Así lo hizo Demartin, empezando por decirle que, aunque el hombre rubio hablaba un inglés excelente, tenía acento extranjero. Terminó con el desplome del

autoestopista frente al puesto de fruta.

—Eso es todo.

—¿Crees que sabía lo mal que estaba?

—No sé, pero yo sí. Traté de no pararme por el teléfono, pero se empeñó… Quiero decir que me lo suplicó, Jim, no tanto de palabra como con los ojos. No los olvidaré en mucho tiempo.

—Pero nunca dudaste de que fuese a volver al coche.

—No; creo que quería hacer una última llamada. Incluso cuando se cayó, alargó la mano hacia el teléfono del mostrador Pero iba a volver.

—Quédate donde estás. Volveré a llamarte. El piloto colgó y fue hasta una ventana trasera que daba a pequeña piscina y el patio. Sus dos hijos estaban chapuzando y gritando, mientras su mujer, en una tumbona, leía el *Wall Street Journal*, una costumbre que él le agradecía. Gracias a ella podían vivir algo mejor que con solo su sueldo. Sonó el teléfono y John volvió hasta él.

—¿Jim?

—Sí… John, voy a ser todo lo claro que me es posible, que no va a ser mucho. Tenemos aquí a un colega que nos ha prestado Washington y que está más familiarizado que yo con este tipo de cosas, y te diré lo que quiere que hagas… ¡Vaya!

—¿De qué se trata? ¿Dime?

—Quema la nota y olvídate de ello.

El agente de la CIA del traje arrugado alargó la mano hacia el pequeño paquete amarillo de M&M, mientras sostenía el teléfono pegado a la oreja izquierda.

—¿Lo tienes todo? —preguntó Shapoff, también conocido por Gingerbread.

—Sí —dijo M. J. Payton, en un tono que hacía pensar que la información le producía a la vez desconcierto y sobresalto.

—Según yo lo entiendo, este tipo, quienquiera que fuese, combinó «urgente» con «máxima seguridad» pensando que si él no lo conseguía ese oficial tendría el suficiente buen sentido para llamar a Seguridad de la base en vez de a la policía.

—Que es exactamente lo que hizo.

—Después, Seguridad hablaría con el «contacto transmisor» y daría el mensaje, pensando que lo harían llegar a las personas adecuadas.

—Y el mensaje era que alguien cuyo nombre en clave es S había sido liquidado.

—¿Tenemos alguna operación con clave S?

—No.

—Quizá sea el Departamento del Tesoro.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque en este caso el contacto es la última parada. El Mensaje no hubiera

pasado de ahí.

—¿Cómo lo sabes?

—La zona de clave tres-cero-uno es Maryland, y por desgracia conozco el número. No está en la guía y es muy privado.

Payton se reclinó en su asiento, comprendiendo por un momento cómo se sienten los alcohólicos cuando piensan que no podrán pasar la siguiente hora sin beber, lo que significa salir de la realidad. ¡Qué grotesca, que ilógicamente lógico! La voz a la que escuchaban los presidentes, un hombre de quien los líderes políticos sabían que tenía siempre los intereses de la nación en el primer plano de sus profundos pensamientos, sin miedo, sin favoritismos, con la objetividad como constante… había elegido el futuro. Había seleccionado a un congresista poco conocido pero destacado, con una historia que contar que hipnotizaría al país, y había guiado a su príncipe ungido por el laberinto político hasta que el tapado emergió a la luz de los medios de comunicación, ya no como un principiante sino como un profesional con el que había que contar. Después, con la rapidez y la audacia del rayo, su historia fue divulgada, y la nación, y en realidad gran parte del mundo, quedó maravillada. Se había puesto en movimiento una ola gigantesca que arrastraba al príncipe a un país en el que nunca había pensado, la tierra del poder, una mansión real llena de una tremenda responsabilidad. La Casa Blanca. Samuel Winters había transgredido las normas y, lo que era peor, a costa de una enorme pérdida de vidas. El señor A no había caído del cielo en medio de una crisis. El europeo rubio había trabajado únicamente para el augusto Samuel Winters.

El director de Proyectos Especiales cogió el teléfono y marcó con suavidad los números.

—Doctor Winters —dijo como respuesta a la sola palabra *Sí*—. Soy Payton.

—Ha sido un día terrible, ¿verdad, doctor?

—Hace años que no uso ese título.

—Pues es una vergüenza, un universitario tan distinguido…

—¿Ha sabido algo del señor A desde anoche?

—No. Aunque su información fue trágicamente profética, no había motivo para que me llamase. Como ya le dije, el hombre que lo emplea, un conocido mucho más lejano que usted, sugirió que hablase conmigo… algo muy parecido a lo que usted hizo. Mi reputación es mayor que mi supuesta influencia.

—Gracias a usted pude ver al presidente —dijo Payton, cerrando los ojos al oír las mentiras del viejo.

—Bueno, sí. La noticia que me trajo era devastadora, como lo era la del señor A, y, naturalmente, pensé en usted. No estaba seguro de que Langford o su gente fuesen tan expertos como…

—Es evidente que tampoco yo lo soy —le interrumpió M. J.

—Estoy seguro de que hizo cuanto pudo.

—Volviendo al señor A, doctor Winters.

—¿Sí?

—Ha muerto.

Hubo como una descarga eléctrica a través de la línea, pasaron varios segundos antes de que Winters hablase, y cuando lo hizo su voz sonaba hueca.

—¿Qué está diciendo?

—Que está muerto. Y que a alguien a quien usted conoce por el nombre en clave S lo han asesinado.

—¡Dios mío! —musitó el portavoz de Inver Brass, con un susurro que era un tímido eco de sí mismo—. ¿Cómo se ha hecho con esa información?

—Me temo que es algo reservado, incluso para usted.

—¡Maldito sea, yo le proporcioné a Jennings, al presidente de Estados Unidos!

—Pero no me dijo por qué, doctor. Nunca me explicó que lo que más le importaba, su gran preocupación, era el hombre que había elegido, Evan Kendrick.

—¡No! —protestó Winters, con toda la convicción que pudo—. ¡No debe usted hurgar en tales asuntos, no son cosa suya! No se ha quebrantado ninguna ley.

—Me gustaría pensar que lo cree así, pero en ese caso me temo que está tremendamente equivocado. Cuando uno contrata a alguien como su europeo, no puede pretender ignorar sus métodos. Por lo que sabemos hasta ahora, incluyen extorsión política mediante chantaje, corrupción del proceso legislativo, robo de documentos clasificados como del máximo secreto, haber causado indirectamente la muerte o la mutilación a numeroso personal del gobierno y, finalmente, un asesinato. A S lo liquidaron.

—¡Dios mío…!

—A eso es a lo que estaba usted jugando.

—No lo comprende, Mitchell. ¡Las cosas no ocurrieron así!

—Por el contrario, es exactamente así como ocurrieron.

—No sé nada de ello, debe creerlo.

—Lo creo. Empleó usted a un avezado profesional para obtener resultados, no explicaciones.

—«Empleó» es un término demasiado simplista. Era un hombre consagrado, que tenía su propia misión en la vida.

—Eso me han dicho. Procedía de un país cuyo gobierno le había sido robado al pueblo.

—¿Y qué cree que está pasando aquí? —dijo el líder de Inver Brass, midiendo las palabras, aunque su sentido profundo era bien claro.

Transcurrieron unos momentos antes de que M. J. respóndiese, otra vez con los ojos cerrados.

—Lo sé —dijo suavemente—. También estamos poniendo en claro eso.

—Mataron al secretario de Estado y a toda la delegación de Chipre. No tienen conciencia, ni lealtad para con nada que no sea su propia riqueza y poder, en continua expansión. ¡Yo no quiero nada, no queremos nada!

—Comprendo. Si lo quisieran, lo cogerían.

—Por eso lo elegimos, Mitchell. Encontramos a un hombre extraordinario, demasiado inteligente para que lo engañen y demasiado honrado para que lo compren. Y encima tiene las condiciones personales precisas para atraer la atención.

—No puedo poner la menor tacha a su elección, doctor Winters.

—Entonces, ¿dónde estamos?

—En un dilema. Pero por el momento es mío, no suyo.

7.25 p.m. San Diego.

Se abrazaron, y después Kalila se echó atrás y le acarició el cabello.

—Cariño, ¿puedes hacerlo?

—Olvidas, *ya anisa*, que me he pasado la mayor parte de la vida tratando con la propensión árabe a la negociación.

—Eso era negociar, exagerando, por supuesto; no mentir, no sostener una mentira frente a personas que sospecharán de cuanto digas.

—Desearán desesperadamente creerme, y eso es un punto a nuestro favor. Además, una vez que los vea y los conozca, en realidad me importa un rábano lo que crean.

—Yo no te aconsejaría pensar de ese modo. Hasta que los tengamos, lo que exige pruebas palpables, actuarán como de costumbre, del modo más bajo y más sucio. Si llegan a creer por un momento que se trata de una trampa, pueden encontrarte flotando en una playa, o quizá no encontrarte, porque estarías en algún lugar del Pacífico.

—Como los bajíos infestados de tiburones de Qatar —asintió Kendrick, recordando Baréin y al Mahdí—. Entiendo lo que quieres decir. Entonces dejaré bien sentado que en mi oficina saben dónde estoy esta noche.

—No va a ocurrir esta noche, cariño. Bajo y sucio no significa estúpido. Allí habrá una mezcla, parte del personal legítimo y probablemente una muestra del gabinete fantasma de Bollinger, viejos amigos que actúan como consejeros. A esos es a los que quieres desenmascarar. Utiliza tu bien conocida frialdad y sé convincente. No permitas que nada te altere.

Sonó el teléfono y Evan echó a andar hacia él.

—Es la limusina —dijo—. Gris y con los cristales de las ventanillas oscurecidos, como conviene a la residencia del vicepresidente en las colinas.

8.09 p.m. San Diego

El tipo delgado atravesó rápidamente la terminal del aeropuerto internacional de San Diego, con la bolsa de viaje colgada del hombro derecho y un botiquín negro en

la mano izquierda. Las puertas de cristal automáticas que daban a la zona de los taxis retrocedieron de golpe mientras las cruzaba para salir a la acera. Se detuvo un momento, y después se encaminó al primer coche de los que hacían cola. Abrió la puerta, mientras el taxista bajaba el Periódico sensacionalista que estaba leyendo.

—Supongo que está libre —dijo concisamente mientras subía, tiraba la bolsa en el asiento y dejaba en el suelo el botiquín.

—No para viajes muy largos, señor. Termino dentro de una hora.

—Hay tiempo.

—¿Adónde vamos?

—A las colinas. Ya le diré. Conozco el camino.

—Necesito una dirección, señor. Es la ley.

—¿Qué le parece la residencia californiana del vicepresidente de Estados Unidos?

—Me vale —dijo el taxista, sin impresionarse lo más mínimo.

El taxi arrancó con una sacudida malintencionada, y el hombre conocido por poco tiempo en el sudoeste de Colorado como doctor Eugene Lyons se vio lanzado hacia atrás en el asiento. Sin embargo, no reparó en el insulto, pues su enfado oscurecía las percepciones normales. ¡Tenía una deuda que cobrar, había sido estafado!

39

Las presentaciones fueron breves, y Kendrick tuvo la clara opresión de que no todos los nombres y títulos se ajustaban plenamente a la realidad. Por eso estudió una por una las caras, como si estuviese a punto de incluirlas en un lienzo que era incapaz de pintar. Kalila tenía razón; el consejo de siete hombres era una mezcla, pero no tan difícil de analizar como ella pensaba. Un funcionario que ganaba de treinta a cuarenta mil dólares al año no vestía lo mismo que quien se gastaba esa suma en una visita de fin de semana a París… o a Divonne. Le pareció que aquellos estaban en minoría: tres ayudantes oficiales frente a cuatro consejeros externos, el gabinete fantasma de California.

El vicepresidente Orson Bollinger era un hombre de estatura, complexión y edad medias, afligido por una voz un si es no es aguda, a medio camino entre resultar molesta o convincente. Era… bueno, eso, mediano, el segundo ideal mientras el Número Lino gozase de buena salud. Daba la vaga impresión de un pelotillero que quizá pudiese estar a la altura de la ocasión, pero solo quizá. No era ni una amenaza ni un estúpido. Solo un superviviente político, porque conocía las reglas no escritas de los segundones. Saludó calurosamente al congresista Evan Kendrick y lo condujo a su impresionante biblioteca, donde estaba reunida su «gente», sentados en sillones y divanes de cuero de diferentes tonos, todos oscuros.

—Hemos cancelado nuestras celebraciones navideñas —dijo Bollinger, acomodándose en el lugar de honor e indicando a Evan que debía sentarse junto a él, por deferencia a los queridos Ardis y Andrew. Qué tragedia tan terrible, dos personas tan patriotas. Ella no podía vivir sin él. Tenía que haberlos visto juntos para entenderlo.

Gestos de asentimiento y gruñidos impacientes de acuerdo recorrieron la habitación.

—Lo entiendo, señor vicepresidente —dijo tristemente Kendrick—. Como quizá sepa, conocí a la señora Vanvlanderen hace algunos años, en Arabia Saudí. Era una mujer notable, y muy sensible.

—No, congresista. No sabía eso.

—Carece de importancia, pero, por supuesto, no para mí. Nunca la olvidaré. Era extraordinaria.

—Como sin duda lo es su petición de esta reunión —dijo uno de los dos ayudantes oficiales—. Todos conocemos el movimiento de Chicago para oponerse al vicepresidente, y entendemos que puede no contar con su apoyo. ¿Es eso cierto, congresista?

—Como ya le expliqué esta tarde al vicepresidente, no supe nada hasta hace una semana. No, no cuenta con mi apoyo. He considerado otros planes, que no se refieren a nuevas empresas políticas.

—Entonces, ¿por qué no declarar simplemente que no va a presentarse? —

preguntó un segundo ayudante desde el mismo sofá.

—Bueno, sospecho que las cosas no son siempre tan simples como nos gustaría. No sería sincero si dijese que la propuesta no me halaga, y durante los pasados cinco días mi personal ha hecho algunos sondeos, tanto en la región como entre los líderes del partido. La conclusión ha sido que mi candidatura es perfectamente viable.

—Pero acaba de decirnos que tenía otros planes —interrumpió un tipo fornido, con pantalones grises de franela y una chaqueta azul marino con botones dorados… que no era uno de los ayudantes.

—Creo haber dicho que había considerado otros planes, otras actividades. No hay nada decidido.

—¿Qué trata de decirnos, congresista? —preguntó el mismo funcionario que había sugerido que Evan hiciese pública su renuncia a la candidatura.

—Eso sería un asunto a tratar entre el vicepresidente y yo, ¿no le parece?

—Son mis personas de confianza —dijo untuosamente Bollinger.

—Lo comprendo; pero las mías no están aquí… quizá para guiarme.

—No da usted la impresión de necesitar mucha guía —dijo un consejero-cotizante bajo y compacto, desde un sillón de cuero que contribuía a destacar su pequeñez—. Lo he visto en televisión. Tiene opiniones muy drásticas.

—No podría cambiarlas más que una cebra sus rayas; pero puede haber circunstancias atenuantes que las hagan seguir siendo ideas mantenidas en privado en vez de expresadas públicamente.

—¿Qué trata de vendernos? —preguntó un tercer cotizante; este, un tipo alto y desgarbado con la camisa abierta y la cara curtida por la intemperie.

—No trato de venderles nada. Estoy procurando explicar una situación que no ha sido aclarada y creo que debería serlo.

—No hace falta que se altere, joven amigo —dijo Bollinger, mirando severamente a su bronceado consejero—. No es ninguna ofensa. El comercio es consustancial con nuestro gran contrato democrático. Y ahora, veamos cuál es esa situación que debería ser aclarada.

—La crisis de Omán… Mascate y Baréin; el motivo básico por el que he sido escogido para un cargo político más importante.

En ese momento se hizo evidente que los hombres del vicepresidente pensaban que iban a saber algo que podía acabar con el mito de Omán, invalidar el atractivo más fuerte del Potencial candidato. Todos los ojos estaban fijos en el congresista.

—Fui a Mascate —continuó Evan— porque sabía quién estaba detrás de los terroristas palestinos. Utilizó las mismas tácticas conmigo, acabando así con mi empresa y robándome millones.

—Entonces, ¿quería vengarse? —sugirió el consejero de la chaqueta de botones de oro.

—Quería recuperar mi empresa, y todavía lo quiero. No tardará en llegar el momento propicio, y quiero volver para rehacer mis negocios y ganar todo lo que

entonces dejé de ganar.

El cuarto cotizante, un tipo de cara colorada y marcado acento bostoniano, se echó hacia adelante.

—¿Va a volver a Oriente Medio?

—No; a los estados del golfo Pérsico. Hay una diferencia. Los Emiratos, Baréin, Qatar, Dubai, no son Líbano, Siria o la Libia de Gadafi. En Europa dicen que la construcción está otra vez en marcha en todos ellos, y quiero estar allí.

—Vendió usted su empresa —dijo el cotizante alto y tostado de la camisa abierta, con hablar lacónico y preciso.

—La liquidé porque no tenía otra opción. Valía cinco veces más de lo que me dieron por ella. Pero eso no es problema para mí. Enfrentado a capitales de Alemania Occidental, Francia y Japón, puedo tener al principio algunos problemas, pero nadie dispone de contactos tan extensos como los míos. Además…

Kendrick desplegó su guión con una convicción llena de sobreentendidos, mencionando sus relaciones con las casas reales y los ministros de Omán, Baréin, Abu Dabi y Dubai, así como la protección y la ayuda, incluido transporte privado, que le habían proporcionado los gobiernos de Omán y Baréin durante la crisis de Mascate. Después, tan bruscamente como había empezado, se detuvo. Con lo dicho bastaba para hacer trabajar a sus caletres; seguir podía resultar excesivo.

Los hombres que estaban en la biblioteca se miraron, y, a un gesto casi imperceptible del vicepresidente, habló el tipo de la chaqueta azul marino.

—Me da la impresión de que sus planes son bastante firmes. ¿Para qué iba a querer un cargo que va a valerle ciento cincuenta mil al año y un montón de comidas a base de pollo? Usted no es un político.

—Teniendo en cuenta mi edad, el factor tiempo podría resultar atractivo. Dentro de cinco años andaré todavía por los cuarenta, y, tal como veo las cosas, incluso si comenzase allí mañana me costaría de dos a tres años empezar a operar plenamente, y podría estar un año sin hacer nada; no hay garantías. Pero si tomo el otro rumbo y trabajo mi nominación, puedo conseguirla. Esto no tiene que ver con usted, señor vicepresidente; es tan solo el resultado del trato que me han dado los medios de comunicación.

Cuando empezaron varios a hablar a un tiempo, Bollinger levantó la mano apenas unos centímetros sobre el brazo del sillón, lo que bastó para aquietarlos.

—¿Entonces, congresista?

—Bueno, creo que es bastante obvio. Nadie duda de que Jennings ganará las elecciones, aunque puede tener problemas con el Senado. Si yo tuviese la suerte de estar en su candidatura, pasaría de la Cámara a la vicepresidencia, y saldría de ella con mayor influencia internacional y, lo diré francamente, más recursos de los que podría esperar tener nunca de otro modo.

—¡Eso, congresista —gritó un joven y airado tercer ayudante sentado en una silla de respaldo recto junto a sus coleas del sofá—, es utilizar descaradamente la

confianza de un cargo público en beneficio personal!

Hubo una retirada masiva de las miradas al suelo y las paredes.

—Si no pensase que se ha expresado mal por no haberme entendido —dijo con calma Evan—, me sentiría muy ofendido. Estoy haciendo constar un hecho obvio porque quiero ser totalmente franco con el vicepresidente Bollinger, un hombre a quien respeto profundamente. Lo que he dicho es la verdad; va con el cargo. Pero esa verdad no disminuye en modo alguno la energía o el compromiso que dedicaría a ese cargo mientras estuviese sirviendo en él a la nación. Cuantas recompensas pudieran derivarse del puesto, ya fuese en forma de publicaciones, consejos de administración o torneos de golf, no caerían sobre un hombre que tome sus responsabilidades a la ligera. Como el vicepresidente Bollinger, yo no podría actuar de ese modo.

—Bien dicho, Evan —comentó suavemente el vicepresidente, mirando con dureza a su impulsivo ayudante—. Se le debe una satisfacción.

—Discúlpeme —dijo el joven—. Por supuesto, tiene razón. Todo eso va con el cargo.

—No esté demasiado contrito —le amonestó Kendrick, sonriente—. La lealtad al jefe no es algo de lo que haya que arrepentirse. Si es cinturón negro, voy a salir de aquí a toda prisa —añadió volviéndose a Bollinger y borrando con las risas la momentánea tensión.

—Juega al *ping-pong* —dijo el ayudante de la izquierda del sofá.

—Y es muy creativo llevando la puntuación —añadió el de la derecha—. Hace trampas.

—En cualquier caso —continuó Evan, tras esperar a que las sonrisas, en su mayoría forzadas, hubiesen abandonado los rostros de los reunidos—, hablaba en serio cuando dije que quería ser completamente franco con usted, señor vicepresidente. Esas son las cosas en que tengo que pensar. He perdido cuatro años, casi cinco, de una carrera, de un negocio, que le costó mucho desarrollar. Fui víctima de un asesino loco y me vi obligado a vender porque a la gente le daba miedo trabajar para mí. Ahora él está muerto y las cosas han cambiado, están volviendo a la normalidad, pero la competencia europea es muy grande. ¿Puedo hacerlo yo solo o debería lanzarme a la campaña por la candidatura y, si lo consigo, disponer de las garantías que acompañan al desempeño del cargo? Por otro lado, ¿quiero realmente gastar los años y la enorme cantidad de tiempo y energía que conlleva el puesto? Son preguntas a las que solo yo puedo responder. Espero que lo comprendan.

Y entonces Kendrick oyó las palabras que, contra toda esperanza, había esperado oír.

—Sé que es tarde para su gente, Orson —dijo el tipo larguirucho de la camisa abierta que hacía resaltar el bronceado—, pero me gustaría seguir hablando.

—Sí, desde luego —accedió el vicepresidente, volviéndose a sus ayudantes—. Estos pobres llevan levantados desde el amanecer, con la horrible noticia de Ardis y todo eso. Váyanse a casa, muchachos, y pasen la Navidad con sus familias. He traído

a sus esposas e hijos en el *Air Forcé Two*, Evan, para que pudieran estar juntos.

—Muy considerado.

—Sí, considerado… A lo mejor todos son cinturones negro. Rompan filas, soldados. Mañana es Nochebuena y, si no recuerdo mal, al día siguiente Navidad. De modo que, aunque los rusos vuelen Washington, los veré a ustedes dentro de tres días.

—Gracias, señor vicepresidente.

—Es usted muy amable.

—Si quiere podemos quedarnos —ofreció el más viejo, mientras iban levantándose.

—¿Y que le echen la bronca sus dos colegas? —dijo Bollinger, sonriendo ante la cara que pusieron los otros—. Ni hablar. Al salir, mándenme al mayordomo. Podemos tomarnos un *brandy* mientras resolvemos los problemas del mundo.

Los señores Ciego, Mudo y Sordo abandonaron la habitación como robots programados reaccionando a un aire de marcha familiar. El hombre de la chaqueta azul marino con botones dorados se echó hacia adelante en su asiento, movimiento al que no ayudaba nada su panza.

—¿Quiere hablar francamente, congresista? ¿Con verdadera franqueza y honradez? Pues bien, vamos a hacerlo.

—No comprendo, señor… Lo siento, no entendí bien su nombre.

—¡Acabe ya con esas tonterías! —exclamó el bostoniano de la cara colorada—. Lo hacen mejor los *ward heelers*[3] de Southie.

—Puede engañar a los políticos de la capital —dijo el tipo pequeño sentado en un butacón demasiado grande—, pero nosotros somos también hombres de negocios, Kendrick. Usted tiene algo que ofrecer y es posible, solo posible, que también nosotros tengamos algo que ofrecerle.

—¿Le gusta el sur de California, congresista? —dijo en voz el tipo de la camisa abierta al ver entrar al mayordomo.

—¡Nada, nada! —exclamó Bollinger, dirigiéndose al sirviente vestido de etiqueta —. No es nada. Déjenos.

—Perdón, señor. Tengo un mensaje para usted —dijo el mayordomo, dándole una nota.

Bollinger la leyó, y se puso rojo al principio, y después imensamente pálido.

—Dígale que espere —ordenó. El mayordomo salió de la habitación—. ¿Dónde estábamos?

—En un precio —dijo el hombre de Boston—. ¿No es de eso de lo que estamos hablando, congresista?

—Lo encuentro un tanto brusco —respondió Evan—, pero la palabra entra dentro de lo posible.

—Debería comprender —dijo el pequeñajo de la cara cansada— que ha pasado usted por dos potentes detectores. Puede enfermar a causa de los rayos X, pero sabemos que no lleva encima ningún aparato para grabar.

—No se me ocurriría una cosa así.

—Bien —dijo el tipo alto, levantándose como si solo fuese para impresionar a los otros con su formidable estatura y su imagen de curtido y robusto *yachtsman*, o lo que fuese; la fuerza era el mensaje. Se acercó lentamente al manto de la chimenea. Mediodía en la Ciudad de la Corrupción, pensó Kendrick—. Captamos su deriva a sotavento sobre los capitales alemanes, franceses y japoneses. ¿Cómo son de altas las olas en ese mar?

—Me temo que no tengo nada de marinero. Tendrá que ser más claro.

—¿A qué se enfrenta?

—¿En el terreno financiero? —Evan hizo una pausa y después sacudió la cabeza como descartando algo—. A nada que no pueda manejar. Puedo comprometer de siete a diez millones, si es necesario, y mis líneas de crédito son amplias… aunque también lo son los tipos de interés.

—Suponga que se establecieran unas líneas de crédito sin esa clase de cargas —dijo el familiarizado con los *ward heelers* del sur de Boston.

—Señores —interrumpió bruscamente Bollinger, levantándose mientras los que estaban sentados hacían otro tanto, como deferencia a su, sin duda, inminente marcha —, creo que tengo un asunto urgente que atender. Si necesitan algo, pídanlo con toda libertad.

—No tardaremos mucho, señor vicepresidente —dijo Kendrick, sabiendo por qué Bollinger tenía que distanciarse de la conversación que iba a seguir; no debía saber nada de aquello—. Como ya he dicho, este es un problema que solo yo puedo resolver adecuadamente. Solo quería ser franco con usted.

—Y se lo agradezco mucho, Evan. Entre a verme cuando se vaya. Estaré en mi despacho.

El vicepresidente de Estados Unidos abandonó la habitación forrada de libros y, como chacales cayendo sobre su presa, los cotizantes se volvieron hacia el congresista de Colorado.

—Ahora estamos al mismo nivel, hijo —dijo el *yachtsman* de uno noventa y cinco, con el brazo colgándole sobre la repisa de la chimenea como un alga de aspecto amenazador.

—No soy pariente suyo, gracias, y no me gustan las familiaridades.

—Big Tom habla siempre así —terció el bostoniano—. No hay ningún mal en ello.

—El mal está en su osadía con un miembro de la Cámara de Representantes.

—¡Vamos, congresista! —intervino el obeso de la chaqueta azul marino.

—Será mejor que nos tranquilicemos —dijo el tipo menudo de cara cansada sentado en un sillón demasiado grande para él—. Todos estamos aquí con el mismo fin, y, cortesías aparte, vamos a ello. Queremos que lo deje, Kendrick. ¿Necesitamos ser más claros?

—Ya que es usted tan terminante, creo que sería lo mejor.

—Está bien —continuó el cotizante pequeñajo, a quien apenas le llegaban las piernas al suelo alfombrado—. Como dijo alguien, seamos honrados, eso no cuesta nada. Representamos a una ideología política tan legítima en todo como usted cree que es la suya, pero, por ser la nuestra, pensamos naturalmente que es más realista en los momentos actuales. Básicamente, creemos en un sistema de prioridades para el país, mucho más fuertemente orientado hacia la defensa.

—Yo también creo en una defensa fuerte —intervino Evan—, pero no en unos sistemas defensivos excesivamente ofensivos que dejan baldado el presupuesto y en los que el cuarenta por ciento de los gastos acaban no siendo más que despilfarro e ineficacia.

—Buen tanto —admitió el reducido oponente de Kendrick desde su enorme asiento—. Esos defectos serán corregidos por el mercado.

—Pero no antes de que se hayan despilfarrado miles de millones.

—Naturalmente. De lo contrario, estaría usted hablando de otro sistema de gobierno, que no permite actuar a la ley maltusiana del fracaso económico. Las fuerzas del mercado libre corregirán esos excesos. Competencia, congresista Kendrick, competencia.

—No si todo se amaña en el Pentágono o en esos consejos administración en los que se sientan demasiados alumnos del Departamento de Defensa.

—¡Diablos! —exclamó el *yachtsman* desde la repisa de la u menea—. ¡Si tanto se les nota, que los cuelguen!

—Big Tom tiene razón —dijo el bostoniano de la cara roja—. Hay de sobra para todos, y, de cualquier modo, esos coroneles y generales son solo el lubricante. Líbrese de ellos si quiere, pero, por favor, no pare la máquina.

—¿Ha oído eso? —preguntó el de la chaqueta azul con piones de oro—. No la pare hasta que seamos tan fuertes que a ningún gobernante soviético se le ocurra pensar en un ataque.

—¿Por que cree que iba a ocurrírseles semejante cosa, destruir buena parte del mundo civilizado?

—¡Porque son marxistas fanáticos! —rugió el *yachtsman*, erguido frente a la chimenea con los brazos en jarras.

—Porque son estúpidos —corrigió tranquilamente el enano desde su asiento—. La estupidez es el principal camino hacia la tragedia mundial, lo que significa que solo los más fuertes y los más listos sobrevivirán. Podemos permitirnos tener críticos en el Senado y en la Cámara, congresista, pero no en la administración. Eso no lo podemos tolerar. ¿Está claro?

—¿Creen realmente que soy una amenaza para ustedes?

—Claro que lo es. Cuando usted habla la gente le escucha, lo que usted dice, de un modo muy eficaz, no me importa admitirlo, va en contra de nuestros intereses.

—Creí que tenía un gran respeto por el mercado.

—A largo plazo, pero a corto un exceso de supervisión y reglamentación puede

paralizar la defensa del país a fuerza de demoras. No es momento de tirar al niño junto con el agua del baño.

—Lo que significa echar por la borda los beneficios.

—Van con el cargo, como tan bien explicó usted con respeto al de vicepresidente. Siga su camino, congresista. Reconstruya su abortada carrera en el Asia sudoccidental.

—¿Con qué?

—Comencemos por una línea de crédito de cincuenta mitones de dólares en el Gemeinschaft Bank de Zurich.

—Eso resulta muy convincente, pero son solo palabras, ¿alguien va a aportar la garantía subsidiaria?

—El Gemeinschaft lo sabe; usted no tiene por qué.

Era cuanto Kendrick necesitaba oír. Todo el peso del gobierno de Estados unidos cayendo sobre un banco de Zurich que tenía conexiones conocidas con hombres que trataban con terroristas desde el valle de la Bekaa a Chipre seria suficiente para romper los códigos suizos de secreto y silencio.

—Confirmaré la línea de crédito en Zurich dentro de treinta y seis horas —dijo levantándose—. ¿Será un tiempo suficiente?

—Más que suficiente —opinó el hombrecillo del gran asiento—. Y cuando tenga la confirmación, haga el favor de enviar al vicepresidente Bollinger copia de su telegrama a Chicago retirando irrevocablemente su nombre de una posible nominación para la candidatura nacional.

Kendrick hizo un gesto de asentimiento y lanzó una breve mirada a los otros tres cotizantes.

—Buenas noches, señores —dijo a media voz, y se encaminó a la puerta de la biblioteca.

Fuera, en el pasillo, un tipo moreno y musculoso, de rasgos muy marcados y con la insignia verde del Servicio Secreto en la solapa, se levantó de una silla junto a un par de gruesas puertas dobles.

—Buenas noches, congresista —dijo, avanzando un paso—. Es un honor estrechar su mano.

—El placer es mío.

—Sé que no estamos para decir quién va y viene por aquí —continuó el miembro del destacamento del Departamento del Tesoro, apretando la mano de Evan—, pero puedo faltar a esa norma por mi madre, que vive en Nueva York. Quizá le parezca una locura, pero ella cree que a usted deberían hacerlo papa.

—La curia podría encontrar que no daba la talla. El vicepresidente me pidió que le viese antes de irme. Dijo que estaría en su despacho.

—Desde luego. Está aquí, y permítame decirle que agradecerá la interrupción. Tiene ahí dentro a un tipo enfadado y con tan poco aguante que no confié en las máquinas y estuve a punto de registrarlo. No quise dejarlo entrar con todo el equipo.

Por primera vez, Kendrick vio la bolsa de viaje en una silla, a la izquierda de la doble puerta. Debajo, en el suelo, había una voluminosa caja negra de las que suelen denominarse botiquines. Evan la observó fijamente; no era la primera vez que la veía. La pantalla interior de su mente se movió a sacudidas, mientras los fragmentos de imágenes se sucedían como explosiones. Muros de piedra en otro pasillo, y otra puerta; un hombre alto y delgado de sonrisa fácil, demasiado fácil, demasiado zalamera para ser un extraño en una casa extraña; un médico diciendo, con gracia campechana, que iba solo a auscultarlo y a llevarse una muestra de sangre para los análisis.

—Si no le importa —dijo Kendrick como entre nieblas, dándose cuenta de que apenas podía hacerse oír—, abra la puerta.

—Tengo que llamar primero, congresista…

—¡No, por favor! Le ruego que haga lo que le digo.

—Al vipe… al vicepresidente no va a gustarle. Siempre tenemos que llamar.

—Abra esa puerta —ordenó Evan, con voz áspera y susurrante, los ojos muy abiertos y fijos un instante en el hombre del Servicio Secreto—. Asumo toda la responsabilidad.

—Bien, bien. Si alguien tiene derecho, supongo que es usted.

La pesada puerta de la derecha retrocedió en silencio y pudieron oírse claramente las palabras sibilantes de Bollinger.

—¡Lo que dice es absurdo, una locura…! Sí, ¿qué ocurre?

Kendrick atravesó el umbral y se quedó mirando a la cara llena de pánico y sorpresa del «doctor Eugene Lyons».

—¡Usted! —gritó, con el mundo aislado en el interior de su cabeza volviéndose loco mientras se lanzaba a la carrera y cruzaba la habitación, con sus manos como las garras de un animal enloquecido atentas solo a matar, ¡matar!—. ¡Va a morir por su culpa… por la de todos ustedes!

En medio de una borrosa violencia, lo aferraron brazos y hubo manos que golpearon su cabeza y rodillas que fueron a estrellarse contra su ingle y su estómago, mientras dedos experimentados lo cegaban. A pesar del horrible dolor, pudo oír los gritos ahogados, uno tras otro.

—¡Ya lo tengo! No va a moverse más.

—¡Cierra la puerta!

—¡Deme mi bolsa!

—¡Que no entre nadie!

—¡Maldición, lo sabe todo!

—¿Qué hacemos?

—Conozco gente que puede ocuparse de esto.

—¿Quién diablos es usted?

—Alguien que debería presentarse… Viper.

—He oído ese nombre. ¡Es un insulto! ¿Quién es usted?

—Por el momento, el que va a ocuparse de todo.

—¡Dios…!

Oscuridad, el olvido que llega con una profunda conmoción. Todo negro. La nada.

40

Primero notó el viento y las salpicaduras, después el movimiento del mar, y por último las anchas tiras de tela que lo sujetaban al asiento metálico atornillado a la cubierta de la embarcación, que cabeceaba. Abrió los ojos en medio de la móvil oscuridad. Estaba a popa, con la espuma de la estela retrocediendo frente a él, y de repente se dio cuenta de las luces de la cabina que tenía detrás. Se volvió, torciendo el cuello, para ver, para comprender, y se encontró cara a cara con el moreno y atezado miembro del Servicio Secreto cuya madre, en Nueva York, creía que él debería ser papa, y a cuya voz había oído proclamar que él iba a ocuparse de todo. El hombre estaba en el asiento de seguridad de al lado, con una simple tira por la cintura.

—¿Se despierta, congresista? —preguntó cortésmente.

—¿Qué diablos ha hecho? —rugió Kendrick, luchando contra los tirantes que lo sujetaban.

—Lo siento, pero no queríamos que se cayese por la borda. El mar está algo movido; solo estábamos protegiéndolo mientras se recobraba.

—¿Protegiéndome? ¡Maldita sea! ¡Ustedes, bastardos, me drogaron y me sacaron de allí contra mi voluntad! ¡Me han secuestrado! ¡En mi oficina sabían adónde iba esta noche! ¡Se van a ganar veinte años por esto! Y a ese hijo de puta de Bollinger le va a caer un *impeachment* y va a pasarse…

—Alto ahí, alto ahí —le interrumpió el moreno, alzando las manos en una tranquila protesta—. Lo ha entendido todo al revés, congresista. Nadie le drogó; le administraron sedantes. Se puso como loco. Atacó a un visitante del vicepresidente; pudo haberlo matado…

—¡Lo habría hecho y lo haré! ¿Dónde está ese médico?

—¿Qué médico?

—¡Cerdo mentiroso! —chilló Kendrick en medio de la ventolera, forcejeando con las ligaduras de tela. Después le asaltó una idea—. ¡Mi limusina, el conductor! Él sabe que no salí de allí.

—Sí salió. No se sentía bien, de modo que apenas habló, pero fue usted muy generoso en la propina.

Mientras el barco danzaba en el agua, Evan miró de pronto las ropas que llevaba, esforzándose por distinguirlas a la leve claridad que llegaba de la cabina que tenía detrás. Los pantalones eran de gruesa pana y la camisa de tela vaquera negra… No era su ropa.

—¡Bastardos! —volvió a rugir, y le asaltó otra idea—. ¡Entonces me vieron salir del hotel!

—Lo siento, pero no fue al hotel. Casi lo único que le dijo al conductor fue que lo dejase en el parque Balboa, que tenía que verse con alguien y volvería a casa en taxi.

—Se han ocupado incluso de mi ropa. ¡Son todos una basura, asesinos a sueldo!

—Sigue equivocándose, congresista. Lo hicimos por usted, por nadie más. No

sabíamos lo que había estado oliendo o metiéndose en las venas, pero, como diría mi emocionable abuelo, lo vimos volverse *pazzo*, loco, ¿sabe a qué me refiero?

—Sé muy bien a qué se refiere.

—De modo que, naturalmente, no podíamos dejar que fuera visto en público. Lo comprende, ¿no?

—*Va bene*, mafioso. Le oí. «Yo me ocupo de todo», dijo. Y también: «Conozco gente que puede encargarse de esto».

—¿Sabe, congresista? Aunque lo admiro mucho, me ofenden las generalizaciones antiitalianas.

—Dígale eso al fiscal federal de Nueva York —replicó Kendrick, mientras el barco se hundía bruscamente para alzarse después con una gran ola—. Giuliani los está encerrando por camionadas.

—Sí; bueno, hablando de las cosas que uno se tropieza de noche, cierto número de personas vieron entrar en el Balthazar, en el parque de Balboa, a un hombre que podía fácilmente encajar en su descripción, quiero decir que iba vestido como usted cuando salió del hotel y después en la limusina.

—¿En el Balthazar?

—Es un café del parque Balboa. Ya sabe que tenemos por aquí a muchos estudiantes; vienen de todas partes, y hay un gran contingente del Mediterráneo, hijos de familias que vivían en Irán, Arabia Saudí, Egipto… incluso en lo que algunas llaman todavía Palestina, creo. A veces el café se desmanda, por motivos políticos, y la policía tiene que poner orden y confiscar pistolas y navajas. Esa gente es muy emotiva.

—Y a mí me vieron entrar allí, y naturalmente serán los de dentro quienes confirmarán que estuve.

—Nadie duda de su valentía, congresista. Va usted a los sitios más peligrosos en busca de soluciones: Omán, Baréin… incluso la casa del vicepresidente de Estados Unidos.

—Añada el soborno a su lista, basura.

—¡Un momento! Yo no tengo nada que ver con el asunto que le llevó a ver a Viper, sea el que sea; que quede claro. Solo estoy prestando un servicio que no cae dentro de mis deberes oficiales; eso es todo.

—Porque «conoce a gente que puede encargarse de esto», como alguien que lleva mi ropa, usa mi coche y va al parque Balboa. Y tal vez a otro par de ellos que fueron capaces de sacarme de casa de Bollinger sin que nadie me reconociese.

—Un servicio de ambulancias privado es cómodo y discreto cuando los visitantes se ponen enfermos o abusan de la bebida o de…

—Y sin duda uno o dos más para distraer a los periodistas o al personal de mantenimiento que pudiera andar por allí.

—Mis socios no oficiales están disponibles para cualquier emergencia. Nos hace felices proporcionar ayuda siempre que podemos.

—Por un precio, naturalmente.

—Desde luego. Esos pagan, congresista. Pagan de muchas maneras, y ahora más que nunca.

—¿Como para incluir también una embarcación rápida y a un capitán con experiencia?

—No, no podemos presumir de algo que no es cierto —protestó el hombre de la Mafia, divertido—. El equipo y el capitán son suyos. Hay ciertas cosas que la gente hace mejor por sí misma, sobre todo si una de ellas es internarse en las muy vigiladas aguas fronterizas entre Estados Unidos y México. Hay influencias e influencias, no sé si me entiende.

Kendrick notó una tercera presencia, pero al volverse no vio a nadie más en la cubierta del yate de placer. Después levantó la vista hacia la barandilla de popa del puente. Una silueta retrocedió hacia las sombras, pero no con la suficiente rapidez. Era el cotizante excesivamente alto y bronceado de la biblioteca de Bollinger, y, por lo que pudo ver de su cara, la tenía contraída por el odio.

—¿Están a bordo todos los huéspedes del vicepresidente? —preguntó, al ver que el mafioso había seguido su mirada.

—¿Qué invitados?

—No se haga el tonto, Luigi.

—Hay un capitán y una tripulación. Es la primera vez que los veo.

—¿Adónde vamos?

—De crucero.

La embarcación disminuyó la marcha mientras el haz de un poderoso proyector surgía del puente. El hombre de la Mafia se soltó, se levantó, cruzó la cubierta y bajó a la cabina inferior. Evan pudo oírle hablar por un intercomunicador, pero con el viento y el golpear de las olas no consiguió entender lo que decía. Momentos después regresó; llevaba en la mano un Colt 45 automático. Dominando el pánico que sentía, Kendrick pensó en los tiburones de Qatar y se preguntó si otro Mahdí, en la otra punta del mundo, estaría a punto de ejecutar la sentencia de muerte dictada en Baréin. Por si acaso, Evan tomó la misma decisión que había tomado en Baréin: lucharía. Era mejor una bala rápida y expeditiva en la cabeza que la perspectiva de ahogarse o de ser despedazado por los devoradores de hombres del Pacífico.

—Hemos llegado, congresista —dijo cortésmente el mafioso.

—¿A dónde?

—No tengo ni idea. Es una especie de isla.

Kendrick cerró los ojos, dando las gracias a quien quisiera aceptarlas, y empezó al fin a respirar sin temblar. El héroe de Omán era un camelo, pensaba. Simplemente, no quería morir, y miedo aparte, estaba Kalila. Tenía el amor que hasta entonces le había negado la vida, y cada minuto más que le permitiesen vivir era un minuto de

esperanza.

—Por su aspecto no creo que necesite eso —dijo, señalando con la cabeza el arma.

—Ya veremos —replicó el guardián del Servicio Secreto puesto allí por las altas esferas del hampa—. Voy a desatarlo, pero si hace algún movimiento raro no pondrá el pie en tierra, *capisce?*

—*Molto bene*.

—La culpa no es mía; tengo instrucciones. Cuando uno está prestando un servicio, acepta cualquier orden razonable.

Evan oyó los chasquidos y notó cómo las anchas tiras de tela se aflojaban en torno a sus brazos y piernas.

—¿Se le ha ocurrido pensar que si cumple esas órdenes puede no volver nunca a San Diego?

—Desde luego —dijo el mafioso como la cosa más natural—. Por eso tenemos al Viper bien asegurado. «El Viper»… Una imagen aceptable, ¿no le parece?

—Yo qué sé. Soy ingeniero de la construcción, no poeta.

—Y yo tengo una pistola en la mano, lo que quiere decir que de poesía, nada tampoco. De modo que compórtese, congresista.

—Supongo que «Viper» es el vicepresidente.

—Sí, y dijo que había oído ese nombre y que era un insulto. ¿Se imagina? Esos cabrones cometieron la bajeza moral de poner micrófonos en nuestra unidad.

—Qué espanto —dijo muy serio Kendrick, levantándose torpemente del asiento metálico y sacudiendo brazos y piernas para restaurar la circulación.

—¡Basta! —gritó el hombre del Servicio Secreto, dando un salto atrás, con el 45 apuntando a la cabeza de Evan.

—Pruebe a estar sentado en ese maldito chisme tanto tiempo como yo y en la postura en que yo estuve y verá si es capaz de andar en línea recta.

—Está bien, está bien. Entonces vaya por una línea torcida hasta allí, al pie de la escalera. Es de donde va a salir.

El yate describió un círculo dentro de lo que parecía ser una cala y después, a tirones, atracó junto a un espigón de unos treinta metros de largo, a cuyo otro costado cabeceaban otras tres embarcaciones, más pequeñas, rápidas y potentes. Luces tamizadas por la protección de tela metálica iluminaron el empapado atracadero y dos siluetas salieron corriendo de oscuridad de la parte seca y fueron a situarse junto a los amarres. Mientras la embarcación era expertamente manejada para emplazarla en su lugar de reposo, protegido por viejas cubiertas, lanzaron cabos desde proa y popa, el de popa el mafioso, con el arma en la izquierda; el de proa el solitario tripulante.

—¡Fuera! —gritó el mafioso a Kendrick mientras el yate cabeceaba suavemente pegado al muelle.

—Me gustaría dar personalmente las gracias al capitán por tan seguro y agradable viaje.

—Muy divertido, pero déjelo para las películas y salga de prisa. No va a ver a nadie.

—¿Qué quiere apostar, Luigi?

—¿Quiere ver sus huevos desparramados por cubierta? Y no me llame Luigi.

—¿Qué le parece Reginald?

—¡Fuera!

Evan caminó por el muelle de la isla, con el mafioso detrás, hacia el suelo en pendiente por el que ascendía un camino de piedra. Pasó entre dos letreros pintados a mano, de letras blancas sobre madera oscura y sucia, ambos hechos con gusto y profesionalidad. El de la izquierda estaba en español, el de la derecha en inglés.

PASAJE A CHINA - PASSAGE TO CHINA
PROPIEDAD PRIVADA - PRIVATE PROPERTY
ALARMAS - ALARMS

—Párese ahí —ordenó el hombre del Servicio Secreto—. No se vuelva; mire al frente. —Kendrick oyó el ruido de unos pies corriendo por el muelle, y después hablar en voz baja, las pocas palabras que pudo distinguir dichas en inglés pero con acento hispánico. Alguien daba instrucciones—. De acuerdo —continuó el mafioso —. Suba por ahí y vaya por la primera a la derecha. ¡No se vuelva!

Evan obedeció, aunque caminaba con dificultad por la empinada ladera. El largo e incómodo viaje en el yate le había dejado las piernas entumecidas. Trató de examinar los alrededores en medio de aquella semioscuridad, pues a las luces tamizadas del muelle les habían sucedido pequeñas lámparas ámbar a lo largo del camino empedrado. El follaje era espeso y húmedo: por todas partes había árboles de seis y hasta diez metros de altura, con espesas plantas trepadoras que parecían saltar de un tronco a otro para envolver brazos y cuerpos en su abrazo. Arbustos y hierbas habían sido cortados con precisión, de manera que formaban paredes idénticas a la altura de la cintura a ambos lados del camino. Alguien había impuesto su orden a la naturaleza. Después su visión quedó repentinamente reducida por la empinada ascensión y la creciente oscuridad a medida que se alejaban del muelle, y su atención se concentró en los ruidos. El que llegaba a sus oídos era muy parecido al de los incesantes y entrecortados estallidos de los rápidos, pero aquí tenía un ritmo propio, un pulso que controlaba su estruendo. Olas, naturalmente. Olas estrellándose contra las rocas y nunca muy lejos, o quizá amplificadas por los ecos que rebotaban en la piedra y resonaban entre el follaje.

Las líneas ámbar al nivel del suelo se dividían en dos series de paralelas, una que iba al frente y arriba, la otra a la derecha. Kendrick tomó esta última. El camino, excavado en la colina, iba haciéndose más horizontal, cuando de pronto hubo un

aumento alarmante de la visibilidad. Haces negros y sombras encrespadas se convirtieron en troncos oscuros, palilleras moteadas y una enmarañada maleza azulgris. Enfrente había una cabaña, en la que se veían las luces de dos ventanas situadas a ambos lados de una puerta central. Pero no era una cabaña corriente, y al principio Evan no supo a qué atribuirlo. Después, al acercarse, lo comprendió. Eran las ventanas. Nunca las había visto parecidas, y explicaban el torrente de luz que surgía de una fuente al parecer mínima. Los cristales biselados tenían lo menos diez centímetros de grosor y eran como enormes prismas rectangulares que multiplicaban la potencia de la luz interior. Y había algo más, junto a ese imaginativo rasgo arquitectónico. Las ventanas eran impenetrables… desde ambos lados.

—Esta es su *suite*, congresista —dijo el hombre del Servicio Secreto que prestaba servicios extraoficiales—. Aunque sería mejor decir su villa, ¿no le parece?

—No puedo aceptar un alojamiento así. ¿Por qué no me busca algo menos pretencioso?

—Es usted un actor mediocre. Abra la puerta; no hay llave.

—¿Que no hay llave?

—¿Le sorprende? —rio el mafioso—. También a mí, hasta que me lo explicó el guarda. Todo es electrónico. Tenemos un pequeño chisme automático, como el sistema de apertura de un garaje; al apretar un botón, un par de barras de acero retroceden, salen del marco y se recogen en la puerta. Funcionan también por dentro.

—Si me hubiera dado tiempo, hubiese sabido lo que era sin necesidad de ayuda.

—Es usted un hombre tranquilo, congresista.

—No tanto como debería haberlo sido.

Kendrick fue hasta la puerta y la abrió. Le recibió el rústico esplendor de un refugio de montaña de Nueva Inglaterra bien amueblado, que no recordaba en nada a los del sur de California o el norte de México. Las paredes se componían de gruesos troncos unidos con cemento, y había dos ventanas en cada una de las cuatro paredes, y en el centro de la del fondo una entrada que daba sin duda a un cuarto de baño. No se echaba de menos ninguna comodidad. A la derecha había una zona de cocina, completada por un bar con espejos; a la izquierda una gran cama, y, frente a ella, la zona de asientos, con un gran televisor y varios sillones acolchados. El constructor que Evan llevaba dentro llegó a la conclusión de que la casita era más propia de una ladera nevada de Vermont que de las aguas de un lugar situado al sur y al oeste de Tijuana. Estaba llena de un encanto bucólico y no dudó de que muchos visitantes de la isla la disfrutarían. Pero tenía otro fin. Era también una celda carcelaria.

—Muy agradable —dijo el guardián de Bollinger, penetrando en la espaciosa habitación única con su arma apuntando constante pero discretamente a Kendrick—. ¿Qué le parece un trago, congresista? —preguntó, dirigiéndose al bar de los espejos —. No sé a usted, pero a mí me vendría bien.

—¿Por qué no? —dijo Evan, mirando en torno a la habitación diseñada para un clima norteño.

—¿Qué prefiere?

—Canadiense con hielo, nada más.

Kendrick iba despacio de un sitio a otro examinando el interior de la cabaña, mientras su avezado ojo buscaba fallos que pudiesen facilitar una salida. No los había; aquel lugar era hermético y a prueba de fugas. Los marcos de las ventanas estaban asegurados, no con clavos de magnesio, sino con pernos ocultos por una capa de yeso. La puerta tenía bisagras interiores, imposibles de alcanzar sin un taladro muy potente; y por último, al entrar en el cuarto de baño, vio que carecía de ventanas y que los dos respiraderos eran pequeñas aberturas enrejadas de unos diez centímetros de ancho.

—Menudo escondite, ¿verdad? —dijo el mafioso, que esperaba a Evan con un vaso a la salida del cuarto de baño.

—Siempre que uno no eche de menos las vistas —replicó Kendrick, mientras su mirada iba a la cocina.

Había algo extraño, pensó; pero tampoco ahora le vino a la cabeza nada concreto. Sin olvidar el arma del guardián, pasó frente al bar y fue hasta una mesa de roble ovalada con manchas oscuras, en la que presumiblemente se servían las comidas. Estaba a unos dos o tres metros enfrente de un largo mostrador, en cuyo centro había empotrada una cocina bajo una fila de armarios. El fregadero y el frigorífico, separados por otro mostrador, estaban contra la pared de la derecha. ¿Qué era lo que le preocupaba? Después vio un pequeño horno microondas empotrado debajo del último armario de la izquierda. Volvió a mirar a la cocina. Era eso.

Eléctrico. Todo eléctrico, eso era lo raro. En la mayoría de las cabañas rústicas se utilizaba el gas propano de tanques portátiles situados en el exterior, a fin de eliminar la electricidad de cocinas y hornos. La consigna era instalar los menos amperios posibles, no tanto por ahorro como por comodidad, pues abundaban las averías. Después recordó las lámparas del muelle y las luces ámbar al nivel del suelo a lo largo de los caminos. Electricidad. Electricidad en abundancia en una isla situada lo menos a veinte millas, si no a cincuenta, de tierra firme. No estaba seguro de lo que quería decir todo aquello, pero valía la pena pensar en ello.

Se apartó de la zona destinada a la cocina y volvió a la sala de estar. Contemplando el gran televisor, se preguntó qué clase de antena haría falta para captar las señales con tantas millas de mar abierto por medio. Se sentó, ahora apenas consciente de la presencia de su escolta armada, pues tenía el pensamiento en muchas otras cosas, incluida —dolorosamente— Kalila, allá en el hotel. Hacía horas que lo esperaba. ¿Qué estaría haciendo? ¿Qué podría hacer? Levantó su vaso y bebió varios tragos, agradecido a la cálida sensación que en seguida le invadió. Miró al secuaz de Bollinger, que estaba de pie junto a la mesa de roble manchada con el arma confiadamente encima de ella, pero en el borde, cerca de su mano derecha libre.

—A su salud —dijo el hombre de la Mafia levantando el vaso con la izquierda.

—¿Por qué no?

Sin corresponder a la cortesía, Kendrick bebió, y volvió a sentir los rápidos efectos caloríferos del *whisky*… ¡No! ¡Eran demasiado rápidos, demasiado violentos, y el licor no calentaba, sino que quemaba! De repente los objetos de la habitación empezaron a entrar y salir de foco. Trató de levantarse, pero no pudo dominar las piernas ni los brazos. Miró al mafioso, que sonreía maliciosamente, y rompió a gritar, pero no se oyó nada. Sí oyó cómo el vaso se estrellaba contra el suelo de madera dura y notó un peso terrible que le oprimía. Por segunda vez en esa noche, sobrevino la oscuridad, mientras caía y caía dentro de un infinito y vacío espacio negro.

El hombre del Servicio Secreto fue hasta una consola de intercomunicación empotrada en la pared, junto al bar de los espejos. Pensando con el entrecejo fruncido, marcó los tres números que le habían indicado en el barco.

—¿Sí, Cottage? —respondió una suave voz masculina.

—Su muchacho ha vuelto a dormirse.

—Bien; estamos preparados.

—Debo preguntar algo —dijo el bien hablado capo—. Para empezar, ¿por qué lo hemos traído?

—Trámites médicos; no es nada de su incumbencia.

—Yo en su lugar no adoptaría esa actitud. Tenemos una deuda y los deudores son ustedes. De acuerdo. Sin un historial médico, hay dosis aceptables y otras inaceptables.

—¿Dos aplicaciones moderadas mejor que una sola excesiva?

—Algo así. Nuestro médico tiene mucha experiencia en esas cosas.

—Si es el mismo, más vale que no asome. Está en la lista de muertos de Kendrick. Y mándeme a sus hispanos; no me han contratado para acarrear cuerpos.

—Desde luego. Y por el médico no se preocupe. Estaba también en otra lista.

—¡M. J., todavía no ha vuelto y son las tres y cuarto de la mañana! —gritó Kalila al teléfono—. ¿Has sabido algo?

—Nada que tenga sentido —replicó el director de Proyectos Especiales, con voz tenue y cansada—. No te he llamado porque pensé que estabas descansando un poco.

—No me mientas, tío Mitch. Nunca ha sido problema para ti hacerme trabajar toda la noche. ¡Evan está por ahí!

—Lo sé, lo sé… ¿Te comentó algo de ir a ver a alguien al parque Balboa?

—No, y no creo que sepa lo que es ni dónde está.

—¿Y tú?

—Pues claro. ¿No recuerdas que mis abuelos viven aquí?

—¿Conoces un sitio llamado el Balthazar?

—Es un café para exaltados, árabes, para ser exactos; en su mayoría estudiantes. Estuve una vez y no he vuelto. ¿Por qué lo preguntas?

—Déjame que te explique —dijo Payton—. Después de tu llamada de hace unas

horas, telefoneamos a casa de Bollinger, como si fuésemos la oficina de Kendrick, por supuesto, diciendo que teníamos un mensaje urgente para él. Nos explicaron que se había marchado a eso de las nueve, lo que contradecía tu información de que a las once aún no había vuelto; desde casa del vicepresidente a tu hotel hay como máximo treinta minutos en coche. De modo que recurrí a Gingerbread, a Shapoff, que es buenísimo en estos casos. Encontró la pista de todo, incluido el conductor de la limusina de Evan. Nuestro congresista le dijo que lo dejase frente al parque Balboa, de modo que Gingerbread fue allí y «se movió por el barrio», según sus palabras. Lo que averiguó puede llevarnos a dos conclusiones enigmáticas. Primera: un hombre que concuerda con la descripción de Evan fue visto andando por el parque Balboa. Segunda: algunos de los que estaban en el Balthazar han dicho que ese mismo hombre, con gafas oscuras, entró allí y estuvo de pie largo rato junto a las máquinas de café de cardamomo antes de ir a una mesa.

—¡Mitch! —exclamó Kalila—. ¡Estoy viendo sus gafas oscuras! Están sobre el escritorio. A veces las lleva de día para no ser reconocido, pero nunca de noche. Dice que llaman la atención y tiene razón. Ese hombre no era Evan. Es todo un montaje. ¡Lo tienen en alguna parte!

—Juego duro —mascculló Payton—. Tendremos que entrar en él.

Kendrick abrió los ojos como quien no sabe bien dónde está ni en qué condiciones, e incluso si está despierto o sigue durmiendo. Todo era desconcierto, nubes de confusión girando en su cabeza, y una parálisis provocada por la temible incertidumbre. Había una lámpara en alguna parte, y su claridad bañaba el techo de vigas. Movió la mano, levantando el brazo derecho, y después, repentinamente, levantó el izquierdo. ¿Qué había ocurrido? Bajó las piernas al suelo y se incorporó vacilante, atenazado a partes iguales por el terror y la curiosidad. Fue hasta donde estaban los gruesos pantalones de pana y la camisa negra de tela vaquera. ¡Llevaba su ropa! Tenía puesto el traje azul marino, el de ir al Congreso, como solía llamarlo con humor, el que había llevado a casa de Bollinger. Y su camisa blanca de popelín y la corbata a rayas del regimiento, todo limpio y planchado. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de la cabaña rústica bien amueblada, con todos los aparatos eléctricos y un bar de espejos? Aquel era un gran dormitorio que nunca había visto.

Despacio, recuperando el equilibrio, recorrió el extraño lugar, parte de él, preguntándose si estaba viviendo un sueño o el sueño había sido lo anterior. Vio unas puertaventanas estrechas y altas y se apresuró a ir hacia ellas y abrirlas. Daban a una pequeña terraza, lo bastante espaciosa para tomar café en ella una pareja, pero no más. Había una mesita redonda y dos sillas metálicas para ese ritual. De pie frente a barandilla, que le llegaba a la cintura, contempló los oscuros campos, oscuros excepto por una luna prácticamente inexistente, las líneas paralelas de luces ambarinas que se

Ajaban en varias direcciones… y algo más. A lo lejos, iluminada por el tenue resplandor de los focos, había una zona cercada que recordaba a una inmensa jaula de alambre. Dentro parecía haber grandes bloques de maquinaria, algunos de un brillante negro azabache, otros cromados o plateados, que lucían también, bañados por una luna pálida y medio cubierta de nubes. Evan se concentró en aquella visión, y después volvió la cabeza para escuchar. Había un rumor ininterrumpido y supo que había encontrado la respuesta a una pregunta lo había dejado confuso. No necesitó leer los letreros de PELIGRO-ALTO VOLTAJE; allí estaban. La maquinaria que veía de detrás de la alambrada eran los componentes de un enorme generador, sin duda alimentado por gigantescos depósitos de combustible subterráneos, y por campos de células fotovoltaicas para captar, en los momentos propicios, la energía del sol tropical.

Debajo de la terraza había un patio de ladrillo, del que lo separaban como mínimo ocho metros, lo que equivalía a un tobillo dislocado o una pierna rota si alguien trataba de salir por allí. Kendrick examinó las paredes exteriores. El canalón más cercano estaba en la esquina del edificio, muy lejos de su alcance, y no había enredaderas por las que poder escalar; solo el revoco. ¿Mantas? ¡Sábanas! Bien atadas, podrían disminuir mucho la altura de la caída. Si se daba prisa… De pronto se quedó inmóvil, desechando la idea de echar a correr hacia la habitación y la cama, al ver aparecer a una silueta que caminaba abajo, por una de las vías iluminadas de la derecha, con un fusil al hombro. Levantó el brazo, haciendo una señal, y Evan miró a la izquierda. Un segundo hombre le devolvía la señal; los patrulleros se comunicaban entre sí. Kendrick se llevó el reloj a los ojos, tratando de ver el segundero. Si lograba cronometrar los encuentros de los centinelas y lo tenía todo preparado… Pero una vez más se vio obligado a desechar los planes que le dictaba su desesperación. Se abrió la puerta del dormitorio, haciéndolo volver a la realidad.

—Me pareció oírle moverse —dijo el hombre del Servicio Secreto procedente de las filas de la Mafia.

—Y yo debería haberme dado cuenta de que la habitación tenía micrófonos —dijo Evan, entrando.

—Sigue interpretando mal las cosas, congresista. Esta es una de las habitaciones de invitados de la casa principal. ¿Cree que esa gente iba a escuchar las conversaciones privadas de sus huéspedes o sus muy naturales expansiones juntos?

—Los creo capaces de cualquier cosa. Si no ¿cómo supo que me había levantado?

—Muy fácil —respondió el mafioso, yendo hasta el escritorio que había contra la pared de la derecha y cogiendo de encima un pequeño objeto plano—. Uno de estos. Los venden para las familias con niños. Mi hermana, la de Nueva Jersey, no va a ninguna parte sin ellos. Vienen por parejas. Se enchufa uno en una habitación y el otro en otra y se puede oír si llora el niño. Y le aseguro que los de ella lloran lo suyo. Se les oye hasta en Manhattan.

—Muy ilustrativo. ¿Tiene idea de lo que ha hecho, del lío en el que se ha metido?

Ha secuestrado al titular de un cargo oficial, a un miembro de la Cámara de Representantes.

—Dios mío, oyéndolo hablar cualquiera creería que han secuestrado al *maître* del Vinnies's Pasta Palace.

—No tiene gracia.

—Pero usted sí —le interrumpió el guardián, sacando su automática de la sobaquera—. Le llaman, congresista; lo necesitan abajo.

—Suponga que rechazo la invitación.

—Entonces le hago un agujero en la tripa y mando su cadáver escaleras abajo de una patada. Lo que prefiera; en Calidad no me importa. Me pagan por un servicio, no por una entrega garantizada. Aproveche la ocasión, héroe.

La habitación era la pesadilla de un naturalista. Cabezas de animales disecados colgaban de las paredes de estuco blanco, y sus falsos ojos parecían reflejar el pánico del fin inminente. Pieles de leopardo, tigre y elefante formaban la tapicería, tensadas y sujetas con clavillos a butacas y sofás. Si no otra cosa, sí era aquella una afirmación del poder de las balas del hombre sobre la naturaleza desprevenida, una afirmación tan imponente como triste, tan triste como los vacíos triunfos de aquellos vencedores.

El guardián del Servicio Secreto, que había abierto la puerta, hizo seña a Kendrick de que entrase y volvió a cerrarla, quedándose en el pasillo. Una vez superado el efecto inicial de la habitación, Evan se dio cuenta de que sentado ante una gran mesa había un hombre del que solo veía la nuca. Momentos después de haberse cerrado la puerta, como para asegurarse de que estaban solos, el hombre se volvió en su asiento giratorio.

—No nos conocemos, congresista —dijo Crayton Grinell con su suave y agradable cadencia de abogado—, y, por descortés que pueda parecer, prefiero continuar anónimo. Siéntese, por favor. No hay motivo para estar más incómodo de lo necesario. Por eso le han devuelto su ropa.

—Deduzco que sirvió para sus fines en un sitio llamado parque Balboa.

Kendrick se instaló en un asiento que había frente a la mesa, cubierto con una piel de leopardo.

—Sí, nos proporcionó ciertas opciones —dijo Grinell.

—Comprendo. —De repente Evan reconoció la voz. Estaba en la grabación del europeo rubio. El hombre que tenía enfrente era el desaparecido Crayton Grinell, el abogado responsable del cúmulo de muertes en Chipre, el asesino del secretario de Estado—. Pero, puesto que no quiere que sepa quién es, ¿debo suponer que una de esas opciones es que yo vuelva a aparecer en San Diego?

—Es muy posible, pero debo subrayar que se trata solo de una posibilidad. Estoy siendo sincero con usted.

—También lo fueron sus amigos en casa de Bollinger.

—Estoy seguro de que lo fueron, y también usted.

—¿Tenían que hacerlo?

—¿Que hacer qué?

—Matar a un viejo.

—¡Nosotros no tuvimos nada que ver con eso! Además, no está muerto.

—Lo estará.

—Todos los estaremos algún día. Fue un acto de una estupidez gratuita, tan estúpido como los increíbles manejos del marido de esa mujer a través de Zurich. Podemos ser muchas cosas, congresista, pero no estúpidos. Y no perdamos el tiempo. Los Vanvlanderen han muerto, y cuanto pueda haber sucedido está enterrado con ellos. El exdoctor Lyons no volverá a aparecer…

—¡Quiero tenerlo en mis manos! —saltó Kendrick.

—Ya cayó en las nuestras y sufrió la pena máxima que puede imponer un tribunal.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso?

—¿Lo duda? ¿Podía el vicepresidente, o cualquiera de nosotros, tolerar una relación así? Lamentamos mucho lo ocurrido al señor Weingrass, pero no tuvimos absolutamente nada que ver con ello. Le repito que el médico y los Vanvlanderen están muertos. Todo eso es ya un libro cerrado. ¿Puede aceptarlo?

—¿Era necesario drogarme y traerme aquí para convencerme?

—No podíamos dejarlo en San Diego diciendo las cosas que estaba diciendo.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando?

—De otro libro —replicó Grinell, echándose hacia adelante en su asiento—. Queremos que nos lo devuelva, y a cambio quedará libre. Lo dejarán en su hotel vestido con su propia ropa. Y nada habrá cambiado. Esta mañana se ha abierto en Zurich una línea de crédito a su nombre por un importe de cincuenta millones de dólares.

Evan, estupefacto, trataba de no mostrar su asombro.

—¿Otro libro? No estoy seguro de entenderle.

—Lo robó Varak.

—¿Quién?

—¡Milos Varak!

—¿El europeo…?

Se le escapó su súbito reconocimiento del hombre, a causa del Milos.

—¡Inver Brass es muy profesional, muy cumplidor!

—¿Inver qué?

—Sus sedicentes promotores, congresista. No creerá que ha llegado donde está por sí mismo.

—Sabía que alguien estaba empujándome.

—¿Empujándolo? Catapultándolo sería más exacto. ¡Lunáticos entrometidos! No se daban cuenta de que uno de ellos era también uno de los nuestros.

—¿Qué le hace pensar que el europeo… que ese Varak ha muerto? —preguntó Evan, aunque solo fuese para ganar tiempo a fin de encajar unas revelaciones que se sucedían con demasiada rapidez.

—Vino en el periódico, no con su nombre, por supuesto, pero era inconfundible. Y antes de morir estuvo en otra parte, con alguien más que trabajaba para nosotros. Tuvo que estar, no hubiese ido al aeropuerto. Él lo robó.

—¿El otro libro? —dijo Kendrick, vacilante.

—Un libro de contabilidad escrito en clave que solo pueden entender unos pocos escogidos.

—Y cree que lo tengo yo.

—Creo que sabe dónde está.

—¿Por qué?

—Porque, en su celo, Varak puede haber pensado equivocadamente que debería estar en sus manos. No podía seguir confiando en Inver Brass.

—Porque supo que uno de ellos era también uno de ustedes.

—En lo esencial, sí. Por supuesto, es solo una hipótesis. Se trata de una costumbre profesional, pero que me ha sido muy útil durante años.

—Esta vez no. No sé una palabra de eso.

—Yo en su lugar no mentiría, congresista. Además, sería inútil. En estos tiempos hay muchas maneras de soltar las mentes y las bocas…

¡No podía permitir que le administrasen drogas! Bajo sus efectos, lo revelaría todo, firmando así la sentencia de muerte de Kalila, a la vez que daba a los cotizantes toda la información que necesitaban para montar sus cortinas de humo y, en ciertos casos, desaparecer. ¡El moribundo Manny merecía algo mejor! Si alguna vez había necesitado credibilidad, era ahora. Estaba de nuevo en una prisión, no en Mascate, sino en una isla en aguas de México. Tenía que ser tan convincente como lo había sido entre los terroristas, porque estos hombres, estos asesinos de consejo de administración, eran también terroristas.

—Escúcheme —dijo con firmeza, recostándose y cruzando las piernas con la mirada fija en Grinell—. Puede pensar lo que quiera, pero no me interesa la vicepresidencia; quiero una línea de crédito de cincuenta millones de dólares en Zurteli. ¿Me explico?

—Se ha explicado y ha quedado grabado, naturalmente.

—¡Estupendo! Puede rodar todo un corto sobre mi y ponerlo en vídeo…

—Ya lo tengo —le interrumpió el abogado.

—¡Excelente! Entonces estamos los dos en el mismo barco.

—En el mismo, congresista. De modo que ¿dónde está el libro?

—No tengo ni la menor idea; pero, si ese Varak me lo envió, sé cómo pueden hacerse con él. Llamaré a mi oficina de Washington y diré a mi secretaria, Annie O’Reilly, que lo mande mañana mismo urgentemente a donde quieran.

Ambos negociadores se quedaron mirándose fijamente, inmóviles por un instante.

—Es una buena solución —dijo al fin Grinell.

—Si se le ocurre otra mejor, úsela.

—Eso es todavía mejor.

—¿Estoy a bordo?

—A bordo y camino de Zurich —dijo Grinell, sonriendo—. En cuanto arregle ciertos puntos de nuestra agenda, por ejemplo Chicago.

—El telegrama saldrá por la mañana. Haré que O'Reilly lo envíe desde la oficina.

—Con una copia para nuestro estimado vicepresidente, por supuesto.

—No faltaba más.

El presidente del consejo de administración de los cotizantes, contento, suspiró audiblemente.

—Qué venales somos todos —dijo—. Por ejemplo usted, congresista, es una pura contradicción. Su personaje público no aceptaría nunca nuestro acuerdo.

—Si es en beneficio de su vídeo, permítame hacer una aclaración. Intervine en Omán por vengarme de lo que me habían hecho allí, a mí y a muchos amigos míos. No veo ninguna contradicción en eso.

—Así queda registrado, representante Kendrick.

De repente, sin que nada lo anunciase, la tranquila reunión fue interrumpida por una combinación de señales. Una brillante luz roja empezó a relampaguear en la consola del radioteléfono que había sobre la mesa, y sonó una sirena ahogada en alguna parte de las paredes estucadas, probablemente en la boca de alguno de los animales muertos. Se abrió la puerta de golpe y la alta silueta del bronceado capitán del barco, la lacónica y colérica mala hierba de la Ciudad de la Corrupción, irrumpió en el cuarto.

—¿Qué hace? —rugió Grinell.

—Saque a ese tipo de aquí —aulló el *yachtsman*—. ¡Desde el principio pensé que era una trampa y tenía razón! Hay gente de Washington buscándolo por la residencia de Bollinger e interrogando a todo el mundo como si estuviesen ya detenidos.

—¿Qué?

—Nos ocupamos de eso, pero tenemos un problema mayor.

¡El libro! Bollinger recibió una llamada. ¡Lo tiene el abogado de la zorra!

—¡Cállese! —ordenó Grinell.

—Habla de diez millones, que es lo que ella le dijo que su Andy-boy le había prometido. ¡Ahora los quiere él!

—¡Le he dicho que se calle! ¿Por qué dio a entender que los federales estaban interrogando a todo el mundo?

—Porque es cierto. No solo los están friendo a preguntas, sino que tienen permisos de registro. No encontrarán nada, pero no será porque no lo intenten.

—¿En casa del vicepresidente? ¡Es inaudito!

—Son muy listos. Le han dicho a Bollinger que están protegiéndolo de sus subordinados. Pero no me lo trago. —El *vachtsman* se volvió a Evan—. A este hijo

de perra lo enviaron para atraparnos. ¡La palabra del héroe contra la de todos los demás!

Grinell miró fijamente a Kendrick.

—No puede haber palabra de héroe si no hay héroe. *Adiós*, congresista.

Grinell apretó un botón en el lateral de su mesa y la puerta de la enorme sala de los animales muertos volvió a abrirse. La automática del mafioso se movió atrás y adelante mientras entraba con cautela.

—Llévatelo —ordenó el abogado—. Los mexicanos te dirán a dónde. Me la pegó bien, congresista. No olvidaré la lección. Cuidado con los chaqueteros filosóficos y persuasivos.

El ruido de las olas al estrellarse contra la costa rocosa de la isla iba haciéndose más fuerte a medida que descendían por el camino iluminado por las luces ámbar. Allá delante terminaban, y entre las últimas se veía una barrera blanca, un obstáculo coronado por dos letreros. También en ese lugar el de la izquierda estaba en español, el de la derecha en inglés.

¡Peligro…! *Danger!*

Más allá de la barrera había un promontorio que daba sobre el mar, donde las aguas furiosas se agitaban bajo una luna errática. El sonido de las olas al estrellarse era ahora ensordecedor. Kendrick iba camino de su ejecución.

Bolsas de vapor se arremolinaban sobre el Pacífico. Evan dominó su pánico, recordando el pacto que tenía consigo mismo. No moriría pasivamente; no lo matarían sin lucha, por inútil que pareciese esta. Incluso los esfuerzos desesperados presumían la posibilidad de sobrevivir, y se había pasado su vida adulta estudiando la complejidad de los detalles. A su alrededor había enredaderas tropicales, gruesas y fuertes por la humedad y los vientos que constantemente azotaban sus troncos. Había una maleza exuberante a ambos lados de la línea de bombillas ámbar, y tierra húmeda y suelta dentro de aquel follaje retorcido, un barro que nunca se secaba. El mexicano que había guiado al mafioso hasta allí colaboraba a la fuerza en el asesinato, y su voz iba haciéndose más débil a medida que se acercaban a la barrera blanca.

—*¡Al frente, al frente!* —gritaba nervioso—. *¡Adelante!*[4]

—Puede pasarlo por encima o rodearlo, congresista —dijo el hombre del Servicio Secreto, con el tono frío de un profesional que hace su trabajo, de alguien para quien la vida y la muerte no significaban nada.

—No puedo —dijo Kendrick—. Es demasiado alto para pasar por encima y tiene alambre de espino por los lados.

—¿Dónde?

—Ahí.

Kendrick señaló abajo, hacia el oscuro follaje.

—No lo veo…

¡Ahora!, gritó la voz silenciosa dentro de la garganta de Evan, mientras se volvía de pronto buscando con ambas manos el arma, la agarraba y tiraba de ella, a la vez que doblaba la muñeca del mafioso y estrellaba el hombro contra su pecho, tiraba del brazo hacia adelante y, desesperadamente, con todas las fuerzas que le quedaban, le hacía perder el equilibrio de un empujón y lo mandaba a la maleza y la tierra húmeda. Hubo un disparo, y la explosión fue a mezclarse con el ruido de las olas que se estrellaban allá abajo. Kendrick hundió el arma en la blanda tierra y, soltando su mano derecha, agarró un puñado de barro, lo estampó en la cara del mafioso y se lo restregó en los ojos.

El guardián lanzó gritos entrecortados, mientras trataba a la vez de limpiarse los ojos, arrancar la pistola de la tierra y escapar de la presa de Evan. Kendrick continuó encima del asesino, que forcejeaba y se retorcía, y le hundió repetidamente la rodilla en la ingle mientras con la mano derecha no paraba de coger barro y aplastarlo en los ojos y la boca del mafioso. Sus nudillos tropezaron con algo duro… ¡una piedra! Parecía demasiado grande para que la pudiesen abarcar sus dedos, movido por el pánico, pero no había nada capaz de detenerlo. Poniendo en tensión músculos que no había ejercitado durante meses, durante años, y mientras contenía los embates convulsivos que notaba debajo de él, arrancó la pesada piedra del barro, la levantó y

la estrelló contra la cabeza de su verdugo. El guardián-asesino se tornó fláccido mientras su cuerpo se hundía en la húmeda maleza y el blando suelo.

Evan agarró la pistola y miró al mexicano. El hombre, que aguardaba unos metros dentro del follaje sombrío y cargado de humedad a ver quién vivía y quién moría, se agachó y retrocedió hasta una de las lámparas ámbar, que aplastó con el pie. Al ver quién era el superviviente, giró en redondo y afirmó los pies en el camino para echar a correr.

—¡Quieto! —gritó Kendrick jadeante, incorporándose de un salto y apartándose del borde de maleza—. ¡Quieto o te mato! Me entiendes lo suficiente para eso.

El mexicano se detuvo y se volvió poco a poco en medio de la claridad hasta quedar frente a Evan.

—Yo no tengo que ver con esto, *señor* —dijo en un inglés sorprendentemente claro.

—Quieres decir que tú no aprietas el gatillo, solo les dices dónde pueden apretarlo.

—No soy uno de ellos —repitió el hombre—. Soy pescador, pero en estos tiempos en los barcos no hay manera de conseguir una paga decente. Me gano unos pesos y me vuelvo a casa con mi familia, en El Descanso.

—¿Quieres volver a ver a tu familia?

—Sí, muchísimo —dijo el mexicano, con los labios y las manos temblándole—. Si aquí pasan estas cosas, no volveré.

—¿Quieres decir que no ha ocurrido antes?

—Nunca, señor.

—Entonces, ¿cómo sabías el camino? —gritó Kendrick en medio del ruido del viento y de las olas. Iba recobrando el aliento, y dándose cuenta de que estaba cubierto de barro y le dolía todo por dentro.

—Nos traen aquí y nos dan mapas de la isla, que debemos conocer bien en dos días o nos mandan a casa.

—¿Para qué? ¿Para matar gente?

—Ya le he dicho que no, *señor*. Estas son aguas de droga, de *narcóticos*, y muy peligrosas. Pueden hacer que vengan rápidamente las patrullas mexicanas y norteamericanas, pero aun así la isla necesita ser guardada.

—¿Llaman a las patrullas?

—Él dueño es un hombre poderoso.

—¿Se llama Grinell?

—No lo sé, *señor*. Solo conozco la isla.

—Hablas bien inglés. ¿Por qué no lo hablaste antes? —Evan hizo un gesto hacia el mafioso muerto—. ¡Con él!

—Ya se lo he dicho; no quería tener nada que ver. Me dijeron a dónde debía llevarlo, y, cuando íbamos llegando, empecé a comprender. Yo no hago esas cosas, *señor*. Pero tengo a mi familia allá, en El Descanso, y los hombres que vienen aquí

son gente poderosa.

Evan miraba al hombre sin decidirse. Sería fácil, tan fácil, acabar con su vida y eliminar un riesgo…; pero había también un asomo de posibilidad si el asustado mexicano no mentía. Sabía que estaba negociando para salvar su vida, pero había otra vida implicada, y eso hacía la negociación más fácil.

—Ya comprenderás —dijo, acercándose más al hombre y alzando la voz para que le oyese con claridad— que si vuelves a la casa sin él y no aparece o encuentran su cadáver aquí, te matarán. ¿Lo entiendes, no?

El mexicano afirmó por dos veces con la cabeza.

—Sí.

—Pero si no te mato, tienes una oportunidad, ¿no es cierto? —Evan levantó la pistola del mafioso y el mexicano cerró los ojos y afirmó con el gesto una sola vez—. De modo que a ti y a tu familia de El Descanso os interesa ayudarme, ¿no es así?

—*Sí*. —El mexicano abrió los ojos—. ¿Ayudarlo a qué?

—A salir de aquí, a irnos lejos. Abajo, en el muelle que está junto a un depósito de gasolina, hay un barco. Es lo bastante grande para hacer el viaje.

—Tienen otros —dijo el guía del verdugo—. Son más rápidos que los barcos antidroga del gobierno, y hay también un helicóptero con unos reflectores muy potentes.

—¿Dónde?

—Junto a la playa, al otro lado de la isla. Hay una pista de aterrizaje de cemento. ¿Es usted piloto, *señor*?

—Ojalá. ¿Cómo te llamas?

—Emilio.

—¿Vas a venir conmigo?

—No tengo elección. Quiero salir de aquí e ir a casa con mi familia y marcharnos a un pueblo de las montañas. De lo contrario moriré, y ellos pasarán hambre.

—Te prevengo que si me das el menor motivo para pensar que estás mintiendo no volverás a ver El Descanso ni a tu familia.

—Entiendo.

—No te separes de mí. Primero quiero ver cómo está mi ejecutor.

—¿Su qué, *señor*?

—Mi simpático verdugo. ¡Vámonos! Tenemos mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo.

—¿A la lancha?

—Todavía no —dijo Kendrick, mientras un plan vago y fragmentado empezaba a tomar forma en su mente—. Vamos a poner patas arriba esta condenada isla. No solo para ti y para mí, sino para todos. ¿Hay un cobertizo de herramientas, un sitio donde guarden palas, picos, tijeras de podar y cosas así?

—El *mantenimiento*. Es de los jardineros, aunque muchas veces nos piden que les ayudemos.

—Haremos primero una parada, y después me llevas allí. —Evan echó a andar torpemente y entre dolores hacia donde estaba el mafioso—. ¡Vamos!

—¡Debemos tener cuidado, *señor*!

—Ya sé, los guardas. ¿Cuántos hay?

—Dos en cada una de las cuatro zonas de playa accesibles y otros dos en el muelle. Diez en cada turno. Todos llevan radioalarmas que hacen sonar *sirenas*, muy fuertes.

—¿Cuánto duran los turnos? —preguntó Kendrick, mientras se inclinaba sobre el cadáver del hombre del Servicio Secreto.

—Doce horas. Son veinte *guardas* y cuatro *jardineros*. Cuando no están de servicio van a lo que llaman el «cuartel». Es un edificio largo que hay al norte de la casa principal.

—¿Dónde están las herramientas?

—En un garaje metálico, cincuenta metros al sur del *generador*.

—¿El generador?

—Sí.

—Bien.

Evan quitó al mafioso la cartera y la funda de plástico negro con su documento de identidad y le registró los bolsillos empapados de barro, donde encontró más de mil dólares, que sin duda no formaban parte de la paga de un federal. Por último, sacó la pequeña «llave» electrónica que abría la puerta de la cabaña-celda del bosque.

—Vamos —repitió, levantándose con dificultad de la tierra húmeda y suave cubierta de maleza.

Echaron a andar por el camino de las lámparas ambarinas.

—¡*Un momento*! —susurró Emilio—. Las luces. Apáguelas a patadas, *señor*. Cuanta más oscuridad, mejor estaremos.

—Buena idea —asintió Kendrick, encaminándose con el mexicano hacia la barrera blanca, donde procedieron a aplastar todas las bombillas que había a ambos lados. Llegaron al camino principal de la isla, que a la izquierda bajaba hasta las embarcaciones y el muelle y por la derecha ascendía a la residencia de la cima de la colina, con un ramal hasta la cabaña rústica a prueba de fugas. Evan y el mexicano corrieron de lámpara en lámpara, rompiéndolas, hasta que llegaron al camino de la cabaña—. ¡Por ahí! —ordenó Kendrick, yendo hacia la derecha—. Olvídate de las luces. Ya las apagaremos al volver.

—¿La cabaña?

—¡Date prisa!

El sorprendente torrente de luz de las gruesas ventanas biseladas seguía iluminando el claro frente a la pequeña casa. Evan se acercó a la puerta y apretó un botón verde en la llave electrónica. Tras oír deslizarse los cerrojos fuera del marco, hizo girar el pomo y entró.

—Ven —llamó a Emilio. El mexicano entró, y Kendrick cerró la puerta y la

aseguró apretando el botón rojo.

Corrió a la cabina, abrió cajones y armarios uno tras otro y fue seleccionando las cosas que le parecieron útiles: una linterna, un gran cuchillo de trinchar y varios más grandes, una cuchilla de carnicero, tres latas pequeñas de Sterno, una caja de fósforos de cazador —revestidos de parafina y que se pueden encender sobre cualquier superficie dura— y un montón de trapos de cocina doblados. Con todo sobre la mesa de roble ovalada, miró a Emilio, que no le quitaba ojo. Cogió uno de los cuchillos por la hoja y se lo ofreció.

—Espero que no tengas que usarlo; pero si lo haces, no falles.

—Hay hombres a los que no podría matar sin razonar primero con ellos, porque están tan desesperados como yo buscando trabajo. Pero con otros, los que llevan más tiempo aquí, no tendría ese problema.

—¡Maldito seas! No puedes tener ningún problema. Si alguien da la alarma…

—Ninguno de mis amigos la dará, *señor*, si saben que soy yo, Emilio. Además, la mayoría están en el cuartel, durmiendo. Para las patrullas nocturnas utilizan a los *veteranos*; de noche tienen miedo de las lanchas.

—Será mejor que tengas razón.

—Deseo irme a casa, créame.

—Coge unos cuantos trapos, una lata de Sterno y un puñado de cerillas. ¡De prisa!

Kendrick cogió el resto de las cosas y se las metió en los bolsillos, dejando la cuchilla de carnicero para el final. La empuñó, fue hasta la consola de intercomunicación de la pared y, poniéndose a un lado, introdujo la pesada hoja por la parte de atrás del equipo, hasta arrancarlo.

—Rompe aquellas dos lámparas —dijo al mexicano—. Yo me encargaré de las de la cocina y de las que hay al otro lado de la habitación.

Menos de un minuto después, los dos hombres estaban de nuevo en el camino, y el claro frente a la cabaña sumido en una oscuridad fantasmal.

—Las herramientas de los jardineros. Llévame allí.

—¡*Con mucho cuidado*! Debemos tomar precauciones cuando pasemos cerca de la gran casa. Solo apagaremos las luces del camino hasta donde yo diga. Desde la segunda planta, los de la casa podrían ver que no están encendidas y dar la alarma. Si hay patrullas, déjeme observarlas primero.

—Vamos. Ahí arriba tienen problemas, pero pronto alguien se preguntará dónde está mi verdugo.

Fueron rompiendo las lámparas hasta el repecho que precedía al nivel del suelo de la enorme mansión, de la «casa grande», pensó Evan, recordando la zona tropical y las granjas mansiones del Caribe. De pronto el mexicano agarró a Kendrick por el brazo, lo arrastró entre el follaje que bordeaba el camino y lo empujó hacia abajo por el hombro. El mensaje era claro: agacharse y estarse quieto. Pasó en dirección opuesta un guarda con el fusil colgado al hombro.

—¡Ahora de prisa, *señor*! No hay nadie hasta la *galería* de atrás, donde beben vino y ahúman pescado.

Un gran *patio* con su barbacoa, pensó Evan, mientras seguía a Emilio por entre el espeso follaje y lamentaba no tener un *machete* para abrirse paso por entre las lianas, aunque agradecía el ruido siempre extrañamente presente del viento y las olas. Rodearon la casa, hasta que oyeron un nuevo rumor. Era el del enorme generador, su zumbido constante, grave, imponente. El ingeniero que había en Kendrick trató de calcular la energía que producía, el combustible que consumía y la energía auxiliar que aportaba el imprescindible campo de células fotovoltaicas. Era algo sorprendente. Él había instalado generadores desde Baréin hasta los desiertos occidentales de Arabia Saudí, pero solo temporales, para ser utilizados hasta que pudiesen traer la electricidad por cable; nada parecido a aquello.

El mexicano volvió a agarrar el hombro de Evan, ahora con más fuerza y temblándole la mano, y de nuevo se acurrucaron en la maleza, detrás del largo y recortado muro de arbustos. Kendrick miró hacia arriba y, con súbito temor, comprendió. Enfrente, a la izquierda, por encima del borde a manera de seto del camino, uno de los guardas había oído o visto algo. La parte superior de su cuerpo era claramente visible al resplandor de las luces ambarinas. Se adelantó rápidamente, descolgando el fusil del hombro. Avanzó hacia ellos, y cuando estaba ya a pocos pies hurgó con el cañón del arma entre el follaje.

—¿Quién es? —gritó.

De repente, saltando como un gato furioso, Emilio agarró el fusil y atrajo al guarda entre la vegetación. Hubo una repentina expulsión de aire, que cortó en seco el inicio de un grito, y el hombre cayó entre el follaje con la base del cuello convertida en una masa sanguinolenta. El cuchillo estaba en la mano derecha de Emilio.

—¡Dios mío! —susurró Evan mientras ayudaba al mexicano a arrastrar el cuerpo para ocultarlo entre la vegetación.

—Con este *perro* no había problema —dijo Emilio—. Aplasto la cabeza a un muchacho, un joven jardinero que no quiso hacerle un favor, no sé si me entiende, *señor*.

—Te entiendo, y también entiendo que acabas de salvarnos la vida… ¡Un momento! El fusil y la gorra. ¡Podemos ahorrar tiempo! Aquí no hay uniformes, solo la ropa de trabajo. El uniforme es el arma. Ponte la gorra y échate el fusil al hombro. Después sal de ahí, y yo te seguiré tan cerca como pueda. Si es más rápido que salga yo también al camino, asegúrate de que no hay peligro.

—*Bueno* —dijo el mexicano, alcanzando la gorra y el arma—. Si me paran, diré que este *perro* me obligó a relevarlo durante un par de horas. Se reirán, pero nadie lo pondrá en duda. Allá voy. Manténgase cerca de mí, y cuando yo le diga, salga y ande a mi lado. No delante ni detrás, a mi lado. ¿Habla español?

—No lo bastante bien para dirigirme a alguien.

—Entonces no diga nada. ¡Y no se separe!

Emilio salió del seto con el fusil al hombro y echó a andar por el camino. Luchando con la maraña de follaje, Kendrick se esforzó por seguirlo de cerca, susurrándole de vez en cuando que no corriese tanto. Cuando llegaron a una zona particularmente espesa, sacó del cinturón la cuchilla de carnicero y atacó la masa de lianas tropicales, solo para oír a Emilio gritarle por lo bajo:

—¡Silencio!

Después oyó otra orden:

—¡Ahora, *señor*! Salga y ande a mi lado. ¡De prisa!

Así lo hizo Kendrick, abriéndose paso por entre los arbustos para reunirse con el mexicano, quien de pronto empezó a acelerar sus zancadas por el camino descendente.

—¿Hace falta ir tan de prisa? —preguntó Evan, jadeante—. Si nos ven, alguien puede pensar que hacemos la guardia a la carrera.

—Hemos llegado detrás de la casa principal —dijo Emilio, sin acortar el paso—. Aquí no hay nadie a estas horas; solo dos guardas en caminos diferentes, que se encuentran en la *galería* de piedra y después vuelven a subir a la colina para bajar a las playas. Eso les lleva muchos minutos, y acaban de irse. Podemos cruzar a la carrera la *galería* y subir por el camino más lejano, para llegar cruzando el bosque hasta *mantenimiento…* Las herramientas, *señor*.

Llegaron a un patio de ladrillo hundido, el mismo que había estudiado Kendrick desde la terracita de la habitación de invitados. Recordó a los dos guardas que se hacían señales desde el comienzo de dos caminos opuestos. El mexicano, que era quien ahora llevaba la voz cantante, cogió a Evan por el brazo, le hizo seña de ir hacia su izquierda y echó a correr. Bajaron corriendo hasta el patio, que era mucho mayor de lo que le había parecido a Kendrick; se extendía a todo lo largo de la casa, y en la zona central, enfrente de la gran barbacoa de ladrillo, había muebles metálicos pintados de blanco. Pasaron por el costado de la casa, bajo las terrazas, y subieron por el camino de luces ámbar de la parte sur hasta una zona llana bordeada de altas hierbas, una loma que daba sobre el mar y dos playas, separadas por una zona pedregosa de unos doscientos metros. Las luces ámbar quedaban ahora a su espalda, y enfrente solo tenían un estrecho sendero de piedra descendente.

Desde allí, en los momentos en que brillaba la luna, podían ver gran parte de la zona posterior de la isla. A la derecha, a no más de trescientos metros y bañado por la luz de los focos, estaba el enorme generador. Más allá del recinto cercado se veían los vagos contornos de un edificio largo y bajo, el «cuartel» de que había hablado Emilio, supuso Evan. Después, más abajo, por encima de la playa de la derecha, con su cemento blanco destacando como una enorme baliza plana, estaba el helipuerto, donde descansaba un gran helicóptero militar, pintado con colores civiles e identificación mexicana, aunque se trataba de un inconfundible avión del Ejército norteamericano.

—¡Vamos! —susurró Emilio—. Y no diga nada, porque en esta parte de la isla se oyen las voces.

El mexicano empezó a bajar por un camino oscuro entre árboles, una especie de pista forestal que solo se utilizaba de día. Y entonces, al pensar en las palabras de Emilio, Kendrick se dio cuenta de lo que faltaba. El ruido del viento y de las olas casi había desaparecido; las voces llegaban muy lejos en aquella calma, y un helicóptero podía maniobrar sin apenas dificultad.

El «garaje» metálico al que se había referido Emilio correspondía a esa descripción, pero el que tenían delante era mucho mayor que cuantos había visto Evan, con excepción de los enormes edificios esterilizados y acolchados que albergaban las limusinas de cierta familia real árabe. Por el contrario, este era una fea masa de aluminio corrugado con varios tractores y todo un surtido de cortacéspedes a gasolina, sierras de cadena y máquinas cortadoras, imposibles de utilizar por el ruido que harían. Sin embargo, en la pared lateral y junto a ella había objetos más prácticos, entre otros una fila de latas de gasolina, y encima, colgando de ganchos y clavos, hachas de varios tamaños, guadañas, alicates de largo mango, machetes y podaderas telescópicas con los mangos forrados de goma; todas las herramientas necesarias para luchar contra la increíble velocidad de desarrollo de la vegetación tropical.

Las decisiones fueron pocas, instintivas y simples. La cuchilla de carnicero cedió su sitio a un hacha y un machete, y otro para Emilio. Añadieron los alicates, una lata llena de gasolina y una tijera para árboles de tres metros de largo. El resto de lo que traían de la cabaña siguió en sus bolsillos.

—¡El helicóptero! —exclamó Kendrick.

—Hay un camino que une las calles norte y sur por debajo del *generador*. ¡De prisa! Los guardas han llegado ya a las playas y no tardarán en volver.

Salieron corriendo del almacén de los jardineros y fueron hasta el primer camino de tierra, con las herramientas precariamente sostenidas en los cinturones, las manos y los sobacos. Con Emilio en cabeza, se internaron en el borde de altas hierbas y se abrieron camino hasta la estrecha senda que cruzaba la ladera de la colina.

—¡*Un cigarro*! —susurró el mexicano, empujando de nuevo a Evan hacia los inmóviles tallos de hierba. La luz de un cigarrillo encendido se balanceaba mientras el guarda subía por la colina y pasaba a menos de tres metros de ellos—. ¡Vamos! —exclamó en voz baja Emilio cuando el guarda llegó a lo alto de la loma.

Agachándose, corrieron hasta el camino del norte. No había indicio del segundo vigilante, de modo que empezaron a descender hacia la pista para helicópteros.

La enorme aeronave militar repintada se alzaba como un silencioso monstruo presto a atacar a un enemigo que solo él podía ver en medio de la noche. Estaba sujeto por gruesas cadenas ancladas en cemento, y ninguna súbita tormenta procedente del mar lo movería a menos que fuese lo bastante fuerte para destrozarlo. Kendrick se acercó al aparato mientras Emilio seguía entre la hierba que había junto al camino vigilando la vuelta del guarda, preparado para avisar a su compañero. Evan

examinó el helicóptero con solo una idea en la mente: inmovilizarlo, y hacerlo sin provocar un ruido lo bastante fuerte para que llegase más allá de la parte silenciosa de la isla. Tampoco podía utilizar la linterna; en aquella oscuridad la luz sería demasiado visible. *Cables*. Arriba, bajo las paletas del rotor, y en el ensamble de la cola. Agarrándose primero a la manilla de la puerta, después al marco de una ventanilla, se izó hasta la cabina del piloto con los largos alicates sobresaliendo de sus pantalones. A los pocos segundos se había encaramado al parabrisas curvo y la parte de arriba del fuselaje. En equilibrio, cautelosamente, gateó hasta la base de la maquinaria del rotor. Sacó los alicates, se incorporó, y tres minutos después había cortado cuantos cables pudo ver en la oscuridad.

El silbido fue brusco y corto. ¡La señal de Emilio! El guarda había llegado a la cresta de la colina y estaría en la pista en pocos minutos. El ingeniero que había en Kendrick no estaba satisfecho. ¿Había inmovilizado el helicóptero o solo lo habría «herido»? Tenía que llegar hasta el ensamble de la cola; era su único margen de seguridad, en esta época mecánica en la que todo avión tenía tantos para el caso de una avería en vuelo. Se arrastró por el fuselaje tan rápidamente como pudo sin arriesgarse a perder el equilibrio, resbalar y caer desde los seis metros que lo separaban del suelo de cemento. Cuando llegó a la cola en pendiente no consiguió ver nada; todo estaba cubierto de metal… ¡No, no todo! A horcajadas en el lustroso cuerpo y agarrado al saliente superior de la cola, se inclinó y pudo ver dos cables gruesos como sogas que iban hasta el alerón derecho. Trabajando furiosamente, mientras el sudor le goteaba y rodaba por el reluciente metal, pudo notar cómo los alicates hacían su labor e iban quedando sueltos ramales del cable. De repente hubo un fuerte chasquido —demasiado fuerte, casi estruendoso en medio del silencio nocturno— cuando toda una sección del alerón cayó y quedó en posición vertical. Lo había conseguido; ahora estaba seguro.

Ruido de pisadas. Gritos abajo.

—*¿Qué sucede? ¡No se mueva!*

Debajo del ensamble de la cola había un guarda de pie en el cemento, apuntando a Evan con el fusil mientras su mano izquierda alcanzaba la radioalarma que llevaba sujeta al cinturón.

¡Aquello no podía ocurrir! Como si de repente hubiese perdido todo equilibrio, todo control, Kendrick alzó los brazos, se dejó deslizar por el fuselaje y fue a golpear con los enormes alicates la culata del fusil. El guarda gritó de dolor mientras el arma, arrancada de su mano, caía al suelo, pero antes de que el grito pudiese alcanzar un *crescendo* ya estaba Emilio sobre él y le había estrellado el revés del hacha en el cráneo.

—¿Puede moverse? —susurró el mexicano a Evan—. ¡Tenemos que irnos de aquí! ¡De prisa! El otro guarda vendrá corriendo.

Retorciéndose sobre el cemento, Evan afirmó con la cabeza y se esforzó por ponerse en pie, a la vez que recogía los alicates y el fusil.

—Llévatelo de aquí —dijo, pero al instante se dio cuenta de que la orden era innecesaria; Emilio arrastraba ya al hombre inconsciente hacia las altas hierbas. Cojeando, con el tobillo izquierdo y la rodilla derecha ardiendo de dolor, Kendrick le siguió.

—Me he equivocado —dijo el mexicano, sacudiendo la cabeza—. Solo tenemos una posibilidad. He visto cómo andaba. No podríamos llegar al muelle ni a las lanchas sin ser vistos antes de que el otro guarda se dé cuenta de que no tiene *compañero*. —Señaló hacia su inconsciente paisano—. En la oscuridad, yo debo ser él y acercarme lo suficiente antes de que el otro se dé cuenta de que no lo soy.

—Primero te gritará, te preguntará qué ha pasado. ¿Qué vas a decirle?

—Que me metí entre la hierba para aliviarme y con la prisa me di con una gran piedra. Cojearé como usted, y le diré que voy a enseñarle por dónde sangro.

—¿Podrás conseguirlo?

—Rece a la Virgen para que lo consiga. De lo contrario moriremos los dos. —El mexicano se levantó y se echó el fusil al hombro—. Le pido una cosa —añadió—. Este *guarda* no es un mal hombre, y tiene familia en El Sauzal, donde no hay trabajo para nadie. Átele las piernas y los brazos y métale su propia ropa en la boca. No puedo matarlo.

—¿Sabes dónde está el otro?

—No.

—Supón que tampoco puedes matarlo a él.

—Eso no es un problema. Soy un fuerte pescador de El Descanso cuando hay barcos que quieren contratarme. Puedo atarlo yo mismo… o volver con otro *compañero*.

La segunda opción no iba a producirse. Apenas había llegado el claudicante Emilio al camino de tierra, junto al helipuerto, apareció corriendo el guarda del sur. Cuando estuvieron más cerca, hubo un breve intercambio de palabras en español y, de pronto, toda una erupción por parte de uno de los dos hombres, y no precisamente del pescador de El Descanso. Siguió un silencio, y momentos después volvió Emilio.

—No hay *compañero* —dijo Kendrick, sin molestarse en preguntar.

—¡Esa *rata* gruñona hubiera jurado que su madre es una puta si la *policía* le pagaba lo suficiente!

—¿«Hubiera», en pasado?

—*No comprendo*.

—¿Está muerto?

—Muerto, *señor*, y entre la hierba. Además, nos quedan menos de treinta minutos antes de que amanezca por el este.

—Entonces vámonos. Tu amigo está atado.

—¿Al muelle? ¿A las lanchas?

—Todavía no. Tenemos algo que hacer antes de irnos.

—¡Le digo que va amanecer!

—Si hago bien las cosas, habrá pronto mucha más luz. Coge la gasolina y trae las otras tijeras de podar. Yo no puedo manejar mucho más de lo que tengo.

Un penoso paso tras otro, Evan subió por el estrecho camino de tierra detrás del mexicano, hasta que llegaron al enorme generador cercado, cuyo zumbido les produjo dolorosas vibraciones en los oídos. Por todas partes aparecían avisos de *¡Peligro…! Danger!*, y la única puerta que daba acceso al interior estaba asegurada por dos enormes cerraduras planas que al parecer exigían que sus llaves fuesen introducidas a la vez para poder abrir. Cojeando por las sombras más oscuras que producían los focos, Kendrick dio la orden, mientras entregaba los alicates a Emilio.

—Empieza aquí, y espero que seas tan fuerte como dices, el alambre de la cerca es muy grueso. Haz una abertura; con un metro bastará.

—¿Y usted, señor?

—Tengo que echar una ojeada por ahí.

¡Y los encontró! Tres discos metálicos encajados en el cemento a unos diez metros uno de otro; tres depósitos enormes, cisternas para el combustible, complementadas con bancos de células fotovoltaicas en algún lugar, cosa que ya no le preocupaba. Para abrir uno de los discos hacía falta una llave de tuercas hexagonal en forma de T, con los mangos lo bastante largos para poder ser accionados por dos hombres fuertes cada uno. Pero había otro sistema, que él conocía bien por los depósitos del desierto de Arabia Saudí; un procedimiento de emergencia para el caso de que las caravanas de camiones cisterna olvidasen aquella herramienta, cosa nada rara en los desiertos del Jabal. Cada disco supuestamente impenetrable tenía catorce aristas en la tapa, que no era muy diferente de las de los registros de la mayor parte de las ciudades norteamericanas, aunque mucho más pequeña. Si se las golpeaba cadenciosamente hacia la izquierda, la tapa iría girando hasta que manos y dedos pudiesen alcanzar los lados y desenroscarla.

Kendrick volvió hasta donde estaba Emilio, junto al ruido ensordecedor del generador. El mexicano había cortado dos líneas paralelas verticales y estaba empezando otra en la base, al nivel del suelo.

—¡Ven conmigo! —le gritó Evan al oído—. ¿Tienes el hacha?

—Sí.

—Yo también.

Kendrick condujo al mexicano de vuelta al primer disco metálico y le explicó cómo debía utilizar los trapos de la cabaña electrónica para ahogar los golpes propinados con la Parte posterior del hacha.

—Despacio —chilló—. Una chispa puede hacer que exploten los vapores, *¿comprendes?*

—No, señor.

—Mejor… ¡Y ahora, cuidado! Golpe a golpe. ¡No tan fuerte…! ¡Se está moviendo!

—¿Doy más fuerte ahora?

—¡No! Con cuidado, *amigo*. Como si estuvieses tallando un diamante.

—No he tenido el gusto…

—Lo tendrás si salimos de aquí. ¡Eso es! ¡Está suelta! Desenróscala y déjala ahí. Dame los trapos.

—¿Para qué, señor?

—Te lo explicaré tan pronto como pueda pasar por esa abertura que estás haciendo en la cerca.

—Eso llevará tiempo.

—¡Tienes dos minutos, *amigo*!

—¡La Madre de Dios!

—¿Dónde pusiste la gasolina?

Kendrick se acercó para que pudiese oírle.

—¡Allí! —dijo el mexicano, señalando a la izquierda de la «puerta» que estaba cortando.

Agachándose penosamente entre las sombras, Evan fue atando los trapos unos a otros, tirando de cada nudo para comprobar que estaba seguro, hasta tener una única pieza de unos tres metros de largo. Con el cuerpo doliéndole a cada movimiento, desenroscó la tapa de la lata de gasolina y fue empapando y retorciendo los paños. En pocos minutos tuvo una mecha de tres metros. Con la rodilla ardiendo y el tobillo cada vez más hinchado, se arrastró de vuelta al depósito, tirando de los trapos. Haciendo un esfuerzo, levantó la tapa de hierro, introdujo un metro de mecha y colocó el pesado disco un poco ladeado, de modo que circulase una corriente de aire por el tanque. Retrocedió, apretó cada trapo, cada trozo de su mecha, firmemente contra el suelo y los espolvoreó con tierra, pero solo la suficiente para retrasar la velocidad de la llama.

Una vez en su sitio el último trapo, se incorporó —preguntándose por un instante hasta cuándo podría mantenerse en pie— y volvió cojeando junto a Emilio. El mexicano estaba tirando de la parte de la cerca cortada, que dobló hacia arriba para permitir el acceso a la enorme y reluciente maquinaria donde, mediante un proceso

dinamo-eléctrico, la energía mecánica se convertía en electricidad.

—Será suficiente —dijo Kendrick, inclinándose para hablarle al oído—. Ahora escúchame con atención, y si no me entiendes, dímelo. A partir de este momento todo es cuestión de coordinación, de precisión; ocurre tal cosa y nosotros hacemos tal otra. ¿*Comprendes*?

—Sí; nos vamos a otro sitio.

—Más o menos. —Evan se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, cubierta de barro ya costroso, y sacó la linterna—. Toma esto —dijo señalando con la cabeza al agujero de la cerca—. Voy a entrar ahí y espero saber lo que estoy haciendo. Estas cosas han cambiado desde que yo las instalaba, pero por menos podré hacer que deje de funcionar. Puede haber mucho ruido y grandes chispazos…

—¿Cómo?

—Como pequeños rayos y… ruidos como los que hace una radio, ¿entiendes?

—Es suficiente.

—Todavía no. No te arrimes a la cerca; no la toques, y al primer chasquido, date la vuelta y cierra los ojos. Con un poco de suerte, se apagarán todas las luces; cuando eso ocurra, alumbra con la linterna la abertura de la cerca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Tan pronto como yo salga, alumbras allí. —Kendrick señaló el último de los trapos anudados que sobresalía del suelo—. Ten el fusil al hombro y otro para mí. ¿Tienes todavía la gorra que le cogiste al primer guarda? En ese caso, dámela.

—*Si*. Aquí.

Emilio sacó la gorra del bolsillo y se la dio a Evan, que se la encasquetó.

—Cuando salga de la cerca, iré allí, encenderé una cerilla y prenderé fuego a los trapos. En cuanto lo haga, nos iremos al otro lado del camino. ¿Comprendes?

—Entiendo, *señor*. En la hierba del otro lado del camino. Nos escondemos.

—Nos escondemos, subimos la colina por entre la hierba y, cuando todo el mundo empiece a correr de acá para allá, nos unimos a ellos.

—¿Cómo?

—Son veintitantos. —Kendrick buscó en sus bolsillos, sacó las dos latas de Sterno, volvió a meterlas en los pantalones y se quitó la chaqueta y la corbata—. En la oscuridad seremos dos más, pero seguiremos nuestro camino hasta coronar la colina y bajar al muelle. Con dos fusiles y un Colt del cuarenta y cinco.

—Entendido.

—Allá vamos —dijo Evan, mientras se agachaba y torpe, penosamente, cogía la podadora de árboles con mangos de goma y un machete.

Pasó arrastrándose por la abertura, se incorporó y examinó la peligrosa maquinaria. Algunas cosas no habían cambiado, ni cambiarían nunca. Arriba, a la izquierda, sujeto con pernos a un poste de cinco metros de altura cubierto de alquitrán, estaba el transformador principal, cuyas derivaciones llevaban la mayor carga de energía a las diversas líneas, con los cables enfundados en conducciones de

caucho de al menos cinco centímetros de diámetro para impedir filtraciones de agua —lluvia y humedad—, que pondrían la carga en cortocircuito. A tres metros de allí, y opuestas en diagonal encima de las dos dinamos principales, negras y cuadradas, estaban las rejillas, girando locamente sobre volantes en lo alto de la maquinaria para cambiar un campo de energía en otro, protegidas por una pesada celosía de alambre y refrigeradas por el aire que tenía libre acceso a ellas. Pero las estudiaría más adelante, no ahora.

Lo primero es lo primero, pensó, yendo hacia la izquierda y alargando la podadora de árboles telescópica hasta darle su altura total. Arriba, en los focos, las mandíbulas con dientes de sierra del largo utensilio agarraron el cable superior de derivación y, lo mismo que había hecho con los alicates en la cola del helicóptero, Evan trabajó furiosamente hasta que su instinto profesional le dijo que estaba a pocos milímetros de la primera capa de cobre. Apoyó suavemente la barra metálica contra la cerca y volvió a la primera de las dos dínamos principales.

Si solo se tratase de cortar la energía eléctrica de la isla, se hubiera limitado a continuar cortando el cable del transformador mientras empuñaba los mangos de goma no conductores, y cuando llegase al hilo de cobre inclinaría la podadora metálica contra la cerca también de metal para hacer contacto. Habría una breve explosión y se acabaría la corriente. Pero lo que estaba en juego era algo más; tenía que enfrentarse a la probabilidad de que ni Emilio ni él sobreviviesen, y un cable de transformador dañado podía ser reparado en pocos minutos. No le bastaba con infligir un daño; tenía que paralizar todo el sistema. No sabía lo que estaba pasando en San Diego; solo podía dar tiempo a las fuerzas de Payton averiando la maquinaria hasta el punto en que llevase días reemplazarla, no repararla. Aquella isla —aquel cuartel general de un gobierno nacido parasitariamente dentro de otro— tenía que ser inmovilizada, aislada, dejándola sin medios de comunicación ni de salida. En realidad, el transformador era un sustitutivo, la opción menos deseable, pero tenía que estar dispuesto, listo para ser inutilizado. ¡Ahora lo importante era el tiempo!

Se acercó a la dínamo y atisbo cautelosamente dentro del enorme volante en su jaula de alambre. Había un espacio horizontal, de poco más de un centímetro de ancho, entre las pantallas superior e inferior de la gruesa celosía que impedía que algo penetrase en el ruidoso interior. Era ese espacio, o algo parecido, lo que esperaba encontrar, la razón del machete. En todos los generadores, las zonas que necesitaban aire tenían aberturas de dimensiones mínimas, vertical y horizontalmente. Esta era ya suya. Suya, o él de ella en la muerte. Un desliz suponía la electrocutación instantánea; e incluso si evitaba la muerte por una descarga de alto voltaje, podía ser cegado por las explosiones de blanca luz eléctrica si no se daba la vuelta a tiempo, manteniendo los ojos fuertemente cerrados. Pero si lo lograba, el generador de la isla quedaría inutilizado de modo que haría falta reemplazar gran parte de él. Tiempo… Ese podía ser el último regalo que estuviese en condiciones de hacer.

Tiró del machete que llevaba al cinto, mientras le corría el sudor por la cara a

pesar del viento que despedía el volante, y dirigió centímetro a centímetro la hoja hacia el espacio horizontal. Temblando, tiró del machete hacia atrás. ¡Tenía que serenar su pulso! No podía tocar ninguno de los dos bordes del estrecho espacio. Probó de nuevo, introduciendo la hoja un centímetro, y después dos, y tres… Hincó la pesada hoja, retiró de golpe ambas manos antes de que hiciera contacto y se lanzó al suelo, hacia atrás, con el rostro —sobre todo los ojos— protegido por los brazos. Las detonaciones fueron ensordecedoras, y a pesar de tener los ojos fuertemente cerrados vio la oscuridad llena de una luz de un blanco cegador. ¡El volante no se detuvo! Siguió destrozando el metal del machete mientras escupía rayos de cargas eléctricas a lo Frankenstein, que incidían violentamente en la cerca.

Kendrick se levantó de un salto protegiéndose los ojos y, paso a paso, cautelosamente, volvió hasta donde estaba la podadora de árboles con sus mandíbulas de dientes de sierra clavadas en el cable del transformador. Agarró los mangos de goma y, lleno de desesperación, empezó a accionarlo atrás y adelante hasta que la sacudida le hizo perder el equilibrio. Había dado con el cable propiamente dicho, y las tijeras de mango telescópico cayeron sobre la cerca metálica. El complejo entero del generador pareció haberse vuelto loco, como si sus habitantes eléctricos hubiesen montado en cólera ante aquella intromisión del hombre. Se apagaron las luces en todas partes, pero seguía habiendo descargas eléctricas cegadoras y erráticas dentro del mortífero recinto cercado. ¡Tenía que salir!

Arrastrándose sobre el vientre impulsado por brazos y piernas, como una araña lanzada a la carrera, llegó al agujero de la cerca, guiado por la luz de la linterna. Cuando pasó y se incorporó, Emilio le puso el fusil en las manos.

—¡Cerillas! —chilló Evan, incapaz de alcanzarlas.

El mexicano le entregó un puñado mientras dirigía la linterna hacia el último trapo. Kendrick corrió, cojeando, hasta la mecha, se tiró al suelo y frotó media docena de fósforos sobre una piedra. A medida que se encendían iba arrojándolos sobre el trapo. Prendió la llama, e inició su viaje mortal lenta pero implacablemente, apenas un pequeño resplandor en la piedra.

—¡Dese prisa! —gritó Emilio, ayudando a Evan a incorporarse y conduciéndolo, no al camino de vuelta al camino, sino a las altas hierbas de abajo—. ¡Han salido de la casa y bajan corriendo! Son muchos. ¡*Rápido, señor*!

Corrieron y se zambulleron literalmente en la hierba, mientras un enjambre de hombres asustados, la mayor parte con fusiles, se acercaba al generador protegiéndose los ojos y gritándose unos a otros. Kendrick y su compañero mexicano se arrastraron entre la hierba, por debajo de la aterrorizada caterva. Alcanzaron el camino mientras otro reguero de hombres, no menos asombrados, llegaba corriendo desde el edificio largo y bajo que hacía de cuartel. La mayoría estaban a medio vestir, muchos en calzoncillos, y no pocos bajo los efectos del alcohol.

—Escúchame —susurró Evan al oído de Emilio—. Vamos a ir allí con nuestros fusiles y echaremos a andar camino arriba. Grita todo el tiempo en español, como si

estuviésemos cumpliendo órdenes de alguien. ¡Ahora!

—¡*Traednos agua*! —rugió el mexicano mientras ambos salían de la hierba y se unían a la estupefacta y gritadora gente del cuartel—. *¡Agua…! ¡Traednos agua*!

Se adentraron en la masa de cuerpos excitados, solo para verse frente al grupo de hombres llenos de pánico procedentes de la casa principal, la mitad de los cuales habían bajado cautelosamente por el sendero hacia la maquinaria moribunda, humeante y expectorante que había sido la fuente de energía de la isla. La oscuridad era casi completa, y la hacían fantasmal las voces enloquecidas que se oían por todas partes, a la claridad incierta e intermitente de la luna. Después llegaron de la casa haces de luz procedentes de los reflectores.

—¡El camino! —gritó Kendrick—. Dirígete al camino principal que baja hasta el muelle. ¡Por Dios, date prisa! ¡Ese depósito va a estallar en cualquier momento y habrá una estampida hacia las lanchas!

—Está enfrente. Podemos pasar por la *galería*.

—¡Estarán en las ventanas, en las terrazas!

—No hay otro camino; es el más rápido.

—¡Vamos!

El camino de tierra terminaba, reemplazado por la estrecha senda que hacía solo unos minutos estaba marcada por las hileras paralelas de luces ámbar. Corrieron, Kendrick tambaleante y sufriendo mucho, hasta bajar al patio y cruzarlo hacia los escalones que llevaban al camino principal.

—¡Alto! —rugió una voz profunda mientras la luz de una potente linterna caía sobre ellos—. ¿Adónde…? ¡Dios, es usted!

Evan miró arriba. De pie en la pequeña terraza en la que había estado él hacía apenas una hora estaba el corpulento *yachtsman*. Tenía una pistola en la mano, que iba levantando, apuntando a Kendrick. Evan disparó su fusil en el mismo instante en que sonaba el arma del *yachtsman*. Notó que la bala se hundía, candente, en su hombro izquierdo, haciéndole perder el equilibrio. Disparó y volvió a disparar, mientras allá arriba el gigante se agarraba el vientre, gritando a voz en cuello.

—¡Es él! ¡Es Kendrick! ¡Detened a ese hijo de perra, detenedlo! ¡Va hacia las lanchas!

Kendrick apuntó mejor y disparó un último tiro. Mediodía en la Ciudad de la Corrupción se llevó las manos a la garganta, arqueó el cuello y cayó sobre la barandilla, y de allí al patio enladrillado. A Evan empezaron a cerrársele los ojos mientras una especie de niebla daba vueltas en su cabeza.

—¡*No, señor*! ¡Tiene que correr! ¡Levántese! —Kendrick notó cómo le descoyuntaban los brazos y lo abofeteaban con fuerza una y otra vez—. Tiene que venir conmigo o morirá, ¡y no quiero morir con usted! Tengo a mi familia en El Descanso…

—¿Qué? —gritó Evan, sin decir nada, sin asentir a nada, pero contestando a todo como parte de la niebla ahora disipada. Con el hombro ardiéndole y la sangre

empañándole la camisa, se incorporó y fue tambaleándose hasta los escalones, mientras algo, en algún rincón de su mente, recordaba el Colt 45 que había cogido al mafioso, y que lo extraía del bolsillo trasero, desgarrando la tela al sacar el arma, demasiado grande para su escondrijo—. ¡Estoy contigo! —gritó a Emilio.

—Lo sé —replicó el mexicano, acortando el paso y volviéndose—. ¿Quién lo subió por los escalones, *señor*? Está herido y la senda está oscura, de modo que tendré que usar la *linterna*.

De repente la tierra estalló y el suelo se estremeció bajo el impacto de un meteoro del tamaño de una manzana de casas, reventando las ventanas en la mansión de lo alto de la colina y lanzando llamaradas al cielo nocturno. El depósito de combustible del generador entró en erupción mientras los dos fugitivos corrían senda abajo, Kendrick tropezando y tratando desesperadamente de ver la luz oscilante de la linterna frente a sí, mientras sentía un dolor abrasador en la rodilla y el tobillo.

Disparos… Las balas silbaron por encima y a su alrededor, y fueron a clavarse en la tierra frente a ellos. Emilio apagó la linterna y agarró la mano de Evan.

—Ya no falta mucho. Conozco el camino y no me separaré de usted.

—Si llegamos a salir de aquí, vas a tener el barco de pesca más grande de El Descanso.

—No, *señor*, me iré con mi familia a las colinas. Esos hombres pueden venir por mí, por mis *niños*.

—¿Qué te parece un rancho?

Surgió bruscamente la luna de detrás de las nubes bajas que pasaban raudas y vieron el muelle a apenas setenta metros. Había cesado el tiroteo. Empezó de nuevo, pero otra vez la tierra pareció desintegrarse, como una masa galáctica aislada en su frenesí.

—¡Ya está! —exclamó Kendrick mientras llegaban a la base del muelle.

—¡*Señor*! —gritó el mexicano, aterrorizado ante la ensordecedora e inesperada detonación, y lleno de pánico por la bola de humo y los ramalazos de fuego que se alzaban más allá de la casa, sobre la colina—. ¡Esta isla se va a hundir en el mar! ¿Qué ha pasado?

—¡Ha estallado el segundo depósito! Era imposible saberlo; solo lo esperaba.

Hubo un disparo aislado, procedente del muelle. ¡Emilio! El mexicano se dobló y se agarró la parte superior del muslo mientras le brotaba la sangre a través de los pantalones. Un hombre que empuñaba un fusil salió de entre las sombras a unos veinte metros de allí y se llevó a la cara un intercomunicador manual. Evan se acurrucó, sintiendo el cuerpo entero como un divieso enconado, y levantó la mano izquierda para sujetar la derecha y el Colt automático. Disparó dos veces, y uno o quizá los dos disparos alcanzaron el blanco. El guarda vaciló, y soltó el fusil y la radio. Después cayó sobre las gruesas tablas y quedó inmóvil.

—Vamos, *amigo* —gritó Kendrick, agarrando del hombro a Emilio.

—¡No puedo moverme! ¡No tengo piernas!

—¡Pues no voy a morir contigo, bastardo! También yo tengo a un par de seres queridos por ahí. ¡O te espabilas o volverás nadando a El Descanso a ver a tus *niños*!

—¿*Cómo*? —gritó furioso el mexicano mientras se esforzaba por levantarse.

—Eso está mejor. ¡Enfádate! Los dos tenemos mucho por qué enfadarnos. —Con el brazo de Evan rodeando la cintura de Emilio, y su hombro y sus piernas, que apenas funcionaban, sosteniendo al mexicano, los dos hombres caminaron hacia el oscuro muelle—. ¡La lancha grande de la derecha! —aulló Evan, agradeciendo que la luna hubiera vuelto a ocultarse entre las nubes—. ¿Entiendes de barcos, *amigo*?

—¡Soy pescador!

—¿Barcos como este? —insistió Kendrick, empujando a Emilio hasta la cubierta, para lo que tuvo que dejar el 45 sobre la borda.

—Estos son de los que no cogen pescado, sino *turistas*.

—También se llaman de otra manera…

—*Es igual*. He llevado muchos; puedo probar. ¡Los otros, señor! Saldrán y nos encontrarán, porque son mucho más rápidos que este tan bonito.

—¿Podría alguno de ellos llegar hasta el continente?

—Nunca. No aguantan marejadas fuertes, y queman demasiado combustible. Treinta, cuarenta millas y tienen que darse la vuelta. Esta es la *barca* que nos conviene.

—¡Dame tu Sterno! —chilló Evan, al oír gritos arriba, en el camino principal. El mexicano sacó la pequeña lata de su visillo derecho y Kendrick cogió las dos suyas y levantó las tapas con el cuchillo de trinchar—. ¡Abre la tuya, si puedes!

—Ya la he abierto. Aquí, *señor*. Yo subo al puente.

—¿Puedes hacerlo?

—Tengo que hacerlo… ¡El Descanso!

—¡Dios mío! ¡La llave del motor!

—En estos muelles privados suelen dejarla a bordo para el caso de que las tormentas o los fuertes vientos les obliguen a zarpar.

—¿Y si no la han dejado?

—Los pescadores están acostumbrados a salir con capitanes borrachos. Tienen que saber abrir tableros de mando y hacer puentes. ¡Suelte los cabos, *señor*!

—Dos ranchos —dijo Evan mientras Emilio iba cojeando hasta la escalera del puente.

Kendrick se volvió, cogió la automática Colt de la borda, extrajo el combustible sólido del Sterno con los dedos y corrió por el muelle arrojándolo a puñados sobre las lonas de las enormes lanchas rápidas. Al llegar a la última embarcación, sacó un puñado de cerillas, se agachó entre dolores, las encendió frenéticamente una tras otra en las tablas del muelle y las fue tirando entre las dispersas pellas hasta que brotaron llamas de todas las cubiertas. A cada lancha rápida que incendiaba, disparaba contra el casco, cerca de la línea de flotación, y su potente arma abría grandes agujeros en la aleación ligera que permitía a las lanchas alcanzar su tremenda velocidad.

¡Emilio lo había conseguido! El rugido de los motores del barco de pesca se dejó oír en el agua… ¡Gritos! Bajaban hombres corriendo por la empinada senda desde la mansión de la colina, detrás de la cual los incendios eran ahora un resplandor continuo.

—¡Señor! ¡De prisa… los cabos!

¡Las cuerdas sujetas a los pilones! Kendrick corrió hasta el de la derecha y forcejeó con el cabo anudado. Al fin pudo soltarlo y lo dejó caer al agua. Se tambaleó, sin poder apenas tenerse en pie, y alcanzó el segundo pilón, donde a fuerza de tirones consiguió también soltar el cabo.

—¡Detenedlo! ¡Matadlos!

Era la voz desgarrada de Crayton Grinell, presidente del consejo de un gobierno parásito. Un enjambre de hombres llegó a la base del muelle, con sus armas en fuego a discreción. Evan saltó del muelle a la popa del barco, y Emilio lo hizo virar a la izquierda, con los motores a plena potencia, y describiendo una curva salió de la cala y fue a perderse en la oscuridad del mar.

Una tercera y última y detonación brotó sobre la colina más allá de la mansión, y el cielo nocturno se convirtió en una nube amarillenta, de la que empezaron a surgir llamaradas blancas y rojas. El último depósito había hecho explosión. La isla del criminal gobierno dentro del gobierno estaba inmovilizada, aislada, incomunicada. Nadie podía salir. ¡Lo habían conseguido!

—¡Señor! —gritó Emilio desde el puente.

—¿Qué? —chilló Kendrick, rodando sobre la cubierta y tratando de levantarse sin conseguirlo, mientras su cuerpo era una pura sacudida dolorosa y la sangre de la herida formaba bolsas de líquido flotantes dentro de la camisa.

—¡Tiene que subir hasta aquí!

—¡No puedo!

—¡Tiene que subir! Estoy herido. ¡El *pecho*!

—¡Te dieron en la pierna!

—¡No… desde el muelle! Me caigo, *señor*. No puedo manejar el timón.

—¡Aguanta!

Evan se sacó la camisa de los pantalones y al hacerlo cayeron charcos de sangre a cubierta. Se arrastró hasta la escalera y, echando mano de reservas de fuerza que no podía creer que existiesen, fue subiendo escalón por escalón hasta el puente. Se encaramó a la cubierta superior y miró al mexicano. Emilio seguía agarrado al timón, pero su cuerpo había caído por debajo de las ventanas del puente. Kendrick se agarró a la barandilla y se puso en pie, apenas capaz de sostenerse. Fue tambaleándose hasta el timón, en medio de la oscuridad y entre el balanceo del barco. Emilio cayó al suelo y su mano se soltó del timón circular.

—¿Qué puedo hacer? —chilló Evan.

—La… *radio* —dijo ahogadamente el mexicano—. Yo hago redes y no soy capitán, pero les he oído cuando hace mal tiempo. ¡Hay un canal de *urgencia, número*

dieciséis!

—¿Qué?

—¡Dieciséis!

—¿Dónde está la *radio*?

—A la derecha del timón. El interruptor queda a la izquierda. ¡Rápido!

—¿Cómo llamo?

—Coja el *micrófono* y apriete el botón. Diga que es *Primero de Mayo*.

—¿May Day?

—¡*La… La Madre de Dios*…!

Emilio se desplomó sobre la cubierta del puente, desmayado o muerto.

Kendrick cogió el micrófono, puso en marcha la radio y estudió el teclado digital que había debajo de la consola. Incapaz de pensar, con el barco batido por olas que no podía ver, siguió golpeando el teclado hasta que apareció el número 16. Entonces apretó el botón.

—¡Aquí el congresista Evan Kendrick! —gritó—. ¿Me oye alguien?

Soltó el botón.

—Aquí la Guardia Costera de San Diego —fue la respuesta.

—¿Puede ponerme con el hotel Westlake? ¡Es una emergencia!

—Eso lo puede decir cualquiera. No somos un servicio telefónico.

—Repito: soy el congresista Evan Kendrick, del distrito noveno de Colorado, y se trata de una emergencia. ¡Estoy perdido en el mar en algún lugar, al oeste o al sur de Tijuana!

—Eso está en aguas mexicanas…

—¡Llame a la Casa Blanca! ¡Repita lo que acabo de decirle… Kendrick de Colorado!

—¿Es usted el tipo que fue al lugar ese… Omán?

—¡Pida instrucciones a la Casa Blanca!

—Mantenga la radio abierta; voy a tomar sus coordenadas para el RDF…

—No tengo tiempo y no sé de qué está hablando.

—Es el localizador de ondas por antena direccional…

—¡Por Dios, Guardia Costera, póngame con el Westlake y pida instrucciones! Tengo que hablar con ese hotel.

—¡Sí, comando Kendrick!

—Cualquier cosa que funcione —masculló Evan para sí mientras le llegaban en diferentes tonos una serie de ruidos, hasta que oyó sonar un teléfono. Respondió la centralita—. ¡Habitación cincuenta y uno! Dese prisa, por favor.

—¿Sí? —dijo la voz tensa de Kalila.

—¡Soy yo! —gritó Kendrick, apretando el botón de transmisión y soltándolo inmediatamente.

—¡Por Dios! ¿Dónde estás?

—En el mar, no sé dónde. ¡Olvídalo! Hay un abogado, uno al que utilizaba Ardis,

que tiene un libro de contabilidad que lo cuenta todo. ¡Búscalo! ¡Hazte con él!

—Sí, desde luego. Hablaré inmediatamente con M. J. Pero ¿y tú? ¿Estás…?

Se interpuso otra voz, cuyo tono de mando resultaba inconfundible.

—Aquí el presidente de Estados Unidos. ¡Encuentren ese barco! ¡Encuentren a ese hombre o lo van a pasar mal!

El oleaje zarandeaba el barco como si fuese de juguete. Evan no pudo seguir agarrado al timón. Volvían las nieblas, y se desplomó sobre el cuerpo del pescador de El Descanso.

43

Tuvo conciencia de una ingravidez llena de violentas oscilaciones; después, de manos que lo agarraban y del azote de un fuerte viento, y por último de un rugido ensordecedor allá arriba. Al abrir los ojos, pudo ver figuras borrosas que se movían frenéticamente a su alrededor, soltando correas… Después un fuerte pinchazo en su carne, en su brazo. Trató de incorporarse, pero se lo impidieron, mientras unos hombres lo llevaban a una superficie plana y acolchada dentro de una enorme y vibrante jaula de metal.

—¡Tranquilo, congresista! —gritó un hombre con uniforme blanco de la Marina que poco a poco fue haciéndose visible—. Soy médico y está usted bastante fastidiado. No me haga las cosas más difíciles, porque el presidente en persona oficiaría en mi consejo de guerra si no hago mi trabajo.

Otro pinchazo. No podía resistir más dolor.

—¿Dónde estoy?

—Una pregunta lógica —dijo el oficial médico, mientras vaciaba una jeringuilla en el hombro de Kendrick—. Está en un helicóptero a noventa millas de la costa de México. Iba camino de China, amigo, y esos mares son duros.

—¡Eso es!

Evan trató de hablar más fuerte, pero apenas podía oírse a sí mismo.

—¿Qué es?

El médico se inclinó sobre él, mientras un ayudante sostenía una botella de plasma.

—¡Pasaje a China! ¡Una isla llamada Pasaje a China! ¡Rodéenla!

—Solo soy un médico.

—¡Haga lo que le digo! ¡Radio San Diego, manden allí aviones, barcos! ¡Cojánlos a todos!

—Eh, oiga, no soy un experto, pero esas son aguas mexicanas.

—¡Maldita sea, llame a la Casa Blanca…! ¡No! Hable con un hombre llamado Payton, en la CIA… ¡Mitchell Payton, de la CIA! Dígale lo que acabo de decirle. ¡Cite el nombre de Grinell!

—¡Vaya, esto es gordo! —exclamó el joven médico, mirando a un tercer hombre que estaba a los pies del sitio acolchado donde reposaba Kendrick—. Ya ha oído al congresista, alférez. Dígaselo al piloto. Una isla llamada Pasaje a China, y un hombre llamado Payton, en Langley, y alguien más llamado Grinell. ¡Corra, muchacho; es el chico del presidente…! ¿Se parece algo esto a lo que hizo a los árabes?

—¿Y Emilio? —preguntó Evan, pasando por alto la pregunta—. ¿Cómo está?

—¿El mexicano?

—Mi amigo, el hombre que me salvó la vida.

—Está aquí, a su lado; acabamos de hacerle una cura.

—¿Cómo está?

—Peor que usted, mucho peor. En el mejor de los casos, tiene un sesenta por ciento en contra, congresista. Estamos volviendo al hospital base lo más de prisa que podemos.

Kendrick se incorporó sobre un codo y miró a Emilio, tumbado inconsciente a escasamente un metro del médico. El brazo del mexicano descansaba sobre el suelo del helicóptero, y su cara parecía de ceniza, una especie de mascarilla mortuoria.

—Acérqueme su mano —ordenó Evan.

—Sí, señor.

El médico alargó el brazo y levantó la mano de Emilio para que Kendrick pudiese alcanzarla.

—¡El Descanso! —rugió Evan—. ¡El Descanso, y tu familia, tu mujer y los *niños*! ¡Maldito hijo de porra, no te mueras ahora! ¡Jodido pescador ignorante! ¡Toma un trago!

—¿Cómo?

La cabeza del mexicano se agitó atrás y adelante mientras Kendrick le apretaba todavía más la mano.

—Eso está mejor, *amigo*. ¡Recuerda, estamos cabreados! Y así seguiremos. ¡Aguanta ahí, so bastardo, o te mataré yo mismo! ¿Comprendes?

Con la cabeza vuelta hacia Evan, Emilio entreabrió los ojos, mientras una sonrisa le contraía los labios.

—¿Cree que podría pescar a este pescador?

—¡Ponme a prueba…! Bueno, tal vez no pueda, pero sí puedo conseguirte un gran barco.

—Está *loco*, señor… —tosió el mexicano— pero tengo El Descanso.

—Tres ranchos —dijo Kendrick, mientras caía su mano por el efecto de la aguja hipodérmica del médico de la Marina.

Una a una, las graciosas limusinas desfilaron por las oscuras calles de Cynwid Hollow hacia la mansión de la bahía de Chesapeake. Si en ocasiones anteriores eran cuatro, esta noche solo había tres. Faltaba una, perteneciente a una compañía fundada por Eric Sundstrom, el traidor a Inver Brass.

Los componentes del grupo se sentaron en torno a la gran mesa circular en la extraordinaria biblioteca, con sendas lámparas metálicas enfrente. Estaban todas encendidas, salvo una, la situada frente a un quinto asiento vacío. Cuatro manchas de luz relucían sobre la pulida madera; la quinta, apagada, implicaba una muerte sin honor, y quizá, en su lugar, un recuerdo de la fragilidad humana en un mundo demasiado humano. Esa noche no hubo comentarios humorísticos, ni se cruzaron frases que les recordasen que no estaban por encima del común de los mortales a pesar de su enorme riqueza e influencia. Bastaba con la silla vacía.

—Ya conocen los hechos —dijo Samuel Winters, con su perfil aquilino bañado

por la luz—. Ahora les ruego que hagan sus comentarios.

—Solo se me ocurre uno —dijo en tono firme Gideon Logan, con su gran cabeza morena en sombras—. No podemos detenernos; de lo contrario sería nefasto. Los lobos sueltos se apoderarían del gobierno, de lo que todavía no han usurpado.

—Ya no hay nada que detener, Gid —corrigió Margaret Lowell—. El pobre Milos lo puso todo en marcha en Chicago.

—No había terminado, Margaret —dijo un Jacob Mandel de aspecto demacrado, desde su sitio de costumbre junto a Winters—. Queda el propio Kendrick. Debe aceptar la nominación, convencerse de que debe hacerlo. Recordará que el tema fue suscitado por Eric, y ahora me pregunto por qué lo hizo. Lo cierto es que podría ser nuestro talón de Aquiles.

—Sundstrom estaba consumido, como siempre, por su insaciable curiosidad —dijo con tristeza Winters—. La misma que, aplicada a la tecnología espacial, lo llevó a traicionarnos. Pero eso no responde a la pregunta de Jacob. Nuestro congresista podría abandonar.

—No estoy seguro de que Milos pensase que era un problema tan serio, Jacob —reflexionó la abogada Lowell echándose hacia adelante, con el codo en la mesa y los dedos extendidos contra su sien derecha—. Si realmente lo dijo o no, carece de importancia; pero desde luego dio a entender que Kendrick es un hombre con una moral de otros tiempos. Odia la corrupción, hasta el punto de meterse en política para reemplazar a un corruptor.

—Y marchó a Omán —añadió Gideon Logan— porque creía que con su experiencia podría ayudar, sin pensar en recompensa alguna. Tenemos pruebas de ello.

—Fue lo que nos convenció para aceptarlo —dijo Mandel—. Todo coincidía. Un hombre extraordinario y una serie de candidatos políticos vulgares. Pero ¿es suficiente? ¿Accederá, incluso si se produce la avalancha a escala nacional tan bien orquestada por Milos?

—Partimos del supuesto de que si se le hablaba sinceramente respondería a la llamada —dijo Winters—. Pero ¿es una suposición acertada?

—Yo creo que sí —opinó Margaret Lowell.

—También yo. —Logan afirmó con un movimiento de su gran cabeza y se adelantó hacia el foco de luz de la mesa—. Sin embargo, Jacob tiene razón. No podemos estar seguros; y si nos equivocamos, Bollinger y su gente continuarán como de costumbre, y los lobos tomarán el poder en enero.

—Supongamos que Kendrick se viese ante la opción de tus lobos, tuviese pruebas de su venalidad, de su poder oculto, que ha calado tan hondo en Washington —dijo Winters, en un tono que había dejado de ser monótono para cobrar vivacidad—. En tales circunstancias, ¿crees que respondería a la llamada?

El corpulento empresario negro retrocedió hacia las sombras, entrecerrando sus grandes ojos.

—Por todo lo que sabemos… sí, lo creo.

—¿Y usted, Margaret?

—Estoy de acuerdo con Gid. Se trata de un hombre notable, dotado de conciencia política, creo.

—¿Jacob?

—Desde luego, Samuel; pero ¿cómo vamos a hacerlo? No tenemos documentos, ni nada oficial… ¡Dios mío, si hemos quemado hasta nuestras notas! De modo que, aparte el hecho de que no tendría ningún motivo para creernos, no podemos damos a conocer, y Varak ha muerto.

—Tengo a otro para ocupar su lugar. Un hombre que, en caso necesario, puede hacer que a un cierto Evan Kendrick se le diga la verdad. Toda la verdad, si es que todavía no la sabe.

Convergieron miradas de asombro en el portavoz de Inver Brass.

—¿De qué demonios está hablando, Sam? —exclamó Margaret Lowell.

—Varak dejó instrucciones para el caso de que muriese, y le di mi palabra de no abrirlas a menos que lo matasen. Cumplí mi promesa porque les confesaré que no tenía el menor interés en saber qué podía decirme. Las abrí anoche, después de llamar Mitchell Payton.

—¿Cómo va a manejar a Payton? —preguntó inesperadamente Lowell.

—Nos veremos mañana. Ninguno de ustedes tiene nada que temer; no sabe nada. Podemos llegar a un acuerdo o no. Si es que no, hemos vivido una vida larga y productiva; no será un sacrificio.

—Perdóneme, Samuel —dijo con impaciencia Gideon Logan—, pero todos podemos afrontar esas decisiones; en otro caso no estaríamos sentados a esta mesa. ¿Cuáles eran las instrucciones de Varak?

—Hablar con la única persona que puede mantenernos total y oficialmente informados; el hombre que fue el informador de Varak desde el principio, sin el cual Milos nunca podría haber hecho lo que hizo. Cuando nuestro checo descubrió aquella discrepancia en los registros del Departamento de Estado, hace dieciséis meses, la omisión que hacía figurar a Kendrick en la lista de entradas pero no en la de salidas, supo dónde buscar. Lo que encontró fue no solo a un informador dispuesto, sino entusiasta. Por supuesto, Milos es irreemplazable, pero en esta época de alta tecnología nuestro nuevo coordinador figura entre los jóvenes funcionarios en más rápido ascenso. No hay en Washington departamento u organismo importante que no compita por sus servicios, y el sector privado le ha ofrecido contratos normalmente reservados a expresidentes y secretarios de Estado que como mínimo le doblan la edad.

—Debe de ser un abogado fantástico, o el experto más joven del servicio exterior —intervino Margaret Lowell.

—Ninguna de las dos cosas —dijo el canoso portavoz de Inver Brass—. Se le considera el máximo técnico en computadoras del país, y quizá de Occidente. Por

fortuna para nosotros, proviene de una familia rica y no le tienta la industria privada. A su modo, está tan comprometido como Milos Varak en conseguir lo mejor para la nación. En realidad fue de los nuestros en cuanto se dio cuenta de su capacidad. —Winters se inclinó sobre la mesa y apretó un botón de marfil—. ¿Quiere entrar, por favor?

La pesada puerta de la biblioteca se abrió y en el umbral apareció un hombre joven, todavía en la veintena. Lo que lo diferenciaba de la mayoría de los de su edad era su aspecto; parecía salido de un anuncio de moda masculina de una revista cara. Y sin embargo su atuendo era discreto, ni a medida ni barato, solo de una sencilla pulcritud. Lo sorprendente era su rostro griego, cincelado, casi ideal.

—Debería olvidar las computadoras —dijo en voz baja Jacob Mandel—. Tengo amigos en la agencia William Morris. Le conseguirán una serie de televisión.

—Entre, por favor —interrumpió Winters, poniéndole una mano en el brazo—. Si no le importa, preséntese usted mismo.

El joven avanzó confiadamente, pero sin arrogancia, hasta el extremo occidental de la mesa, bajo el cilindro negro que al desenrollarse era una pantalla, y estuvo un momento contemplando los charcos de luz.

—Es para mí un señalado honor estar aquí —dijo—. Me llamo Gerald Bryce, y en este momento soy director del OMP del Departamento de Estado.

—¿OMP? —se extrañó Mandel—. ¿Otro galimatías?

—Operaciones Mundiales por Computadora, señor.

El sol de California entraba por las ventanas de la habitación del hospital mientras Kalila, abrazada a Evan, fue soltándolo poco a poco. Volvió a sentarse en la cama a su lado y sonrió débilmente, con los ojos todavía brillantes por un resto de lágrimas y la piel oliva claro muy pálida.

—Bien venido al mundo de los vivos —dijo, tomándole las manos.

—Me alegro de estar aquí —susurró débilmente Kendrick, sin dejar de mirarla—. Cuando abrí los ojos, no estaba seguro de si eras tú o si… si me estaban jugando otra mala pasada.

—¿Cómo?

—Me quitaron la ropa… Me encontré vestido con una vieja camisa vaquera y un pantalón de pana… Y después otra vez con mi traje, el azul…

—«El del Congreso», como lo llamabas. Tendrás que comprarte otro, cariño. Lo que quedó de tus pantalones después de cortártelos para podértelos sacar no habría sastre que lo arreglase.

—¡Despilfarradora…! ¿Sabes lo que es tenerte? Pensé que nunca volvería a verte, y eso me ponía tan furioso…

—Sé lo que es *tenerte*. Estuve a punto de hacer un agujero en la alfombra de) hotel. Ahora descansa; hablaremos más tarde. Acabas de despertarte y los médicos han dicho…

—Al diablo los médicos; quiero saber qué ha pasado. ¿Cómo está Emilio?

—Saldrá adelante, pero se ha quedado sin un pulmón y tiene la cadera deshecha. Nunca volverá a andar bien, pero está vivo.

—No tiene que andar; le bastará sentarse en su silla de capitán.

—¿Qué?

—Olvídalo. La isla. Se llama Pasaje a China…

—Lo sabemos —le interrumpió Kalila—. Ya que eres tan cabezota, deja que sea yo quien hable. Lo que hicisteis tú y Carallo fue increíble…

—¿Carallo…? ¿Emilio?

—Sí. He visto las fotos. ¡La que armasteis! El fuego se extendió por todas partes, y sobre todo por el lado este de la isla. La casa y cuanto había alrededor, e incluso el muelle donde estallaron los otros barcos, desaparecieron, no queda nada. Cuando llegaron los helicópteros de la Armada con tropas de asalto, allí estaba todo el mundo con un susto de muerte y esperando en las playas occidentales. Recibieron a nuestra gente como liberadores.

—Entonces cogieron a Grinell…

Kalila miró a Evan. Hizo una pausa y negó con la cabeza.

—No. Lo siento, cariño.

—¿Cómo…? —Kendrick empezó a incorporarse, se estremeció con el dolor de su hombro cosido y vendado, y Rashad lo sostuvo y lo dejó otra vez sobre la almohada —. ¡Era imposible que se hubiese marchado! ¡No miraron bien!

—No hacía falta. Se lo dijeron los mexicanos.

—¿Qué les dijeron?

—Un hidroavión despegó y recogió al *patrón*.

—No lo entiendo. ¡Todas las comunicaciones estaban inutilizadas!

—No todas. Lo que tú no sabías, no podías saber, era que Grinell tenía pequeños generadores auxiliares en el sótano de la casa principal con potencia suficiente para hablar con su gente en un aeródromo de San Felipe. Lo hemos sabido por las autoridades mexicanas; no quién sino dónde. Puede huir e incluso desaparecer, pero no esconderse eternamente; tenemos una pista.

—Muy alterado, como diría mi verdugo.

—¿Qué?

—Olvídalo.

—Me gustaría que dejases de decir eso.

—Perdóname, pero lo digo en serio. ¿Qué hay del abogado de Ardis y el libro de que te hablé?

—También en eso estamos acercándonos, pero todavía no hemos llegado. Se ha ido de excursión a alguna parte, pero nadie sabe a dónde. Tenemos sus teléfonos intervenidos y antes o después tendrá que llamar a alguno. Cuando lo haga, será nuestro.

—¿Podría sospechar que vais tras él?

—Esa es la gran cuestión. Grinell habló con el continente, y, a través de San

Felipe, pudo avisar al abogado de Ardis. Simplemente, no lo sabemos.

—¿Y Manny? —preguntó vacilante Evan—. Tampoco has tenido tiempo…

—Te equivocas; tiempo era lo único que tenía, tiempo para desesperarme. Llamé anoche al hospital de Denver, pero la enfermera de la planta solo pudo decirme que su situación era estable y… que no sé qué era una lata.

—El eufemismo de la semana. —Kendrick cerró los ojos y sacudió lentamente la cabeza—. Está muriéndose, Kalila. Está muriéndose y nadie puede hacer nada.

—Muriéndonos estamos todos, Evan. Cada día que pasa es un día menos de vida. Eso no sirve de mucho, pero Manny tiene más de ochenta años y el veredicto no es verdad hasta que se cumple.

—Lo sé —dijo Kendrick, contemplando las manos de ambos entrelazadas, para volver después a la cara de Kalila—. ¿Sabes que eres una mujer bonita?

—No es algo en lo que piense mucho, pero supongo que puedo pasar con un aprobado alto. Tampoco tú eres Quasimodo.

—No, solo ando como él. No es muy modesto, pero nuestros hijos tienen bastantes probabilidades de ser unos pequeños bastardos con muy buena facha.

—Estoy de acuerdo con la primera parte, pero un tanto dudosa sobre la segunda.

—¿Te das cuenta de que acabas de acceder a casarte conmigo?

—Trata de escapar de mí y comprobarás lo buena que soy con un arma.

—Estupendo. «Señora Jones, ¿conoce a mi esposa, la pistolera? Si alguien se ha colado en su fiesta, le meterá un tiro entre los ojos».

—Soy también cinturón negro de primera categoría, para el caso de que un arma haga demasiado ruido.

—Es tremendo. Ya nadie va a poder toserme. «Si te metes conmigo, te la azuzo».

—Grrrr —gruñó Kalila, enseñando sus encantadores dientes, para después sosegar la cara y mirarlo como estudiándolo, con sus ojos tan oscuros y suaves flotando—. Te quiero. Dios sabe lo que este par de inadaptados piensan que están haciendo, pero creo que vamos a aprobar.

—No solo a aprobar —dijo Evan, alargando la mano hacia ella—. Toda una vida.

Se besaron y se abrazaron como dos personas que han estado a punto de perderse. Y sonó el teléfono.

—¡Maldición! —exclamó Kalila, levantándose de un salto.

—¿Tan irresistible soy?

—No, no eres tú. ¡No tenían que llamar aquí, esas fueron mis instrucciones! —Cogió el teléfono y habló bruscamente—. Sí, y quienquiera que sea me gustaría una explicación. ¿Cómo consiguió que lo pusieran con esta habitación?

—La explicación, oficial Rashad —dijo Mitchell Payton desde Langley—, es relativamente sencilla. Revoqué la orden de un subordinado.

—¡M. J. tú no has visto a este hombre! ¡Parece Godzilla después de un ataque atómico!

—Para ser una mujer digna de crédito, que ha admitido en mi presencia haber

cumplido más de veinte años, tienes la mala costumbre de hablar a menudo como una adolescente. También yo he hablado con los médicos. Evan necesita algún descanso y debe tener el tobillo vendado y la pierna inmóvil durante un día por lo menos, y tienes que examinarle periódicamente la herida del hombro; pero, aparte esos pequeños inconvenientes, podría volver a entrar en acción inmediatamente.

—¡Eres de un frío que acatarra, tío Mitch! Si apenas puede hablar…

—Entonces, ¿por qué has estado hablando con él?

—¿Cómo supiste…?

—No lo supe. Eres tú la que acaba de decírmelo. ¿Te importaría que hablásemos de realidades, querida?

—¿Acaso Evan es irreal?

—Dame ese teléfono —dijo Kendrick, tomando torpemente el auricular de manos de Kalila—. Soy yo, Mitch. ¿Qué está pasando?

—¿Cómo te encuentras, Evan? Aunque supongo que es una pregunta estúpida.

—Mucho. Responde a la mía.

—El abogado de Ardis Vanvlanderen está en su residencia de verano de las montañas de San Jacinto. Llamó a su oficina para que le diesen los recados y conseguimos localizar la zona. Una unidad está ya en camino para evaluar. Deberían llegar dentro de unos minutos.

—¿Evaluar? ¿Qué diablos hay que evaluar allí? ¡Tiene el libro! ¡Hay que entrar y quitárselo! Sin duda explica toda su estructura mundial, cada podrido traficante de armas que han utilizado en el mundo. Grinell puede acudir a cualquiera de ellos para que lo esconda… ¡Hay que cogerlo!

—Te olvidas del instinto de supervivencia del tal Grinell. Supongo que Adrienne… que Kalila te lo ha dicho.

—Sí, que lo recogió un hidroavión. ¿Y qué?

—Necesita ese libro tanto como nosotros, y a estas alturas habrá hablado sin duda con el hombre de la señora Vanvlanderen. No se arriesgará apareciendo en persona, pero enviará a alguien de confianza para recuperarlo. Si sabe que andamos cerca, y lo único que haría falta es otro par de ojos vigilando la casa del abogado, ¿cuáles supones que serán sus instrucciones a su correo de confianza, quien, no lo olvides, debe llevar el libro a México?

—Donde podría ser detenido en la frontera o en un aeropuerto…

—Con nosotros presentes. ¿Qué crees que dirá Grinell a esa persona?

—Que queme el maldito libro.

—Exactamente.

—Espero que tus hombres sean buenos en lo que hacen.

—Son dos, y uno de ellos casi lo mejor que tenemos. Se llama Gingerbread; pregúntale por él a tu amiga.

—¡Gingerbread! ¿Qué clase de nombre es ese?

—Más tarde, Evan. Tengo algo que decirte. Esta tarde volaré a San Diego y

tenemos que hablar. Espero que estés en condiciones, porque es urgente.

—Estaré en condiciones; pero ¿por qué no podemos hablar ahora?

—Porque no sabría qué decir. No estoy seguro de si lo sabré más tarde, pero al menos me habré enterado de algo más. Voy a encontrarme dentro de una hora con cierta persona, un hombre influyente que está muy interesado por ti, que lo ha estado desde hace un año.

Kendrick cerró los ojos, sintiéndose débil, mientras volvía a hundirse en las almohadas.

—Pertenece a un grupo o comité que se llama… Inver Brass.

—¿Lo conoces?

—Solo sé eso. No tengo la menor idea de quiénes son o lo que son; solo sé que han echado a perder mi vida.

El sedán color tabaco, cuyas chapas de matrícula en clave correspondían a la Agencia Central de Inteligencia, atravesó las imponentes puertas de la mansión de la bahía de Chesapeake y subió por la rampa circular hasta los suaves escalones de piedra de la entrada. Un hombre alto, con una gabardina abierta que dejaba ver un traje y una camisa arrugados —como de no habérselos quitado en casi setenta y dos horas—, se apeó del asiento trasero y subió con aire cansino los peldaños. Se estremeció un momento al notar el aire frío de la mañana de un día nublado que amenazaba nieve, nieve para Navidad, pensó Payton. Era Nochebuena, simplemente un día cualquiera para el director de Proyectos Especiales, pero un día temible, pues hubiera dado varios años de su vida por no haber tenido que empeñarse en celebrar la reunión ahora inminente. Durante su larga carrera había hecho muchas cosas que habían provocado la erupción de la bilis en su estómago, pero ninguna tanto como la destrucción de hombres buenos y sin tacha. Esa mañana iba a destruir a un hombre así y se odiaba por ello, pero no había alternativa. Porque había un bien mayor, una moralidad más alta, que era la encarnada en las leyes razonables de una nación de personas honestas. Abusar de esas leyes era negar la honestidad, y había una constante a que atenerse: la responsabilidad. Tocó el timbre.

Una doncella precedió a Payton por una enorme sala de estar que daba sobre la bahía hasta otra puerta no menos imponente que la de entrada. La abrió y el director penetró en la extraordinaria biblioteca, tratando de captar cuanto se ofrecía a sus ojos: la enorme consola que ocupaba toda la pared de la izquierda, con su panoplia de monitores de televisión y diales y el equipo de proyección; la pantalla plateada a la derecha y la estufa Franklin que ardía en el rincón cercano; las vidrieras catedralicias al otro lado y la gran mesa circular frente a él. Samuel Winters se levantó de su asiento junto a la pared llena de tecnología sofisticada y avanzó con la mano tendida.

—Ha pasado demasiado tiempo, M. J. ¿Puedo llamarle así? —dijo el historiador de fama mundial—. Recuerdo que todos le llamaban M. J.

—Desde luego, doctor Winters.

Se estrecharon la mano, y el septuagenario movió el brazo abarcando la sala.

—Necesitaba que lo viese todo, que supiera que, si tomamos continuamente el pulso al mundo, no es por motivos egoístas; debe comprenderlo.

—Y lo comprendo. ¿Quiénes son los demás?

—Por favor, siéntese. —Winters señaló la silla que había enfrente de la suya, al lado opuesto de la mesa circular—. Quítese el abrigo. Cuando uno llega a mi edad siempre tiene las habitaciones demasiado calientes.

—Si no le importa, seguiré con él puesto. Esta reunión no va a ser larga.

—¿Está seguro?

—Segurísimo —replicó Payton, sentándose.

—Bien —dijo Winters suave pero enfáticamente, mientras iba hacia su silla—; las inteligencias excepcionales toman posición sin tener en cuenta los parámetros de la discusión. Y usted es inteligente, M. J.

—Gracias por su generoso, aunque un tanto condescendiente, cumplido.

—Eso es algo hostil, ¿no?

—No más que el hecho de que ustedes decidan por el país quién debe competir y ser elegido para un cargo nacional.

—Se trata del hombre adecuado en el momento adecuado por todos los motivos adecuados.

—Estoy plenamente de acuerdo con usted: me refiero al modo en que lo hicieron. Cuando se da suelta a una fuerza peligrosa para conseguir un objetivo, no se pueden saber las consecuencias.

—Otros lo hacen. Están haciéndolo ahora.

—Eso no les da derecho a ustedes a hacerlo. Denúncienlos si pueden, y con sus recursos estoy seguro de que pueden, pero no los imiten.

—¡Puro sofisma! ¡Vivimos en un mundo animal, un mundo politizado y dominado por depredadores!

—No tenemos que convertirnos en depredadores para combatirlos. Denuncia, no imitación.

—Para cuando esa denuncia se difunda, para cuando incluso los pocos comprendan lo que ha ocurrido, esas hordas brutales estarán en plena estampida y habrán pasado sobre nosotros. Cambian las normas, alteran las leyes. Son intocables.

—Difiero respetuosamente, doctor Winters.

—¡Mire el Tercer Reich!

—Y mire lo que le ocurrió. Acuérdese de Runnymede y la Carta Magna, de las tiranías de la corte francesa de Luis XVI, de las brutalidades de los zares… ¡Por el amor de Dios, acuérdese de Filadelfia en 1787! ¡La Constitución, doctor! ¡El pueblo reacciona muy rápidamente ante la opresión y las fechorías!

—Vaya a contarles eso a los ciudadanos de la Unión Soviética.

—Jaque mate. Pero no olvide a los *refusiniks* y los disidentes que a diario hacen

al mundo más consciente de las zonas oscuras de la política del Kremlin. Ellos marcan la diferencia, doctor.

—¡Excesos! —exclamó Winters—. En este pobre y condenado planeta hay excesos por todas partes. Van a destrozarnos.

—No si las personas razonables denuncian esos excesos y no participan de la histeria. Su causa puede haber sido justa, pero al excederse violaron la norma, escrita o no, y causaron la muerte de hombres y mujeres inocentes porque se consideraban ustedes por encima de las leyes de la nación. En vez de decirle al país lo que sabían, prefirieron manipularlo.

—¿Es esa su decisión?

—Lo es. ¿Quiénes son los demás miembros de ese Inver Brass?

—¿Conoce usted ese nombre?

—Acabo de decírselo. ¿Quiénes son?

—No lo sabrá nunca por mí.

—Acabaremos por descubrirlos. Pero, solo por curiosidad personal, ¿dónde empezó esta organización? Si no quiere responder, no importa.

—Sí, quiero responder —dijo el viejo historiador, con las manos temblándole de tal modo que se sujetó una con otra encima de la mesa—. Inver Brass nació hace décadas en medio del caos, cuando la nación estaba siendo desgarrada y se hallaba al borde de la autodestrucción. Nos encontrábamos en el punto más bajo de la gran depresión, el país estaba paralizado y brotaba la violencia por todas partes. A los hambrientos les tienen sin cuidado unos eslogans vacíos y unas promesas aún más vacías, y a las personas honradas que han perdido su orgullo sin culpa alguna no les queda más que la furia. Inver Brass fue formado por un pequeño grupo de hombres inmensamente ricos e influyentes que habían seguido el consejo de Baruch y a quienes no afectó el colapso económico. Eran también hombres con conciencia social, y unieron sus recursos para trabajar de un modo práctico, frenando los disturbios y la violencia no solo mediante la infusión masiva de capital y suministros en las zonas afectadas, sino haciendo aprobar discretamente leyes en el Congreso que ayudaron a aplicar medidas de alivio. Esa es la tradición que seguimos.

—¿Está seguro?

Payton estudiaba con ojos fríos al viejo.

—Sí —afirmó enfáticamente Winters.

—Inver Brass… ¿Qué significa?

—Es el nombre de una zona pantanosa de los Highlands que no figura en ningún mapa. Fue idea del primer portavoz, un banquero de ascendencia escocesa que creía que el grupo debía actuar en secreto.

—¿Y por tanto sin responsabilidad?

—Se lo repito, ¡no buscamos nada para nosotros!

—Entonces, ¿por qué el secreto?

—Es necesario porque, aunque nuestras decisiones son tomadas

desapasionadamente por el bien del país, no son siempre agradables, ni siquiera, a los ojos de muchos, defendibles. Sin embargo, siempre han buscado el bien de la nación.

—¿Ni siquiera defendibles? —repitió Payton, asombrado de lo que oía.

—Le daré un ejemplo. Hace años nuestros inmediatos predecesores se vieron frente a un funcionario tiránico que soñaba con reformar las leyes del país, un hombre llamado John Edgar Hoover, un gigante que con los años se convirtió en un obseso y había desbordado los límites de la racionalidad, haciendo chantaje a presidentes y senadores, hombres honrados, con sus archivos llenos de chismorreos e insinuaciones. Inver Brass consiguió eliminarlo antes de que pusiese de rodillas tanto al ejecutivo como al legislativo, lo que equivale a decir al gobierno. Después apareció un joven escritor, Peter Chancellor, que se acercó demasiado a la verdad. Fueron él y su intolerable manuscrito los que provocaron entonces la muerte de Inver Brass, pero no pudieron evitar su resurrección.

—¡Dios santo! —exclamó el director de Proyectos Especiales—. El bien y el mal decididos únicamente por ustedes, mediante sentencias exclusivamente a su cargo. Es todo un ejemplo de arrogancia.

—¡Eso es injusto! No había otra solución. ¡Está equivocado!

—Es la verdad. —Payton se levantó, empujando su silla hacia atrás—. No tengo nada más que decir, doctor Winters. Me voy.

—¿Qué va a hacer?

—Lo necesario. Voy a enviar un informe al presidente, al fiscal general y a los comités de supervisión del Congreso. Es la ley. Se acabaron sus actividades, doctor. Y no se moleste en acompañarme a la puerta; encontraré el camino.

Payton salió al frío aire de aquella mañana gris. Respiró hondo, tratando de llenarse los pulmones, pero fue incapaz de conseguirlo. Había demasiado cansancio, demasiadas cosas tristes y ofensivas… y en Nochebuena. Llegó a la escalinata y empezó a bajar hacia su coche cuando de pronto, estremeciendo los contornos, hubo un fuerte estampido, un disparo. El conductor de Payton saltó del coche y se agazapó en la rampa de acceso a la casa, afirmando su arma con ambas manos.

M. J. sacudió lentamente la cabeza y continuó hasta la puerta trasera del vehículo. Estaba exhausto. No tenía reservas de las que echar mano; su agotamiento era total. Tampoco era urgente ya volar a California. Inver Brass estaba acabado, y su jefe, muerto por su propia mano. Sin la talla y la autoridad de Samuel Winters, se derrumbaría, y el modo como había muerto llevaría el mensaje de esa ruina a los que quedaban. ¿Evan Kendrick? Habría que contarle toda la historia, en todos sus aspectos, y dejar que él decidiese. Pero eso podía esperar… al menos un día. En lo único que M. J. fue capaz de pensar cuando el conductor le abrió la puerta fue en irse a casa, tomar algunos tragos más de los convenientes y dormir.

—Ha tenido una llamada por radio Clave Cinco —dijo el chófer.

—¿Cuál ha sido el mensaje?

—«Hable con San Jacinto. Urgente».

—Volvamos a Langley, por favor.
—Sí, señor.
—Ah, por si se me olvida: Felices Pascuas.
—Gracias, señor.

44

—Le haremos una visita al menos cada hora, señorita Rashad —dijo la enfermera de la Marina que estaba detrás del mostrador—. Puede tener la seguridad. ¿Sabía que el propio presidente llamó al congresista esta tarde?

—Sí, yo estaba allí. Y, hablando de teléfonos, no deben pasar ninguna llamada a su habitación.

—Entendido. Aquí está la nota; es una copia de la que tienen las telefonistas en la centralita. Todas las llamadas deben serle pasadas a usted al hotel Westlake.

—Está bien. Muchas gracias.

—Qué lástima, ¿verdad? En Nochebuena, y en vez de estar con los amigos, cantando villancicos o lo que sea, él permanece vendado en un hospital y usted sola en una habitación de hotel.

—Le diré algo, enfermera. El hecho de que esté aquí, y vivo, hace que estas sean las mejores Navidades que nunca pude esperar tener.

—Lo sé, querida. Los he visto juntos.

—Cuídelo. Si no duermo un poco, no voy a ser un gran regalo para él por la mañana.

—Es nuestro paciente número uno. Y descanse, señora. La encuentro algo ojerosa, y es una opinión profesional.

—Lo que estoy es hecha un lío.

—En mis mejores días debería verme yo en un lío así.

—Es usted encantadora —dijo Kalila, apretando el brazo de la enfermera—. Buenas noches. Hasta mañana.

—Felices Pascuas, querida.

—Felices también para usted.

Rashad fue por el blanco pasillo hasta los ascensores y apretó el botón de bajada. Había dicho en serio lo de necesitar dormir; excepto por unos breves veinte minutos en que Evan y ella echaron una cabezadita, no había cerrado los ojos en casi cuarenta y ocho horas. Una ducha caliente, una comida del servicio de habitaciones y la cama era su plan para la noche. Por la mañana entraría en una de esas tiendas que permanecían abiertas en beneficio de la gente errabunda que se había olvidado de alguien y compraría unos cuantos regalos tontos para su… ¿futuro? Dios mío, pensó. Para mi *prometido*. Demasiado.

No obstante, era divertido cómo la Navidad hacía aflorar el lado mejor de la naturaleza humana, con independencia de la raza, la religión o la falta de ambas. Por ejemplo, la enfermera. Era afable, y probablemente una mujer algo solitaria, con un cuerpo demasiado grande y una cara rechoncha que no era probable que eligiesen para un cartel de la Reserva femenina de la Armada. Y sin embargo había tratado de ser simpática y amable. Había dicho que sabía cómo se sentía la amiga del congresista porque los había visto juntos. Y no era verdad. Kalila recordaba a todas

las personas que habían entrado en la habitación de Evan y la enfermera no estaba entre ellas. Amabilidad, confraternización, como uno quisiera llamarlo; era la Navidad. Y su hombre estaba a salvo. Las puertas del ascensor se abrieron y entró en la jaula descendente sintiéndose segura, afectuosa y amable.

Kendrick abrió los ojos en la oscuridad. Algo lo había despertado… ¿Qué era? ¿La puerta de la habitación? Sí, por supuesto. Era la puerta. Kalila le había dicho que iban a estar pendientes de él toda la noche. ¿A dónde creía que iba a irse? ¿A bailar? Volvió a hundirse en la almohada, respirando hondo, sin un átomo de fuerza, sin gota de energía… *No*. No era la puerta. Era una presencia. ¡Había alguien allí, en la habitación!

Movió la cabeza despacio sobre la almohada. Vio una confusa mancha blanca en la oscuridad, sin prolongaciones hacia arriba o hacia abajo; solo un vago espacio blanco en lo oscuro.

—¿Quién es? —susurró—. ¿Quién está ahí?

Silencio.

—¿Quién diablos es usted? ¿Qué quiere?

Después, en una violenta acometida, la masa blanca vino hacia él surgiendo de las tinieblas y se aplastó contra su cara. Era una almohada. ¡No podía respirar! Levantó la mano derecha y tropezó con un brazo musculoso, para después resbalar por la carne e ir a dar a una cara, una cara blanda, y finalmente al cuero cabelludo de… ¡el cabello de una mujer! Tiró de él con toda la fuerza que pudo reunir y rodó hacia la derecha en la estrecha cama de hospital, arrastrando a su atacante al suelo debajo de él. Soltó el pelo y golpeó la cara que tenía debajo, y su hombro, rotos los puntos, empezó a dolerle horriblemente mientras el vendaje se empapaba de sangre. Trató de chillar, pero solo se oyó un grito gutural. La corpulenta mujer le clavó los dedos en el cuello, cuya piel rompieron sus afiladas uñas, y después arriba, en los ojos, desgarrándole los párpados y arañándole la frente. Se incorporó y se revolvió para escapar a sus garras, para quedar fuera de su alcance aplastándose contra la pared. El dolor era insoportable. Fue tambaleándose hacia la puerta, pero antes de llegar la mujer cayó sobre él y le empujó contra la cama. La mano de Evan tropezó con la jarra de agua que había sobre la mesilla. La agarró, tiró de ella y la estrelló en la cabeza, en la cara enloquecida que tenía encima. La mujer quedó desconcertada y Evan se lanzó contra ella, golpeó con el hombro derecho su corpachón, la aplastó contra la pared y corrió hacia la puerta, que abrió de un tirón. El blanco y antiséptico pasillo estaba bañado por una luz gris que solo interrumpía el brillo de una lámpara detrás del mostrador de la planta, a medio camino pasillo abajo. Evan intentó de nuevo gritar.

—¡Por favor…! ¡Ayúdenme!

Sus palabras se perdieron, y de su boca solo salieron gritos guturales, ahogados.

Cojeó con su tobillo hinchado y su pierna herida, apenas capaces de sostenerlo. ¿Dónde estaban todos? ¡Allí no había nadie… ni siquiera detrás del mostrador! Después, dos enfermeras salieron tranquilamente de una puerta al final del pasillo, y Evan levantó la mano haciéndoles ostensibles señas, mientras al fin le salían las palabras.

—¡Ayúdenme!

—¡Dios mío! —gritó una de las mujeres mientras las dos se acercaban corriendo. Al mismo tiempo, Kendrick oyó pisadas rápidas. Se volvió y pudo ver cómo la pesada y musculosa enfermera salía corriendo de su habitación y por el pasillo, hasta la puerta que tenía encima un letrero en letras rojas que ponía salida. La abrió de golpe y desapareció.

—¡Llama al médico abajo, en urgencias! —gritó la enfermera que llegó primero hasta él—. Date prisa. ¡Está llenándolo todo de sangre!

—Entonces será mejor que llame a la Rashad —dijo la segunda, yendo hacia el mostrador—. Hay que avisarla si hay algún cambio, y esto…

—¡No! —aulló Evan, al fin con voz clara aunque jadeante—. ¡Déjela en paz!

—Pero, congresista…

—Por favor, haga lo que le digo. ¡No la llame! Hace dos o tres días que no duerme. Llame solo al médico y ayúdeme a volver a mi habitación. Después tengo que usar el teléfono.

Cuarenta y cinco minutos después, con el hombro vuelto a coser y la cara y el cuello ya limpios, Kendrick estaba sentado en la cama, con el teléfono en las rodillas, y marcó un número de Washington que había confiado a la memoria. Venciendo toda clase de objeciones, había ordenado al médico y a las enfermeras que no llamasen a la policía militar, ni siquiera a la sección de seguridad del hospital. Sabían ya que nadie de la planta conocía a la fornida mujer más que como un nombre, sin duda falso, el que figuraba en sus documentos de traslado. Se había presentado esa tarde procedente del hospital base de Pensacola, en Florida. Las enfermeras con categoría de oficial eran añadidos muy codiciados a cualquier plantilla, y nadie cuestionó la llegada ni a nadie se le ocurrió hacerle preguntas cuando salió con tanta prisa. Y hasta que lo ocurrido no estuviese más claro no podría haber investigaciones oficiales que desencadenasen nuevas informaciones sensacionalistas en los medios de información. Seguía vigente el secreto.

—Siento despertarte, Mitch.

—¿Evan?

—Será mejor que sepas lo que ha pasado. —Kendrick describió la pesadilla demasiado real que había vivido, incluida su decisión de evitar la intervención de la policía, tanto civil como militar—. Quizá estaba equivocado, pero me figuré que en el momento en que esa mujer alcanzó la puerta de salida no había muchas probabilidades de encontrarla, y sí de alertar a la prensa si lo intentaban.

—Tenías razón —dijo Payton, hablando muy de prisa—. Era una pistola a

sueldo…

—Almohada —corrigió Evan.

—Lo mismo de mortífera si no te hubieses despertado. Lo importante es que los asesinos a sueldo lo tienen todo planeado, normalmente con varias salidas e igual número de cambios de ropa. Hiciste lo que debías.

—¿Quién la contrató, Mitch?

—Yo diría que es obvio. Fue Grinell. Ha estado muy atareado desde que salió de esa isla.

—¿Qué quieres decir? Kalila no me contó nada.

—Kalila, como tú la llamas, no lo sabe. Ya tiene bastante contigo en sus manos. ¿Cómo ha encajado lo de esta noche?

—No le han dicho nada. No les dejé que la llamasen.

—Se pondrá furiosa.

—Al menos podrá dormir un poco. ¿Qué se sabe de Grinell?

—El abogado de Ardis Vanvlanderen ha muerto y no hay modo de saber dónde encontrar el libro. La gente de Grinell se nos adelantó en San Jacinto.

—¡Maldita sea! ¡Lo hemos perdido!

—Eso parece, pero hay algo que no encaja. ¿Recuerdas que te dije que lo único que necesitaba Grinell para saber que andábamos tras él era que alguien vigilase la casa del abogado?

—En efecto.

—Pues Gingerbread encontró al tipo.

—¿Y?

—Que si ya tenían el libro, ¿por qué situar allí a un vigilante? ¿Por qué correr ese riesgo?

—¡Obliga al fisgón a decírtelo! Drógalo; lo has hecho otras veces.

—Gingerbread cree que no conviene.

—¿Por qué?

—Ese hombre puede ser un mandado que no sabe absolutamente nada, y, además, Gingerbread quiere seguirlo.

—¿Quieres decir que ese Gingerbread encontró al espía, pero el espía no lo conoce?

—Ya te dije que era bueno. El hombre de Grinell no sabe siquiera que encontramos al abogado muerto. Lo único que vio fue un camión y a dos jardineros con monos de la empresa Green Thumb segando el césped.

—Pero si el vigía es tan de segunda fila, ¿qué va a averiguar Gingerbread… ¡Cielos, qué nombre tan tonto…!, qué va a averiguar siguiéndolo?

—Le dije que podía ser un don nadie con solo un número de teléfono al que llamar cada cierto tiempo y que no nos diría nada. Pero también puede no serlo. Si se trata de alguien más importante, podría llevarnos a los demás.

—¡Por Dios, Mitch! ¡Drógalo y averígualo!

—No me sigues, Evan. A un teléfono de enlace se llama periódicamente, a horas determinadas. Si el horario se interrumpe, mandaremos a Grinell un mensaje que no debemos mandarle.

—Sois todos una pandilla de señoritos de lo más retorcido —dijo un Kendrick tan débil como exasperado.

—Tampoco te creas que nos damos la gran vida… Haré que pongan a tu puerta una pareja de la Guardia Costera. Trata de descansar un poco.

—¿Y qué vas a hacer tú? Sé que dijiste que no podías venir y ahora comprendo por qué, pero estás todavía en tu despacho, ¿no?

—Sí; esperando a saber de Gingerbread. Puedo trabajar más rápidamente desde aquí.

—¿No quieres hablar de ayer, de tu entrevista con el mandamás de Inver Brass?

—Tal vez mañana. Ya no es urgente. Sin él no hay Inver Brass.

—¿Sin él?

—Se mató. Felices Pascuas, congresista.

Kalila Rashad dejó caer los paquetes que llevaba en brazos y dio un grito.

—¿Qué ha pasado? —exclamó, corriendo hacia la cama.

—Los del seguro son una pandilla de incompetentes —replicó Evan.

—¡No le veo la gracia…! Tienes a los de la Guardia Costera a tu puerta y hay que ver cómo miraron en recepción mi documento de identidad cuando les dije que venía a verte. ¿Qué ha pasado?

Evan se lo contó, omitiendo lo del nuevo cosido y la sangre por el pasillo.

—Mitch cree que hice bien.

—Tendré su cabeza —se alborotó Kalila—. ¡Debió llamarme!

—En ese caso no estarías tan encantadora. Tienes las ojeras más claras. Has dormido.

—Doce horas —admitió Kalila, sentándose en el borde de la cama—. ¿Esa enfermera gordinflona tan amable? ¡No puedo creerlo!

—Me hubiera sido útil un poco de tu entrenamiento de cinturón negro de primera categoría. No me peleo a menudo, y mucho menos con mujeres; solo con las fulanas que cobran de más.

—Recuérdame que nunca te dé ocasión de pagar… ¡Por Dios, Evan; sabía que debería haber insistido en que nos diesen una habitación mayor con dos camas y quedarme contigo!

—No lleves tu afán protector demasiado lejos, muchacha. El hombre soy yo, ¿recuerdas?

—Y tú recuerda que si alguna vez nos atracan, debes dejarme actuar a mí.

—Allá se va todo mi orgullo masculino… Yo invito; atibórrame de bombones y champán mientras tú sacudes a los bastardos.

—Solo un hombre es capaz de bromear así —dijo Rashad, inclinándose para besarlo—. Te quiero tanto… Ese es mi problema.

—El mío, no. —Volvieron a besarse y, naturalmente, sonó el teléfono—. ¡No chilles! —le advirtió Evan—. Probablemente es Mitch.

Lo era.

—¡Una pista! —exclamó el director de Proyectos Especiales desde Langley—. ¿Te lo ha contado Evan? Lo de Grinell.

—No, nada.

—Que se ponga; ya te lo explicará él.

—¿Por qué no me llamaste anoche… esta mañana?

—Que se ponga.

—Sí, señor.

—¿Qué hay, Mitch?

—La pista que necesitábamos… ¡la tenemos!

—¿Gingerbread?

—Aunque parezca extraño, no. Es de una fuente totalmente diferente. En este oficio uno busca cosas insensatas y a veces las encuentra. Pensando en una remota posibilidad, enviamos a un hombre a la oficina del abogado de la señora Vanvlanderen con un documento falso que le daba acceso a los archivos de la difunta jefe de gabinete del vicepresidente. La secretaria no estaba dispuesta a dejar que nadie anduviese en sus papeles, de modo que llamó a la casa de San Jacinto. Sabiendo que no iba a tener respuesta, nuestro hombre se quedó allí un par de horas haciendo de colérico funcionario washingtoniano con órdenes del Consejo de Seguridad Nacional, mientras ella seguía tratando de hablar con el abogado. Parecía auténticamente disgustada; suponía que él estaba allí, en una reunión con clientes importantes que iba a durar todo el día. Ya fuese por la decepción o como autodefensa, no lo sabemos ni nos importa, lo cierto es que de buenas a primeras dijo que nuestro hombre probablemente quería todas aquellas páginas confidenciales que había fotocopiado, pero no podría conseguirlas porque estaban en una caja fuerte en el sótano de un banco.

—Bingo —dijo en voz baja Evan, mientras gritaba por dentro.

—Sin duda. E incluso describió el libro. Nuestro astuto abogado estaba dispuesto a vendérselo a Grinell y después hacerle chantaje con la copia. El espía de Grinell había ido a San Jacinto por simple curiosidad, y el libro será nuestro antes de una hora.

—¡Consigúelo, Mitch, y descífralo! Busca a un hombre llamado Hamendi, Abdel Hamendi.

—El traficante de armas —dijo Payton, confirmando la información—. Me lo dijo Adrienne. Las fotos del apartamento de los Vanvlanderen, las de Lausana y Amsterdam.

—El mismo. Por supuesto, utilizarán para él un nombre en clave; pero sigue la

pista del dinero, de las transferencias de Ginebra y Zurich, del Gemeinschaft Bank de Zurich.

—Naturalmente.

—Hay algo más, Mitch. Vamos a hacer una limpieza tan a fondo como podamos. Un hombre como Hamendi suministra armas a todos los bandos en guerra que puede encontrar, y cada uno mata al otro con lo que él les vende. Después busca a otro tipo de asesinos, los que llevan trajes de mil dólares, se sientan en lujosos despachos y no tienen más objetivo que el dinero, y los incorpora a su red. La producción aumenta diez veces, veinte, y hay más matanzas, más causas que proveer, más fanáticos que alimentar. Vamos a eliminarlo, Mitch. Vamos a darle a una parte de este ensangrentado mundo una oportunidad de respirar… sin sus suministros.

—Eso es mucho pedir, Evan.

—Concédeme unas semanas para que me remienden y envíame otra vez a Omán.

—¿Qué?

—Voy a hacer la mayor compra de armas que pudo soñar nunca Hamendi.

Pasaron dieciséis días. Navidad era ya un recuerdo penoso y el Año Nuevo fue saludado con cautela, con suspicacia. Al cuarto día Evan visitó a Emilio Carallo para llevarle la foto de un precioso pesquero nuevo, junto con los documentos de propiedad, un curso pagado para obtener la licencia de capitán, un talonario de cheques y la garantía de que nadie de la isla de Pasaje a China lo molestaría nunca en El Descanso. Era la verdad. Ninguno de los distinguidos hermanos del gobierno en la sombra que habían tenido que ver con aquella isla quiso reconocerlo. Por el contrario, se parapetaron en sus ejércitos de abogados, y algunos incluso habían denunciado al país. No les preocupaba en absoluto un pescador inválido de El Descanso. Solo salvar la cara y la fortuna.

Al octavo día, la ola de fondo procedente de Chicago inundó el Medio Oeste. Empezó con cuatro periódicos independientes, publicados dentro de un radio de cien kilómetros, que proponían en sus editoriales la candidatura del congresista Evan Kendrick para la vicepresidencia. Antes de setenta y dos horas se les unieron otros tres, además de seis emisoras de televisión propiedad de cinco de esos periódicos. Las proposiciones se convirtieron en respaldo abierto, y la voz de las rotativas encontró eco en el país. De Nueva York a Los Ángeles, de Bismarck a Houston, de Boston a Miami, la hermandad de los grandes medio de información empezó a estudiar la idea, y los directores de *Time* y *Newsweek* convocaron reuniones de urgencia. Kendrick fue trasladado a un ala aislada del hospital base y su nombre eliminado de la lista de pacientes. En Washington, Annie Mulcahy O'Reilly y el personal respondían a los centenares de llamadas que el representante de Colorado estaba fuera del país y no era posible establecer contacto con él para que opinase.

Al undécimo día, el congresista y su dama volvieron a Mesa Verde, donde, para

su asombro, encontraron a Emmanuel Weingrass, con un pequeño cilindro de oxígeno sujeto al costado para el caso de alguna emergencia respiratoria, vigilando al ejército de carpinteros que reparaba la casa. Manny andaba más despacio y se sentaba a menudo, pero su enfermedad no había tenido el menor efecto sobre su sempiterna irascibilidad, que era ya una constante. Solo bajaba la voz algún decibelio cuando hablaba con Kalila, su «nueva y encantadora hija, que vale mucho más que ese holgazán que anda siempre por ahí».

Al decimoquinto día, Mitchell Payton, trabajando con un joven genio de las computadoras que había tomado prestado a Frank Swann, el del Departamento de Estado, descifró las claves del libro de Grinell, la Biblia del gobierno fantasma. Trabajando durante toda la noche con Gerald Bryce al teclado, ambos elaboraron un informe para el presidente. Langford Jennings les dijo exactamente cuántas copias tenían que hacer. Antes de que el disco fuese destruido, salió una más del procesador de textos, pero M. J. no tuvo noticia de ella.

Una a una, las limusinas llegaron de noche, no a una mansión a oscuras de la bahía de Chesapeake, sino a la entrada sur de la Casa Blanca. Los viajeros fueron escoltados por los marines de guardia hasta el Despacho Oval del presidente de Estados Unidos. Langford Jennings estaba sentado a su mesa, con los pies en su otomana favorita, a la izquierda del sillón, y acogía con una inclinación de cabeza a los que iban llegando; a todos menos a uno. El vicepresidente Orson Bollinger recibió una simple mirada y no hubo saludo, solo desprecio. Los asientos estaban dispuestos en semicírculo enfrente de la mesa y de la impresionante figura sentada detrás de ella. Del séquito formaban parte, cada uno con un sobre en la mano, los jefes de la mayoría y la minoría de ambas cámaras del Congreso, el secretario de Estado en funciones y el secretario de Defensa, los directores de las agencias Central de Inteligencia y de Seguridad Nacional, los miembros de la junta de Jefes de Estado Mayor, el fiscal general y Mitchell Jarvis Payton, de Proyectos Especiales de la CIA. Se sentaron y aguardaron en silencio. La espera no fue larga.

—Estamos con la mierda hasta el cuello —dijo el presidente de Estados Unidos —. Que me aspen si sé cómo ha ocurrido, pero será mejor que consiga algunas respuestas esta noche o un cierto número de personas de esta ciudad va a pasarse veinte años sobre un montón de piedras. ¿Está claro?

Hubo gestos dispersos de asentimiento, pero no fueron pocos los que con el enfado de sus caras y sus voces mostraron su oposición a lo que implicaban las palabras del presidente.

—¡Un momento! —continuó Jennings, acallando a los que disentían—. No quiero que haya dudas en cuanto a las normas básicas. Cada uno de ustedes ha recibido, y es de suponer que leído, el informe preparado por el señor Payton. Todos lo han traído con ustedes y supongo también que, según lo ordenado, ninguno ha

hecho copias. ¿Es así? Por favor, respondan uno a uno, empezando, a mi izquierda, por el fiscal general.

Uno tras otro, los reunidos fueron repitiendo el gesto y las palabras del máximo encargado de hacer cumplir la ley en la nación. Levantaron el sobre y dijeron: «No he hecho copias, señor presidente».

—Bien. —Jennings quitó los pies de la otomana y se echó hacia adelante, con los antebrazos sobre la mesa—. Señores, los sobres están numerados, y solo hay tantos como personas en esta habitación. Además, se quedarán aquí cuando salgan. ¿Entendido también esto? —Hubo gestos y murmullos afirmativos—. Bien. No necesito decirles que la información contenida en esas páginas es tan devastadora como increíble. Una red de ladrones, asesinos y escoria humana que contrataron asesinos y pagaron los servicios de terroristas. Matanzas en Fairfax, en Colorado y, ¡Dios mío!, en Chipre, donde un hombre que valía por cinco de cualquiera de ustedes, bastardos, fue volado con toda su delegación. Es una letanía de horrores, de consejos de administración de todo el país en constante colusión, de fijación de precios para obtener márgenes de beneficio vergonzosos, de compra de influencias en todos los sectores del gobierno, hasta convertir la industria de defensa de la nación en una rebatiña. Es también una letanía de engaños, de transacciones ilegales con traficantes de armas de todo el mundo, mintiendo a los comités de control de armamentos, comprando licencias de exportación, desviando cargamentos para soslayar los permisos. ¡Un verdadero asco! Y no hay ni uno solo de ustedes que no haya tenido que ver con ello. ¿Alguna objeción?

—*Señor* presidente…

—Señor presidente…

—Llevo treinta años en el Cuerpo y nadie se ha *atrevido* nunca…

—¡Me atrevo yo! —rugió Jennings—. ¿Y quién diablos es usted para decirme que no puedo? ¿Alguien más?

—Sí, señor presidente —replicó el secretario de Defensa—. Para emplear su mismo lenguaje, no sé a qué coño está aludiendo en concreto y me opongo a sus insinuaciones.

—¿En concreto? ¿Insinuaciones? ¡Vamos, Mac, lea las cifras! ¿Tres millones de dólares por un tanque cuyo coste de producción se calcula aproximadamente en un millón quinientos? ¿Treinta millones por un caza al que en el Pentágono han sobrecargado de tal modo de chucherías que no puede operar, y entonces vuelve al tablero de dibujo y acaba costando otros diez millones por aparato? Olvídese de las tapas de retrete y las llaves inglesas; tiene problemas mucho mayores.

—Todos esos son gastos menores comparados con la totalidad, señor presidente.

—Como dijo en televisión cierto amigo mío, vaya a contarle eso al pobre hombre que tiene que hacer que le llegue el sueldo para todo el mes. Tal vez se ha equivocado usted de cargo, señor secretario. Nos hartamos de decirle al país que la economía soviética está en las últimas, y su tecnología a años luz de la nuestra, y sin embargo

todos los años, a la hora de hacer el presupuesto, usted nos asegura que estamos al borde del abismo porque Rusia está superándonos económica y tecnológicamente. ¿No le parece que hay ahí una pequeña contradicción?

—Usted no comprende las complejidades…

—Ni tengo por qué. Comprendo las contradicciones. ¿Y qué me dicen de ustedes, los cuatro gloriosos baluartes de la Cámara y del Senado, miembros tanto de mi partido como de la leal oposición? ¿Nunca se olieron nada?

—Es usted un presidente extremadamente popular —dijo el líder de la oposición —. Políticamente es difícil oponerse a su gente.

—¿Incluso cuando huele a podrido?

—Aun así.

—En ese caso también usted debería irse. Y nuestra astuta élite militar, nuestra olímpica Junta de Jefes de Estado Mayor. ¿Quién cuida de la tienda? ¿O les afecta tanto la altura que se olvidaron de dirigir el Pentágono? Coroneles, generales y almirantes pasan en masa a engrosar las filas de los contratistas de defensa, y a los contribuyentes que los zurzan.

—¡Me opongo! —escupió el presidente de la JUJEM por entre las fundas de sus dientes—. Nuestro trabajo, señor presidente, no consiste en vigilar a cada militar que pasa al sector privado.

—Quizá no, pero su aceptación de las recomendaciones decide quienes alcanzan la graduación que lo hace posible. ¿Y qué me dicen de los superespías del país, la CIA y la NSA? Con excepción del señor Payton, y si alguno de ustedes trata de enviarlo a Siberia responderá ante mí durante los próximos cinco años, ¿dónde diablos estaban? Se han enviado armas a todo el Mediterráneo y al golfo Pérsico, ¡a puertos que el Congreso y yo dijimos que estaban prohibidos! ¿Es que no podían seguir la pista de ese tráfico? ¿Quién era el responsable?

—En cierto número de casos, señor presidente —dijo el director de la Agencia Central de Información—, cuando teníamos motivos para sospechar de ciertas actividades, supusimos que estaban siendo llevadas a cabo con su autorización, dado que respondían a sus posturas políticas. Cuando eso afectaba a las leyes, creíamos que actuaba usted por consejo del fiscal general, según el procedimiento vigente.

—De modo que cerraron los ojos y que otros saquen las castañas del fuego. Muy recomendable para salvar la cara, pero ¿por qué no consultaron conmigo?

—En nombre de la NSA —intervino el director de la Agencia de Seguridad Nacional— puedo decirle que hablamos varias veces con su jefe de gabinete y su consejero de Seguridad Nacional sobre ciertas operaciones poco ortodoxas que pasaron por nuestras mesas. Su consejero aseguró que no sabía nada de lo que él llamaba «rumores malintencionados», y el señor Dennison aseguró que eran, y cito sus palabras exactas, señor presidente, «porquerías que hacían correr los ultraliberales para perjudicarle a usted». Así mismo lo dijo.

—Se habrán dado cuenta —dijo fríamente Jennings— de que ninguno de esos

hombres está en esta habitación. Mi consejero del CSN se ha jubilado, y mi jefe de gabinete está con permiso atendiendo asuntos personales. En defensa de Herb Dennison, diré que puede haberle tocado un barco difícil y bastante autocrático, pero su navegación deja a veces mucho que desear. Y llegamos a nuestro principal funcionario y encargado de hacer cumplir las leyes, el guardián del sistema legal de nuestra nación. Teniendo en cuenta la cantidad de normas que fueron quebrantadas, forzadas y burladas, me da la impresión de que usted salió a almorzar hace tres años y no ha vuelto. ¿De qué se ocupa en el Departamento de Justicia? ¿Del bingo o del frontón? ¿Por qué estamos pagando a varios centenares de abogados para que entiendan en las actividades delictivas contra el gobierno y ninguno de los delitos de que se habla en ese informe fue descubierto?

—No entraban en nuestra *purview*, señor presidente. Nos habíamos centrado en…

—¿Qué demonios es una *purview*? ¿Los acuerdos sobre precios entre empresas y esos vergonzosos sobrecostes no entran en su *purview*? ¡Pues sería mucho mejor que entrasen…! Váyase al infierno. Ocupémonos de mi estimado compañero de candidatura. Aunque el último, no es ni con mucho el menos relevante en términos de importancia vital. ¡Nuestro servil y llorón instrumento de intereses muy especiales es ahora el patrón del campus! ¡Son todos sus muchachos, Orson! ¿Cómo lo consiguió?

—¡Señor presidente, también son *sus* hombres! Ellos recaudaron el dinero para su primera campaña; recaudaron más millones que sus contrarios, asegurando así virtualmente su elección. Y usted hizo suyas sus causas, respaldó sus exigencias de una expansión sin trabas de los negocios y la industria…

—Razonablemente sin trabas, sí —dijo Jennings, con las venas de la frente hinchadas—, pero no manipulada, no corrompida por tratos con traficantes de armas en toda Europa y el Mediterráneo, y, ¡maldita sea, por la colusión, la extorsión y el empleo de terroristas!

—¡Yo no sabía nada de eso! —exclamó Bollinger, poniéndose de pie de un salto.

—No, probablemente no lo sabía, señor vicepresidente, porque no podían arriesgarse a que le entrase el pánico y perder así a un primo de su calibre y su influencia. Pero seguro que sí sabía que había más de lo que le decían. Solo que no quería saber que era lo que estaban cocinando, lo que olía a podrido. ¡Siéntese! —Bollinger se sentó y Jennings continuó—. Pero que quede esto claro, Orson. No estará usted en la candidatura y no quiero verlo por la convención. Está usted fuera, acabado, y si llego a saber que anda otra vez en esos manejos o se sienta en un consejo que no sea el de alguna obra benéfica… Bueno, será mejor que no lo haga.

—¡Señor presidente! —dijo el presidente de la Junta de Jefes, levantándose—. ¡En vista de sus observaciones y la intención que dejan traslucir, desde este momento presento mi dimisión!

Su declaración fue seguida por otra media docena, todas hechas en pie y con gran énfasis. Langford Jennings se recostó en su sillón y habló con calma, pero en tono gélido.

—Ah, no, no van a irse tan fácilmente ninguno de ustedes. En esta Administración no va a haber una matanza de la noche del sábado a la inversa; nada de abandonar el barco e irse a las colinas. Van a quedarse donde están y a asegurarse de que volvemos al buen rumbo. Entiéndanme bien: no importa lo que la gente piense de mí o de ustedes, o de la casa que ocupo temporalmente, pero sí me importa el país, y mucho. Tanto que ese informe preliminar, y digo preliminar porque no está ni mucho menos terminado, va a seguir siendo propiedad exclusiva de este presidente y estará sometido a las leyes del secreto ejecutivo hasta que crea llegado el momento de hacerlo público… que llegará. Publicarlo ahora paralizaría la presidencia más fuerte que ha tenido esta nación en cuarenta años y causaría al país un daño irreparable; pero se publicará. Permítanme explicarles algo. Cuando un hombre, y confío en que algún día una mujer, llega a este cargo, solo deja una cosa, y es su huella en la historia. Pues bien, yo voy a excluirme de esa carrera a la inmortalidad dentro de los próximos cinco años de mi vida, porque durante ese tiempo este informe *completo*, con todos sus horrores, será hecho público. Pero no hasta que cada entuerto cometido bajo mi mandato haya sido enderezado, cada crimen pagado. Si eso supone trabajar día y noche, es lo que van a hacer todos ustedes; todos menos mi complaciente y adulador vicepresidente, que va a desaparecer, y con un poco de suerte tendrá el decoro de volarse la tapa de los sesos. Una última palabra, señores. Si alguno de ustedes cayese en la tentación de escapar de este barco podrido que hemos puesto así entre todos por omisión o comisión, le ruego que recuerde que soy el presidente de Estados Unidos y estoy dotado de poderes increíbles. En su sentido más amplio, incluyen el de vida y muerte. Solo estoy haciendo constar un hecho, pero si quieren tomarlo como una amenaza… bien, están en su derecho. Y ahora salgan de aquí y empiecen a pensar. Payton, usted quédese.

—Sí, señor presidente.

—¿Crees que captaron el mensaje, Mitch? —preguntó Jennings, sirviéndose y sirviendo a Payton de un bar incrustado en la pared izquierda del Despacho Oval.

—Supongamos que sí —replicó el director de Proyectos Especiales—. Si no me tomo ese *whisky* enseguida, voy a echarme otra vez a temblar.

El presidente esbozó su famosa sonrisa mientras llevaba a Payton el vaso junto a la ventana.

—No está mal para un tipo que se supone tiene el cociente de inteligencia de un poste de teléfonos, ¿verdad?

—Fue una actuación extraordinaria.

—Me temo que es a eso a lo que este cargo ha quedado reducido en buena parte.

—No lo decía en ese sentido, señor presidente.

—Claro que lo decía, y tiene toda la razón. Por eso el rey, esté vestido o desnudo, necesita un primer ministro fuerte que, a su vez, cree su propia familia real… de

ambos partidos, dicho sea de pasada.

—¿Cómo?

—Kendrick. Lo quiero en la candidatura.

—En ese caso me temo que tendrá usted que convencerlo.

Según mi sobrina… la llamo mi sobrina pero en realidad no lo es…

—Lo sé todo también sobre ella —le interrumpió Jennings—. ¿Qué dice?

—Que Evan sabe muy bien lo que ha pasado, lo que está pasando, pero no ha tomado una decisión. Su mejor amigo, Emmanuel Weingrass, está muy enfermo y no se espera que salga con vida.

—Eso también lo sé. Aunque no por su nombre, está en su informe, ¿recuerda?

—Sí; discúlpeme. No he dormido mucho últimamente. Olvido las cosas. En cualquier caso, Kendrick está empeñado en volver a Omán, y no consigo disuadirlo. Está obsesionado con un traficante de armas, Abdel Hamendi. Cree, acertadamente, que ese Hamendi está vendiendo como mínimo el ochenta por ciento de la potencia de fuego que utilizan en Oriente Medio, y que destruyen a sus queridos países árabes. A su modo, es un moderno Lawrence, que trata de rescatar a sus amigos del desprecio internacional y el olvido definitivo.

—¿Qué es exactamente lo que cree que puede hacer?

—Por lo que me ha dicho, se trata básicamente de montar una provocación. Creo que no lo tiene claro todavía, pero sí el objetivo. Consiste en denunciar a Hamendi como lo que es, un hombre que gana millones vendiendo muerte a quien quiera comprarla.

—¿Qué le hace pensar a Evan que a Hamendi le importa lo que piensen de él sus compradores? Es un traficante de armas, no un misionero.

—Puede importarle si más de la mitad de las armas que ha vendido no funcionan, si los explosivos no explotan y los fusiles no disparan.

—¡Dios mío! —susurró el presidente, yendo hacia su mesa. Se sentó, puso el vaso sobre el secante y se quedó mirando en silencio a la lejana pared. Después se volvió hacia Payton, que seguía junto al ventanal—. Déjelo ir, Mitch. Nunca nos perdonaría si lo detuviésemos. Dele cuanto precise, pero asegúrese de que vuelve. Lo quiero aquí. El país necesita que vuelva.

Al otro lado del mundo, bolsas de niebla que llegaban del golfo Pérsico cubrían la calle Tujjar de Baréin, formando halos invertidos bajo las luces y oscureciendo allá arriba el cielo nocturno.

Eran las cuatro y media en punto de la mañana cuando una limusina negra hizo entrada en aquella parte desierta del muelle de la ciudad durmiente. Se detuvo frente a las puertas de cristal del edificio conocido por el Sahalhuddin, hasta hacía dieciséis meses residencia principesca del hombre-monstruo que se hacía llamar el Mahdí. Dos árabes emergieron de las puertas traseras del imponente vehículo y avanzaron hasta

quedar bajo el resplandor de las pálidas luces de neón que alumbraban la entrada. La limusina se alejó silenciosamente. El más alto de los dos hombres llamó suavemente en el cristal. Dentro, el guarda que estaba en el mostrador de recepción consultó su reloj, se levantó y fue rápidamente a la puerta. La abrió y se inclinó ante aquellos visitantes a deshora.

—Todo está preparado, grandes señores —dijo, con voz que al principio fue apenas un susurro—. Los vigilantes exteriores se han ido pronto a casa, y el turno de la mañana llega a las seis.

—Nos sobrará con la mitad de ese tiempo —dijo el visitante más joven y más bajo, que era evidentemente el jefe—. ¿Ha incluido esa bien pagada preparación una puerta sin cerrar arriba?

—Puede estar seguro, gran señor.

—¿Y solo funciona un ascensor? —preguntó el árabe más viejo y más alto.

—Sí, señor.

—Lo bloquearemos arriba. —El más bajo echó a andar hacia los ascensores de la derecha, y su compañero se apresuró a ponerse a su lado—. Si no me equivoco —continuó hablando en voz alta—, debemos subir hasta el último tramo de escaleras, ¿no es así?

—Sí, gran señor. Todas las alarmas han sido desconectadas y la habitación restaurada exactamente como estaba antes de aquella terrible mañana. También, siguiendo sus instrucciones, se ha subido lo que usted pidió; estaba en los sótanos. Tenga en cuenta de que las autoridades deshicieron la habitación, y después la tuvieron sellada durante muchos meses. No podíamos entenderlo, gran señor.

—No era necesario. Avísanos si alguien trata de entrar en el edificio o se acerca siquiera a las puertas.

—¡Con los ojos de un halcón, gran señor!

—Prueba a usar el teléfono. —Los dos hombres llegaron a los ascensores y el más alto apretó el botón; inmediatamente se abrió un panel. Entraron y la puerta se cerró—. ¿Es competente ese hombre? —preguntó el árabe más bajo mientras zumbaba la maquinaria y el ascensor empezaba a subir.

—Hace lo que le mandan, y lo que se le ha mandado no es difícil. ¿Por qué sellaron el despacho del Mahdí durante tantos meses?

—Porque las autoridades buscaban a hombres como nosotros, esperaban por hombres como nosotros.

—¿Y pusieron patas arriba la habitación?

—Lo mismo que nosotros, no sabían dónde buscar.

El ascensor disminuyó la velocidad, se detuvo y la puerta se abrió. Con paso cada vez más rápido, los dos visitantes fueron hasta la escalera que conducía a la planta y antiguo «templo» del Mahdí. Llegaron a la puerta del despacho y el más bajo se detuvo, con la mano en el pomo.

—He esperado más de un año este momento —dijo, respirando profundamente—,

y ahora que ha llegado, tiemblo.

Dentro de la enorme y extraña sala con apariencia de mezquita, con su alto techo en cúpula cubierto de mosaicos de brillantes colores, ambos intrusos quedaron en silencio, como impresionados por la presencia de algún espíritu. Los dispersos muebles de madera oscura seguían en su sitio, como estatuas de feroces soldados guardando la tumba de un gran faraón; la enorme mesa simbolizaba el sarcófago del soberano. Contra la pared del fondo, en contraste detonante, había un moderno andamio metálico móvil de unos tres metros de altura, con barras laterales que permitían llegar hasta su cima. El árabe alto habló.

—¡Qué sitio! Podría ser el lugar de descanso de Alá, hágase su voluntad.

—Tú no conociste al Mahdí, mi inocente amigo. Piensa más bien en el Midas frigio. Y ahora, de prisa; estamos perdiendo el tiempo. Lleva el andamio a donde yo te diga y súbete. —El subordinado fue rápidamente hasta la plataforma elevada y se volvió hacia su compañero—. A la izquierda —le indicó el jefe—. Pasada la ventana.

—No te comprendo —dijo el hombre alto, trepando al andamio.

—Hay muchas cosas que no comprendes, ni falta que hace. Ahora cuenta hacia la izquierda. Seis azulejos a partir del borde de la ventana, y después cinco hacia arriba.

—Sí, sí… tengo que estirarme, y eso que no soy nada bajo.

—El Mahdí era mucho más alto, mucho más impresionante, pero también tenía sus defectos.

—¿Cómo dices?

—No importa. Presiona las cuatro esquinas del azulejo en el mismo borde, y después, con todas tus fuerzas, aprieta con la palma de la mano en el centro. ¡Ahora!

El fragmento de mosaico saltó literalmente de su sitio y el árabe alto apenas pudo sujetarlo sin caerse.

—¡Por Alá! —exclamó.

—Simple succión equilibrada mediante pesos —dijo el otro desde abajo, sin más explicaciones—. Ahora mete la mano y coge los papeles; deberían estar todos juntos. —El subordinado hizo lo que le decían, y sacó las hojas dobladas en capas de un largo *printout* de computadora sujetas por dos gomas—. Tíramelas —continuó el jefe — y vuelve a poner el azulejo exactamente como lo sacaste, empezando por la presión en el centro.

El árabe alto cumplió desmañadamente las órdenes y después bajó por los peldaños del andamio hasta el suelo y se acercó a su superior, que había desplegado algunas de las hojas y estaba examinándolas con gran atención.

—¿Era esto el tesoro de que hablabas? —musitó.

—No lo hay mayor desde el golfo Pérsico hasta las riberas occidentales del Mediterráneo —respondió el más joven, mientras sus ojos recorrían sin cesar los papeles—. Ejecutaron al Mahdí, pero no pudieron destruir su obra. Se imponía una retirada, había que atrincherarse, pero no que desmembrarse. Las mil ramas de sus empresas no fueron aplastadas ni siquiera denunciadas. Simplemente volvieron a la

tierra, listas para retoñar algún día.

—¿Esas hojas tan raras te cuentan eso?

El superior asintió con el gesto, sin dejar de leer.

—¿Qué dicen, en nombre de Alá?

El más bajo miró lleno de curiosidad a su compañero, y dijo sonriendo:

—¿Por qué no? Son las listas de todos los hombres y mujeres, de todas las firmas, compañías y corporaciones, de todos los contactos y canales de comunicación con los terroristas que tuvo el Mahdí. Llevará meses, quizá años, volver a reunirlo todo, pero se hará. Están esperándolo. Porque, en último extremo, el Mahdí tenía razón: este es nuestro mundo. No lo cederemos a nadie.

—¡Correrá la buena nueva! —exclamó el subordinado más viejo y más alto—. ¿No es cierto?

—Con mucha cautela. Vivimos en otra época. El equipo de la semana pasada está ya obsoleto.

—Mentiría si digo que te entiendo.

—Te repito que no importa.

—¿De dónde vienes? —preguntó el otro, desconcertado—. Nos dicen que te obedezcamos, que sabes cosas que los hombres como yo no pueden saber. Pero ¿cómo? ¿De dónde?

—De miles de kilómetros de aquí, donde estuve preparándome durante años para este momento. Y ahora déjame. Date prisa. Dile al guarda que bajen el andamio a los sótanos, y después sube al coche cuando vuelva a pasar por esta calle. El conductor te llevará a casa; nos veremos mañana. En el mismo sitio y a la misma hora.

—Que Alá y el Mahdí vayan contigo —dijo el árabe alto, inclinándose y apresurándose a ir hasta la puerta, que cerró al salir.

El más joven observó la marcha de su compañero, y después se llevó la mano bajo la túnica y sacó una pequeña radio manual. Apretó un botón y habló.

—Estará fuera dentro de dos o tres minutos. Recógelo y vete hasta las rocas de la costa sur. Mátalo, desnúdalo y tira la pistola al mar.

—Así lo haré —dijo el chófer de la limusina a varias calles de allí—. El joven jefe volvió a guardar la radio bajo sus ropas y cruzó solemnemente hacia la enorme mesa de ébano. Se quitó el *ghotra* y lo dejó caer al suelo mientras iba hasta el sillón con apariencia de trono y se sentaba. Abrió un cajón alto y ancho que tenía abajo, a su izquierda, y sacó el tocado incrustado de joyas del Mahdí. Se lo puso y habló suavemente hacia el techo de mosaico.

—Gracias, padre mío —dijo el heredero doctorado en la ciencia de las computadoras por la Universidad de Chicago—. Haber sido elegido entre todos tus hijos es tanto un honor como un desafío. Mi débil madre blanca nunca comprenderá, pero, como tantas veces me explicaste, ella no fue solo un instrumento… Sin embargo, he de decirte, padre, que ahora las cosas son de otro modo. Lo que impera es la sutileza y los objetivos de largo alcance. Utilizaremos tus métodos cuando haga

falta, matar no es problema, pero nosotros queremos una parte del mundo mucho mayor. Tendremos células en toda Europa y el Mediterráneo, y nos comunicaremos por procedimientos en los que nunca pensaste, secretamente, mediante satélite, por canales imposibles de interceptar. Sabes, padre mío, el mundo ya no pertenece a esta o aquella raza. Pertenece a los jóvenes, los fuertes y los inteligentes, y esos somos nosotros.

El nuevo Mahdí calló y su mirada se posó en la mesa. Pronto estaría allí lo que necesitaba. El hijo mayor del gran Mahdí continuaría la marcha.

Debemos imperar.

¡En todas partes!

LIBRO TERCERO

45

Habían pasado ya treinta y dos días desde la alborotada marcha de la isla de Pasaje a China cuando Emmanuel Weingrass entró pausadamente en la galería de Mesa Verde. No obstante, sus palabras fueron precipitadas:

—¿Dónde está ese perdulario? —preguntó.

—Haciendo *jogging* en el cuarenta sur —replicó Kalila, que tomaba el café de la mañana y leía el periódico sentada en el diván—. O en las montañas. ¿Quién sabe?

—En Jerusalén son las dos de la tarde.

—Y en Mascate las cuatro. Son todos tan inteligentes allí…

—¡Pero qué lista es mi hija!

—Siéntate, chaval —dijo Kalila, indicando el cojín que tenía al lado.

—Mi niña… —masculló Weingrass, acercándose y apartando su pequeño cilindro de oxigeno para sentarse en el diván—. El holgazán ese tiene buen aspecto —continuó, repantigándose y respirando pesadamente.

—Cualquiera creería que se está entrenando para la Olimpiada.

—A propósito: ¿tienes un cigarrillo?

—Eres tú quien no debe tenerlo.

—Por eso; dámelo.

—Eres imposible. —Kalila extrajo el paquete de cigarrillos del bolsillo de su bata y lo sacudió para sacar uno mientras cogía un encendedor de cerámica de la mesa. Prendió el cigarrillo de Weingrass y repitió—: Eres imposible.

—Y tú mi madre superiora árabe. —Manny dio una chupada como el niño que se zampa su tercera ración de postre a escondidas—. ¿Cómo andan las cosas en Omán?

—Mi viejo amigo el sultán está un tanto confuso, pero mi joven amiga su esposa lo arreglará. A propósito, Ahmat te manda recuerdos.

—Debería. Me debe su licenciatura en Harvard, y nunca me pagó por las tías que le conseguí en Los Ángeles.

—No sé cómo te las arreglas para ir siempre al meollo de las cosas. ¿Cómo están en Jerusalén?

—Hablando de enviar recuerdos, Ben-Ami te manda los suyos.

—¿Benny? ¡Dios mió, hace años que no me acuerdo de él! ¿Sigue llevando aquellos estúpidos modelos vaqueros y sujetándose el arma atrás?

—Probablemente lo hará siempre, y le cobrará al Mossad el doble por ambas cosas.

—Es un buen chico y uno de los mejores agentes que ha tenido nunca Israel. Trabajamos juntos en Damasco. Pequeñajo y un tanto cínico, pero un buen tipo para tenerlo al lado. Duro como la piedra.

—Como diría tu calamidad, «a mí me lo vas a contar». Estuvimos juntos en el hotel de Baréin y lo único que hizo fue darme conferencias sobre la radio.

—¿Se unirá a nosotros en Mascate?

—Se unirá a ti, una antipática que me va a dejar tirado.

—Vamos, Manny…

—Lo sé, lo sé. Soy una carga.

—¿Tú qué crees?

—Está bien, lo soy; pero incluso a las cargas se las mantiene informadas.

—Como mínimo dos veces al día. ¿Dónde va a reunírsenos Ben-Ami? ¿Y cómo? No puedo imaginar que el Mossad quiera tomar parte en esto.

—Después del follón iraní tendrán que pasar algunas lunas más, sobre todo estando por medio la CIA y los bancos suizos. Ben dejará en la centralita de palacio un número de teléfono para una tal señorita Adrienne; fue idea mía. Además, vendrá alguien con él.

—¿Quién?

—Un lunático.

—Eso ayuda. ¿No tiene nombre?

—El único que yo sabía era Azul.

—¡Azra!

—No, ese era el otro.

—Lo sé, pero el israelí mató a Azra, el Azul árabe. Evan me dijo que le había puesto enfermo ver a dos muchachos con semejante odio.

—Lo de los jóvenes es siempre deprimente. En vez de bates de béisbol llevan fusiles de repetición y granadas. ¿Ha organizado Payton tu viaje?

—Lo acordamos ayer. Un transporte de las Fuerzas Aéreas hasta Frankfurt y de allí a El Cairo, desde donde iremos de incógnito en un pequeño barco a Kuwait y Dubai, y la última etapa en helicóptero. Llegaremos a Omán de noche y aterrizaremos en el Jabal Sham, donde uno de los coches camuflados que posee Ahmat nos recogerá para llevarnos a palacio.

—No puede ser más secreto —dijo Weingrass, impresionado.

—Tiene que serlo. Evan debe desaparecer mientras se hace correr el rumor de que ha sido visto en Hawai y se supone que está viviendo en una finca en Maui. El departamento gráfico está preparando fotos en las que se le ve allí y que llegarán a los periódicos.

—La imaginación de Mitchell va mejorando.

—No la hay mejor, Manny.

—Tal vez debería hacerse cargo de la Agencia.

—No; odia el trabajo administrativo y como político es un desastre. Si alguien o algo no le gusta, se entera todo el mundo. Está mejor donde está.

El ruido de la puerta de entrada al abrirse y cerrarse tuvo un efecto inmediato sobre Weingrass.

—¡*Oy*! —exclamó, metiendo el cigarrillo en la boca de la sorprendida Kalila y moviendo las manos para desplazar hacia ella el humo que lo rodeaba—. ¡*Shiksa* desobediente! —susurró—. ¿Cómo te atreves a fumar estando yo?

—Eres imposible… —dijo ella en voz baja, quitándose el cigarrillo de la boca y aplastándolo en un cenicero mientras Kendrick atravesaba la sala de estar, camino de la galería.

—Kalila nunca habría fumado tan cerca de ti —le amonestó Evan, vestido con un chándal azul y con el sudor cayéndole por la cara.

—¿Es que ahora tienes orejas de dóberman?

—Y tú los sesos de un mosquito.

—Es un animal muy inteligente.

—Lo siento —dijo Rashad—. A veces se pone imposible.

—A mí me lo vas a contar.

—¿Qué te dije? —exclamó Weingrass—. Siempre está con eso. Es indicio de un complejo de superioridad altamente desarrollado y fuera de lugar, y resulta muy irritante para las inteligencias realmente superiores. ¿Qué tal ese ejercicio, tonto?

Kendrick sonrió y fue hasta el bar, donde había una jarra de zumo de naranja.

—Lo hago ya en treinta minutos, sin forzar —dijo, sirviéndose un vaso.

—Eso está muy bien si eres un caballo de *cowboy* en un rodeo.

—Siempre está diciendo cosas así —protestó Kendrick—. Es insoportable.

—A mí me lo vas a decir —replicó Kalila, que bebía su café.

—¿Llamó alguien?

—Son poco más de las siete, cariño.

—En Zurich, no. Allí es más de la una de la tarde. Estuve hablando con ellos antes de salir.

—¿Hablando con quién?

—Principalmente con el director del Gemeinschaft Bank. Mitch lo dejó seco con la información que tenemos, y está tratando de ayudarnos. Un momento. ¿Ha mirado alguien el télex del estudio?

—No, pero oí ruido en ese chisme hace unos veinte minutos —dijo Weingrass.

Kendrick posó el vaso y fue rápidamente, cruzando la sala de estar, hasta una puerta que había más allá del pasillo de piedra. Kalila y Manny lo vieron marchar, y después se miraron y se encogieron de hombros. A los pocos momentos volvió el congresista, con una hoja de télex en la mano y muy excitado.

—¡Lo hicieron! —exclamó.

—¿Quién hizo qué? —preguntó Weingrass.

—El banco. ¿Recuerdas la línea de crédito de cincuenta millones que Grinell y su consorcio de ladrones californianos abrieron para pagar mi renuncia?

—¡Por Dios! —exclamó Kalila—. ¡No pueden haberla dejado abierta!

—Claro que no. Fue cancelada un día después de que Grinell saliese de la isla.

—¿Entonces? —dijo Manny.

—En esta época de telecomunicaciones complicadas, surgen de vez en cuando errores de computadora, y en esta ocasión hubo uno precioso. No hay constancia de haberse recibido la cancelación. El crédito está vigente, solo que ha sido transferido a

un banco hermano de Berna con un nuevo número de cuenta en clave. Está todo allí.

—¡No lo pagarán! —dijo enfáticamente Weingrass.

—Irá con cargo a sus reservas, que son diez veces los cincuenta millones.

—Se opondrán, Evan —insistió Kalila, tan enfática como el viejo.

—¿Y comparecer ante los tribunales suizos? No sé por qué, pero lo dudo.

Un helicóptero Cobra sin marcas tableteaba atravesando el desierto a una altitud de menos de quinientos pies. Evan y Kalila, agotados al cabo de casi veintiséis horas en el aire y de correr en busca de conexiones secretas en tierra, estaban sentados juntos, la cabeza de Rashad sobre el hombro de Kendrick y la de este derrumbada sobre el pecho, y ambos dormidos. Un hombre vestido con un mono caqui con cinturón y sin insignias salió de la cabina del piloto, bajó al fuselaje en penumbra y movió el brazo de Evan.

—Llegaremos dentro de unos quince minutos, señor.

—¿Eh? —Kendrick levantó de golpe la cabeza, parpadeó y abrió de par en par los ojos para espantar el sueño—. Gracias. Despertaré a mi amiga. Siempre tienen que hacer algo antes de llegar a los sitios.

—Yo no —dijo Kalila en voz alta y sin moverse—. Yo duermo hasta el último minuto.

—Pues perdona, pero yo no puedo. Fuerza mayor.

—Hombres… —dijo la agente de El Cairo quitando la cabeza del hombro de su compañero y volviéndose del otro lado en el asiento, apoyada contra la mampara—. No saben controlarse —añadió, todavía con los ojos cerrados.

—Volveré dentro de catorce minutos —dijo el oficial de vuelo de las Fuerzas Aéreas riendo por lo bajo.

Habían pasado dieciséis cuando el piloto habló por el intercomunicador.

—Luces a la vista. Abróchense los cinturones para aterrizar, por favor. —El helicóptero desaceleró y revoloteó sobre el suelo, donde los faros de dos automóviles, uno frente a otro, hacían las veces de balizas. Lentamente, descendió hasta posarse—. Salgan lo más rápidamente posible —añadió el piloto—. Tenemos que irnos de aquí a toda prisa, no sé si captan la indirecta.

Apenas habían bajado los peldaños de metal cuando el Cobra, con sus rotores atronando, se lanzó de nuevo al cielo nocturno. Giró, tableteó bañado por la luna del desierto entre un revuelo de arena, puso rumbo al norte y aceleró rápidamente, mientras el ruido iba perdiéndose en la oscuridad. El joven sultán de Omán apareció a la luz de los faros. Llevaba pantalones, y una camisa blanca abierta reemplazaba a la camiseta de los Patriotas de Nueva Inglaterra que llevara dieciséis meses antes, aquella primera noche en que se encontró con Evan en el desierto.

—Dejadme hablar primero, ¿de acuerdo? —dijo mientras se acercaban Kendrick y Rashad.

—De acuerdo —dijo Kendrick.

—Las primeras reacciones pueden no ser demasiado inteligentes, ¿entendido?

—Entendido.

—Pero se supone que yo sí lo soy, ¿estamos?

—Estamos.

—Además, la coherencia es algo propio de mentes pequeñas, ¿no es así?

—Dentro de unos límites razonables.

—No empecemos con tiquismiquis.

—Y tú no te hagas el abogado. De sobra sé en qué te licenciaste con Manny en Los Ángeles.

—Por qué tendría ese chalado israelí que…

—Al menos no has dicho judío.

—No podría. No me gusta cómo suena, como tampoco me gusta lo de «sucio árabe»… De todos modos, no llegué a licenciarme esa noche. No entramos.

—¿Qué quieres decir, Ahmat?

El joven soberano respiró hondo y habló rápidamente.

—Sé ya toda la historia y me siento como un maldito idiota.

—¿Toda la historia?

—Todo. Esa gente de Inver Brass, los bandidos de Bollinger, el bastardo de Hamendi, a quien mis reales hermanos saudies de Riyad deberían haber ejecutado nada más cogerlo todo. Y debería haber sabido que eras incapaz de hacer lo que creí que habías hecho. Lo del «comando Kendrick» contra el infame árabe no es propio de ti, nunca lo fue. Lo siento, Evan.

Ahmat se acercó y abrazó al congresista del distrito noveno de Colorado.

—Vais a hacerme llorar —dijo Kalila, sonriendo ante lo que veía.

—¡Tú, la tigresa de El Cairo! —exclamó el sultán, soltando a Kendrick y abrazando a Rashad—. ¿Sabes? Tuvimos una niña. Medio americana medio omaní. ¿Te suena?

—Lo sé. No me permitieron hablar contigo…

—Lo comprendimos.

—Pero me emocionó. Le habéis puesto Kalila.

—De no ser por ti, Kalila Primera, no habría Kalila Segunda. Y ahora vámonos. —Mientras echaba a andar hacia la limusina, el sultán se volvió a Evan—. Pareces muy en forma para alguien que ha pasado lo que tú.

—Me curo muy de prisa para mi edad. Dime una cosa, Ahmat. ¿Quién te contó toda la historia?

—Un tipo llamado Payton, Mitchell Payton, de la CIA. Vuestro presidente Jennings me telefoneó y me dijo que recibiría una llamada de ese Payton y que me rogaba la aceptase, que era urgente. Por cierto que Jennings es un tipo encantador, ¿no? Aunque no estoy seguro de que supiese todo lo que me contó Payton.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, tengo esa impresión. —El joven sultán, de pie junto a la portezuela del coche, miró a Evan—. Si puedes conseguirlo, amigo mío —dijo— harás más por Oriente Medio y por nosotros los del Golfo que todos los diplomáticos de diez Naciones Unidas.

—Vamos a conseguirlo. Pero solo podrá ser con tu ayuda.

—La tendréis.

Ben-Ami y el llamado en clave Azul bajaron por una calleja hasta el bazar de Al Kabir, buscando un local con terraza al aire libre que servía café por la noche. Llevaban trajes de calle oscuros, como convenía a sus visados bareiníes, que aseguraban que eran ejecutivos de la sucursal del Banco de Inglaterra en Manama. Dieron con el café, se abrieron paso por entre la gente y los puestos y se sentaron a la mesa vacía más cercana a la calle, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Tres minutos más tarde se les unió un hombre alto, con *roga* y tocado árabes.

—¿Han pedido café? —preguntó Kendrick.

—No ha venido nadie por aquí —dijo Ben-Ami—. Es una noche muy ajetreada. ¿Cómo está, congresista?

—Llámeme Evan, o mejor todavía Amal. Estoy aquí, lo que en cierto modo responde a su pregunta.

—¿Y Weingrass?

—Me temo que no muy bien. Hola, Azul.

—Hola —dijo el joven, mirando fijamente a Kendrick.

—Parece usted todo un hombre de negocios; lo encuentro muy poco militar con esa ropa. No creo que lo hubiese reconocido de no haber sabido que iba a estar aquí.

—Ya no soy militar. Tuve que dejar la Brigada.

—Lo echarán de menos.

—Soy yo quien la echa de menos, pero mis heridas no curaron bien; cosa de tendones, me dicen. Azra era un buen luchador, un buen comando.

—¿Todavía ese odio?

—No es odio lo que hay en mi voz. Rabia sí, por muchas cosas, pero no odio por el hombre al que tuve que matar.

—¿Qué hace ahora?

—Trabajo para el gobierno.

—Para nosotros —intervino Ben-Ami—. Para el Mossad.

—Hablando de ello, Ahmat les pide disculpas por no alojarlos en palacio.

—¿Está loco? Solo necesitaba tener a miembros del Mossad en su casa. Tampoco a nosotros nos haría mucho bien si alguien lo descubriese.

—¿Hasta dónde le contó Manny?

—Con su bocaza, ¿qué no me contaría? Llamó también después de salir usted de Estados Unidos con más información que Azul podría utilizar.

—¿Azul? Y a propósito, ¿no tiene otro nombre?

—Con todos los respetos, para un norteamericano, no. Por consideración a ambos.

—Está bien, lo acepto. ¿Qué dijo Weingrass que pudiese usted utilizar, y cómo?

El joven se inclinó sobre la mesa. Ahora tenían todos las cabezas más juntas.

—Nos dio la cifra de cincuenta millones…

—¡Una maniobra muy brillante! —le interrumpió Ben-Ami—. Y ni por un momento creo que se le ocurriese a Manny.

—Bueno, puede que sí. En realidad, el banco no tenía elección. Washington hizo mucha fuerza. ¿Qué hay de los cincuenta millones?

—Yemen del Sur —respondió Azul.

—No comprendo.

—Cincuenta millones es una cantidad muy grande —dijo el exjefe de la brigada Masada—, pero las hay mayores, sobre todo cuando se suman: Irán, Iraq, etcétera, de modo que debemos competir con gente que tiene la bolsa bien repleta. En consecuencia, Yemen del Sur. Es terrorista y pobre, pero está lejos, resulta casi inaccesible, emparedado entre el golfo de Adén y el mar Rojo, lo que lo hace importante estratégicamente para otras organizaciones terroristas sostenidas por fuentes mucho más acaudaladas. Constantemente andan buscando terrenos, campos de entrenamiento secretos donde preparar a sus fuerzas para poder extender su veneno. La Bekaa sufre continuas infiltraciones, y con Gadafi ya no quieren nada. Está loco, no se puede confiar en él, y cualquier día lo derrocan.

—Debería decirle —volvió a interrumpir Ben-Ami— que Azul ha resultado ser uno de nuestros mejores expertos en antiterrorismo.

—Estoy empezando a darme cuenta. Adelante, muchacho.

—No es usted mucho más viejo que yo.

—Unos veinte años, o cerca. Continúe.

—Su idea, tal como yo la entiendo, es hacer que cargamentos aéreos de armas y municiones de los suministradores de Hamendi en toda Europa y América pasen por Mascate, donde se supone que oficiales corrompidos harán la vista gorda y los dejarán seguir al Líbano y el valle de la Bekaa. ¿Es así?

—Sí; y a medida que llegue cada avión de carga lo sabotearán los guardias del sultán, disfrazados de palestinos que comprueban los envíos por los que han pagado a Hamendi, mientras las tripulaciones están en cuarentena. Cada avión carga unas sesenta o setenta cajas, que serán abiertas por equipos de diez hombres por aparato y regadas con ácido corrosivo. No tardarán más de quince a veinte minutos; es un tiempo aceptable y se hará bajo un control total. La guarnición de Mascate acordonará la zona y solo permitirá entrar a nuestra gente.

—Ingenioso —dijo Azul—, pero creo que se trata de una maniobra demasiado aleatoria y expuesta a riesgos. Los pilotos se resisten a separarse de sus aviones en esta parte del mundo, y los descargadores, en gran parte matones con fuertes espaldas

y sin cabeza, armarán jaleo cuando se vean sustituidos por extraños. Y huelen lo oficial a cien leguas, créame… ¿Por qué no convencer a los jefes más importantes del valle de la Bekaa de que vayan a Yemen del Sur con sus veteranos?

—Puede decírseles que se trata de un nuevo movimiento financiado por enemigos de Israel, que abundan. Dígales que hay un anticipo de cincuenta millones en armas y equipo para entrenar a sus tropas y enviarlas a Gaza y a los Altos del Golán, y habrá más si hace falta. Será algo irresistible para esos locos. Y, en vez de muchos envíos por avión, un barco, que saldrá cargado de Baréin y seguirá hacia el sur a lo largo de la costa, camino del puerto de Nishtun, en Yemen del Sur.

—¿Dónde ocurrirá… algo? —preguntó Kendrick.

—Yo diría que en las aguas al oeste de Ras al Hadd.

—¿Y qué será?

—Piratas. Una vez apoderados del barco, tendrían dos días en el mar para hacer lo que deben de manera mucho más sutil y completa que en la zona de carga de un aeropuerto, donde, sin duda, Hamendi puede situar gente suya.

Llegó presuroso un camarero, gimoteando disculpas y maldiciendo al gentío. Ben-Ami pidió café de cardamomo, mientras Kendrick estudiaba al joven antiterrorista israelí.

—Dice usted «una vez apoderados», pero suponga que no hay tal cosa, que algo va mal; por ejemplo, que nuestros secuestradores no consigan apoderarse del barco, o que alguien consigue enviar a Baréin un mensaje con una sola palabra: «Piratas»… Las armas seguirán su camino indemnes y Hamendi se irá libre y con más millones en el bolsillo. Estaremos arriesgando demasiado a cambio de muy poco.

—Arriesgan más en el aeropuerto de Mascate —susurró enfáticamente Azul—. Hágame caso. Usted volvió solo por unos días hace año y medio. No ha estado aquí desde hace años y no sabe en lo que se han convertido los aeropuertos. ¡Son focos de corrupción! ¿Quién está metiendo de contrabando esto o aquello? ¿A quién han sobornado y cómo puedo hacerle chantaje? ¿Por qué ha habido un cambio en los trámites? ¡Dígame, mi *astiga* árabe, o mi buen *freund* hebreo! Nada escapa a los ojos de los chacales en busca de dinero, y esa información lo vale. Apoderarse de un barco en alta mar supone el menor riesgo con el máximo beneficio; créame.

—Es usted convincente.

—Tiene razón —terció Ben-Ami mientras se acercaban los cafés—. *Shukren* —dijo el agente del Mossad, dando las gracias y pagando al camarero, que salió corriendo hacia otra mesa—. Por supuesto, la decisión le corresponde a usted, Amal Bahrudi.

—¿Dónde encontraremos a esos piratas? —preguntó Evan—. Si es que se les puede encontrar y son aceptables.

—Como estaba convencido de la viabilidad de mi proyecto —dijo Azul, con los ojos rígidamente fijos en la cara de Kendrick, que entraba y salía de las sombras que producía la gente al pasar—, hablé de la posibilidad de esa misión a mis antiguos

camaradas de la Masada. Conseguí más voluntarios de los que podía contar. Tanto como usted odiaba al Mahdí odiamos nosotros a Abdel Hamendi, que suministra las balas que matan a nuestro pueblo. Elegí a seis hombres.

—¿Solo seis?

—Esta operación no debe ser únicamente israelí. Hablé con otros seis que conocía en Cisjordania, palestinos tan hartos de los Hamendi de este mundo como yo. Juntos formaremos una unidad, pero no basta. Necesitamos otros seis.

—¿De dónde?

—Del país árabe que es nuestro anfitrión y está dispuesto de la mejor gana y a sabiendas a acabar con Abdel Hamendi. ¿Puede su sultán proporcionárnoslos de su guardia personal?

—La mayoría son parientes suyos; primos, creo.

—Eso ayuda.

La compra ilegal de armamento en el mercado internacional es algo relativamente sencillo, lo que explica que, desde Washington hasta Beirut, pueda estar en manos de gente de tan poca talla. Básicamente, hay tres requisitos previos. El primero es el acceso inmediato a fondos secretos e imposibles de rastrear. El segundo, el nombre de un intermediario, que suele ser suministrado durante un almuerzo —nunca por teléfono— por algún importante ejecutivo de una empresa fabricante de armas o un miembro sobornable de una organización de Inteligencia. Este intermediario de ocasión será el que hable con el verdadero, con el fijo, quien coordinará la operación y se ocupará de conseguir los certificados de último destino. En Estados Unidos esto significa simplemente que se conceden licencias de exportación para armamentos destinados a naciones amigas; basta desviarlos a medio camino. El tercer requisito previo debería ser el más fácil, pero suele resultar el más difícil a causa de la extraordinaria variedad y complejidad de la mercancía. Consiste en la preparación de la lista de las armas y el equipo auxiliar que se quieren comprar. Al parecer hay pocas personas que puedan ponerse de acuerdo sobre la capacidad mortífera y la eficacia de uno de esos inventarios, y durante los acalorados debates sobre tales decisiones se han perdido no pocas vidas, pues los compradores son dados a los arrebatos de histeria.

Por eso las dotes de gestión del joven Azul fueron muy útiles en cuanto al tiempo y los detalles. Los agentes del Mossad en el valle de la Bekaa proporcionaron una lista de las mercancías más en boga en ese momento, entre ellas las acostumbradas cajas de armas de repetición, granadas de mano, explosivos con espoletas dotadas de mecanismos de relojería, lanchas de desembarco negras, equipos de submarinismo y demolición subacuática de largo alcance y todo un surtido de materiales para entrenamiento y salto, tales como garfios de escalada, cuerdas y escalas de cuerda, prismáticos de rayos infrarrojos, morteros electrónicos, lanzallamas y cohetes tierra-

aire. Era un inventario impresionante, que se tragaba aproximadamente dieciocho millones de los aproximadamente veintiséis que uno podía comprar a un traficante de armas por cincuenta millones de dólares, teniendo en cuenta que los fluctuantes tipos de cambio lo eran siempre a favor del traficante. Por eso Azul añadió tres pequeños tanques chinos, bajo la etiqueta técnica de «defensa posicional», y la lista quedó completa; no solo completa sino de lo más verosímil.

El desconocido agente de control sin rastro ni pasado, es decir, un tal Ben-Ami, ahora vestido con sus queridos vaqueros de Ralph Lauren, operaba desde la casa franca del Mossad cercana al cementerio portugués del Jobal Sa'ali, y tuvo que contenerse cuando resultó que el intermediario de Abdel Hamendi era un israelí de Bet Shemesh. Disimuló su desprecio y negoció la enorme compra, sabiendo que habría una muerte en Bet Shemesh si unos y otros sobrevivían.

Las dos unidades de seis comandos llegaron de noche, una tras otra, al desierto de Jabal Sham, alumbrado por faros que guiaron a los dos helicópteros hasta sus lugares de aterrizaje. El sultán de Omán saludó a los voluntarios y los presentó a sus camaradas, seis guardias personales altamente adiestrados de la guarnición de Mascate. Dieciocho hombres —palestinos, israelíes y omaníes— unieron sus manos en un objetivo común: muerte al traficante de muerte.

El entrenamiento comenzó a la mañana siguiente más allá de los bajíos de Al Ashkarah, en el mar Arábigo.

Muerte al traficante de muerte.

Adrienne Kalila Rashad entró en el despacho de Ahmat acunando en sus brazos a la pequeña llamada también Kalila. La acompañaba la madre de la criatura, Roberta Yamenni, de New Bedford, Massachusetts, conocida entre la élite de Omán como Bobbie.

—¡Es muy guapa! —exclamó la agente de El Cairo.

—Tenía que serlo —dijo el padre desde detrás de la mesa, con Evan Kendrick en una silla a su lado—. Tiene que estar a la altura de su nombre.

—Tonterías.

—No desde donde yo estoy sentado —dijo el congresista norteamericano.

—Tú eres un oso con exceso de temperamento.

—Además, me marcho esta noche.

—Y yo —añadió el sultán de Omán.

—No puedes…

—¡No puedes!

Ambas mujeres habían gritado al unísono.

—¿Qué vas a hacer? —chilló la esposa del sultán.

—Lo que deseo —replicó con calma Ahmat—. En esferas que son de prerrogativa real no necesito consultar con nadie.

—¡Eso son bobadas!

—Lo sé, pero dan resultado.

El entrenamiento concluyó al cabo de siete días; al octavo, veintidós pasajeros subieron a un bou frente a la costa de Ras al Hadd, con su equipo estibado debajo de las bordas. Al noveno día, cuando se ponía el sol en el mar Arábigo, apareció en el radar el carguero de Baréin. Se hizo de noche, y el bou puso rumbo al sur, hacia las coordenadas del punto de intersección.

Muerte al traficante de muerte.

46

El carguero cabeceaba en el oscuro mar, donde su proa se alzaba y caía como un furioso depredador en busca de presas. El bou de Ras al Hadd se detuvo media milla a estribor del barco que se aproximaba. Bajaron por la borda dos grandes lanchas, la primera con doce hombres, la otra con diez y una mujer. Kalila Rashad iba entre Evan Kendrick y el joven sultán de Omán.

Embutidos en trajes de buceo, con los rostros oscurecidos apenas visibles dentro de los cascos de goma negra y ajustada, llevaban, además de las mochilas de lona a la espalda y las armas a prueba de humedad sujetas a sus cinturones, grandes ventosas circulares en rodillas y antebrazos. Las dos lanchas avanzaron cabeceando una al costado de la otra en medio de la oscuridad del mar, mientras el carguero seguía su ruta. Después, con la gran mole azul del navío alzándose sobre ellas, se situaron a sus costados, ahogado el rumor de sus motores por el golpear de las olas. Uno a uno, los «piratas» adhirieron sus ventosas al casco, y cada uno comprobó si su compañero de la izquierda estaba seguro. Todos lo estaban.

Lentamente, como un enjambre de hormigas trepando por una sucia lata en medio de la basura, la tropa de Omán llegó hasta lo alto del casco, hasta las bordas, donde soltaron las ventosas y las dejaron caer al mar.

—¿Estás bien? —susurró Kalila junto a Evan.

—¿Bien? —protestó Kendrick—. Tengo los brazos muertos, y creo que mis piernas están ahí abajo, en el agua; prefiero no mirar.

—O sea que estás bien.

—¿Y tú vives de hacer cosas así?

—No muy a menudo. Además, las he hecho peores.

—Estáis todos locos.

—No fui yo quien se metió en un encierro lleno de terroristas. ¡Eso sí que es de locos!

—¡Chist! —ordenó Ahmat Yamenni, sultán de Omán, a la derecha de Rashad—. Los equipos van a entrar en acción. Permaneced callados.

Los palestinos redujeron a los hombres medio dormidos que estaban de guardia, mientras los israelíes llegaban a la cubierta superior y capturaban a cinco marineros que bebían vino, sentados junto a una mampara. Dado que estaban en aguas del golfo de Omán, fueron los omaníes quienes subieron al puente para informar al capitán de que el barco quedaba bajo su control por orden real y que debía mantener el rumbo. Reunieron a la tripulación y los cachearon; les quitaron cuchillos y pistolas, y a continuación fueron confinados en sus alojamientos, donde hacían guardia en turnos de tres, un omaní, un palestino y un israelí. El capitán, un fatalista demacrado y con una barba incipiente, aceptó los hechos encogiéndose de hombros, y no ofreció resistencia ni protestó. Siguió al timón, y tan solo pidió que el primero y el segundo pilotos lo relevasen a las horas de costumbre. Le fue concedido, y su comentario vino

a resumir lo filosófico de su reacción.

—Árabes y judíos juntos y dedicados a la piratería. El mundo está algo más loco de lo que yo creía.

Pero la mayor sorpresa fue el radiotelegrafista. Se acercaron cautelosamente a la sala de comunicaciones, con Kalila al frente, dos miembros de la brigada Masada y Evan Kendrick. A una señal suya abrieron de golpe la puerta y apuntaron con sus armas al ocupante. El radiotelegrafista sacó una pequeña bandera israelí de su bolsillo y sonrió:

—¿Cómo está Manny Weingrass?

—¡Santo Dios! —fue la única respuesta que el congresista de Colorado pudo articular.

—Era de esperar —dijo Kalila.

Durante los dos días de navegación hacia el puerto de Nishtun, las tropas de Omán trabajaban por turnos durante el día en la bodega del buque mercante. Fueron minuciosos, ya que cada hombre sabía la mercancía que se traía entre manos y efectivamente la destruyeron. Los embalajes fueron sellados de nuevo sin dejar ninguna señal de sabotaje. Solo volvieron a embalar cuidadosamente las armas y el equipo exactamente como si hubiera salido todo de las cadenas de montaje de todo el mundo y lo hubiera reunido allí Abdel Hamendi, el vendedor de muerte. Al alba del tercer día, el buque atracó en el puerto de Nishtun, en el Yemen del Sur. Los «piratas» del West Bank, de Omán y de la brigada Masada, así como los agentes femeninos de El Cairo y el congresista de Colorado, se cambiaron de ropa poniéndose la que llevaban en las mochilas. Medio árabes, medio occidentales, llevaban prendas deterioradas de marino mercante irregularmente empleado luchando por sobrevivir en un mundo injusto. Cinco palestinos que se hacían pasar por descargadores de Baréin estaban dispuestos en la plancha que de un momento a otro iba a descender. El resto miraba impasiblemente desde la bodega a la multitud que se reunía en el enorme muelle en el centro de la bahía. La histeria imperaba por doquier. El barco era un símbolo de liberación para los ricos y poderosos, en cualquier lugar creían que los luchadores altivos y sacrificados del Yemen del Sur eran *importantes*. Aquello parecía un auténtico carnaval de la revancha, con el que colectivamente podían no estar de acuerdo, pero todo se volvían bocas frenéticas que debajo de ojos febriles lanzaban gritos de violencia. El barco atracó, y el griterío en el muelle se hizo ensordecedor.

Miembros escogidos de la tripulación, bajo la mirada y las armas vigilantes de la fuerza omaní, fueron puestos a trabajar en la maquinaria con la que estaban tan familiarizados, y empezó la descarga. Mientras las grúas sacaban pilas de cajas de la bodega y las llevaban por encima de la borda hasta la zona de carga, violentas ovaciones saludaban cada entrega. Dos horas después, la descarga concluyó con la

aparición de los tres pequeños tanques chinos; y si las cajas habían provocado el frenesí de la gente, los tanques fueron ya la locura. Soldados con andrajosos uniformes tuvieron que contener a sus paisanos para que no se subiesen en enjambre a los vehículos blindados. También aquellos eran símbolos de la gran importancia que les concedía… alguien.

—¡Fíjate! —exclamó Kendrick, cogiendo por el brazo a Ahmat y con la mirada fija en el inicio del muelle—. ¡Mira!

—¿Dónde?

—¡Ya lo veo! —intervino Kálila, en pantalones y con el pelo recogido bajo un sombrero de pescador griego—. ¡Dios mío, no puedo creerlo! ¿Es él, verdad?

—¿Quién? —preguntó, furioso, el joven sultán.

—Hamendi —dijo Evan, señalando a un hombre vestido con un traje de seda blanca y rodeado por otros de uniforme o con ropas árabes. El cortejo continuó hasta el muelle, mientras les abrían camino los soldados.

—Lleva el mismo traje que en una de las fotos del apartamento de los Vanvlanderen —añadió Rashad.

—Estoy seguro de que los tiene por docenas —comentó Kendrick—. Y también de que cree que le dan un aire de pureza celestial. Tengo que decir en su favor que hace falta tenerlos bien puestos para dejar su campamento armado de los Alpes y venir aquí, a solo unas pocas horas de Riyad en avión.

—¿Por qué? —dijo Ahmat—. Está protegido. Los saudíes no se atreverían a inflamar a esos locos intentando algo al otro lado de la frontera.

—Además —apostilló Kalila—, Hamendi huele más millones en el sitio de donde vino este barco. Está asegurándose el terreno y eso merece correr algún riesgo.

—Sé lo que está haciendo —dijo Evan, hablando con Kalila pero sin dejar de mirar al joven sultán—. «Los saudíes no se atreverían» —continuó, repitiendo las palabras de Ahmat—. Los *ornantes* no se atreverían…

—Hay razones muy plausibles para no meterse en nada que tenga que ver con los fanáticos y dejarlos que se hundan en su propia ciénaga —respondió el sultán, a la defensiva.

—La cuestión no es esa.

—¿Entonces cuál es?

—Contamos con que cuando toda esa gente, en especial los jefes del valle de la Bekaa, descubran que la mayor parte de lo que han comprado es chatarra, acusarán a Hamendi de haberles robado cincuenta millones de dólares. Eso lo convierte en un paria, en un árabe capaz de traicionar a sus hermanos por dinero.

—Y correrá la voz como los halcones en el viento, hubiese dicho mi pueblo hace tan solo un par de décadas. Por lo que sé de la Bekaa, mandarán docenas de comandos a darle muerte, no solo por el dinero, sino porque se ha burlado de ellos.

—Ese es el caso óptimo —dijo Kendrick—. Es lo que esperamos, pero ese hombre ha ganado millones en todo el mundo y hay miles de sitios donde puede

ocultarse.

—¿Qué pretendes decirnos, Evan? —preguntó Kalila.

—Que tal vez podamos adelantar el horario y, con un poco de suerte, asegurar ese óptimo.

—Habla inglés, no latín.

—Lo de ahí abajo es un verdadero circo. Los soldados apenas pueden contener a la gente. Solo hace falta iniciar un movimiento, que la gente empiece a gritar, a cantar, a rugir *Farjunna! Farjunna!*

—¡Enseñádnoslo! —tradujo Ahmat.

—Un par de cajas que se abren, fusiles que se alzan en triunfo… Enseguida dan con la munición y la reparten.

—Y esos locos empiezan a disparar al cielo —completó Kalila—, pero no suena nada.

—Entonces abren otras cajas —continuó el sultán, uniéndose al entusiasmo compartido: equipo deshecho, balsas salvavidas rajadas, lanzallamas que fallan… ¡Y Hamendi ahí…! ¿Cómo podemos bajar?

—Tú no puedes, ninguno de vosotros —dijo con firmeza Kendrick, haciendo seña a uno de los miembros del equipo de la Masada. El hombre se acercó y Evan continuó rápidamente, sin dar a Ahmat ni a Rashad oportunidad de hablar, mientras lo miraban asombrados—. ¿Sabes quién soy, no? —preguntó al israelí.

—Se supone que no, pero claro que lo sé.

—Se me considera el jefe de toda esta unidad, ¿no es así?

—Sí, pero agradezco que haya otros…

—¡No tiene importancia! ¡Yo soy el jefe!

—De acuerdo; usted es el jefe.

—Quiero que estas dos personas sean puestas inmediatamente bajo arresto en un camarote.

Las protestas del sultán y de Kalila fueron ahogadas por la reacción del israelí.

—¿Has perdido la cabeza? Ese hombre es…

—No me importa si es el mismísimo Mahoma y ella Cleopatra. ¡Enciérralos!

Evan se alejó corriendo hacia la plancha y la multitud histérica reunida abajo, en el muelle.

Kendrick encontró al primero de los cinco «descargadores» palestinos y lo apartó de un grupo de soldados y civiles que gritaban alrededor de uno de los tanques chinos. Le habló rápidamente al oído, y el árabe afirmó con la cabeza, señaló hacia uno de sus compañeros que estaba entre el gentío e hizo gestos de que hablaría con los demás.

Al poco rato corrían todos a lo largo del muelle yendo de un grupo a otro sin dejar de chillar a voz en cuello, repitiendo el mensaje hasta que su grito febril era aceptado

como la orden que pretendía ser. Fue una gran ola que recorrió aquel mar humano, hasta que las mil voces dispares fueron concertándose:

—*Farjunna! Farjunna! Farjunna!*

La muchedumbre se congregó en masa en la zona de carga, y el pequeño cortejo elitista en el que Abdel Hamendi era el centro de atención fue literalmente barrido al interior de las enormes puertas del almacén ruinoso que se alzaba al final del muelle. Se gritaron disculpas, aceptadas con falsa benevolencia por el traficante de armas, que se diría había venido a una parte de la ciudad que no debía y no veía la hora de salir de allí, lo que hubiera hecho ya a no ser por el beneficio que podía reportarle el quedarse.

—Por aquí —gritó una voz que Evan conocía de sobra. ¡Kalila! Y junto a ella estaba Ahmat, ambos luchando para no ser arrastrados por la tumultuosa y frenética multitud.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? —rugió Kendrick yendo a reunirse con ellos, entre los empujones de quienes lo rodeaban.

—Señor congresista —dijo imperiosamente el sultán de Omán—, puedes ser el jefe de la unidad, cosa muy discutible, pero el barco lo mando yo. ¡Fueron mis tropas las que lo tomaron!

—¿Sabes lo que ocurrirá si esta pierde el sombrero o la camisa y esos lunáticos ven que es una mujer? ¿Y tienes idea del recibimiento que te harían si alguien tuviese la más leve sospecha de quién eres?

—¡A ver si os calláis! —gritó Rashad—. ¡Daos prisa! Los soldados pueden ser desbordados en cualquier momento y tenemos que asegurarnos de que todo marcha como queremos.

—¿Cómo? —gritó Evan.

—¡Las cajas! Los montones de la izquierda, los de las marcas rojas. Id delante de mí; yo no podría abrirme paso. Me agarraré de vuestro brazo.

—Es toda una concesión. ¡Vamos!

A fuerza de empujones entre el denso gentío en constante movimiento, se abrieron paso hasta un doble montón de cajas de lo menos tres metros de altura, sujeto por anchas tiras metálicas negro azabache. Un cordón de soldados a punto de ser presas del pánico, demasiado separados para enlazar sus brazos pero cogidos de la mano, formaban círculo en torno a la mortífera mercancía, manteniendo a raya a una muchedumbre cada vez más impaciente y colérica que ahora exigía —*Farjunna, Farjunna!*— que les mostrasen los suministros que les hablaban de su importancia.

—¡Ahí están los fusiles y ellos lo saben! —chilló Kendrick al oído de Rashad—. ¡Eso les vuelve locos!

—Claro que lo saben y claro que los vuelve locos. Fíjate en las marcas. —Las cajas de madera estaban llenas de una misma insignia estarcida: tres círculos concéntricos rojos—. Es el símbolo universal del blanco —explicó Kalila—, y significa armas. Fue idea de Azul; pensó que los terroristas viven del fusil y vendrían

como moscas a la miel.

—Conoce su nuevo oficio.

—¿Dónde está la munición? —preguntó Ahmat, sacando dos pequeñas herramientas de sus bolsillos.

—De eso se ocupan los de Cisjordania —le informó Rashad, encogiéndose bajo el asalto de los brazos que se agitaban a su alrededor—. Las cajas no llevan marcas, pero saben cuáles son y las abrirán. ¡Solo esperan por nosotros!

—¡Entonces, vamos! —gritó el joven sultán, dando a Evan una de las herramientas.

—¿Qué…?

—¡Alicates! Tenemos que cortar tantas tiras metálicas de las cajas como podamos para asegurarnos de que caen todas.

—¿Eh? Caerían lo mismo… ¡No importa! Hay que azuzar a esta banda de maníacos y romper el círculo. Más atrás, Ahmat, y tú ponte detrás de nosotros —dijo Kendrick a la agente de El Cairo, mientras repelía los furiosos brazos y puños, rodillas y pies que continuamente los martillaban desde todas partes—. ¡Cuando te haga una señal —continuó, gritando al sultán de Omán mientras se abrían paso por entre los frenéticos cuerpos que trataban de llegar a las cajas—, embiste la línea como si acabaras de firmar por los Patriotas!

—No, *ya shaikh* —chilló Ahmat—, como si acabase de firmar por Omán. ¡Son los enemigos de mi pueblo!

—¡*Ahora*! —rugió Kendrick, y tanto él como el musculoso soberano cargaron contra los que tenían enfrente, empujando con los hombros y los brazos extendidos a los terroristas que gritaban contra el círculo de soldados. ¡Y la línea se rompió! El asalto a las pilas de pesadas cajas fue total, y Evan y Ahmat surgieron de entre las piernas con anchos pantalones y los brazos que se agitaban como aspas y empezaron a trabajar furiosamente con sus alicates. Saltaron las ataduras, y las cajas se derrumbaron como si hubiesen explotado por dentro, precipitado su violento descenso por el peso y la fuerza de un centenar de asaltantes. Estallaban las tablas por todas partes, y donde no era así, manos enloquecidas las arrancaban. Después, como langostas hambrientas atacando las dulces hojas de los árboles, los terroristas de Yemen del Sur y del valle de la Bekaa gatearon por las cajas, arrancando las armas de sus marcos de plástico y lanzándolas a sus hermanos, mientras daban chillidos y cabalgaban las grandes cajas de cartón, que recordaban grotescos ataúdes.

Simultáneamente, el equipo palestino de Cisjordania arrojaba cajas de munición por todas partes y sobre la derrumbada y mortífera montaña de madera, suministrada por el traficante de muerte, Abdel Hamendi. Los fusiles eran surtidos, de todos tipos y tamaños, y una vez perdida la pista de sus embalajes no resultaba fácil identificarlos. Muchos no sabían qué cartuchos correspondían a cada arma, pero muchos otros, sobre todo los de la Bekaa, sí, e instruían a sus hermanos menos duchos de Yemen del Sur.

La primera metralleta disparada en triunfo desde lo alto de la pirámide mortífera voló la cara al que apretó el gatillo. Se dispararon otras, en medio de ruidos entrecortados por todas partes, y hubo centenares de gatillazos, pero también docenas de explosiones que se llevaron por delante cabezas, brazos y manos.

La histeria alimentó la histeria. Los terroristas arrojaban al suelo sus armas, atemorizados, mientras otros utilizaban las manos y cuantos instrumentos pudieron encontrar para abrir aquí y allá las cajas sin marcas. Y ocurrió lo que el joven sultán de Omán había predicho. El muelle se llenó de piezas de equipo, sacadas de las cajas o arrancadas de sus embalajes de plástico y desplegadas para que todos las viesen. A medida que iban examinándolas, la muchedumbre enloquecía aún más, pero ya no en son de triunfo sino presa de una furia animal. Había prismáticos de infrarrojos con las lentes aplastadas, escalas de cuerda con los peldaños cortados, rezones sin punta y botellas de oxígeno para buceo con agujeros en los cilindros; lanzallamas con las bocas aplastadas juntas, lo que garantizaba la incineración instantánea de quien los usase y la de cuantos se hallasen a menos de treinta metros; lanzadores de cohetes sin detonadores y también, como había previsto Ahmat, lanchas de desembarco sostenidas en alto para que se viesen los lugares donde las junturas habían sido desgarradas, todo lo cual provocó en la enloquecida muchedumbre paroxismos de rabia por la traición.

En medio del caos, Evan zigzagueó por entre los cuerpos histéricos hasta el almacén que había hacia la mitad del enorme muelle, se pegó a la pared y anduvo de lado hasta quedar apenas a un metro de las macizas puertas abiertas. Hamendi, con su traje blanco, estaba gritando en árabe que todo sería reemplazado y que morirían los enemigos suyos y de ellos que habían hecho aquello en los almacenes de Baréin. Sus protestas solo provocaban miradas suspicaces de aquellos a quienes iban dirigidas.

Entonces apareció un hombre vestido con un oscuro y conservador traje a rayas. Volvió la esquina del almacén y Kendrick se quedó helado. Era Crayton Grinell, abogado y presidente del consejo del gobierno fantasma. Pasada la primera conmoción, Evan se preguntó por qué estaba asombrado, e incluso sorprendido. ¿Adónde podía ir Grinell sino al corazón de la red internacional de traficantes de armas? Era su último refugio y el único seguro. El abogado habló un momento con Hamendi, quien se apresuró a traducir sus palabras, explicando que su socio había hablado ya con Baréin y se había enterado de todo. ¡Habían sido los judíos! Terroristas israelíes habían asaltado un almacén de la isla, matando a todos los hombres que lo vigilaban, y habían hecho aquella cosa terrible.

—¿Cómo pudo ocurrir? —preguntó un tipo fornido que llevaba el único uniforme revolucionario planchado, cubierto con no menos de una docena de condecoraciones —. Todos esos suministros estaban en sus cajas originales e incluso con las fundas intactas.

—¡Los judíos son a veces muy ingeniosos! —gritó Hamendi—. Lo sabéis tan bien como yo. ¡Voy a volver inmediatamente en avión para repetir el pedido y

enterarme de la verdad!

—Y entretanto, ¿qué hacemos nosotros? —preguntó el sin duda jefe del régimen revolucionario de Yemen del Sur—. ¿Qué les digo a nuestros hermanos del valle de la Bekaa? ¡Estamos deshonrados!

—Tendrás tu venganza y tus armas, puedes estar seguro. —Grinell volvió a hablar con el traficante, que tradujo—. Me informa mi socio de que nuestros permisos de radar solo estarán vigentes las próximas tres horas, con un enorme gasto por mi parte, puedo añadir, y debemos marcharnos inmediatamente.

—Devuélvenos nuestra dignidad, hermano, o daremos contigo y perderás la vida.

—Tenéis mi garantía de que ocurrirá lo primero y no habrá necesidad de lo segundo. Me marcho.

¡Iban a marcharse!, pensó Kendrick. ¡Maldita sea, iban a marcharse! Grinell había dictado a Hamendi aquellas untuosas palabras, y los dos iban a volar lejos de aquella locura y a seguir haciendo sus infames negocios como de costumbre. Había que detenerlos. ¡Tenía que actuar!

Mientras los dos traficantes salían rápidamente por las puertas del almacén y se perdían por la esquina del edificio, Evan corrió, como uno más de los terroristas histéricos, y se abrió paso hacia los dos hombres bien vestidos por entre la excitada muchedumbre del muelle. Estaba ya a pocos metros de Crayton Grinell. Extrajo su cuchillo de larga hoja de la funda del cinturón y se lanzó sobre el abogado norteamericano. Le pasó el brazo izquierdo en torno al cuello y le obligó a volverse, para enfrentarse a él cara a cara, a solo unos centímetros uno del otro.

—¡Usted! —exclamó Grinell.

—¡Esto es por un viejo que está muriéndose y millares de otros a los que has asesinado!

El cuchillo se hundió en el vientre del abogado, y Kendrick tiró de él hacia arriba, hasta el pecho. Grinell cayó sobre las tablas del muelle en medio de una multitud de terroristas paranoicos, que corrían de un lado para otro sin tener la menor idea de que acababan de matar a otro terrorista y que estaba caído bajo sus pies.

¡*Hamendi*! Había seguido huyendo, indiferente a la suerte corrida por su socio y atento únicamente a alcanzar el vehículo que lo llevaría hasta su avión para salir de Yemen del Sur cruzando fronteras hostiles. ¡No debía llegar! ¡Al traficante de muerte no podía permitírsele seguir traficando! Evan se abrió a trompazos una senda por entre los que corrían y gritaban, hasta llegar al principio del muelle. Había un amplio tramo ascendente de cemento que llegaba hasta un camino de tierra, donde aguardaba una limusina Zia rusa cuyo tubo de escape humeante indicaba que tenía el motor en marcha, esperando a los viajeros que huían. ¡Hamendi, con su chaqueta de seda blanca revoloteando tras él, estaba a pocos metros de conseguir fugarse! Kendrick echó mano de fuerzas que desafiaban incluso a su imaginación y subió a la carrera la rampa de cemento, con las piernas a punto de doblársele y que al fin se doblaron a unos metros del Zia, mientras Hamendi se acercaba a la portezuela. Caído en el suelo

y con su arma apenas afirmada entre sus manos temblorosas, disparó una vez, y otra, y otra.

Abdel Hamendi, rey de la corte de los traficantes de armas internacionales, se llevó la mano al cuello mientras se desplomaba.

¡Aquello no había terminado!, gritó una voz en la mente de Kendrick. ¡Había que hacer algo más! Se arrastró por la rampa de cemento hacia abajo, mientras sacaba el mapa que Azul había dado a todos para el caso de separación o de una posible huida. Arrancó un trozo, sacó un pequeño lápiz casi sin punta de otro bolsillo y escribió lo siguiente en árabe:

> *Hamendi el mentiroso ha muerto. Pronto morirán todos los traficantes, porque ha empezado la traición en todas partes, como habéis visto hoy con vuestros propios ojos. A todos los han pagado Israel y el Gran Satán norteamericano para vendernos armas defectuosas. A todos. Hablad con vuestros hermanos y decidles lo que os he dicho y lo que habéis presenciado. En adelante ya no habrá armas en las que se pueda confiar. Firmado por un amigo silencioso que lo sabe.*

Penosamente, como si se le hubiesen reproducido las heridas de la isla mexicana, Evan se puso en pie y corrió lo más de prisa que pudo hasta la multitud que gritaba todavía furiosa hacia las puertas del almacén. Fingiendo histéricas plegarias a Alá por la muerte de un hermano, se arrodilló frente al pequeño grupo de jefes, en el que ahora estaban también los del valle libanés de la Bekaa. Mientras se tendían manos para consolarlo, empujó el papel hacia ellos, y de pronto se incorporó gritando, salió corriendo del almacén y desapareció entre las muchedumbres que ahora gemían aquí y allá, arrodilladas junto a cadáveres mutilados. Lleno de pánico, oyó el ronco pitido de las sirenas del carguero, ¡la señal de partida! Se abrió camino hasta el lado más lejano del muelle, donde vio a Kalila y Ahmat junto a la plancha, gritando a los hombres de cubierta y, si eso era posible, todavía con más pánico que él.

—¿Dónde demonios has estado? —gritó Rashad mirándolo furiosa.

—¡Iban a conseguir escapar a fuerza de mentiras! —chilló Kendrick mientras Ahmat los empujaba hacia la plancha, que a una señal suya empezaron a retirar.

—¿Hamendi? —preguntó Kalila.

—Y Grinell.

—¿*Grinell*? —exclamó la agente de El Cairo mientras los tres avanzaban tambaleándose—. Pues claro que Grinell —añadió—. ¿Quién si no…?

—¡Eres un condenado loco, congresista! —rugió el joven sultán de Omán, todavía empujando a sus protegidos, ahora hacia la cubierta del barco, que se alejaba ya del muelle—. Treinta segundos más y te quedas ahí. ¡Esa gente iba a volverse contra nosotros en cualquier momento y no podía arriesgar las vidas de esos hombres!

—La verdad es que estás hecho un tío.

—Siempre hacemos lo que hay que hacer cuando nos toca. ¿Qué hay de Hamendi y ese otro?

—Los maté.

—Así, por las buenas… —dijo Ahmat, jadeante pero tranquilo.

—Todos hacemos lo que debemos cuando nos toca, alteza.

Gerald Bryce entró en el estudio computerizado de su casa de Georgetown y fue directamente al procesador. Se sentó frente a él y accionó el interruptor. Mientras se encendía la pantalla, tecleó una clave. Al momento respondieron las letras verdes.

```
Absoluta seguridad
No hay interceptaciones
Proceda
```

El joven y sorprendentemente apuesto experto sonrió y siguió tecleando.

```
Ya he leído todos los informes ultraconfidenciales que llegan a la CIA, en clave y solo para el modem de M. J. Payton. Resumiendo, lo que cuentan es increíble, y resultan ya visibles los efectos de la operación. Hasta hoy, apenas dos semanas después de los acontecimientos de Yemen del Sur, siete de los más destacados traficantes han sido asesinados, y se calcula que la afluencia de armas a Oriente Medio ha disminuido en un sesenta por ciento. Nuestro hombre es invencible. Combinado con la información previa que poseemos, esto hace que la Casa Blanca deba —repito, deba— escucharnos cuando queramos que se oiga nuestra voz. Por supuesto, haremos uso de esta prerrogativa con la máxima circunspección, pero nos corresponde ejercerla. Depende de nosotros el ejercerla. Porque, con independencia del resultado positivo o negativo, se han quebrantado leyes nacionales e internacionales, la administración está asociada directa e indirectamente con asesinatos, terrorismo, corrupción y crímenes contra la humanidad. Debe haber siempre por encima de la Casa Blanca un poder benévolo y desinteresado que le marque el rumbo, y el medio para tener ese poder es conocer los secretos mejor guardados de cada administración. En este aspecto estamos logrando cosas que nunca pudieron soñar quienes nos precedieron. Si hay un Dios, que él nos conceda que nosotros y nuestros sucesores seamos fieles a nuestras creencias. Últimamente me ha llamado la atención cuánto se parecen el sonido y la cadencia de Inver Brass a un término médico: intravenoso. Creo que es de lo más apropiado.
Estoy trabajando en algunos otros proyectos y le tendré al corriente.
```

En un barco que navegaba frente a Glorious Cay, en las Bahamas, un robusto negro estaba sentado en el opulento camarote de su yate Bertram atento al terminal de computadora que tenía enfrente, y sonrió ante las palabras que leía. Inver Brass estaba en buenas manos, manos jóvenes y capaces, de una enorme inteligencia unida a la honradez y el deseo de alcanzar la excelencia. Gideon Logan, que había pasado gran parte de su vida adulta y millonaria luchando por la mejora de su pueblo —hasta el punto de desaparecer durante tres años convertido en el silencioso e invisible *ombudsman* de Rhodesia durante su transformación en Zimbabwe—, notó el alivio que trae consigo la garantía de una sucesión excepcional y firme en los principios. El tiempo iba acabándose para él, como para Margaret Lowell y el viejo Jacob Mandel. Su condición mortal exigía que fuesen reemplazados, y aquel joven, aquel genio atractivo y honrado, elegiría a sus sucesores. La nación y el mundo irían mejor gracias a ellos.

El tiempo iba acabándose.

Gerald Bryce dio un sorbo a su vaso de madeira y volvió a su equipo. Estaba exultante por muchas razones, de las que no era la menor lo que llamaba su «hermandad de la brillantez». Lo extraordinario era el carácter tan normal de su inevitabilidad. Su hermandad era algo predeterminado, ineludible, pues tenía sus orígenes en algo que ocurría a diario: la unión de personas con intereses parecidos, intereses cuyas zonas más avanzadas exigían inteligencias superiores… y, seamos realistas, llenas de impaciencia ante una sociedad gobernada por mediocres. Una cosa llevaba siempre a la otra, de un modo oblicuo, pero no obstante inevitable.

Cuando el tiempo se lo permitía, Bryce daba conferencias y dirigía seminarios, en su condición de codiciado líder en el campo de la ciencia de las computadoras que tenía buen cuidado de no explorar en público las fronteras de sus conocimientos. Pero de vez en cuando aparecía esa persona extraordinaria que comprendía cuáles eran sus metas. En Londres, Estocolmo, París, Los Ángeles y Chicago, la Universidad de Chicago, esas pocas personas eran sometidas a un escrutinio superior a cuanto sus imaginaciones pudieran concebir, y hasta entonces había vuelto a hablar con cuatro de ellos. El nuevo Inver Brass empezaba a dibujarse en el horizonte. Con el más extraordinario de esos cuatro era con quien se disponía a hablar ahora.

Bryce marcó su clave, oprimió las teclas del *Addenda* y leyó lo que había en la pantalla.

```
Transmisión por satélite.
Mod-Sahalhuddin. Baréin.
Proceda.
```

47

Emmanuel Weingrass tenía sumidos en un mar de confusiones a los especialistas, sobre todo a los del Centro de Control de Enfermedades, en Atlanta. No es que se estuviese recobrando, que no era así, ni había cambios en el estado terminal de su infección viral. Sin embargo, no se notaba que empeorase; su ritmo de debilitamiento era mucho más lento de lo calculado. Los médicos se librarían mucho de decir que la enfermedad se había detenido; simplemente, no sabían qué pensar. Como dijo el patólogo de Denver: «Digamos que, en una escala de uno a menos diez —en la que menos diez sería el final—, el viejo está estancado en torno a menos seis y de ahí no baja».

—Pero el virus sigue ahí —dijo Kendrick mientras Kalila y él paseaban con el médico por los terrenos de la casa de Colorado, fuera del alcance del oído de Manny.

—Ahí sigue. Solo que no está incapacitándolo en el grado que debiera.

—Probablemente son los cigarrillos que se fuma y todo el *whisky* que roba —dijo Rashad.

—¡No es posible! —exclamó el patólogo, sorprendido y todavía más desconcertado.

Evan y Kalila lo confirmaron con resignados movimientos de cabeza.

—Es un superviviente muy rebelde —le explicó Kendrick—, y no he conocido a nadie con más sabiduría y más tretas en la cabeza. Además, dado que el pronóstico era que no iba a durar mucho, no hemos exagerado la vigilancia.

—Entienda, por favor, congresista, que no quiero darles falsas esperanzas. Se trata de un hombre de ochenta y seis años gravemente enfermo…

—¿Ochenta y seis? —exclamó Evan.

—¿No lo sabían?

—No. Nos dijo que tenía ochenta y uno.

—Estoy seguro de que él lo cree, o al menos se ha convencido a sí mismo. Es de los que, cuando llegan a los sesenta, al año siguiente cumplen cincuenta y cinco. No es que haya nada malo en ello, pero necesitábamos un historial médico completo, de modo que nos remontamos a cuando vivía en Nueva York. ¿Saben que a los treinta y dos años había tenido ya tres esposas?

—Estoy seguro de que todavía andan buscándolo.

—No; todas han muerto. Atlanta necesitaba también sus historias, posiblemente por complicaciones latentes relacionadas con la sexualidad.

—¿Hicieron también averiguaciones en Los Ángeles, París, Roma, Tel Aviv, Riyad y los Emiratos? —preguntó secamente Kalila.

—Es notable —dijo el patólogo suavemente pero con énfasis, como si su mente de médico estuviese sopesándolo, y quizá envidiándolo—. Bueno, debería marcharme ya. Debo estar en Denver a mediodía. Congresista, gracias por el reactor privado; me ha ahorrado un montón de tiempo.

—Qué menos, doctor. Aprecio mucho cuanto ha hecho, cuanto está haciendo.

El patólogo hizo una pausa, mirando a Evan.

—He dicho «congresista», señor Kendrick, y quizá debiera haber dicho «señor vicepresidente», como yo y la mayoría del país pensamos que debería ser. Le aseguro que si no figura usted en la candidatura no pienso votar, y puedo decirle que hablo por la mayoría de mis amigos y colegas.

—Esa no es una postura razonable, doctor. Además, la cuestión aún no está resuelta. Vamos; lo acompañaré al coche, Kalila. Vete a ver lo que hace nuestro sibarítico adolescente y asegúrate de que no se está bañando en leche agria, ¿quieres?

—Si lo está, ¿crees que voy a entrar…? Sí, claro que entraré. —Rashad estrechó la mano del patólogo de Denver—. Gracias por todo.

—Creeré que lo dice en serio si convence a este joven para que sea nuestro próximo vicepresidente.

—Le repito —dijo Kendrick mientras acompañaba al médico por el césped hacia la rampa circular— que esa cuestión se halla lejos de estar resuelta, doctor.

—¡Esa cuestión debería estar ya resuelta! —chilló Emmanuel Weingrass desde su diván en la galería, con el congresista y Kalila sentados en sus lugares de costumbre, de modo que el viejo arquitecto pudiese fulminarlos con la mirada—. ¿Qué pensáis? ¿Que todo ha terminado? ¿Que una vez eliminados Bollinger y sus ladrones fascistas nadie va a ocupar su puesto? ¿Sois tan estúpidos?

—Déjalo, Manny —dijo Evan—. Langford Jennings y yo disentimos en demasiadas cosas para que un presidente se sienta a gusto con alguien como yo pensando que puedo ser su sucesor, una idea que me asusta.

—¡Lang sabe todo eso!

—¿Lang?

El arquitecto se encogió de hombros.

—Bueno, no tardaréis en enteraros…

—¿No tardaremos en enterarnos de qué?

—Jennings se invitó a almorzar aquí hace una semana, cuando tú y mi encantadora hija estabais resolviendo asuntos en Washington. ¿Qué podía hacer yo? ¿Decir al presidente de Estados Unidos que no podía darle de comer?

—¡Mierda! —se encrespó Kendrick.

—Espera, cariño —le tranquilizó Kalila—. Estoy fascinada, realmente fascinada.

—¡Sigue, Manny! —aulló Evan.

—Bueno, hablamos de muchas cosas. No es un intelectual, lo admito, pero es listo y comprende los problemas en conjunto; es en eso en lo que es bueno, ya sabes.

—No lo sé; y ¿cómo te atreves a interceder por mí?

—Porque soy tu padre, estúpido ingrato. ¡El único que has conocido! Sin mí estarías todavía levantando edificios para los saudíes y preguntándote si podrías cubrir gastos. No hables de mí; tuviste suerte con que me atreviese; habla de tus obligaciones para con otros… Está bien, está bien, no podríamos haber hecho lo que

hicimos sin tus agallas, sin tu fuerza; pero estuve allí, de modo que escúchame.

Kendrick, exasperado, cerró los ojos y se recostó en el sofá. De repente, Kalila se dio cuenta de que Weingrass estaba haciéndole discretamente señas, moviendo los labios de un modo exagerado. No era difícil leer sus palabras silenciosas: *Es pura comedia. Sé lo que hago*. Solo pudo responder mirando desconcertada al viejo.

—Está bien, Manny —dijo Evan, abriendo los ojos y mirando al techo—. Puedes dejarlo ya. Te escucho.

—Eso está mejor —dijo Weingrass guiñando el ojo a la agente de El Cairo—. Puedes renunciar y ninguno tendrá derecho a decir o pensar nada malo porque te lo deben, y tú no debes nada a nadie. Pero te conozco, amigo, y el hombre que conozco tiene una vena de valor de la que siempre está intentando escapar sin lograrlo nunca, porque forma parte de él. En pocas palabras, resulta que no te gusta la gente indigna, exceptuando la presente y vieja compañía, y es bueno para este mundo *meshuga* que haya tipos como tú; ya hay demasiados de los otros. Sin embargo, veo un problema, y diré, resumiendo, que se trata de que no muchos de tu especie pueden hacer gran cosa, porque nadie los escucha. ¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Quiénes son esos tipos? ¿Alborotadores? ¿Soplones? ¿Agitadores insignificantes? De todos modos, es fácil deshacerse de ellos. Pierden empleos, sus ascensos se retrasan y, si son realmente serios, terminan en los tribunales, donde su vida entera es ensuciada, se ven cubiertos de basura que no tiene nada que ver con lo que los ha llevado allí por carísimos abogados con más trucos que Houdini; y si todo acaba con un «capítulo once», y generalmente sin mujer ni hijos, podría haber sido peor. Pudieron haberlos encontrado debajo de un camión, o en la vía del metro a la llegada del tren. En cambio a ti todo el mundo te escucha. Lee las encuestas; eres el primer cardenal del país, dando por sentado que Langford Jennings es el papa, y no hay picapleitos capaz de llevarte a los tribunales, y mucho menos el Congreso. A mi modo de ver tienes la posibilidad de hablar desde lo más alto con un montón de gente que espera allá abajo a que alguien la escuche. Lang se dará con un canto en los dientes si puede contar contigo…

—Otra vez Lang —masculló Kendrick.

—¡La culpa no es mía! Empecé como es debido, con un «señor presidente». Pregunta a las enfermeras, que en cuanto entró él no hacían más que pasar camino del cuarto de baño. Es todo un hombre, te lo digo yo. Sea como sea, después de echar un trago que él mismo se trajo del bar cuando las chicas estaban fuera, me dijo que yo resultaba reconfortante y que por qué no le llamaba Lang y me olvidaba del protocolo.

—Manny —interrumpió Kalila—, ¿por qué dijo el presidente que eras «reconfortante»?

—Bueno, durante nuestra charla le dije que ese edificio que están levantando en no sé qué avenida, vino en el *New York Times*, no estaba muy conseguido, y que no debiera haber felicitado en televisión a ese asno de arquitecto. Los puñeteros

enlucidos parecían *art decó* neoclásico, y, créeme, es una combinación que no resulta. Además, ¿qué diablos sabía él, un presidente, del coste por metro cuadrado, que calculan en aproximadamente un tercio de lo que en realidad va a ser? Lang lo está averiguando.

—Mierda —repitió Evan, en tono de derrota.

—Volviendo a lo que trato de decir —continuó Weingrass, de pronto muy serio mientras miraba fijamente a Kendrick y hacía una pausa para respirar hondo varias veces—, tal vez ya hayas hecho lo suficiente y debas renunciar y vivir feliz para siempre con mi hija árabe ganando todavía más dinero. El respeto del país, e incluso de gran parte del mundo, ya lo tienes. Pero quizá debas pensarlo. Puedes hacer lo que muy pocos pueden. En vez de ir detrás de la gente indigna, culpable de tanta corrupción y tanta pérdida de vidas humanas, tal vez puedas impedir que actúen, al menos algunos de ellos, quizá más que algunos, desde tu puesto en la cumbre. Lo único que te pido es que escuches a Jennings, que oigas lo que tiene que decirte.

Los ojos de ambos se encontraron, y padre e hijo se reconocieron al nivel más profundo de la relación que los unía.

—Le llamaré y le pediré una entrevista. ¿Te parece bien?

—No hace falta. Ya está arreglado.

—¿Qué?

—Estará mañana en Los Ángeles, en el Century Plaza, en una cena para recaudar fondos para unas becas que llevarán el nombre de su difunto secretario de Estado. Piensa llegar antes, y te espera en el hotel a las siete. Y a ti también, querida; insistió mucho.

Los dos hombres del Servicio Secreto que estaban en el pasillo, junto a la *suite* presidencial, reconocieron al congresista nada más verlo. Los saludaron con un movimiento de cabeza, a él y a Kalila, mientras el de la derecha se volvía y tocaba el timbre. Momentos después abría la puerta Langford Jennings, pálido y con oscuras ojeras de cansancio. Intentó lucir su famosa sonrisa, pero le fue imposible. Se limitó a sonreír amablemente al tenderles la mano.

—Hola, señorita Rashad. Es un placer y un privilegio conocerla. Por favor, pasen.

—Gracias, señor presidente.

—Me alegro de volver a verlo, Evan.

—Yo también, señor —dijo Kendrick, pensando mientras entraba que Jennings parecía más viejo.

—Siéntese, por favor. —El presidente precedió a sus invitados en la sala de estar de la *suite* y fue hacia dos sofás situados uno frente al otro, con una gran mesa redonda en medio—. Por favor —repitió, señalando el de la derecha mientras se dirigía al de la izquierda—. Me gusta ver personas atractivas. Supongo que mis detractores dirían que es otra prueba de mi superficialidad, pero Harry Truman dijo

en una ocasión: «Prefiero mirar a la cabeza de un caballo que a su culo», de modo que sigo en mis trece. Y perdone el lenguaje, señorita.

—No he oído nada que haya que perdonar.

—¿Cómo está Manny?

—No va a vencer, pero está peleando bien —respondió Evan—. Tengo entendido que lo visitó usted hace unas semanas.

—¿Hice algo malo?

—En absoluto, pero sí él al no decírmelo.

—Fue idea mía. Quería que tuviésemos, usted y yo, tiempo para pensar, y en mi caso debía saber más de usted que lo que había escrito en unos centenares de páginas de jerga oficial; de modo que acudí a la única fuente que considero sensata. Le pedí que no dijese nada hasta el otro día. Perdóneme.

—No hay por qué, señor.

—Weingrass es un gran tipo. Sabe que se está muriendo, no de qué, pero sí que se muere, y finge tratar esa muerte inminente como una estadística sobre una oferta de construcción. No creo que yo llegue a los ochenta y uno, pero si llego, espero tener su valor.

—Ochenta y seis —dijo Kendrick—. También yo creí que tenía ochenta y uno, pero ayer descubrimos que son ochenta y seis.

Langford Jennings se quedó mirando a Evan y después, como si el congresista acabase de contar un chiste divertidísimo, echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, por lo bajo pero con todas las ganas.

—¿Por qué le hace tanta gracia? Hace veinte años que lo conozco y nunca dijo la verdad sobre su edad, ni siquiera en los pasaportes.

—Eso coincide con algo que me dijo a mí —explicó el presidente, todavía riéndose—. No le aburriré con los detalles, pero me insinuó algo, y tenía toda la razón, de modo que le ofrecí un nombramiento. Entonces me dijo: «Lo siento, Lang, no puedo aceptarlo. No podría cargarle a usted con mi trabajo.»

—Es muy original, señor presidente —terció Kalila.

—Sí, rompieron el molde… —Jennings dejó la frase en el aire y se puso serio. Miró a Rashad—. Su tío Mitch le envía recuerdos.

—¿Cómo?

—Se fue hace una hora. Siento decirle que tuvo que volver a Washington, pero hablé con él ayer y se empeñó en venir a verme antes de que me reuniese con el congresista Kendrick.

—¿Por qué? —preguntó Evan, preocupado.

—Al fin me contó toda la historia de Inver Brass. Bueno, no toda, porque no lo sabemos todo. Con Winters y Varak muertos, probablemente nunca sabremos quién se apoderó del expediente de Omán, pero ya no importa. Inver Brass terminó.

—¿No se lo había contado antes?

Kendrick estaba asombrado, pero recordó a Ahmat cuando dijo que no estaba

seguro de que Jennings supiese todo lo que Payton le había contado a él.

—Se sinceró conmigo a la vez que me ofrecía su dimisión, que me apresuré a rechazar. Dijo que si yo hubiera sabido toda la historia podría haber echado por tierra el intento que se estaba haciendo en su nombre para que fuese usted mi compañero de candidatura. No lo sé; pude haberlo hecho, y desde luego me hubiera puesto furioso. Pero todo eso carece ya de importancia. Sé lo que quería saber, y usted no solo está en la salida sino que tiene asegurado el mandato, congresista.

—Señor presidente —protestó Evan—, se trata de una maniobra artificial…

—¿Qué demonios creía Sam Winters que estaba haciendo? —continuó Jennings, quitando la palabra a Kendrick—. Me tiene sin cuidado lo honrados que fuesen sus motivos; olvidó una lección de la historia que él más que nadie debería haber recordado. Siempre que un grupo «selecto» se considera por encima de la voluntad del pueblo y procede a manipular esa voluntad a escondidas, sin responsabilidad, pone en movimiento una máquina peligrosísima. Porque basta que un par de esos seres superiores, con ideas muy diferentes, alcancen a convencer a los demás, a reemplazarlos o a sobrevivirlos para que un país se vaya al garete. El altisonante Inver Brass de Sam Winters no era mejor que la tribu de truhanes del consejo de administración de Bollinger. Ambos querían que las cosas se hiciesen exclusivamente de un modo, el suyo.

Evan se disparó.

—Precisamente por esas razones. —Sonó el timbre de la *suite* presidencial, cuatro timbrazos cortos que no duraron más de medio segundo cada uno, y Jennings alzó la mano y miró a Kalila.

—Esto le gustaría a usted, señorita Rashad. Lo que acaba de oír es una clave.

—¿Una qué?

—Bueno, no es muy sutil, pero funciona. Me dice quién quiere entrar, y en este caso es uno de los más valiosos ayudantes de la Casa Blanca. ¡Pase!

Se abrió la puerta y entró Gerald Bryce, que cerró con firmeza tras de sí.

—Siento interrumpir, señor presidente, pero acabo de recibir noticias de Beijing y supuse que querría saber…

—Eso puede esperar, Gerry. Permítame presentarle…

—¿Joe…?

A Kendrick se le escapó el nombre mientras le venía a las mientes el recuerdo de un reactor militar rumbo a Cerdeña y un joven y apuesto especialista del Departamento de Estado.

—Hola, congresista —dijo Bryce, yendo hasta el sofá y estrechando la mano de Evan mientras hacía una inclinación de cabeza a Kalila—. Señorita Rashad…

—Es cierto —intervino Jennings—. Gerry me contó que le había dado instrucciones en el avión cuando fue a Omán. No quiero echarle flores estando él delante, pero Mitch Payton se lo robó a Frank Swann, el del Departamento de Estado, y yo se lo robé a Mitch. Es algo increíble cuando se trata de comunicaciones por

computadora y cómo mantenerlas en secreto. Si conseguimos librarlo de las secretarias, puede tener futuro.

—Es usted de una amabilidad embarazosa —dijo Bryce, muy en el papel de profesional eficiente—. Pero, en cuanto a Beijing, señor presidente, la respuesta es afirmativa. ¿Debo volver a confirmar su oferta?

—Es otra clave —explicó Jennings sonriente—. Yo les dije que iba a presionar en secreto a nuestros principales banqueros para que no fuesen demasiado codiciosos en Hong Kong y no se lo pusieran difícil a los bancos chinos cuando tenga lugar la transición del noventa y siete. Naturalmente, a cambio de…

—Señor presidente —le interrumpió Bryce, con la debida cortesía pero en tono de advertencia.

—Lo siento, Gerry. Ya sé que es alto secreto, solo para mí y todas esas cosas, pero espero que muy pronto no haya que ocultarle nada al congresista.

—A propósito, señor —continuó el experto en comunicaciones de la Casa Blanca, dedicando a Kendrick una mirada y una breve sonrisa—, en ausencia de su gabinete político aquí en Los Ángeles, he aprobado la declaración de renuncia que va a hacer el vicepresidente Bollinger esta noche. Coincide con lo que usted piensa.

—¿Quiere decir que va a pegarse un tiro ante las cámaras de televisión?

—No tanto, señor presidente; pero sí dice que piensa dedicar su vida a mejorar la suerte de los que pasan hambre en todo el mundo.

—Si sorprendo a ese alma caritativa robando aunque solo sea una pastilla de chocolate, va a pasar en Leavenworth el resto de su vida.

—Beijing, señor. ¿Debo confirmarlo?

—Desde luego; puede hacerlo, y añada mi gratitud. Los muy ladrones…

Bryce hizo una leve inclinación a Kendrick y a Kalila y salió, cerrando de nuevo firmemente tras de sí.

—¿Dónde estábamos?

—En Inver Brass —dijo Evan—. Me crearon y me lanzaron presentándome artificialmente como alguien que no soy. En tales condiciones, difícilmente podría decirse que mi nominación responde a la voluntad del pueblo. Es una charada.

—¿Usted?

—Ya sabe a qué me refiero. Ni lo busqué ni lo deseaba. Como ha dicho tan acertadamente, fui manipulado para entrar en la carrera y obligaron a todo el mundo a tragarme. Ni vencí ni me lo gané a través del proceso político.

Langford Jennings estudió a Kendrick. Su silencio fue a la vez reflexivo y cargado de tensión.

—Se equivoca, Evan —dijo al fin—. Sí se lo ganó. Y no hablo de Omán y Baréin, ni siquiera de Yemen del Sur; esos son simples actos de valor y sacrificio personal que han sido utilizados para llamar inicialmente la atención hacia usted. Es el equivalente de un héroe de guerra o un astronauta, y se trata de una palanca perfectamente legítima para impulsarlo al primer plano de la actualidad. El modo

como se hizo me gusta tan poco como a usted, porque se hizo en secreto y por hombres que quebrantaron las leyes, despilfarraron inconscientemente vidas y se ocultaron tras un telón de influencias. Pero fueron ellos, no usted. Usted se lo ganó en esta ciudad porque dijo cosas que era necesario decir y el país le escuchó. Nadie falsificó esas cintas de televisión ni puso esas palabras en su boca. ¿Y lo de aquellos debates? Hizo preguntas para las que no había respuestas legítimas, y un montón de burócratas acostumbrados a salirse con la suya todavía no saben de dónde les vino el golpe, solo que deben andarse con pies de plomo. Por último, y esto lo digo yo, Lang Jennings el de Idaho, salvó usted a la nación de mis cotizantes más entusiastas, mejor diríamos más fanáticos. Nos hubiesen llevado por un camino en el que no quiero ni pensar.

—Hubiera acabado descubriéndolos por sí mismo. En algún momento, en algún lugar, uno de ellos le hubiera sacado de quicio, le hubiese hecho reaccionar y los hubiera descubierto a todos. Vi cómo alguien trataba de presionarlo en el Despacho Oval y salió escaldado.

—Sí, Herb Dennison y aquella Medalla de la Libertad. —Por un instante volvió a aparecer la mundialmente famosa sonrisa del presidente—. Herb era duro pero inofensivo, y hacía un montón de cosas que a mí no me gusta hacer. Ahora se ha ido; se encargó de ello el Despacho Oval. Recibió una llamada de una antigua firma de Wall Street, una de esas en que todos son miembros de algún club inaccesible, en el que ni a usted ni a mí nos gustaría entrar, de modo que ha vuelto con los *money boys*. Al fin consiguió el grado de coronel que siempre deseó.

—¿Cómo? —se extrañó Kendrick.

—Nada, olvídelo. Seguridad Nacional, secreto de Estado y todas esas cosas.

—Entonces permítame dejar en claro lo que ambos sabemos, señor presidente. No estoy preparado.

—¿Preparado? ¿Quién hay en el mundo preparado para hacer mi trabajo? ¡Nadie!

—No estoy hablando de su cargo…

—Podría estarlo.

—Entonces me encuentro a años luz de hallarme preparado para eso. Nunca podría estarlo.

—Lo está ya.

—¿Qué?

—Escúcheme, Evan. No me engaño a mí mismo. Me doy perfecta cuenta de que no tengo ni la imaginación ni la capacidad intelectual de un Jefferson o de cualquiera de los Adams, ni las de un Madison, un Lincoln, un Wilson o un Hoover. Sí, he dicho Hoover, aquel hombre inteligente y tan calumniado. Tampoco las de un Roosevelt, un Truman o un Nixon; sí, Nixon, a quien le fallaba el carácter, no la visión geopolítica; ni las de un Kennedy, ni incluso las del muy inteligente Cárter, a quien le sobraban células cerebrales para ser un buen político. Pero nuestra época es diferente. Sustituya Acuario por *Telerio*, es decir, la era de la televisión, de la comunicación instantánea,

inmediata. Lo que tengo es la confianza del pueblo, porque me ven y me oyen. Contemplé a una nación sumida en la autocompasión y la derrota y me puse furioso. Churchill dijo una vez que la democracia puede tener muchos defectos, pero es el mejor sistema que ha concebido nunca el hombre. Yo así lo creo, y creo en todos esos tópicos que aseguran que Norteamérica es el país más grande, más fuerte y más lleno de buenas intenciones que hay en la faz de la tierra. Puede llamarme simplista, pero lo creo. Eso es lo que el pueblo ve y oye, y no nos va tan mal con ello. Todos reconocemos reflejos de nosotros mismos en los demás, y yo le he visto, le he escuchado, he leído todo lo que hay que decir sobre usted y he hablado largo y tendido con mi amigo Emmanuel Weingrass. En mi muy escéptica opinión, ese es el cargo que debe ocupar, incluso aunque no lo desee.

—Señor presidente —le interrumpió suavemente Kendrick—, aprecio todo lo que ha hecho por la nación, pero debo decirle que hay cosas en las que no estamos de acuerdo. Ha adoptado medidas que yo no puedo respaldar.

—¡Tampoco se lo pido…! Bueno, le agradecería que no dijese nada hasta que hable conmigo de esos problemas. Confío en usted, Evan, y no pienso desdecirme. Convénzame. Dígame en qué estoy equivocado, sin temor ni favor, ¡eso es lo que este condenado oficio necesita! Puedo dejarme llevar por el entusiasmo en algunas cosas y sé que necesito que alguien me frene. Pregúntele a mi mujer. Después de la última conferencia de prensa, hace dos meses, entré en la cocina, arriba, en la Casa Blanca, y esperaba que me felicitase. Pero me recibió con un: «¿Quién diablos te crees que eres? ¿Luis XIV, gobernando a fuerza de decretos? ¡Hablaste con tanto sentido como Bugs Bunny!» Y mi hija, que estaba de visita, dijo algo de regalarme una gramática para mi cumpleaños. Conozco mis limitaciones, Evan, pero sé también de lo que soy capaz cuando tengo por consejeros a los mejores. ¡Ya se libró usted de la basura! Ahora ¡adelante!

—Le repito que no estoy preparado.

—La gente cree que sí, y yo también. Por eso tiene la nominación en la mano. No se engañe a sí mismo; pueden haberle obligado a figurar en la candidatura, pero rechazarla seria una afrenta para millones de votantes; eso lo dejaron bien claro los de RP.

—¿RP? ¿Relaciones públicas? ¿Se trata de eso?

—Más de lo que a ninguno de nosotros nos gustaría; pero sí, en gran parte en eso consiste todo en estos tiempos. Negarlo sería negar la realidad. Y es mejor que seamos gente como usted y como yo y no un Gengis Khan o un Adolf Hitler. Más allá de nuestras diferencias, queremos salvar, no destruir.

Esta vez le tocó a Kendrick estudiar al presidente de Estados Unidos.

—Qué barbaridad. Es usted auténticamente cautivador.

—Es mi repertorio, señor vicepresidente —dijo sonriendo Jennings—. Eso y unas cuantas cosas en las que honradamente creo.

—No lo sé. De veras que no lo sé.

—Yo sí —intervino Kalila, cogiendo de la mano a Evan—. Creo que la agente Rashad debería dimitir de verdad.

—Y también algo más —dijo el presidente Langford Jennings arqueando las cejas —. Deberían casarse. Sería muy indecoroso para mi compañero de candidatura estar viviendo en pecado. ¿Se imaginan lo que harían todos esos santurrones que proporcionan tantos votos si se supiese su situación actual? Simplemente, no va con mi imagen.

—Señor presidente…

—¿Sí, señor vicepresidente?

—Cállese.

—De la mejor gana. Pero me gustaría añadir, para que conste, una nota aclaratoria. Por favor, que no sepa mi mujer que se lo he dicho. Después de divorciarnos, vivimos juntos doce años y tuvimos dos hijos. Contraje el lazo proverbial en México tres semanas antes de la convención y puse una fecha anterior. Se trata de un secreto de Estado.

—Jamás diré una palabra de ello, señor presidente.

—Lo sé. Confío en usted y le necesito. A nuestra nación le irá mucho mejor gracias a nosotros dos… y muy probablemente gracias a usted.

—Eso lo dudo.

—Yo no… señor presidente.

De nuevo sonó el timbre de la *suite* presidencial. Fueron cuatro bruscos y breves timbrazos de apenas medio segundo cada uno.

F I N



ROBERT LUDLUM nació en Nueva York el 25 de mayo de 1927, y falleció en Naples, Florida, el 12 de marzo de 2001. Se educó en diferentes centros, entre los que destacan la Kent School (de la que comentó que era un centro de fanáticos religiosos, influyendo esto tal vez en la recurrente temática de conspiración de extremistas religiosos en sus novelas) y la Academia Cheshire, que le inspiró su amor por la historia. Se licenció en la Universidad Wesleyan de Middletown, Connecticut.

Antes de comenzar a escribir fue actor y productor de teatro, y estuvo alistado en el Cuerpo de Marines de Estados Unidos, una experiencia que le sirvió para adquirir extensos conocimientos sobre armas, lesiones y el comportamiento humano en situaciones de estrés.

Fue autor de más de veinticinco novelas, todas ellas éxitos comerciales. Sus obras habitualmente están protagonizadas por un personaje o grupo de personajes heroicos, que se ven envueltos de manera involuntaria en la lucha contra una serie de adversarios poderosos y con intenciones maléficas, adversarios que hacen uso de mecanismos políticos y económicos de manera alarmante, y cuyas intenciones son o bien destruir el sistema o bien mantenerlo, si este es perjudicial. Sus obras cuentan con una detallada documentación técnica, geográfica y biológica, y se inspiran frecuentemente en teorías conspiratorias reales. Si bien se considera que fue el primer autor en crear la novela de intriga tal y como la conocemos en la actualidad, ha sido criticado frecuentemente por su estilo melodramático y personajes simplistas.

Sus obras más famosas incluyen la trilogía Bourne (*El caso Bourne, La Supremacía*

Bourne y *El Ultimátum de Bourne*), que han sido adaptadas al cine con el actor Matt Damon en el papel de Jason Bourne.

Notas

[1] *Viper* significa «víbora», y se explica por lo parecido de la pronunciación: *váiper* y *vaispre(sident) (N. del T.)* <<



[2] Miembro de una secta de místicos judíos polacos fundada en el sigo XVIII. *(N. del T.)* <<



[3] Término despectivo que designa a los parásitos que viven de solicitar votos y hacer pequeños servicios a un político en su distrito. Southie es, familiarmente, el sur de Boston. *(N. del T.)* <<

[4] Lo escrito en cursiva, en español en el original. *(N. del T.)* <<